

PENGUIN CLÁSICOS

KARL MARX

Llamando a las puertas de la Revolución

Antología

Edición de CONSTANTINO BÉRTOLO

PENGUIN  CLÁSICOS

KARL MARX

Llamando a las puertas de la Revolución

Antología

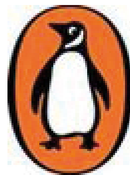
Edición de CONSTANTINO BÉRTOLO

KARL MARX

Llamando a las puertas de la revolución

Antología

Edición de
CONSTANTINO BÉRTOLO



SÍGUENOS EN

megustaleer

 @Ebooks

 @megustaleer

 @megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A Belén Gopegui
A Manuel Fernández-Cuesta,
in memoriam

Introducción

El misterio Marx

El chiste de Lenin según el cual el penúltimo capitalista vendería la cuerda con que se colgaría al último no es una prueba de la capacidad de la burguesía para integrarlo todo, incluidas las armas que la combaten.

E. MANDEL

I. Ni Marx ni menos

Esta antología, esta propuesta de lectura nace del convencimiento, no excluyente de otros posibles convencimientos, de que Karl Marx fue, sobre todas sus otras facetas, un revolucionario. Alguien que quería hacer la revolución, hacer posible la realidad de una sociedad igualitaria basada en la comunidad de bienes y actividades, y que dedicó toda su vida a saber y enseñar qué revolución hacer, quién podría hacerla, contra quién tenía que hacerse y cómo podría llevarse adelante. La revolución como horizonte, como ese lugar hacia el que se avanza y nunca parece poder alcanzarse. Como ese lugar donde la construcción del bien común nace de la deliberación continua y en condiciones de igualdad de todo el colectivo social. Quisiéramos narrar la historia de un revolucionario a través de sus propios escritos, de sus propias palabras y reflexiones, ofreciendo a los lectores, a modo de huellas que señalan un camino, aquellos textos que, a nuestro entender, permiten cartografiar el desarrollo de sus ideas y propuestas.

Aun leyendo esta antología, quien no haya leído a Marx seguirá sin haber leído a Marx. Porque una antología no puede ser una disculpa para no leer, ni puede legitimar la negligencia, ni puede jugar a que la parte vale por el todo. Una antología no sustituye, no puede sustituir al conjunto de una obra que se reparte en más de cincuenta volúmenes de extensión semejante a

este. Tampoco, aunque nos felicitaríamos si pudiera serlo, se pretende como muestra representativa ni menos aún como una síntesis o resumen de su pensamiento. A lo que sí responde —y esa es la responsabilidad que asume — es al propósito de ser un libro con vocación narrativa que utiliza los textos de Marx y algunos otros para contar una historia protagonizada por aquel revolucionario que se llamaba Karl Marx.

Una antología es un libro a la vez propio, pues nace de la responsabilidad del editor, y ajeno, ya que su autoría se asienta no solo en el antologizado sino, en este caso, en toda una tradición y equipaje de trabajos que han logrado construir alrededor de la figura y obra de Karl Marx un universo de conversaciones, imposibles de reproducir en su totalidad pero que inevitablemente contribuyen a cualquier lectura que hoy se pueda hacer de Marx. Diría incluso que el papel del antólogo es semejante al del actor que da voz al texto del dramaturgo o al del director que dirige la puesta en escena, siempre que entienda como necesario, además de inevitable, que en el telón de fondo deben estar presentes los ecos que esa tradición pone en juego. El antólogo como un intermediario entre el autor y el público, entre la obra y su lectura, entre el tiempo del autor y el tiempo del lector o la lectora. El antólogo como momento.

Se trata de facilitar que la obra de Karl Marx sea de nuevo escuchada, que su llamamiento vuelva a estar en el aire, en ese aire, la historia, que es pasado, presente y futuro. El antólogo como intermediario parcial, interesado y directamente concernido. Y la antología como herramienta, vehículo, vuelo, comunicado. Como lugar de encuentro o reencuentro, como espacio para el diálogo, como conversación e inmersión, como debate y polémica y, llevando la metáfora hasta el extremo, como agonía: combate, lucha, tránsito, renacimiento.

En el mercado editorial en lengua castellana no faltan excelentes selecciones de textos de Marx aunque, después de que se paralizara la ejemplar publicación de las *Obras completas de Marx y Engels*, *OME*, que proyectó el profesor Manuel Sacristán, sigue existiendo esa laguna bibliográfica cuya superación facilitaría el acceso a su obra. Hay muchos Marx o, por mejor decir, muchos ángulos en sus textos, y la elección de estos encuentra distintas legitimidades en función de los objetivos que cada edición se proponga.

Desde la premisa de configurar esta antología como una narración, y por tanto, como la comprensión de una experiencia («comprensión» en cuanto la acción de entender y la facultad de conocer, pero también en cuanto abarcar toda su dimensión), creo que como en cualquier planteamiento narratológico quizá lo primero sería determinar sobre quién o quiénes recaería el papel del destinatario o lector implícito. Los destinatarios, ¿tomados como demanda o como oferta? Es decir, ¿como un conjunto de población previa y objetivamente interesada en la obra de Marx o como posibilidad de respuesta a una necesidad de lectura ni siquiera asumida ni imaginada?

Sobre ese posible primer grupo la dificultad consiste en discernir qué se envuelve bajo ese «objetivamente»: si señala a los estudiosos y conocedores que ya mantienen trato con la obra de Marx, o bien se refiere a aquellos que por sus circunstancias, situación social o estado de ánimo político estarían interesados en aproximarse a un conocimiento del que tienen noticias difusas, confusas o confundidas. Nuestra opción es clara: preferimos dirigirnos a ese segundo conjunto, de contenido flotante diríamos, que siente como deseo, necesidad e inteligencia introducirse en un autor al que, por los motivos que sea, desconoce pero que en absoluto ignora: militantes de movimientos sociales, estudiantes en actitud de mayor o menor

indignación y rebeldía, ciudadanos que han oído campanas pero buscan saber dónde, inconformes con los discursos políticos o económicos dominantes, etcétera.

Respecto al segundo grupo de destinatarios y a la posibilidad de ofrecer respuesta a esa necesidad no reconocida ni menos aún verbalizada, su concreción cualitativa abarcaría cada uno de los segmentos de población lectora donde se pueda producir la pregunta «qué es lo que están haciendo conmigo», incluyendo el desdoble sartriano sobre el «qué es lo que estoy haciendo con lo que están haciendo conmigo». Este segundo grupo no es difícil de entender como el verdadero etcétera que sigue a los segmentos antes señalados. Dicho más expresivamente: en el imaginario de esta antología están presentes como destino a satisfacer todas aquellas inquietudes inconformes con el «esto es lo que hay» y que, en consecuencia, pueden encontrar en Marx respuestas a los problemas que enfrentan en sus vidas cotidianas. El destinatario como deseo de conocimiento y cambio.

Desde ahí, desde este destinatario que se busca, se desprende el Marx que queremos ofrecer. Primero, como negación: no un Marx para académicos, estudiosos o conocedores en profundidad de sus obras; no un Marx para exámenes u oposiciones a los cuerpos administrativos del Estado; no un Marx como valor de cambio para estos tiempos de superficiales mudanzas ideológicas; no un Marx como lección. Después, como afirmación: un Marx accesible, visualizable semánticamente, cercano a los lenguajes y cuestiones presentes hoy, útil como interlocutor y como instrumento de defensa y combate ideológico, capaz de inquietar y aclarar, de propiciar la reflexión y el impacto, con la levedad del guepardo y la densidad del agua que apaga la sed.

Pretendemos ofrecer muestras de todos los Marx que están dentro de Marx sin dar preferencia especial a ninguno de ellos. Metidos en el dilema althusseriano sobre el Marx humanista o el Marx científico, entre continuidad y ruptura, hemos optado por presentar la continuidad como integración de un permanente proceso de rupturas; entre el Marx joven y el Marx maduro elegimos el inevitable desarrollo; entre el Marx de Erich Fromm o el Marx de Lenin no nos quedamos estrictamente con ninguno. Entendemos que los textos de Marx son una forma de diálogo que avanza hacia el encuentro con la revolución, la plusvalía y la acumulación del capital. Diálogo con el idealismo, con el hegelianismo, con la filosofía de la crítica, con la democracia radical, con el socialismo utópico, con la economía política de los clásicos. Diálogo y negación, negación y diálogo, hasta encontrar la plusvalía, afirmar, pararse un momento y seguir avanzando. De la Liga de los Comunistas y la fundación de la Primera Internacional a la crítica del programa de Gotha. Ni Marx ni menos.

Si esta antología es una narración y toda narración es un recurso para poder decir aquello que solo la narración sabe decir —como *eixemplo* al que se acude para salir del atasco de ese «no sé cómo decirlo pero es como si…»—, con este despliegue de sus textos tratamos de decir que hoy Marx es una presencia necesaria, que Marx está aquí, que vive y reclama ser oído. Que no pretende ser ni el maestro ni el gurú o el *coach* de nadie. Que se ofrece tan solo como compañero de viaje, hasta que el sueldo o el patrimonio nos separe. Beatriz en el *Infierno* del capitalismo.

Y esta idea de la antología como viaje nos llevó a decidir el *formateado*, la disposición y materialidad de los textos. Los antólogos de Marx parecen haberse debatido entre dos criterios: o bien elegir fragmentos relevantes, o bien reproducir los textos completos de las obras que han juzgado más representativas. Como ejemplo de la primera opción puede citarse la

antología y biografía de Marx editada por el profesor Tierno Galván para Cuadernos para el Diálogo en 1972, mientras que de la segunda acaso ninguna más adecuada que la de Horacio Tarcus para la editorial Siglo XXI en 2015. Además de este dilema entre fragmentos o unidad de obra, las antologías existentes también varían entre atender al orden cronológico de su escritura, como es el caso de la nuestra, o la agrupación por temáticas, como el excelente ejemplo de las que el profesor Jacobo Muñoz compuso para Península en 1988 y para Gredos en el 2012. Sobre el método seleccionado para nuestra antología, el más claro precedente se encontraría en la edición en francés de las *Obras escogidas* de Marx llevada a cabo en 1963 para Gallimard por Norbert Guterman y Henri Lefebvre. Aquí hemos elegido también la presentación fragmentada y el orden cronológico, por razones semejantes a la antología francesa: «porque ofrece una visión de conjunto que permite hacerse una idea precisa sobre un pensamiento en desarrollo como el de Marx». Es evidente que el vertido a una estructura fragmentaria de lo que ha surgido con vocación de totalidad no deja de ser una distorsión seria del pensamiento de Marx, y en ese sentido hay que aceptar esta antología como, en efecto, una distorsión, un escorzo que al mismo tiempo que borra lo que no selecciona subraya lo elegido y le otorga una perspectiva que, precisamente por distorsionar, realza el perfil por el que se apuesta al concederle relieve y primer plano. Una estructura que concede agilidad sin obviar la necesidad de las pausas lectoras y en la que se intercalan diez textos de autores que hablan sobre Marx, a modo de espejo situado frente a su figura y su obra. Y una invitación a entrar en Marx, a dejarse envolver en su voz y en su inteligencia. Ojalá funcione como reclamo para lecturas más demoradas y completas. Marx como obra en marcha, obra abierta. Esta antología como una narración en la que el

narrador queda subsumido, incluido, en sus textos. Nuestra valoración personal, si alguien la reclamase, está implícita en la propia selección.

II. De menos a Marx

En 1993 el francés Jacques Derrida publica el libro *Espectros de Marx*, que es recibido con inusitada expectación dentro del mundo académico por lo inesperado que resulta que un filósofo con el prestigio de Derrida preste atención a la figura de Karl Marx en unos tiempos en los que la obra del autor de *El capital* parece ya ocupar un lugar definitivo en el baúl de los recuerdos. En 1989, cuatro años antes, el muro de Berlín se había venido abajo y en 1991 la URSS, el Estado nacido de la Revolución Bolchevique de 1917 y allí donde el marxismo representaba la ideología oficial, había implosionado llevándose por delante la ideología marxista sobre la que oficialmente se asentaba y legitimaba. Eran tiempos en los que la creencia general (política, cultural y mediáticamente) había dado por cierto que el comunismo era un cadáver y en su tumba, con gruesa lápida encima, yacía también la figura del padre. En España, por entonces, la llamada Transición democrática ya había llevado a cabo, sin apenas duelo alguno, el enterramiento correspondiente; el Partido Socialista había renunciado al marxismo —«Hay que ser antes socialista que marxista», González *dixit*— y dado por superada la lucha de clases, mientras que el Partido Comunista, entregado a las estrategias del eurocomunismo, si bien seguía declarándose marxista ya había abandonado el leninismo y en pleno auto de fe modernizante declaraba haber renunciado a la dictadura del proletariado, uno de los conceptos que encontraban en Marx su soporte: «Dictadura, ni la del proletariado», Carrillo *dixit*. Las obras de Marx, que durante la larga

ofensiva antifranquista habían ido ocupando cada vez más espacios, clandestinos hasta la muerte del general Franco, en los estantes y neuronas de la intelectualidad de izquierdas y que, en los años inmediatamente posteriores al *hecho biológico*, habían invadido las mesas de novedades y los catálogos de las editoriales más significativas, abandonarían con prisas y sin remordimientos aquellas posiciones de privilegio en las librerías y bibliotecas para ser arrinconadas en los estantes más inalcanzables, cuando no malvendidas en las tiendas de lance y segunda o tercera mano.

El propio Derrida era consciente del contexto *post mortem*, diríamos, existente en un mundo cultural y académico que, pasados ya los tiempos del desencanto y del antimarxismo militante, vivía instalado, posmoderna y confortablemente, en un limbo posmarxista en el que la publicación de su libro sonó, utilizando la metáfora de Stendhal, «como un pistoletazo en medio de un concierto». Un concierto en el que el neoliberalismo era el dueño de la orquesta y Hayek, Friedman, Popper o Fukuyama, la muerte de la Historia, ocupaban los primeros lugares en las listas de autores más citados. *Espectros de Marx* se convirtió, a su escala, en libro de éxito al menos en determinadas áreas académicas francesas y norteamericanas e incluso en España actuó como revulsivo y recordatorio moral para la escasa intelectualidad que no se había pasado a las cómodas filas de la socialdemocracia no marxista (ni, en realidad, socialdemócrata).

Sin embargo hoy, 2017, veinticuatro años después de su publicación, año de la celebración del centenario de la Revolución Bolchevique y del ciento cincuenta aniversario de la publicación de *El capital*, las condiciones de recepción han cambiado y una prueba sería la edición de esta misma antología. Al menos desde el 2008, es decir desde el estallido de la crisis económica que sacudió, agitó y, en parte, desestabilizó de manera global la *pax economica* que la mayoría de los llamados países desarrollados venía

disfrutando, el interés por la figura y la obra de Marx ha resurgido y crecido de manera casi exponencial, empujado por el propio desarrollo de una crisis que sigue estando presente a pesar de los cantos de sirena, entusiastas o prudentes, que anuncian su final. En los últimos años se han reeditado *El capital* y otros libros de Marx, así como un estimable número de biografías y acercamientos al estudio de sus obras. Sus textos vuelven a estar encima de la mesa, en la memoria de los ordenadores, en los catálogos de las editoriales y en los sumarios de los medios de comunicación. Esta relación entre la crisis económica y el interés por Marx se suele achacar a una respuesta lógica, mecánica y previsible, aunque habría que recordar, como hizo Manuel Sacristán, que en el anterior escenario de crisis, la conocida como «crisis de la estanflación» a principios de los años setenta, la consecuencia fue justamente la contraria: la oscilación hacia la derecha de buena parte de la intelectualidad *progresista*, hacia posiciones más conservadoras, desencantadas y alejadas de las posiciones marxistas. Este contraste podría hacernos pensar que, más allá de responder a una simple relación causa-efecto, el nuevo interés por Marx y su obra pudiera residir en alguna característica o rasgo específico de la actual crisis no presente en aquel escenario anterior.

Me arriesgaría a afirmar que la diferencia entre una y otra época, aun dejando al margen las desigualdades o similitudes intrínsecas de ambas crisis, vendría dada, más que por su intensidad o extensión temporal, por el proceso, vía medios de comunicación, de *economización* superficial, pero tenaz, al que se ve sometido el conjunto social en menoscabo de una lectura política que, sin embargo, acabaría por aflorar: el 15M, como emergencia clara de una fuerte tensión política, aunque en sus comienzos se sirviera de lenguajes aparentemente contrapolíticos en aras de una porfiada contraposición entre espontaneidad y autenticidad *versus* organización y

corrupción. Antes de que apareciesen en escena los nuevos partidos —Ciudadanos, Podemos— que se iban a ofrecer para canalizar el descontento de segmentos bastante bien diferenciados de la población (neoconservadores reformistas y neorreformistas radicales), la insistencia desde los medios de comunicación mayoritarios, y apenas hay otros, propició una epidémica y contagiosa lectura en clave de inevitabilidad económica de la crisis. Semanas y meses durante los que, por ejemplo, se nos *obligó* a vivir pendientes del crecer o menguar de la deuda externa, y que dieron lugar a una sobreexposición a «lo económico», a la propagación hacia lo cotidiano de la temática económica, a la proliferación mediática de un *totum revolutum* de expresiones y conceptos que de manera reiterada se insuflaba al tejido social: tasas, deuda, PIB, hipotecas, rescate financiero…, provocando más desorientación que conocimiento. Esa desorientación, en lo que afectaba a los grupos de población más activos contra la ideología conformista del «esto es lo que hay» o «no se puede hacer otra cosa, mira lo que pasa en Grecia», fue lo que a mi entender ayudó a generar la necesidad, y correspondiente demanda, de entender las cuentas de la realidad, «lo económico», por más que no deje de ser sorprendente que esa necesidad desemboque, a pesar del recelo que provoca el marxismo identificado con un comunismo una y mil veces vilipendiado, en ese *revival* de Marx al que estamos asistiendo. Cierto que esa demanda de saber se encaminó también hacia otras alternativas —pienso en libros como *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de E. P. Thompson, *El precariado. Una nueva clase social*, de Guy Standing o *Chavs. La demonización de la clase obrera*, de Owen Jones—, pero malamente podría negarse que *la demanda Marx* tiene su núcleo expansivo en las nuevas inquietudes políticas que surgen alrededor del 15M y Podemos, al tiempo que reaviva y renueva también la necesidad de relectura o lectura de ensayos de política, economía y

sociología entre las militancias de las izquierdas de raíz más tradicional: IU, PCE, Anova-IN, etcétera. Entiendo que es la construcción de esta demanda la que a partir de la crisis del 2008 propicia el retorno a Marx, aunque convenga ser prudente sobre su alcance cuantitativo y cualitativo. No deja de sorprender, y tómese por ejemplo y anécdota, que durante los meses en que he estado consultando diferentes ediciones de sus obras en la biblioteca de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid, haya constatado que las fichas de salida de préstamo de cualquiera de los volúmenes de la excelente e insoslayable edición de *Obras de Marx y Engels*, *OME*, ofrezcan un aspecto desértico que en nada ayuda al optimismo, aunque en tiempos de la cultura digital quizá sea obvio que los caminos hacia esas lecturas ya no requieran el paso por la materialidad del papel. En todo caso, y dentro de ese conjunto, «líquido» o «flotante» en términos de Bauman y Laclau, de demandantes de formación, parece estar produciéndose la necesidad de avanzar desde un conocimiento del Marx de oídas (o *de vistas*, en pantalla) hacia un trato más directo, reflexivo y amplio. Saber en definitiva de qué se habla cuando se habla de Marx o de marxismo. Saber incluso qué se ignora y por tanto qué se pierde. Saber lo que no se sabe, única forma al fin y al cabo de que las necesidades no nos vengan dadas, tergiversadas, sobrevaloradas o ninguneadas.

Y no se trata tanto de que con la crisis los hechos le hayan dado la razón a sus teorías, sino de saber las razones y argumentos que Marx ofrece sobre estos temas pues, antes de poder juzgar lo acertado, correcto o adecuado de esos razonamientos sin duda será necesario conocerlos. La vuelta a Marx parecería tener también entre sus causas la sensación general de falta de credibilidad de la mayoría de los discursos económicos que hoy circulan en los espacios mediáticos del papel o lo digital. Un fenómeno editorial como el producido alrededor de la publicación del libro de Thomas Piketty *El*

capital en el siglo XXI puede servir para constatar y confirmar, en alguna medida y más allá del juicio que a cada uno le merezca ese texto, la existencia de ese deseo de encontrar explicación, desde «lo económico» y sus alrededores, al mundo que nos rodea en un presente de crisis y con un futuro lleno de incertidumbres poco o nada optimistas. Piketty acaba, aunque sea por ósmosis, por meter al autor de *El capital* en la conversación, no resultando además difícil traducir sus lenguajes a términos marxianos, tal y como el ensayista Ramoneda pone en evidencia al comentar el libro: «Las exigencias de resultados cargan sobre la condición de los asalariados, conforme al gran mito ideológico de nuestro tiempo: la productividad (*en otros momentos*, *se le llamaría sobreexplotación*)» (la cursiva es nuestra).

Esta situación nos lleva a pensar, intentando no confundir deseos con realidad, que hoy existen en un grado aceptable aquellas «condiciones de felicidad» de las que hablaba John Austin al comparar los actos de habla con la botadura y bautizo de una nave; las condiciones de felicidad como el conjunto de circunstancias que han de estar presentes: clima, calado, bonanza, orden, atención, método, a fin de que la botadura termine del modo más deseable: con la nave a flote y los invitados contentos. Condiciones de recepción que entendemos favorables para poner en circulación esta selección de textos de Marx.

III. ¿De qué marxismo hablamos cuando hablamos de marxismo?[1]

Sobre el término «marxismo», Jorge Semprún, antiguo dirigente del Partido Comunista de España y más tarde ministro de Cultura en alguno de los Gobiernos de Felipe González, escribió en marzo de 1965 unas consideraciones que suscribiría personalmente y que no me resisto a citar:

Sobre el plano abstractamente teórico se puede afirmar que el marxismo ha sido siempre un debate, que no podría ser de otra manera. Un debate que se desarrolla de manera compleja y combinada sobre tres niveles específicos: primero, debate con el mundo, lo que quiere decir (esquemáticamente), debate con la espontaneidad misma de las fuerzas objetivas, naturales (históricamente naturales); debate con los resultados de nuestra propia acción (la práctica marxista), y debate con los resultados de la acción de las otras fuerzas.

En segundo lugar, el marxismo es un debate con las otras ideologías (las armas de la crítica y también, la crítica de las armas). Finalmente, el marxismo es un debate consigo mismo, permanente y rigurosa puesta en cuestión de sus resultados y de sus orígenes.

Sin embargo, a pesar de esta certera consideración, habrá podido observarse que hasta el momento hemos tratado de evitar el uso del término «marxismo» y no por rechazo ideológico alguno sobre su utilización sino a causa de la confusa, prolija y ambigua significación que hoy en concreto transporta. Ya el mismo Semprún era entonces consciente de que bajando de la abstracción a la realidad el concepto aparecía teñido de sombras, indeterminaciones y reservas. Hemos preferido por esa razón acudir a un sintagma, «la obra de Marx», en principio menos cargado de equívocas connotaciones aunque, como se verá, tampoco esté libre de ambigüedades. En todo caso, esa preferencia responde a la voluntad por nuestra parte de presentar la obra del autor de *El capital* como una obra abierta en el sentido de que su interpretación no debe darse por cerrada o encerrada. No se trata de rehuir los plurales semánticos que la palabra «marxismo» propone, una polisemia que es propia de cualquier corpus de pensamiento que alcance una mínima envergadura intelectual, sino de procurar transmitir la idea de que, al igual que sucede con cualquier clásico, su escritura permite y pide una lectura en marcha, es decir, en constante busca de lectores o lectoras que descubran y aporten a su obra capacidad para satisfacer aquellas necesidades ligadas al aquí y ahora que cada situación supone. Ni siquiera se trata de excluir los diferentes acopios interpretativos que por su

relevancia histórica se han venido sumando al término. Al contrario, entendemos que por ejemplo los «marxismos con guion» (marxismo-leninismo, marxismo-leninismo-estalinismo o marxismo-leninismo-estalinismo-maoísmo) son lecturas que, ponderadas en las condiciones históricas en que tuvieron lugar, reflejan tanto el peso de esas condiciones extratextuales sobre la lectura como posibles límites, dentro de la condición flexible del corpus marxiano, que no deben traspasarse a riesgo de que se corrompa su identidad. Dicho con más claridad: cada lectura responde a una interpretación, ya individual ya colectiva, pero la validez y el crédito de cada una vendrá dada en razón y en el grado en que traicione, oculte o tergiverse los núcleos de significación y sentido sobre los que se levanta la obra de Marx. Claro que inmediatamente surge la cuestión: ¿quién o quiénes han de juzgar esa condición de la lectura?, que traslada estos últimos comentarios sobre interpretación y legitimidad desde el terreno de la gnoseología a otro más interesante por su amplitud y cotidianidad: el de la política, entendida como el ordenamiento, elaboración y administración de los espacios tangibles e intangibles donde el convivir concreto del yo y el nosotros se realiza. En justicia, la respuesta a esa pregunta es uno de los temas más sustanciales que la política debe abordar y responder. No es que quiera desentenderme acudiendo al abstracto «política» para esquivar el compromiso intelectual que implica haber planteado la cuestión, pero es obvio y aceptable, confío, que sin negar el carácter político que una antología como esta presupone, derive la responsabilidad de encontrar respuesta adecuada hacia quienes protagonicen su lectura.

De modo que el uso del sintagma «la obra de Marx», a pesar de su aparente universalidad, tampoco está exento de ambigüedad. Como es propio de los clásicos que han logrado levantarse de esa tumba que el clasicismo a menudo representa, la elección de distintos ángulos o puntos

de vista desde los que se aborde esa totalidad de la obra va a generar segmentaciones diferentes aunque sin duda, en su mayoría, complementarias.

Si acudimos a criterios de geografía política, nos encontraremos por ejemplo con marbetes como *Nuestro Marx*, acuñado por Néstor Kohan en esta excelente aproximación a su obra en clave latinoamericana, mientras que si utilizamos como referencia el nombre de personalidades que han dejado su impronta en la relación con su obra, hablamos del Marx de Engels, el Marx de Plejánov o de Gramsci, de Mariátegui, del Che Guevara, de Sacristán, de Aricó, González Varela, Dussel, Mandel, Poulantzas, Jacobo Muñoz, Martínez Marzoa, Eagleton, Juan Carlos Rodríguez, Joaquín Miras, Fernández Liria o Arrizabalo. Cada uno con su propia pertinencia, a veces contradiciéndose entre sí, a veces coincidiendo, pero siempre ampliando el contenido aparentemente unívoco de unos textos ya fijados,[2] aunque a expensas, eso sí, de lo que las distintas traducciones introduzcan como inevitables variaciones que a su vez vuelven a ampliar la textualidad de las obras. Y si de lo geográfico se traslada la atención a lo biográfico, nos encontramos con el joven Marx, el Marx maduro o el Marx final. Cada criterio de selección da lugar a una parcelación o segmentación que, por muy extratextual que parezca, aporta significación al conjunto.

Mayor incidencia sobre la interpretación se produce si abandonamos los criterios externos a la obra y reparamos en aquellos otros que la historiografía y exégesis marxista más asentadas han reproducido. Se habla entonces de un Marx filósofo, de un Marx economista, de un Marx historiador, de un Marx sociólogo, mientras que desde otras divisorias más teóricas o polémicas aparece un Marx idealista, un Marx materialista, un Marx humanista o un Marx cientifista.

Maurice Blanchot, el filósofo francés que conjugó de manera brillante sus reflexiones en los campos de la literatura y la política, aborda el asunto de las posibles disparidades o heterogeneidades en la obra de Marx desde un enfoque sutil y refinado en su clarividente, sugestivo e ineludible ensayo «Los tres lenguajes de Marx», que conviene citar en extenso. Después de afirmar: «En Marx, y siempre venidos de Marx, vemos tomar forma y fuerza a tres clases de lenguaje, los cuales son los tres necesarios, pero separados y más que opuestos: como yuxtapuestos», Blanchot da cuenta de cada uno de esos tres deslindes bajo los que agrupa las actitudes lingüísticas desde las que Marx expone su entendimiento de la realidad y que, en consecuencia, sus lectores deben asumir si pretenden hacerse una idea global de su obra: «El primero de esos lenguajes es directo, pero lento. Al hablar con él, Marx aparece como "escritor de pensamiento" en el sentido de que, salido de la tradición, se sirve del logos filosófico, se vale de nombres mayores sacados o no de Hegel (no tiene importancia) y se elabora en el elemento de la reflexión».

Cabe entender que este es el lenguaje que corresponde a lo que algunos intérpretes de Marx, con Althusser como representante mayor, ubicaron o etiquetaron como el Marx humanista, que tendría expresión en el grupo de obras escritas con anterioridad a 1845, es decir, hasta los momentos, algo anteriores a la escritura del *Manifiesto comunista*, en donde rompe con todo entendimiento que tenga su base en la engañosa abstracción que supone referirse a una universal y permanente esencia del hombre. Un Marx humanista que se expresaría mediante un logos o repertorio de términos abstractos como hombre, esencia humana, naturaleza humana, enajenación, trabajo alienado, hombre total, creación del hombre por el hombre, conciencia moral, libertad, trascendencia, subjetividad.

Blanchot continúa: «El segundo lenguaje [de Marx] es político: es momentáneo y directo, más que breve y más que directo, pues cortocircuita todo discurso. No acarrea ya un sentido, sino una llamada, una violencia, una decisión de ruptura. No dice nada, propiamente hablando, es la urgencia de lo que se anuncia, unida a una exigencia impaciente y siempre excesiva, puesto que el exceso es su única medida». Correspondería al lenguaje del Marx más revolucionario y doctrinario. El Marx de los llamamientos —«¡Proletarios de todo el mundo, uníos!»—, el Marx combativo, el que arenga, denuncia y reclama la necesidad de acción, de lucha, de enfrentamiento, de organización. El Marx que participa en la vida política concreta y alterna sus intervenciones públicas como publicista con su activismo en los grupos clandestinos o legales del movimiento revolucionario. El Marx que se vuelca en el periodismo de combate y denuncia con lenguaje directo la opresión de los trabajadores y las injusticias del capitalismo, pero que también utiliza todos sus recursos retóricos, la ironía, el humor y el sarcasmo, junto con la contundencia de sus análisis y argumentaciones para desacreditar las teorías de aquellas personalidades, Proudhon, Bakunin, Lassalle, Vogt, o grupos o tendencias, anarquismo, socialismo utópico, etcétera, que aun compartiendo objetivos revolucionarios equivocan, a su entender, estrategias o planean teorías para él ingenuas y equivocadas. Es evidente que está ahí, dentro de este segundo campo lingüístico que Blanchot refiere, el Marx del «Debate sobre la ley que castiga los robos de leña» en la *Rheinische Zeitung*, el del *Manifiesto comunista*, el que se dirige a la Asamblea de la primera Asociación Internacional del Trabajo o el que desmonta errores en su *Crítica al programa de Gotha*. Pero también el que en múltiples ocasiones adereza *El capital* con vehemencia, ironías, entusiasmo y anécdotas.

El tercer tipo de lenguaje que Blanchot diferencia es «el lenguaje indirecto (así pues, el más lento) del lenguaje científico. Como tal, Marx es honrado y reconocido por los demás representantes del saber. Es entonces hombre de ciencia, responde a la ética del sabio, acepta someterse a cualquier revisión crítica […]. No obstante, *El capital* es una obra esencialmente subversiva. No tanto porque condujera, por las vías de la objetividad científica, a la consecuencia necesaria de la revolución sino porque incluye, sin formularlo demasiado, un modo de pensar teórico que transforma la idea misma de ciencia».

Con la ciencia hemos topado. Ya Blanchot advierte en su ensayo: «La palabra "ciencia" se vuelve una palabra clave. Admitámoslo. Pero recordemos que si hay ciencias, no hay aún ciencia, pues la cientificidad de la ciencia queda siempre bajo la dependencia de la ideología». Palabra clave y conflictiva cuando se pone en relación con Marx y su obra pues es justamente desde el campo de lo científico, desde distintas disciplinas científicas, desde la teoría económica hasta la física pasando por la ecología, que sus teorías han venido siendo fuertemente cuestionadas ya en aspectos concretos —teoría del valor, disminución progresiva de la tasa de ganancia— ya por cuestiones de método o aplicación mecanicista de la dialéctica.

IV. Con la ciencia hemos topado

Vivimos en tiempos en que, frente al desprestigio general de las ideologías y las retóricas políticas, la Ciencia, con mayúsculas, parece representar para la opinión pública la única tabla de salvación para la racionalidad y para la fe, lo único *real*, no sometido a engaño, lo único en lo que se puede creer, lo

único que nos permite confiar en que algún día toda la realidad podrá ser explicada y toda la realidad, con nuestros yoes incluidos, podrá ser comprendida y por consiguiente controlada. Sin embargo, desde los propios ámbitos de la ciencia donde los lenguajes científicos tienen lugar y origen, esta visión no es tan simple o ingenua, aunque puedan encontrarse y compartirse estados de autodescripción semejantes.

Hoy se entiende por ciencia, de manera laxa, aquel conocimiento adquirido a través del estudio o de la práctica, constituido por una serie de principios y leyes, deducidos mediante la observación y el razonamiento, y estructurados para su comprensión. Si aceptásemos esta definición, parecería correcto aplicar a la obra de Marx ese marchamo pues en ella se encuentra estructurada una serie de principios y leyes. Si acudimos a definiciones más estrictas, encontramos a un autor como Popper, que goza de autoridad académica, para quien el marxismo quedaría fuera de la ciencia precisamente porque no podría ser refutado, dado que nunca podemos afirmar algo universal a partir de los datos particulares que nos ofrece la experiencia y porque constatar una teoría significa intentar refutarla, pues solo cabe admitir como preposiciones científicas aquellas para las cuales sea conceptualmente posible un experimento o una observación que la contradiga.

Pero es necesario tener también en cuenta que cuando se habla de ciencia es usual distinguir entre clases o categorías, ya que los distintos campos de conocimiento dan lugar a particulares métodos científicos. Se habla así de la diferencia entre las ciencias exactas, las ciencias naturales o las ciencias sociales, entendiendo por «exactas» aquellas que producen conocimiento basándose en expresiones cuantitativas de la Lógica y la Matemática, y por «sociales» aquellas que observan y analizan de forma sistemática los

procesos que son producto de la actividad de los seres humanos en el espacio social.

Paradójicamente, al menos en apariencia, pues cuando se trata de la obra de Marx los juicios suelen resultar contradictorios cuando no opuestos, al analizarla desde la ciencia asistimos a un doble proceso de encausamiento. Por un lado, se la acusa de rigidez mecanicista, newtoniana, fundamentada alrededor de leyes que se proclaman de exacto y general cumplimiento y que harían del marxismo una dogmática autoritaria que no admite discrepancia. Por otro, se la enjuicia como una visión ideológica, metafísica, subjetiva de la realidad, limitada a las circunstancias del tiempo y lugar, la Europa decimonónica en la que Marx desarrolló su vida y observaciones.

Pero Marx es un representante, no diremos que el primero pero acaso el más significativo, de lo que Enrique Dussel ha llamado «las ciencias sociales críticas», que serían aquellas que no pretenden partir desde la neutralidad entendida como objetividad sino desde la Responsabilidad hacia el Otro (que diría Lévinas) y que eligen mirar la realidad desde la situación de las víctimas, desde su negatividad, desde una posición observacional participativa, militante, al servicio de esas víctimas —los trabajadores—, por medio de un programa de investigación científico-crítico explicativo de las causas y orígenes de su negatividad, de su condición de víctimas. Frente a las ciencias sociales estándares que se pretenden neutras respecto a su objeto, asépticas —la asepsia ideológica como garantía de ser ciencia—, la obra de Marx, su ciencia, está secuestrada por su posición de clase y desde ahí cuestiona y refuta, critica y aprovecha lo que las ciencias sociales estándares no pueden ni dejan ver. En ese sentido el marxismo es, entre otras cosas, una tradición de pensamiento y de actitud intelectual o, por decirlo de otro modo, un gesto, una elección. «Los conceptos de ciencia que

presiden el trabajo intelectual de Marx —dice Manuel Sacristán—, las inspiraciones de su tarea científica no son dos, sino tres: la noción de ciencia que he propuesto llamar normal, la *science*; la noción hegeliana, la *wissenschaft*, que ahora percibe Colletti, y que hace quince años trató Kägi, y una inspiración joven hegeliana, recibida de los ambientes que en los años treinta del siglo pasado, a raíz de la muerte de Hegel, cultivaban críticamente su herencia, ambientes en los cuales vivió Marx; en ellos floreció la idea de ciencia como crítica. *Science*, *kritik* y *wissenschaft* son los nombres de las tres tradiciones que alimentan la filosofía de la ciencia implícita en el trabajo científico de Marx.»

Avisa Martínez Marzoa en su libro *De la revolución* que Marx no es un profeta de la revolución que al descubrir «las leyes del acontecer social» descubre que la revolución proletaria estaría determinada por esas leyes y por lo tanto sería inevitable. «Ahora bien, si Marx hubiese creído que la revolución era *inevitable*, se habría sentado a esperarla, y no fue esto lo que hizo. Lo que ocurre es que Marx no descubrió ninguna clase de *leyes del acontecer histórico*. O para ser más exactos, lo que trató de descubrir fueron las leyes internas del movimiento de la sociedad capitalista […] y este tipo de análisis, en Marx, es rigurosamente sincrónico, no futurológico; cuando Marx expone las tendencias, los procesos o, si se quiere, las leyes de esos procesos, lo único que hace es poner en conceptos la propia realidad que se está desarrollando ante sus ojos, desvelar más allá de los datos empíricos la estructura de la realidad»; lo que podemos llamar su geología y dinámica tectónica. Y añade Marzoa: «De las leyes económicas que Marx descubre, ninguna conduce al socialismo; todas a un callejón sin salida del capitalismo, pero ninguna al socialismo»; y en todo caso lo que Marx quiso decirnos era que el proletariado era la fuerza presente con capacidad para dar una salida a la situación acabando con el capitalismo. Es decir, que era

necesario emprender una auténtica tarea histórica para acabar con él porque no se autodestruiría, aunque sí se situaría en ese callejón sin salida (que es donde estamos, por cierto).

Lo que Marx hace es descubrir, revelar lo que se da por supuesto, por natural, y de ese modo permanece oculto. En ese sentido, es como un explorador que se interna en la *terra incognita* de la sociedad capitalista: describe su geología y su paisaje, descubre la relación entre una cosa y la otra, entre el clima y la vegetación, entre la vegetación, el clima y la fauna, entre la fauna, el clima, la vegetación y la vida de los hombres bajo el capitalismo.

V. Continuidad o ruptura

Ahora bien, todos estos Marx ¿conviven en armonía y de manera coherente o viven en disputa, oposición y rechazo? No deja de ser curioso que, junto a aquellas interpretaciones que valoran su obra como una serie de propuestas bien diferenciadas, cada una de ellas con su propia utilidad, coexistan otras para las que su obra conforma un todo único, sin que ni una ni otra interpretación suponga una descalificación en principio. Sin embargo, la insistencia en la diseminación de su obra puede resultar una forma si no de descalificarla, al jugar con la pluralidad de sentidos, sí de restarle rango y relieve, por cuanto que sería esa falta de solidez lo que permite su disgregación. Y, ahora quizá de manera más manifiesta, también es posible que al resaltar su unicidad se la esté acusando subrepticiamente de rigidez y dogmatismo monolítico. Aunque de igual modo podría entenderse todo lo contrario: la diseminación como prueba de su flexibilidad y fertilidad, y la unicidad como argumento de coherencia y consistencia.

Tales planteamientos, que responden a problemas de estructuración del corpus marxiano, generan consecuencias a la hora de seleccionar y acomodar sus textos. De ahí la conveniencia y necesidad de hacerse eco de la tormenta epistemológica que sacudió las aguas del marxismo (y aquí el uso del vocablo es el más adecuado) cuando el filósofo francés Louis Althusser puso en solfa la continuidad como característica de la obra de Marx, tal y como venía siendo interpretada desde las filas del marxismo ortodoxo y oficialista. En textos como *La revolución teórica de Marx* o *Para leer «El capital»*, Althusser apuesta por la discontinuidad y subraya la necesidad de considerar la existencia de una ruptura epistemológica ya mencionada al hablar de los diferentes lenguajes analizados por Blanchot. Frente a la idea de un todo coherente y continuo, Althusser argumenta que esa ruptura fue repentina y sin precedentes a partir del momento en que Marx se concentró en trabajos económicos que encontrarán su primera forma de expresión en *La ideología alemana* (1846). Estas tesis conmovieron al medio intelectual francés y luego al europeo, entre otras causas porque ambos estaban muy centrados en desarrollar la visión humanista que el descubrimiento y publicación de los *Manuscritos de París y escritos de los Anuarios franco-alemanes (1844)* facilitaba. Una ruptura de tal calibre que según él obligaría a calificar toda su obra anterior de premarxista y que comportaría tres aspectos teóricos que dan paso al giro científico en su modo de observar y pensar la realidad:

1. Formación de una teoría de la historia y de la política fundada en conceptos radicalmente nuevos: los conceptos de formación, fuerzas productivas, relaciones de producción, superestructura, ideología, determinación en última instancia por la economía, determinación específica de otros móviles, etcétera.

2. Crítica radical de las pretensiones teóricas de todo humanismo filosófico.

3. Definición del humanismo como ideología.

Estas tesis de Althusser supusieron un auténtico escándalo en el marxismo oficial y académico ligado a las interpretaciones representadas por el marxismo-leninismo en la URSS y concepciones afines.[3] Postular que en Marx tiene lugar un rechazo de la existencia de una esencia universal del hombre atribuida a los individuos aislados implicaba adjudicarle la ruptura con toda la tradición filosófica para dar paso a un materialismo dialéctico-histórico de la praxis. Permitiéndonos el riesgo de sintetizar en demasía, lo que Althusser argumentó por extenso, partiendo de su distinción rígida entre ciencia e ideología, fue la diferencia de objeto entre la economía política clásica y la teoría de Marx apoyándose en el descubrimiento y conceptualización de la plusvalía como el hecho «científico». El ataque al humanismo, incluyendo lo que se entendía como humanismo socialista o las pretensiones de quienes desde las filas del comunismo hablaban de un socialismo de rostro humano, supuso una fuerte agitación en el marxismo que todavía hoy está presente. No es nuestra intención intervenir en esa discusión pero entendemos que a la hora de otorgar peso y significación a los textos de Marx es necesario asumir su relevancia. La controversia se establece entre quienes aceptan o niegan diferencias entre los *Manuscritos de 1844* y *El capital*. Para autores como Fromm o Marcuse hay continuidad a pesar de las diferencias, mientras que para el propio Althusser, Juan Carlos Rodríguez o Auguste Cornu hay contradicción. Cierto que la radicalidad de la propuesta althusseriana se ha visto apaciguada por la entrada en juego de interpretaciones que se le oponían en mayor o menor grado,[4] empezando por el propio Althusser,

que en *Marx dentro de sus límites* no rectifica sus tesis anteriores pero matiza su entendimiento de las relaciones entre ciencia e ideología, el peso de la acción humana en el desarrollo de la historia o la importancia para el conocimiento de los datos empíricos. Para algunos estudiosos de la obra de Marx la polémica entre continuidad y ruptura está superada. Así, José Aricó, quizá una de las figuras que desde Latinoamérica ha aportado una lectura más enriquecedora del marxismo, en el prólogo a la edición del capítulo VI («Inédito») del Libro I de *El capital*, que desarrolla el tema de la subsunción, argumenta: «*El capital* y el *Manifiesto comunista* aparecen ahora absolutamente soldados y toda idea de una ruptura del pensamiento de Marx entre una etapa de juventud y otra de madurez resulta seriamente quebrantada. La condena, más que moral histórica, del modo de producción capitalista y de la sociedad burguesa aparece no ya de manera ocasional, muchas veces en notas a pie de página, como ocurre en *El capital*, sino en un único texto de valor teórico y político». Muchas de las interpretaciones sobre la cuestión de la subsunción (entendida como la enajenación del trabajador debida a que su trabajo se le aparece como mera subordinación al capital) permiten reconsiderar un tema tan presente en los *Manuscritos de 1844* como la alienación ya no sobre una mera base filosófica sino como efecto directo e inevitable del propio proceso de producción y asalarización: «Una serie de funciones y actividades envueltas otrora por una aureola y consideradas como fines en sí mismas, que se ejercían de manera honoraria o se pagaban oblicuamente —como todos los profesionales (*professionals*), médicos, abogados (*barristers*), etcétera, en Inglaterra, que no podían o no pueden querellar, para obtener el pago de sus honorarios—, por una parte se transforman directamente en trabajos asalariados, por diferente que pueda ser su contenido y su pago; por la otra caen —su evaluación, el precio de

estas diversas actividades, desde la prostituta hasta el rey— bajo las leyes que regulan el precio del trabajo asalariado».

La expansión del capitalismo como agujero negro, desde la apariencia de que todo es capital, todo *es* solo en relación con él, el trabajo incluido, convierte el capitalismo en algo *natural* y por tanto en un todo invisible, como bien describe Juan Carlos Rodríguez: «Se trata más bien, y sobre todo, de que la infraestructura capitalista se ha evaporado: delicuescente, líquida, mera espuma en el aire, etcétera».

Je ne suis pas marxiste (Yo no soy marxista), le dijo Marx con tono de enfado a su yerno Paul Lafargue cuando este le informaba sobre las acciones de los *marxistas* franceses. Está claro que el enfado y la afirmación debieron tener su causa en la mala interpretación de sus escritos por parte de quienes trataban de legitimar sus acciones apoyándose en ellos. Simplemente Marx no se sentía representado por algunos que se proclamaban seguidores suyos. Con esa frase, vendría a constituirse como crítico de unas lecturas que malinterpretaban sus palabras. Un aviso para navegantes que es necesario tener en cuenta a la hora de proponer una lectura de Marx. Pero también esa frase negativa resulta tremendamente sugestiva para todo aquel que por una u otra vía trate de aproximarse al significado y sentido de su obra. Porque si no es marxista, ¿qué es Marx? Dicho de otra forma: al expresar «Yo no soy marxista», ¿quién está diciendo que es? ¿Quién, como preguntaría Lacan, está en ese no estar? Si dejamos aquello que Marx rechaza (solo hablar y no hacer) y nos preguntamos qué está haciendo al decir eso de sí mismo encontraríamos la respuesta: criticar. Esta es la respuesta: «Soy el que critica». Aparece así un Marx socrático, que cuestiona continuamente los argumentos que se le oponen, que crítica a Hegel, a Feuerbach, a Bakunin, a Proudhon, a Lassalle, y que no deja de criticarse a sí mismo como única forma de

avanzar, de buscar en lo que se da por supuesto lo que se oculta, en la apariencia la realidad. Es esta crítica constante la que convierte el lenguaje de Marx en una pluralidad de lenguajes que siempre tropiezan, se unen y se desunen, se enlazan y separan, dialogan entre sí. Ahora bien, desde dónde la crítica, para qué, en busca de qué verdad. Es ahí donde aparece y se impone el Marx que da sentido a Marx y a su obra, el Marx revolucionario, el Marx que desde el idealismo avanza hasta el comunismo y la revolución proletaria, desde la verdad hasta la revolución como la verdad verdadera. Y es ahí donde empieza el misterio que su obra nos plantea y al que esta antología pretende, sin exclusivismos, dar respuesta. El misterio Marx o cómo un hijo de la burguesía se convierte en revolucionario.

VI. El misterio Marx

Habría que empezar diciendo que este es uno de esos misterios que la burguesía como clase produce, hace circular y consume. Pertenece al amplio muestrario de historias, supuestos, imaginaciones que sustentan su ideología básica, entendiendo aquí por «ideología» el conjunto de representaciones, mitos, imágenes, lugares comunes, ideas, creencias, miedos, deseos o conceptos que anidan en el seno de una sociedad determinada. La ideología viene a ser algo así como el aire axiológico, semántico y narrativo que una sociedad respira en un momento histórico determinado. En la tradición marxista se entiende como una falsa conciencia, como lo que una sociedad cree que es, como el espejo que le devuelve la imagen donde se reconoce e identifica. Como una forma de consciencia colectiva aunque más que con la conciencia tenga relación con el inconsciente, con lo que se piensa sin pensar. Como un escenario mental

que actúa sobre los hombres y mujeres mediante un proceso que se les escapa. «Más una esperanza o una nostalgia —dice Althusser— que la descripción de una realidad.»

El misterio Marx, o cómo es posible que un burgués se convierta en revolucionario, es uno de esos misterios que la burguesía de modo inconsciente ha interiorizado, seguramente como modo de expresión de miedo, amenaza, en todo caso como incomprensión, a los que contesta, ya conscientemente, que tal cosa es imposible, que en caso de producirse nunca es realmente de verdad, y que si un burgués o burguesa intenta o finge intentar transformarse en revolucionario, será por causas patológicas y malsanas: la frustración, el resentimiento, el odio o los deseos de venganza; no por motivos que tengan alguna razón de ser.

Se entiende fácilmente que un burgués, que se ve a sí mismo como representante de lo que es el ser humano, no admita que alguien en su sano juicio reniegue y renuncie a formar parte de esa condición universal. Y del mismo modo vea como natural el *sano* deseo de quienes habitan en las escalas sociales inferiores de *ascender* hacia la condición burguesa, entendida esta como la posesión de aquellos atributos, materiales y espirituales, que le permiten al yo burgués mantener relaciones libres con el resto de la sociedad sin depender de voluntades ajenas. Lo que podría resultar más sorprendente es que este mito parece haberse reproducido —la ideología de la clase dominante es la ideología dominante— también en la dirección contraria: ese desclasamiento hacia abajo produce desconfianza entre el proletariado y da lugar a la deformación ideológica que recibe en ámbitos comunistas el nombre de «obrerismo». El desclasado resulta ser así una figura que genera sospecha. Por su parte, el que se desclasa hacia arriba siempre será motivo de menosprecio para la burguesía pues, aunque esta acepte que el ascenso económico es posible, para mantener su imagen de

superioridad le negará al desclasado la distinción *espiritual* o la sensibilidad que la situación burguesa contrastada, como los sacramentos en el cristiano, imprime. Al fin y al cabo, el nuevo rico no deja de ser un nuevo rico hasta que legitime, vía matrimonio o de otra forma, su nueva situación.

Vistos desde abajo, quien se desclasa hacia arriba es calificado de trepa entre el desprecio y la envidia, mientras que quien lo hace hacia abajo, si es por elección propia, genera desconfianza y, aun si viene provocado por un cambio de las condiciones materiales (ruina, quiebra o bancarrota), da lugar a distancia, recelo y reserva. Alrededor de este tipo de circunstancia la novela realista del siglo XIX se constituyó como gran *container* ideológico de la burguesía. Con leer *Fortunata y Jacinta* de Pérez Galdós o *El tío Goriot* de Balzac encontraríamos ejemplo suficiente.

En el perfil de desclasado hacia abajo, hacia las posiciones ideológicas del proletariado, al lado de Marx se encuentran figuras de tan excepcional relieve en la historia del movimiento obrero y revolucionario como Engels y Lenin. Los tres han sido acusados desde la burguesía de ser víctimas del resentimiento social. En múltiples biografías se puede leer que Lenin se hizo revolucionario simplemente para vengar la ejecución de su hermano por el zarismo; que Marx, fracasado en sus pretensiones como poeta, pretendiente sin éxito a profesor universitario o a periodista de éxito, encontraba entre los revolucionarios el sometimiento y aplauso que su enorme vanidad exigía, o que el señorito Engels cuando se hermanaba con el proletariado lo hacía en busca de aventuras sexuales que no implicaran compromiso. Son opiniones que todavía hoy se repiten desde las tribunas conservadoras, en libros de historia que pasan por respetables y que a veces hasta se insinúan desde plazas de conversos y «anticomunismos de izquierda».

Por disparatados que puedan parecer estos prejuicios de clase, es indudable que encuentran su raíz en la extendida creencia de que nadie compromete de verdad su posición social o la cambia a peor de forma voluntaria, salvo en casos de altruismos de carácter más o menos religioso, adoctrinamientos con lavado de cerebro incluido o neurosis intelectualmente fatales. Desde la izquierda marxista incluso, y sin duda dejándose llevar por ese culto a la personalidad que tiene su fundamento en el yo como algo irreductible, también se cae en la tentación de hacer hagiografía sacra de estas personalidades, resaltando su heroica capacidad de entrega a la causa. La extensión, a derecha e izquierda, consciente o inconsciente, de esta creencia, recelo o sospecha es lo que aconseja entrar en ese misterio Marx, máxime si su planteamiento ayuda a entender las relaciones entre Marx y su obra. Esta cuestión, incluso desde un presunto punto de vista marxista, tiene algo de perfectamente «idiota» (en el sentido etimológico del ser aislado) ya que para Marx «la sociedad no es un conjunto de individuos» y «los individuos solo se individualizan dentro de la sociedad». Como recuerda Juan Carlos Rodríguez: «los individuos están *ya siempre* configurados por las relaciones sociales inscritas en ellos, por las relaciones sociales de las que son *soportes* y *agentes*».

De este argumento sigue desprendiéndose la cuestión sobre cómo estando «configurados por las relaciones inscritas» nuestra biografía ideológica puede resolverse en un desclasamiento, puede romper con el inconsciente ideológico y conseguir hacerse consciente, tomar conciencia de la situación, estructura y contexto que nos configura y, separándose de todo ese condicionante, resolverse en su contra.

En el prefacio a su *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx escribe sobre la conciencia unas conclusiones muy reveladoras: «El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida

social política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre lo que determina su ser sino, por el contrario, es el ser social quien determina su conciencia». Y vuelve así a desprenderse una cuestión semejante a la ya planteada: ¿es posible llegar a tener una conciencia revolucionaria a partir de unos orígenes sociales burgueses? Juan Carlos Rodríguez remarca que todos, explotadores y explotados, nacemos capitalistas, y que «aquí radica el otro lado (el lado oscuro) de nuestro problema: en si somos capaces —o no— de enfrentarnos con el sistema que nos produce, en si deseamos —o no— romper con ese sistema, y cómo, y en qué sentido y hasta qué punto».

Para tratar de responder vamos ahora a dar cuenta del «ser social» de Marx, que según sus propias palabras vendrá determinado por el conjunto dinámico de relaciones que a lo largo de su vida mantuvo con la realidad y, al tiempo, con la conciencia de esa realidad.

VII. Hijos de la Revolución

Marx nace en el 5 de mayo de 1818 en la ciudad de Tréveris, en la Renania alemana. «Su infancia —escribe Auguste Cornu—[5] transcurrió en el periodo reaccionario de la Restauración que siguió en toda Europa a la caída de Napoleón; su adolescencia, en cambio, se desarrolló en el periodo de rápido desarrollo económico y social favorecido por la creación de la Unión Aduanera, en 1834.» Renania, un territorio de lengua alemana y religión mayoritariamente católica, fue ocupada por los ejércitos franceses de la Revolución desde 1794 hasta 1815, beneficiándose de la supresión de la antigua organización feudal para transformarse en un Estado moderno a través de las reformas administrativas, políticas y sociales que el triunfo de la burguesía conllevaba: libertad de comercio, igualdad ante la ley,

constitucionalismo, tolerancia religiosa, amortización de las tierras de la nobleza, supresión de privilegios y aduanas interiores, libertades individuales, sistema estandarizado de impuestos, etcétera. Tras la derrota de Napoleón, Renania es integrada en Prusia y parte de ese sistema de libertades burguesas se ve fuertemente amenazado dando lugar a una atmósfera de tensión política y, en menor grado, social, que caracteriza los años de la formación del joven Marx.

Hablamos de Renania, pero el enfrentamiento entre el liberalismo y los restos de las monarquías absolutas es ampliable a casi toda Europa (piénsese en la España de Fernando VII o en los procesos de independencia en las colonias americanas) porque la Revolución Francesa introduce en el mapa político el cuestionamiento de *la propiedad* de la soberanía de la nación. Una soberanía que, según el liberalismo burgués reclama, ha de pasar desde el rey como soberano al pueblo, lo que en la práctica se traduce en la búsqueda, moderada o radical, de aquellas reformas que inclinen constitucionalmente la soberanía hacia el pueblo, modificando a su favor el peso en la institución representativa del poder legislativo frente al de un ejecutivo que las monarquías se resisten a entregar. Se trata en definitiva de buscar un nuevo equilibrio entre el Estado y la sociedad civil burguesa. Una situación que se alargará durante todo el siglo XIX y en la que pronto hará notar su presencia, como invitada no deseada, la nueva clase emergente: el proletariado.

Los padres de Marx provenían de una familia de rabinos. Aprovechando la libertad religiosa durante la ocupación francesa, el padre se graduó como abogado y alcanzó una posición destacada en la sociedad de Tréveris. Era una persona liberal desde el punto de vista religioso y político, despegado de la tradición judía, con fuertes inquietudes culturales, admirador de la Ilustración racionalista y buen lector de Voltaire, Rousseau y Lessing.

Afición y gustos que procuró transmitir a su hijo Karl. Obligado a abandonar su tibia pertenencia a la tradición judaica por los decretos prusianos que les negaban a los judíos las posibilidades de ocupar cargos públicos y desempeñar determinadas profesiones, se convirtió al protestantismo, religión minoritaria en la región. Su conversión fue seguida poco después por toda la familia. De tendencias liberales moderadas, Heinrich Marx participó en los años 30 en las actividades reformistas que tuvieron lugar contra los Gobiernos reaccionarios prusianos. Parece claro que su racionalismo y liberalismo, así como su afición por la lectura y el estudio, dejarían su impronta en los primeros años de la formación de su hijo Karl, quien, inscrito en un liceo liberal y laico, fue un estudiante de nivel medio alto que destacó en el estudio de las lenguas clásicas y en las composiciones en lengua alemana. En su disertación *Reflexiones de un joven sobre la elección de una carrera* se advierte ya su desapego de la religión y su cercanía a las filosofías de corte moral y racionalista próximas a las enseñanzas de Kant y Fichte.

Este ambiente racionalista e ilustrado de sus primeros años tendría además un complemento importante gracias a las relaciones que va a mantener con el barón Ludwig von Westphalen, padre de su compañero Edgar, con el que establece una relación de empatía mutua. Aunque perteneciente a la nobleza, Von Westphalen está cercano al liberalismo político, ama el romanticismo poético y tiene sus preferencias literarias en las obras de Homero y Shakespeare, autores que se complace en dar a conocer a Karl, al que también pondrá en contacto con la figura y obras de los socialistas Saint-Simon[6] y Ludwig Gall.[7] Será esta una extraña relación transgeneracional que tendrá su vuelta de tuerca cuando Marx entre en relación con su hija Jenny von Westphalen, tres años mayor que él y con la que se acabará casando.

En 1834 Karl Marx tendría su primer y agrio contacto con la realidad de la política. Asociándose a una campaña en favor de una reforma constitucional, una de las sociedades literarias de Tréveris organiza unos banquetes en los que se canta *La marsellesa*, y en uno de ellos toma la palabra Heinrich Marx. Los organizadores fueron amonestados, la sociedad literaria sometida a vigilancia y algunos profesores del liceo donde estudia Karl son expedientados. Entra así en contacto directo con la represión de la libertad de expresión y la injusticia de una ley que interfiere en la asociación libre de los ciudadanos.

VIII. Hegel sale al encuentro

La universidad, como institución que por entonces y hasta unas pocas décadas después era el espacio donde se formaban las élites, funcionaba como un laboratorio experimental del mundo que se encontraba más allá de sus muros y geometrías. Los miembros de las futuras clases dirigentes recibían allí los conocimientos y saberes necesarios para desempeñar las funciones oportunas y la formación fundamental para asimilar el juego de intereses, conductas y contactos imprescindibles para moverse en la sociedad. La universidad como gran Ensayo General.

El joven Marx, que el año anterior había estudiado en la Universidad de Bonn con poco provecho y mucha bohemia, se traslada en 1837 a Berlín con propósitos de enmienda y su buen equipaje de lecturas de la literatura romántica, de los racionalistas franceses del XVIII y de la filosofía idealista. Su encuentro con Berlín será su encuentro con Hegel.

En realidad, toda Alemania es por entonces territorio hegeliano y Berlín es la ciudad donde la agitación política e intelectual tiene su centro. La

influencia de Friedrich Hegel traspasa las esferas culturales, y los combates académicos alrededor de sus doctrinas responden a enfrentamientos políticos entre aquellas fuerzas que apoyan el régimen prusiano, que viene recortando derechos democráticos, y aquellas que, partiendo de las concepciones del autor de *Fenomenología del espíritu*, reclaman medidas reformistas en línea con el liberalismo democrático. Para Hegel la historia era movimiento, dialéctica, enfrentamiento, conflicto. Una idea —tesis— choca contra su contraria —antítesis—, y de ese encuentro surge algo nuevo: la síntesis, que a su vez chocará contra su antítesis para dar lugar a otra síntesis y así, en movimiento continuo, se despliega el espíritu que da carácter a los pueblos en su dinámica histórica, relacionando ese despliegue del espíritu, de las ideas, con la realidad objetiva, la naturaleza y la historia. Esta concepción, que en el fondo sigue siendo idealista, permite un doble y contrario entendimiento de su pensamiento: por un lado, progresista, en cuanto consideración de la historia como desenvolvimiento dialéctico de la libertad; por otro, conservador, por su interpretación reaccionaria del Estado prusiano como razón hecha realidad.

Y el joven Marx asiste con fascinación a este escenario de agitación y polémica, se adentra en la filosofía hegeliana («Mientras estuve enfermo —escribe a su padre—, tuve ocasión de estudiar de cabo a rabo la obra de Hegel y la de todos sus discípulos») y acaba integrándose en las filas de quienes serán conocidos como los Jóvenes Hegelianos, con los que comparte además una actitud intelectual y política de oposición al Gobierno conservador, en defensa de una Constitución republicana, que busca alianzas con las emergentes aunque todavía débiles organizaciones socialistas. Se incorpora al Club de los Doctores, entra en relación con Bruno Bauer, Adolph Rutenberg y Friedrich Köppen y se gana, a pesar de la diferencia de edad, su admiración y respeto. Doctores en Historia, Filosofía

o Derecho, los Jóvenes Hegelianos pronto irán más allá del Hegel conservador que veía en la religión cristiana y en el Estado prusiano un valor absoluto, la concreción del movimiento dialéctico en contradicción incluso con su propia idea del desarrollo dialéctico de la historia como devenir continuo, sin límites ni meta determinada. La concepción hegeliana del Estado («En la existencia de un pueblo, el fin esencial es ser un Estado y mantenerse como tal») también permite interpretaciones contrapuestas que darán lugar a tendencias claramente diferenciadas, incluso dentro de los Jóvenes Hegelianos. En esa coyuntura Marx, como la mayoría de quienes confluyen en el Club de los Doctores, derivará hacia posiciones más a la izquierda para defender frente al Hegel conservador a un Hegel revolucionario.

IX. AHORA ES LA REALIDAD LA QUE SALE A SU ENCUENTRO

Cuando termina sus estudios y se doctora con la tesis *Diferencia entre la filosofía democriteana y epicúrea de la naturaleza*, en la que inclina sus preferencias hacia las posiciones *materialistas* de Epicuro, ya que para él la comprensión de la naturaleza supone la liberación del hombre, Marx proyecta seguir una carrera como profesor en el mundo universitario, pero las circunstancias políticas están cambiando y los hegelianos de izquierda empiezan a ser mal vistos por las autoridades. Es entonces cuando lo invitan a participar en la *Rheinische Zeitung* (Gaceta Renana), un periódico que se está poniendo en marcha en Colonia bajo la coordinación de Moses Hess, quien desde 1842 venía defendiendo posturas comunistas. Marx inicia su colaboración enviando textos desde Bonn pero poco después se traslada a Colonia y es nombrado editor jefe de la publicación. El primero de sus

artículos versa sobre la libertad de prensa y, junto a su habilidad argumentativa, quedan patentes algunos de los ingredientes que van a caracterizar su estilo y escritura: el gusto por la polémica, el sarcasmo, la ironía, las analogías malvadas, las comparaciones ridiculizantes, el tono entre cínico y divertido. Un estilo que no dejaría de llamar la atención por su contundencia y capacidad de llegar al ánimo y a la inteligencia de los lectores. La *Rheinische Zeitung* representa los intereses de la burguesía industrial interesada en la defensa de las reformas de signo liberal, y Marx procura defender con apariencias moderadas la crítica radical contra las realidades políticas y sociales existentes. La estrategia de sus ensayos consiste en ahondar en los temas hasta llevarlos a la contradicción con los valores democráticos que el Gobierno dice defender, obligando así al poder a mostrar su verdadera cara. Siguiendo esta línea de actuación, critica duramente la ley que viene a prohibir el aprovechamiento comunal de la leña, profundizando en la propia ley para socavarla argumentando su falta de equidad o su condición de privilegio que, en defensa de intereses privados de los propietarios, violaba los principios generales del derecho.

En otro de los artículos defiende, después de investigar al detalle la situación, las reivindicaciones de los trabajadores agrícolas del valle del Mosela, haciendo ver que había que analizar las circunstancias materiales para entender el conflicto: «Con facilidad descuidamos la naturaleza material de las circunstancias, y tendemos a explicarlo todo por la voluntad de las personas. Sin embargo, hay circunstancias que determinan las actuaciones tanto de las personas privadas como de las autoridades estatales y que son tan independientes de su voluntad como el respirar». Su trabajo, sin embargo, no dura demasiado. Marx comprueba cómo las relaciones entre la burguesía empresarial y el Gobierno no dejan de resolverse siempre a favor de este. Las autoridades presionan a los patrocinadores, que a su vez

presionan a Marx, que finalmente se ve obligado a dimitir. La experiencia inevitablemente lo ha cambiado. Su «ser social», aun todavía en la esfera de la burguesía, ha conocido el ser de los perdedores, de los desalojados, de los prohibidos. Cuando entró en el periódico no dejaba de ser lo que hoy llamaríamos un intelectual comprometido —*desde fuera*— con la causa de los que viven en una sociedad controlada por los intereses y leyes injustas de la burguesía. Gracias a ese trabajo como periodista, cobra conocimiento por ejemplo de la situación social de los campesinos, reflexiona sobre cuestiones concretas de índole económica y, frente a los intereses de la burguesía liberal, confirma sus ideas democráticas. Como ejemplo significativo de aquellas sospechas ya comentadas que supone el desclasamiento hacia abajo, valga apuntar que en otro de sus artículos se vio obligado a hacer frente a un ataque de la reaccionaria *Allgemeine Zeitung* (Gaceta General) que ironizaba sobre los hijos de los ricos industriales que juegan al socialismo o al comunismo pero no reparten su dinero con los obreros. Marx replicará que si bien «no conozco el comunismo, pero siendo que el comunismo ha asumido la defensa de los oprimidos, no puede ser combatido con tanta ligereza. Antes de condenarlo es preciso tener conocimiento completo y exacto de esa corriente».

Cuando Marx se ve obligado a abandonar la *Rheinische Zeitung* («Estoy harto —escribe a Ruge— de hipocresías, estupideces, arbitrariedades, y de tener que doblegarme, arrastrarme, de discutir nimiedades y sutilezas lingüísticas»), acepta desplazarse a París para fundar con Arnold Ruge los *Deutsch-Französische Jahrbücher* (Anuarios franco-alemanes), cuya cabecera avisa de que Marx ya considera una realidad que va más allá de las fronteras nacionales. Será en esta nueva etapa cuando se adentre en un nuevo territorio económico y filosófico que lo llevará al comunismo, como tarea y como horizonte.

X. París, capital de la revolución

Mientras prepara con Ruge la salida de la nueva publicación, rechaza dos ofertas de trabajo en la Administración prusiana y contrae matrimonio con Jenny von Westphalen. Durante unos meses se instalan en Kreuznach, una pequeña ciudad balneario en las cercanías de Tréveris, y Marx prosigue su indagación del hegelianismo. Su centro de interés es ahora tratar de aclarar la relación entre sociedad civil y Estado a fin de dar fundamento al enfrentamiento de la oposición democrática contra el régimen prusiano. Años más tarde, en el prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* escribirá recordando aquellos tiempos: «Mi primer trabajo, emprendido para resolver las dudas que me azotaban [sobre los llamados "intereses materiales"], fue una revisión crítica de la filosofía hegeliana del derecho, trabajo cuya introducción apareció en 1844 en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, que se publicaban en París. Mi investigación me llevó a la conclusión de que ni las relaciones jurídicas ni las formas de Estado pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que, por el contrario, radican en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII bajo el nombre de "sociedad civil", y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política».

En octubre los Marx se trasladan a París, la ciudad de las luces, la ciudad de las revoluciones, la capital del mundo en aquel otoño de 1843. Jenny tiene veintinueve años y está embarazada, Marx veinticinco.

El primer número de los *Deutsch-Französische Jahrbücher* salió en febrero de 1844. En el índice se encontraban poemas de George Herwegh y Heinrich Heine; un intercambio de cartas entre Marx, Ruge, Feuerbach y Bakunin; dos ensayos de Marx («Una introducción a la filosofía del Derecho de Hegel» y «La cuestión judía»); dos ensayos de Friedrich Engels («Esbozo de crítica de la economía política» y «La situación en Inglaterra»), y un texto, «Cartas desde París», de Moses Hess. En realidad, los miembros de todo el grupo que se establece alrededor del nuevo proyecto de Ruge coinciden en compartir ideas más próximas al democratismo radical que al liberalismo moderado o conservador, pero tienden a alejarse hacia posiciones filosóficas e ideológicas diferenciadas. Moses Hess y Bakunin se inclinan hacia una amalgama de anarquismo y comunismo; Feuerbach se preocupa ante todo por el problema religioso y se acaba negando a colaborar; el poeta Herwegh se acoge al idealismo de un comunismo utópico, más sentimental que revolucionario, y Ruge, aunque radical en su crítica al Estado prusiano, no va más allá de un humanismo que veía en la educación el medio de alcanzar la reforma social. Los que sin embargo van a converger en sus ideas son Marx y Engels: todavía desde campos de interés distintos, comparten la idea de que la publicación debería funcionar como espacio de reflexión y mediación entre la ideología democrática y el movimiento social de origen obrero.[8]

Marx, en sus cartas a Arnold Ruge había esclarecido su propósito de adentrarse en un horizonte filosófico nuevo: «No es cosa nuestra la construcción del futuro o de un resultado definitivo para todos los tiempos pero, en mi opinión, está muy claro lo que nos toca hacer hoy: criticar sin contemplaciones todo lo que existe, sin contemplaciones en el sentido de que la crítica no se asuste ni de sus consecuencias ni de entrar en conflicto con los poderes establecidos. […] La reforma de la conciencia consiste solo

en hacer al mundo consciente de su propia consciencia, en conseguir que despierte de los sueños que tiene sobre sí mismo, en explicarle sus propias acciones».

En sus artículos de crítica a la filosofía del Derecho y el Estado de Hegel llegará a la conclusión de que las únicas fuerzas de la sociedad que pueden llevar la inminente revolución alemana al éxito residen en el proletariado, y eso constituirá un salto cualitativo que Marx va a desarrollar en esta etapa marcada por su estancia en París y su colaboración con los *Deutsch-Französische Jahrbücher*. Ahí alcanza, dice Lukács, «definitivamente la posición de clase, que lo faculta para la creación del materialismo dialéctico e histórico». Marx entra en la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel desde una perspectiva diferente a las que hasta el momento habían venido desarrollando tanto Bauer[9] como Feuerbach. Avisa sobre la insostenibilidad del idealismo hegeliano, al exponer cómo Hegel reducía el desarrollo histórico a un desarrollo de conceptos y oponía a aquellas de sus teorías sobre el Estado una concepción democrática y revolucionaria basada en el hecho de que en la realidad el sujeto es la sociedad y el Estado el predicado: «La familia y la sociedad constituyen elementos reales del Estado, manifestaciones concretas de la Voluntad, de las formas de ser del Estado. Ellas mismas se constituyen en Estado y son su elemento motor. Para Hegel, por el contrario, […] lo condicionante se convierte en condicionado, lo determinante en determinado, el elemento creador en el producto de lo que crea». La crítica de Marx avanza así hacia posiciones que lo acercan a los territorios próximos al comunismo: «La independencia, la autonomía en el Estado político están basadas en la propiedad privada que, bajo su forma extrema, aparece como propiedad territorial inalienable». Para Marx solo en la democracia *verdadera* el Estado político vendría a ser simplemente «una forma de ser particular del pueblo, un modo

particular de vida», e interpreta, a causa de no haber llegado todavía a la noción del papel de la lucha de clases, que «la verdadera democracia» podía realizarse en su opinión por medio de reformas políticas. Marx ha entendido la relevancia de la propiedad privada y el papel del dinero y de la lucha de clases, pero aunque ya ha empezado a acercarse a la problemática de «lo económico», no será hasta más tarde cuando ahonde en las circunstancias del desarrollo económico y social. La lucha de clases está llamando a su puerta.

XI. Marx & Engels, dos hombres y un destino

Engels había nacido dos años después de Marx en Barmen, en la zona industrial de Renania. Su padre era propietario de una fábrica textil que tenía una sucursal en Manchester. El ambiente familiar venía determinado por un fuerte y estricto carácter religioso. Después de sus años en el liceo, Engels se desplazó a Bremen para iniciar estudios de Comercio interesándose además por la poesía y la música. En sus primeras tomas de posición política se inclina hacia el liberalismo y escribe y publica sus primeros escritos literarios de tema político. Durante su estancia en Berlín se interesa por la filosofía de Hegel y toma contacto con los Jóvenes Hegelianos, de manera especial con Moses Hess, a través del cual entra en conocimiento del comunismo. A finales de 1842, siguiendo los deseos de su padre, se va a Manchester para terminar su aprendizaje comercial en la fábrica textil propiedad de la familia. Desde allí es testigo de la expansión de la Revolución Industrial y del proceso de pauperización de un proletariado que, obligado a perder sus modos de subsistencia en el campo, se ha instalado con miserables condiciones de vida en los entornos fabriles

de las grandes ciudades como Londres o Manchester. En ese contexto asiste a los primeros enfrentamientos directos entre la clase obrera y la burguesía propietaria, a las primeras Trade Unions como formas de organización de los trabajadores que, frente a liberales y conservadores, acaban creando su propio movimiento, el cartismo, a partir de la Carta[10] fundacional que le dio nombre. Los hechos radicalizan su comprensión del comunismo como fuerza revolucionaria para el logro de las reivindicaciones obreras, aunque todavía por entonces, 1842-1843, sigue confiriendo a las ideas un papel dirigente. Merced a sus relaciones con su compañera Mary Burns, joven obrera irlandesa, al tiempo que lee sobre economía política, conoce la realidad del proletariado y participa en las actividades políticas obreras asistiendo a sus reuniones. En cierto sentido, la propia práctica social de Engels, su «ser social», le permitió adelantarse a las posiciones de Marx en aquellos momentos sobre el papel de la economía en el desarrollo de la historia: «Viviendo en Manchester, me había dado de narices con el hecho de que los fenómenos económicos, a los que hasta entonces los historiadores no habían atribuido importancia alguna, o solo una importancia muy secundaria, son, por lo menos en el mundo moderno, una fuerza histórica decisiva».[11]

Mientras tanto, siguiendo una trayectoria distinta, Marx se ha desprendido del idealismo para inclinarse ideológicamente hacia el materialismo. Ya ha profundizado en todas las contradicciones de las doctrinas que le salen al encuentro: el liberalismo, el humanismo reformista, la democracia radical, el socialismo utópico, el comunismo dogmático. Y al ahondar en ellas, ese mismo proceso lo llevará a ir desentrañando las categorías materialistas —económicas— sobre las que se construye el poder. Es su radicalismo burgués el que lo lleva hasta el proletariado. Es su «ser social», su estar en permanente «estado de

revolución», el que lo hará revolucionario antes de que (*Je ne suis pas marxiste*) pueda hablarse de marxismo, antes de que él mismo acabe descubriendo las claves de esa enfermedad social que llamamos capitalismo. Marx ha dejado que la historia le interrogue y acepta el interrogatorio porque acepta que es historia, es decir, un hacerse y deshacerse de manera continua, en permanente debate sobre «los códigos sociales que nos construyen». Vive un tiempo en transformación —nada menos que en la transición desde el feudalismo a la sociedad burguesa capitalista— y él mismo es transformación, paso hacia un mundo nuevo en el que nace una nueva clase y por consiguiente la posibilidad de un nuevo horizonte.

Marx emerge acompañando a eso nuevo que emerge. Va ligero de equipaje, que diría Antonio Machado, y eso lo ayuda a no quedarse atado al pasado. Desde ahí seguirá llamando a las puertas de la revolución. Y la revolución está cerca. No abandona, llevado por un acto de voluntarismo, su Marx burgués sino que al profundizar en él de forma radical se transforma, muta en ese Marx *con y desde* el proletariado. Marx no se hace *en* proletario; paso a paso, contradicción a contradicción resuelta, se encuentra en el proletariado, situándose en esa orilla de la lucha de clases, el proletariado como parte del combate y no como mera situación sociológica. Es la lucha de clases lo que lo integra en el proletariado sin la necesidad, imposible, de hacerle proletariado, ese error o ilusión ideológica en el que caerían los *narodnik* rusos que iban a las comunas para hacerse campesinos, o aquellos operarios autónomos de la Italia de los sesenta que abandonaban la universidad para entrar como obreros en los grandes fábricas de Turín. Su acercamiento a la realidad del proletariado es menos ingenuo, más político en sus inicios y más provechoso.

En París, Marx había conocido a Bakunin y a Louis Blanc. Con Bakunin mantendría toda su vida fuertes discrepancias y desde el primer momento se manifestó contrario a sus ideas anarquistas. También mantendría relaciones de crítica y confrontación con Louis Blanc, relevante socialista republicano, autor de *La organización del trabajo*, donde defendía el control obrero en las sociedades democráticas, y colaborador desde 1843 del diario *La Réforme*, que impulsaba el establecimiento del empleo garantizado y el sufragio universal. Por otra parte, Marx había empezado a frecuentar la Liga de los Justos, organización clandestina creada por obreros alemanes exiliados, muy influenciados por las doctrinas insurreccionistas de Blanqui y por el comunismo de Cabet y Weitling, y de los que admiraba su entrega y dedicación a la causa comunista: «Es necesario haber conocido el afán por estudiar, la sed de saber, la energía moral y el deseo profundo de desarrollarse sin cesar que animan a los obreros franceses e ingleses para hacerse una idea de la nobleza humana que los caracteriza». A través de estos contactos directos con «el estar» concreto y material de la revolución, Marx cobra interés por la práctica, por el día a día de la actividad revolucionaria que realizan aquellos proletarios organizados. Y participa incluso en reuniones donde da a conocer el resultado de sus reflexiones sobre los nuevos temas económicos que están despertando su interés. Estudia y toma notas y redacta los textos que hoy se conocen como los *Manuscritos de 1844* y que permanecerían inéditos hasta 1939. Es entonces cuando Marx comienza a asentar las categorías sobre las que van a levantarse sus principales obras. En los *Manuscritos* Marx analiza conceptos como salario, renta y beneficio, estudia las relaciones entre el capital y el trabajo, y pone en evidencia el papel del dinero como ese motor de las vidas de los hombres que trastoca su entendimiento del mundo y de sí mismos, enajena sus vidas y saca de quicio su lugar en la sociedad y en el

mundo. Es en 1844 cuando Marx asume el comunismo como único proyecto que puede acabar con la injusticia y la enajenación, como «la verdadera resolución del antagonismo entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y el hombre; la verdadera resolución de la lucha entre existencia y esencia, entre cosificación y autoafirmación, entre libertad y necesidad». En ese agosto de 1844, imaginémonos el encuentro, Marx y Engels van a conocerse.

Ya se habían visto dos años antes en Colonia, en la redacción de la *Rheinische Zeitung*, donde al parecer Marx no estuvo muy receptivo pues veía a Engels como un miembro más del grupo de los Jóvenes Hegelianos del que él se estaba distanciando, aunque sus artículos publicados sobre la situación política y social en Inglaterra le debieron parecer acertados. Pero el verdadero encuentro se produciría en París, en ese agosto de 1844, ahora en la redacción de los *Deutsch-Französische Jahrbücher*. Engels le va a pasar a Marx las conclusiones a las que había llegado acerca de la extrema importancia de los aspectos económicos a la hora de caracterizar a la sociedad inglesa. Marx leerá con extrema atención tanto el borrador de ese futuro libro sobre el que Engels ha venido trabajando, *Las condiciones de la clase obrera en Inglaterra*, como los artículos «La situación de la clase obrera en Inglaterra» y «Esbozo de una crítica de la economía política», que se publicarán en los *Jahrbücher*. La empatía y el entendimiento que surgió entre ambos condujeron a una amistad destinada a ocupar un lugar de máxima relevancia en la historia del movimiento obrero y propiciaría un intenso intercambio de ideas, intereses y proyectos. El «Esbozo de una crítica de la economía política», donde Engels explica cómo en las sociedades basadas en la propiedad privada el desarrollo de la producción determina las condiciones de vida del proletariado, desencadena en Marx la necesidad de entrar con decisión en el estudio de ese campo. «Este artículo

—escribe Cornu— constituía, en cierta forma, la contraparte de los de Marx. Mientras este aplicaba con gran maestría el método dialéctico al análisis de la sociedad y el Estado burgués, Engels hacía una aplicación igualmente magistral del mismo en el dominio económico.» Engels dejaba claro que la propiedad privada y la competencia, al impedir que el interés común coincida con los intereses particulares, imposibilitan la vida colectiva casi de manera insoslayable. Para Marx, en esos momentos interesado en hacer ver el papel fundamental que los hechos concretos desempeñan en el desarrollo de la historia, los textos de Engels confirmaban sus planteamientos y le abrían una puerta hacia el estudio de las teorías que los clásicos de la economía política (Adam Smith, Malthus, Ricardo) habían desarrollado.

El encuentro entre Marx y Engels los convierte en mutuos interlocutores, en ese interlocutor necesario del que habló en otras circunstancias la escritora española Carmen Martín Gaite, y cabe pensar que, al contrario de lo sucedido en tantos desencuentros —Hegel, Bauer, Feuerbach— a lo largo de sus biografías intelectuales e ideológicas, quizás por primera y única vez, frente a frente, no van a sentirse obligados a ser «negación» o antítesis sino a hacerse síntesis, pues como desprendimiento teórico del intercambio de pensamientos y trayectorias iba a quedar patente para ambos que la forma para llevar a cabo la emancipación humana pasaba por la emancipación revolucionaria del proletariado. Y aunque esa fuerza crítica que ambos representaban, antes por separado pero ahora juntos, pronto se pondría en marcha de nuevo como negación a cuatro manos —en *La Sagrada Familia* contra las doctrinas sentimental-humanistas de los hermanos Bauer, y en *La ideología alemana* contra las secuelas de una filosofía poshegeliana inane políticamente—, no es menos cierto que del encuentro va a surgir el impulso de «mancharse las manos», de entrar en la revolución, de iniciar el

contacto directo con quien de acuerdo a sus ideas está llamada a protagonizarla: la clase obrera. Si hasta el momento tanto uno como otro han sido dos destacados activistas en las luchas ideológicas, ahora van a sentir la necesidad de sacar sus ideas a la calle, de confrontar la teoría con la experiencia real, de entrar en las luchas concretas. Engels, con la ayuda de su compañera Mary Burns, había conocido ya la realidad del proletariado, sus casas, su miseria, sus fríos y enfermedades. Marx, salvo en sus relaciones con los obreros y artesanos que participaban en las reuniones de la Liga de los Justos, apenas ha visualizado esa realidad, pero los dos están de acuerdo en la necesidad de ese contacto y de dar a conocer y propagar sus teorías entre el proletariado. A estas alturas de sus biografías están a punto de «hacer comunismo».

Marx y Engels han pasado a la historia como los padres fundadores del comunismo, y no es verdad. No es exactamente verdad. El comunismo nació antes, aunque en ellos encontraría su fundamento moderno. La historia de Marx y Engels es en buena parte la historia de un encuentro, el suyo, pero también es el encuentro de Marx y Engels con el comunismo. Parece conveniente entonces, antes de proseguir con la historia de Marx y de ese doble encuentro, detenernos aunque sea brevemente en la historia de ese comunismo con el que los dos se acabarán encontrando.

El mérito de la proclamación de las primeras teorías sobre el comunismo se le adjudica a François Babeuf. Según el historiador Albert Soboul, le corresponde a este revolucionario francés el mérito de haber puesto en circulación el término «comunismo» como doctrina política. Babeuf fue un radical que en medio de la Revolución Francesa propuso una sociedad basada en la comunidad de bienes y trabajos. Bajo su dirección y la de su correligionario Filippo Buonarroti, en 1796 constituyen un Comité de Insurrectos clandestino que conspira para asaltar el poder. Antes de que

tenga lugar el intento, conocido como Conspiración de los Iguales, serán traicionados, detenidos y Babeuf ajusticiado. En 1828 su amigo y continuador Buonarroti publicaría la *Conspiración para la Igualdad llamada de Babeuf*, obra que tendría una importante y larga difusión y una gran influencia posterior en el desarrollo de los ideales del comunismo. Uno de sus seguidores sería Moses Hess, Joven Hegeliano amigo de Marx y Engels, quien defendía un comunismo blando, idealista y utópico, aunque basado en la desaparición de la propiedad privada y en el destierro, por medio de la educación, del egoísmo que esa forma de propiedad generaba. Un comunismo que mantenía claras semejanzas con el socialismo utópico y anarquizante de Proudhon. Por otro lado, las doctrinas comunistas con raíces en la Conspiración de Babeuf encontraron favorable acogida en sociedades secretas como la Sociedad de las Estaciones, dirigida por Blanqui,[12] que va a influir en la constitución de una organización clandestina fundada por obreros alemanes exiliados en Francia, la Liga de los Justos, que con el tiempo se acabará transformando en la Liga de los Comunistas, a la que se integrarán Marx y Engels.

De momento, sus intenciones de propagar sus ideas entre el proletariado deben esperar. El Gobierno prusiano reclama al rey de Francia, Luis Felipe de Orleans, la expulsión de Marx y otros revolucionarios y trastoca los planes de la familia Marx, que inicia así lo que será un largo rosario de forzosos traslados. Marx, que acababa de firmar un contrato para editar un libro sobre economía política, se ve obligado a instalarse en Bruselas. Allí se reencuentra de nuevo con Engels, y en el verano de ese mismo año los dos viajan a Inglaterra. Será durante ese viaje cuando Marx visualice la condición, el día a día, del proletariado.

No se puede decir que aquel viaje a Inglaterra fuera la caída del caballo de Karl Marx, pero es evidente que dejó su huella profunda en su ánimo y

en su inteligencia. Durante más de un mes, los dos amigos pasaron buena parte del tiempo leyendo tratados de economía política en la biblioteca pública de Manchester para dedicar luego otras buenas horas a conocer directamente, otra vez con la ayuda de Mary Burns, los «bajos fondos industriales» con todo su paisaje de miseria material extrema y profunda degradación moral. Como escribe Mary Gabriel en su tan recomendable libro sobre el matrimonio Marx: «Si lo que buscaba Marx era la realidad, la encontró ciertamente en Manchester. Antes de aquel viaje nunca había sido testigo de cómo vivían realmente los proletarios, y es poco probable que nada de lo que había experimentado hasta entonces le hubiera preparado para el envilecimiento de la humanidad con que se encontró allí. Había conocido a obreros en París pero solo le habían contado su historia. Ahora estaba hundido hasta las rodillas en un montón de desechos industriales tanto físicos como espirituales. Las vistas, olores y angustiosos sonidos de aquel lugar le causaron probablemente una profunda impresión. Al fin y al cabo, Marx era un intelectual de clase media casado con una aristócrata y se movía en ambientes culturalmente refinados. Aunque siempre había criticado a los que se dejaban llevar por la teoría, lo cierto es que hasta entonces él había hecho lo mismo. Ya no».

«Ya no», escribe Mary Gabriel. ¿Quiere esto decir que ya hemos llegado a la resolución del «misterio Marx»? ¿Que fue ese viaje a Inglaterra, su conocimiento directo de la miseria de los trabajadores de las fábricas textiles de Manchester, lo que le trasmutó de intelectual de clase media casado con una aristócrata en revolucionario? La verdad es que hay que pensar que no. Tal experiencia puede tener capacidad suficiente para reconvertir a un burgués o a una burguesa en miembro de una ONG, pero no creo que las indignaciones morales den para arriesgar el estatus metiéndose en verdaderas revoluciones. Los viajes turísticos a la pobreza de

Bombay o Haití no forman parte de ningún curso acelerado de revolución. Es evidente que ese conocimiento iría a alojarse en algún lugar del «ser social» llamado Karl Marx, sumándose a sus experiencias políticas anteriores: represión, arbitrariedades, censuras, expulsiones, condenas injustas. Pero el paso desde las buenas intenciones, incluso desde la voluntad decididamente revolucionaria, a la condición de revolucionario, en mi opinión implica la prueba de la praxis, pues solo el «estar en revolución» puede otorgar el ser revolucionario.

No terminó en Manchester aquel viaje a Inglaterra. En Londres entraron en relación con miembros de la clandestina Liga de los Justos, quienes habían creado como instrumento legal para su difusión la Asociación Pedagógica de los Obreros Comunistas, ya extendida por París, Suiza y Alemania y que tenía como eslogan «Todos los hombres son hermanos». Además, Marx y Engels se reunieron con los líderes del movimiento cartista y conversaron sobre la necesidad de organizar la unión de todos los movimientos que propugnaban una revolución al servicio de la clase obrera. Con esa idea volverían a Bruselas, aunque primero, y quizá para librarse de la sombra de Hegel, se impusieran la tarea de escribir su segunda obra a cuatro manos, *La ideología alemana*, donde subrayaron la condición materialista de la historia del hombre: «La vida implica antes que nada comer y beber, tener dónde alojarse, con qué vestirse y otras muchas cosas. El primer acto histórico es pues la producción de los medios para satisfacer estas necesidades, la producción de la vida material misma». En su redacción desarrollaron y aclararon su estrategia revolucionaria al establecer que toda la historia del hombre es el resultado del proceso de enfrentamiento entre quienes controlan la producción y quienes han sido despojados de ese control, y que el cambio de esa situación exigiría no solo violencia, dada la esperable resistencia de la clase dominante, sino también

el desarrollo de una teoría que sirviera de apoyo y orientación a la clase revolucionaria.

Retomando sus propósitos de organizar y propagar la expansión y aplicación de sus ideas entre las clases trabajadoras, crearon un Comité de Correspondencia Comunista, a modo de centro de reunión y formación que establecería corresponsalías nacionales e internacionales allí donde existiesen organizaciones revolucionarias con las que poder intercambiar informaciones e iniciativas. Lo que hoy se correspondería con una página web o similar, en aquel momento resultó ser el primer conato de organización internacional de la clase obrera. Con ocasión de una de las actuaciones políticas en el seno de la nueva organización tuvo lugar el encuentro con Wilhelm Weitling, líder carismático de un comunismo iluminista sin respaldo teórico alguno. El trabajo de «negación» volvió a hacerse inevitable y el enfrentamiento dialéctico estuvo lleno de una vehemencia que proseguiría con nuevos ataques hacia, resumimos, «los comunismos felices». Estas y otras intervenciones semejantes le ganaron a Marx bastantes enemigos y fama de intolerante, lo que sin duda restó complicidades para aquel Comité de Correspondencia Comunista.

Por entonces Proudhon, propagador del socialismo utópico y anarquizante, publica *La filosofía de la miseria*, que solivianta a Marx hasta tal punto que elabora una virulenta pero rigurosa réplica, *Miseria de la filosofía*, el primer libro escrito por él solo y en donde descalifica las teorías —o ausencia de ellas— en la obra de Proudhon a la vez que expone sus propios planteamientos sobre la economía, la filosofía y la historia; así concluye su diatriba: «Día a día se hace más evidente que las relaciones de producción en las que se mueve la burguesía no tienen un carácter simple, uniforme, sino un carácter dual; que en las mismísimas relaciones en las que se produce la riqueza, también se produce la pobreza». Frente al éxito

del libro de Proudhon, el suyo pasa sin pena ni gloria. Con ánimos renovados y ante el fracaso relativo de la Correspondencia, Marx va a ingresar, junto a Engels y a petición expresa de sus dirigentes, en la Liga de los Justos a pesar de los recelos que sus enfrentamientos con Weitling y Proudhon habían despertado en sus filas. El rigor del comunismo científico que Marx propugnaba lentamente había ido creando adeptos: «Nuestra tarea es ilustrar a la gente —le escribirían— y hacer propaganda a favor de la comunidad de bienes; usted quiere lo mismo, por consiguiente unamos nuestras manos y trabajemos con fuerza combinada por un futuro mejor». [13]

La influencia de Marx y Engels en la Liga iba a ser decisiva; de entrada, logran cambiar tanto su antigua denominación por el de Liga de los Comunistas como el emblema humanista y cristianoide de «Todos los hombres son hermanos» por el ahora famoso «Proletarios de todos los países, ¡uníos!». Engels queda encargado de la redacción, a modo de argumentario, de un credo comunista y una proclama de llamamiento a todos los trabajadores para unirse a la organización unitaria. El activismo se acelera: Marx es nombrado presidente de la delegación en Bruselas, escribe colaboraciones para la *Deutsche-Brüsseler Zeitung*, funda la asociación de Unión de Obreros Alemanes, da clases sobre conceptos económicos y es nombrado vicepresidente de la recién creada Asociación Democrática Internacional, en la que también se acabaría integrando el anarquista Bakunin. A finales del mismo año, 1847, en medio de sus acostumbrados apuros económicos, Marx viaja a Londres para asistir al segundo Congreso de la Liga, donde después de días de continuos debates se impondrían como nuevo objetivo las ideas de Marx y Engels: «El derrocamiento de la burguesía, el gobierno del proletariado, la abolición de una nueva sociedad

sin clases y sin propiedad privada». Y encargan a ambos cómplices y amigos la redacción de un programa.

Creo sensato pensar que la resolución del «misterio Marx», su asunción como revolucionario, no es algo que se produzca en una fecha ni lugar concreto, ni que emerja como mero gesto o decisión de la voluntad sino que es propiedad que se adhiere a su ser y estar a consecuencia de toda su trayectoria intelectual y humana. Difícil por tanto poder situar la escena concreta en la que el detective o antólogo reúne a las lectoras y lectores y les descubre quién es el asesino. Pero en el caso de que hubiera que imaginar ese momento en el que la revolución toma posesión de su vida y lo compromete a fondo con la revolución, sin duda haría referencia a esos más de diez días y noches en los que, en medio del humo espeso del tabaco, entre jarras de cerveza y réplicas y contrarréplicas en francés, inglés, alemán, polaco e italiano, la Liga de los Comunistas toma conciencia de su propio compromiso con la historia y su yo, el yo de Marx, claramente pasa a conjugarse en colectivo.

XII. 1848: LA REVOLUCIÓN SE MANIFIESTA

Engels, que ya en el primer Congreso de la Liga había presentado el «Borrador de una confesión de fe comunista», meses más tarde, en diciembre de 1847, presentaría un nuevo borrador, también en forma de «catecismo ideológico», hoy conocido como «Principios del comunismo», que sería aceptado durante el segundo Congreso como texto base para la redacción de un documento definitivo, expresamente encargado ahora a Engels y Marx, donde se recogiera el credo comunista que la Liga representaba. Engels, al parecer, se limitó a resumirle el borrador a Marx y

a sugerir el abandono de la forma de catecismo proponiendo el de *Manifiesto comunista* como nuevo título. Marx, siguiendo su costumbre de acumular tareas hasta última hora, retrasaría su redacción definitiva más de lo esperado dando ocasión a que el 24 de enero de 1848 el Comité Central de la Liga de los Comunistas le enviase la siguiente carta:

> El Comité Central, por la presente, encarga al Comité Regional de Bruselas comunique al ciudadano Marx que si el manifiesto del Partido Comunista de cuya redacción se encargó en el último Congreso no ha llegado a Londres antes del martes 10 de febrero del año en curso, se tomarán contra él las medidas consiguientes. En caso de que el ciudadano Marx no cumpliera su trabajo, el Comité Central pedirá la devolución inmediata de los documentos puestos a disposición de Marx.

«Las medidas consiguientes», diría que afortunadamente para el Comité Central dada la poca empatía con que Marx solía recibir las llamadas al orden, no fueron necesarias porque pocos días después estaba a punto de enviar el manuscrito a Londres para su impresión (manuscrito que, en su sentido material habría que adjudicar a Jenny von Westphalen, quien se encargaba de pasar a limpio la desbaratada caligrafía de su marido). A finales de febrero salen a la calle los ochocientos primeros ejemplares. Hoy algunos «marxólogos» estiman que en el *Manifiesto* conviven dos autores, como su autoría indica, y se reflejan dos comunismos que, sin oponerse, se diferenciarían. Comparando el borrador de Engels con la redacción definitiva de Marx, se podría deducir el mayor papel que este concede a la burguesía como fuerza modernizadora («La burguesía, a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas»), y también que, frente a las reservas de Engels sobre el papel de la violencia, el *Manifiesto* enuncia con claridad que las metas del movimiento comunista «solo pueden ser alcanzadas

derrocando violentamente todo el orden social existente». Pero más allá de las filologías, el *Manifiesto* responde, como un puñetazo encima de la mesa, de modo coherente a la armonía ideológica de los dos autores. Arranca melodramáticamente, «Un fantasma recorre Europa», para dar paso a una narración en clave de historia que se inicia con un elogio del enemigo, la burguesía; prosigue con ella como protagonista, aunque ya en plan de oración fúnebre, necrológica o crónica de una muerte anunciada, y se prolonga con un canto épico y celebratorio del proletariado como clase emergente llamada a derrocar al enemigo para dar paso a una sociedad «en la cual el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos». En cualquier caso, y aunque contenga ideas concebidas en común, su pensamiento fundamental, como el mismo Engels destaca, pertenece claramente a Marx. «La idea fundamental del *Manifiesto*, a saber, que la producción económica y la estructura social determinada fatalmente por ella constituyen el fundamento de la historia política e intelectual de una época histórica dada; que por consiguiente, toda la historia, desde la disgregación de la comunidad rural primitiva, ha sido la historia de la lucha de clases, es decir, de la lucha entre los explotados y los explotadores, entre las clases sometidas y las dominantes en las distintas etapas de la evolución social; que esta lucha ha llegado ahora a un grado en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede liberarse de la férula de la clase que lo oprime y explota (la burguesía) sin liberar al mismo tiempo y para siempre a toda la sociedad de la explotación, de la opresión y de la lucha de clases; esta idea fundamental, digo, pertenece única y exclusivamente a Marx.»

Su primera edición en 1848 apenas tuvo repercusión a causa, paradójicamente, de que el deseo que vehiculaba, la revolución, se estaba haciendo realidad. Casi coincidiendo con su aparición, llegaba a Bruselas la

noticia de que en París había estallado la revolución. Una revolución que responde en su desarrollo, como lo hará la de febrero de 1917 en Rusia, al prototipo o modelo que bien podríamos llamar «revolución espontánea de larga preparación»: años previos de malas cosechas y pequeñas revueltas, la oposición parlamentaria que se opone a las ridículas reformas, organización de manifestaciones, fuerte y cruenta represión gubernamental, incremento cuantitativo y agresivo de la masa de manifestantes, punto crítico marcado por la duda o cambio de bando en las fuerzas represivas, insurrección y caída del Gobierno y régimen. En París, con el telón de fondo de años de malas cosechas, la cosa empieza cuando la oposición parlamentaria programa un «banquete democrático» multitudinario que da paso a la ocupación por parte de los manifestantes de una plaza pública donde piden la dimisión del primer ministro Guizot. Al día siguiente la manifestación incrementa sus fuerzas y la Guardia Nacional, en lugar de reprimirla, se une a las protestas. El rey Luis Felipe destituye a Guizot pero las masas populares siguen ocupando las plazas y calles con renovadas reclamaciones, se enfrentan a una barrera de guardias, siguen avanzando, la Policía abre fuego y mata a más de cincuenta personas que esa misma noche serán homenajeadas en un cortejo fúnebre masivo y silencioso. Se levantan barricadas por todo París y parte de las fuerzas represivas empiezan a pasarse al bando de los manifestantes. Antes de huir, el rey abdica en su nieto de nueve años y nombra regente a la madre, pero ambos, visto lo visto, acaban también escapando y se forma un Gobierno Provisional que declara la república.

Pronto la revolución se extendería por toda Europa. El 3 de marzo se produce en Colonia, ciudad principal de Renania, una revuelta popular; días después hay un levantamiento en Viena que se extenderá a Milán, Bupadest, Praga y otras ciudades del Imperio austrohúngaro. El día 18 prende en

Berlín, donde la represión es especialmente cruenta, si bien al final el rey cede, retira las tropas, abre los arsenales y el pueblo se hace con las armas. En Bruselas, Marx, Engels y otros dirigentes de la Asociación Democrática participan en la exitosa convocatoria de una manifestación que es disuelta con violencia y numerosas detenciones. El Gobierno belga maneja con habilidad la situación acusando como alborotadores a los obreros alemanes. La «tenderocracia», como la llama Engels, apoya al Gobierno, y Marx y otros dirigentes revolucionarios son expulsados a Francia, adonde ya se había ordenado el traslado del Comité de la Liga de los Comunistas. En París, Marx trata ante todo de organizar el apoyo a los levantamientos de Alemania. Como recordará Engels: «El maremoto de la revolución dejó en un segundo plano todas las actividades científicas; lo que importaba ahora era implicarse en el movimiento». Bakunin y el poeta Herwegh se dejan llevar por la emoción y la impaciencia y organizan una columna armada que fracasará en su intento de entrar en Alemania. Marx, Engels y otros revolucionarios, opuestos a la aventura bakuninista, se trasladan a distintas ciudades alemanas a fin de forzar las cesiones del Gobierno. Engels se dirige a Renania, su región natal, Marx se instala también en ella, en Colonia, y pone en marcha la *Neue Rheinische Zeitung* (Nueva Gaceta Renana). Frente a otras posturas revolucionarias más radicales, entiende que en esas circunstancias hay que apoyar a la burguesía a fin de asentar instituciones democráticas para luego avanzar desde ellas hacia nuevos objetivos. Pondera que solo dos estrategias son posibles: o bien organizar desde cero un partido comunista, o bien utilizar las organizaciones democráticas existentes y atraer hacia ellas al disperso movimiento obrero existente. Ante la urgencia del momento y seguramente con sus lecturas sobre la Revolución Francesa en la cabeza, elige la segunda opción. Quizá con la historia del final de Robespierre en la memoria, empieza a llevar

pistola. En su primer número editado, la nueva publicación se autoproclama «Órgano de la democracia», reflejando la idea de Marx de poner en práctica una conveniente transversalidad para ganar más apoyos y no asustar a la pequeña burguesía de comerciantes y artesanos. La *Neue Rheinische Zeitung* se proponía entre sus objetivos reflejar de manera optimista la situación revolucionaria que se había extendido por Europa, con el fin evidente de legitimar, animar y apoyar la causa de la burguesía alemana más reformista. Por desgracia, en lugar de contar avances se ven obligados a contar más cobardías, traiciones y retrocesos que retos, avances o empeños. En el mes de junio las primeras euforias se han desvanecido, y de manera semejante a ocasiones anteriores, 1789 y 1830, las masas que habían actuado como ariete y vanguardia ven cómo la burguesía empieza a dar marcha atrás ante el miedo de que las fuerzas populares se hagan con demasiado poder. En las elecciones francesas para la constitución de la Asamblea Nacional apenas el diez por ciento de los elegidos procede del radicalismo y de opciones socialistas. Frente a la ola de moderación y retroceso, llega a emerger una nueva pero más débil ola de revueltas que no logran cambiar el nuevo rumbo de las cosas. Entonces la *Neue Rheinische Zeitung* de Marx deja la moderación para radicalizarse. Demasiado tarde. La derrota encuentra su epicentro en el mismo lugar, París, donde la ilusión revolucionaria se había puesto en marcha. Contra la política de recortes del Gobierno republicano reaparecen las protestas, los llamamientos y las barricadas, donde se atrincheran las masas de trabajadores y trabajadoras. El Ejército entra en acción. La multitud responde. Al principio las mujeres recargan los fusiles y los hombres disparan, luego todos y todas disparan cuanto pueden. La batalla dura dos días.

El Gobierno «restaura» el orden: miles de muertos, miles de detenciones, miles de deportaciones. Para enterarse de aquella tragedia nada más

recomendable que la lectura de *La educación sentimental* de Gustave Flaubert, además, claro, de *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, que el propio Marx escribirá años más tarde.

En Alemania la derrota camina más lenta y parlamentariamente. Marx sigue defendiendo el proyecto de una Alemania unida y denuncia la contemporización cobarde de los parlamentarios al tiempo que a través de la Asociación de Trabajadores de Colonia intenta mantener la presión sobre la burguesía. Hubo incluso un conato de revuelta popular en Colonia a partir de la convocatoria de la Sociedad Democrática, con barricadas e insurrecciones abortadas por el Gobierno, dando lugar a la suspensión temporal de la *Neue Rheinische Zeitung* y a la huida de Engels para evitar su detención. Cuando se produce en Berlín el enfrentamiento entre la monarquía y la Asamblea Constituyente por una cuestión de impuestos y se pone en marcha un intento de resistencia armada de los demócratas con fuerte respaldo popular, Marx recobra de nuevo sus ánimos radicales y, reaparecida la *Neue Rheinische Zeitung*, sus artículos echan fuego. Pero otra vez la derrota: los cañones amenazan Colonia y ahora es encausado y sometido a un juicio donde con brillantez retórica pasa de acusado a acusador. Todavía surgirán nuevos enfrentamientos, los derrotados se resisten y se niegan a aceptar que la ocasión de imponer una Constitución liberal se desvanezca. Finalmente Marx, que sale bien librado de su encausamiento, recibe el mandato de su expulsión.

Los convulsos años de Marx en Colonia han sido criticados tanto por sus simpatizantes como por sus enemigos. Nada extraño, por ejemplo, que desde la perspectiva de un historiador leninista, Riazánov escriba: «Es preciso recordar los errores cometidos por Marx y Engels durante la Revolución de 1848. Las circulares muestran que es necesario criticar implacablemente no solo el liberalismo burgués sino también la

democracia; que hay que concentrar todos los esfuerzos para oponer a la organización democrática una organización obrera». Más sorprendente es que historiadores con escasas simpatías hacia sus ideas, como Jonathan Sperber, le reprochen precisamente su prudencia estratégica en esa coyuntura histórica: «Esta renuncia a la lucha de clases, incluso su condena, por parte de quien acababa de escribir el *Manifiesto comunista* seis meses antes, la verdad, suena francamente antimarxista». Valga en cualquier caso recordar que ya a finales de 1848 el mismo Marx se sintió obligado a reconocer, desencantado, el desacierto de su estrategia de apoyo a la revolución burguesa y trató, tarde seguramente, de promover la iniciativa del proletariado. Para Marx, la Revolución de 1848 supuso el abandono de su confianza en la voluntad revolucionaria de la burguesía y desde ese momento volcaría todas sus energías en la construcción de la unidad de acción del proletariado: «La burguesía alemana se ha desenvuelto tan muellemente, tan perezosamente y tan lentamente que, en el momento en que se alzaba contra el feudalismo y el absolutismo, se hizo hostil al proletariado y a todas las capas de la población urbana cuyos intereses e ideas se le asemejan».

XIII. *Dopo la rivoluzione*

Hemos comentado que el proceso que lleva a ser revolucionario exige trayectoria previa, entrega, persistencia, necesidad, tiempo y ánimo. Cuando el viento sopla a favor de la revolución, los hijos de la burguesía y la clase media en su conjunto se dejan llevar por él —*...is blowing in the wind*, que canta Bob Dylan—, pero hermanar en revolucionario es otra cosa muy distinta porque la revolución no imprime carácter para siempre. Permanecer

en revolucionario, sobre todo en momentos de derrota y retroceso, no es nada fácil.

Marx y parte de sus colaboradores se instalan en París hasta que los acontecimientos lo obligan a salir de Francia para dirigirse a Londres. Al principio, como puede verse por sus artículos, Marx y Engels no han perdido las esperanzas. Creen que a una detención temporal del movimiento seguirá un nuevo empuje revolucionario y tratan de reorganizar la vieja Liga de los Comunistas, en cuyo interior sin embargo pronto surgen divergencias entre los comunistas de izquierda y los de derecha a la hora de hacer balance de la revolución y analizar la situación subsiguiente.

Contrariamente a sus adversarios, Marx entiende que toda situación revolucionaria es la consecuencia de ciertas condiciones económicas, de un previo dislocamiento económico, al modo en que la Revolución de 1848 fue precedida por la crisis de 1844, y hace ver cómo desde finales de 1850 se produce una situación de prosperidad económica a consecuencia del descubrimiento de las nuevas minas de oro en California y Australia, dato que lo lleva a pensar que no hay una coyuntura adecuada para un nuevo estallido revolucionario y que, por tanto, lo conveniente para el movimiento proletario es esperar a la aparición de una nueva situación favorable. Sin duda, cierta sensación de pesimismo se extiende entre los revolucionarios. Marx se implica en la creación de un comité de ayuda para los refugiados mientras sus penurias económicas se agravan y da charlas sobre economía política en la Asociación Pedagógica. A fines de 1852 Marx y Engels deciden apostar por la desaparición de la Liga de los Comunistas, y una serie de secesiones, enfrentamientos personales y políticos enrarecen el ambiente de los exiliados en Londres y producen distanciamientos y mengua del activismo político. Pero Marx persiste.

Deseoso de comprender las razones profundas del fracaso de las revoluciones, empieza a trabajar de nuevo sobre los temas económicos. Retoma sus lecturas y escritos sobre economía en la biblioteca del Museo Británico, que se acabará convirtiendo en su segundo hogar. Engels se traslada a Manchester para encargarse de la empresa familiar y desde allí se convertirá en fuente de ayuda material e intelectual para Marx y su familia. Entretanto, tiene lugar en Francia el golpe de Estado de Luis Bonaparte, que supone para Marx el final de sus esperanzas de asistir a un resurgir revolucionario, y empieza a escribir sobre el golpe y el contexto histórico en que tiene lugar, continuando algunas reflexiones ya presentes en su anterior escrito, *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, que según Engels «fue el primer intento de Marx de explicar un fragmento de historia contemporánea por medio de su concepción materialista». El nuevo escrito, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, es valorado hoy como una obra maestra de la literatura de género histórico. Marx se pregunta por las razones del éxito popular del nuevo Bonaparte, a quien acaba considerando una especie de lo que hoy Laclau llamaría un «significado flotante», ya que su vacuidad y ambigüedad facilitaban que todas las clases sociales y todos los ciudadanos se pudieran proyectar en él: «Precisamente porque no era nada, podía significarlo todo». En *La lucha de clases en Francia* utiliza además, por primera vez, uno de los conceptos, la dictadura del proletariado, que más cola intelectual y política iba a traer: «Socialismo es la declaración de permanencia de la revolución, la dictadura de clase del proletariado como transición necesaria hacia la abolición de las diferencias de clase en general».

Ambas publicaciones ponen en evidencia que en Marx la experiencia práctica alimenta la elaboración de sus reflexiones teóricas a la vez que sus teorías intervienen en la plasmación de esa práctica. Su participación

directa, errores posibles incluidos, le permite ver que la manera de afrontar la Revolución de 1848 se ha manifestado como caduca y obsoleta. Que esa revolución, que de alguna forma repetía la de 1789, solo conllevaba la sustitución de una clase dominante de características tardofeudales por otra clase dominante burguesa; que en esas revoluciones la mayoría, el pueblo, cumplía el papel de fuerza necesaria para a continuación ser ninguneada y reprimida. Esta forma, dialéctica, de acercarse a la historia es una de las características propias de ese conocer de Marx que, sobre todo a partir de Gramsci, recibe el ajustado nombre de «filosofía de la praxis».

XIV. *El capital*

La historia, la europea al menos, pareció entrar después de la llegada al poder de Luis Napoleón Bonaparte en una larga etapa de calma social y reacción política. Las tensiones internas entre los núcleos de exiliados londinenses parecen agotar los ánimos guerreros de Marx, que conoce tiempos de calma en la economía familiar al ser reclamado para colaborar de manera regular en el *New York Daily Tribune*. Al mismo tiempo sigue trabajando en su libro sobre economía política. Marx quiere saber qué es lo que constituye al capitalismo, sus rasgos pertinentes, las bases que lo sustentan y su funcionamiento y dinámica. Las derrotas de las revoluciones de 1848 no le han restado ánimos revolucionarios pero necesita entender las razones del fracaso, entender el trasfondo que explica la resistencia de la sociedad burguesa y la propia falta de potencia en las filas de la revolución. Necesita entender el paisaje pero también la geología sobre la que ese paisaje se sostiene. De ahí su interés por lo económico, por la osamenta sobre la que el capitalismo se levanta, avanza y aplasta. Si en 1851 pensaba

que iba a terminar en cinco semanas «con toda la mierda de la economía», aquel trabajo no terminaría hasta el fin de sus días, si bien una primera etapa tendría lugar cuando en 1867 publica el que iba a ser el primer libro de su obra magna: *El capital. Crítica de la economía política*. Años de trabajo oscuro, de topo excavando en los libros y datos que la biblioteca del Museo Británico pone a su alcance. Cuadernos de notas, acumulación intelectual. La resaca del fracaso revolucionario trae consigo, al menos por unos años, algo de calma y su activismo político se mantiene pero con menos intensidad. Confiesa incluso que más allá del círculo familiar se siente algo aislado y mantiene pocos contactos sociales. *Eppur si muove*.

A finales de 1857 le escribe a Engels sobre el estado de sus investigaciones: «Por lo demás, doy con magníficos hallazgos; por ejemplo: he captado en el aire toda la teoría de la ganancia tal como existía hasta ahora». Y pocos meses después le transmite ya el alcance de la aventura en que se ha metido: «Lo que sigue es un breve bosquejo de la primera parte. La porquería entera ha de dividirse en seis libros: I. Capital; II. Propiedad de la tierra; III. Trabajo asalariado; IV. Estado; V. Comercio internacional; VI. Mercado mundial». Marx ha empezado a escribir la obra clave de todo su arco teórico: *El capital*, toda una aventura llena de obstáculos, pausas, adelantos e imprevistos. Desde aquella primera notificación a Engels sobre el plan del libro que (¡al fin!, piensa su círculo de amigos) está escribiendo hasta la publicación de *El capital* pasan casi diez años. Son años decisivos: para muchos intérpretes ese será el tiempo en el que Marx se encuentre con el marxismo y parece evidente que Marx va a dar concreción y expresión al núcleo central y duro de su obra.

La metáfora de «nuevo continente» para referirse a la entidad y significado de *El capital* ha sido utilizada con acierto. Lo que habría que concretar es que la actividad volcánica de ese continente que emerge lo hará

en fases y tiempos diferentes. Primero, la acumulación de materiales que los *Grundisse* significan y que afloran a modo de pequeños islotes, textos de divulgación para centros de formación de trabajadores. Luego, en 1959, asoma una isla, la *Contribución a la crítica de la economía política*, que da ya cumplido aviso de su potencia generatriz. Ocho años más tarde el Libro primero de *El capital*, ya todo un continente al que habrán de sumarse después de la muerte de su autor los Libros segundo y tercero y hasta un cuarto, y un capítulo VI de aquel Libro I, el conocido como «Inédito». Editar a Marx no ha sido una tarea nada fácil. La *Contribución*, considerada como una anticipación de *El capital*, es también claramente la condensación de otro voluminoso manuscrito o grupo de manuscritos, escritos entre 1857 y 1858, aunque no publicados hasta 1939, conocidos con el título de los *Grundisse o Líneas fundamentales de la crítica de la economía política* en los que Marx tomaba y desarrollaba temas abordados en los *Manuscritos de 1844* como la alienación, la dialéctica o el dinero y se asomaba a nuevas reflexiones sobre el trabajo, la competencia y la plusvalía. Sobre *El capital*, su autor le escribe a Ferdinand Lassalle: «En él, por vez primera, se hace una exposición científica de un importante aspecto de las relaciones sociales».

En el prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*, que constituye un texto aparte, da cuenta brevemente de su trayectoria intelectual y sitúa como punto de partida su trabajo sobra la filosofía del Derecho de Hegel, desde donde llegó a las siguientes conclusiones: que las relaciones jurídicas y las formas de Estado se explican en las condiciones materiales de existencia; que la anatomía de la sociedad hay que buscarla en la economía política; que en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad, y estas relaciones de producción corresponden a un grado

determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales; que una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener, y que las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás antes de que sus condiciones materiales de existencia hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad. Un conjunto de conclusiones que, aparte de poner de manifiesto la voluntad «científica» de Marx para desentrañar las claves del desarrollo económico de las sociedades burguesas, dejan en evidencia el objetivo de sus investigaciones: determinar las condiciones necesarias para que una revolución no esté condenada al fracaso. El viejo topo, desde su madriguera en la biblioteca del Museo Británico, continúa empeñado en lo mismo: la revolución.

Sigue escribiendo, leyendo y tomando notas, y poco a poco, al mismo ritmo que el movimiento obrero se va sacudiendo la derrota de encima, Marx retoma su activismo a pie de calle. La crisis económica de 1857-1858 se deja sentir en toda Inglaterra, con especial gravedad en el sector de la construcción y en los sectores productivos concomitantes (carpinteros, yeseros, albañiles, tapiceros, ebanistas, vidrieros, tapiceros), y resurgen las protestas sociales. Otro tanto ocurre en las principales naciones europeas. El Consejo Sindical de Londres, creado en 1860, organiza una homenaje público en honor de Garibaldi al que asistieron más de 60.000 personas. En Alemania Ferdinand Lassalle funda la Unión General de Trabajadores Alemanes en 1863. En Francia también se agitan las aguas. Crece la solidaridad de los trabajadores europeos con los intentos de independencia de los polacos frente al imperio zarista. Con ocasión de la Exposición Universal de Londres de 1862 —un verdadero canto de exhibición de las burguesías colonialistas— se establecen contactos entre organizaciones obreras francesas e inglesas que ponen en marcha la idea de crear una

Asociación Internacional de los Trabajadores y convocan a una gran reunión en el Saint Martin's Hall de Londres para el 28 de septiembre de 1864. Victor Le Lubez, un exiliado francés, le solicita a Marx que acceda a representar a Alemania en esa reunión y Marx acepta.

Son años donde lo que podría llamarse «la primera globalización» se deja sentir con intensidad. Desde el final de los movimientos revolucionarios del 48 hasta los primeros años 60, el comercio internacional se ha multiplicado cerca de un 400 por ciento, la actividad economista crece y crece y, metidos en urgencias de pedidos, los empresarios llegan a «importar» esquiroles cuando las huelgas ponen en peligro la producción.

La reunión londinense fue masiva y plural, con representantes de numerosos países y delegados de muchas y muy distintas organizaciones obreras. Marx vuelve a sentir el ardor del activismo. Se integra en el grupo encargado de recopilar las resoluciones del encuentro y hábilmente consigue casi monopolizar la redacción del «Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores», donde entre otros enunciados propone como objetivos no solo la lucha por los derechos económicos y sociales sino la necesidad de apoyar políticas exteriores basadas en los no enfrentamientos entre obreros de distintos países en caso de conflictos armados. El *Manifiesto* tuvo una formidable acogida y fue reeditado una y otra vez en los periódicos progresistas de la época. A sus trabajos en marcha sobre la elaboración de *El capital* se suma ahora el tiempo dedicado a la Asociación Internacional del Trabajo, donde forma parte del Consejo Central, y su autoridad moral, política y teórica es cada vez mayor. Una y otra vez anuncia la terminación de su libro, y una y otra vez se retrasa la llegada del punto final. Para 1866 lleva escritas más de mil quinientas páginas y trabaja en el manuscrito más de doce horas al día. Vuelve a somatizar el estrés y de nuevo carbuncos y furúnculos le impiden

avanzar todo lo que quisiera. Por eso decide publicar tan solo la parte del manuscrito que a su juicio mantiene una fuerte coherencia, y en noviembre se lo envía a su editor en Hamburgo.

Engels le escribe emocionado: «Siempre he pensado que ese maldito libro que has venido arrastrando desde hace tanto tiempo estaba en el fondo de tus desgracias, y que si nunca lograbas escapar de ellas era porque necesitabas quitártelo de encima. Posponer siempre su finalización te ha afectado física, mental y monetariamente, y puedo comprender que ahora, habiéndote librado de esa pesadilla, te sientas como nuevo». Acababa de cumplir cuarenta y nueve años cuando empieza a corregir las galeradas en Hannover, instalado en la casa de su amigo el doctor Kugelmann. Luego vuelve a Londres y espera la llegada del libro. La primera edición, con una tirada de mil ejemplares, sale de imprenta el 14 de setiembre de aquel año de 1867.

XV. ¡VIVA EL MAL, VIVA EL CAPITAL!

Si Marx se hubiera muerto, solo es un decir, antes de escribir *El capital*, con toda probabilidad el tiempo hablaría bien de él. Con «el tiempo» me refiero a ese misterioso sujeto del que hablamos cuando decimos aquello de «el tiempo lo dirá». El tiempo como una especie de juez impersonal, objetivo e imparcial al que diferimos nuestras dudas sobre la bondad o maldad de determinadas acciones de nuestro presente. Claro que hoy sabemos, y en buena parte gracias a los escritos de Marx, que el tiempo tiene dueños, que la narración del pasado es una propiedad, un medio de producción del presente e incluso del futuro que detentan armónicamente la clase dominante y los intelectuales a su servicio —las ideas dominantes son las

de la clase dominante—. Cierto que esa propiedad sobre la historia está en permanente disputa (la lucha de clases), pero todos aceptaríamos, Marx o menos, que hoy por hoy no son los que cuestionan la propiedad de los medios de producción quienes se están llevando el gato al agua en esa lucha por apoderarse de la memoria colectiva. Parto desde esta hipótesis para sostener que es la escritura de *El capital* lo que hace que la obra de Marx sea hoy objeto de recelo, anatema y condena desde los diversos frentes ideológicos a disposición de «los dueños del tiempo», es decir, desde la moral, la política y la «ciencia económica».

En sociedades tan «materialistas» como las nuestras, los ataques morales (afición al alcohol, embarazo de la criada, sablista profesional) no dejan de ser una reliquia conservadora de baja intensidad. En lo político, el campo de batalla está más animado aunque con tres golpes de boca: utópico, totalitario y superado, los vencedores pretenden dar por derrotado al adversario. Y en lo económico, terreno en el que antes de la crisis del 2008 el cadáver parecía ya bien enterrado, no les ha quedado más remedio que aceptar que, cadáver o no, algo se remueve en la tumba, ya sean espectros, fantasmas o cenizas. Sobre esto último, tanto afán por darle por muerto no deja de ser prueba de que sus obras siguen creando incomodidad. Una incomodidad que tiene su *scrupulus*, esa piedra en el zapato que amenaza los andares, en *El capital*. Pero sucede también todo lo contrario: que el libro se maneja como una especie de vademécum como si en él estuviera la solución para todas las afecciones. Las circunstancias históricas convirtieron *El capital* en el depositario de una ideología oficial, trasmutando lo que era crítica —no olvidemos su subtítulo— en bálsamo de Fierabrás del que se echaba mano para justificar cualquier medida discutible. Para el marxismo oficial y ortodoxo todo estaba allí y solo se trataba de interpretarlo correctamente, como si fuera un saber intemporal y

suprahistórico. Que un libro provoque tales extremismos es señal de que algo especial guarda y nos aguarda en sus adentros. Para no andarse con más misterios, mejor adelantar el secreto que *El capital* revela y tanto molesta: el capital, inevitablemente, roba a los trabajadores. Nunca gusta que le llamen a uno ladrón, máxime si conlleva de alguna forma la amenaza de que te quiten el negocio. Pero lo sorprendente es que ni el trabajador se da cuenta de que está siendo robado ni el empresario de que está robando. La clave de este otro y nuevo misterio reside en lo que Marx llamó «el fetichismo de la mercancía».

Karl Marx es alguien que quiso saber, es decir preguntar y preguntarse, qué historia estaba ocurriendo mientras él era parte de ese ocurrir, en medio de qué narración estaba viviendo y cuál eran las claves de ese relato: el narrador y sus relaciones con la autoría, los personajes y su relación con los destinatarios, la intriga y su relación con lo que se da por supuesto, el estilo y su relación con el orden narrativo, el suspense y su relación con el consenso, la estructura y su relación con la dinámica del narrar, la verosimilitud y su relación con la verdad, los comienzos y su relación con la trama, el entramado y su relación con el posible final de la historia, es decir y simplificando: la producción y las relaciones sociales de producción.

Aplicado este supuesto al texto de *El capital*, lo primero que llama la atención es el papel tan relevante que le da a la mercancía y que ya deja notar en el hecho, siempre significativo, de que con ella comience su exposición:

> La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista aparece como una «gigantesca acumulación de mercancías», y la mercancía, como la forma elemental de esa riqueza. Por eso nuestro estudio empieza con el análisis de la mercancía.
>
> La mercancía es, por de pronto, un objeto exterior, una cosa que, por sus propiedades, satisface necesidades humanas de alguna clase. La naturaleza de estas necesidades —el que procedan, por ejemplo, del estómago o de la fantasía— no hace a la cosa. Tampoco se trata aquí de cómo

satisface la cosa la necesidad humana, si inmediatamente como medio de subsistencia, esto es, como objeto de goce, o mediante un rodeo, como medio de producción.

Marx destaca a continuación que la utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso que se realiza únicamente en el uso o en el consumo, mientras que su valor de cambio «aparece, en primer lugar, como la razón cuantitativa, la proporción en la cual se cambian valores de uso de una clase por valores de uso de otra clase, relación que cambia constantemente con el tiempo y el lugar. Por eso el valor de cambio parece cosa del azar y puramente relativa, y un valor de cambio interior a la mercancía, inmanente (*valeur intrinsèque*), se presenta como una *contradictio in adjecto*». Y ahí introduce Marx su descubrimiento clave: en el intercambio de mercancías se intercambian, en apariencia, cosas pero en realidad se intercambia un valor intrínseco: trabajo humano abstracto. Ese ocultamiento es la piedra angular del «fetichismo de la mercancía». Y lo es porque no deja ver que en realidad en el intercambio de mercancías lo que se intercambia es tiempo de vida humana. Nada extraño por tanto que el orden de *El capital* dé comienzo con el estudio de la mercancía.

Luego Marx hace recuento y ahonda en las categorías económicas que la producción capitalista pone en movimiento: valor de uso y valor de cambio, trabajo socialmente necesario, la forma del valor, la moneda como equivalente universal, la naturaleza del dinero, la transformación de los valores en precios, la transformación de dinero en capital, el concepto de capital, trabajo impagado, la plusvalía y sus variantes, trabajo y fuerza de trabajo, la fuerza de trabajo y su compra y venta, salario y salario de subsistencia, tasa de ganancia y tasa de plusvalía, el proceso de valorización, etcétera. La simple mirada a los índices de cada uno de los cuatro libros que conforman *El capital* permite entender su enorme despliegue de conocimientos e inteligencia analítica. *El capital*, escribirá

Lenin, como «la historia del capitalismo y el análisis de los conceptos que la resumen».

A partir de esas categorías y conceptos en donde Marx da cuenta de los mecanismos que se esconden en el funcionamiento del capitalismo, es posible entender que el mercado capitalista no es ese mercado ideal en el que capitalistas y trabajadores encuentran satisfacción a sus necesidades, sino el producto de la explotación de una clase por otra, la explotación a la que la burguesía propietaria de los medios de producción somete a aquella que, despojada de la relación directa con la naturaleza que le permitía obtener su subsistencia directamente, se ve impelida, en esta situación de no-propiedad, a ofrecer en el mercado una sola mercancía: su fuerza de trabajo. Pero al mismo tiempo que leyendo *El capital* asistimos a la deconstrucción del rompecabezas del capitalismo, interviniendo críticamente en las explicaciones que hasta entonces había ofrecido la economía política clásica y aclarando la realidad del duro desarrollo histórico de un capitalismo depredador que esquilma tanto la naturaleza como al trabajador, también se ponen de manifiesto sus contradicciones internas, así como la necesidad y la posibilidad por parte de la clase de los trabajadores de poner término a ese sistema que tiene su fundamento en la propiedad privada de los medios de producción. Al servicio de esa posibilidad está su análisis riguroso del capitalismo que sujeta y oprime a las clases trabajadoras, pues en definitiva, siendo el trabajo la única fuente de valor, será en el mundo del trabajo donde se dé la ocasión de cambio.

El capital es una obra escrita con voluntad «científica» y subversiva, es decir, concebida de manera que sus argumentos puedan ser contrastados, contraargumentados, rebatidos, contestados. En su escritura la dialéctica en defensa de sus conceptualizaciones está ligada a la continua crítica de aquellas otras categorías económicas que no dejan ver la realidad porque

naturalizan relaciones que son las relaciones sociales correspondientes a un estadio del desarrollo histórico de las fuerzas productivas. En palabras de Manuel Sacristán, *El capital* es el resultado de la voluntad de Marx de «fundamentar y formular racionalmente un proyecto de transformación de la sociedad», es decir, un proyecto que tiene por objetivo la comprensión del mundo como conocimiento encaminado a su transformación, cumpliendo con la propuesta que recogía ya en la «Tesis XI sobre Feuerbach», que es una tesis performativa en cuanto que transforma aquello que interpreta.

Es necesario asumir la herencia viviente de Marx. Marx pretende elaborar una crítica de la economía política asumiendo que la única en la que está interesado es una «crítica revolucionaria», es decir, aquella que al desenmascarar allane la destrucción o el cambio de lo desenmascarado. No pretende solo *deconstruir* el rompecabezas sobre el que el capitalismo aparece sino subvertir la realidad que está detrás de esa apariencia. Dicho de otro modo, no solo denuncia el juego por tramposo sino que muestra la necesidad de cambiar de baraja. La obra de Marx pone delante del proletariado, que es su destinatario, la necesidad de transformar ese capitalismo que lo ha construido como proletario. El proletariado como negación, como contrario al capital, y *El capital* como negación de la negación en cuanto que *no admite* que el proletariado sea lo que el capital le hace ser. La revolución como negación de uno y otro, negación del capital y negación del proletariado, como desaparición final de la lucha de clases. Marx realiza una nueva manera de aproximarse al conocimiento porque subvierte las concepciones burguesas tradicionales acerca de la necesidad de mantener la neutralidad ideológica en el campo de la ciencia. Marx busca un conocimiento lo más objetivo posible, pero no neutral. Marx toma partido, acepta de antemano la tesis «Quien no pueda tomar partido debe

callar» de Walter Benjamin, uno de los más preclaros continuadores de su obra. No es tanto que la mirada de Marx adopte el punto de vista de la clase obrera sino que asume sus intereses de clase como objetivo del conocer, y la libera así de la subsunción a la que el capitalismo la somete. El conocer de Marx, dice bien José Aricó, más que una ciencia positiva es una ciencia social crítica, no reductible a ninguna de las ciencias sociales modernas. La clase obrera, entendida como «praxis en movimiento», no puede develarse desde el movimiento del capital sino que requiere ser observada desde su propio ser ontológico, desde su propio ser social, histórico y político.

El malestar que *El capital* produce proviene en buena parte del rapto del protagonismo histórico que la burguesía se adjudica fukuyamescamente como clase universal y definitiva. La burguesía y sus escribientes observan y entienden el mundo y la actividad económica desde las apariencias, desde lo que aparece como obvio: el capital da trabajo al obrero, le paga lo que su trabajo vale en el mercado de trabajo, el precio de las mercancías está en relación con sus costes de producción y su valor es el valor que le concede el mercado. Ese es uno de los descubrimientos clave de Marx: ver lo que no se ve; los productos del trabajo se convierten en mercancías, cosas sociales cuyas cualidades son al mismo tiempo perceptibles e imperceptibles por los sentidos… A los ojos de los hombres, una relación social adopta la forma fantástica de una relación entre cosas. El capital no ve lo que hace, ni quiere verlo, pero lo hace. Lo más sorprendente es que los trabajadores también ven y entienden la actividad económica y su lugar dentro de ella de manera semejante: vendo mi trabajo al capitalista y me paga un salario con el que puedo comprar las mercancías que me permiten vivir y reproducirme; el monto del salario depende de la necesidad que tenga el empresario de mi trabajo para producir mercancías cuyo valor depende de la demanda que haya de ellas en el mercado. Es decir, la clase social en la que se encarna el

capital y la clase social que encarna el trabajo viven como realidad la relación contractual: el acuerdo entre dos entes libres e iguales. Como el contrato no deja de ser una compraventa de mercancías, ambas instancias, capital y trabajo, ven y aceptan que las relaciones sociales están determinadas por el mercado. El marxismo viene a acabar con esa ilusión tan confortable —«A los ojos de los hombres, una relación social adopta la forma fantástica de una relación entre cosas»— para quien en la relación contractual siempre tiene las de ganar y tan desagradable para aquel que solo tiene su fuerza de trabajo para vender y, sobre todo, que si no la vende está condenado a desaparecer. En otras palabras: el capitalismo como el encuentro entre el hambre y las ganas de comer. De ahí que Marx denuncie: «El capital no es otra cosa que una estafa al obrero». Y frente a la apariencia que se produce bajo el capitalismo desarrollado de que todo tiene su centro y emerge desde la esfera del capital, incluido el trabajo, Marx muestra que el valor es producto del trabajo y así puede proclamar que, muy por el contrario, «todo es trabajo», algo que permanece oculto en función de «la fetichización de la mercancía». Ese desvelamiento, la ruptura de esa apariencia para hacer evidente la explotación, es la tarea del marxismo. Desde el mismo planteamiento concluirá: «El capital es trabajo muerto que solo cobra vida al chupar como un vampiro el trabajo vivo, y que cuanto más chupa, más vivo está». De ahí que el marxismo tenga como objetivo la negación de las apariencias, ya que el capitalismo se caracteriza por el intercambio de mercancías conforme a la ley del valor y, sin embargo y al mismo tiempo, al nivel de la realidad visible, por la negación de esa ley. El marxismo como negación de la negación y el proletariado como su encarnación social. La ley del valor se constituye así en la piedra angular sobre la que se asienta la teoría económica marxista[14] y, por consiguiente, su proyecto de emancipación, ya que deja abierta la posibilidad de que las

mercancías, en otra etapa histórica, pudieran intercambiarse solo en razón a su valor de uso.

El marxismo no le deja a la conciencia burguesa permitirse el lujo de quedarse en estado de inocencia. No deja vivir en la apariencia. La ruptura del mundo de las apariencias que Marx provoca obliga a elegir, y eso molesta al poder económico, a los dueños de los medios de producción del conocimiento, a los dueños de los medios de producción del imaginario colectivo y a aquellos que por las causas que sea prefieren vivir pasivamente en ese mundo de «esto es lo que hay» o permanecer disponibles para el poder, ejerciendo de manera oportunista la clase de crítica que este necesita para legitimarse. Que haberla, hayla. Claro que por otra parte a la conciencia burguesa le da absolutamente igual tener mala conciencia, apenas una molestia. Lo que si sentirá como amenaza real es aquel conocimiento transformador que el marxismo vehicula hacia el proletariado para que este devenga conciencia política en marcha, es decir, en praxis, en revolución. Que el proletariado tenga un lenguaje propio.

XVI. Lo que queda del día

Se puede remontar la escritura de *El capital* hasta los años en que Marx está trabajando en los *Manuscritos de 1844*, aunque quizá los más claros antecedentes se encuentren en los *Grundisse*, que empieza a redactar en 1857, es decir, diez años antes de la edición del Libro I de *El capital*. Desde entonces pasa todo el tiempo que puede sentado en el Museo Británico consultando libros y estadísticas, anotando comentarios y redactando los resultados de sus investigaciones. Diez años contrastando datos con hipótesis, diez años tratando de sacar conclusiones. Diez años teorizando.

La imagen de Karl Marx trabajando en la biblioteca es casi un tópico de aceptación general: el viejo topo cavando con paciencia sus galerías en el espesor oscuro de la historia en busca de las claves del desarrollo del capitalismo a fin de favorecer los caminos de la revolución. Pero, nos preguntamos, ¿se puede hacer revolución desde una biblioteca?

En 1850, en una de las discusiones en la Liga de los Comunistas ya se había planteado un posible enfrentamiento entre «los que luchan con la pluma y los que luchan de otros modos». Dieciséis años más tarde, en el Congreso de la Internacional que se celebra en Ginebra, la sección francesa, de clara tendencia proudhoniana, propone que solo se debería admitir como miembros a los obreros manuales y no a los intelectuales. La persistencia de esa sospecha, que llega hasta hoy, responde a esa ideología obrerista que entiende que la prueba de sangre, es decir, del origen social, es un buen argumento contra la infiltración en el movimiento obrero de arribistas, conversos y oportunistas. Aunque ese planteamiento refleje una interpretación demagógica, simplista y mecanicista de la lucha de clases, se sustenta en hechos como el abandono por parte de miembros de la pequeña burguesía de sus posiciones revolucionarias cuando las cosas vienen mal dadas, y también constata la dificultad de asumir de manera revolucionaria las relaciones entre el trabajo teórico y la acción.

El *topoi*, la imagen tópica de la revolución, se apoya en la visualización de la acción revolucionaria: la manifestación, la toma de los espacios públicos, las barricadas, el asalto, mientras que los momentos de reflexión y producción de teoría apenas ocupan lugar en el imaginario de la revolución por mucho que una y otra vez se insista en la necesidad de que ambos momentos marchen juntos, se encomie la filosofía de la praxis o se describa el «conocimiento emancipador» como el tipo de entendimiento que, en una situación dada, un grupo o individuo requieren para poder cambiarla. El

propio Marx, que entiende que esas propuestas obreristas en el seno de la Internacional provienen de las luchas internas encaminadas a impedir o erosionar su autoridad, se ve obligado a argumentar el valor de su papel de galeote amarrado al duro banco de la biblioteca y el estudio. «Con este trabajo, considero que estoy haciendo para la clase obrera algo mucho más importante que todo lo que podría hacer personalmente en *quelconque* congreso», le escribe a Kugelmann en agosto de 1866. Es obvio que la respuesta a la pregunta que retóricamente hemos planteado —¿se puede hacer revolución desde una biblioteca?— tiene en las propias páginas de *El capital* la mejor respuesta posible. El trabajo teórico de Marx desbroza y aclara el paisaje y les permite a las fuerzas revolucionarias del proletariado fijar con mayor precisión sus objetivos y orientarse en medio del combate, pero al mismo tiempo será precisa y dialécticamente esa praxis revolucionaria la que le permita sacar conclusiones. Carlos Fernández Liria advierte: «Se dice que "el logro de Marx fue elaborar una teoría coherente capaz de analizar a fondo la sociedad capitalista, para luego ayudar en las luchas", pero en realidad habría que decir que el logro de las luchas de los trabajadores fue lograr que algunos intelectuales pudiesen optar a colocarse en su situación social y desde allí elaborar una explicación de qué era lo que estaba sucediéndoles». Y en mi opinión esto añade a la discusión una óptica muy fértil ya que permite abrir un ángulo nuevo desde el que abordar la famosa cuestión del compromiso de los intelectuales. Compromiso moral que iría, de forma unilateral, desde el intelectual hacia la revolución, pero que, para poder hablar de compromiso revolucionario en sentido real, exigiría que también se diera el movimiento dialéctico contrario: desde la revolución hacia el intelectual. Solo cuando la revolución permite dialécticamente ese compromiso al intelectual, tendría este la posibilidad de comprometerse en el sentido pleno del término.

Por si fuera poco, el Marx que trabaja en el Museo Británico es el mismo que carga con la dura tarea de ayudar a que la Internacional logre constituirse como la organización central del movimiento obrero, coordinando esfuerzos, proponiendo ideas y fomentando la creación de aquello que la praxis de 1848 le ha mostrado como absolutamente necesario: que el proletariado construya sus propios partidos políticos. Y en esta tarea gasta tiempo, salud y energías. En una carta a Engels le da cuenta de su repleta agenda de trabajo: reuniones, reuniones, reuniones, discusiones, discusiones, discusiones, y «cuando se entra en este engranaje, todo se ha terminado».

Desde que en 1864 entra a formar parte del Consejo Central de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), la Internacional, Marx se queja de las tareas que tiene que desempeñar, pero la queja se mezcla con el entusiasmo pues vuelve a tener la oportunidad de actuar directamente sobre el movimiento de emancipación. Su sentido de la responsabilidad, como tantas otras veces, le hace seguir adelante. El 30 de abril de 1867 escribe: «Todo el tiempo que podía consagrar al trabajo debí reservarlo a mi obra, a la cual he sacrificado mi salud, mi alegría de vivir y mi familia […]. Si fuéramos animales, podríamos naturalmente dar la espalda a los sufrimientos de la humanidad para ocuparnos de nuestro propio pellejo. Pero me hubiera considerado poco práctico de haber muerto sin al menos haber terminado el manuscrito de mi libro». Toda una declaración sobre el sentido de su vida.

En la Internacional se encuentra con la sección francesa dominada por la corriente proudhoniana, con la dificultad de integrar la fuerte organización obrera creada alrededor de la figura de Lassalle en Alemania, con las reticencias de Mazzini en Italia, con las primeras maniobras de Bakunin en su intento de ocupar cargos de dirección. Durante años, solo su trabajo con

la sección inglesa le proporciona claras satisfacciones, que sin embargo van a verse alteradas por la irrupción del problema irlandés en un escenario de violencias, por parte del Gobierno británico y de los independentistas fenianos, que afectan a la clase trabajadora ya que en las zonas industrializadas coexistían proletarios ingleses e irlandeses. La AIT se siente obligada a intervenir para evitar el enfrentamiento entre ellos. Marx entiende, y en esa dirección trabaja desde la organización unitaria, que la emancipación del proletariado inglés no sería posible sin la emancipación previa de los territorios irlandeses y organiza en Londres varios mítines para reivindicar los derechos de Irlanda que provocan el distanciamiento de la sección inglesa. Casi al tiempo, en Francia, una vez que se siente seguro en el poder, Luis Bonaparte inicia su política de acoso y persecución de la Internacional. Sin embargo, las gestiones orientadas por Marx para conseguir la integración de las organizaciones obreras alemanas avanzan favorablemente. E interviene activamente en la preparación de los Congresos anuales de la Internacional preparando propuestas de resolución que van asumiendo las propuestas de su «socialismo científico» frente a las concepciones utópicas de los seguidores de Proudhon. En el Congreso de Bruselas de 1869, por ejemplo, se plantea una resolución sobre la colectivización de los ferrocarriles, la industria minera, los bosques, las tierras de labranza y todos los medios de transporte, canales, vías públicas, el telégrafo, etcétera. En el de Basilea del año siguiente las luchas en el interior de la Internacional van a cobrar una nueva y seria dimensión a partir de la aparición en escena de la Alianza dirigida por Bakunin.

Karl Marx y Mijail Bakunin se conocían desde los tiempos de los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, aunque desde los sucesos de 1848 sus caminos ideológicos se habían ido distanciando de manera radical. Bakunin pensaba que Marx les daba demasiada importancia a los trabajadores a la

hora de pensar en la revolución, que él veía como una cosa más ligada al descontento y la indignación moral de los desclasados de la pequeña burguesía en confluencia con la ira y el resentimiento del lumpemproletariado. En 1868 Bakunin funda, a modo de réplica de la Internacional, la Alianza Internacional de la Democracia Social, que mantiene posturas anarquistas, es enemiga de la formación de partidos proletarios y sustenta su programa económico en la supresión de la herencia. La Alianza se dirigió a la Internacional para pedir su integración manteniendo su entidad propia con su programa y estatutos independientes. La Internacional rechaza esas pretensiones y Bakunin termina por acceder a la disolución de la Alianza, al menos de forma aparente. A partir de ese momento el choque entre el socialismo científico de Marx y el anarquismo libertario de Bakunin era algo inevitable.

Frente a las actitudes libertarias y mientras retoma la escritura de los que serán los Libros II y III de *El capital*, Marx ahora cuenta con la plena colaboración de Engels (quien ha vendido la fábrica familiar para instalarse en Londres) y juntos mantienen una línea de trabajo basada en la propaganda y la formación como medio de construcción de partidos obreros capacitados para aprovechar las coyunturas de crisis política o económica que acompañan el desarrollo contradictorio de los nacionalismos capitalistas a la espera de una revuelta explosiva e inesperada. En ese «mientras tanto» tendrá lugar el acontecimiento, la Guerra Franco-Prusiana, que dará origen a su vez a los sangrientos y heroicos hechos de la Comuna.

En el verano de 1870, entre las tensiones motivadas por las disputas entre los monarcas francés y prusiano a causa de sus pretensiones sobre el trono de España tras el derrocamiento de la reina Isabel II, Napoleón III declara la guerra a Prusia y en ambos países estallan, ante la amargura de Marx, oleadas de ardor guerrero que ni la Internacional logra apagar, ni los

parlamentarios de la organización obrera alemana cercana a la Internacional logran contener a pesar de que sus dos diputados, Liebknecht y Bebel, votan en contra de la aprobación de los presupuestos de guerra. Pronto el emperador es derrotado y hecho prisionero, Francia proclama la república y las tropas prusianas ven París al alcance de su mano. En enero de 1871 la ciudad capitula y el nuevo Gobierno exige el desarme de la Guardia Nacional, que se resiste y se alza en armas cuando intentan requisar sus cañones. Estalla la guerra civil, París vota su propio Gobierno y proclama la Comuna, la primera experiencia de un Gobierno revolucionario de la historia. Desde la Internacional, Marx y Engels apoyan públicamente a la Comuna. El 21 de mayo 80.000 soldados gubernamentales entran a sangre y fuego en la ciudad y dan comienzo a la permanente serie de asaltos y defensas de extraordinaria violencia y crueldad que pasará a la historia como la Semana Sangrienta de la Comuna de París. La represión fue salvaje: más de 30.000 hombres y mujeres asesinados, miles encerrados, miles deportados a las colonias, los cadáveres de los fusilados exhibidos en las calles; las descargas contra el paredón prosiguen durante semanas. La salvajada tomó tales proporciones que hasta los conservadores empezaron a escandalizarse. Hacía falta un chivo expiatorio y se encontró: la Asociación Internacional de Trabajadores con el gran monstruo al frente: Karl Marx.

Paradójicamente, la maldad que le adjudican lo hace famoso. Por encargo de la Internacional escribe un panfleto sobre los hechos de la Comuna, *La guerra civil en Francia*, uno de sus más brillantes textos de historia, que en unos meses alcanza varias ediciones y se traduce a todos los idiomas europeos. Marx, que había asistido incrédulo y descorazonado a la mínima recepción que *El capital* había cosechado, no puede evitar el sarcasmo y le escribe a su amigo Kugelmann: «Tengo el honor de ser en este momento el hombre más calumniado de Londres. Esto en realidad lo agradece uno

después de un aburrido idilio de veinte años con el más absoluto anonimato». En *La guerra civil en Francia* Marx pone en evidencia su alta capacidad para entrelazar dialécticamente las secuencias de lo político con las condiciones económicas y sociales que las sustentan. Su historia de la Comuna no se limita a describir de manera ágil y en clave narrativa los sucesos sino que, al calor de la narración, introduce toda una concepción sobre la superación posible de las formas burguesas del Estado: la asamblea como lugar de deliberación en donde lo legislativo y lo ejecutivo se presentan como una sola función, elección revocable de jueces, magistrados y funcionarios públicos, señalamiento de sueldos máximos, enseñanza general y gratuita, supresión del Ejército permanente y de la Policía, disolución de la Iglesia y expropiación de sus bienes. Marx hace ver que las claves de la singularidad de la Comuna residían en ser sobre todo un Gobierno obrero fruto de las luchas contra la clase explotadora, «única forma política, al fin descubierta, bajo la que se podía llevar a cabo la emancipación económica del trabajo».

Pero las consecuencias de la Comuna sobre la Internacional no iban a resultar muy positivas. El movimiento obrero francés sufrió tal represión que tardaría varios años en recuperarse. El prusiano-alemán también se vería muy afectado aunque en este caso la represión, ya iniciada durante la contienda, acabaría por difuminar la separación entre las dos organizaciones obreras (los lassalleanos y los internacionalistas) facilitando a medio plazo su unión. Donde el retroceso sería más marcado y acabaría teniendo mayor relevancia sería en las filas del poderoso movimiento obrero inglés. Aunque antes del conflicto el entendimiento entre la Internacional y las organizaciones obreras británicas había discurrido de modo favorable, el radicalismo de la Comuna les atemorizó hasta el punto de declarar su desacuerdo con el manifiesto de Marx y distanciarse de la Internacional.

En esas condiciones se convoca en Londres, a finales de septiembre de 1871, la Conferencia de la Internacional, que debe ocuparse principalmente del conflicto abierto con los anarquistas. Bakunin interpretó interesadamente que la Comuna y *La guerra civil en Francia* de Marx confirmaban sus tesis sobre la disolución inmediata del Estado por parte de la revolución. Una lectura que puede realizarse si se ponen entre paréntesis los aspectos coyunturales que Marx ponía de relieve. La Conferencia de Londres origina fuertes enfrentamientos, los bakuninistas salen derrotados pero exigen la convocatoria de un Congreso y Marx logra la aprobación de una declaración que refleja de manera clara sus tesis sobre la necesidad de que el proletariado constituya un partido político para luchar contra el poder de los explotadores.

El Congreso se celebra un año después en La Haya, ratifica la resolución de la Conferencia y deja todavía más clara la necesidad de que la clase obrera se organice políticamente: «La conquista del poder político es el supremo deber del proletariado». La resolución, inevitablemente, supone la exclusión de la Internacional de Bakunin y sus partidarios. Al día siguiente de finalizar el Congreso Marx pronuncia el que iba a ser su último discurso público:

> El obrero deberá conquistar un día la supremacía política para asentar la nueva organización del trabajo; deberá dar al traste con la vieja política que sostienen las viejas instituciones so pena, como los antiguos cristianos, que despreciaron y rechazaron la política, de no ver jamás su reino de este mundo.
>
> Pero nosotros jamás hemos pretendido que para lograr este objetivo sea preciso emplear en todas partes medios idénticos.
>
> Sabemos que hay que tener en cuenta las instituciones, las costumbres y las tradiciones de los diferentes países; y nosotros no negamos que existan países como América, Inglaterra y, si yo conociera mejor vuestras instituciones, agregaría Holanda, en los que los trabajadores pueden llegar a su objetivo por medios pacíficos. Si bien esto es cierto, debemos reconocer también que en la mayoría de los países del continente será la fuerza la que deberá servir de palanca de nuestras

> revoluciones; es a la fuerza a la que habrá que recurrir por algún tiempo a fin de establecer el reino del trabajo. […]
>
> Por lo que a mí se refiere, proseguiré mi obra, trabajaré sin fatiga para establecer esta solidaridad fecunda para el porvenir entre todos los trabajadores. Yo no me marcho de la Internacional, y el resto de mi vida estará consagrado, lo mismo que mis esfuerzos pasados, al triunfo de las ideas sociales, que conducirán, tarde o temprano, a la victoria del proletariado en todo el mundo.[15]

Sin embargo, y a pesar de los buenos deseos de Marx, la salud de la Internacional quedaría seriamente tocada. Se traslada la sede del Consejo General a Nueva York, pero también hasta allí llegan las disensiones y en 1876 se anunciará que la Primera Internacional ha dejado de existir.

En 1873 la vida de Marx parece atravesar momentos de calma. La mala fama que los gobiernos le habían echado encima acusándolo de instigador de la Comuna, paradójicamente y para enojo de sus adversarios, contribuye a que su renombre como escritor y pensador de la revolución se incremente. Prepara una segunda edición alemana de *El capital*, revisa con especial atención la aparición de una edición francesa y le llegan noticias de que en Rusia también se trabaja en una traducción. Su editor le urge para que adelante los nuevos volúmenes de su obra pero Marx una y otra vez remite a la necesidad de consultar nuevos libros, nuevas investigaciones, nuevos datos. Los achaques lo obligan a cuidar su salud y procura pasar periodos de descanso en balnearios y playas para tomar baños de mar. Su relación con Engels es ahora más asidua que nunca y los dos asisten al crecimiento de un potente movimiento obrero alemán que, si bien había venido repartiendo sus fuerzas y esfuerzos entre una organización obrera de tendencia lassalleana y otra de clara ascendencia marxista, ahora ve cómo ambos partidos negocian un borrador de programa para fusionarse en uno nuevo, el Partido Socialista Obrero de Alemania. La unificación tiene lugar en un Congreso celebrado en 1875 en la ciudad de Gotha. Marx recibe el

programa propuesto, discrepa de su contenido y, aunque duda sobre su conveniencia, finalmente escribe un duro análisis, «Notas al margen sobre el programa del Partido Obrero Alemán», que envía a los dirigentes del nuevo partido. El análisis solo se haría público años más tarde bajo el título de *Crítica del programa de Gotha* e iba a suponer la última gran contribución teórica que Marx publicaría en vida. En él recoge, frente al cariz nacionalista presente en el programa, la necesidad de no perder de vista la solidaridad internacionalista; frente al papel extremadamente relevante que se concede al Estado, recuerda que «la libertad reside en cambiar el Estado desde su actual carácter de órgano superpuesto a la sociedad a uno subordinado completamente a ella»; refuerza el objetivo de las transformaciones en el ámbito del trabajo («De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades») y, sobre todo, insiste en que durante el periodo de transformación revolucionaria habrá «un periodo de transición política durante el cual el Estado no puede ser otra cosa más que la dictadura revolucionaria del proletariado». Una afirmación que todavía hoy crea sarpullidos en las izquierdas socialdemócratas y alternativas.

En estos sus últimos años sigue manteniendo una correspondencia amplia y fluida sobre muy diversos temas. Su curiosidad sigue abierta. Pide libros sobre biología, agricultura, física, matemáticas. En 1876 le escribe a Sorge: «¿Puedo recibir de Nueva York (a mi casa, naturalmente) los catálogos de libros norteamericanos desde 1873 hasta ahora? Se trata para mí (para el volumen segundo de *El capital*) de ver qué cosa útil ha aparecido acerca de agricultura norteamericana y situación de la propiedad de la tierra, así como sobre crédito (pánico, dinero, etcétera, y lo relacionado con ello)». Desde 1868 y hasta su muerte cruza una interesante correspondencia con el pensador populista Nikolái Frántsevich Danielsón, que será el traductor al

ruso de los tres tomos de *El capital* y con el que intercambia noticias e informaciones sobre las condiciones económicas en Rusia. Justamente con ocasión de una carta que le remite otra militante del populismo ruso de aquellos años, Vera Zasúlich, Marx expondrá su hipótesis sobre el posible papel de las comunas rurales rusas de cara a una posible transformación revolucionaria, que flexibiliza anteriores opiniones sobre el desarrollo desigual y rompe con las lecturas «rígidas» que se venían realizando sobre esa cuestión.

Todavía Marx escribiría un nuevo texto cuando el filósofo y profesor universitario Eugen Dühring, un socialista utópico, escribió una crítica izquierdista sobre la obra de Marx bien acogida por parte de los militantes del nuevo partido alemán. Es Engels quien asume la tarea de responderle con un libro, el *Anti-Dühring*, en el que Marx solo colabora escribiendo el último capítulo. Engels se centra en clarificar y simplificar el lenguaje y los conceptos de Marx y hace un compendio de su teoría. Ese libro se acabaría convirtiendo en un manual del marxismo y hoy es leído con desconfianza por entenderse que, en algunas proposiciones, Engels hace una lectura sesgada del pensamiento de Marx. Quizá su aportación más interesante sean las consideraciones sobre la teoría de la violencia, en la que Engels equipara el derecho a votar con el derecho a llevar armas. Por su parte, en el capítulo que escribió Marx («Historia crítica»), hace gala de todo su irónico sentido de la caricatura para poner en la picota del ridículo los escritos de Dühring: «En una palabra, "esfuerzos" gigantescos de admiración de sí mismo, reclamo charlatanesco, promesas tras promesas, todo para llegar a un "resultado" igual a cero».

En diciembre de 1881 muere Jenny von Westphalen y Karl apenas recupera el ánimo y la salud: «No duermo, apenas como, tengo tos, me encuentro perdido y sufro una *gran melancolía* como la del gran Don

Quijote». Él mismo nota su deterioro físico. Se corta la melena y la barba. Apenas sale de casa. El 14 de marzo de 1883 fallece mientras duerme, a los sesenta y cuatro años. Es enterrado en el cementerio londinense de Highgate al lado de su mujer. Engels lee su panegírico final. Lo acompañan once personas. En 1954 se levantó sobre su tumba un mausoleo con un gran busto realizado por el escultor Laurence Bradshaw. Dos años más tarde una bomba destruye en parte el mausoleo. Lo que no consiguen destruir es su obra.

XVII. Marx hoy: ser o no ser

Hoy Marx es un autor que se mueve entre la referencia y la polémica, y precisamente esa dualidad de miradas que convergen sobre él le confiere la condición de clásico, de un clásico vivo. Desaparecidos los tiempos en que su obra devino en anquilosada doctrina oficial de los Estados del mal llamado socialismo real, Marx y el marxismo son ahora territorio para la polémica y la discrepancia, recuperando así el talante crítico que siempre los acompañó. Entre los principales aspectos del marxismo que son hoy objeto de análisis y crítica, tanto desde posiciones claramente antimarxistas como desde perspectivas que se consideran anticapitalistas, parece adecuado destacar dos conceptos que podemos considerar teóricos: la cuestión del valor y su transformación en precios y, ligada en parte a ella, la cuestión del decrecimiento de la tasa de ganancia; y dos espacios ideológicos: el feminismo y el ecologismo, desde los que se señalan insuficiencias del análisis marxista para dar cuenta de los problemas actuales que esos espacios representan.

La teoría sobre el valor-trabajo ya fue objeto de estudio para los economistas británicos clásicos como Adam Smith y, sobre todo, David Ricardo, que mostraron cómo los movimientos de los precios dependen del proceso de producción y que el factor determinante del valor de una mercancía es la cantidad de tiempo que los trabajadores han empleado para producirla. La variante fundamental que introduce Marx es el concepto de plusvalía o trabajo impagado, demostrando que el proceso de producción de las mercancías es el mismo proceso a través del cual se explota a la clase trabajadora al no pagarle el capitalista, que es quien compra su fuerza de trabajo, todo el fruto de su trabajo sino tan solo la parte necesaria para su subsistencia y reproducción. Para Marx la fuente del valor, la fuerza de trabajo de los obreros, es en sí misma una mercancía que, a consecuencia de la desigualdad estructural entre el capitalista y el trabajador, se vende a un valor inferior del que el obrero crea trabajando para el capitalista. Los beneficios se obtienen de la plusvalía que se extrae de los trabajadores. Dicho de otro modo, el capitalista vende la mercancía en función del valor del trabajo que la ha producido aunque él no pague al trabajador todo lo que este produce. Así, Marx pudo demostrar que una sociedad que obedecía la ley del valor no era una forma «natural», como creían Smith y Ricardo, sino que estaba dominada por un modo particular y transitorio de producción, basado en la explotación de los trabajadores por parte de los capitalistas, y que el precio de producción de una mercancía posee dos componentes: 1) el valor del capital constante y del capital variable necesarios para su producción, y 2) los beneficios medios sobre este capital.

Las críticas a la teoría del valor de Marx tienen su centro de referencia en el neorricardiano Ladislaus von Bortkiewicz, quien planteó a principios del siglo XX que la transformación que hacía Marx del valor en precios de producción era incoherente desde el punto de la lógica, porque en los

ejemplos aritméticos utilizados para ilustrar la transformación Marx omitía transformar el primero de los componentes citados. Frente a esta reserva, que con variantes ha originado toda una literatura crítica sobre el tema, quienes mantienen la validez de la teoría marxista entienden que esa apreciación no tiene en cuenta que, como enseña Marx en el Libro III, el capital, sea cual sea su composición orgánica y sea donde sea que se invierta, tiene tendencia a recibir beneficios según una tasa media igual para todas las empresas en razón de las leyes de competencia entre capitales. Lo cierto es que la cuestión del valor y el paso de los valores a los precios de producción y luego a los de mercado sigue abierta a nuevas discusiones e interpretaciones,[16] tanto en el campo de la economía general como en el interior del campo de la economía marxista y posmarxista. Como avisa Mora Plaza sobre «el manido problema de la transformación de valores a precios»: «Para algunos este problema está resuelto, para otros no. Claro está que todo depende de las hipótesis de partida y de los problemas que se trata de resolver».

El segundo aspecto de su teoría, que ha dado lugar a cuestionamientos, rechazos y menosprecios, tiene que ver con su tesis sobre la «tendencia decreciente de la tasa de ganancia», que expresa el resultado de sus análisis acerca de las fuerzas básicas que dan lugar a los ritmos a largo plazo de la acumulación capitalista.

Marx entiende que, en razón a que la tasa de plusvalía es constante y que la composición orgánica del capital es creciente a lo largo del proceso de acumulación y expansión capitalista, existe de manera lógica una tendencia a que la tasa general de ganancia del sistema baje progresivamente; y puesto que esta debe calcularse en relación al capital total y que la masa de plusvalía depende del número de trabajadores, el crecimiento proporcionalmente mayor del volumen de los medios de producción

respecto a la cantidad de trabajo vivo provoca como consecuencia inevitable la reducción de la tasa de ganancia. El propio Marx explica que esta tendencia puede verse interferida por distintos atenuantes, de modo que esa tasa puede ofrecer períodos de crecimiento sin que esto niegue la tendencia. Pero las críticas, dada la imposibilidad de su comprobación empírica, se centran en que el propio incremento en la productividad del trabajo provoca que la composición orgánica no sea creciente, con lo que su afirmación no se sostiene, olvidando interesadamente que Marx ya advertía de la posibilidad de que hubiera etapas en el desarrollo capitalista en los que «con una creciente productividad del trabajo, el precio de la fuerza de trabajo continúe decayendo, e incluso que esta caída vaya acompañada de un constante crecimiento de los medios de subsistencia a disposición del trabajador». Los críticos, sin atender a las razones de Marx, denuncian también su premisa sobre que el desarrollo capitalista llevaría al proletariado hasta la pobreza absoluta. Entran así en una polémica espiral en la que los conceptos de pobreza relativa, la incorporación masiva de la mujer al mundo laboral y los cambios de la tasa de natalidad en su relación con los costes de subsistencia y reproducción de la fuerza de trabajo son usados como argumentos o contraargumentos en función de la posición ideológica o material de los intérpretes.[17]

Estas discusiones tienen lugar de manera primordial en el espacio de «las ciencias», aunque con claras consecuencias en lo político e ideológico, mientras que en espacios menos especializados las críticas se han manifestado a través de lo que podemos llamar la visión del marxismo como profecía incumplida: no es verdad que cada vez los trabajadores vivan peor, no es verdad que el derrumbe del capitalismo sea inevitable. Al tratar el tema de la ciencia ya comentamos, siguiendo las reflexiones de Martínez Marzoa, que en Marx no hay ningún afán ni gesto profético: «De las "leyes

económicas” que descubre, ninguna conduce al socialismo; todas conducen a un callejón sin salida del capitalismo, pero ninguna al socialismo. Marx no dijo que el capitalismo no pudiese mantenerse indefinidamente en el callejón sin salida; solo dijo que el callejón no tenía salida».

Aún en vida, el mismo Marx tuvo ocasión de defenderse de quienes se empeñaban en entender sus conclusiones sobre el desarrollo del capitalismo en esos momentos históricos como un proceso fijo, predeterminado y válido para cualquier tiempo y lugar. En un comentario sobre semejante interpretación por parte de uno de sus críticos dice: «Se siente obligado a metamorfosear mi esbozo histórico de la génesis del capitalismo en el Occidente europeo en una teoría histórico-filosófica de la marcha general que el destino le impone a todo pueblo, cualesquiera que sean las circunstancias históricas en que se encuentre […], sucesos notablemente análogos pero que tienen lugar en medios históricos diferentes conducen a resultados totalmente distintos. Estudiando por separado cada una de estas formas de evolución y comparándolas luego, se puede encontrar fácilmente la clave de este fenómeno, pero nunca se llegará a ello mediante el pasaporte universal de una teoría histórico-filosófica general cuya suprema virtud consiste en ser suprahistórica». Tergiversar las ideas de Marx para luego acusarlo de dogmático profeta fracasado no deja de ser una maniobra publicitaria que ha rendido sus buenos beneficios a quienes la difunden, pero a poco rigor que uno se exija, esa acusación resulta insostenible.

El marxismo aporta un esquema conceptual teórico que incluye conceptos como proletariado, mercancía, valor de uso, fuerza de trabajo, dinero, capital, plusvalía, acumulación originaria, subsunción real, etcétera, desde el cual pude entenderse cómo funciona la sociedad capitalista en cada momento histórico concreto pero, como él precisa, parece absurdo acusar de ahistórico a quien puso sobre el tapete el materialismo histórico. «A los

que creemos que acertó en el método y que desveló las categorías fundamentales para la comprensión del capitalismo y su superación —escribe Martínez Llaneza— nos corresponde aplicarlas a un mejor conocimiento de la realidad y de sus cambios; para ello debemos tener cuidado en la forma en que utilizamos sus aportaciones.» Un cuidado que también se debería aplicar cuando se discuten o rechazan esas aportaciones.

Dentro del movimiento antipatriarcal que hoy ha alcanzado una clara dimensión revolucionaria, en ocasiones se califican de obsoletas o insuficientes las obras de Marx por no haber abordado las cuestiones específicas de la condición de las mujeres dentro de las relaciones sociales de producción del capitalismo. Silvia Federici, por ejemplo, en su obra *Calibán y la bruja* plantea que en el capitalismo la mujer ocupa un lugar más relevante que el del asalariado obrero o la obrera pues desempeña una función más importante en casa que en la fábrica: «Uno de los mayores aportes de la teoría y de la lucha feminista es redefinir el trabajo, y reconocer el trabajo reproductivo no pagado de las mujeres como una fuente determinante de la acumulación capitalista. Redefiniendo el trabajo de cuidados como trabajo […], las feministas han actualizado un nuevo terreno esencial de explotación completamente ignorado por Marx y la teoría marxista». En definitiva, esta propuesta de Federici daba cuerpo teórico al movimiento feminista que desde los años setenta venía reivindicando que el trabajo doméstico era trabajo productivo impagado y por lo tanto creador de plusvalía, cuestionando así, desde las filas del marxismo crítico, las categorías marxistas de trabajo productivo y plusvalía. El propio éxito del libro, dejando ahora aparte su consistencia teórica, venía a poner de manifiesto la erosión de credibilidad que estaba sufriendo el marxismo economicista entre los movimientos alternativos e identitarios que surgen en la estela de la posmodernidad.

En su trabajo de introducción para la reedición en 2013 del libro de Lisa Vogel sobre marxismo y opresión de las mujeres, publicado por primera vez en 1983, es decir, casi al mismo tiempo que la primera versión del libro de Federici, Susan Ferguson y David McNally, aparte de destacar que la reedición coincide con un «pleno resurgir de la lucha anticapitalista y la leve emergencia del pensamiento radical marxista», ponen de manifiesto que el rasgo pertinente de su libro, su diferencia incluso frente a otras aproximaciones desde el feminismo al marxismo, es que adopta como punto de partida *El capital* de Marx (Libro I), es decir, que toma en consideración las categorías centrales de este acerca del trabajo y abre en consecuencia una dirección renovada en la investigación feminista socialista. Desde esas categorías Vogel adopta, como punto de partida para sus investigaciones, el día a día de los procesos de producción y reproducción de la fuerza de trabajo para acabar concluyendo que a la pregunta de si el trabajo doméstico produce plusvalía, que venía siendo el centro de las discusiones en el interior de los movimientos feministas de izquierda o alternativos, la respuesta correcta es no, puesto que el trabajo doméstico produce valores de uso, no valores de cambio, y por lo tanto, no produce directamente plusvalía. Una respuesta que supone la aceptación por parte de la autora de la actual vigencia de las categorías de Marx, si bien ella misma no deja de comentar algunas de las insuficiencias o «silencios» del marxismo en ese campo.

Marx, advierte Vogel, identifica esa mercancía singular, la fuerza de trabajo como la piedra sobre la que descansa todo el sistema, pero no parece proseguir su propia lógica dialéctica cuando se pregunta cómo esta mercancía especial se produce y reproduce a sí misma, pues no captura la esencia de la cuestión. Marx parece dar por sentado que el vendedor de la fuerza de trabajo se eterniza «como se perpetúa todo ser viviente, por la

procreación», remitiendo todo el problema a una simple cuestión «naturalista», sin ahondar acerca de cómo la procreación se organiza en el seno de unas formas socioculturales de vida que no pueden darse por supuestas, como el propio marxismo enseña, de manera naturalista porque son socio-históricamente creadas y reproducidas. Marx, al hablar del trabajo femenino e infantil, observa cómo el capital, que obliga al obrero a vender su fuerza de trabajo, lo obliga también a vender a la mujer y al niño, y anota cómo al existir en la familia funciones como las de «atender y amamantar a los niños» se producen consecuencias sobre «la economía y la conveniencia en el consumo y la preparación de los medios de subsistencia»,[18] pero sin que se pueda concluir, recalca Vogel, que la organización social de la diferencia biológica constituya una precondición material para la construcción de las diferencias de género. Marx se queda ahí mientras que Vogel, más marxista que Marx en esto, pone al descubierto que «es la responsabilidad del trabajo doméstico necesario para la reproducción social del capitalismo —y no la división sexual del trabajo o la familia per se— la que materialmente fundamenta la perpetuación de la opresión de las mujeres y la desigualdad en la sociedad capitalista».

Parece claro que ese quedarse ahí de Marx, ese silencio o laguna, revela su falta de atención al problema concreto de la opresión de la mujer en el seno del capitalismo. Marx, en efecto, pone el acento de su mirada sobre la condición de los asalariados, obreros y obreras, y sin duda esta actitud responde al momento histórico en que tienen lugar sus reflexiones. Su o sus silencios al respecto se corresponden con los silencios de su época pero atañen más a lo personal que a lo autorial, por cuanto las propias categorías marxistas le permiten a Vogel no solo descubrir la insuficiencia sino también, y sobre todo, avanzar en la investigación sobre las causas y razones de la opresión. Para Vogel, subrayan Ferguson y McNally, el

elemento esencial de la opresión de las mujeres en el capitalismo no sería el opresivo y enajenante trabajo doméstico sino el hecho de que para el sistema capitalista la producción y reproducción de la mercancía fuerza de trabajo es clave, como condición y precondición, para su dinámica al hacer posible su reproducción. De ahí que la materialidad de la opresión esté más relacionada con la reproducción del capital que con las relaciones internas del hogar y obligue a que el capital y el Estado tengan que intervenir regulando la capacidad biológica de las mujeres para generar trabajadores, fuerza de trabajo. Bastaría con echar una mirada a nuestros entornos urbanos para ver cómo, leyes de permiso de maternidad aparte, la sociedad capitalista, vía emigración por ejemplo, trata de solucionar temas de cuidados o dependencia que la institución familiar necesita para llevar a cabo la reproducción en las condiciones que implican los estándares culturales.

Las reflexiones de Vogel son un buen ejemplo de cómo las categorías del marxismo pueden *reimaginarse* a través del prisma feminista, que al analizar la relación entre patriarcado y capitalismo obliga a visiones integradoras poco frecuentes hasta el momento en el marxismo más economicista y unilateral. A partir, por ejemplo, de su atención concreta a la cuestión de la reproducción y de su entendimiento de que bajo el capitalismo, como «sistema social definido», la familia (que continúa siendo el lugar donde la opresión de las mujeres se materializa) se ha convertido en la principal institución que garantiza las existencias de trabajadores (que son paridos, criados, *educados* y *preparados* para una futura vida de trabajo), podríamos sacar las consecuencias políticas correspondientes. Por ejemplo, que siendo instituciones como la universidad las que tienen como función real garantizar esa preparación que satisfaga la necesidad masiva de una fuerza de trabajo educada (no solo

para actuar como cuadros dirigentes, que era la función básica de las universidades hasta hace cincuenta años), es más que lógica la intervención directa de las empresas —vía Plan Bolonia— en la educación de unos trabajadores destinados a actuar en el interior de un capitalismo en el que lo cognitivo parece estar llamado a tener más peso.

Si entramos ahora en el otro campo desde el que han calificado como obsoletas o superadas las aportaciones de Marx a la hora de explicar los problemas de nuestro tiempo, la opinión general más extendida ha entendido la relación entre el marxismo y la ecología como la historia de un desencuentro, a pesar de que un autor «tan marxista» como Lenin admiró desde el principio los trabajos de Ernst Haeckel, el padre de la nueva doctrina, o de que en la Unión Soviética, en sus primeros años, la ecología como disciplina científica recibió meritoria atención. Para explicar ese supuesto desencuentro, se suele poner de relieve que durante casi todo el siglo XX las políticas de los partidos comunistas o socialdemócratas, alrededor de los cuales se interpretaba o gestionaba el marxismo, estaban muy volcadas en el crecimiento económico, interesadas sobre todo en la modernización del sistema productivo y orientadas hacia los problemas derivados de la urbanización de la sociedad, por lo que aplicaban e interpretaban el marxismo desde posiciones que fetichizaban tanto el crecimiento como la tecnología.

Pero desde la aparición de los escritos de John Bellamy Foster sobre la presencia de «lo ecológico» en la obra de Marx, parece haber cambiado el signo de esa relación. Marx y Engels reflexionan sobre las relaciones del hombre con la naturaleza, desde su condición histórica de herederos de una Ilustración que concebía a los seres humanos como una «especie con necesidades expansivas», y se muestran interesados en el desarrollo y despliegue máximo de las facultades y posibilidades del hombre, con en el

marco del desenvolvimiento permanente de las fuerzas productivas. Entendían la relación hombre-naturaleza como una relación de dominio sobre esta, concebida como un instrumento para ese despliegue de las potencialidades humanas. Dentro de esa situación, de esa cultura de la época, aparece «la ecología de Marx» que Foster detecta y nombra, a partir de la doble observación marxiana de que se ha producido una hendidura entre el metabolismo de la humanidad y el de la naturaleza, con la consiguiente brecha o grieta entre ambas. Esta concepción emerge tanto en Marx como en Engels debido a su interés por la obra de Justus von Liebig, pionero de la química orgánica agraria relacionada con los componentes y fertilidad del suelo, y que, según Marx confiesa, «era más importante que todos los escritos de los economistas juntos para entender cómo funciona la agricultura». Se puede criticar a Marx por no apreciar en su justa medida los problemas energéticos que implica la producción sin frenos, pero estudiando las ideas de Liebig sobre el guano y la necesidad de reponer los nutrientes de la tierra, él fue quien introdujo, aunque sin llegar a desarrollarlo, el concepto de «metabolismo social» y de «ruptura metabólica» para hacer referencia a la progresiva destrucción de nutrientes, erosión de suelos y agotamiento y destrucción de los recursos renovables y no renovables que el capitalismo conlleva. A Marx y Engels les interesaba cómo mantener a largo plazo la fertilidad de los campos de Gran Bretaña dada la expansión de la población y la necesidad de alimentos, y llegaron a la conclusión de que, a consecuencia de la industrialización acelerada y el obligado trasvase del campo a la ciudad, todos los nutrientes del suelo estaban siendo transportados desde las zonas rurales a las áreas urbanas dando lugar a la «grieta metabólica». Para ello tomaron como base el concepto de metabolismo y entendieron que este adquiere una forma mediada socialmente que abarca las condiciones orgánicas comunes a toda

vida y cobra un carácter humano-histórico a través de la producción. Marx, consciente de estos hechos, destacó en *El capital* que el rompimiento del ciclo de la tierra en la agricultura capitalista industrializada constituía nada menos que «una fractura» en la relación metabólica entre los seres humanos y la naturaleza.

Sin embargo, añade Foster, muchos críticos de izquierda objetan esta visión al considerar que el punto de vista de la fractura metabólica cae en un «dualismo cartesiano» que viola los principios del análisis dialéctico. Y el mismo Foster contesta recordando que en la tradición marxista es clave la comprensión dialéctica del mundo natural y la concepción del trabajo y la producción como la relación metabólica entre los seres humanos y la naturaleza, conceptos que suponen «un esbozo básico para una comprensión materialista dialéctica de la relación entre naturaleza y sociedad, que notablemente concuerda no solo con la ciencia más desarrollada (incluyendo la termodinámica, que estaba surgiendo) de la época de Marx, sino también con el conocimiento ecológico más avanzado de hoy en día. En esa concepción no hay nada que sea "dualista" o "no reflexivo". […] Para Marx, nuestro propio conocimiento de la naturaleza es también un producto de nuestro metabolismo humano-social, es decir, nuestra relación productiva con el mundo natural».

Del conjunto de estas observaciones, Foster entiende que pueden establecerse puentes concretos entre la ecología y el marxismo. Como afirma Jorge Riechmann: «Lo que está fallando no es la naturaleza, es nuestra sociedad: su estructuración interna y sus formas de intercambio con la naturaleza». Riechmann entiende que los problemas que la ecología plantea al desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo pueden ser abordados desde la óptica marxista y, al respecto, recuerda las palabras de Manuel Sacristán, fundador de la perspectiva ecomarxista en España y sin

duda la figura más respetada del marxismo en nuestros ámbitos cultural y político:

> Creo que el modelo marxiano del papel de las fuerzas productivas en el cambio social es correcto; creo que la historia conocida sustancia bien la concepción marxiana; esta es coherente en el plano teórico y plausible en el histórico-empírico. De modo que no creo que sea necesario revisar esas tesis. […] La novedad consiste en que ahora tenemos motivos para sospechar que el cambio social en cuyas puertas estamos no va a ser necesariamente liberador por el mero efecto de la dinámica, que ahora consideramos, de una parte del modelo marxiano. No tenemos ninguna garantía de que la tensión entre las fuerzas productivo-destructivas y las relaciones de producción hoy existentes haya de dar lugar a una perspectiva emancipatoria. También podría ocurrir todo lo contrario.

Abundando en la cuestión, Daniel Tanuro, citado por Riechmann, nos recuerda: «La crisis ecológica y la crisis social son una y la misma crisis: la crisis del sistema capitalista. La expresión "crisis ecológica" resulta engañosa: no está en crisis la naturaleza, sino la relación entre sociedad y naturaleza. No está en crisis el clima, ni su perturbación se debe a "la actividad humana" en general: se debe a cierta forma de la actividad humana, determinada históricamente, basada sobre los combustibles fósiles. La crisis ecológica, dicho de otra manera, es una manifestación de la profunda crisis sistémica del capitalismo».

Es cierto sin embargo que en el marxismo subyace la tentación del crecimiento como categoría ideológica que ha dado lugar a interpretaciones donde los límites a ese crecimiento parecían confusos y difícilmente eludían su relación con la idea de un progreso continuo. Como apunta Michael Löwy, en el marxismo dialogan en tensión dos concepciones diferentes de la dialéctica del progreso. Por un lado, y diríamos que este es el que más ha estado presente, una «dialéctica hegeliana, teleológica y cerrada, de tendencia eurocéntrica» que parece encerrada en la idea de que el desarrollo de las fuerzas productivas nos conduce necesariamente, aunque no de

manera suficiente, al socialismo. Por otro, «una "dialéctica del progreso", crítica, no teleológica y fundamentalmente abierta» que entiende la historia como progreso y catástrofe a la vez, sin favorecer ni esconder ninguno de estos aspectos, ya que el proceso histórico no está predeterminado.

Además, desde el concepto de la grieta metabólica se puede plantear y entender cómo, bajo un sistema capitalista obligado a la sobreacumulación crónica, la enajenación del proceso de trabajo implica de manera creciente la producción de valores de uso negativos y la no satisfacción de las necesidades humanas, es decir, el despilfarro, que no deja de ser otra versión de la destrucción de los recursos. El despilfarro ya no solo entendido como las sobras en la mesa del capitalismo sino también como el conjunto de gastos que la sociedad dedica a defensa, publicidad, seguridad privada, artículos de lujo y similares. Se abre así una línea política de lucha contra el despilfarro en la que ecología y marxismo vuelven a encontrarse. En realidad, basta con leer la dinámica histórica que el *Manifiesto comunista* refleja —esa burguesía que avanza destruyendo—, ambas interpretaciones se encuentran en los escritos de Marx y Engels. Y parece claro que la aparición de la teoría ecologista ha obligado al marxismo a replantearse la llamada «hipótesis de la abundancia», que claramente parecía desprenderse de esa primera interpretación dialéctica. Hoy la ecología ha puesto freno a esa autolectura marxista y ha introducido relecturas en clave de escasez, sostenibilidad e igualdad que han obligado al marxismo a recordar que la concepción de la riqueza comunista en Marx estaba más centrada en el ser que en el tener.

El Marx de hoy, en definitiva, sigue siendo útil para entender los problemas que se presentan en nuestra sociedad. Frente a los que lo daban por superado, Marx reaparece como instrumento *para transformar* un mundo injusto y absurdo, marcado por la desigualdad y la explotación, por

la convivencia intolerable del despilfarro y la miseria, por la coexistencia del miedo a no llegar a fin de mes y la concentración de la riqueza mundial en apenas un diez por ciento de la población. Construida desde el radical convencimiento de la necesidad de romper, siguiendo las propuestas de Néstor Kohan, «la rígida jerarquía entre el que sabe y el que no sabe», la obra de Marx no cabe en un ningún manual donde ya todo esté resuelto. Comprender el significado del conjunto de su obra resulta imposible si no se asume que esta se enrosca y vertebra sobre el eje de la revolución, porque sin ella sus proposiciones se convierten en puras teorías que se entenderán como falsas o verdaderas pero, en ausencia de esa vertebración, resultarán inútiles, estériles. Leer a Marx pide hacerlo desde el horizonte de la revolución. Leer a Marx es una aventura personal, abierta al encuentro entre su voz y el pensamiento en marcha de un lector o lectora que, a partir de sus intereses y necesidades, debe elaborar su propio entendimiento de lo que la teoría de Marx le ofrece y propone. Leer a Marx es una experiencia vital, subjetiva y política, personal y social, en la que el tiempo histórico que está teniendo lugar en el momento de la lectura debe intervenir, sin censuras ni trampas pedagógicas, confrontando situaciones, preguntas y respuestas. Marx ofrece preguntas y también respuestas, pero no cierra o petrifica ni unas ni otras. La «herramienta Marx» permite todavía hoy, con y desde las *reimaginaciones* necesarias, deconstruir el rompecabezas social, mirar por dentro los condiciones sobre las que el tiempo, individual y colectivo, transcurre. Permite imaginar otro «estar» en el mundo, un «estar» plural, otro «ser social». Permite conocer sobre qué suelo se apoyan nuestros pies y qué pasos habría que dar para encontrar, en común, caminos hacia lo común. Marx como herramienta. Y como toda herramienta, debe ser utilizada con fuerza, destreza y sentido. Marx como horizonte, esa línea roja que hay que aprender a saltar con la acción, el deseo y la mirada.

Coda. Marx: narrador de la Nación Obrera

Venían de lo profundo de los siglos, de los esclavos, de los siervos de la gleba, del sudor derramado sobres sus campos y paisajes, eran en parte campesinos que aprovechaban su tiempo libre para trabajar a sueldo de los grandes terratenientes, y en parte una clase, poco numerosa, de obreros asalariados e independientes que eran también campesinos independientes que gozaban el usufructo de las tierras comunales en las que pastaba su ganado y encontraban material para el fuego, la leña, la turba, etcétera. Pero la avaricia de los señores, llevados por el deseo de transformar los huertos y tierras de labor en largos y anchos pastos donde dar extensión a las rentables ovejas de lanas bien pagadas, con violencia e impunidad los fue expulsando. Hubo quejas y revueltas, los *irmandiños* desmocharon castillos, la *jacquerie* asoló predios señoriales, Wat Tyler y los tejadores se niegan a pagar impuestos, crecen las rebeldías y menguan por doquier las servidumbres, favoreciendo la forja de plusvalías terratenientes y capitalistas que parlamentan leyes para cercar y usurpar las comunales, y ya todo son ruinas de casas, graneros, establos, y los moradores salen de sus paisajes, cruzan las aguas estrechas y las aguas anchas, llanuras inmensas, mesetas y puertos de montaña y, arrastrándose lejos de los lugares familiares, abandonan enseres y costumbres, y fue así, fuerzas que evaporan campesinos y condensan proletarios, como tuvo lugar la creación violenta de proletarios libres que, ya sueltos, se encaminan hacia los suburbios urbanos, donde crecen los aires sucios industriales, y allí se agrupan en talleres y fábricas y malamente subsisten y se reproducen. Porque nada tienen, porque el obrero solo es propietario de su fuerza de trabajo mientras

negocia con el capitalista como vendedor de la misma y solo puede vender lo que posee, su fuerza del trabajo individual aislada, y he aquí por do viene marchando ese proletariado que fue el gran invento, gran rentable, del siglo XIX.

A lo largo del siglo XIX la nación, como concepto, se asienta como realidad social, económica, cultural y, no lo olvidemos, militar. Ser nación requiere la presencia de entrecruzadas características: desde contingencias geográficas o étnicas hasta una lengua común, pasando por la existencia de esa memoria y autoconciencia que otorga una historia colectiva dotada de diferencia específica. El edificio de la nación requiere reconocimiento ajeno y propio, borrar fronteras o aduanas hacia dentro y establecer respeto hacia fuera. Esa necesidad de respeto se plasma en la reivindicación de la cultura como expresión del «espíritu» nacional. La cultura como espejo y el espíritu como la imagen que devuelve ese espejo. Y la literatura como mediador semántico para legitimar, construir o rechazar identidades.

La Nación Obrera, famélica legión, se declina en múltiples lenguas y es nación de naciones huérfanas, exprimidas, negadas y sojuzgadas bajo el poder del capital. Es nación en lucha, en busca del tiempo que le han robado. Tiene como banderas el valor de uso y la plusvalía, no pretende la anexión de ningún territorio porque le llega con ocupar el mundo del trabajo. Su himno es el canto de *La Internacional*. Sin embargo, si no fuera por Karl Marx, podríamos decir que el proletariado apenas tiene quien le escriba. Victor Hugo escribe sobre la miseria, que es nación semejante aunque no igual; Vallès cuenta sus derramamientos de sangre; Zola narra el sudor de su frente; pero solo Marx ha tenido la inteligencia narrativa necesaria para abarcarla en su totalidad.

Marx como el narrador que cuenta la historia de ese proletariado al que el capital quiere arrebatar su propia historia y negarle su narración. Marx

como el narrador del *Non serviam*, de Espartaco, de Saint-Just y Robespierre, de Babeuf y Buonarroti, de Fourier, de la Liga de los Justos y de los miles de *communards* fusilados contra los muros de la Comuna de París. Pero Marx también como el narrador de la historia de Celia Fernández Cavada, que limpia habitaciones de hotel a cinco euros la hora; de Daniel Pacheco, que estudia Políticas en la Universidad Autónoma de Madrid y reparte comida rápida a un euro por viaje con vehículo propio; de Nuria Rivaret, que corrige comas, acentos y dislates gramaticales por mil cien euros al mes; de Joaquín Cervera, que repone y repone y repone mercancías en las tiendas de Supercor; de Amina Albustafarri, que escucha y contesta, escucha y contesta y vuelve a escuchar y contesta quejas y reclamaciones de cientos de usuarios de teléfonos móviles. Marx como el narrador de la plusvalía absoluta o relativa que tiene lugar en las fábricas textiles de la India que trabajan para suministrar existencias a Zara, Gap, Mango o El Corte Inglés. Marx como el narrador de la sobreexplotación de la mano de obra emigrante, de los millones de trabajadores y trabajadoras en paro y que no encuentran trabajo, de los miles y miles de esperanzas que mueren ahogadas en las aguas del Mediterráneo y de sed en los desiertos de la Baja California. Marx como el narrador, también, de la otra cara de la Nación Obrera: de los mil doscientos millones en dividendos de Inditex que recibió en un año Amancio Ortega; de los once mil millones de dólares con que ha visto engordar sus arcas Mark Zuckerberg, de Facebook; del millón y medio de sueldo anual sin contar dividendos de Víctor Grifols, que compra y vende sangre; de los cinco y medio de José María Álvarez-Pallete, presidente de Telefónica, o de los siete y bastante de Ana Patricia Botín en el Banco Santander.

Narrar los secretos de la mercancía, las relaciones de adulterio, traición y vampirismo entre el valor de uso y el valor de cambio, el misterio de cómo

el valor deviene precio y al final todo se transfigura en dinero, la verdadera historia de esa seducción llamada plusvalía, la aventura rocambolesca de un mercado en donde se intercambian trabajos no pagados, el coqueteo consentido entre los precios y el dinero, la epopeya sangrienta de la acumulación originaria, el nacimiento de ese bastardo llamado capital, la picaresca del cómo hacerse rico con el sudor de la frente ajena, la historia de cómo los dueños del tiempo crearon las horas de la jornada laboral; las relaciones carnales entre el obrero y la máquina, las pasiones que desata ese oscuro sueño del deseo que se llama tasa de ganancia, el salario como el espacio para las relaciones conyugales y otras formas de reproducción. Narrar y contar, contar de contar y contar de medir, ciencia y ficción, teoría y praxis, historias y estadísticas, pensar e imaginar, tesis y antítesis, la negación de la negación como argumento.

Narrar la historia de la Nación Obrera y de su crecimiento. El proletariado como protagonista coral de una narración llena de organización, coraje, estudio y acción revolucionaria. Narración que requiere utilizar un lenguaje que no sea el lenguaje narrativo de la clase dominante. Marx lo sabe y por eso, ese es el misterio Marx, se hace lenguaje del subalterno, del oprimido, del explotado, es decir, de quienes, como el Prometeo que necesita robar el fuego a los dioses, están obligados a expropiar las palabras a los propietarios de los medios de producción del lenguaje. Porque necesita un lenguaje que no esté contaminado por el egoísmo como medio de comunicación de masas. Lenguaje que cuestione el lenguaje, de ahí su insistencia en la ironía y el sarcasmo, pero que a la vez desvele lo supuesto, lo oculto, de ahí la voluntad de rigor y ciencia, de números, demostración y matemáticas.

Marx narra la revolución, es decir, la convoca. Reclama una vida construida sobre la razón colectiva, la razón de los iguales. Convoca a la

Nación Obrera. Vienen desde lo profundo de los siglos, de los esclavos, de los siervos de la gleba, del sudor derramado sobre sus campos y paisajes, de los talleres, de las fábricas, de los precarios, del paro, de la indignación y la ira, de las horas y horas sentados y sentadas delante de las pantallas de ordenador. Marx les cuenta la historia de la Nación Obrera. Cuando termina, da dos pasos hacia adelante y desaparece. Se oye un golpe, dos: está llamando a las puertas de la revolución. No se abren solas. Hay que empujarlas.

Karl Marx fue ante todo un revolucionario. Su verdadera misión consistió en contribuir de todas las maneras a la caída del régimen capitalista y de las instituciones políticas creadas por este, así como a la liberación del proletariado moderno, al cual fue el primero en darle conciencia de su situación, de sus necesidades y de las condiciones de su emancipación.

El combate era su elemento.

FRIEDRICH ENGELS

I

EL POETA Y EL IDEALISMO RADICAL

Creo que una vez estuvimos todos juntos.

FRIEDRICH HÖLDERLIN

El bien de la humanidad

Al animal la propia naturaleza se encarga de trazarle el radio de acción dentro del que ha de moverse y en el que se mantiene tranquilo, sin salirse de él ni sospechar siquiera que exista otro. También al hombre le ha trazado Dios un fin general: el de ennoblecer a la humanidad y ennoblecerse a sí mismo, pero encargándole además que encuentre los medios para alcanzarlo y dejando que sea él el responsable de elegir el puesto que dentro de la sociedad considere más adecuado para su persona y desde el cual pueda elevarse mejor él mismo y elevar a la sociedad.

Esta posibilidad de elegir constituye un gran privilegio del hombre con respecto a los demás seres de la creación, pero asimismo es algo que puede destruir su vida entera, llevar sus planes al fracaso y hacerlo desgraciado. De ahí que la elección seria de una profesión sea el primer deber del joven que inicia su carrera en la vida y no quiere encomendar al azar sus asuntos más importantes.

Cada cual tiene ante sus ojos una meta que a él, por lo menos, le parece grande y que lo es, siempre y cuando su convicción más profunda, la voz más recóndita del corazón, la considere así, ya que Dios no deja nunca al hombre sin consejo y, aunque hable en voz baja, su voz siempre es segura.

Sin embargo, esta voz es ahogada a veces por los ruidos de fuera y lo que se nos antoja entusiasmo puede ser un capricho del momento que el momento mismo se encargue de disipar. Puede ocurrir que nuestra fantasía se sienta inflamada, que nuestros sentimientos se vean estimulados, que se

proyecten ante nuestros ojos imágenes engañosas y nos precipitemos afanosamente hacia una meta que creemos nos ha sido trazada
por Dios, para ver luego que lo que habíamos abrazado con tanta pasión nos repele, y entonces toda nuestra existencia amenaza con derrumbarse.

Debemos, pues, detenernos seriamente a meditar, cuando de veras sentimos entusiasmo por una profesión, si es una voz interior la que la aprueba o nos engañaba el entusiasmo que se hacía pasar por una llamada de la divinidad. Ahora bien, la única manera de convencerse de esto es ahondar en la fuente misma de la que nace el entusiasmo.

La grandeza brilla, el brillo suscita la ambición y la ambición puede fácilmente provocar el entusiasmo o lo que se hace pasar por tal; y cuando la furia de la ambición se desencadena y nos atrae, ya no podemos refrenar la razón, sino que nos precipitamos alocadamente en pos de nuestros impulsos irrefrenables, y no somos nosotros quienes elegimos lo que queremos ser en la vida, sino que nos dejamos llevar por la apariencia y el azar.

El puesto para el que estamos llamados no es precisamente aquel en el que más podemos brillar; ni es tampoco el que, a lo largo de todos los años en que podamos ejercer esa actividad, no nos fatiga ni deja que se entibie nuestro entusiasmo, pero que al cabo de algún tiempo ya no colma nuestros deseos, ya no satisface nuestras ideas, sino que nos lleva a murmurar de Dios y a maldecir de los hombres.

Pero no es solo la ambición la que puede suscitar en nosotros el repentino entusiasmo por un puesto en la vida; a veces es también nuestra fantasía la que lo adorna engañosamente, llevándonos a ver en él lo más alto que la vida puede ofrecernos. No nos detenemos a analizarlo, a considerar todas las cargas, la gran responsabilidad que nos impone; solo lo vemos de lejos, y la lejanía siempre engaña.

En esto nuestra propia razón no es nunca buena consejera; ni la experiencia ni una profunda observación se encargan de apoyarla, y los sentimientos y la fantasía la fascinan no pocas veces. Y si nuestra propia razón nos abandona, ¿hacia dónde podemos volver la mirada?, ¿en quién podemos buscar apoyo?

En nuestros padres, que han recorrido ya la trayectoria de la vida y saben lo que es rigor del destino: he ahí que nuestro corazón nos aconseja.

Y si en estas condiciones seguimos sintiendo el mismo entusiasmo y seguimos amando la misma profesión por la que nos sentimos atraídos, habiéndonos parado a considerar lo que representa como carga, conociendo sus inconvenientes y sus amarguras, podemos abrazarla sin miedo, seguros de que no nos engañará el entusiasmo ni obraremos movidos por la precipitación.

Ahora bien, no siempre podemos escoger en la vida aquella posición hacia la que nuestra vocación nos llama, pues las relaciones en que nos encontramos dentro de la sociedad se encargan, hasta cierto punto, de decidir por nosotros antes de que nosotros mismos lo hagamos.

Ya nuestra misma naturaleza física se interpone con frecuencia, en ademán de amenaza, sin que nadie se atreva a discutir sus derechos.

Es cierto que podemos desafiarla, pero cuando lo hacemos, nos exponemos a perecer sin remedio, nos lanzamos a levantar imprudentemente un edificio sobre precarios fundamentos, nos exponemos a que toda nuestra vida sea un conflicto desventurado entre el principio físico y el principio espiritual. Quien no sea capaz de acallar dentro de sí mismo los elementos en pugna jamás podrá obrar con serenidad, y solo en la paz pueden nacer los grandes y hermosos hechos de la vida; la calma es el suelo del que tienen que brotar los frutos sazonados.

Aunque no sea posible luchar durante mucho tiempo y rara vez con satisfacción contra una naturaleza física adversa a la profesión abrazada, la idea de sacrificar al deber nuestro bienestar se hace sentir siempre con fuerza en cierta medida. Pero si elegimos una profesión sin poseer el talento necesario para ella, no podremos ejercerla dignamente y no tardaremos en reconocer, avergonzados, nuestra propia incapacidad y en considerarnos como un ser inútil en la creación, como un miembro de la sociedad condenado a no poder ejercer con fruto su profesión. Y la consecuencia más natural de ello será, entonces, el desprecio de uno mismo, el más doloroso y amargo de los sentimientos, frente al que nada vale todo lo que, como compensación, nos puede ofrecer el mundo exterior. Pues el desprecio de uno mismo es como el veneno de una serpiente que nos corroe constantemente el corazón, que corrompe día tras día nuestra sangre y destila en ella la ponzoña del odio a la humanidad y la desesperación.

Cuando nos engañamos acerca de nuestras dotes para el ejercicio de la profesión a la que nos entregamos cometemos un crimen que se venga de nosotros mismos y que, aunque no sea condenado por el mundo que nos rodea, provoca en nuestro pecho un dolor más penoso que la condena de los demás.

Después de meditar en todo esto y si las condiciones de nuestra vida nos permiten escoger la profesión deseada, debemos procurar elegir aquella que nos ofrezca la mayor dignidad, que descanse sobre ideas de cuya verdad estemos profundamente convencidos, que abra ante nosotros el mayor campo de acción para poder actuar en bien de la humanidad, que nos permita acercarnos a la meta general al servicio de la cual todas las profesiones son solo un medio: la perfección.

La dignidad es lo que más eleva al hombre, lo que confiere mayor nobleza a sus actos y a todas sus aspiraciones, lo que le permite mantenerse

intacto, admirado por la multitud, y elevarse al mismo tiempo por encima de ella.

Y solo puede conferir dignidad aquella profesión en la que el hombre no se convierte en un instrumento servil, sino que puede elegir por sí mismo el círculo en que se mueve; solo aquella profesión que no impone ninguna clase de hechos reprobables, ni siquiera el vislumbre de ellas, puede ser abrazada con noble orgullo por los mejores. Y las que más garantizan esto no son siempre las más altas, pero sí las más dignas de ser elegidas.

Pero así como una profesión sin dignidad nos humilla, podemos estar seguros de sucumbir ante aquella basada en ideas que más tarde habremos de reconocer como falsas.

Si la abrazamos, solo podremos mantenernos en ella engañándonos a nosotros mismos, camino que nos conducirá necesariamente a la desesperación.

Las actividades que, en vez de entrelazarse con la vida, se alimentan de verdades abstractas son las más peligrosas de todas para el joven cuyos principios aún no están formados, cuyas convicciones no son aún firmes e inconmovibles, aunque puedan considerarse las más altas de todas si han echado profundas raíces en nuestro pecho, si somos capaces de sacrificar la vida y todas nuestras aspiraciones por las ideas que en ellas predominan.

Podemos considerar dichoso a quien se siente llamado por estas actividades, aunque destruyen a quien las abraza precipitada y atolondradamente, dejándose llevar por los impulsos del momento.

En cambio, la alta opinión que nos formamos de las ideas sobre las que descansan nuestras actividades nos confiere una posición superior dentro de la sociedad, acrecienta nuestra propia dignidad y hace que nuestros actos sean inamovibles.

Quien elige una profesión que tiene en alta estima retrocederá aterrado ante la posibilidad de hacerse indigno de ella y obrará noblemente por el solo hecho de ser noble la posición que le asigna en la sociedad.

Pero la gran preocupación que debe guiarnos al elegir una profesión debe ser la de servir al bien de la humanidad y a nuestra propia perfección. Y no se crea que estos dos intereses pueden ser hostiles o incompatibles entre sí, pues la naturaleza humana hace que el hombre solo pueda alcanzar su propia perfección cuando trabaja por la perfección, por el bien de sus semejantes.

Cuando el hombre solo se preocupa de sí mismo, puede llegar a ser sin duda un famoso erudito, un gran sabio, un excelente poeta, pero nunca llegará a ser un hombre perfecto, un hombre verdaderamente grande.

Los más grandes hombres de quienes nos habla la historia son aquellos que, trabajando por el bien general, han sabido ennoblecerse a sí mismos; la experiencia demuestra que el hombre más dichoso es el que ha sabido hacer dichosos a los demás; y la misma religión nos enseña que el ideal al que todos aspiran es el de sacrificarse por la humanidad, aspiración que nadie se atrevería a destruir.

Quien elija aquella clase de actividades en las que más pueda hacer en bien de la humanidad jamás flaqueará ante las cargas que pueda imponerle, ya que estas no serán otra cosa que sacrificios asumidos en interés de todos; quien obre así no se contentará con goces egoístas, pequeños y mezquinos, sino que su dicha será el patrimonio de millones de seres, sus hechos vivirán calladamente, pero por toda una eternidad, y sus cenizas se verán regadas por las ardientes lágrimas de todos los hombres nobles.

Reflexiones de un joven en la elección de una profesión (1835)

El poeta

El sol de la verdad

Resplandecen penumbra y estrella
en lo profundo del corazón y en trémula belleza,
la gracia del alma y la blanca piel en unión.
Jamás te muestras abiertamente,
sol de la verdad, tú bien podrías decirte a ti mismo:
el sol derrama sombras, después de todo.

Cantos para Jenny y otros poemas (1836-1840)

LA NOVELA QUE HABLA DE SÍ MISMA

Capítulo 37

David Hume afirmaba que este capítulo es el *locus communis*[19] del anterior y lo afirmaba aun antes de que yo lo hubiese escrito. Su demostración era la siguiente: si este capítulo existe, el anterior no existe, pues este ha expulsado al anterior, del que ha nacido, aunque no como causa y efecto, cosa de la que dudaba. Todo gigante —y por tanto todo capítulo de veinte líneas— deja tras sí un enano; todo genio, un estúpido filisteo; toda agitación del mar, sucio lodo; y apenas desaparecen los primeros, comparecen los segundos, ocupan un lugar en la mesa y con decisión extienden sus largas piernas.

Los primeros son demasiado grandes para este mundo, por eso se ven expulsados de él. Por el contrario, los otros echan raíces en él y —como lo demuestran los hechos— en él permanecen, ya que el champán deja un gusto duradero y repugnante, así como el héroe César, al actor Octaviano; el emperador Napoleón, al rey burgués Luis Felipe; el filósofo Kant, al caballero Krug; el poeta Schiller, al consejero de la Corte Raupach; el excelso Leibnitz, al maestrillo Wolf; el perro Bonifacio, este capítulo.

Así las bases se derrumban como residuos mientras el espíritu se evapora.

Escorpión y Félix. Novela humorística (1837)

UN MUNDO NUEVO

Berlín, 10 de noviembre de 1837

Querido padre:

Hay en la vida momentos que son como hitos que señalaran una época ya transcurrida, pero que, al mismo tiempo, parecen apuntar decididamente en una nueva dirección.

En estos momentos de transición nos sentimos impulsados a contemplar, con la mirada de águila del pensamiento, el pasado y el presente para adquirir una conciencia clara de nuestra situación real. Hasta la mirada universal parece gustar de estas miradas retrospectivas y pararse a reflexionar, lo que crea muchas veces la apariencia de que se detiene o marcha hacia atrás cuando, en realidad, no hace más que reclinarse en su sillón para tratar de ver claro y penetrar espiritualmente en su propia carrera, en la carrera del espíritu.

Pero en esos momentos el individuo se deja llevar por un sentimiento lírico, pues toda metamorfosis tiene algo del canto del cisne y es, a la vez, como la obertura de un gran poema que se inicia y que trata de cobrar forma en confusos y brillantes colores; y sin embargo, en estos momentos querríamos levantar un monumento a lo que ya hemos vivido y recuperar en la sensación el tiempo perdido para actuar, y ¿dónde encontrar un lugar más sagrado para ello que en el corazón de nuestros padres, que son el más benévolo de los jueces, el copartícipe más íntimo, el sol del amor cuyo

fuego calienta el centro más recóndito de nuestras aspiraciones? ¿Cómo podrían encontrar reparación y perdón más completos las muchas cosas poco gratas o censurables en que se haya podido incurrir sino viéndolas como las manifestaciones de un estado de cosas necesario y esencial? ¿Dónde encontrar, por lo menos, un camino mejor para sustraer a los reproches de un corazón irritado al juego, no pocas veces hostil, del azar, de los extravíos del espíritu?

Por eso, si ahora, al final de un año pasado aquí, echo la vista atrás para evocar lo que he hecho durante este año, contestando así, queridísimo padre, a tu muy amada carta desde Ems, debes permitirme que me pare un poco a contemplar cómo veo yo la vida, como expresión de un afán espiritual que cobra forma en todas las direcciones, en la ciencia, el arte y los asuntos privados.

Cuando os dejé, se había abierto para mí un mundo nuevo, el mundo del amor, que era en sus comienzos un mundo embriagado de nostalgias y un amor sin esperanza. Incluso el viaje a Berlín, que siempre me había encantado y exaltado incitándome a la intuición de la naturaleza e inflamando mi goce de la vida, me dejó esta vez frío y hasta visiblemente disgustado, pues las rocas que veía no eran más sombrías ni más abruptas que los sentimientos de mi alma; las animadas ciudades no pulsaban con tanta fuerza como mi misma sangre, ni las mesas de las hosterías aparecían tan recargadas de manjares más indigeribles aún que los de mi fantasía. Y el arte, por último, no igualaba en belleza a mi Jenny ni de lejos.

Al llegar a Berlín, rompí todas las relaciones que hasta entonces había cultivado y me dediqué con desgana a visitar lugares raros, tratando de sumergirme en la ciencia y en el arte.

Dado el estado de mi espíritu en aquellos días, tenía que ser la poesía lírica necesariamente el primer recurso al que acudiera o, por lo menos, el

más agradable y el más inmediato, mas como correspondía a mi situación y a toda mi evolución anterior, puramente idealista. Mi cielo y mi arte eran un más allá tan inasequible como mi propio amor. Todo lo real se esfuma y los contornos borrosos no encuentran límite alguno; ataques a la realidad presente, sentimientos que palpitan a todo lo ancho y de un modo informe, nada natural, todo construido como en la luna, lo diametralmente opuesto a cuanto existe y a cuanto debiera ser; reflexiones retóricas en vez de pensamientos poéticos, pero tal vez también cierto calor sentimental y la pugna por alcanzar cierto brío: he ahí todo lo que yo creo que se contiene en los primeros tres volúmenes de poemas que he enviado a Jenny. Toda la profundidad insondable de un anhelo que no atalaya fronteras late aquí bajo diversas formas, haciendo de la «poesía» un mundo sin horizontes ni confines.

Claro está que la poesía no podía ser para mí más que un acompañamiento, pues tenía que estudiar jurisprudencia y sentía, ante todo, la necesidad de ocuparme de la filosofía. Y combiné ambas cosas, leyendo en parte a Heinecke, Thibaut y las fuentes sin el menor espíritu crítico, simplemente como un escolar; por ejemplo, traduciendo al alemán los dos primeros libros de las *Pandectas* y tratando, al mismo tiempo, de construir una filosofía del derecho que abarcara todo el campo jurídico. Bosquejé como introducción unas cuantas tesis metafísicas e hice extensivo este desventurado *opus* al derecho público; en total, un trabajo de cerca de trescientos pliegos.

Se manifestaba aquí, de un modo muy perturbador, la misma contradicción entre la realidad y el deber ser característica del idealismo y que sería la madre de la siguiente clasificación, desmañada y falsa. En la base estaba algo que yo muy benévolamente llamaba «la metafísica del derecho», es decir, principios, reflexiones, definiciones de conceptos al

margen de todo derecho real y de toda forma real del derecho, como vemos en Fichte, solo que en mí de un modo más moderno y más carente de contenido. En mi estudio todo adoptaba la forma acientífica del dogmatismo matemático, en el que el espíritu ronda en torno a la cosa razonando aquí y allá, sin que la cosa se encargue de desplegarse ella misma como algo rico y vivo, sino presentándose de antemano como un obstáculo para comprender la verdad. El triángulo deja que el matemático lo construya y lo demuestre como una mera representación dentro del espacio, sin llegar a desarrollarse bajo otras formas, pues para que adquiera estas hay que relacionarlo con otras cosas. Entonces vemos cómo da distintos resultados como resultado de lo ya expuesto y asume diferentes relaciones y verdades. Pero en la expresión concreta del mundo de pensamientos vivos que son el derecho, el Estado, la naturaleza, toda la filosofía, es necesario detenerse a escuchar atentamente al objeto mismo en su desarrollo, sin empeñarse en insertar en él clasificaciones arbitrarias, sino dejando que su razón inherente siga su curso contradictorio y encuentre en sí misma su propia unidad.

Venía luego como segunda parte la filosofía del derecho, es decir, según mi concepción de entonces, el modo de considerar el desarrollo del pensamiento a través del derecho positivo romano, como si el derecho positivo, en su desarrollo especulativo (no me refiero a sus normas puramente finitas) pudiera abarcar, sin embargo, la primera parte.

Además, yo había dividido esta primera parte en la teoría del derecho formal y material, la primera de las cuales trataba de describir la forma pura del sistema en su desarrollo y en su concatenación, mientras que la segunda se proponía exponer, por el contrario, el contenido, la condensación en este de la forma. Un error que yo comparto con el señor Von Savigny, como más tarde he descubierto en su erudita obra sobre la posesión, aunque con la

diferencia de que él llama «definición formal del concepto» a «encontrar el lugar que ocupa y la teoría que representa en el sistema romano (ficticio)», y «definición material» a «la teoría de lo positivo que los romanos atribuyen al concepto así fijado», mientras que yo llamo «forma» a la arquitectura necesaria de las estructuraciones del concepto y de la materia, y «contenido» a la cualidad necesaria de estas. El error estaba en que yo creía que lo uno podía y debía desarrollar parte de lo otro, lo que me llevaba a obtener no una forma real, sino una especie de mesa de escritorio con cajones, en los que luego espolvorease la salvadera.

El nexo de unión entre la forma y el contenido es, propiamente, el concepto. Por eso en un desarrollo filosófico del derecho lo uno tiene que brotar de lo otro: más aún, la forma no puede ser más que el desarrollo del contenido.

[…]

A raíz de esto, me dediqué en exclusiva a estudios positivos, estudié la *Posesión* de Savigny, el *Derecho penal* de Feuerbach y Grolman, el *De verborum significatione* de Cramer, el *Sistema de Pandectas* de Wenning-Ingenheim y la *Doctrina pandectarum* de Mühlenbruch, en que todavía ando metido, y por último, algunos títulos de Lauterbach, del proceso civil y, sobre todo, del derecho eclesiástico, habiendo llegado a leer y extractar casi totalmente la primera parte del *Corpus*, la *Concordia discordantium canonum* de Graciano, así como también, las *Instituciones* de Lancelotti del apéndice. Luego traduje una parte de la *Retórica* de Aristóteles, leí el *De augmentis scientiarum* del famoso Bacon de Verulam, me ocupé mucho de Reimarus, en cuyo libro *Sobre los instintos superiores de los animales* penetré con gran deleite; me dediqué también al derecho germánico, fundamentalmente a la parte relacionada con las capitulares de los reyes francos y las bulas de los papas. Disgustado por la enfermedad de Jenny y

por mis trabajos fallidos y malogrados sobre asuntos espirituales, consumido por la rabia de tener que convertir en ídolo una concepción que odiaba, caí enfermo, como ya en otra carta anterior te comunicaba, queridísimo padre. Una vez recobrada la salud, quemé todas mis poesías y esbozos de relatos literarios, etcétera, en la esperanza de que de aquí en adelante podré mantenerme apartado de estas cosas, sin que hasta ahora haya prueba alguna en contrario.

Durante mi enfermedad estudié de cabo a rabo a Hegel y a la mayoría de sus discípulos. A través de algunos amigos con quienes me reuní en Stralow, di con un club de doctores, entre ellos algunos profesores de la universidad y el más íntimo de mis amigos berlineses, el doctor Rutenberg. En las discusiones allí sostenidas se fueron revelando algunas concepciones polémicas, y me fui sintiendo cada vez más encadenado a la actual filosofía del mundo de la que había creído poder sustraerme, pero todo lo ruidoso había enmudecido y me sentía asaltado por una verdadera furia irónica al ver cómo podían suceder tantas cosas que antes había negado. Vino luego el silencio de Jenny y ya no pude descansar hasta convencerme, con algunas malas producciones de la modernidad, como *La visita*, y las posturas sobre la concepción actual de la ciencia.

Si acaso no te he explicado claramente lo que he hecho en este último semestre ni he entrado en todos los detalles, te ruego, querido padre, que me perdones, y lo achaques a mi ansia de hablar del presente.

El señor Von Chamisso me ha enviado una nota perfectamente trivial en que me comunica que «lamenta que el *Almanaque* no pueda publicar mis colaboraciones, pues hace mucho que está impreso». Casi me lo he comido de rabia. El librero Wigand ha enviado mi plan al doctor Schmidt, editor de la casa Wunder, firma comercial que trata con buenos quesos y mala literatura. Te adjunto su carta; la persona en cuestión aún no ha contestado.

Sin embargo, no renuncio del todo a este plan, sobre todo teniendo en cuenta que todas las celebridades estéticas de la escuela hegeliana, por mediación del docente Bauer, muy destacado entre ellas, y mi coadjutor, el doctor Rutenberg, han prometido cooperar.

Por lo que se refiere, querido padre, a la carrera en ciencias camerales, he conocido hace poco a un asesor llamado Schmidthänner, quien me ha aconsejado que me pase a ella después de aprobar el tercer examen en ciencias jurídicas, lo que me agradaría más, puesto que realmente prefiero la jurisprudencia a la administración. Este señor me ha dicho que él mismo y muchos otros procedentes del Tribunal Territorial Superior de Münster, en Westfalia, han logrado llegar a asesor en tres años, lo que no es difícil, trabajando mucho por supuesto, ya que allí las etapas no están tan fijamente delimitadas como en Berlín y en otras partes. Y si más tarde se logra ser ascendido de asesor a doctor, es mucho más fácil la posibilidad de pasar enseguida a profesor extraordinario, como logró, por ejemplo en Bonn, H. Gärtner, que ha escrito una obra bastante mediocre sobre los códigos provinciales y del que, por lo demás, solo se sabe aquí que se profesa partidario de la escuela jurídica hegeliana. Pero tal vez, mi queridísimo padre, el mejor de los padres, pudiera yo tratar esto personalmente contigo. El estado de Edgar, los padecimientos de mi querida mamá y tu enfermedad, aunque confío en que no se trate de nada grave, me llevan a desear y a considerar casi necesario volar hacia vosotros. Y ya estaría ahí si no tuviera fundadas dudas acerca de que me des tu conformidad […]

KARL

Perdóname, querido padre, la letra casi ilegible y el pobre estilo de esta carta. Son ya casi las cuatro de la mañana, la vela se ha consumido y los

ojos me arden. Se ha apoderado de mí una inquietud total, y no me sentiré de nuevo tranquilo hasta que no me vea de nuevo en vuestra amada presencia.

Te ruego que hagas llegar mis cariñosos saludos a mi dulce, incomparable Jenny. Doce veces he leído ya su carta, y a cada lectura descubro en ella nuevos encantos. Es, en todos los sentidos, incluso en cuanto al estilo, la carta más hermosa que mujer alguna pudiera escribir.

Carta al padre (1837)

SOBRE LA NECESIDAD Y EL «ACASO»

Consideremos, por último, la forma de reflexión que expresa la relación del pensamiento y el ser, el nexo entre ambos. En la relación que el filósofo establece entre el mundo y el pensamiento se limita a objetivar la conducta de su conciencia particular ante el mundo real.

Pues bien, Demócrito emplea como forma de reflexión de la realidad la necesidad. Todo lo reduce a necesidad, dice de él Aristóteles. Diógenes Laercio afirma que el torbellino de los átomos, del que nace todo, es la necesidad democriteana. Más satisfactoria es la explicación que da acerca de esto el autor de la obra *De placitis philosophorum* cuando dice que la necesidad es, según Demócrito, el destino y la ley y la providencia y la creadora del universo. Pero que la sustancia de esta necesidad reside en la antitipia y en el movimiento y el impulso de la materia. Un pasaje semejante a este lo encontramos en las *Églogas físicas* de Estobeo y en el libro sexto de la *Praeparatio evangelica* de Eusebio. En las *Églogas éticas* de Estobeo se conserva la siguiente sentencia de Demócrito, repetida casi literalmente en el libro catorce de Eusebio: «Los hombres se imaginan ficticiamente la imagen aparente del acaso, que no es sino la manifestación de su propia perplejidad, pues un pensamiento vigoroso sabe luchar con lo contingente». Y también un pasaje en que Aristóteles habla de la doctrina antigua en que se suprimía el azar atribuida por Simplicio a Demócrito.

Por el contrario, Epicuro: «La necesidad, que algunos presentan como señora absoluta, no existe, sino que unas cosas son fortuitas y otras

dependen de nuestra voluntad. La necesidad no admite persuasión y el acaso, por el contrario, es inconstante. Más valdría seguir el mito acerca de los dioses que ser esclavos del "destino" de los físicos. Pues si aquel permite esperar en la misericordia de los dioses a los que se ha honrado, esta es la necesidad inexorable. Pero lo que hay que admitir es el acaso y no Dios, como cree el vulgo. Es una desgracia vivir en la necesidad, pero no es una necesidad vivir en ella. Los caminos hacia la libertad se abren por doquier, y son muchos, cortos y fáciles. Agradezcamos, pues, a Dios el que a nadie se le pueda atar a la vida. Está permitido domeñar a la misma necesidad».

Algo parecido dice en Cicerón el epicúreo Veleyo, refiriéndose a la filosofía estoica: «¿Qué debemos pensar de una filosofía para la que, como para las viejas e ignorantes comadres, todo parece suceder gracias a la fatalidad? […] Epicuro nos ha redimido y puesto en libertad».

Epicuro niega, así, incluso el juicio disyuntivo, para no verse obligado a reconocer ninguna clase de necesidad.

[…]

Vemos así cómo estos dos hombres se enfrentan, paso a paso. El uno es escéptico, el otro dogmático; el uno considera el mundo sensible como una apariencia subjetiva, el otro como un fenómeno objetivo. Quien considera el mundo sensible como una apariencia subjetiva se atiene a la ciencia empírica de la naturaleza y a los conocimientos positivos y representa la inquietud de la observación experimental, que aprende siempre y no se cansa de indagar. El otro, el que concibe el mundo fenoménico como real, desprecia lo empírico; se personifica en él la quietud del pensamiento satisfecho en sí mismo, la independencia del que extrae su saber *ex principio interno*. Pero la contradicción va todavía más allá. El escéptico y empírico, que considera la naturaleza sensible como una apariencia

subjetiva, la contempla desde el punto de vista de la necesidad y trata de captar, explicar la existencia real de las cosas. Por el contrario, el filósofo y dogmático, que tiene el fenómeno por real, solo ve por doquier el acaso y su tipo de explicación tiende más bien a superar toda realidad objetiva en la naturaleza. Parece como si estos antagonismos encerraran un contrasentido.

Diferencia entre la filosofía democriteana y epicúrea de la naturaleza (1841)

Sobre el amor

Se nos dice que el deseo del ser es el amor más antiguo; claro está que el más abstracto y, por tanto, el más antiguo de los amores es el amor hacia uno mismo, el amor por el ser particular de cada uno. Pero como esto era ya demasiado conceder, se retiró lo dicho, tratando de envolverlo en un brillo ennoblecedor mediante la apariencia de los sentimientos. Y así, si alguien pierde a la esposa y a los hijos, prefiere creerlos en alguna parte, donde sea, por muy mal que les vaya, a saber que han dejado de existir. Si se tratase simplemente de amor, no cabe duda de que en ninguna parte podían guardarse con mayor pureza la esposa y los hijos de un individuo que en el corazón de este, lo que les daría un ser mucho más alto que el de la existencia empírica. Pero las cosas son de otro modo. La esposa y los hijos solo existen empíricamente en cuanto existe empíricamente el individuo mismo de que se trata. Por tanto, decir que prefiere creerlos viviendo dentro del espacio sensible, por muy mal que les vaya, a saber que no existen, solo significa que el individuo quiere tener la conciencia de su propia existencia empírica. El manto del amor no es más que una sombra; el meollo del asunto es el yo empírico desnudo, el amor hacia sí mismo, el más antiguo de los amores, que no se ha rejuvenecido bajo ninguna forma más concreta ni más ideal. Suena más agradable, nos dice Plutarco, el nombre del cambio que el de la cesación total. Pero el cambio no debe ser cualitativo, debe permanecer el yo individual en su ser individual, y el nombre, por tanto, es simplemente la representación sensible de lo que es y debe significar todo

lo contrario. Se trata, por tanto, de una ficción mentirosa. No se trata de hacer cambiar la cosa, sino de situarla en un lugar oscuro; el interponer una fantástica lejanía pretende ser el salto cualitativo, y toda diferencia cualitativa es un salto, y sin este salto ninguna idealidad debe encubrirlo.

Diferencia entre la filosofía democriteana y epicúrea de la naturaleza (1841)

Speculum I

Respecto a su conducta, ha de tenerse en cuenta que fue sentenciado a un día de prisión por embriaguez y por causar disturbios por la noche; sobre relaciones morales y económicas no conocemos nada más que pueda desacreditarlo. Con posterioridad, fue hecha una queja en su contra acusándole de llevar armas prohibidas en Colonia. La investigación sigue en curso.

No es sospechoso de tomar parte en organizaciones estudiantiles ilegales.

Para atestiguar la veracidad de todo ello, este registro ha sido preparado bajo el sello de la Universidad y firmado por el actual rector y los actuales decanos de las facultades de Derecho y Filosofía por propia mano.

Bonn, 22 de agosto de 1836.

Acta de los estudios realizados por Marx
en la Universidad de Bonn (1836)

¿A QUIÉN PERTENECE LA VERDAD?

Pero volvamos al texto de la instrucción:

> Con arreglo a esta ley —se refiere a su artículo II—, «la censura no debe entorpecer la seria y modesta investigación de la verdad, imponer a los escritores una coacción indebida ni poner trabas a la libre circulación en el comercio librero».

La investigación de la verdad, que la censura no debe entorpecer, se califica, como se ve, precisándola de seria y modesta. Los dos criterios se refieren no tanto al contenido mismo de la indagación como a circunstancias exteriores a ella. Se desvían desde el primer momento de la investigación misma de la verdad para dirigir la atención contra un tercero desconocido. ¿Acaso no perderá de vista la verdad una indagación que dirige la mirada constantemente hacia este tercero a quien la ley dota de una justa irritabilidad? ¿Y no es deber primordial del investigador de la verdad lanzarse directamente a la búsqueda de esta, sin mirar a derecha o izquierda? ¿No me olvidaré de decir lo que hay que decir cuando se me obliga a no olvidar, menos aún, que debo decirlo en la forma prescrita?

La verdad es tan poco modesta como la luz, y ¿contra quién habría de serlo? ¿Contra sí misma? *Verum index sui et falsi*.[20] Es decir, ¿contra la mentira?

Si la modestia es lo que caracteriza a la investigación, esto distinguirá más bien al miedo a la verdad que al miedo a la mentira. Será un freno en

cada paso adelante. Será el temor impuesto a la investigación para que no se llegue al resultado, es decir, un medio para preservarse de la verdad.

Además, la verdad es general, no me pertenece a mí, sino que pertenece a todos; me tiene a mí y no la tengo yo a ella. Lo mío es la forma, a lo que yo imprimo mi individualidad espiritual. *Le style c'est l'homme*. ¡Y cómo! La ley me permite escribir, pero me ordena hacerlo en un estilo que no es el mío. Puedo mostrar la faz de mi espíritu, mas envolviéndola previamente en los pliegues que se me ordenan. ¿Qué hombre honrado no se sonrojará ante esta exigencia y preferirá esconder la cabeza en la toga? Por lo menos bajo esta puede ocultarse la cabeza de Júpiter. Pero los pliegues que se nos ordenan no significan más que una cosa: *bonne mine à mauvais jeu*.[21]

Admiráis la encantadora variedad y la riqueza inagotable de la naturaleza. No exigís que la rosa tenga el mismo perfume que la violeta, pero queréis que lo más rico de todo, que es el espíritu, solo exista de un modo. Soy un humorista, pero la ley ordena que se escriba de un modo serio. Soy un atrevido, pero la ley prescribe que mi estilo sea recatado. Gris sobre gris: he ahí el único color lícito de la libertad. Cada gota de rocío en que se refleja el sol brilla en un juego inagotable de colores, ¡y queréis que el sol del espíritu, al refractarse en incontables individuos e innumerables objetos, se manifieste en un solo color, en el color oficial! La forma esencial del espíritu es la alegría, la luz, ¡y queréis hacer de la sombra su modo adecuado de expresarse, queréis que solo ande vestido de negro, como si hubiera una sola flor negra! La esencia del espíritu es la verdad siempre igual a sí misma, y ¿en qué tratáis de convertir su esencia? En la modestia. Solo el harapo es modesto, dice Goethe, y ¿en ese harapo queréis vosotros convertir el espíritu? Pero si la modestia a que os referís es aquella modestia del genio de que habla Schiller, lo primero que tenéis que hacer es convertir en genios a todos los ciudadanos de vuestro Estado, empezando por

vuestros censores. Además, la modestia del genio no consiste en lo que consiste el lenguaje de la cultura, en no tener acento ni hablar en dialecto, sino en tener el acento de la cosa misma y en hablar en el dialecto de su esencia. Consiste en olvidarse de la modestia y la inmodestia para desentrañar el fondo de la cosa. La modestia general del espíritu es la razón, aquella liberalidad universal que sabe comportarse ante cualquier naturaleza con arreglo a su carácter esencial.

En cuanto a la seriedad, si no ha de encajar en aquella definición de Tristram Shandy según la cual es un comportamiento hipócrita del cuerpo para encubrir los defectos del alma, sino significar una seriedad real, vuelve del revés todo el precepto. Para tratar seriamente lo ridículo hay que tratarlo ridículamente, y la más seria inmodestia del espíritu consiste en ser modesto ante la inmodestia.

¡Serio y modesto! ¡Qué conceptos tan fluctuantes y tan relativos!

¿Dónde termina la modestia y comienza el orgullo? Debemos atenernos al temperamento del censor. Y tan falso sería prescribir al censor un temperamento como querer imponer al escritor un estilo. Si queréis ser consecuentes en vuestra crítica estética, debéis prohibir también investigar la verdad demasiado seriamente y demasiado modestamente, pues la excesiva seriedad es lo más ridículo de todo y la excesiva modestia la más amarga de las ironías.

Observaciones sobre la reciente instrucción
prusiana acerca de la censura (1842)

El tribunal de la sospecha

Modestia y seriedad en la investigación son exigencias que la nueva instrucción comparte con el Edicto sobre la censura, pero no se contenta con el decoro de la redacción, como tampoco con la veracidad del contenido. Su criterio fundamental es la tendencia; más aún, es esta la idea permanente que lo informa, mientras que en el edicto no encontramos ni siquiera la palabra «tendencia». Y tampoco la instrucción nos dice en qué consiste la tendencia aunque esta es importantísima para ella, como lo demuestra la cita siguiente:

> Es premisa inexcusable para ello que la tendencia de las manifestaciones hechas en contra de las medidas del Gobierno no sea hostil y maligna, sino bien intencionada, y el censor deberá exigir la buena voluntad y la penetración, y saber distinguir dónde se dan la una y la otra. En relación con esto, los censores deberán fijarse especialmente en la forma y el tono del lenguaje empleados en los escritos, no autorizando su impresión en los casos en que la pasión, la violencia y la arrogancia hagan aparecer su tendencia como dañina.

El escritor queda sometido así al más espantoso de los terrorismos, al tribunal de la sospecha. Las leyes tendenciosas, en las que no se contienen normas objetivas, son leyes terroristas, como las que las exigencias del Estado produjeron bajo Robespierre y las que la corrupción del Estado produjo bajo los emperadores romanos. Leyes que toman como criterio fundamental no los actos como tales sino la intención de quien los realiza son, sencillamente, la sanción positiva de la arbitrariedad. Es preferible que se ordene, como hizo aquel zar de Rusia, que los cosacos oficiales corten la

barba a todos que no erigir en criterio para cortar la barba la intención con que se deja crecer esta.

Solo en la medida en que me manifiesto, en que entro en la esfera de lo real, entro en la esfera del legislador. Mi persona no existe en absoluto para la ley, no es en absoluto objeto de esta, fuera de mis actos. Estos son lo único por donde la ley puede agarrarme, pues son lo único para lo que yo exijo el derecho a existir, el derecho de la realidad; lo único, por tanto, en lo que quedo sometido al derecho real. Pero las leyes tendenciosas no castigan solamente lo que hago, sino lo que, fuera de mis actos, pienso. Son, por consiguiente, un insulto al honor del ciudadano, leyes vejatorias contra mi existencia.

Póngame como me ponga, no se trata de los hechos. Mi existencia resulta sospechosa, mi naturaleza más íntima, mi individualidad, se considera mala y se me castiga por esta opinión. La ley no me sanciona por los actos ilícitos que cometo, sino por los que no cometo. Se me castiga, en rigor, porque mi conducta no es contraria a la ley, ya que solamente así obligo al clemente y bien intencionado juez a atenerse a mis perversas intenciones, tan cautelosas que no se manifiestan a la luz del día.

Las leyes basadas en las intenciones no son leyes del Estado dictadas para los ciudadanos, sino leyes de un partido en contra de otro. Las leyes tendenciosas suprimen la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Son leyes que escinden, en vez de unir, y todas las leyes basadas en la escisión son leyes reaccionarias. No son leyes, sino privilegios. Unos pueden hacer lo que a los otros les está vedado, pero no porque estos carezcan de una determinada cualidad objetiva, como por ejemplo los menores de edad, para poder celebrar contratos, sino porque se sospecha de sus opiniones, de sus intenciones.

[…]

La verdadera cura radical de la censura sería su supresión, pues se trata de una institución mala, y las instituciones tienen mayor fuerza que los individuos. Pero sea acertado o equivocado nuestro punto de vista, lo que sí puede afirmarse es que los escritores prusianos nada salen ganando con la nueva instrucción ni en cuanto a progreso real ni en cuanto a progreso ideal, a conciencia.

Rara temporum felicitas, ubi quae velis sentire
et quae sentias dicere licet.[22]

Observaciones sobre la reciente instrucción
prusiana acerca de la censura (1842)

Ley y censura

Una ley sobre la censura es algo imposible, porque no pretende castigar delitos sino opiniones, porque no puede ser otra cosa que un mero acto del censor, porque ningún Estado tiene la valentía de proclamar en forma de leyes generales lo que de hecho puede prohibir por medio del órgano de la censura. A eso se debe también el que el ejercicio de la censura no se encomiende a los tribunales, sino a la Policía.

Aun suponiendo que la censura fuese de hecho lo mismo que la justicia, en primer lugar, esto sería un hecho sin ser una necesidad. Y en segundo lugar, la libertad no consiste solo en lo que se viva sino en cómo se viva; no solo en hacer lo que es libre, sino también en hacerlo libremente. De otro modo, no habría entre el castor y el arquitecto más diferencia sino que el castor es un arquitecto con piel de castor y el arquitecto un castor sin ella.

Sobre la libertad de prensa (1842)

Los escritores y la libertad

Podríamos también invertir los términos y decir que la libertad industrial constituye una especie de la libertad de prensa. En la industria no se trabaja solo con las manos y los pies sino también con la cabeza. ¿Acaso el lenguaje de la palabra es el único en que habla el pensamiento? ¿Acaso el mecánico no habla un lenguaje muy claro para mi oído en la máquina de vapor, el fabricante de camas un lenguaje muy inteligible para mi espalda, y no se hace el cocinero entender muy bien por mi estómago? ¿No resulta contradictorio que estén permitidos todos estos tipos de libertad de prensa y que solo se halle vedado el que habla a mi espíritu por medio de la tinta de imprenta?

Para defender, e incluso para comprender, la libertad en una esfera debo concebirla en su carácter esencial y no en su aspecto externo. Pues bien, ¿puedo afirmar que sea fiel a su carácter, que se ajuste a la nobleza de su naturaleza, que sea libre la prensa que se rebaja a convertirse en una industria? Claro está que el escritor tiene que ganar algo para poder subsistir y escribir, pero ello no quiere decir, en modo alguno, que deba subsistir y escribir con la finalidad de ganar algo.

En los versos de Béranger

Je ne vis que pour faire des chansons.
Si vous m'ôtez ma place, Monseigneur,
je ferai des chansons pour vivre.[23]

se contiene una amenaza puramente irónica, y el poeta, capitulando, se sale de su esfera cuando convierte su poesía en un medio.

El escritor no considera en modo alguno como un medio los escritos salidos de su pluma. Son por el contrario fines en sí, y distan tanto de ser simples medios para él mismo o para otros que su autor, cuando es necesario que lo haga, sacrifica su existencia a la de sus escritos, y de manera distinta a como lo hace el predicador al elevar su religión a principio: «Obedecer más a Dios que a los hombres», entre los cuales está incluido también él, con sus necesidades y apetencias. En cambio, ningún sastre a quien encargara un frac francés se me presentaría con una toga romana, por considerar esta prenda más adecuada a las eternas leyes de la belleza.

La primera libertad de la prensa consiste, precisamente, en no ser una industria. El escritor que la degrade para convertirla después en medio material merece como pena de esta carencia de libertad interior la exterior, que es la censura; mejor dicho, ya su sola existencia es su pena.

Cierto que la prensa existe también como industria, pero como tal industria no es asunto de los escritores, sino de los impresores y los libreros.

Sobre la libertad de prensa (1842)

Las ideas comunistas

La *Rheinische Zeitung*, que ni siquiera puede reconocer o considerar posible su realidad teórica a las ideas comunistas bajo su forma actual, y menos aún desear su realización práctica, se propone someter estas ideas a una crítica a fondo. Y si su homónima de Augsburgo fuese capaz de exigir y de ofrecer algo más que frases manidas, se percataría de que obras como las de Leroux, Considerant y, sobre todo, el agudo libro de Proudhon no pueden criticarse dejándose llevar por las ocurrencias superficiales del momento, sino tras un largo y profundo estudio. […]

Tenemos el firme convencimiento de que no es en el intento práctico, sino en el desarrollo teórico de las ideas comunistas donde está el verdadero peligro, pues a los intentos prácticos, aunque sean intentos en masa, cuando se consideren peligrosos se puede contestar con cañones, pero las ideas que se adueñan de nuestra mente, que conquistan nuestra convicción y en las que el intelecto forja nuestra conciencia son cadenas a las que no es posible sustraerse sin desgarrarse el corazón; son demonios sobre los que el hombre solo puede triunfar entregándose a ellos. Pero probablemente la *Allgemeine Augsbürger Zeitung* no ha llegado a conocer nunca esa angustia de la conciencia provocada por la rebelión de los deseos subjetivos del hombre contra las convicciones objetivas de su propio intelecto, por la sencilla razón de que no tiene ni intelecto propio, ni convicciones propias, ni tampoco una conciencia propia.

El comunismo y la «Allgemeine Augsbürger Zeitung» (1842)

El avasallamiento, «derecho animal»

Por las llamadas «costumbres de los privilegiados» se entienden las costumbres contra el derecho. Su nacimiento data del periodo en que la historia de la humanidad formaba parte de la historia natural y en que, como lo acredita la leyenda egipcia, todos los dioses se revestían de una envoltura zoomorfa. La humanidad aparece entonces dividida en determinadas especies zoológicas, unidas no por la igualdad sino por la desigualdad, una desigualdad fijada por las leyes. Y una realidad universal basada en la desigualdad reclama derechos desiguales, pues mientras que el derecho humano es la existencia de la libertad, este derecho animal es la existencia del avasallamiento.

El feudalismo, entendido en su sentido más amplio, es el reino del espíritu animal, el mundo de la humanidad separada en oposición al mundo de la humanidad que se diferencia, cuya desigualdad no es otra cosa que la refracción de los colores de la igualdad. Por eso en los países donde perdura el feudalismo ingenuo, en los países regidos por un sistema de castas, donde la humanidad está, en el sentido literal de la palabra, compartimentada, y donde los miembros nobles, armoniosamente articulados, del gran santo, el san Humanus, se hallan cercenados, hechos pedazos, violentamente arrancados, encontramos la adoración del animal, la religión animal bajo su forma original, pues para el hombre su verdadera esencia es siempre el ser supremo. Pues la única igualdad que en la vida de los animales se manifiesta es la igualdad entre un animal y los de su misma especie, la

igualdad de esta especie consigo misma, pero no la igualdad del género animal. El género animal de por sí se manifiesta únicamente en el comportamiento hostil entre unas y otras especies animales, que hacen valer las unas frente a las otras sus cualidades específicas y diferenciales. La naturaleza ha dispuesto en el estómago de la bestia de presa el lugar de reunión, la forja de la más íntima fusión, el órgano de unión de las diversas especies animales. Del mismo modo, bajo el feudalismo una raza devora a la otra hasta llegar a la que, como un pólipo, brota de la tierra misma y no posee otra cosa que la muchedumbre de sus brazos para arrancar con ellos los frutos del suelo y ofrecérselos a las otras, mientras ella come polvo, pues si en el reino animal de la naturaleza las abejas matan a los zánganos, en el mundo espiritual son los zánganos los que matan a las abejas, y las matan precisamente por medio del trabajo. Y cuando los privilegiados apelan a la ley, a su derecho consuetudinario, invocan con ello, en vez del contenido humano, la forma animal del derecho privado.

Debate sobre la ley que castiga
los robos de leña (1842)

La ley y el interés particular

La propuesta de la Comisión a la que acabamos de referirnos y el voto aprobatorio de la Dieta son la flor de todo el debate, pues aquí se muestra ante la conciencia de la propia Dieta la colisión entre el interés de los propietarios de bosques y los principios del derecho, principios sancionados por nuestra misma ley. Lo que la Dieta ha votado es si los principios jurídicos deben sacrificarse al interés de los propietarios de bosques o, a la inversa, el interés de estos a los principios jurídicos, y en la votación el interés ha triunfado sobre el derecho. Y ni siquiera se oculta que toda la ley es una excepción a la ley, de donde se concluye que tiene su cabida en ella todo precepto excepcional.

Limitémonos a sacar de esto las consecuencias omitidas por el legislador. Dondequiera que el legislador ha olvidado que se trata de una excepción a la ley, y no de una ley, interviene con seguro tacto la labor de nuestra Dieta, corrigiendo y completando, y hace que el interés privado dé al derecho leyes allí donde el derecho daba leyes al interés privado.

La Dieta, por tanto, ha cumplido plenamente con su misión. Ha defendido, y para eso fue creada, un determinado interés especial considerándolo como un fin en sí. Y si para ello ha tenido que pisotear el derecho, eso no es más que la simple consecuencia de su misión, ya que el interés es por su misma naturaleza ciego, desmedido, unilateral; en una palabra, un instinto natural ajeno a toda ley, y mal puede dar leyes lo que no las tiene. El interés privado no adquiere la capacidad de legislar por el

hecho de sentarse en el trono del legislador, como no adquiere la capacidad de hablar el mudo porque se le ponga en la mano un tubo acústico de enorme longitud.

Hemos seguido de mala gana este aburrido debate carente de todo ingenio porque considerábamos nuestro deber demostrar a la luz de un ejemplo lo que puede esperarse de una asamblea de estamentos representante de intereses particulares a la que se encomienda la misión de legislar.

Repetimos que nuestra Dieta ha cumplido con el cometido que tenía asignado, pero ello no quiere decir, ni mucho menos, que la justifiquemos. El renano debiera triunfar en ella sobre los estamentos, el hombre debiera imponerse al propietario de bosques. A la Dieta no le está encomendado por la ley solo el interés particular sino el de la colectividad y, siendo estos intereses incompatibles entre sí, cuando choquen y se excluyan no debería dudarse ni un solo momento en sacrificar la defensa del interés individual a la del interés colectivo. El sentido del derecho y de la ley es el más importante provincialismo de la población renana. Resulta innecesario decir que el interés particular no conoce patria ni conoce provincia; todo espíritu le es ajeno, el general y el regional. En abierta contraposición a lo que afirman los escritores puramente imaginativos, que pretenden descubrir un romanticismo ideal, una profundidad de espíritu inagotable y la fuente perenne de las formas individuales y peculiares de la moral en la representación de los intereses particulares, lo que ocurre es que estos destruyen en realidad todas las diferencias naturales y espirituales, suplantándolas por la abstracción inmoral, carente de inteligencia y de espíritu, de una determinada materia y de una determinada conciencia, elevada servilmente al trono.

La madera es madera lo mismo en Siberia que en Francia; los propietarios de bosques son propietarios de bosques lo mismo en Kamchatka que en la provincia del Rin. Cuando, por tanto, la madera y sus propietarios, por el mero hecho de serlo, dan leyes, estas leyes solo se distinguirán unas de otras por el lugar geográfico y el idioma de su redacción. Este vil materialismo, este pecado que se comete contra el espíritu santo de los pueblos y de la humanidad es consecuencia directa de la doctrina que la *Gaceta prusiana del Estado* predica al legislador cuando le dice que al legislar sobre la leña solo debe pensar en la leña y en los bosques, sin tratar de resolver este problema material específico políticamente, es decir, poniéndolo en relación con la razón y la moral de Estado en general.

Los indígenas cubanos veían en el oro el fetiche de los españoles. Celebraron una fiesta en su honor, le entonaron canciones y después lo arrojaron al mar. Si hubieran asistido a estas sesiones de la Dieta renana, aquellos salvajes habrían visto en la leña el fetiche de los renanos. Pero en otras sesiones de la misma Dieta habrían aprendido que el fetichismo lleva consigo el culto al animal y habrían arrojado al mar a las liebres para salvar a los hombres.

Debate sobre la ley que castiga
los robos de leña (1842)

Speculum II

Te gustará conocer al hombre que es también uno de nuestros amigos en la actualidad, aunque viva en Bonn, donde está a punto de convertirse en profesor no numerario. […] Es un fenómeno que me ha causado gran impresión, a pesar de que yo me ocupe del mismo campo. Has de prepararte para conocer al filósofo vivo más grande, quizás el único. Muy pronto, cuando haga su debut en público (como escritor y como académico), captará la atención de toda Alemania. Tanto en su línea de pensamiento como en su formación filosófica, no solo ha ido más allá que Strauss sino que Feuerbach, ¡lo que no es poco decir! Si pudiera estar en Bonn cuando comiencen sus clases de Lógica, sería su alumno más atento.

El doctor Marx —este es el nombre de mi ídolo— es todavía muy joven (unos veinticuatro años como mucho); quien ha dado el golpe de gracia a la religión y a la política medieval combina la seriedad filosófica más profunda con el ingenio más agudo. Imagina a Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine y Hegel fundidos en una sola persona —he dicho fundidos, no mezclados— y tendrás al doctor Marx.

Moses Hess a Berthold Auerbach sobre
Karl Marx(1841)

II

EL MATERIALISMO HISTÓRICO COMO PUNTO DE PARTIDA

El hombre está difícilmente solo.

PAUL VALÉRY

Cartas cruzadas

Marx a Ruge

A bordo de la barcaza para D., marzo de 1843

Me encuentro de viaje en Holanda. A juzgar por los periódicos holandeses y franceses, Alemania se está convirtiendo en el hazmerreír de todos y lo va a ser aún más. Le aseguro que, por muy poco orgullo nacional que se tenga, la vergüenza nacional se siente hasta en Holanda. Incluso el último holandés es un ciudadano comparado con el primero de los alemanes. ¡Y qué juicios los de los extranjeros sobre el Gobierno prusiano! La unanimidad es espantosa, nadie se hace ya ilusiones sobre este sistema y su simple carácter. De modo que la nueva escuela ha valido al fin para algo. El manto de gala liberal ha caído al suelo y el despotismo más repugnante se halla expuesto en toda su desnudez ante los ojos del mundo.

También esto es una revelación, si bien inversa. Es una verdad que al menos nos confronta con la vaciedad de nuestro patriotismo y la monstruosidad de nuestro régimen político y nos enseña a cubrirnos la cara por vergüenza. Usted me va a preguntar con una sonrisa: y ¿qué hemos ganado con esto? Para una revolución no basta con la vergüenza. Yo le respondo: la vergüenza es ya una revolución, es realmente la victoria de la Revolución Francesa sobre el patriotismo alemán que la venció en 1813. La vergüenza es una forma de ira, ira contenida. Y si una nación entera se

avergonzara realmente, sería como un león replegándose para saltar. Le reconozco que en Alemania ni siquiera hay vergüenza; al contrario, estos miserables son aún patriotas. Pero ¿qué otro sistema iba a poder arrancarles el patriotismo del cuerpo de no ser el ridículo patriotismo del nuevo caballero? Para este la comedia del despotismo, que representa con nosotros, es tan peligrosa como lo fue en su tiempo la tragedia para los Estuardo y Borbón. E incluso si durante mucho tiempo no se viese lo que es esta comedia, en cualquier caso sería ya una revolución. El Estado es una cosa demasiado seria como para que se pueda hacer de él una arlequinada. Quizá se pudiera llevar un buen rato a la deriva un barco de locos, pero no escaparía a su destino precisamente porque los locos no lo creerían. Ese destino es la revolución, que se encuentra a nuestras puertas.

MARX A RUGE

Colonia, mayo de 1843

Su carta, mi querido amigo, es una buena elegía, un treno que corta la respiración; pero no tiene absolutamente nada de político. Nunca desespera un pueblo, y aunque su espera se basase por mucho tiempo en la pura estupidez, al fin llegará tras muchos años el día en que una súbita inteligencia haga realidad todos sus piadosos deseos.

A pesar de todo, me ha contagiado usted. Su tema no se halla aún agotado; voy a tratar de añadirle el último movimiento y, una vez terminado, tiéndame la mano para volver a empezar ambos de nuevo. Dejad que los muertos entierren y lloren a sus muertos. Sin embargo, es envidiable

ser los primeros que gusten en la Tierra la nueva vida. Que esta sea nuestra suerte.

Es cierto, el mundo viejo pertenece al filisteo. Pero no debemos retroceder asustados ante este espantapájaros. Al contrario, tenemos que mirarlo fijamente a los ojos. Vale la pena estudiar a este señor del mundo.

Claro que el señor del mundo solo es como los gusanos, que llenan un cadáver con su sociedad. La de estos señores no necesita, por tanto, más que una serie de esclavos, y tampoco los propietarios tienen por qué ser libres. Las tierras y la gente que poseen les dan el nombre de señores en sentido eminente pero no por eso son menos filisteos que sus hombres.

«Hombre» debería significar «ser racional»; «hombre libre» debería significar «republicano». Esos superburgueses no quieren ser ninguna de ambas cosas. ¿Qué pueden aún ser y querer?

Lo que quieren, vivir y multiplicarse (y según Goethe nadie alcanza a más), lo quieren también los animales. Lo único que a lo sumo añadiría aún un político alemán es que el hombre además sabe que lo quiere, y que el alemán es tan juicioso como para no querer ya nada más.

Habría que comenzar por volver a encender en el pecho de estos hombres la consciencia de sí, la libertad. Solo este sentimiento, desaparecido con los griegos y evaporado por el cristianismo en el azul del cielo, puede volver a convertir la sociedad en una comunidad de hombres con el más alto de los fines: un Estado democrático.

En cambio, los hombres que no se sienten tales se les multiplican a sus señores como una cría de esclavos o una yeguada. El linaje de los señores es el fin de toda esta sociedad. A ellos les pertenece este mundo, que toman como es y se siente. También a sí mismos se toman como son, quedándose plantados allí donde les crecieron los pies: sobre los pescuezos de estos

animales políticos, ignaros a toda otra condición que la de ser «sumisos, amables y dóciles».

El mundo filisteo es el mundo animal de la política. Y si tuviésemos que reconocer como legítima su existencia, no nos quedaría otro remedio que dar simplemente la razón al *statu quo*. Siglos de barbarie lo han producido y desarrollado hasta su estado actual como un sistema consecuente, cuyo principio es el mundo deshumanizado. Por consiguiente, el más perfecto de los mundos filisteos, nuestra Alemania, tenía evidentemente que hallarse muy retrasado con respecto a la Revolución Francesa, que reinstauró al hombre. Y un nuevo Aristóteles alemán que estuviese dispuesto a basarse en nuestra situación para escribir su *Política* tendría que encabezarla con la sentencia: «El hombre es un animal social, pero completamente apolítico». En cuanto al Estado, no podría explicarlo mejor que el señor Zöpfl, autor de *Derecho político constitucional en Alemania*. Según él, se trata de una «asociación de familias» que —seguimos nosotros— pertenece por herencia y título propio a una familia suprema, llamada «dinastía». Cuanto más prolíficas se muestren las familias tanto más feliz la gente, tanto mayor el Estado, tanto más poderosa la dinastía. De ahí también que en un despotismo corriente, como es el de Prusia, el séptimo hijo sea premiado con cien táleros imperiales.

Los alemanes son realistas tan sensatos que sus deseos y pensamientos más audaces nunca van más allá de la pura subsistencia. Esta realidad, y ninguna otra, es la que aceptan sus señores. También estos son realistas. Se encuentran muy lejos de todo lo que sea pensar y de toda grandeza humana oficiales corrientes y terratenientes. Pero no se equivocan, tal y como son tienen razón, se bastan por completo para explotar y dominar este mundo animal (dominación y explotación son un solo concepto aquí como en todas partes). Y cuando reciben el homenaje de sus súbditos o dejan vagar su

mirada sobre ese mar de cabezas sin cerebro, ¿qué se les va a ocurrir más que el pensamiento de Napoleón a la orilla del Berézina? Según se cuenta, exclamó ante su acompañante señalando el hervidero de los que se ahogaban: «Voyez ces crapauds!».[24] Esta noticia malintencionada seguramente es mentira, pero no por eso deja de ser verdad. El despotismo no tiene otro pensamiento que el desprecio del hombre, la deshumanización del hombre; un pensamiento que tiene sobre otras muchas la ventaja de ser a la vez un hecho. El déspota siempre ve a los hombres envilecidos, ahogándose por él y ante sus ojos en el fango de la vida vulgar, un fango en el que constantemente se reproducen como las ranas. Si esta idea se impone incluso a hombres capaces de grandes fines, como Napoleón antes de que le diese su locura dinástica, ¿cómo un rey vulgar y corriente iba a ser idealista en esta realidad?

La monarquía no tiene otro principio que el hombre deshumanizado y despreciable. Y Montesquieu está muy equivocado cuando hace del honor ese principio. Con su distinción entre monarquía, despotismo y tiranía sale del paso. Pero estos no son más que nombres de un concepto, a lo sumo una diversidad de costumbres bajo el mismo principio. Allí donde el principio monárquico se halla en mayoría, los hombres se encuentran en minoría; donde se halla por encima de toda duda, no hay hombres. ¿Por qué un hombre como el rey de Prusia —que no tiene por qué sentirse problemático — no va a seguir simplemente su capricho? ¿Y qué pasará si lo hace? ¿Planes contradictorios? Bueno, pues no se hace nada. ¿Impotencia de las diversas orientaciones? Así como así no hay otra realidad política. ¿El ridículo y los apuros? No hay más que un ridículo y un apuro: tener que descender del trono. Mientras el capricho se halle en su sitio, tendrá razón. Ya puede ser tan voluble, atolondrado, despreciable como quiera; siempre bastará para gobernar a un pueblo que nunca ha conocido otra ley que el

arbitrio de sus reyes. Esto no quiere decir que un sistema descabellado y el desprestigio dentro y fuera carezcan de consecuencias, no seré yo quien garantice el barco de los locos. Pero lo que sí aseguro es: el rey de Prusia será un hombre de su tiempo hasta que el mundo al revés deje de ser el mundo real.

Usted sabe que sigo de cerca la trayectoria de este hombre, Federico Guillermo IV. Ya entonces, cuando no disponía de otro órgano que el *Berliner Politisches Wochenblatt*, me di cuenta de su valor y naturaleza. El homenaje de pleitesía en Königsberg confirmó mi sospecha de que en él todo iba a ser un asunto puramente personal. Proclamó a su corazón y a su ánimo como la futura Constitución del patrimonio de Prusia, su Estado; y realmente en Prusia el rey es el sistema. Él es la única persona política. Su personalidad determina en cualquier caso el sistema. Lo que haga o le hagan hacer, lo que piense o lo que se dice que ha dicho, es lo que hace o piensa el Estado en Prusia. De modo que realmente es de agradecer que el actual rey lo haya declarado sin rodeos.

Solo en un punto estuvo equivocado cierto tiempo: en la importancia que se dio a los deseos y pensamientos que pudiera manifestar el rey. Estos no iban a cambiar en nada las cosas: el filisteo es el material de que está hecha la monarquía y el monarca no será nunca más que el rey de los filisteos. Mientras ambas partes sigan siendo lo que son, el rey no podrá convertirse ni a sí mismo ni a su gente en hombres libres, reales.

El rey de Prusia ha intentado transformar el sistema con una teoría que, a buen seguro, su padre, Federico Guillermo III, no contempló de esa forma. Es sabida la suerte que ha corrido el intento. El fracaso ha sido total. Muy lógico: una vez que se ha alcanzado el mundo animal de la política, se ha llegado al tope de la reacción y no hay otro avance posible que abandonar su base para pasar al mundo humano de la democracia.

El rey viejo no quería extravagancias. Era un filisteo y no pretendía ser tenido por una mente cultivada. Sabía que un Estado de lacayos y propiedad del rey solo necesita una existencia prosaica y tranquila. El rey joven era más vivo y despejado, concebía con mucha más grandeza la omnipotencia del monarca, limitado solo por su corazón y su entendimiento. Le asqueaba el Estado rancio y anquilosado de lacayos y siervos. Quería vivificarlo, impregnándolo hasta el fondo con sus deseos, sentimientos e ideas. Y él, en su Estado, podía exigirlo con solo que fuese factible. De ahí sus discursos y efusiones liberales. No la ley muerta, sino la plenitud y vida del corazón regio gobernaría a todos sus súbditos. Quería poner en movimiento todos los corazones y mentes para cumplir los deseos de su corazón y sus planes largo tiempo alimentados. El primer movimiento se produjo, pero los otros corazones no latieron como el suyo y los sojuzgados no podían abrir la boca sin hablar de la supresión de la vieja dominación. Los idealistas, esos desvergonzados que quieren hacer hombre al hombre, tomaron la palabra y, mientras que el rey fantaseaba en alemán antiguo, pensaron que podían filosofar en alemán moderno. Es cierto que esto fue algo inaudito para Prusia. Por un momento el viejo orden de cosas pareció disolverse por completo, más aún las cosas comenzaron a transformarse en hombres y, por más que en las Cortes esté prohibido mentar nombres, incluso hubo hombres renombrados. Pero esta era una agitación impropia de alemanes que los servidores del antiguo despotismo se encargaron pronto de sofocar.

[…]

Tal ha sido el fallido intento de acabar desde dentro con el Estado del filisteo. Lo que de él ha salido en limpio es la evidencia ante todo el mundo de que el despotismo necesita la brutalidad y le es imposible ser humano. Una situación brutal solo puede sostenerse a base de brutalidad. Y aquí pongo punto final a nuestra común tarea de examinar sin contemplaciones

al filisteo y su Estado. No me va a decir usted ahora que tengo el presente en demasiada estima; si a pesar de todo no desespero de él, es solo porque lo desesperado de su misma situación me llena de esperanza. No me estoy refiriendo en absoluto a la incapacidad de los señores ni a la indolencia de los servidores y súbditos, que dejan que todo vaya como a Dios le plazca, y sin embargo, la conjunción de estos dos aspectos bastaría para provocar una catástrofe. Solo quiero llamarle la atención sobre el hecho de que los enemigos del filisteísmo, en una palabra, todos los hombres que piensan y sufren, han llegado a un acuerdo para el que antes carecían absolutamente de medios, y que incluso el sistema pasivo de reproducción de los antiguos súbditos está alistando día a día a los reclutas que servirán a la nueva humanidad. Pero todavía más rápido que el aumento de la población, el sistema de trabajo y comercio, de propiedad y explotación de los hombres lleva a una ruptura de la sociedad actual que el antiguo sistema es incapaz de curar, porque de curar y producir no sabe nada, solo de existir y consumir. La existencia de la humanidad doliente que piensa y de la humanidad pensante oprimida no puede ser ni ingerida ni digerida por el mundo animal del filisteísmo, que solo consume pasiva e inconscientemente.

Por nuestra parte, tenemos que sacar a la luz del día todo lo que es el viejo mundo y configurar positivamente el nuevo. Cuanto más tiempo dejen los acontecimientos a la humanidad pensante para reflexionar y a la humanidad doliente para reunirse, tanto más perfecto saldrá a la luz el producto que el presente lleva en su seno.

MARX A RUGE

Kreuznach, septiembre de 1843

Me alegra verle decidido y con el pensamiento puesto en el futuro, en una nueva empresa, después de haber estado usted tan retrospectivo. De modo que en París, la vieja maestra de la filosofía —*absit omen!*—[25] y nueva capital del mundo nuevo. Lo que es necesario termina ocurriendo. Por tanto, no dudo de que se puedan remontar todas las dificultades por más que conozca su peso.

En cualquier caso, tenga o no tenga éxito la empresa, a finales del presente mes me hallaré en París; aquí hasta el aire que se respira hace de uno un siervo y en Alemania no veo ninguna posibilidad de una actividad libre.

En Alemania todo es reprimido por la fuerza, una verdadera anarquía del espíritu, el régimen de la idiotez misma ha irrumpido y Zúrich obedece las órdenes de Berlín. Por tanto, cada vez está más clara la necesidad de buscar un nuevo centro para las cabezas realmente pensantes e independientes. Estoy convencido de que nuestro plan responde a una demanda real, y las necesidades reales tienen que poder ser satisfechas. Así que no tengo ninguna duda de la empresa, siempre y cuando se emprenda en serio.

Las dificultades internas parecen casi mayores que las dificultades externas: sobre el «de dónde» no hay ninguna duda, pero la confusión sobre el «adónde» es grande. No solo se ha desencadenado una anarquía general entre los reformadores, sino que todos debemos confesarnos que carecemos de una idea precisa sobre lo que tiene que pasar. Por otra parte, en esto precisamente consiste la ventaja de la nueva tendencia: nosotros no anticipamos dogmáticamente el mundo sino que queremos encontrar el mundo nuevo a partir de la crítica del viejo. Hasta ahora los filósofos habían tenido lista en sus pupitres la solución a todos los enigmas, y el

estúpido mundo exotérico no tenía más que abrir su morro para que le volasen a la boca las palomas ya guisadas de la Ciencia absoluta. Ahora la filosofía se ha mundanizado. La demostración más evidente la da la misma conciencia filosófica, afectada por el tormento de la lucha no solo externa sino también internamente. No es cosa nuestra la construcción del futuro o de un resultado definitivo para todos los tiempos pero, en mi opinión, está muy claro lo que nos toca hacer hoy: criticar sin contemplaciones todo lo que existe, sin contemplaciones en el sentido de que la crítica no se asuste ni de sus consecuencias ni de entrar en conflicto con los poderes establecidos.

De ahí que no esté a favor de plantar una bandera dogmática; al contrario: tenemos que tratar de ayudar a los dogmáticos para que se den cuenta del sentido de sus tesis. Así en concreto, el comunismo es una abstracción dogmática (y no entiendo por comunismo cualquier comunismo imaginario y posible, sino el comunismo realmente existente, tal y como lo enseñan Cabet, Dézamy, Weitling, etcétera). Este comunismo no es en sí mismo más que una variante refinada del principio humanístico, infectada por su antítesis, la realidad privada. Por tanto, la supresión de la propiedad privada y el comunismo no son en modo alguno idénticos, y no ha sido casual sino necesario que hayan brotado otras doctrinas socialistas opuestas, como las de Fourier, Proudhon, etcétera. El mismo comunismo no es sino una forma particular, parcial, de realizar el principio socialista.

En cuanto al principio socialista en su totalidad, no es a su vez sino un aspecto referente a la realidad del verdadero ser humano. Por la misma razón tenemos que ocuparnos del otro aspecto, de la existencia teórica del hombre; es decir, tenemos que someter a nuestra crítica la religión, la ciencia, etcétera. Además queremos influir sobre nuestros contemporáneos, más precisamente sobre nuestros contemporáneos alemanes. La cuestión es

cómo hacerlo. Dos hechos son innegables: que la religión, por una parte, y la política, por la otra, son los objetos que más interesan hoy a los alemanes. Hay que enlazar con ellas tal y como son en vez de oponerles un sistema cualquiera como ha hecho, por ejemplo, Étienne Cabet en el *Voyage en Icarie*.

La razón ha existido siempre, pero no siempre en forma racional. De modo que el crítico puede empalmar con todas las formas de la conciencia teórica y práctica y desarrollar a partir de las propias formas de la realidad existente una verdadera realidad como su fin último e imperativo. Por lo que toca a la vida real, precisamente el Estado político —incluso allí donde todavía no cumple conscientemente las exigencias socialistas— encierra en todas sus formas modernas las exigencias de la razón. Y no se queda ahí. Supone en todo la razón como realizada. Pero también se contradice constantemente entre su definición ideal y sus presupuestos reales.

A partir de este conflicto del Estado político consigo mismo se puede desarrollar toda la verdad social. Lo mismo que la religión resume las luchas teóricas de la humanidad, el Estado político resume sus luchas prácticas. O sea que el Estado político expresa, dentro de los límites de su forma, *sub specie rei publicae*[26], todas las luchas, apetencias y verdades sociales. Por tanto, en modo alguno se halla por debajo de la *hauteur des principes*[27] que la crítica verse sobre las cuestiones políticas más especiales, como la diferencia entre el sistema estamental y el representativo. Lo que esta cuestión expresa, solo que políticamente, es la diferencia entre la preponderancia del hombre y la de la propiedad privada. Es decir, que el crítico no solo puede sino que debe abordar estas cuestiones políticas (cuestiones que en opinión de los socialistas radicales se hallan por debajo de toda dignidad). Al desarrollar la superioridad del sistema representativo sobre el estamental, el crítico interesa en la práctica a un gran

partido, el liberal. Al elevar el sistema representativo de su forma política a su forma general, haciendo valer su verdadero significado de fondo, obliga además a este partido a superarse a sí mismo, ya que su victoria significa a la vez su desaparición.

Nada nos impide por tanto ni basar nuestra crítica en la crítica de la política, en la toma política de partido, o sea en luchas reales, ni identificarla con ellas. De modo que no nos enfrentamos al mundo doctrinariamente con un principio nuevo: ¡aquí está la verdad! ¡De rodillas! Nosotros, partiendo de los principios del mundo, desarrollamos ante sus ojos nuevos principios. No le decimos: deja tu lucha, es solo una estupidez; nosotros tenemos la verdadera consigna de la lucha. Solo le mostramos por qué lucha de verdad: la conciencia es algo que tiene que asumir, por más que se resista.

La reforma de la conciencia consiste solo en hacer al mundo consciente de su propia consciencia, en conseguir que despierte de los sueños que tiene sobre sí mismo, en explicarle sus propias acciones. Nuestro objetivo se reduce a que los asuntos religiosos y políticos tomen la forma humana de la consciencia de sí mismos. Así lo ha hecho ya Feuerbach en su crítica de la religión.

Por tanto, nuestro lema será la reforma de la conciencia no mediante dogmas sino por análisis de la consciencia mística, confusa para sí misma, sea religiosa o política. Lo que se mostrará es que el mundo posee hace tiempo el sueño de algo que solo necesita ser consciente para ser poseído realmente. Lo que se mostrará es que no se trata de hacer cruz y raya con el pasado, sino de realizar sus pensamientos. Lo que se mostrará, al final, es que la Humanidad no está empezando un nuevo trabajo, sino acabando conscientemente su antiguo trabajo.

La tendencia de nuestra revista la podemos resumir por tanto así: que nuestro tiempo llegue a entenderse a sí mismo en sus luchas y deseos (filosofía crítica). Es un trabajo por el mundo y por nosotros y solo puede ser obra de una unión de fuerzas. Se trata de una confesión y nada más. Para que a la humanidad le sean perdonados sus pecados, le basta con llamarlos por su nombre.

Una correspondencia de 1843

La idea como sujeto

Lo importante es que Hegel convierte constantemente a la idea en sujeto, y al sujeto auténtico y real —por ejemplo, la convicción política— en el predicado, cuando en la realidad el desarrollo corresponde siempre al predicado.

Crítica de la filosofía del Estado de Hegel (1843)

El individuo como realidad estatal

Las actividades e instancias del Estado dependen de sus individuos (solo a través de ellos obra el Estado), pero no del individuo como realidad física sino estatal, en su condición política. Por eso es ridículo que Hegel las presente en una «vinculación extrínseca y accidental a la personalidad particular como tal». Esa vinculación es, por el contrario, sustancial; se basa en una cualidad esencial del individuo, las instancias y asuntos del Estado son su resultado natural. El absurdo proviene aquí de que Hegel los entiende como algo abstractamente independiente y contrapuesto a la individualidad particular, olvidando que esta es humana y los asuntos e instancias del Estado son funciones humanas. Hegel olvida que la esencia de la «personalidad particular» no consiste en su barba, su sangre o su abstracta natura, sino en su ser social, y que los asuntos del Estado, etcétera, no son sino formas en que existen y actúan las cualidades sociales del hombre. Por tanto, es evidente que los individuos, en cuanto representan los asuntos y poderes del Estado, son considerados desde el punto de vista social y no privado.

Crítica de la filosofía del Estado de Hegel (1843)

La democracia como esencia

Hegel parte del Estado y ve en el hombre al Estado hecho sujeto; la democracia parte del hombre y ve en el Estado al hombre objetivado. Del mismo modo en que la religión no crea al hombre sino el hombre la religión, no es la Constitución quien crea al pueblo sino el pueblo la Constitución. La relación de la democracia con todas las demás formas del Estado es semejante en cierto modo a la del cristianismo con todas las demás religiones. El cristianismo es la religión, la esencia de la religión, el hombre deificado como una religión especial. Del mismo modo, la democracia es la esencia de toda Constitución, el hombre socializado como una constitución especial. La relación de la democracia con los demás regímenes es la del género con sus especies, solo que aquí el género mismo aparece como existencia y por tanto, frente a las especies que no corresponden a la esencia, como especie particular. Todas las demás formas de Estado son el Antiguo Testamento de la democracia. En la democracia el hombre no existe para la ley, sino que la ley existe para el hombre, es la existencia del hombre; en cambio, en las demás formas de Estado el hombre es la existencia de la ley. Tal es el distintivo esencial de la democracia.

Crítica de la filosofía del Estado de Hegel (1843)

La burocracia

Las corporaciones son el materialismo de la burocracia y la burocracia es el espiritualismo de las corporaciones. La corporación es la burocracia de la sociedad burguesa; la burocracia es la corporación del Estado. Por tanto, en la realidad la burocracia se contrapone como la «sociedad burguesa del Estado» al «Estado de la sociedad burguesa», las corporaciones. Allí donde la burocracia es un principio nuevo, donde el interés general del Estado comienza a hacerse un interés *exclusivo*, y por tanto *real*, la burocracia lucha contra las corporaciones, como lucha toda consecuencia contra la existencia de sus presupuestos. Pero en cuanto la vida real del Estado se despierta y la sociedad burguesa, por el impulso de su propia razón, se libera de las corporaciones, la burocracia se esfuerza por restaurarlas. Y es que al caer el «Estado de la sociedad burguesa», cae la «sociedad burguesa del Estado». El espiritualismo desaparece junto con el materialismo que se le opone. La consecuencia lucha por la existencia de sus presupuestos, mientras que un nuevo principio se pone a luchar no contra esa existencia sino contra su principio. El mismo espíritu que crea la corporación en la sociedad crea la burocracia en el Estado. De modo que, en cuanto es atacado el espíritu de corporación, lo es el de la burocracia, y aunque esta combatió antes la existencia de las corporaciones para crearse un espacio vital, ahora intenta mantener a la fuerza la existencia de las corporaciones para salvar el espíritu de corporación, que es el suyo propio.

[…] La burocracia es un círculo del que nadie puede escapar. Su jerarquía es una jerarquía del saber. La cúspide confía a los círculos inferiores el conocimiento de lo singular, mientras que los círculos inferiores confían a la cúspide el conocimiento de lo general. Y así se engañan mutuamente.

La burocracia es el Estado imaginario añadido al Estado real, el espiritualismo del Estado. De ahí que todas las cosas tengan un significado doble —real y burocrático—, como el saber (y la voluntad) son dobles —reales y burocráticos—. Solo que lo real es tratado como burocrático de acuerdo con su esencia trascendente, espiritual. La burocracia posee en propiedad privada el ser del Estado, la esencia espiritual de la sociedad. El espíritu general de la burocracia es el secreto, el misterio guardado hacia dentro por la jerarquía, hacia fuera por la solidaridad corporativa. Así, mostrar el espíritu del Estado, incluso la convicción cívica, le parece a la burocracia una traición a su misterio. La autoridad es, por tanto, el principio de su saber, y la divinización de la autoridad, su convicción. Solo en el seno de la burocracia el espiritualismo se convierte en craso materialismo, en el materialismo de la obediencia pasiva, de la fe en la autoridad, del mecanismo de una acción formal fija, de principios, opiniones y costumbres inamovibles. En cuanto al burócrata particular, el fin del Estado se convierte en su fin privado, en la caza de puestos más altos, en hacer carrera.

Crítica de la filosofía del Estado de Hegel (1843)

Los exámenes

La identidad que Hegel ha construido entre sociedad burguesa y Estado es la identidad de dos ejércitos enemigos en los que cada soldado tiene la oportunidad de convertirse, por deserción, en miembro del ejército enemigo; y ciertamente tal es la descripción exacta de la actual situación empírica.

Lo mismo vale sobre su construcción de *los exámenes*. En un Estado racional los exámenes están pensados más para hacerse zapatero que funcionario del Ejecutivo. Y es que la zapatería es una habilidad sin la que se puede ser social y buen ciudadano, pero los «necesarios conocimientos políticos» son una condición sin la cual, aunque se esté en el Estado, se vive fuera de él, separado de sí mismo, en el vacío. El examen no es más que una fórmula masónica, el reconocimiento legal de que el saber político es un privilegio.

La unión del cargo público con el individuo, este vínculo objetivo entre el conocimiento de la sociedad burguesa y el del Estado, el examen, no es más que el bautizo burocrático del saber, el reconocimiento oficial de la transustanciación del saber profano en sagrado (naturalmente el examinador lo sabe siempre todo). Nunca se oyó que los gobernantes griegos o romanos hicieran exámenes. Claro que ¿cómo se va a comparar a un pobre gobernante con un funcionario prusiano?

Crítica de la filosofía del Estado de Hegel (1843)

La desigualdad de los iguales

Es un progreso histórico el que ha transformado los estamentos políticos en estamentos sociales. Así como los cristianos son iguales en el cielo y desiguales en la tierra, los individuos que componen un pueblo son ahora iguales en el cielo de su mundo político, desiguales en la existencia terrena de la sociedad. La transformación de los estamentos políticos en burgueses se realizó propiamente en el seno del absolutismo. La burocracia impuso la idea de la unidad contra los diversos estados dentro del Estado. Por otra parte, las diferencias sociales de los estamentos siguieron existiendo como diferencias políticas al margen de la burocracia del poder ejecutivo absoluto y dentro de ella misma. Solo la Revolución Francesa terminó la transformación de los estamentos políticos en sociales; dicho de otro modo, redujo las diferencias de estamento en la sociedad burguesa a diferencias sociales, pertinentes en la vida privada, y carentes de significación en la vida política. Con ello se consumó la separación entre la vida política y la sociedad burguesa.

Crítica de la filosofía del Estado de Hegel (1843)

EMANCIPARSE, ¿QUIÉN, DE QUIÉN Y DE QUÉ?

Los judíos alemanes pretenden su emancipación. ¿Qué emancipación? La emancipación ciudadana, política.

Bruno Bauer les responde: en Alemania nadie se halla emancipado políticamente. Ni siquiera nosotros somos libres. ¿Cómo os vamos a liberar a vosotros? Los judíos sois unos egoístas, exigiendo una emancipación especial en vuestra calidad de judíos. Como alemanes, tendríais que trabajar por la emancipación política de Alemania; como hombres, por la emancipación humana. Y la opresión y el desprecio que se os tiene en particular no deberíais sentirlos como excepción sino como confirmación de la regla.

¿O es que los judíos reclaman la igualdad de derechos con los súbditos cristianos? Entonces reconocen la legitimidad del Estado cristiano, entonces reconocen el régimen de subyugación general. ¿Por qué les desagrada entonces su yugo especial, una vez que les agrada el yugo general? ¿Por qué se tiene que interesar el alemán por la liberación de los judíos si el judío no se interesa por la liberación de los alemanes?

El Estado cristiano no conoce más que privilegios. En él, el judío posee el privilegio de ser judío. Como judío tiene derechos que no poseen los cristianos. ¿Por qué pretende entonces derechos que no tiene y los cristianos disfrutan?

Queriendo verse emancipado del Estado cristiano, el judío exige que el Estado cristiano abandone su prejuicio religioso. ¿Abandona él, el judío, su

prejuicio religioso? ¿Qué derecho tiene entonces a exigir de otro esa renuncia a la religión?

La misma esencia del Estado cristiano le impide mancipar al judío pero, sigue Bauer, la misma esencia del judío le impide ser emancipado. Mientras el cristiano siga siendo cristiano y el judío, judío, ambos serán igualmente tan incapaces de otorgar como de recibir la emancipación.

El Estado cristiano solo puede portarse con el judío como Estado cristiano que es: le privilegiará permitiéndole separarse de los otros súbditos pero, a la vez, le hará sentir la presión de los otros ámbitos separados, y tanto más sensiblemente cuanto el judío se halla en oposición religiosa a la religión dominante. Pero tampoco el judío puede ver el Estado más que judaicamente, es decir como a un extraño; a la nacionalidad real le opone su quimérica nacionalidad, a la ley real su ley ilusoria; considera justificado su exclusivismo frente a la humanidad, por principio no toma parte en el movimiento histórico, espera a un futuro que no tiene nada en común con el futuro general del hombre, se tiene por miembro del pueblo judío y a este por el pueblo elegido.

¿A título de qué aspiráis entonces los judíos a la emancipación? ¿Por vuestra religión? Es la enemiga a muerte de la religión del Estado. ¿En cuanto ciudadanos? No los hay en Alemania. ¿En cuanto hombres? Lo sois tan poco como esos a los que apeláis.

Después de someter a crítica las diversas posiciones y soluciones que ha habido en la cuestión judía, Bruno Bauer ha replanteado el asunto sobre una base nueva. ¿Cómo deben ser, pregunta, el judío por emancipar y el Estado cristiano emancipador? Su respuesta es una crítica de la religión judía, un análisis de la oposición religiosa entre judaísmo y cristianismo y el esclarecimiento de lo que es el Estado cristiano, todo ello con audacia,

rigor, talento, dedicación y un estilo tan preciso como enjundioso y enérgico.

¿Cómo resuelve Bauer la cuestión judía? ¿A qué resultados llega? La formulación de una pregunta es su solución. La crítica de la cuestión judía es su solución.

En resumen: para poder emancipar a otros, tenemos que comenzar por emanciparnos a nosotros mismos.

La cuestión judía (1843)

ILUSIONISMO POLÍTICO

El Estado suprime a su modo las diferencias de nacimiento, estamento, cultura, ocupación, declarándolas apolíticas, proclamando por igual a cada miembro del pueblo partícipe de la soberanía popular sin atender a esas diferencias, tratando todos los elementos de la vida real del pueblo desde el punto de vista del Estado. No obstante el Estado deja que la propiedad privada, la cultura, las ocupaciones actúen a su modo y hagan valer su ser específico. Muy lejos de suprimir estas diferencias de hecho, la existencia del Estado las presupone, necesita oponerse a estos elementos suyos para sentirse como Estado político e imponer su generalidad.

La cuestión judía (1843)

EL HOMBRE Y EL CIUDADANO

Les droits de l'homme, los derechos humanos, se distinguen como tales de *les droits du citoyen*, los derechos políticos. ¿Quién es ese *homme* distinto del *citoyen*? Ni más ni menos que el miembro de la sociedad burguesa. ¿Por qué se le llama «hombre», hombre a secas? ¿Por qué se llaman sus derechos «derechos humanos»? ¿Cómo explicar este hecho? Por la relación entre el Estado político y la sociedad burguesa, por lo que es la misma emancipación política.

Constatemos ante todo el hecho de que, a diferencia de *les droits du citoyen*, *les droits de l'homme* no son otra cosa que los derechos del miembro de la sociedad burguesa, es decir, del hombre egoísta, separado del hombre y de la comunidad. Claro que la Constitución más radical, la de 1793, dice:

> Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Artículo 2: Estos derechos […] [los derechos naturales e imprescriptibles] son: la igualdad, la libertad, la seguridad, la propiedad.

Pero ¿en qué consiste la libertad?

> Constitución de 1793. Artículo 6: La libertad es el poder que tiene el hombre de hacer todo lo que no perjudique los derechos de otro.
>
> O según la Declaración de los Derechos Humanos de 1791, «la libertad consiste en poder hacer todo lo que no perjudique a otro».

O sea que la libertad es el derecho de hacer y deshacer lo que no perjudique a otro. Los límites en los que cada uno puede moverse sin perjudicar a otro se hallan determinados por la ley, lo mismo que la linde entre dos campos por la cerca. Se trata de la libertad del hombre en cuanto mónada aislada y replegada en sí misma. ¿Por qué entonces, según Bauer, el judío es incapaz de recibir los derechos humanos?

> Mientras siga siendo judío, ese ser restringido que hace de él un judío podrá más que el ser humano, que debería vincularle como hombre con los hombres, y le separará de los que no son judíos.

Pero el derecho humano a la libertad no se basa en la vinculación entre los hombres sino, al contrario, en su aislamiento. Es el derecho a este aislamiento, el derecho a un individuo restringido, circunscrito a sí mismo.

La aplicación práctica del derecho humano de la libertad es el derecho humano de la propiedad privada.

¿En qué consiste el derecho humano a la propiedad privada?

> Constitución de 1793. Artículo 16: El derecho de propiedad es el que corresponde a todo ciudadano de disfrutar y disponer a su arbitrio de sus bienes, de sus ingresos, del fruto de su trabajo y de su industria.

Así pues, el derecho humano a la propiedad privada es el derecho a disfrutar y disponer de los propios bienes a su arbitrio (*à son gré*), prescindiendo de los otros hombres, con independencia de la sociedad; es el derecho al propio interés. Aquella libertad individual y esta aplicación suya son el fundamento de la sociedad burguesa. Lo que dentro de esta puede encontrar un hombre en otro hombre no es la realización sino, al contrario, la limitación de su libertad. Pero el derecho humano que esta proclama es,

ante todo, el «de disfrutar y disponer a su arbitrio de sus bienes, de sus ingresos, del fruto de su trabajo y de su industria».

Quedan aún los otros derechos humanos, la *égalité* y la *sûreté*.

La *égalité*, aquí en su significado apolítico, se reduce a la igualdad de la *liberté* que acabamos de describir; a saber: todos los hombres, en cuanto tales, son vistos por igual como mónadas independientes. De acuerdo con este significado, la Constitución de 1795 define el concepto de esta igualdad así:

> Constitución de 1795. Artículo 3: La igualdad consiste en que la ley es la misma para todos, sea protegiendo sea castigando.

¿Y la *sûreté*?

> Constitución de 1793. Artículo 8: La seguridad consiste en la protección acordada por la sociedad con cada uno de sus miembros para que conserve su persona, sus derechos y sus propiedades.

La seguridad es el supremo concepto social de la sociedad burguesa, el concepto del orden público: la razón de existir de toda la sociedad es garantizar a cada uno de sus miembros la conservación de su persona, de sus derechos y de su propiedad. En este sentido, Hegel llama a la sociedad burguesa «el Estado de la necesidad y del entendimiento discursivo» (*Elementos de la filosofía del Derecho*).

La idea de seguridad no saca a la sociedad burguesa de su egoísmo; al contrario, la seguridad es la garantía de su egoísmo.

Ninguno de los llamados derechos humanos va, por tanto, más allá del hombre egoísta, del hombre como miembro de la sociedad burguesa; es decir, del individuo replegado sobre sí mismo, su interés privado y su arbitrio privado y disociado de la comunidad. Lejos de concebir al hombre

como un ser a nivel de especie, los derechos humanos presentan la misma vida de la especie, la sociedad, como un marco externo a los individuos, como una restricción de su independencia originaria. El único vínculo que les mantiene unidos es la necesidad natural, apetencias e intereses privados, la conservación de su propiedad y de su persona egoísta.

La cuestión judía (1843)

EGOÍSMO Y EMANCIPACIÓN

En su disolución, la sociedad feudal había dejado al descubierto su fundamento: el hombre; pero, en realidad, este fundamento era el hombre egoísta.

Este hombre, el miembro de la sociedad burguesa, es pues la base, el presupuesto del Estado *político*. Tal base es la reconocida por el Estado político en los derechos humanos.

Pero la libertad del hombre egoísta y el reconocimiento de esta libertad es, a su vez, el reconocimiento del movimiento desenfrenado de los elementos espirituales y materiales que constituyen su contenido vital.

Así que el hombre no se liberó de la religión; obtuvo la libertad de religión. No se liberó de la propiedad, obtuvo la libertad de propiedad. No se liberó del egoísmo de los negocios, obtuvo la libertad en ellos.

Un solo acto constituye el Estado político y realiza, a la vez, la disolución de la sociedad burguesa en individuos independientes cuya relación es el derecho como lo era el privilegio entre los hombres de los estamentos y los gremios. Ahora bien, el hombre en cuanto miembro de la sociedad burguesa, el hombre apolítico, tiene que aparecer como el hombre natural. *Les droits de l'homme* se presentan como *droits naturels*, porque la actividad consciente de sí se concentra en el acto político. El hombre egoísta es el resultado pasivo, meramente dado por la disolución de la sociedad, objeto de la certeza inmediata y por tanto objeto natural. La revolución política disuelve la vida burguesa en sus partes integrantes sin

revolucionar ni someter a crítica esas mismas partes. Para la sociedad burguesa, el mundo de las necesidades, del trabajo, de los intereses privados, del derecho privado son la base en que se apoya, un último presupuesto y, por consiguiente, su base natural. Por último, el hombre en cuanto miembro de la sociedad burguesa pasa por el hombre propiamente dicho, *homme* a diferencia de *citoyen*, pues es el hombre en su existencia sensible, individual, inmediata; en cambio, el hombre político no es sino el hombre abstracto, artificial, el hombre como una persona alegórica, moral. El hombre real no es reconocido más que en la figura del individuo egoísta.

La cuestión judía (1843)

LA RELIGIÓN ES EL OPIO DEL PUEBLO

En Alemania la crítica de la religión se halla fundamentalmente terminada. Ahora bien, la crítica de la religión es el presupuesto de toda crítica.

La existencia profana del error se halla comprometida desde que ha quedado refutada su celestial *oratio pro aris et focis*.[28] Tras buscar un superhombre en la realidad fantástica del cielo, el hombre se ha encontrado solo con el reflejo de sí mismo y le ha perdido el gusto a no encontrar más que esta apariencia suya, el antihombre, cuando lo que busca y tiene que buscar es su verdadera realidad.

El fundamento de la crítica irreligiosa es: el hombre hace la religión, la religión no hace al hombre. Y ciertamente la religión es la conciencia de sí y de la propia dignidad, como las puede tener el hombre que todavía no se ha ganado a sí mismo, o bien ya se ha vuelto a perder. Pero el hombre no es un ser abstracto, agazapado fuera del mundo. El hombre es su propio mundo, Estado, sociedad; Estado y sociedad que producen la religión como conciencia tergiversada del mundo porque ellos son un mundo al revés. La religión es la teoría universal de este mundo, su compendio enciclopédico, su lógica popularizada, su pundonor espiritualista, su entusiasmo, su sanción moral, su complemento de solemnidad, la razón general que le consuela y justifica. Es la realización fantástica del ser humano, puesto que el ser humano carece de verdadera realidad. Por tanto, la lucha contra la religión es indirectamente una lucha contra ese mundo al que le da su aroma espiritual.

La miseria religiosa es a un tiempo expresión de la miseria real y protesta contra la miseria real. La religión es la queja de la criatura en pena, el sentimiento de un mundo sin corazón y el espíritu de un estado de cosas embrutecido. Es el opio del pueblo.

La superación de la religión como felicidad ilusoria del pueblo es la exigencia de que este sea realmente feliz. La exigencia de que el pueblo se deje de ilusiones es la exigencia de que abandone un estado de cosas que las necesita. La crítica de la religión es ya, por tanto e implícitamente, la crítica del valle de lágrimas santificado por la religión.

La crítica le ha quitado a la cadena sus imaginarias flores no para que el hombre la lleve sin fantasía ni consuelo, sino para que arroje la cadena y tome la verdadera flor. La crítica de la religión desengaña al hombre para que piense y actúe conforme a su realidad de hombre desengañado que entra en razón; para que gire en torno a sí mismo y por tanto en torno a su sol real. La religión no es más que el sol ilusorio, pues se mueve alrededor del hombre hasta que este se empiece a mover alrededor de sí mismo.

Es decir, que tras la superación del más allá de la verdad, la tarea de la historia es ahora establecer la verdad del más acá. Es a una filosofía al servicio de la historia a quien corresponde en primera línea la tarea de desenmascarar la enajenación de sí mismo en sus formas profanas después de que ha sido desenmascarada la figura santificada de la enajenación del hombre por sí mismo. La crítica del cielo se transforma así en crítica de la tierra; la crítica de la religión en crítica del derecho, la crítica de la teología en crítica de la política.

Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel (1843)

EL PROLETARIADO Y EL SECRETO DE SU PROPIA EXISTENCIA

Por lo demás, una dificultad fundamental parece oponerse en Alemania a una revolución radical.

En efecto, las revoluciones necesitan un elemento pasivo, una base material. Un pueblo solo convertirá la teoría en práctica cuando aquella represente la realización de sus necesidades. A la enorme discrepancia entre las exigencias del pensamiento alemán y las respuestas de la realidad alemana, ¿le corresponderá la misma discrepancia de la sociedad burguesa dentro de ella y con el Estado? ¿Se convertirán directamente en necesidades prácticas las necesidades en teoría? No basta con que el pensamiento apremie su realización; la realidad misma tiene que requerir el pensamiento.

Solo que Alemania no ha subido los escalones intermedios de la emancipación política a la vez que los pueblos modernos. Ni siquiera los escalones que ha superado teóricamente los ha alcanzado en la práctica. ¿Cómo va a superar con un salto mortal no solo sus propias barreras sino, a la vez, las de los pueblos vecinos? ¡Estas últimas ya tiene que sentirlas y desearlas en realidad como una liberación de los propios límites reales! Una revolución radical solo puede ser la revolución de necesidades radicales, cuyos presupuestos y fundamentos son, precisamente, lo que parece faltar.

[…]

¿Dónde reside pues la posibilidad positiva de emancipación alemana?

Respuesta: en la constitución de una clase con cadenas radicales, de una clase de la sociedad burguesa que no es una clase de la sociedad burguesa,

de un estamento que es la disolución de todos los estamentos, de un sector al que su sufrimiento universal le confiere carácter universal; que no reclama un derecho especial, ya que no es una injusticia especial la que padece sino la injusticia a secas; que ya no puede invocar ningún título histórico sino su título humano; que en vez de oponerse parcialmente a las consecuencias, se halla en completa oposición con todos los presupuestos del Estado alemán. Es un ámbito, por último, que no puede emanciparse sin emanciparse de todos los demás ámbitos de la sociedad, emancipando así a todos ellos. En una palabra, es la pérdida total del hombre y, por tanto, solo recuperándolo totalmente puede ganarse a sí misma. Esta disolución de la sociedad en la forma de un estamento especial es el proletariado.

El proletariado no comienza a formarse en Alemania hasta que sobreviene el proceso de industrialización. En efecto, aunque también la pobreza espontánea y la servidumbre cristiano-germánica van incorporándose poco a poco a las filas del proletariado, este no procede de la pobreza espontánea sino de la creada artificialmente; no es una masa humana oprimida mecánicamente por el peso de la sociedad, sino la masa que procede de la desintegración de la sociedad, especialmente de la clase media.

Cuando el proletariado proclama la disolución del orden actual del mundo no hace más que pronunciar el secreto de su propia existencia, ya que él es la disolución de hecho de este orden del mundo. Cuando el proletariado exige la negación de la propiedad privada, no hace más que elevar a principio de la sociedad lo que la sociedad ha elevado ya a principio del proletariado y se halla realizado en él sin intervención propia como resultado negativo de la sociedad. De modo que el proletario disfruta del mismo derecho sobre el mundo nuevo que tiene el rey alemán sobre el mundo constituido cuando llama al pueblo «su pueblo» lo mismo que llama

suyo a un caballo. Al declarar que el pueblo es su propiedad privada, el rey está diciendo simplemente que el propietario privado es rey.

Lo mismo que la filosofía encuentra en el proletariado sus armas materiales, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas intelectuales. Bastará con que el rayo del pensamiento prenda en este ingenuo suelo popular para que los alemanes, convertidos en hombres, realicen su emancipación.

Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel (1843)

EL CRÉDITO COMO JUICIO MORAL

El crédito es un juicio económico sobre la moralidad de una persona. El mediador del cambio en el crédito, en vez del metal o del papel, es el hombre mismo, pero no como hombre sino como la existencia personificada de un capital y sus intereses. Así pues, aunque el medio de cambio retorne y se transfiera de su forma material al hombre es a costa de colocar al hombre fuera de él mismo y de convertirlo en una forma material.

No se convierte al dinero en el hombre cancelándolo dentro de la relación de crédito, sino que, por el contrario, se convierte al hombre mismo en dinero o se incorpora al dinero en él. La individualidad humana, la moral humana se convierte así, por sí misma, en artículo comercial y en el material en que toma cuerpo el dinero. En vez de dinero, de papel, la materia, el cuerpo en que encarna el espíritu Dinero, es ahora mi propia existencia personal, mi carne y mi sangre, mi virtud y cotización social. El crédito cristaliza el valor del dinero no ya en dinero, sino en carne humana y en corazón humano. Por lo que todos los progresos e inconsecuencias que se dan dentro de un sistema falso constituyen el retroceso máximo y la máxima consecuencia de la infamia.

En el sistema de crédito, la naturaleza enajenada del hombre se manifiesta de dos modos bajo la experiencia del supremo reconocimiento de lo económico económico: la antítesis entre capitalista y obrero y entre gran y pequeño capitalista se acentúa aún más:

1) Porque solo se concede crédito a quien ya posee, convirtiéndolo en un nuevo rico sujeto a la posibilidad de la acumulación, y porque el pobre ve confirmada o negada toda su existencia por el capricho y el juicio fortuitos del rico que le obligan a depender totalmente de ese acaso.

2) Porque la máxima expresión de la representación mutua, de la hipocresía y la santurronería es hacer recaer sobre la persona carente de crédito, además del juicio puro y simple de que es pobre, el juicio desmoralizante de que carece de confianza, de que no es un hombre reconocido sino un paria, un hombre despreciable, y porque el hombre, viéndose todavía más degradado, encima sufre esta humillación y la de tener que postrarse ante el rico, suplicando que le conceda un crédito.

3) Porque toda esta existencia ideal del dinero hace que la falsificación de moneda no haga mella en un material cualquiera sino precisamente en la propia persona del hombre, obligándola a convertirse en moneda falsa, a obtener crédito fraudulentamente, por medio de la mentira, etcétera; haciendo de esta relación de crédito —tanto por parte de quien otorga confianza como del que necesita de ella— un objeto comercial, un objeto de fraude y abuso mutuos. Vuelve a revelarse aquí de un modo brillante la desconfianza como base de esta confianza económica; la duda recelosa de si se debe conceder crédito o no; el espionaje para descubrir los secretos de la vida privada y las interioridades de quien solicita crédito; la delación de apuros momentáneos para hundir a un competidor haciendo que se derrumbe súbitamente su crédito, etcétera. Todo el sistema de las bancarrotas, las empresas simuladas, etcétera. En el crédito público, el Estado ocupa exactamente la misma posición que más arriba ocupaba la persona. […] En el juego bursátil de los valores del Estado, se ve cómo este se convierte en juguete de los comerciantes, etcétera.

4) Finalmente, el sistema de crédito culmina en la banca. La creación de los banqueros, la hegemonía de la banca en el Estado, la concentración de la riqueza en sus manos, bajo el poder de este areópago de la nación, es el digno remate del sistema monetario. En el sistema de crédito, en la medida en que hace que el reconocimiento moral del hombre, la confianza hacia el Estado, etcétera, cobren la forma del crédito se pone al descubierto el secreto que reside en la mentira del reconocimiento moral, la infamia inmoral de esta moralidad, lo mismo que la santurronería y el egoísmo se revelan en aquella actitud ante el Estado y se muestran como lo que realmente son.

Nota de lectura del libro de James Mill
«Elements of political economy» (1844)

Extravíos de la crítica

Rue Vaneau, 38

Estos berlineses no se consideran hombres que critican, sino críticos que tienen, por añadidura, la desgracia de ser hombres. Solo reconocen, por tanto, una necesidad real, que es la necesidad de la crítica teorética. De ahí que por ejemplo reprochen a Proudhon tomar como punto de partida una «necesidad práctica». Ello hace que esta crítica se pierda, por consiguiente, en un triste y pretencioso espiritualismo. Para ella, la consciencia o autoconsciencia es la única cualidad humana. Por ejemplo, se niega el amor porque en él la amada es simplemente un «objeto». ¡Abajo el objeto! De ahí que esta crítica se considere como el único elemento activo de la historia. Frente a ella, toda la humanidad es simplemente masa, una masa inerte, que solo tiene valor en contraste con el espíritu. Y consecuentemente, considera como el mayor de los crímenes que el crítico tenga un temperamento y abrigue pasiones, pues debe ser un *σοφός*[29] irónicamente frío como el hielo.

De ahí que Bauer declare literalmente:

> El crítico no debe participar en los padecimientos ni en los goces de la sociedad; no debe conocer ni la amistad ni el amor, ni el odio o el recelo; debe levantar su trono en medio de la soledad, donde solo de vez en cuando escapa de sus labios la carcajada de los dioses olímpicos acerca de un mundo vuelto del revés.

Como se ve, el tono de la *Gaceta literaria* baueriana es el tono del desprecio pasional, tarea que le resulta tanto más fácil en cuanto lanza a la cabeza de los demás los resultados obtenidos por ella misma y por la época. Se limita a poner de manifiesto las contradicciones y, satisfecha con ello, se retira exclamando despectivamente: ¡hum! Dice que la crítica no da nada, pues es demasiado espiritual. Y hasta se atreve a expresar la esperanza de que «no está lejos el día en que toda la humanidad decadente se agrupará en torno a la crítica» —y la Crítica son él y compañía—; cuando ese día llegue, sondearán a esta masa en sus diversos grupos y extenderán a todos ellos el *testimonium paupertatis*.[30]

Parece como si Bauer se lanzara a la lucha para rivalizar con Cristo. Me propongo publicar un pequeño folleto contra estos extravíos de la crítica. Y sería de un valor inapreciable para mí el que previamente me hiciese usted conocer su opinión y, en general, me haría feliz si se dignase hacerme llegar pronto unas letras. Los artesanos alemanes que trabajan aquí, es decir, los comunistas, varios cientos de ellos, han escuchado este verano, dos veces a la semana, conferencias sobre su *Esencia del cristianismo* dadas por sus instructores secretos y se han mostrado notablemente sensibles a estas enseñanzas. El pequeño extracto de la carta de una dama alemana publicado en el folletón n.° 64 del *Vorwäts* ha sido tomado, sin conocimiento de la autora, de una carta de mi mujer, que se halla actualmente en Tréveris, visitando a su madre.

Con los mejores deseos en cuanto a su salud y bienestar, queda suyo

K. MARX

Carta a Ludwig Feuerbach, 11 de agosto de 1844

EL HUMOR DE LOS RICOS

La demanda de hombres regula necesariamente la producción de hombres, como la de cualquier otra mercancía. Si la oferta es mucho mayor que la demanda, entonces una parte de los trabajadores caerá en la mendicidad o morirá de hambre. De modo que la existencia del trabajador se halla reducida a las mismas condiciones que cualquier otra mercancía. El trabajador se ha convertido en una mercancía, y para él es una suerte poder encontrar a quien venderse. En cuanto a la demanda, de la que depende la vida del trabajador, depende a su vez del capricho de los ricos y capitalistas. Si el volumen de la oferta supera la demanda, entonces una de las partes que constituyen el precio —beneficio, renta, salario— será pagada por debajo; es decir, que una parte de estas aportaciones se queda sin aplicación en el precio, y así el precio de venta gravita alrededor de un punto medio, el precio natural. Pero 1) una vez alcanzado un alto nivel de división del trabajo, es el trabajador quien tropieza con más dificultades para cambiar la orientación de su trabajo; 2) él es el primer afectado, dada la subordinación capitalista.

Manuscritos de París, primer manuscrito (1844)

ENAJÉNAME, DIME QUE ME QUIERES

Hasta ahora solo hemos perseguido la enajenación, la extrañación del trabajador en un sentido: su relación con los productos de su trabajo. Pero la enajenación no se muestra solo en el resultado, sino en el acto de la producción, dentro de la misma actividad productiva. Si el trabajador no se enajenase en el mismo acto de producir, el producto de su actividad no se podría considerar como algo ajeno a él. ¿Qué es el producto sino el resumen de la actividad, de la producción? Por tanto, si el producto del trabajo es la extrañación, la producción misma tiene que ser la extrañación activa, la extrañación de la actividad, la actividad de la extrañación. La enajenación del objeto del trabajo es el resumen de la enajenación, la extrañación de la actividad misma del trabajo.

¿En qué consiste entonces la extrañación del trabajo?

1) El trabajo le es externo al trabajador; o sea, no pertenece a su ser. Por tanto, el trabajador no se afirma a sí mismo en su trabajo sino que se niega; no se siente bien sino a disgusto; no desarrolla una energía física e intelectual libre, sino que mortifica su cuerpo y arruina su mente. De ahí que el trabajador no se sienta suyo hasta que sale del trabajo, y en el trabajo se sienta enajenado. Cuando no trabaja, se siente en casa; y cuando trabaja, fuera. De ahí que su trabajo no sea voluntario sino forzado, trabajos forzados. Por lo tanto, el trabajo no le satisface una necesidad, sino que solo es un medio para satisfacer necesidades fuera del trabajo. Lo ajeno que le es se comprueba en toda su pureza en cuanto se deja de usar la coacción física

u otra; entonces, la gente escapa del trabajo como de la peste. El trabajo externo, el trabajo en que el hombre se extraña, es una especie de sacrificio, de mortificación. Lo externo que el trabajo le es al trabajador se ve, por último, en que no es suyo sino de otro, en que no le pertenece, en que durante el trabajo el obrero no se pertenece a sí mismo sino a otro. Lo mismo que en la religión, la actividad propia de la fantasía, el cerebro y el corazón humanos actúan sobre el individuo independientemente de él, o sea como una actividad extraña —divina o diabólica—, tampoco la actividad del trabajador es suya. Pertenece a otro, es la pérdida de sí mismo.

En consecuencia, el hombre (el trabajador) ya solo cree obrar libremente en sus funciones animales —comer, beber y procrear, añadiendo a lo sumo vivienda, aliño, etcétera—, mientras que en sus funciones humanas se siente como un mero animal. Lo bestial se convierte en lo humano y lo humano en lo bestial.

Cierto que comer, beber y procrear son también funciones auténticamente humanas. Pero la abstracción que las separa del ámbito de la restante actividad humana las convierte en fines únicos y absolutos, hace de ellas algo bestial.

El trabajo, acto con que se enajena la actividad humana práctica, lo hemos considerado de dos maneras: 1) La relación del trabajador con el producto de su trabajo como objeto ajeno que le domina. Esta relación es idéntica a la que hace del mundo exterior sensible, de los objetos naturales, un mundo ajeno y hostil. 2) Dentro del trabajo, la relación del trabajo con el acto de la producción. Esta relación es la que vincula al trabajador con su propia actividad como algo extraño, que no le pertenece a él; es la actividad como sufrimiento pasivo, la fuerza como impotencia, la procreación como castración, la propia energía física y mental del trabajador, su vida personal —¿y qué es la vida sino actividad?— como algo que se vuelve en su contra,

independiente de él, que no le pertenece. La enajenación de sí mismo, como antes la enajenación de la cosa.

Aún nos queda por deducir, de los dos puntos anteriores, una tercera característica del trabajo enajenado.

El hombre es un ser a nivel de especie no solo porque convierte en su objeto práctico y teórico su propia especie y las otras, sino —dicho de otro modo— también porque se toma a sí mismo como a la especie presente, viva, porque se comporta consigo mismo como con un ser *universal* y, por tanto, libre.

La vida de la especie, humana o animal, consiste físicamente y en primera instancia en que el hombre (lo mismo que el animal) vive de la naturaleza inorgánica, y cuanto más universal es el hombre comparado con el animal, tanto más universal es el ámbito de la naturaleza inorgánica que le sustenta. Plantas, animales, piedras, aire, luz, etcétera, forman parte de la conciencia humana en la teoría, sea como objetos de las ciencias naturales sea como objetos del arte; ellos componen su naturaleza espiritual inorgánica, alimentos mentales que primero el hombre debe aderezar antes de consumirlos y digerirlos. De este modo, también forman parte de un modo práctico de la vida y la acción humanas. Desde el punto de vista físico, el hombre vive exclusivamente de estos productos naturales, aunque sea en forma de alimentos, calefacción, vestimenta, habitación, etcétera. Precisamente, la universalidad del hombre se revela en la universalidad que hace de toda la naturaleza su cuerpo inorgánico: 1) como medio directo de subsistencia; 2) como la materia, el objeto y el instrumento de su actividad vital. La naturaleza es el cuerpo inorgánico del hombre; o sea, la naturaleza en cuanto ya no es cuerpo humano. Decir que el hombre vive de la naturaleza es lo mismo que decir la naturaleza es su cuerpo, con el que tiene que mantenerse en un proceso constante, si no quiere morir. La conexión de

la vida física y psíquica del hombre con la naturaleza no quiere decir otra cosa que la conexión de la naturaleza consigo misma, ya que el hombre es parte de ella.

Desde el momento en que el trabajo enajenado enajena al hombre 1) de la naturaleza, 2) de sí mismo, de su propia función activa, de la actividad con que vive, enajena al hombre de la especie, convierte la vida de la especie en un medio para la vida individual. Primero, deja sin vida de especie a la vida individual y, segundo, hace de esta última en su abstracción el fin de la primera, que también se halla de forma abstracta y enajenada.

En efecto, el trabajo, la actividad con que vive, la misma vida productiva se le presenta al hombre, en primer lugar, como mero medio para satisfacer una necesidad, la de conservar la existencia física. Pero la vida productiva es la vida de la especie, es vida que genera vida. El tipo de acción con que vive una especie encierra todo su carácter, la caracteriza específicamente; y la actividad libre y consciente es la característica de la especie humana. La vida misma se presenta simplemente como medio para vivir.

El animal se halla en identidad absoluta con su actividad vital, no se diferencia de ella, es ella. El hombre convierte la misma actividad con que vive en objeto de su voluntad y de su conciencia; dispone de una actividad vital consciente. No se trata de una cualidad con la que coincide de inmediato. La actividad con que vive es consciente a diferencia inmediata de la de los animales, ya solo por eso vive a nivel de especie. Dicho de otra forma, es simplemente un ser consciente, o sea que su propia vida es su objeto, precisamente porque es un ser a nivel de especie. Solo por eso su actividad es libre. El trabajo enajenado invierte la relación, de tal manera que el hombre como ser consciente convierte la actividad con que vive, su esencia, en mero medio para su existencia.

La producción práctica de un mundo objetivo, la elaboración de la naturaleza inorgánica es la confirmación del hombre como ser específico consciente, es decir, como un ser que ve en la especie su propio ser y en sí, la especie. Es cierto que también el animal produce; hace su nido o construye viviendas, como abejas, castores, hormigas, etcétera. Solo que no produce más que lo directamente necesario para sí o para su prole; produce en una sola dirección, mientras que el hombre produce universalmente; el animal produce solo bajo el imperio de la inmediata necesidad física, mientras que el hombre lo hace incluso sin ella, y hasta que se ha liberado de la necesidad física, no comienza a producir de verdad. El animal no se produce más que a sí mismo mientras que el hombre reproduce la naturaleza entera; el producto del animal pertenece directamente a su cuerpo físico, mientras que el hombre es libre frente a su producto. El animal no conoce otra medida y necesidad que la de la especie a la que pertenece, mientras que el hombre sabe producir con la medida de cualquier especie y aplicar en cada caso un criterio inmanente al objeto. De ahí que el hombre modele también según las leyes de la belleza.

Por tanto, en la elaboración del mundo objetivo es donde el hombre demuestra que se halla de verdad a nivel de especie. Esta producción es su vida como especie trabajadora. En ella se revela la naturaleza como su obra y realidad. De ahí que el objeto del trabajo sea la objetivación de la vida de la especie humana, toda vez que el hombre se desdobla no solo intelectualmente, como en la conciencia, sino en el trabajo, en la realidad, y por tanto se contempla en un mundo producido por él mismo. De modo que el trabajo enajenado, arrebatándole al hombre el objeto de su producción, le priva de su vida de especie, de su objetividad real como especie y convierte su ventaja sobre el animal en su contrario: la pérdida de su cuerpo anorgánico, la naturaleza.

Del mismo modo el trabajo enajenado, al degradar a un medio la actividad propia y libre, convierte la vida de su especie para cada hombre en medio de su existencia física individual.

O sea, que la enajenación transforma la conciencia que el hombre tiene de su especie hasta el punto de que la vida como especie se convierte en medio.

Es decir, que el trabajo enajenado convierte:

1) La vida de la especie, tanto natural como psíquica, en algo que le es extraño al hombre, en un medio para su existencia individual. Al hombre le enajena su propio cuerpo, como la naturaleza fuera de él, como su psiquismo, su humanidad.

2) Una consecuencia inmediata de que el hombre haya enajenado el producto de su trabajo, la actividad con que vive, la vida de su especie, es la enajenación entre los hombres. Cuando el hombre se opone a sí mismo, se le opone también el otro hombre. Lo que vale de la relación del hombre con su trabajo, del producto de su trabajo consigo mismo, vale también de la relación del hombre con el otro hombre, con el trabajo de este y con el objeto de su trabajo.

Decir que el hombre se ha enajenado de su sustancia de especie es, fundamentalmente, afirmar que los hombres se hallan enajenados entre sí como lo está cada uno de ellos de su ser humano.

La enajenación, como toda relación del hombre consigo mismo, no se halla realizada hasta que se expresa en su relación con otro hombre.

Por tanto, en la situación del trabajo enajenado cada hombre ve al otro tal y como él mismo se ve en el trabajo.

Hemos partido de un hecho de la economía nacional, la enajenación del trabajador y de su producción. Hemos formulado el concepto de este hecho:

el trabajo enajenado, extrañado. Hemos analizado este concepto, es decir, que solamente hemos analizado un hecho de la economía nacional.

Veamos ahora cómo se tiene que formular y exponer, en la realidad, el concepto del trabajo enajenado, extrañado.

Si el producto de mi trabajo me es extraño, si se me opone como un poder ajeno, ¿a quién pertenece entonces?

A otro que a mí.

¿Quién es ese otro?

¿Los dioses? Ciertamente, en los primeros tiempos la producción principal, por ejemplo la construcción de templos, etcétera, en Egipto, India, México, parece hallarse al servicio de los dioses, igual que les pertenece el producto. Solo que los dioses jamás dispusieron por sí solos del trabajo. Tampoco la naturaleza. Y sería una contradicción mayúscula si el hombre, a medida que somete la naturaleza con su trabajo y los milagros de la industria hacen superfluos los de los dioses, renunciase por consideración a estas instancias a la satisfacción de producir y al disfrute de su producto.

El ser ajeno al que pertenece el trabajo y su producto, a cuyo servicio se halla el trabajo y a cuyo disfrute se dirige el producto del trabajo, no puede ser otro que el hombre mismo.

Si el producto del trabajo en vez de pertenecer al trabajador se opone a este como una fuerza ajena, es que pertenece a *otro hombre*. Si el trabajo es un tormento para el trabajador, tiene que ser *satisfacción* y alegría de vivir para otro. Ni los dioses ni la naturaleza, solo el hombre puede ejercer este poder ajeno sobre el hombre.

Como decíamos antes, la situación en la que se encuentra el hombre frente a sí mismo no se convierte en objetiva, real, sino cuando está frente a otro hombre. Es decir, que si el producto de su trabajo, su trabajo objetivado, le resulta un objeto ajeno, hostil, poderoso, independiente de él,

es que se trata de un objeto dominado por otro hombre que le es ajeno, hostil, poderoso; independiente de ese objeto. Si se comporta con su propia actividad como con algo carente de libertad, es que esa actividad se halla al servicio, bajo la autoridad, la coacción y el yugo de otro hombre.

La enajenación de sí mismo y de la naturaleza se muestra siempre en el puesto que el hombre se da a sí mismo y a la naturaleza frente a otros hombres distintos de él. Por eso la enajenación religiosa de sí mismo se muestra, necesariamente, en la relación del laico con el sacerdote o también con un mediador, etcétera, ya que en este caso se trata del mundo intelectual. En el mundo práctico y real, la enajenación de sí mismo no puede mostrarse más que en la relación práctica y real con otros hombres. La enajenación se produce en la práctica. Es decir, que mediante el trabajo enajenado el hombre no solo establece su relación con el objeto y con el acto de la producción como poderes ajenos y hostiles, sino que establece también la relación en que se hallan otros hombres con su producción y su producto, y la relación en que él se halla con esos hombres. Del mismo modo en que realiza su propia producción para desrealización y castigo de sí mismo, que produce su obra para perderla, para que no le pertenezca; del mismo modo produce la dominación del que no produce sobre la producción y sobre el producto. Del mismo modo en que se enajena de su propia actividad, permite que el extraño se apropie de una actividad que no le pertenece.

Hasta ahora hemos visto la relación solo por parte del trabajador; más adelante la veremos también por parte del que no lo es.

O sea, que mediante el trabajo enajenado, extrañado, los trabajadores ponen en relación con ese trabajo a otros hombres que le son ajenos y no tienen nada que ver con él. La relación en que se halla el trabajador con el trabajo produce la del capitalista, o como se quiera llamar al empresario,

con el trabajo. De modo que la propiedad privada es el producto, resultado, consecuencia necesaria del trabajo extrañado, de la relación extrínseca en que se halla el trabajador con la naturaleza y consigo mismo.

La propiedad privada se deriva así, analíticamente, del concepto de trabajo extrañado, es decir, del hombre extrañado, del trabajo enajenado, de la vida enajenada, del hombre enajenado.

Por otra parte, el concepto del trabajo extrañado (de la vida extrañada) lo hemos hallado a partir de la economía política como resultado del movimiento de la propiedad privada. Pero el análisis de este concepto muestra que la propiedad privada, aunque aparece como fundamento y causa del trabajo extrañado, en realidad es una consecuencia de este del mismo modo en que originariamente los dioses no son causa sino efecto de la confusión del entendimiento humano. Más tarde esta relación pasa a ser interactiva.

Solo cuando la propiedad privada ha llegado a la cumbre definitiva de su desarrollo revela este secreto suyo: por una parte, es el producto del trabajo extrañado y, por otra, el medio con el que el trabajo se extraña, la realización de esa extrañación.

Este desarrollo explica varias colisiones hasta ahora sin resolver:

1) La economía nacional parte del trabajo como del alma verdadera de la producción, y sin embargo, en vez de al trabajo, se lo da todo a la propiedad privada. En esta contradicción Proudhon ha optado por el trabajo contra la propiedad privada. Pero ya vemos que esta contradicción no es sino la del trabajo enajenado consigo mismo y que la economía nacional no ha hecho más que expresar las leyes del trabajo enajenado.

Por eso también está claro que salario y propiedad privada son lo mismo. Y es que el salario —que paga el trabajo con su objeto mismo, con el producto— es simplemente una consecuencia necesaria de la enajenación

del trabajo, igual que en el trabajo asalariado este, en vez de mostrarse como fin propio, se halla al servicio del salario. Este punto lo desarrollaremos más adelante. Ahora limitémonos a sacar de él algunas consecuencias.

Un alza masiva del salario (prescindiendo de todas las demás dificultades, como que una anomalía solo puede ser mantenida forzadamente) no sería más que una mejor remuneración de los esclavos sin conquistar el nivel y la dignidad humanos tanto del trabajador como del trabajo.

Más aún, incluso la igualdad de los salarios exigida por Proudhon solo transforma la situación del actual trabajador frente a su trabajo en la de todos los hombres. La sociedad pasa a ser concebida como capitalista abstracto.

El salario es consecuencia directa del trabajo enajenado, y el trabajo enajenado es la causa directa de la propiedad privada. Por consiguiente, ambos, salario y propiedad privada, son solo aspectos distintos de una misma realidad y tienen que caer juntos.

2) De la relación del trabajo enajenado con la propiedad privada se deriva aún otra consecuencia: la emancipación de la sociedad frente a la propiedad privada, etcétera, frente a la servidumbre se expresa en la forma política de emancipación de los trabajadores, no porque se trate solo de esta emancipación, sino porque en ella se encierra la de toda la humanidad, y es que toda la esclavitud humana se halla implícita en la relación del trabajador con la producción y todas las formas de esclavitud no son sino modificaciones y consecuencias de esta relación.

Lo mismo que a partir del concepto de trabajo enajenado, extrañado, hemos llegado analíticamente al de la propiedad privada, podemos desarrollar con la ayuda de ambos factores todas las categorías de la

economía nacional, y en cada categoría —por ejemplo el usurero, la competencia, el capital, el dinero— no reencontraremos más que una expresión determinada y desarrollada de estos fundamentos iniciales.

Pero antes de considerar la producción de estas figuras, tratemos de resolver aún dos tareas:

1) Determinar en general lo que es la propiedad privada tal y como ha resultado del trabajo enajenado, y en qué relación se halla con una propiedad realmente humana y social.

2) Hemos tomado como un hecho la enajenación del trabajo, su extrañación, y hemos analizado este hecho. Pero ¿cómo llega el hombre a extrañar su trabajo, a enajenarlo? ¿Cómo se basa esta enajenación en la naturaleza de la evolución humana? La pregunta está ya casi resuelta, desde que hemos transformado la cuestión del origen de la propiedad privada en la de la relación del trabajo extrañado con el desarrollo de la humanidad. Y es que, cuando se habla de propiedad privada, se cree que es algo ajeno al hombre, mientras que cuando se habla de trabajo, uno se refiere directamente al hombre mismo. Este nuevo planteamiento encierra ya su solución.

ad 1) Qué es la propiedad privada en general y en qué relación se halla con una propiedad realmente humana.

El trabajo extrañado se nos ha fragmentado en dos partes integrantes que se condicionan mutuamente o no son más que diversas expresiones de una misma situación: la apropiación aparece como enajenación, como extrañación, mientras que la extrañación aparece como apropiación y enajenarse parece el verdadero arraigo.

Hemos visto un aspecto: el trabajo extrañado con respecto al mismo trabajador, o sea, la relación del trabajo extrañado consigo mismo. Como producto, como resultado necesario de esta situación, nos ha aparecido la

relación con que el que no trabaja posee al trabajador y su trabajo. La propiedad privada, como expresión material y resumida del trabajo extrañado, abarca ambas situaciones: la relación del trabajador frente al trabajo, al producto de este y al que no trabaja, y la relación del que no trabaja frente al trabajador y al producto de su trabajo.

Hemos visto cómo al trabajador que se apropia la naturaleza a través de trabajo la apropiación se le presenta como enajenación, la actividad propia como actividad para otro y de otro, la vitalidad como sacrificio de la vida, la producción del objeto como su pérdida en manos de una potencia ajena, de un hombre que no es él. Volvámonos ahora a la relación de este hombre ajeno al trabajo y al trabajador con el trabajador, con el trabajo y con su objeto.

En primer lugar, hay que notar que todo lo que en el trabajador aparece como actividad de la extrañación, de la enajenación, aparece en el que no trabaja como estado de extrañación, de enajenación. En segundo lugar, el comportamiento real, práctico, del trabajador en la producción y con respecto a su producto (como actitud psicológica) reaparece como talante teórico en su opuesto, en el que no trabaja. En tercer lugar, el que no trabaja hace contra el trabajador todo lo que el trabajador hace contra sí, pero nada de lo que hace contra el trabajador lo hace contra sí mismo.

Manuscritos de París, primer manuscrito (1844)

EL TRABAJADOR COMO VICEVERSA DEL CAPITAL

El trabajador produce el capital, el capital le produce a él; es decir, que el trabajador se produce a sí mismo y el producto de todo el proceso es el hombre como trabajador, como mercancía: un hombre que no es nada más que trabajador y, en cuanto tal, no tiene cualidades humanas nada más que para servir a capitales ajenos. Pero como ambos no tienen que ver entre sí y, por tanto, se hallan en una relación de indiferencia, exterioridad y casualidad, su mutua enajenación tenía que aparecer también en la realidad. Es decir, que en cuanto el capital se decide —por necesidad o por capricho — a prescindir del trabajador, este deja de existir para sí mismo, se queda sin trabajo, o sea sin salario, y puesto que no existe como hombre sino como trabajador, ya puede dejarse enterrar, morirse de hambre, etcétera. El trabajador existe como tal únicamente mientras es capital para sí mismo, y solo lo es mientras hay un capital para él. La existencia del capital es su existencia, su vida, y el capital determina el contenido de esa vida sin preocuparse de ella. De ahí que la economía nacional no sepa nada del trabajador en paro, del hombre-de-trabajo una vez fuera del contexto laboral. El pícaro, el vagabundo, el mendigo, el hombre-de-trabajo cuando se halla en paro, se muere de hambre, se halla en la miseria y se criminaliza, es una figura que no existe para la economía nacional sino solo para otros ojos: los del médico, el juez, el sepulturero, el guardia. Es un espectro fuera de los dominios de la economía nacional. Por tanto, para esta las necesidades del trabajador se reducen a la de mantenerle durante el trabajo

y en la medida en que sea preciso para que no se extinga la raza trabajadora. En consecuencia, el salario tiene el mismo sentido que el mantenimiento y cuidado de cualquier otro instrumento productivo y, más en general, que el consumo de capital preciso para que este se reproduzca con réditos, lo mismo que hay que echarles aceite a las ruedas para que sigan moviéndose.

Manuscritos de París, segundo manuscrito (1844)

El sentido de tener

Sobre todo no hay que considerar a la «sociedad» como una abstracción frente al individuo. El individuo es el ser social. De ahí que la proyección exterior de su vida —incluso si no se realiza de forma comunitaria junto con otros— sea manifestación y confirmación de la vida social. La vida humana no se divide en vida individual y vida de la especie, por más necesariamente que unas existencias individuales representen más en particular y otras más en general la vida de la especie, o por mucho que la vida de la especie sea una vida individual más particular o más general.

Como conciencia de su especie, el hombre confirma su vida social real y no hace sino repetir en el pensamiento su existencia real, del mismo modo que la especie se confirma en su conciencia existiendo para sí, como ser pensante, en su generalidad.

Por más que el hombre sea así un ser particular —precisamente su particularidad le convierte en un individuo y en comunidad real, individual —, es también la totalidad, totalidad ideal, existencia subjetiva de la sociedad, que se piensa y siente a sí misma. El hombre existe, además, en la realidad no solo como percepción y disfrute real de la existencia social, sino como una totalidad de proyección exterior de vida humana.

En consecuencia, la distinción entre pensar y ser encierra a la vez su unidad.

La muerte parece una dura victoria de la especie sobre el individuo concreto que contradice la unidad entre ambos; pero el individuo concreto

no es más que una concreción de la realidad de la especie y, por tanto, mortal.

La propiedad privada no es sino la expresión sensible de que el hombre se convierte en objeto de sí mismo, más aún, en un objeto extraño e inhumano; de que la proyección exterior de su vida es la extrañación de esta; de que la realización de sí mismo es irrealización, una realidad ajena. Del mismo modo, la superación positiva de la propiedad privada —es decir, la apropiación sensible del ser humano y de su vida, del hombre objetivo, de las obras humanas para y por el hombre— no solo debe ser comprendida como un disfrute inmediato y nada más, como mero poseer, tener. El hombre se apropia su ser universal universalmente, o sea como un hombre total. Cada una de sus relaciones humanas con el mundo —ver, oír, gustar, sentir, pensar, percibir, sentir, querer, actuar, amar; en una palabra: todos los órganos de su individualidad así como los que por su forma son comunitarios— se apropian el objeto en sus comportamientos objetuales, o sea en su conducta frente al objeto. En esa apropiación de la realidad humana, en el comportamiento de esos órganos frente al objeto se crea la realidad humana; esta es, por tanto, tan variada como lo son los aspectos y actividades de la naturaleza humana, y consiste a la vez en hacer y padecer, pues también en el sufrimiento, entendido humanamente, el hombre disfruta de sí mismo.

La propiedad privada nos ha vuelto tan estúpidos y unilaterales que un objeto no es nuestro hasta que lo tenemos, es decir, hasta que o bien existe para nosotros como capital o lo usamos directamente poseyéndolo, comiéndolo, bebiéndolo, llevándolo puesto, habitándolo, etcétera. (También es verdad que la propiedad privada no ve en estas realizaciones inmediatas de la posesión sino medios de subsistencia, y a quien sirven de medios es a la vida de la propiedad privada como trabajo y capitalización.)

Todos los sentidos físicos y mentales han sido pues sustituidos por su simple y llana enajenación: el sentido del tener.

Manuscritos de París, tercer manuscrito (1844)

Speculum III

Por aquel entonces Marx era mucho más adelantado que yo, y todavía sigue siéndolo de forma incomparable en lo que a conocimientos se refiere. Yo no sabía nada de economía política, aún soy incapaz de librarme de las abstracciones metafísicas y mi socialismo es solo instintivo. Él, aunque más joven, ya era ateo, un instruido materialista y un socialista consciente. Fue precisamente entonces cuando elaboró los principios de su sistema tal y como es hoy. Nos vimos muy a menudo, yo le respetaba mucho por sus conocimientos y por su devoción apasionada y seria, aunque siempre mezclada con la vanidad, por la causa del proletariado. Buscaba con entusiasmo su conversación, que era siempre instructiva e ingeniosa cuando no estaba inspirada por un odio ruin, lo que, ¡ay!, ocurría demasiado a menudo. En cualquier caso nunca fuimos íntimos, nuestros temperamentos no lo permitieron. Me acusaba de idealista sentimental, y estaba en lo cierto; yo le consideraba vano, pérfido y taimado, y también estaba en lo cierto.

«Evocación de Bakunin» (1846)

El idealismo especulativo

En Alemania el humanismo realista no tiene enemigo más peligroso que el espiritualismo o idealismo especulativo que, en lugar del hombre individual real, pone la «conciencia» o el «espíritu» y enseña con el evangelista: el espíritu vivifica, el cuerpo no sirve para nada. Claro está que este espíritu sin cuerpo es espíritu solo en la imaginación. Precisamente combatimos en la crítica a Bauer la especulación que se reproduce en forma de caricatura. Es, a nuestros ojos, la expresión más perfecta del principio germano-cristiano que hace su última tentativa transformando la crítica misma en un poder trascendental.

La Sagrada Familia (1844)

El amor

Para llegar a la «tranquilidad del conocimiento», la crítica crítica debe tratar ante todo de desembarazarse del amor. El amor es una pasión, y nada hay más peligroso que la pasión para la tranquilidad del conocimiento. El amor, ¡pero si es una monstruosidad, un horror! Esta sola palabra provoca en la crítica una cólera intensa, una irritación extraordinaria, y termina por hacerle perder la cabeza.

> El amor […] es un dios cruel que, semejante a todas las divinidades, quiere poseer íntegramente al hombre y no se da pausa ni tregua hasta que el hombre le ha sacrificado no solo su alma, sino también su ser físico. El culto al amor es sufrimiento, y el apogeo de este culto es la renuncia a uno mismo, es el suicidio.

Con el objeto de poder transformar el amor en Moloch y hacer de él un verdadero diablo, el señor Edgar primero lo transforma en dios. Lo convierte en dios, es decir, en un sujeto teológico que como tal, naturalmente, se relaciona con la crítica de la teología, y todo el mundo sabe, además, que no hay tanta distancia de dios al diablo. El señor Edgar hace del amor un dios, un dios cruel, sustituyendo el amor del hombre por el amor al amor; el amor se presenta como un ser aparte, individual, diferente del hombre. Mediante este simple proceso, por esta conversión del atributo en sujeto se puede, mediante la crítica, transformar todos los caracteres y todas las manifestaciones del ser humano en otras tantas monstruosidades y alienaciones de él mismo. Es aquí, por ejemplo, que la

crítica crítica hace de la crítica atributo y actividad del hombre, un sujeto aparte; la crítica tomándose a sí misma como objeto, en una palabra, la crítica crítica, un Moloch cuyo culto es la renuncia a sí mismo, el suicidio del hombre, es decir, el suicidio en particular de la facultad de pensar.

[…]

El amor crítico «ante todo se cuida de olvidar la cosa ocupándose de la persona, y esta cosa es la cosa misma de la humanidad». Sin embargo, el amor que carece de sentido crítico no separa la humanidad del individuo.

> El amor mismo, como pasión abstracta que viene de no se sabe dónde y se va no se sabe adónde, no puede pretender el interés de un desarrollo interior.

A los ojos de la tranquilidad del conocimiento, el amor es una pasión abstracta en el sentido del lenguaje especulativo, que llama concreto a lo que es abstracto, y viceversa.

El poeta ha dicho: «La joven no había nacido en el valle; no se sabe de dónde venía; pero su huella pronto se perdió desde que ella resolvió partir».

Por abstracción, el amor es semejante a esa joven extranjera; no tiene pasaporte dialéctico; por esto se ve expulsado por la policía crítica.

La pasión del amor no puede pretender el interés de un desarrollo interior, puesto que no puede ser construido *a priori*, y su desarrollo es un desarrollo real que se desenvuelve en el mundo sensible y entre individuos reales. Pero el interés principal de la construcción especulativa reside en la respuesta a las preguntas: ¿de dónde viene?, ¿adónde va? La pregunta *de dónde* «es la necesidad de una idea, su prueba y su deducción» (Hegel). La pregunta *adónde* es el destino «por el cual cada miembro particular del ciclo especulativo, ya que está animado por el método, deviene al mismo tiempo el comienzo de un nuevo miembro» (Hegel). El amor no merecería,

pues, el interés de la crítica especulativa sino cuando se pudiera construir *a priori* su origen y fin.

Lo que la crítica ataca aquí no es solamente al amor sino a todo lo que está vivo, todo lo que cae directamente bajo los sentidos y es del dominio de la experiencia sensible; en suma, a toda la experiencia material cuyo origen y cuyo fin nunca se pueden establecer por adelantado.

La Sagrada Familia (1844)

PROPIEDAD PRIVADA Y SOCIALISMO

El proletariado y la riqueza son antinómicos. Como tales constituyen un todo. Son dos formas del mundo de la propiedad privada. Se trata de determinar el lugar que uno y otra ocupan en la antinomia. No basta decir que son los dos aspectos de un todo.

La propiedad privada, como propiedad privada o riqueza, está obligada a mantenerse ella misma y, en consecuencia, a su contrario, el proletariado. Es este el lado positivo de la antinomia: la propiedad privada que halla su satisfacción en sí misma.

Inversamente, el proletariado, como proletariado, «se encuentra forzado a trabajar por su propia supresión y, en consecuencia, por la de la propiedad privada, es decir, la condición que lo hace ser proletariado. Este es el lado negativo de la antinomia: la propiedad privada fatigada de inquietud, descompuesta y en vías de disolución.

La clase poseedora y la clase proletaria presentan el mismo estado de desposesión. Pero la primera se complace en su situación, se siente establecida en ella sólidamente, sabe que la alienación discutida constituye su propio poder y posee así la apariencia de una existencia humana; la segunda, por el contrario, se siente aniquilada en esa pérdida de su esencia, y ve en ella su impotencia y la realidad de una vida inhumana. Se encuentra, para emplear una expresión de Hegel, en el rebajamiento en rebelión contra ese rebajamiento, rebelión a la cual es empujada, necesariamente, por la contradicción que existe entre su naturaleza humana

y su situación, que constituye la negación franca, neta y absoluta de esa naturaleza.

En el marco de la antinomia, los propietarios privados forman, pues, el partido conservador, y los proletarios, el partido destructor. Los primeros trabajan para mantener la antinomia; los segundos, para aniquilarla.

Es cierto que en este movimiento económico la propiedad privada se encamina por sí misma hacia su disolución, pero no lo hace más que por su evolución, que le es independiente, realizándose contra su voluntad solo porque produce al proletariado como proletariado; es decir, produce la miseria consciente de su miseria moral y física, el embrutecimiento consciente de su embrutecimiento que, por esta razón, trata de suprimirse a sí mismo. El proletariado ejecuta la sentencia que, por la producción del proletariado, la propiedad privada pronuncia contra ella misma, lo mismo que ejecuta la sentencia que el asalariado pronuncia contra sí mismo al producir la riqueza ajena y su propia miseria. Si el proletariado conquista la victoria, esto no significa absolutamente que se convierta en tipo absoluto de la sociedad pues solo saldrá victorioso suprimiéndose a sí mismo y a su contrario. Entonces el proletariado habrá desaparecido tanto como el contrario que lo condiciona, la propiedad privada.

[…] No se trata de saber lo que tal o cual proletario, o aun el proletariado íntegro, se propone momentáneamente como fin. Se trata de saber lo que el proletariado es y lo que debe históricamente hacer de acuerdo a su ser. Su finalidad y su acción histórica están trazadas, de manera tangible e irrevocable, en su propia situación de existencia, como en toda la organización de la sociedad burguesa actual.

La Sagrada Familia (1844)

El pensamiento de los obreros

Según la crítica crítica, todo el mal radica exclusivamente en que el obrero piensa. Sin embargo, los obreros ingleses y franceses han fundado asociaciones donde no solo no se conforman con instruirse entre ellos sobre sus necesidades inmediatas como obreros, sino también sobre sus necesidades como hombres; donde manifiestan además una conciencia muy profunda y muy extendida de la fuerza enorme, inmensa, que es el resultado de su colaboración. Pero estos obreros comunistas y vulgares, que trabajan en los talleres de Manchester y de Lyon, por ejemplo, no creen que mediante el «pensamiento puro» puedan desembarazarse nunca de sus patrones y de su propia miseria práctica. Experimentan muy dolorosamente la diferencia entre el ser y el pensamiento, entre la conciencia y la vida. Saben que la propiedad, el capital, el dinero, el trabajo asalariado, etcétera, no son simples quimeras de la imaginación, sino sencillamente productos reales y prácticos de su propia expoliación; que no se los puede suprimir, pues, más que de manera práctica y material, para que en la existencia de cada día, tanto como en el pensamiento y en la conciencia, el hombre devenga hombre. Por el contrario, la crítica crítica les enseña que ellos dejan, en realidad, de ser asalariados si, en el pensamiento, suprimen la idea del trabajo asalariado; si dejan, por el pensamiento, de considerarse asalariados y, conforme a esta imaginación extraordinaria, no se hacen pagar más por sus personas. Idealistas absolutos, entidades puramente etéreas, después pueden vivir naturalmente de la emanación del

pensamiento puro. La crítica crítica les enseña que pueden suprimir la categoría de capital mediante el pensamiento; que pueden transformarse realmente y devenir en hombres reales transformando con la conciencia su yo abstracto y desdeñando, como una operación contraria a la crítica, toda transformación real de su existencia real y, por tanto, toda transformación real de las condiciones reales de su existencia, es decir, de su yo real.

La Sagrada Familia (1844)

El individuo egoísta

Para hablar con precisión utilizando el sentido ordinario de las palabras, diremos que los miembros de la sociedad burguesa no son átomos. La característica del átomo es no tener propiedades ni, en consecuencia, relaciones con otros seres determinadas por su necesidad natural. El átomo no tiene necesidades y se basta a sí mismo; fuera de él, el mundo es el vacío absoluto, es decir, no tiene contenido, ni sentido, ni significación, precisamente porque el átomo posee en sí mismo todas las situaciones. ¡En su representación abstracta y en su abstracción inanimada, el individuo egoísta de la sociedad burguesa gusta de hincharse y transformarse en átomo, es decir, en un ser sin relaciones, bastándose a sí mismo, sin necesidades, absolutamente perfecto y bienaventurado!

La desgraciada realidad no se preocupa de la imaginación de ese individuo y este se ve forzado por cada uno de sus sentidos a creer en el sentido del mundo y de los otros individuos, y hasta su estómago profano le recuerda cada día que, fuera de él, el mundo no está vacío y que, por el contrario, este es lo que lo llena. Cada una de sus actividades y de sus propiedades, cada una de sus aspiraciones deviene una necesidad, una necesidad que lleva a su egoísmo a reclamar otras cosas y otros hombres. Pero como la necesidad de cada individuo particular no es naturalmente inteligible para el otro individuo egoísta que posee los medios de satisfacer esa necesidad; como la necesidad no tiene, pues, relación directa con su satisfacción, todo individuo se halla obligado a crear ese vínculo,

produciéndose, en cierto modo, el intercambio entre la necesidad de otro y los objetos de esa necesidad. Por lo tanto, es la necesidad natural, son las propiedades esenciales del hombre —por muy extrañas que puedan parecer — y el interés los que mantienen unidos a los miembros de la sociedad burguesa, cuyo lazo real está constituido, pues, por la vida burguesa y no por la vida política. El Estado no es, por lo tanto, lo que mantiene reunidos a los átomos de la sociedad burguesa; es el hecho de que esos átomos no son átomos más que en la representación, en el cielo de su imaginación y que, en realidad, son entidades muy diferentes a los átomos: no son egoístas divinos, sino hombres egoístas. En nuestros días solo la superstición política puede imaginar que la vida burguesa es mantenida por el Estado, cuando en realidad ocurre lo contrario: que es el Estado quien se halla mantenido por la vida burguesa.

La Sagrada Familia (1844)

Del materialismo francés al comunismo

Si el interés bien entendido es el principio de toda moral, conviene que el interés particular del hombre se confunda con el interés humano. Si el hombre no es libre, en el sentido materialista de la palabra, esto es, si es libre no por la fuerza negativa de evitar esto o aquello, sino por la fuerza positiva de hacer valer su verdadera individualidad, no conviene castigar los crímenes en el individuo, sino destruir los focos antisociales donde nacen los crímenes y dar a cada cual el espacio social necesario para el desenvolvimiento esencial de su vida. Si el hombre está formado por las circunstancias, se deben formar humanamente las circunstancias. Si el hombre es sociable por naturaleza, es en la sociedad donde desarrolla su verdadera naturaleza, y la fuerza de su naturaleza debe medirse por la fuerza de la sociedad y no por la fuerza del individuo particular.

Estas frases y otras análogas se encuentran casi textualmente en los más antiguos materialistas franceses. No es este el lugar ni el momento para discutirlas. Una característica de la tendencia socialista del materialismo nos la da *La fábula de las abejas*, obra de Mandeville, un discípulo inglés bastante antiguo de Locke. Mandeville demuestra que los vicios son útiles e indispensables en la sociedad actual. Lo cual no es una apología de la sociedad actual.

Fourier parte directamente de la doctrina de los materialistas franceses. Los discípulos de Babeuf eran materialistas groseros, incultos, pero el mismo comunismo desarrollado data directamente del materialismo francés.

Este, bajo la forma que Helvétius le dio, vuelve a su madre patria, a Inglaterra. Bentham funda su sistema del interés bien entendido sobre la moral de Helvétius, de igual modo que Owen, partiendo del sistema de Bentham, funda el comunismo inglés.

Desterrado en Inglaterra, el francés Cabet es seducido por las ideas comunistas indígenas y vuelve a Francia para convertirse en el representante más popular, y también el más vulgar, del comunismo. Los comunistas científicos franceses Dézamy, Gay, etcétera, desarrollan, a semejanza de Owen, la doctrina del materialismo como la doctrina del humanismo real y como la base lógica del comunismo.

La Sagrada Familia (1844)

LA AUTOCONCIENCIA HEGELIANA

En su *Fenomenología*, Hegel reemplaza al hombre por el conocimiento, la realidad humana más variada aparece simplemente como una forma determinada, como una característica del conocimiento. Incluso una simple certeza del conocimiento no es más que una categoría pura, una idea pura que, por tanto, puedo suprimir en el pensamiento puro y vencerla con el pensamiento puro.

En la *Fenomenología* de Hegel, las bases materiales, sensibles, objetivas, de las diferentes y diversas formas del conocimiento humano son derrumbadas, y toda esta obra destructiva termina en la filosofía más conservadora, porque cree haber triunfado sobre el mundo objetivo, real y sensible desde que lo ha transformado en un simple ser ideal, en una simple característica del conocimiento y, en consecuencia, puede disolver a su adversario, que se ha hecho etéreo, «en el éter del pensamiento puro».

La fenomenología, pues, termina naturalmente por suplantar a toda realidad humana con «el saber absoluto»; el «saber», porque el saber constituye la única existencia del conocimiento y porque el conocimiento no se conoce más que a sí mismo y no es molestado por un mundo objetivo real y condicionado por ese mundo. Presenta el mundo sin pies ni cabeza. En su cabeza, pues, puede suprimir todos los límites, dejándolos subsistir naturalmente para la mala materialidad, para el hombre real. Además, considera necesariamente como límite todo lo que revela la limitación del conocimiento, esto es, toda la materialidad, realidad, individualidad de los

hombres y de su mundo. Toda la fenomenología tiende a demostrar que el conocimiento es la única realidad.

La Sagrada Familia (1844)

La filosofía en Alemania

Y como para estos jóvenes hegelianos las representaciones, los pensamientos, los conceptos y, en general, los productos de la conciencia por ellos sustantivada eran considerados como las verdaderas ataduras del hombre, del mismo modo que los viejos hegelianos veían en ellos los auténticos nexos de la sociedad humana, era lógico que también los jóvenes hegelianos lucharan y se creyeran obligados a luchar solo contra estas ilusiones de la conciencia. En vista de que, según su fantasía, las relaciones entre los hombres, todos sus actos y su modo de conducirse, sus trabas y sus barreras son otros tantos productos de su conciencia, los jóvenes hegelianos formulan consecuentemente ante ellos el postulado moral de que deben trocar su conciencia actual por la conciencia humana, crítica o egoísta, derribando con ello sus barreras.

Este postulado de cambiar de conciencia viene a ser lo mismo que el de interpretar de otro modo lo existente, es decir, de reconocerlo por medio de otra interpretación. Pese a su fraseología que supuestamente «hace estremecer el mundo», los jóvenes hegelianos son, en realidad, los mayores conservadores. Los más jóvenes entre ellos han descubierto la expresión adecuada para designar su actividad cuando afirman que solo luchan contra «frases». Pero se olvidan de añadir que a estas frases por ellos combatidas no saben oponer más que otras frases y que, al combatir solo las frases de este mundo, no combaten en modo alguno el mundo real existente. Los únicos resultados a que podía llegar esta crítica filosófica fueron algunos

esclarecimientos en el campo de la historia de la religión, harto unilaterales por lo demás, sobre el cristianismo; todas sus demás afirmaciones se reducen a otras tantas maneras de adornar su pretensión de entregarnos, con estos esclarecimientos insignificantes, descubrimientos de alcance histórico-mundial.

A ninguno de estos filósofos se le ha ocurrido siquiera preguntar por el entronque de la filosofía alemana con la realidad de Alemania, por el entronque de su crítica con el propio mundo material que la rodea.

La ideología alemana (1846)

VIDA Y CONCIENCIA

Nos encontramos, pues, con el hecho de que determinados individuos que se dedican de un determinado modo a la producción contraen entre ellos relaciones sociales y políticas determinadas. La observación empírica tiene necesariamente que poner de relieve, en cada caso concreto, empíricamente y sin ninguna clase de embaucamiento y especulación, la relación existente entre la estructura social y política y la producción. La estructura social y el Estado brotan constantemente del proceso de vida de determinados individuos; pero de estos individuos no como puedan presentarse ante la imaginación propia o ajena, sino tal y como realmente son; es decir, tal y como actúan y como producen materialmente y, por tanto, tal y como desarrollan sus actividades bajo determinados límites, premisas y condiciones materiales, independientes de su voluntad.

La producción de las ideas, las representaciones y la conciencia aparece, al principio, directamente entrelazada con la actividad material y el trato material de los hombres, como el lenguaje de la vida real. La formación de las ideas, el pensamiento, el trato espiritual de los hombres se presentan aquí todavía como emanación directa de su comportamiento material. Y lo mismo ocurre con la producción espiritual, tal y como se manifiesta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral, de la religión, de la metafísica, etcétera, de un pueblo. Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etcétera, pero se trata de hombres reales y activos tal y como se hallan condicionados por un determinado desarrollo

de sus fuerzas productivas y por el trato que a él corresponde hasta llegar a sus formas más lejanas. La conciencia (*das bewusstsein*) jamás puede ser otra cosa que el ser consciente (*das bewusste sein*), y el ser de los hombres es su proceso de vida real. Y si en toda la ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en una cámara oscura, este fenómeno proviene asimismo de su proceso histórico de vida, como la inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina proviene de su proceso de vida directamente físico.

Justo al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan, ni tampoco del hombre predicado, pensado, representado o imaginado, para llegar, arrancando de aquí, al hombre de carne y hueso; se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida. También las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, proceso empíricamente registrable y ligado a condiciones materiales. La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología y las formas de conciencia que a ellos correspondan pierden así la apariencia de su propia sustantividad. No tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su trato material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia.

La ideología alemana (1846)

LA ANTROPOLOGÍA «BLANDA» DE FEUERBACH

El materialista práctico, es decir el comunista, trata en realidad de revolucionar el mundo existente, de atacar de manera práctica y de cambiar las cosas que nos encontramos. Allí donde encontramos en Feuerbach semejantes concepciones, no pasan nunca de intuiciones sueltas que influyen demasiado poco en su modo general de concebir para que podamos considerarlas más que como simples gérmenes, susceptibles de desarrollo. La «concepción» feuerbachiana del mundo sensorial se limita, por una parte, a su mera contemplación y, por otra parte, a la mera sensación: dice «el hombre» en vez de los «hombres históricos reales». «El hombre como tal» es, en *realiter*, el «alemán». […] No ve que el mundo sensorial que le rodea no es algo directamente dado desde toda una eternidad y constantemente igual a sí mismo, sino el producto de la industria y del Estado social, en el sentido de que es un producto histórico, el resultado de la actividad de toda una serie de generaciones, cada una de las cuales encaramada a hombros de la anterior sigue desarrollando su industria y su intercambio y modifica su organización social con arreglo a las nuevas necesidades. Hasta los objetos de la «certeza sensorial» más simple le vienen dados solo por el desarrollo social, la industria y el intercambio comercial. Así es sabido que el cerezo, como casi todos los árboles frutales, fue trasplantado a nuestra zona hace pocos siglos por obra del comercio y, por medio de esta acción de una determinada sociedad y de una determinada época, fue entregado a la «certeza sensorial» de Feuerbach.

La ideología alemana (1846)

Efectos directos y colaterales de la división del trabajo

Con la división del trabajo, que lleva implícitas todas estas contradicciones y que descansa, a su vez, sobre la división natural del trabajo en el seno de la familia y en la división de la sociedad en diversas familias opuestas, se da al mismo tiempo la distribución y, concretamente, la distribución desigual, tanto cuantitativa como cualitativamente, del trabajo y de sus productos; es decir, la propiedad, cuyo primer germen, cuya forma inicial se contiene ya en la familia, donde la mujer y los hijos son los esclavos del marido. La esclavitud, todavía muy rudimentaria, a buen seguro latente en la familia es la primera forma de propiedad que ya aquí corresponde perfectamente a la definición de los modernos economistas, según la cual es el derecho a disponer de la fuerza de trabajo de otros. Además, división del trabajo y propiedad privada son términos idénticos: uno de ellos dice, referido a la actividad, lo mismo que el otro, referido al producto de esta.

La división del trabajo lleva aparejada también la contradicción entre el interés del individuo concreto o de una determinada familia y el interés común de todos los individuos relacionados entre sí, interés común que no existe, por cierto, tan solo en la idea, como algo «general», sino que se presenta en la realidad, ante todo como una relación de mutua dependencia de los individuos entre quienes aparece dividido el trabajo.

Y en virtud de esta contradicción entre el interés particular y el interés común, cobra este último, en cuanto Estado, una forma propia e

independiente, separada de los reales intereses particulares y colectivos y, al mismo tiempo, una forma de comunidad ilusoria, pero siempre sobre la base real de los vínculos existentes dentro de cada conglomerado familiar y tribal, tales como la carne y la sangre, la lengua, la división del trabajo a mayor escala y otros intereses y, sobre todo, como más tarde habremos de desarrollar, a base de los intereses de las clases, ya condicionadas por la división del trabajo, que se forman y diferencian en cada uno de estos conglomerados humanos y entre las cuales hay siempre una que domina sobre todas las demás. De donde se desprende que todas las luchas que se libran dentro del Estado, la lucha entre la democracia, la aristocracia y la monarquía, la lucha por el derecho de sufragio, etcétera, no son sino las formas ilusorias bajo las que se ventilan las luchas reales entre las diversas clases (de lo que los teóricos alemanes no tienen ni la más remota idea, a pesar de habérseles facilitado las orientaciones necesarias en los *Deutsch-Französische Jahrbücher* y en *La Sagrada Familia*). Y se desprende asimismo que toda clase que aspire a implantar su dominación (aunque esta, como ocurre en el caso del proletariado, condicione sin duda la abolición de toda la forma de la sociedad anterior y de toda dominación en general) tiene que empezar conquistando el poder político para poder presentar su interés como interés general, cosa que en el primer momento se ve obligada a hacer.

Precisamente porque los individuos solo buscan su interés particular, que para ellos no coincide con su interés común, y porque lo general es siempre la forma ilusoria de la comunidad, se hace valer esto ante su representación como algo «ajeno» a ellos e «independiente» de ellos, como un interés «general» a su vez especial y peculiar, o ellos mismos tienen que moverse en esta escisión, como en la democracia. Por otra parte, la lucha práctica de estos intereses particulares que constantemente y de un modo real se

oponen a los intereses comunes, o que ilusoriamente se creen tales, impone como algo necesario la interposición práctica y el refrenamiento por el interés «general» ilusorio bajo la forma del Estado.

Finalmente, la división del trabajo nos brinda ya el primer ejemplo de que, mientras los hombres viven en una sociedad formada espontáneamente; mientras se da, por tanto, una separación entre el interés particular y el interés común; mientras las actividades, por consiguiente, no aparecen divididas voluntariamente, sino de modo espontáneo, los actos propios del hombre se erigen ante él como un poder ajeno y hostil que le sojuzga en vez de ser él quien lo domine. En efecto, a partir del momento en que comienza a dividirse el trabajo, cada cual se mueve en el determinado círculo exclusivo de actividades que le viene impuesto y del que no puede salirse; el hombre es cazador, pescador, pastor o crítico crítico, y no tiene más remedio que seguirlo siendo si no quiere verse privado de los medios de vida; en cambio, en la sociedad comunista, donde cada individuo no tiene acotado un círculo exclusivo de actividades, sino que puede desarrollar sus aptitudes en la rama que mejor le parezca, la sociedad se encarga de regular la producción general, con lo que hace cabalmente posible que yo pueda dedicarme hoy a esto y mañana a aquello, que pueda por la mañana cazar, por la tarde pescar y por la noche apacentar el ganado, y después de comer, si me place, dedicarme a criticar, sin necesidad de ser exclusivamente cazador, pescador, pastor o crítico, según los casos.

[…]

El poder social, es decir, la fuerza de producción multiplicada que nace por obra de la cooperación de los diferentes individuos bajo la acción de la división del trabajo, se presenta ante estos individuos, por no tratarse de una cooperación voluntaria sino espontánea, no como un poder propio,

asociado, sino como un poder ajeno, situado al margen de ellos, que no saben de dónde procede ni adónde se dirige y que, por tanto, no pueden ya dominar, sino que recorre una serie de fases y etapas de desarrollo peculiar e independiente de la voluntad y los actos de los hombres, y que incluso dirige esta voluntad y estos actos.

[…]

Con esta «enajenación», para expresarnos en términos comprensibles para los filósofos, solo puede acabarse partiendo de dos premisas prácticas. Para que se convierta en un poder *insoportable*, es decir, en un poder contra el que hay que hacer la revolución, es necesario que engendre una masa de la humanidad absolutamente *desposeída* y, a la par, en contradicción con un mundo de riquezas y de educación (lo que presupone en ambos casos un gran incremento de la fuerza productiva, un alto grado de su desarrollo); y por otra parte, este desarrollo de las fuerzas productivas (que entraña ya una existencia empírica dada en un plano histórico-universal y no en la existencia puramente local de los hombres) constituye también una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin ella solo se generalizaría la escasez y, por tanto, con la pobreza comenzaría de nuevo la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la porquería anterior; y además, porque solo este desarrollo universal de las fuerzas productivas lleva consigo un intercambio universal de los hombres, en virtud de lo cual, por una parte, el fenómeno de la masa «desposeída» se produce simultáneamente en todos los pueblos (competencia general) haciendo que cada uno de ellos dependa de las conmociones de los otros y, por último, instituye a individuos histórico-universales, empíricamente universales, en vez de a individuos locales. Sin esto, 1) el comunismo solo llegaría a existir como fenómeno local; 2) las mismas potencias de relación no podrían desarrollarse como potencias universales y, por tanto, insoportables, sino

que seguirían siendo simples *circunstancias* supersticiosas de puertas adentro, y 3) toda ampliación de la relación acabaría con el comunismo local. El comunismo, empíricamente, solo puede darse como la acción *coincidente* o simultánea de los pueblos dominantes, lo que presupone el desarrollo universal de las fuerzas productivas y el intercambio universal que lleva aparejado.

Además, la masa de los simples obreros —de la mano de obra excluida en masa del capital o de cualquier satisfacción de sus necesidades, por limitada que sea, y por tanto, la pérdida no puramente temporal de este mismo trabajo como fuente segura de vida— presupone, a través de la competencia, el mercado mundial. Así, el proletariado solo puede existir en un plano histórico-mundial, lo mismo que el comunismo; su acción solo puede llegar a cobrar realidad como existencia histórico-universal. Existencia histórico-universal de los individuos, es decir, existencia de los individuos directamente vinculada a la historia universal.

Para nosotros, el comunismo no es un estado que debe implantarse, un ideal al que ha de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos «comunismo» al movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual.

La ideología alemana (1846)

EL EFECTO MARIPOSA

La historia no es sino la sucesión de las diferentes generaciones, cada una de las cuales explota los materiales, capitales y fuerzas de producción transmitidas por cuantas las han precedido; es decir, que, por una parte, prosigue en condiciones completamente distintas la actividad precedente, mientras que por otra, modifica las circunstancias anteriores mediante una actividad diferente, lo que podría tergiversarse especulando con que la historia posterior es la finalidad de la que la precede, como si dijésemos, por ejemplo, que el descubrimiento de América tuvo como finalidad ayudar a que se expandiera la Revolución Francesa, por cuya interpretación la historia adquiere sus fines propios e independientes y se convierte en una «persona junto a otras personas» (junto a la «autoconciencia», la «crítica», el «único», etcétera), mientras que lo que designamos con las palabras «determinación», «fin», «germen», «idea» de la historia anterior no es otra cosa que una abstracción de la historia posterior, de la influencia activa que la anterior ejerce sobre esta.

Cuanto más se extienden en el curso de esta evolución los círculos concretos que influyen los unos en los otros; cuanto más se destruye la primitiva clausura de las diferentes nacionalidades mediante el desarrollo del modo de producción, del intercambio y de la división del trabajo que se provoca por vía espontánea entre las diversas naciones, más se convierte la historia en historia universal. Y así vemos que cuando, por ejemplo, se inventa hoy una máquina en Inglaterra, son lanzados a la calle incontables

obreros en India y en China y se estremece toda la forma de existencia de estos Estados, lo que quiere decir que aquella invención constituye un hecho histórico-universal. Y vemos también cómo el azúcar y el café demuestran en el siglo XIX su significación histórico-universal ya que la escasez de estos productos, provocada por el sistema continental napoleónico, incitó a los alemanes a sublevarse contra Napoleón, estableciéndose así la base real para las gloriosas guerras de independencia de 1813. De donde se desprende que esta transformación de la historia en historia universal no constituye, ni mucho menos, un simple hecho abstracto de la «autoconciencia», del espíritu universal o de cualquier otro espectro metafísico, sino un hecho perfectamente material y empíricamente comprobable del que puede ofrecernos una prueba cualquier individuo, tal y como es, como anda y se detiene, come, bebe y se viste.

La ideología alemana (1846)

LA HISTORIA COMO PROCESO

Esta concepción de la historia consiste, pues, en exponer el proceso real de producción partiendo para ello de la producción material de la vida inmediata, y en concebir la forma de intercambio correspondiente a este modo de producción y engendrada por él, es decir, la sociedad civil en sus diferentes fases, como el fundamento de toda la historia, presentándola en su acción en cuanto Estado y explicando a partir de él todos los diversos productos teóricos y formas de la conciencia, la religión, la filosofía, la moral, etcétera, así como estudiando a partir de esas premisas su proceso de nacimiento, lo que permitirá exponer las cosas en su totalidad (y asimismo la interdependencia entre estos diversos aspectos). Esta concepción, a diferencia de la idealista, no busca una categoría en cada período, sino que se mantiene siempre sobre el terreno histórico real; no explica la práctica partiendo de la idea, sino que explica las formaciones ideológicas sobre la base de la práctica material, por lo cual llega a la conclusión de que todas las formas y todos los productos de la conciencia no pueden ser destruidos por obra de la crítica espiritual mediante su reducción a la *autoconciencia* o su transformación en fantasmas, espectros, visiones, etcétera, sino que solo pueden disolverse por el derrocamiento práctico de las relaciones sociales reales, de las que emanan estas quimeras idealistas. La fuerza propulsora de la historia, incluso la de la religión, la filosofía y toda teoría, no es la crítica, sino la revolución.

[…] Y si no se dan los elementos materiales de una conmoción total; o sea, de una parte, las fuerzas productivas existentes y, de otra, la formación de una masa revolucionaria que se levante, no solo en contra de ciertas condiciones de la sociedad anterior, sino en contra de la misma *producción de la vida* vigente hasta ahora, contra la *actividad de conjunto* sobre la que descansa, en nada contribuirá a hacer cambiar la marcha práctica de las cosas el hecho de que la idea de esta conmoción haya sido proclamada ya una o cien veces, como lo demuestra la historia del comunismo.

La ideología alemana (1846)

Las ideologías dominantes

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época, o dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es también su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, en general, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, esas mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas y, en consecuencia, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante, o sea las ideas de su dominación. Los individuos que forman la clase dominante tienen también, entre otras cosas, plena conciencia de ello y de acuerdo con ello. Por eso, en cuanto dominan como clase y en cuanto determinan todo el ámbito de una época histórica, se comprende que lo hagan en toda su extensión y, por tanto, entre otras cosas, también como pensadores, como productores de ideas que regulan la producción y distribución de las ideas de su tiempo para que las suyas sean las dominantes de la época. Por ejemplo, en una época y en un país en que se disputan el poder la Corona, la aristocracia y la burguesía, en el que por tanto se halla dividida la dominación, se impone como idea dominante la doctrina de la división de poderes, proclamada ahora como «ley eterna».

La división del trabajo, como una de las potencias fundamentales de la historia anterior, se manifiesta también en el seno de la clase dominante como división del trabajo espiritual y material, de tal modo que una parte de esta clase se revela como la que tiene pensadores (sus ideólogos conceptivos activos, que hacen del crear la ilusión de esta clase acerca de sí misma su rama fundamental de estudio), mientras que los demás adoptan ante estas ideas e ilusiones una actitud más bien pasiva y receptiva, ya que son, en realidad, los miembros activos de esta clase y disponen de poco tiempo para formarse ilusiones e ideas acerca de sí mismos. Puede incluso ocurrir que, en el seno de esta clase, el desdoblamiento a que nos referimos llegue a desarrollarse en términos de cierta hostilidad y de cierto encono entre ambas partes, pero esta hostilidad desaparece tan pronto como surge cualquier colisión práctica susceptible de poner en peligro a la clase misma, ocasión en que desaparece, asimismo, la apariencia de que las ideas dominantes no son las de la clase dominante, sino que están dotadas de un poder propio, distinto de esta clase. La existencia de ideas revolucionarias en una determinada época presupone ya la existencia de una clase revolucionaria.

La ideología alemana (1846)

LA FAMILIA COMO OBSTÁCULO

De suyo se entiende que entre los salvajes cada familia tiene su cueva o cabaña propia, lo mismo que los nómadas poseen su tienda. Esta economía doméstica individual se hace todavía más necesaria en virtud del ulterior desarrollo de la propiedad privada. Entre los pueblos agrícolas, la economía doméstica en común es tan imposible como el cultivo de la tierra en común. Un gran paso adelante ha sido la construcción de las ciudades. No obstante, en todos los periodos anteriores la abolición de la economía individual, inseparable de la supresión de la propiedad privada, era imposible ya por la sencilla razón de que no existían para ello las condiciones materiales. La organización de la economía doméstica en común implica el desarrollo de la maquinaria, la utilización de las fuerzas naturales y de muchas otras fuerzas productivas, como, por ejemplo, el agua corriente en las casas, el alumbrado de gas, la calefacción de vapor, etcétera, la supresión de la oposición entre la ciudad y el campo. Sin estas condiciones, la economía común no llegará a ser una nueva fuerza productiva, estará privada de toda base material, se asentará en una base puramente teórica, es decir, será un mero capricho y no conducirá más que a una economía de monasterio. No ha sido posible más que la concentración en las ciudades y la construcción de edificios comunales para varios fines concretos (cárceles, cuarteles, etcétera). Por supuesto, la supresión de la economía individual es inseparable de la supresión (*aufhebung*) de la familia.

La ideología alemana (1846)

Individuos y clase

Los diferentes individuos solo forman una clase cuando se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues de otro modo ellos mismos se enfrentan unos a otros, hostilmente, en el plano de la competencia. Y por otra parte, la clase se sustantiva, a su vez, frente a los individuos que la forman de tal modo que estos se encuentran ya con sus condiciones de vida predestinadas; se encuentran con que la clase les asigna su posición en la vida y, con ello, la trayectoria de su desarrollo personal; se ven absorbidos por ella. Es el mismo fenómeno que el sometimiento de los diferentes individuos a la división del trabajo, y para eliminarlo no hay otro camino que el de la abolición de la propiedad privada y del trabajo mismo.

La ideología alemana (1846)

LA SOCIEDAD CIVIL

La sociedad civil abarca toda la relación material de los individuos en una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas. Abarca toda la vida comercial e industrial de una fase y, en este sentido, transciende los límites del Estado y de la nación, si bien, por otra parte, tiene necesariamente que hacerse valer frente al exterior como nacionalidad, y hacia el interior, como Estado. El término «sociedad civil» apareció en el siglo XVIII cuando ya las relaciones de propiedad se habían desprendido del marco de la comunidad antigua y medieval (*gemeinwesen*). La sociedad civil como tal solo se desarrolla con la burguesía; sin embargo, la organización social que se desarrolla directamente mediante la producción y la relación, y que forma en todas las épocas la base del Estado y de toda otra superestructura idealista, se ha designado siempre, invariablemente, con el mismo nombre.

La ideología alemana (1846)

Transformar el mundo

I

El defecto básico de todo el materialismo anterior —incluido el de Feuerbach— es que solo concibe las cosas, la realidad, lo sensorio, bajo la forma de objeto o de intuición, pero no como actividad sensorialmente humana, no como práctica, no de un modo subjetivo. De aquí que el lado activo fuese desarrollado por el idealismo en contraposición con el materialismo solo de un modo abstracto, ya que el idealismo, naturalmente, no conoce la actividad real, sensible, como tal. Feuerbach quiere objetos sensoriales, realmente distintos de los objetos conceptuales; pero tampoco él entiende la actividad humana misma como una actividad objetiva. Por eso en *La esencia del cristianismo* solo considera la actitud teórica como la auténticamente humana, mientras que concibe y fija la práctica solo en su forma suciamente judía de manifestarse. Por tanto, no comprende la importancia de la acción «revolucionaria», «práctico-crítica».

II

La cuestión de si al pensamiento humano puede atribuírsele una verdad objetiva no es una cuestión teórica sino una cuestión práctica. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, lo terrenal de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica es un problema puramente escolástico.

III

La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que por tanto los hombres son producto de distintas circunstancias y de una educación modificada, olvida que son los hombres precisamente quienes hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado. Conduce pues, inevitablemente, a distinguir en la sociedad dos partes, una de las cuales está elevada por encima de la sociedad (así, por ejemplo, en Robert Owen).

La coincidencia del cambio de las circunstancias y de la actividad humana solo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria.

IV

Feuerbach toma como punto de partida la autoenajenación religiosa, el desdoblamiento del mundo en un mundo religioso, imaginario, y otro real. Su cometido consiste en disolver el mundo religioso reduciéndolo a su base terrenal. No advierte que, después de realizada esta labor, queda por hacer lo principal. En efecto, el hecho de que la base terrenal se separe de sí misma y se plasme en las nubes como reino independiente solo puede explicarse por el autodesgarramiento y la contradicción de esta base terrenal consigo misma. Por tanto, lo primero que hay que hacer es comprender esta en su contradicción y luego revolucionarla prácticamente eliminando la contradicción. Por ejemplo, después de descubrir en la familia terrenal el secreto de la Sagrada Familia, hay que criticar teóricamente y revolucionar prácticamente aquella.

V

Feuerbach, no contento con el pensamiento abstracto, apela a la contemplación sensible; pero no concibe lo sensible como una actividad sensible humana práctica.

VI

Feuerbach diluye la esencia religiosa en la esencia humana. Pero la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales.

VII

Feuerbach no ve, por tanto, que el «sentimiento religioso» es también un producto social y que el individuo abstracto que él analiza pertenece, en realidad, a una forma concreta de sociedad.

VIII

La vida social es, en esencia, práctica. Todos los misterios que desvían la teoría hacia el misticismo encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esa práctica.

IX

A lo más que llega el materialismo intuitivo, es decir, el materialismo que no concibe lo sensible como actividad práctica, es a contemplar a los distintos individuos dentro de la «sociedad civil».

X

El punto de vista del antiguo materialismo es la sociedad civil; el del nuevo materialismo es la sociedad humana o la humanidad socializada.

XI

Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo.

Tesis sobre Feuerbach (1845)

Proudhon y la contradicción

¿Qué es la sociedad, cualquiera que sea su forma? El producto de la acción recíproca de los hombres. ¿Pueden los hombres elegir libremente esta o aquella forma social? Nada de eso. A un determinado nivel de desarrollo de las facultades productivas de los hombres corresponde una determinada forma de comercio y de consumo. A determinadas fases de desarrollo de la producción, del comercio, del consumo, corresponden determinadas formas de constitución social, una determinada organización de la familia, de los estamentos o de las clases; en una palabra, una determinada sociedad civil. A una determinada sociedad civil corresponde un determinado orden político (*état politique*) que no es más que la expresión oficial de la sociedad civil. Esto es lo que el señor Proudhon jamás llegará a comprender, pues cree que ha hecho una gran cosa apelando a la sociedad civil en vez de al Estado, es decir, al resumen oficial de la sociedad en vez de a la sociedad oficial.

Huelga añadir que los hombres no son libres árbitros de sus fuerzas productivas —base de toda su historia—, pues toda fuerza productiva es una fuerza adquirida, producto de una actividad anterior. Por tanto, las fuerzas productivas son el resultado de la energía práctica de los hombres, pero esta misma energía se halla determinada por las condiciones en que los hombres se encuentran colocados, por las fuerzas productivas ya adquiridas, por la forma social anterior a ellos, que ellos no crean y que es producto de la generación anterior. El simple hecho de que cada generación posterior se

encuentre con fuerzas productivas adquiridas por la generación precedente, que le sirven de materia prima para la nueva producción, crea en la historia de los hombres una conexión, crea una historia de la humanidad, que es tal porque las fuerzas productivas de los hombres, y por consiguiente sus relaciones sociales, han adquirido mayor desarrollo. Consecuencia obligada: la historia social de los hombres no es nunca más que la historia de su desarrollo individual, tengan ellos mismos o no conciencia de esto. Sus relaciones materiales forman la base de todas sus relaciones. Estas relaciones materiales no son más que las formas necesarias bajo las cuales se realiza su actividad material e individual.

[…]

Así pues, el señor Proudhon, debido sobre todo a su falta de conocimientos históricos, no ha visto que los hombres, al desarrollar sus facultades productivas, es decir, al vivir, desarrollan ciertas relaciones entre ellos y que el carácter de estas cambia necesariamente con la modificación y el desarrollo de estas facultades productivas. No ha visto que las categorías económicas no son más que abstracciones de estas relaciones reales y que únicamente son verdades mientras esas relaciones subsisten. Por consiguiente, incurre en el error de los economistas burgueses, que ven en esas categorías económicas leyes eternas y no leyes históricas, que lo son únicamente para cierto desarrollo histórico, para un desarrollo determinado de las fuerzas productivas. Así pues, en vez de considerar las categorías político-económicas como abstracciones de relaciones sociales reales, transitorias, históricas, el señor Proudhon, debido a una inversión mística, solo ve en las relaciones reales encarnaciones de esas abstracciones. Esas abstracciones son en sí mismas fórmulas que han estado dormitando en el seno de Dios padre desde el nacimiento del mundo.

[…]

El señor Proudhon ha sabido ver muy bien que los hombres hacen el paño, el lienzo, la seda; y no es un gran mérito, en él, haber sabido ver estas cosas tan sencillas. Lo que el señor Proudhon no ha sabido ver es que los hombres producen también, con arreglo a sus facultades productivas, las relaciones sociales en que producen el paño y el lienzo. Y menos aún ha sabido ver que los hombres que producen las relaciones sociales con arreglo a su productividad material (*productivité matérielle*) crean también las ideas y las categorías, es decir, las expresiones ideales abstractas de esas mismas relaciones. Por tanto, estas categorías son tan poco eternas como las relaciones a las que sirven de expresión. Son productos históricos y transitorios. Para el señor Proudhon las abstracciones, las categorías son, por el contrario, la causa primaria. A su juicio, son ellas y no los hombres quienes hacen la historia.

[…]

Me he extendido ya demasiado y no puedo detenerme en las absurdas acusaciones que el señor Proudhon lanza contra el comunismo. Por el momento, convendrá usted conmigo en que un hombre que no ha comprendido el actual estado de la sociedad comprenderá peor aún el movimiento que tiende a derrocarla y las expresiones literarias de ese movimiento revolucionario.

El único punto en que estoy completamente de acuerdo con el señor Proudhon es en su repulsión hacia la sensiblería socialista. Antes que él me he ganado ya muchos enemigos por mis ataques contra el socialismo borreguil, sentimental, utopista. Pero ¿no se hace el señor Proudhon ilusiones extrañas cuando opone su sentimentalismo de pequeñoburgués —me refiero a sus declamaciones acerca del hogar, el amor conyugal y todas esas banalidades— al sentimentalismo socialista, que en Fourier por ejemplo es mucho más profundo que las presuntuosas banalidades de

nuestro buen Proudhon? […] El señor Proudhon es, de pies a cabeza, un filósofo y un economista de la pequeña burguesía. En una sociedad avanzada, el pequeñoburgués se hace necesariamente, en virtud de su posición, socialista de una parte y economista de la otra, es decir, se siente deslumbrado por la magnificencia de la gran burguesía y siente compasión por los dolores del pueblo. Es, al mismo tiempo, burgués y pueblo. En su fuero interno se jacta de ser imparcial, de haber encontrado el justo equilibrio, que proclama diferente del término medio. Ese pequeñoburgués diviniza la contradicción, porque la contradicción es el fondo de su ser. No es más que la contradicción social en acción. Debe justificar teóricamente lo que él mismo es en la práctica, y al señor Proudhon corresponde el mérito de ser el intérprete científico de la pequeña burguesía francesa, lo que constituye un verdadero mérito, pues la pequeña burguesía será parte integrante de todas las revoluciones sociales que han de suceder.

Carta a Pavel Vasílievich Annenkov (1846)

La producción de necesidades

El señor Proudhon hace al productor dueño de los medios de producción, pero convendrá con nosotros en que sus medios de producción no dependen del libre arbitrio. Más aún, estos medios de producción son en gran parte productos que le vienen de fuera, y en la producción moderna el productor no posee ni siquiera la libertad de producir la cantidad que quiera. El grado actual de desarrollo de las fuerzas productivas le obliga a producir a una determinada escala.

El consumidor no es más libre que el productor. Su opinión se basa en sus medios y sus necesidades. Los unos y las otras están determinados por su situación social, la cual depende, a su vez, de la organización social en su conjunto. Desde luego, el obrero que compra patatas y la concubina que compra encajes se atienen a su opinión respectiva. Pero la diversidad de sus opiniones se explica por la diferencia de la posición que ocupan en el mundo, y esta diferencia de posición es producto de la organización social.

¿En qué se funda el sistema de necesidades: en la opinión o en toda la organización de la producción? Lo más frecuente es que las necesidades nazcan directamente de la producción o de un estado de cosas basado en la producción. El comercio universal gira casi por entero en torno a las necesidades no del consumo individual sino de la producción. Así, eligiendo otro ejemplo, la necesidad que hay de notarios ¿no supone un derecho civil dado, que no es sino una expresión de un cierto desarrollo de la propiedad, es decir, de la producción?

Miseria de la filosofía (1846)

La escuela humanitaria de economía

La escuela humanitaria, que se toma muy a pecho el lado malo de las relaciones de producción actuales, para tranquilidad de conciencia, se esfuerza en paliar todo lo posible los contrastes reales, deplora sinceramente las penalidades del proletariado y la desenfrenada competencia entre los burgueses, aconseja a los obreros que sean sobrios, trabajen bien y tengan pocos hijos; recomienda a los burgueses que moderen su ardor en la esfera de la producción. Toda la teoría de esta escuela se basa en distinciones interminables entre teoría y práctica, entre los principios y sus resultados, entre la idea y su aplicación, entre contenido y forma, entre esencia y realidad, entre el derecho y el hecho, entre el lado bueno y el malo.

Miseria de la filosofía (1846)

Organización del trabajo

El trabajo se organiza y se divide de diferentes modos según sean los instrumentos de que disponga. El molino movido a brazo supone una división del trabajo distinta que el molino de vapor. Querer comenzar por la división del trabajo en general para llegar a uno de los instrumentos específicos de la producción, las máquinas, significa, pues, burlarse de la historia.

Las máquinas no constituyen una categoría económica, como tampoco el buey que tira del arado. Las máquinas no son más que una fuerza productiva. La fábrica moderna, basada en el empleo de las máquinas, es una relación social de producción, una categoría económica.

[…] «La finalidad constante y la tendencia de todo perfeccionamiento del mecanismo es, en efecto, prescindir por completo del trabajo del hombre o disminuir su precio» (Andrew Ure, *Filosofía de las manufacturas*, t. 1, cap. I).

Miseria de la filosofía (1846)

LUCHAR O MORIR

En Inglaterra los obreros no se han limitado a coaliciones parciales sin otro fin que una huelga pasajera y que desaparecen al cesar esta. Se han formado coaliciones permanentes, *trade-unions* que sirven a los obreros de baluarte en sus luchas contra los patronos. Actualmente todas estas *trade-unions* locales están agrupadas en la National Association of United Trades, cuyo Comité Central reside en Londres y que cuenta ya con 80.000 miembros. La organización de huelgas, coaliciones y *trade-unions* se desenvuelve simultáneamente a las luchas políticas de los obreros, que hoy constituyen un gran movimiento político bajo el nombre de «cartistas».

Los primeros intentos de los trabajadores por asociarse han adoptado siempre la forma de coaliciones.

La gran industria concentra en un mismo sitio a una masa de personas que no se conocen entre ellas. La competencia divide sus intereses. Pero la defensa del salario, ese interés común a todos ellos frente a su patrón, los une en una idea común de resistencia: la coalición. Por tanto, la coalición persigue siempre una doble finalidad: acabar con la competencia entre los obreros para poder hacer una competencia general a los capitalistas. Si el primer fin de la resistencia se reducía a la defensa del salario, después, a medida que los capitalistas se asocian, a su vez, movidos por la idea de la represión, las coaliciones en un principio aisladas forman grupos, y la defensa frente al capital, siempre unido, por parte de los obreros y de sus asociaciones acaba siendo para ellos más necesaria que la defensa del

salario. Hasta tal punto esto es cierto que los economistas ingleses no salían de su asombro al ver que los obreros sacrificaban una buena parte del salario en favor de asociaciones que, a juicio de estos economistas, se habían fundado exclusivamente para luchar en pro del salario. En esta lucha —verdadera guerra civil— se van uniendo y desarrollando todos los elementos para la batalla futura. Al llegar a este punto, la coalición toma carácter político.

Las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado en esta masa una situación común, intereses comunes. Así pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí misma. En la lucha, de la que no hemos señalado más que algunas fases, esta masa se une, se constituye como clase para sí misma. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política.

En la historia de la burguesía debemos diferenciar dos fases: en la primera se constituye como clase bajo el régimen del feudalismo y de la monarquía absoluta; en la segunda, la burguesía constituida ya como clase derroca al feudalismo y a la monarquía para transformar la vieja sociedad en una sociedad burguesa. La primera de estas fases fue más prolongada y requirió de mayores esfuerzos. También la burguesía comenzó su lucha con coaliciones parciales contra los señores feudales.

Se han hecho no pocos estudios para presentar las diferentes fases históricas recorridas por la burguesía, desde la comunidad urbana autónoma hasta su constitución como clase.

Pero cuando se trata de dar cuenta exacta de las huelgas, de las coaliciones y de otras formas en las que los proletarios efectúan ante

nuestros ojos su organización como clase, unos son presa de verdadero espanto y otros hacen alarde de un desdén trascendental.

La existencia de una clase oprimida es la condición vital de toda sociedad fundada en el antagonismo de clases. La emancipación de la clase oprimida implica pues, necesariamente, la creación de una sociedad nueva. Para que la clase oprimida pueda liberarse es preciso que las fuerzas productivas ya adquiridas y las relaciones sociales vigentes no puedan seguir existiendo unas al lado de otras. De todos los instrumentos de producción, la fuerza productiva más grande es la propia clase revolucionaria. La organización de los elementos revolucionarios como clase supone la existencia de todas las fuerzas productivas que podían engendrarse en el seno de la vieja sociedad.

¿Quiere esto decir que después del derrocamiento de la vieja sociedad sobrevendrá una nueva dominación de clase, traducida en un nuevo poder político? No.

La condición de la emancipación de la clase obrera es la abolición de todas las clases, del mismo modo que la condición de la emancipación del tercer estado, del orden burgués, fue la abolición de todos los estados y de todos los órdenes.

En el transcurso de su desarrollo, la clase obrera sustituirá a la antigua sociedad civil por una asociación que excluya a las clases y su antagonismo; y ya no existirá un poder político propiamente dicho, pues el poder político es precisamente la expresión oficial del antagonismo de clase dentro de la sociedad civil.

Mientras tanto, el antagonismo entre el proletariado y la burguesía es la lucha de una clase contra otra clase, lucha que, llevada a su más alta expresión, implica una revolución total. Por cierto, ¿puede causar extrañeza que una sociedad basada en la oposición de las clases llegue, como último desenlace, a la contradicción brutal, a un choque cuerpo a cuerpo?

No digáis que el movimiento social excluye el movimiento político. No hay jamás movimiento político que, al mismo tiempo, no sea social.

Solo en un orden de cosas en el que ya no existan clases y antagonismo de clases, las evoluciones sociales dejarán de ser revoluciones políticas. Hasta que ese momento llegue, en vísperas de toda reorganización general de la sociedad, la última palabra de la ciencia social será siempre:

«Luchar o morir; la lucha sangrienta o la nada. Es el dilema inexorable» (George Sand).

Miseria de la filosofía (1846)

DESARROLLO Y DESIGUALDAD SOCIAL

Cuanto más desarrollada está esa sociedad, mayor desarrollo ha alcanzado desde el punto de vista económico la burguesía de un país y, en consecuencia, el poder político asume cada vez más el carácter de una expresión burguesa y tanto más aguda aparece la cuestión social; es más aguda en Francia que en Alemania, en Inglaterra que en Francia, en una monarquía constitucional que en una monarquía absoluta, en una república que en una monarquía constitucional. Es así, por ejemplo, cómo las colisiones del crédito, de la especulación, etcétera, en ninguna parte son más agudas que en los Estados Unidos de América. Y en ninguna parte la desigualdad social se afirma más netamente que en los estados del este de América del Norte, porque en ningún lado está menos cubierta por la desigualdad política. Si todavía el pauperismo no se ha desarrollado allí como en Inglaterra, hay que buscar la causa en las condiciones económicas.

La crítica moralizante o la moral crítica (1847)

¿Qué imponen los impuestos?

Desde el punto de vista material, la monarquía —como cualquier otra forma de gobierno— solo existe directamente para la clase obrera en la forma de impuestos. Los impuestos son la expresión económica de la existencia del Estado. Funcionarios y curas, soldados y bailarinas, maestros de escuela y agentes de Policía, museos griegos y torres góticas, lista civil y jerarquía social: los impuestos son el embrión común donde dormitan todos esos seres famosos.

La crítica moralizante o la moral crítica (1847)

Desclasamiento y humanismo

Es muy *posible* que algunos individuos no siempre sean determinados por la clase a la cual pertenecen. Este hecho es tan poco decisivo para la lucha de clases como lo fue para la Revolución Francesa el paso de algunos nobles al tercer estado. Y además, al menos esos nobles se unían a una clase, a la clase revolucionaria, a la burguesía. Pero el señor Heinzen hace desaparecer a todas las clases ante la idea solemne de «la humanidad».

Si el señor Heinzen cree que clases enteras, que descansan sobre condiciones económicas independientes de su voluntad y que están colocadas por esas condiciones en la oposición más hostil, pueden escapar a sus condiciones reales gracias a la propiedad de «humanidad» inherente a todos los hombres, ¡cuán fácil debe ser para un príncipe elevarse sobre la humanidad, por encima de su «oficio» de príncipe! […]

Todo el mundo sabe que poco después de la Revolución de Julio, la burguesía victoriosa decretó en las leyes de septiembre, y probablemente por humanidad, que «provocar a diversas clases del pueblo para que luchen entre sí» constituía un gran crimen político, objeto de prisión, de multa, etcétera. También es sabido que los diarios burgueses de Inglaterra no conocen un medio mejor para denunciar a los jefes y escritores cartistas que reprocharles que predispongan a las diferentes clases de la sociedad unas contra otras. Incluso se sabe que por haber provocado así a las diferentes clases de la sociedad para que luchen unas contra otras, hay escritores alemanes que gimen en los calabozos de las fortalezas.

La crítica moralizante o la moral crítica (1847)

Revolución burguesa y Revolución obrera

Pero los obreros alemanes saben muy bien que la monarquía absoluta, al servicio de la burguesía, no vacilará nunca y no podrá vacilar nunca un instante en recibirlos a cañonazos y latigazos. ¿Por qué, pues, preferirán las vejaciones brutales del gobierno absoluto, con su séquito semifeudal, al poder directo de la burguesía? Los obreros saben muy bien que la burguesía no solamente deberá hacerles, desde el punto de vista político, concesiones más amplias que la monarquía absoluta, sino también que, en beneficio de su comercio y de su industria, hará nacer, a pesar de ella, las condiciones más favorables para la unión de la clase obrera; y la unión de los obreros es la primera condición para la victoria de estos. Los obreros saben que no se puede llegar a suprimir los modos burgueses de la propiedad manteniendo los modos feudales. Saben que el movimiento revolucionario de la burguesía contra las castas feudales y la monarquía absoluta no puede sino acelerar su propio movimiento revolucionario. Saben que su propia lucha contra la burguesía no podrá estallar más que el día en que la burguesía haya logrado triunfar. Y a pesar de esto, no comparten las ilusiones burguesas del señor Heinzen. Pueden y deben aceptar la revolución burguesa como una condición de la revolución obrera. Pero ni por un instante pueden mirarla como el objetivo final.

Los cartistas ingleses han dado un brillante ejemplo de que tal es realmente la actitud de los obreros en la reciente agitación de la Anti-Corn Law League [Liga contra las leyes sobre cereales].

Ni siquiera por un instante han creído las mentiras y las promesas falaces de los radicales; ni siquiera por un instante han dejado de luchar contra ellos; pero ayudaron a sus enemigos a triunfar sobre los *tories* con pleno conocimiento de causa y, al día siguiente de la derogación de las leyes sobre los cereales, chocaban en el campo de batalla, no ya los *tories* y los librecambistas, sino los librecambistas y los cartistas. Y contra esos radicales burgueses, los obreros conquistaron escaños en el Parlamento.

La crítica moralizante o la moral crítica (1847)

SALARIO Y MERCADO MUNDIAL

En todas las crisis se produce el siguiente círculo vicioso con referencia a los obreros:

El empleador no puede ocupar a los obreros porque no puede vender su producto.

No puede vender su producto porque no tiene compradores.

No tiene compradores porque los obreros no tienen otra cosa para intercambiar que su trabajo, y precisamente por eso no pueden intercambiar su trabajo.

Cuando se habla del aumento del salario cabe observar que siempre debe tenerse en cuenta el mercado mundial, y que el aumento del salario queda sin efecto por el hecho de que en otros países quedan obreros desocupados.

«Salario» (1847)

LIBERTAD, ¿DE QUIÉN?

Señores:

No os dejéis engañar por la palabra abstracta «libertad». Libertad, ¿de quién? No es la libertad de cada individuo con relación a otro individuo. Es la libertad del capital para machacar al trabajador.

¿Cómo podéis refrendar la libre competencia con la libertad cuando esta libertad no es más que el producto de un estado de cosas basado en la libre competencia?

Hemos mostrado el género de fraternidad que el librecambio engendra entre las diferentes clases de una misma nación. La fraternidad que el librecambio establecería entre las diferentes naciones de la tierra no sería más fraternal. Designar con el nombre de «fraternidad universal» la explotación en su aspecto cosmopolita es una idea que solo podía nacer en el seno de la burguesía. Todos los fenómenos destructores suscitados por la libre competencia en el interior de un país se reproducen en proporciones gigantescas en el mercado mundial. No necesitamos detenernos por más tiempo en los sofismas que difunden a este propósito los librecambistas y que tienen tanto valor como los argumentos de nuestros tres laureados, los señores Hope, Morse y Greg.

Se nos dice, por ejemplo, que el librecambio hará nacer una división internacional del trabajo, determinando para cada país el género de producción que corresponda a sus ventajas naturales.

Pensaréis tal vez, señores, que la producción de café y de azúcar es el destino natural de las Indias Occidentales.

Hace dos siglos la naturaleza, que apenas tiene que ver con el comercio, no había plantado allí ni el árbol del café ni la caña de azúcar.

No pasará tal vez ni medio siglo y ya no encontraréis allí ni café ni azúcar, puesto que las Indias Orientales, gracias a su producción más barata, discuten ya con ventaja a las Indias Occidentales su pretendido destino natural. Y estas últimas, con sus dones naturales, son ya para los ingleses una carga tan pesada como los tejedores de Dacca, que también estaban destinados desde tiempos inmemoriales a tejer a mano.

Hay otra circunstancia que no debe perderse de vista: como todo ha pasado a ser monopolio, existen en nuestros días algunas ramas de la industria que predominan sobre todas las demás y que aseguran a los pueblos que más se dedican a ellas el dominio en el mercado mundial. Así, por ejemplo, en el comercio internacional el algodón tiene más valor comercial que todas las demás materias primas juntas empleadas en la fabricación de vestidos. Causa verdaderamente risa ver cómo los librecambistas escogen algunos tipos especiales de producción en cada rama industrial para colocarlos en la balanza con los productos de uso común que se fabrican a un coste más bajo en los países donde la industria ha alcanzado el mayor desarrollo.

Nada de extraño tiene que los librecambistas sean incapaces de comprender cómo un país puede enriquecerse a costa de otro, pues estos mismos señores tampoco quieren comprender cómo en el interior de un país una clase puede enriquecerse a costa de otra.

No creáis, señores, que al criticar la libertad comercial tengamos el propósito de defender el sistema proteccionista.

Se puede ser enemigo del régimen constitucional sin ser partidario del viejo régimen.

Por lo demás, el sistema proteccionista no es sino un medio de establecer en un pueblo la gran industria, es decir, de hacerle depender del mercado mundial; y desde el momento en que depende del mercado mundial, depende ya más o menos del librecambio. Además, el sistema proteccionista contribuye a desarrollar la libre competencia en el interior de un país. Por eso vemos que en los países donde la burguesía comienza a hacerse valer como clase, como Alemania por ejemplo, realiza grandes esfuerzos para lograr aranceles protectores. Para ella son armas contra el feudalismo y contra el poder absoluto; son para ella un medio de concentrar sus fuerzas y de practicar el librecambio en el interior del propio país.

Pero, en general, el sistema proteccionista es en nuestros días conservador, mientras que el sistema del librecambio es destructor. Corroe las viejas nacionalidades y lleva al extremo el antagonismo entre la burguesía y el proletariado. En una palabra, el sistema de la libertad de comercio acelera la revolución social. Y solo en este sentido revolucionario, yo voto, señores, a favor del librecambio.

«Discurso sobre el librecambio»,
Miseria de la filosofía (1848)

III

LA REVOLUCIÓN SALE AL ENCUENTRO

La ausencia de una experiencia común compartida, engendra soledad, egoísmo y angustia.

SIMONE WEIL

Un fantasma recorre Europa

Un fantasma recorre Europa: es el fantasma del comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa se han unido en una sacrosanta cruzada para acosar a ese fantasma: el papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los policías alemanes.

¿Qué partido opositor no ha sido tildado de comunista por sus adversarios en el poder? ¿Qué partido opositor, a su vez, no ha lanzado tanto contra los opositores más avanzados como contra enemigos reaccionarios el epíteto zahiriente de «comunista»?

De este hecho resulta una enseñanza doble.

Que todas las potencias europeas ya reconocen al comunismo como una fuerza.

Que ya es hora de que los comunistas expongan abiertamente ante el mundo su enfoque, sus objetivos y sus tendencias, que opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del partido.

Con esta finalidad, comunistas de las más diversas nacionalidades se han reunido en Londres y han redactado el siguiente Manifiesto, que será publicado en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.

I. Burgueses y proletarios

La historia de todas las sociedades existentes hasta el presente es la historia de la lucha de clases.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales; en suma, opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, libraron una lucha constante, ora oculta, ora desembozada; una lucha que concluyó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o con la destrucción de las clases en pugna.

En épocas históricas anteriores, hallamos casi por doquier una división completa de la sociedad en diversas clases, una escala múltiple de condiciones sociales. En la Roma antigua hallamos patricios, équites, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales, siervos y, por añadidura, en casi cada una de estas clases hallamos, a su vez, gradaciones particulares.

La moderna sociedad burguesa, surgida del ocaso de la sociedad feudal, no ha abolido los antagonismos de clase. Solo ha sustituido las antiguas clases, condiciones de opresión y formas de lucha por otras nuevas.

Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue sin embargo por el hecho de haber simplificado los antagonismos de clase. Toda la sociedad se divide, cada vez más, en dos grandes bandos hostiles, en dos grandes clases que se enfrentan directamente entre sí: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los villanos de las primeras ciudades; a partir de esta clase urbana se desarrollaron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso nuevos campos de actividad. Los mercados de las Indias orientales y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el incremento de los medios de cambio y de las mercancías en general proporcionaron al comercio, a la navegación y a la industria un

auge jamás conocido, y con ello, el desarrollo del elemento revolucionario dentro de la sociedad feudal en desintegración.

La organización feudal o gremial de la industria ya no bastaba para satisfacer las necesidades, crecientes con la apertura de los nuevos mercados. Su lugar fue ocupado por la manufactura. Los maestros de los gremios fueron suplantados por la clase media industrial; la división del trabajo entre las diversas corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.

Pero los mercados crecían constantemente, la demanda aumentaba de continuo.

Tampoco la manufactura resultaba ya suficiente. Entonces el vapor y la maquinaria revolucionaron la producción industrial. El lugar de la manufactura fue ocupado por la gran industria moderna y el de la clase media industrial por los magnates de la industria, los jefes de grandes ejércitos industriales, los burgueses modernos.

La gran industria ha creado el mercado mundial ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial ha dado origen a un desarrollo inconmensurable del comercio, la navegación y las comunicaciones terrestres. A su vez, este desarrollo ha repercutido sobre el auge de la industria, y a medida que se expandían la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, se desarrollaba la burguesía, incrementando sus capitales y relegando a un segundo plano a todas las clases heredadas de la Edad Media.

Vemos, pues, que la burguesía moderna es producto de un largo proceso histórico, de una serie de revoluciones en los modos de producción y cambio.

Cada una de estas etapas evolutivas de la burguesía ha ido acompañada del correspondiente progreso político. Clase oprimida bajo la dominación

de los señores feudales; asociación armada y autónoma en la comuna; en algunas partes, república urbana independiente; en otras, tercer estado tributario de la monarquía; después, en la época de la manufactura, contrapeso de la nobleza en la monarquía feudal o en la absoluta y, en general, base fundamental de las grandes monarquías, la burguesía desde el establecimiento de la gran industria y del mercado mundial conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno. El Gobierno del Estado moderno no es más que una comisión administradora de los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel extremadamente revolucionario.

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Ha desgarrado despiadadamente todos los abigarrados lazos feudales que ataban a los hombres a sus «superiores naturales» sin dejar que subsistiera, entre hombre y hombre, ningún otro vínculo que el interés desnudo, que el insensible dinero contante y sonante. Ha ahogado el sagrado éxtasis del idealismo religioso, del entusiasmo caballeresco y del sentimentalismo pequeñoburgués en las gélidas aguas del cálculo egoísta. Ha reducido la dignidad personal a simple valor de cambio, colocando, en lugar de las incontables libertades estatuidas y bien conquistadas, una *única* desalmada libertad de comercio. En una palabra, ha sustituido la explotación disfrazada con ilusiones religiosas y políticas por la explotación franca, descarada, directa y brutal.

La burguesía ha despojado de su aureola a todo lo que antes se tenía por venerable y se contemplaba con respeto piadoso. Ha convertido en sus

obreros asalariados al médico, al jurista, al poeta, al cura y al hombre de ciencia.

La burguesía ha arrancado el velo emotivo y sentimental que cubría las relaciones familiares reduciéndolas a meras relaciones dinerarias.

La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, que tanto admira la reacción, tenía su complemento natural en la holgazanería más indolente. Solo ella ha demostrado lo que puede producir la actividad humana. Ha llevado a cabo obras maravillosas totalmente diferentes a las pirámides egipcias, los acueductos romanos y las catedrales góticas, y ha realizado campañas completamente distintas a las migraciones de pueblos y de las cruzadas.

La burguesía no puede existir sin revolucionar incesantemente los instrumentos de producción, es decir, las relaciones de producción y, por ende, todas las relaciones sociales. En cambio, la conservación inalterada del antiguo modo de producción era la condición primordial de la existencia de todas las clases industriales precedentes. Un continuo trastorno de la producción, una conmoción ininterrumpida de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Las relaciones inamovibles y enmohecidas del pasado, con su séquito de ideas y creencias veneradas durante siglos, se derrumban y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, todo lo consagrado se desacraliza y, al fin, los hombres se ven obligados a contemplar con ojos desapasionados sus propias vidas y sus relaciones con los demás.

La necesidad de una venta cada vez más expandida de sus productos lanza a la burguesía a través de todo el orbe. Debe establecerse, instalarse y entablar relaciones por doquier.

La burguesía, al explotar el mercado mundial, ha dado a la producción y al consumo un sello cosmopolita. Entre los lamentos de los reaccionarios, ha destruido los cimientos nacionales de la industria. Las antiquísimas industrias nacionales han sido aniquiladas, y aún siguen siéndolo a diario. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya instauración se convierte en un problema vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que no emplean ya materias primas locales, sino otras provenientes de las zonas más distantes, y cuyos productos no solo se consumen en el propio país, sino de manera simultánea en todas las partes del mundo. El lugar de las antiguas necesidades, satisfechas por los productos regionales, se ve ocupado por otras nuevas que requieren los productos de los países y climas más remotos para su satisfacción. El sitio del mercado local y nacional autosuficiente se ve ocupado por un tráfico en todas direcciones, por una mutua dependencia general entre las naciones. Y lo mismo que ocurre en la producción material sucede en la producción intelectual. Los productos intelectuales de las diversas naciones se convierten en acervo común. Las limitaciones y peculiaridades nacionales se tornan cada vez más imposibles, y a partir de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Gracias al rápido perfeccionamiento de todos los medios de producción, con las facilidades increíbles de la red de comunicaciones, la burguesía también arrastra hacia la civilización a las naciones más bárbaras. El bajo precio de sus mercancías es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas chinas, con la que obliga a capitular a las tribus bárbaras más obcecadas en su odio contra el extranjero. Obliga a todas las naciones a abrazar el modo de producción de la burguesía o perecer; las obliga a instaurar en su propio seno la llamada civilización, es decir, a convertirse en burgueses. En pocas palabras, crea un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado ciudades enormes, ha incrementado en alto grado la población urbana en proporción a la rural, sustrayendo así una parte considerable de la población al cretinismo de la vida rural. Del mismo modo en que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses y Oriente a Occidente.

La burguesía suprime cada vez más la fragmentación de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado a la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en pocas manos. La consecuencia obligada ha sido la centralización política. Territorios independientes, apenas aliados y con intereses, leyes, Gobiernos y aranceles diferentes han sido consolidados en *una* sola nación, *un* solo Gobierno, *una* sola ley, *un* solo interés nacional de clase y *una* sola línea aduanera.

En su dominio de clase apenas secular, la burguesía ha creado fuerzas productivas mucho más masivas y colosales que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de maquinaria, la aplicación de la química a la industria y la agricultura, la navegación a vapor, los ferrocarriles, el telégrafo eléctrico, la urbanización de continentes enteros, los ríos abiertos a la navegación, poblaciones nuevas surgidas como por ensalmo, ¿cuál de los siglos pasados pudo sospechar que dormitasen semejantes fuerzas productivas en el seno del trabajo social?

Hemos visto, pues, que los medios de producción y comunicación sobre los cuales se desarrolló la burguesía se engendraron en la sociedad feudal. Cuando estos medios de comunicación y producción alcanzaron una determinada fase de desarrollo, las condiciones en que la sociedad feudal producía y comerciaba, la organización feudal de la agricultura y de la

manufactura, en pocas palabras, las relaciones de propiedad feudales, ya no se correspondían con las fuerzas productivas. Frenaban la producción en vez de impulsarla. Se convirtieron en otras tantas ataduras. Había que romper esas ataduras, y así se hizo.

Su lugar fue ocupado por la libre competencia, con una constitución política y social adecuada a ella y con la hegemonía económica y política de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos está ocurriendo un movimiento similar. Las relaciones burguesas de producción y tráfico de mercancías, las relaciones burguesas de propiedad, la sociedad burguesa moderna, que ha producido como por encanto medios de producción y de transporte tan fabulosos, recuerda al brujo incapaz de dominar a los espíritus subterráneos que ha conjurado. Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y de su predominio. Basta mencionar las crisis comerciales que, con su recurrencia, cuestionan de forma cada vez más amenazadora la existencia de toda la sociedad burguesa. En las crisis comerciales se destruye regularmente gran parte no solo de los productos elaborados sino de las fuerzas productivas ya creadas. En las crisis se desata una epidemia social que en cualquiera de las épocas anteriores hubiera parecido un contrasentido: la epidemia de la superproducción. Súbitamente la sociedad se halla retrotraída a un estado de barbarie momentánea; una hambruna, una guerra mundial devastadora parecen haberle privado de todos los medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. ¿Y todo por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados recursos, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya

para fomentar las relaciones de propiedad burguesas; por el contrario, resultan ya demasiado poderosas para estas relaciones que constituyen un obstáculo para su desarrollo; y cada vez que salvan ese obstáculo, siembran el desorden en la sociedad burguesa, amenazan la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas se han tornado demasiado estrechas para abarcar la riqueza por ellas engendrada. ¿Cómo se sobrepone la burguesía a las crisis? Por una parte, mediante la destrucción obligada de gran cantidad de fuerzas productivas; por la otra, mediante la conquista de nuevos mercados a la par que procurando explotar más a fondo los mercados antiguos. ¿De qué manera? Preparando crisis más extensas y violentas y reduciendo los medios de que dispone para prevenirlas.

Las armas con que la burguesía derribó al feudalismo se vuelven ahora contra ella.

Pero la burguesía no solo ha forjado las armas que han de darle muerte, también ha engendrado a los hombres llamados a empuñarlas: los obreros modernos, los *proletarios*.

En la misma medida en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, se desarrolla el proletariado, la clase de los obreros modernos, que solo puede vivir encontrando trabajo y que solo lo halla mientras su trabajo incrementa el capital. Estos obreros, obligados a venderse al detalle, son una mercancía como otra cualquiera, sujeta por tanto a todos los cambios y modalidades de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter propio y, con ello, todo atractivo para el obrero. El trabajador se convierte en un mero accesorio de la máquina, a quien solo se exigen las operaciones más sencillas, monótonas y de fácil aprendizaje. De ahí que los costos que acarrea el obrero se reducen casi exclusivamente al mínimo que necesita para vivir y perpetuar su linaje.

Pero el precio de una mercancía, y como consecuencia también del trabajo, equivale a sus costos de producción. Cuanto más fastidioso es el trabajo, tanto más disminuye el salario pagado al obrero. Más aún, cuanto más aumentan la maquinaria y la división del trabajo, tanto más aumenta la cantidad de trabajo, bien porque se alargue la jornada, bien porque se intensifique el rendimiento exigido, se acelere la marcha de las máquinas, etcétera.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Las masas obreras, apiñadas en la fábrica, son sometidas a una organización y disciplina militares. En su calidad de soldados industriales rasos, trabajan bajo la supervisión de toda una jerarquía de suboficiales y oficiales. No solo son esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino que son esclavizados a diario y a toda hora por la máquina, por el capataz y, sobre todo, por el burgués individual, patrón de fábrica. Este despotismo es tanto más mezquino, execrable, indignante, cuanto más abiertamente proclama que no tiene otro fin que el lucro.

Cuanta menos habilidad y fuerza requiera el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo de la industria moderna, mayor es la proporción en que el trabajo de los hombres es suplantado por el de mujeres y niños. Las diferencias de edad y de sexo ya no tienen significación social para la clase obrera. No hay más que instrumentos de trabajo que acarrean diferentes costos según su sexo y edad.

Una vez que la explotación del obrero por el fabricante ha concluido y aquel recibe el pago de su salario en efectivo, caen sobre él las partes restantes de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etcétera.

Las pequeñas clases medias existentes hasta la fecha, los pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, son

absorbidos por el proletariado; unos, porque su pequeño capital no basta para alimentar las exigencias de la gran industria y sucumbe a la competencia de los capitales de mayor envergadura; otros, porque sus habilidades profesionales se ven despreciadas por los nuevos modos de producción. Todas las clases sociales contribuyen, pues, a nutrir las filas del proletariado.

El proletariado recorre diversas etapas evolutivas. Su lucha contra la burguesía comienza con su existencia.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados; después, por los obreros de una fábrica; más tarde, por los del mismo oficio de una localidad, contra el burgués individual que los explota directamente. Dirigen sus ataques no solo contra las relaciones burguesas de producción sino contra los propios instrumentos de producción; destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, destrozan las máquinas, incendian las fábricas, tratan de conquistar nuevamente la posición perdida del artesano medieval.

En esta etapa los obreros constituyen una masa diseminada por todo el país y fragmentada por la competencia. La cohesión de los obreros no es aún consecuencia de su propia unión, sino de la unión de la burguesía que, para alcanzar sus propios objetivos políticos, debe poner en movimiento a todo el proletariado, algo que aún puede hacer. Por consiguiente, en esta etapa los proletarios no combaten aún contra sus enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los vestigios de la monarquía absoluta, los terratenientes, los burgueses no industriales y los pequeñoburgueses. La marcha de la historia está concentrada en manos de la burguesía; cualquier victoria es alcanzada de esta manera.

El desarrollo de la industria no solo nutre al proletariado sino que lo concentra en masas considerables, aumenta su fuerza y la conciencia de esa

fuerza. Los intereses y las condiciones de vida dentro del proletariado se nivelan cada vez más, pues la maquinaria desdibuja las diferencias en el trabajo y deprime los salarios, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo. La creciente competencia desatada entre la burguesía y las crisis comerciales que ocasiona vuelven cada vez más fluctuante el salario de los obreros; el cada vez más acelerado e incesante perfeccionamiento de la maquinaria hace cada vez más inciertas sus condiciones de vida; las colisiones entre obrero y burgués aislados van tomando el carácter, cada vez más señalado, de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a coaligarse contra los burgueses, se asocian y unen para asegurar su salario. Hasta llegan a formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios para estas sublevaciones ocasionales. Aquí y allá estalla la lucha mediante insurrecciones.

A veces los obreros triunfan, pero siempre de manera transitoria.

El verdadero objetivo de estas luchas no es conseguir el éxito inmediato, sino ir extendiendo y consolidando la unión obrera. Esta unión es propiciada por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria, que ponen en contacto a obreros de diferentes localidades. Basta este contacto para centralizar las numerosas luchas locales, de igual carácter por doquier, y convertirlas en una lucha nacional, en una lucha de clases. Sin embargo, toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión que a los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, les llevó siglos establecer, los proletarios modernos la consiguen con los ferrocarriles en unos pocos años.

Esta organización de los proletarios como clase, y por tanto en partido político, vuelve a ser socavada a cada instante por la competencia entre los propios obreros. Pero renace una y otra vez, más fuerte, firme y poderosa. Aprovecha las disensiones internas de la burguesía para obligarla a

reconocer por ley algunos intereses de la clase obrera; por ejemplo, la Ley de la jornada de diez horas en Inglaterra.

En general, las colisiones de la vieja sociedad favorecen de manera diversa el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía se halla en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellos sectores de la propia burguesía cuyos intereses entran en contradicción con el progreso de la industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de todos los demás países. Para librar estos combates no tiene más remedio que apelar al proletariado, reclamar su auxilio, arrastrándolo así al movimiento político. De este modo le proporciona elementos de su propia educación, es decir, armas contra ella misma.

Además, como ya hemos visto, el progreso de la industria precipita hacia el proletariado a capas enteras de la clase dominante, o cuando menos amenaza sus condiciones de vida. Y estos elementos aportan al proletariado numerosos elementos formativos.

Finalmente, en tiempos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de disolución tiene lugar dentro de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, y asume un carácter tan vivo y violento que una pequeña parte de la clase dominante se separa de ella y abraza la causa revolucionaria, a la clase que tiene en sus manos el porvenir. De ahí que, así como antes una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, ahora una parte de esta se pasa al proletariado, y en especial, una parte de los ideólogos de la burguesía, quienes han avanzado hacia la comprensión teórica de todo el movimiento histórico.

De todas las clases que hoy se enfrentan a la burguesía no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás decaen y perecen con la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Los estratos intermedios —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino— combaten a la burguesía para asegurar su existencia en cuanto clase media ante su hundimiento. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más aún, son reaccionarios, tratan de hacer girar hacia atrás la rueda de la historia. Todo lo que tienen de revolucionario es lo que atañe a su tránsito inminente al proletariado; no defienden sus intereses presentes sino futuros cuando abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpenproletariado, ese producto pasivo de putrefacción de los estratos inferiores de la antigua sociedad, resulta parcialmente arrastrado hacia el movimiento por una revolución proletaria, pero por su situación existencial se hallará más dispuesto a dejarse sobornar para prestarse a maniobras reaccionarias.

Las condiciones de existencia de la antigua sociedad están ya abolidas en las condiciones de existencia del proletariado. El proletario carece de propiedades; su relación con su mujer y con sus hijos no tiene ya nada en común con las relaciones familiares burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Alemania que en Norteamérica, lo ha despojado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral y la religión son para él meros prejuicios burgueses tras los que se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.

Todas las clases que en el pasado conquistaban la hegemonía trataron de asegurarse las posiciones adquiridas sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación. Los proletarios solo pueden conquistar las fuerzas productivas sociales aboliendo su propio modo de apropiación en vigor. Los proletarios no tienen nada propio que salvaguardar; tienen que destruir todo cuanto, hasta el presente, ha asegurado y garantizado la propiedad privada.

Todos los movimientos realizados hasta la actualidad han sido movimientos de minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es un movimiento propio de la inmensa mayoría en interés de la inmensa mayoría. El proletariado, el estrato inferior de la sociedad actual, no puede alzarse, erguirse, sin hacer saltar por los aires toda la superestructura formada por las capas que conforman la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es en primer lugar nacional. Es natural que el proletariado de cada país deba acabar primero con su propia burguesía.

Al esbozar las fases más generales de la evolución del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos encubierta que se desarrolle dentro de la sociedad imperante hasta el punto en que la misma estalla en una revolución franca y el proletariado implanta su hegemonía mediante el derrocamiento violento de la burguesía.

Todas las sociedades anteriores, como ya hemos visto, han descansado en el antagonismo entre clases oprimidas y opresoras. Mas para poder oprimir a una clase es menester asegurarle condiciones dentro de las cuales pueda sobrellevar, cuando menos, su existencia esclavizada. El siervo evolucionó a miembro de la comuna dentro del régimen de servidumbre, así como el pequeñoburgués se elevó a burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. En cambio, el obrero moderno, en lugar de elevarse con el progreso de la industria, se hunde cada vez más por debajo de las condiciones de existencia de su propia clase. El obrero se convierte en indigente y la indigencia crece aún con mayor rapidez que la población y la riqueza. He ahí una prueba palmaria de la incapacidad de la burguesía para seguir siendo la clase dominante de la sociedad y de imponer a la sociedad, como ley reguladora, las condiciones de existencia de su clase. Es incapaz de dominar, porque es incapaz de asegurar la existencia a sus esclavos aun

dentro de su esclavitud, porque se ve obligada a dejarlos caer hasta el punto de tener que alimentarlos en lugar de ser alimentada por ellos. La sociedad no puede seguir viviendo bajo su dominio, es decir, que la existencia de la burguesía ya no es compatible con la de la sociedad.

La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de riqueza en manos de particulares, la formación e incremento constante del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. Este se basa exclusivamente en la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, cuyo agente involuntario e incapaz de oponérsele es la burguesía, sustituye el aislamiento de los obreros resultante de la competencia por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía el fundamento por el cual esta produce y se apropia de lo producido. Y a la par que avanza, cava su fosa y cría a sus enterradores. Su muerte y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables.

Manifiesto comunista (1847)

Nosotros y nosotras, los comunistas

¿Qué relación guardan los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros.

No tienen intereses separados de los intereses de todo el proletariado.

No proclaman principios especiales con los que aspiren a moldear el movimiento proletario.

Los comunistas solo se diferencian de los restantes partidos proletarios por la circunstancia de que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios destacan y reivindican los intereses comunes de todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; por la otra, en que en las diversas fases de desarrollo en la lucha entre el proletariado y la burguesía representan siempre el interés del movimiento en su conjunto.

Por consiguiente, los comunistas son en la práctica el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa a los demás; y en la teoría, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es idéntico al que persiguen todos los demás partidos proletarios: la constitución del proletariado como clase, el derrocamiento de la dominación burguesa, la conquista del poder político por parte del proletariado.

Los postulados teóricos del comunismo no se fundan en modo alguno en ideas o principios inventados o descubiertos por ningún reformador del mundo.

No son sino la expresión general de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que transcurre ante nuestros ojos. La abolición de las relaciones de propiedad existentes hasta la fecha no es una característica propia del comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han estado sometidas a constantes cambios históricos, a modificaciones históricas permanentes.

La Revolución Francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en beneficio de la propiedad burguesa.

Lo que distingue al comunismo no es la supresión de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa.

Pero la propiedad privada burguesa moderna es la expresión última y más perfeccionada del modo de producción y apropiación de lo producido basado en los antagonismos de clase, en la explotación de los unos por los otros.

En este sentido, los comunistas pueden resumir su teoría en la expresión «abolición de la propiedad privada».

[…]

Ser capitalista significa ocupar no una posición meramente personal, sino social, en la producción. El capital es un producto colectivo y solo puede ponerse en marcha mediante la actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad; más aún, en rigor solo por la actividad conjunta de todos los miembros de la sociedad.

En consecuencia, el capital no es una fuerza personal sino social.

[…]

En la sociedad burguesa el trabajo vivo no es más que un medio para multiplicar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado es solo un medio para dilatar, mejorar y enriquecer la vida del obrero.

En consecuencia, en la sociedad burguesa el pasado predomina sobre el presente, mientras que en la comunista imperará el presente sobre el pasado. En la sociedad burguesa, el capital es independiente y tiene personalidad, mientras que el individuo activo carece de independencia y está despersonalizado.

¡Y la burguesía califica de abolición de la personalidad y de la libertad a la abolición de estas condiciones! Y con razón. Aspiramos, en efecto, a ver abolidas la personalidad, la independencia y la libertad burguesas.

[…]

Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero en vuestra sociedad actual la propiedad privada está abolida para nueve décimas partes de sus miembros; existe precisamente a costa de no existir para esas nueve décimas partes. Nos reprocháis, pues, que queramos abolir una propiedad que presupone la falta de propiedad de la inmensa mayoría de la sociedad como condición necesaria.

En pocas palabras, nos reprocháis que queramos abolir vuestra propiedad.

Pues sí, eso es lo que queremos.

[…]

Todos los reparos que se formulan contra el modo comunista de apropiación y producción material se han extendido asimismo a la producción y apropiación de los productos del espíritu. Así como para el burgués el cese de la propiedad de clase equivale al cese de la propia producción, el cese de la cultura de clase es el cese de toda cultura.

La cultura cuya pérdida tanto deplora es, para la inmensa mayoría, la educación para convertirse en máquinas.

No discutáis con nosotros midiendo la abolición de la propiedad burguesa con vuestras ideas burguesas de libertad, cultura, derecho, etcétera. Vuestras ideas son producto de las relaciones burguesas de propiedad y producción, así como vuestra justicia es solo la voluntad de vuestra clase elevada a la categoría de ley, una voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones materiales de existencia de vuestra clase.

[…]

Pero decís que destruimos la intimidad de la familia al sustituir la educación doméstica por la social.

¿Y acaso vuestra educación no está determinada asimismo por la sociedad? ¿No lo está por las condiciones sociales dentro de las cuales educáis, por intervención más o menos directa de la sociedad a través de la escuela, etcétera? Los comunistas no están inventando la intromisión de la sociedad en la educación; solo modifican su carácter al sustraer la educación a la influencia de la clase dominante.

Las proclamas burguesas sobre la familia y la educación, sobre la intimidad entre padres e hijos, son tanto más repugnantes cuanto la gran industria más va desgarrando los vínculos familiares de los proletarios, convirtiendo a los hijos en simples mercancías, meros instrumentos de trabajo.

¡Pero es que vosotros, los comunistas, queréis instaurar la comunidad de las mujeres!, nos grita a coro toda la burguesía.

El burgués solo ve en su mujer un mero instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción han de ser explotados colectivamente, y es natural que no pueda pensar otra cosa sino que el destino de la utilización común ha de afectar igualmente a las mujeres.

No advierte que se trata precisamente de acabar con esa situación de las mujeres como meros instrumentos de producción.

[…]

Se acusa también a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los obreros no tienen patria. No es posible quitarles lo que no tienen.

Puesto que el proletariado aún debe conquistar, en primer término, la hegemonía política, elevarse a clase nacional, constituirse a sí mismo como nación, todavía es nacional, aunque en modo alguno en el sentido burgués.

Las segregaciones y contradicciones nacionales de los pueblos desaparecen día a día con el desarrollo de la burguesía, con la libertad de comercio, con el mercado mundial, la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de vida correspondientes a ellos.

El triunfo del proletariado las hará desaparecer más deprisa todavía. La acción conjunta, al menos de los países civilizados, es una de las condiciones primordiales de su liberación.

En la medida en que se deroga la explotación de un individuo por otro, se deroga la explotación de una nación por otra.

Con la desaparición del antagonismo de clase en el seno interno de la nación, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí.

No merecen un examen detallado las acusaciones que se hacen contra el comunismo desde el punto de vista religioso, filosófico e ideológico en general.

¿Acaso se requiere una comprensión profunda para entender que con las condiciones de vida de los hombres, sus relaciones sociales, su existencia social, cambian también sus ideas, puntos de vista y conceptos, su conciencia, en una palabra?

¿Qué otra cosa demuestra la historia de las ideas sino que la producción intelectual se transforma con la material? Las ideas dominantes en cualquier época siempre son solo las ideas de la clase imperante.

Se habla de ideas que revolucionan a toda una sociedad; con ello solo se expresa el hecho de que en el seno de la sociedad antigua han germinado los elementos de una nueva, a la par que se disuelven las antiguas condiciones de vida y las ideas antiguas.

Cuando el mundo antiguo se hallaba en su ocaso, las religiones antiguas fueron vencidas por el cristianismo. En el siglo XVIII, cuando las ideas cristianas sucumbían ante la Ilustración, la sociedad feudal libró su lucha a vida o muerte con la entonces revolucionaria burguesía. Las ideas de libertad de conciencia y de religión solo expresaban la hegemonía de la libre competencia en el terreno del saber.

«Sin embargo —se nos dirá—, las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etcétera, se han modificado en el curso de la evolución histórica. La religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho siempre se han mantenido a través de estas transformaciones.

»Existen además verdades eternas, como libertad, justicia, etcétera, que son comunes a todas las situaciones sociales. Pero el comunismo suprime las verdades eternas, deroga la moral, la religión, en lugar de darles nueva forma, y en consecuencia, contradice a todo el desarrollo histórico que ha tenido lugar hasta el presente.»

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de todas las sociedades existentes hasta la fecha se ha desarrollado dentro de contradicciones de clase que revisten diversas modalidades según las épocas.

Mas cualquiera que sea la forma que adoptaron, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos anteriores. Nada tiene, pues, de extraño que la conciencia social de todas las

épocas, a despecho de toda variedad y de toda diversidad, se haya movido dentro de ciertas formas comunes, dentro de unas formas —formas de conciencia— que no desaparecen por completo más que con la desaparición definitiva del antagonismo de clases.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; no puede sorprender entonces que en su curso evolutivo se rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales. Pero dejemos las objeciones de la burguesía contra el comunismo. Como ya hemos visto, el primer paso de la revolución obrera será la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado utilizará su hegemonía política para despojar paulatinamente a la burguesía de todo su capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para incrementar lo más rápidamente posible la suma de las fuerzas productivas.

Como es natural, en primera instancia esto solo puede ocurrir mediante intervenciones despóticas en el derecho de propiedad y en las relaciones burguesas de producción, es decir, en virtud de medidas que parecen insuficientes e insostenibles desde el punto de vista económico, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y resultarán totalmente indispensables como medio para revolucionar todo el modo de producción.

Estas medidas serán, naturalmente, diferentes según los distintos países.

Sin embargo, en los países más avanzados se podrán poner en práctica casi de forma generalizada las siguientes medidas:

1. Expropiación de la propiedad de la tierra y empleo de la renta de la misma para los gastos del Estado.

2. Fuertes impuestos progresivos.

3. Supresión del derecho de herencia.

4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y rebeldes.

5. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un banco nacional con capital estatal y régimen de monopolio.

6. Nacionalización de los transportes.

7. Multiplicación de las fábricas nacionales y de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de los campos, según un plan general.

8. Igual trabajo obligatorio para todos; organización de ejércitos industriales, en especial para la agricultura.

9. Combinación de la agricultura y la industria, medidas en pro de la paulatina eliminación de la diferencia entre el campo y la ciudad.

10. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo infantil en las fábricas bajo su forma actual; unificación de la educación con la producción material, etcétera.

Tan pronto como, en el transcurso del tiempo, hayan desaparecido las diferencias de clase y toda la producción esté concentrada en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político es, en rigor, el poder organizado de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía, el proletariado se unifica necesariamente para convertirse en clase; si en virtud de una revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, deroga por la fuerza las antiguas relaciones de producción, abolirá, junto con esas relaciones de producción, las condiciones que determinan el antagonismo de clases, las clases mismas y, por tanto, su propia soberanía como tal clase.

El lugar de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y contradicciones de clase, será ocupado por una asociación en la cual el libre desarrollo de cada uno será la condición para el libre desarrollo de todos.

Manifiesto comunista (1847)

Breve historia de los socialismos

1. El socialismo reaccionario

a) El socialismo feudal

Por su posición histórica, las aristocracias francesa e inglesa estaban llamadas a escribir libelos contra la sociedad burguesa moderna. En la revolución francesa de julio de 1830 y en el movimiento reformista inglés sucumbieron una vez más al odiado advenedizo. Ya no cabía hablar de una lucha política seria. No les quedaba más arma que la pluma.

Pero también en el terreno de la literatura se había vuelto inaplicable el antiguo lenguaje de la Restauración. Para ganarse simpatías, la aristocracia debía perder aparentemente de vista sus intereses y acusar a la burguesía solo en interés de la clase obrera explotada. De este modo se dio el gusto de componer canciones satíricas contra su nuevo amo y de musitarle profecías más o menos catastróficas.

Nació así el socialismo feudal, mezcla de jeremiada y pasquín, de ecos del pasado y amenazas del futuro. Si alguna vez su crítica amarga, mordaz e ingeniosa hirió a la burguesía en el corazón, su incapacidad absoluta para comprender la marcha de la historia moderna terminó siempre por cubrirlo de ridículo.

Enarbolaban en su mano, cual bandera, la alforja proletaria del mendigo para congregar al pueblo tras ellos. Pero cuantas veces los seguía, el pueblo

veía brillar en las espaldas de los caudillos las viejas armas feudales y se dispersaba entre carcajadas estentóreas e irrespetuosas.

Una parte de los legitimistas franceses y la joven Inglaterra ofrecían este espectáculo cómico.

Esos señores feudales, que tanto insisten en que sus modos de explotación no se parecen en nada a los de la burguesía, olvidan que las circunstancias y condiciones de la explotación han sido superadas en la actualidad. Cuando demuestran que bajo su dominación no existía el proletariado moderno, olvidan que la burguesía moderna es, precisamente, un retoño necesario de su orden social.

Por lo demás, ocultan tan poco el carácter reaccionario de su crítica que la principal acusación que formulan contra la burguesía consiste precisamente en que bajo su régimen se desarrolló una clase llamada a derruir todo el orden social heredado.

Lo que más reprochan a la burguesía es el hecho de engendrar un proletariado revolucionario, no un proletariado en general.

De ahí que, en la práctica política, participen en todas las medidas represivas contra la clase obrera, y en la vida cotidiana, pese a todas las retóricas ampulosas, se las compongan para recoger las doradas manzanas del árbol de la industria y trocar la fidelidad, el amor y el honor por el comercio de lana, remolacha azucarera y aguardiente.

Del mismo modo en que los curas iban siempre del brazo de los señores feudales, el socialismo clerical va de la mano del socialismo feudal.

Nada más fácil que dar al ascetismo cristiano un tinte socialista. ¿Acaso el cristianismo no luchó también contra la propiedad privada, contra el matrimonio y contra el Estado? ¿Acaso no predicó en su lugar la caridad y la limosna, el celibato y el castigo de la carne, la vida monástica y la

Iglesia? El socialismo cristiano no es más que el agua bendita con que el clérigo consagra el despecho del aristócrata.

b) El socialismo pequeñoburgués

La aristocracia feudal no es la única clase derrocada por la burguesía cuyas condiciones de vida se han atrofiado y perecido en la sociedad burguesa moderna. Los villanos y el pequeño campesinado medievales fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países menos desarrollados en el aspecto industrial y comercial aún sigue vegetando esta clase junto a la burguesía en ascenso.

En aquellos países donde se ha desarrollado la civilización moderna se ha formado una pequeña burguesía que fluctúa entre la burguesía y el proletariado y que se renueva constantemente como parte complementaria de la sociedad burguesa, pero cuyos miembros se ven de continuo precipitados a las filas del proletariado a causa de la competencia y que, con el desarrollo de la gran industria, ve aproximarse el momento en que desaparecerán por completo como parte independiente de la sociedad moderna y en que serán sustituidos por capataces y dependientes en el comercio, la manufactura y la agricultura.

En países como Francia, donde la clase campesina constituye bastante más de la mitad de la población, era natural que los escritores, al abrazar la causa del proletariado contra la burguesía, aplicasen a su crítica del régimen burgués el rasero del pequeñoburgués y del pequeño campesino, simpatizando con la causa obrera desde el punto de vista de la pequeña burguesía. Así nació el socialismo pequeñoburgués. Sismondi es el

principal exponente de esta literatura, no solo en Francia sino también en Inglaterra.

Este socialismo analizó con suma lucidez las contradicciones inherentes a las relaciones de producción modernas. Desenmascaró las hipócritas apologías de los economistas. Demostró de modo irrefutable los efectos destructores de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad de la tierra, la superproducción, las crisis, la inevitable ruina de los pequeñoburgueses y campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía reinante en la producción, las clamorosas desigualdades en la distribución de la riqueza, la exterminadora guerra industrial de las naciones entre sí, la disolución de las antiguas costumbres, de la familia tradicional y de las viejas nacionalidades.

Sin embargo, en cuanto a su contenido positivo, este socialismo pretende o bien restaurar los antiguos medios de producción y de tráfico y con ellos las antiguas relaciones de propiedad y la vieja sociedad, o bien encerrar los modernos medios de producción y de cambio dentro del marco de las antiguas relaciones de propiedad, que fueron destruidas —que debían serlo— por ellos. En ambos casos es, a la vez, reaccionario y utópico.

El sistema gremial para la manufactura y la economía patriarcal para el campo: he aquí su última palabra.

En su evolución posterior, esta orientación se extravió en un cobarde gimoteo.

c) El socialismo alemán o socialismo «verdadero»

La literatura socialista y comunista francesa, nacida bajo la presión de una burguesía dominante y que constituye la expresión literaria de la lucha

librada contra esa dominación, fue introducida en Alemania en una época en que la burguesía empezaba apenas su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, seudofilósofos e intelectuales alemanes de salón se apoderaron ávidamente de esta literatura olvidando que las condiciones francesas de vida no habían emigrado a Alemania al mismo tiempo que esos escritos. En las condiciones alemanas, la literatura francesa perdió todo su significado práctico directo para adoptar un aspecto puramente literario. Debía parecer más bien una especulación ociosa sobre la realización del ser humano. Así, para los filósofos alemanes del siglo XVIII, las exigencias de la primera Revolución Francesa no eran más que exigencias de la «razón práctica» en general, y las manifestaciones de la voluntad de la burguesía revolucionaria francesa no significaban a sus ojos más que leyes de la voluntad pura, de la voluntad tal como esta debe ser, de la voluntad verdaderamente humana.

La única preocupación de los literatos alemanes era armonizar las nuevas ideas francesas con su antigua conciencia filosófica, o mejor dicho, apropiarse las ideas francesas desde su punto de vista filosófico.

Y la asimilaron como se asimila, en general, una lengua extranjera: por traducción.

Es sabido que los monjes copiaban superponiendo sobre los manuscritos de las obras clásicas del antiguo paganismo las absurdas historias de los santos católicos. Los literatos alemanes procedieron a la inversa con la literatura francesa profana. Escribían sus disparates filosóficos a continuación del original francés. Por ejemplo, a continuación de la crítica francesa de las relaciones dinerarias escribían «expropiación del ser humano»; a continuación de la crítica francesa del Estado burgués escribían «supresión del predominio de lo general abstracto», y así sucesivamente.

A la interpolación de su fraseología filosófica en la crítica francesa la bautizaron como «filosofía de la acción», «socialismo verdadero», «ciencia

alemana del socialismo», «fundamentación filosófica del socialismo», etcétera.

De este modo se castró formalmente a la literatura socialista-comunista francesa. Y como en manos de los alemanes no expresaba ya la lucha de una clase contra otra, el alemán imaginaba estar por encima de la «estrechez francesa» y haber abogado por la necesidad de la verdad en vez de la verdadera necesidad, y por los intereses del ser humano en lugar de los del proletario; por los de ese ser humano que no pertenece en absoluto a clase alguna ni a la realidad, sino solo al vaporoso firmamento de la fantasía filosófica.

Sin embargo, este socialismo alemán, que se tomaba tan en serio y con tanta solemnidad sus torpes ejercicios escolásticos que tanto y tan solemnemente proclamaba a los cuatro vientos, fue perdiendo poco a poco su pedante inocencia.

La lucha de la burguesía alemana, en especial de la prusiana, contra los señores feudales y la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, adquirió un carácter más serio.

De este modo se le brindó al socialismo «verdadero» la anhelada oportunidad de contraponer las reivindicaciones socialistas al movimiento político, de lanzar los anatemas tradicionales contra el liberalismo, contra el Estado representativo, contra la competencia burguesa, la libertad burguesa de prensa contra la libertad, la igualdad y el derecho burgueses, y de predicar a las masas populares que no tendrían nada que ganar y, por el contrario, todo que perder en este movimiento burgués. El socialismo alemán olvidaba oportunamente que la crítica francesa —de la que no era más que un eco insípido— había presupuesto la sociedad burguesa moderna con sus correspondientes condiciones materiales de vida y su constitución política apropiada, premisas por las cuales aún cabía luchar en Alemania.

Para los gobiernos absolutos alemanes, con toda su cohorte de sacerdotes, maestros de escuela, hidalgos de aldea y burócratas, desempeñó el papel de espantajo propicio contra la amenaza de la burguesía en ascenso.

Era una especie de melifluo complemento a los feroces latigazos y a los disparos con que esos mismos gobiernos respondían a los alzamientos obreros alemanes.

Si el «verdadero» socialismo fue, de esta suerte, un arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, también abogaba de manera directa en pro de un interés reaccionario: el interés de la pequeña burguesía alemana. En Alemania, la pequeña burguesía, tradicional desde el siglo XVI y que desde esa época reaparece siempre de manera renovada en diversas formas, constituye la verdadera base social del orden establecido.

Mantenerla implica conservar en Alemania las condiciones imperantes. La pequeña burguesía alemana teme que la hegemonía industrial y política de la burguesía signifique su ruina segura: por una parte, como consecuencia de la concentración de capital, y por la otra, como consecuencia del surgimiento de un proletariado revolucionario. El «verdadero» socialismo mataba para ella dos pájaros de un tiro. Y se propagó como una epidemia.

El ropaje ampuloso, tejido con las telarañas de la especulación, bordado de flores retóricas y bañado por un rocío sentimental cálidamente amoroso, con el que los socialistas alemanes envolvieron sus escasas y descarnadas «verdades eternas» no hizo sino aumentar la demanda de su mercancía entre semejante público.

Por su parte, el socialismo alemán reconoció cada vez más su vocación: la de ser el pomposo representante de esa pequeña burguesía.

Proclamó a la nación alemana como modelo y al pequeñoburgués alemán como el hombre modelo. Confirió a todas las infamias de este hombre

modelo el mismo sentido oculto, superior y socialista, dentro del cual significaban su contrario. Fue consecuente hasta el fin al manifestarse directamente contra la tendencia «brutalmente destructiva» del comunismo y proclamando su imparcial superioridad a todas las luchas de clases. Con muy pocas excepciones, todo cuanto circula en Alemania en materia de escritos presuntamente socialistas y comunistas pertenece al ámbito de esta literatura inmunda y enervante.

2. El socialismo conservador o burgués

Una parte de la burguesía desea mitigar los males sociales a fin de garantizar la subsistencia de la sociedad burguesa.

Pertenecen a la misma economistas, filántropos, humanitarios, los que pretenden mejorar la situación de las clases trabajadoras, organizadores de la beneficencia, sociedades protectoras de animales, asociaciones a favor de la templanza, reformadores de tercera categoría de la índole más abigarrada. Y hasta se ha llegado a elaborar este socialismo en sistemas completos.

Sirva de ejemplo la *Filosofía de la miseria*, de Proudhon.

Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y peligros que surgen fatalmente de ellas. Quieren perpetuar la sociedad imperante depurada de los elementos que la revolucionan y corroen. Quieren la burguesía sin el proletariado. Como es natural, la burguesía imagina el mundo en que domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués convierte esta idea consoladora en un sistema más o menos completo. Cuando invita al proletariado a hacer realidad su sistema y a entrar en la nueva Jerusalén, todo cuanto reclama es,

en el fondo, que se avenga para siempre al actual sistema, pero despojándose de las ideas hostiles que abriga sobre él.

Una segunda forma, menos sistemática aunque más práctica, de este socialismo trata de disuadir a la clase obrera de todo movimiento revolucionario, al señalarle que solo una modificación de las condiciones materiales de vida, de las relaciones económicas, podría serle de utilidad, no así tal o cual transformación política. Pero este socialismo no entiende en modo alguno por modificación de las condiciones materiales la abolición de las relaciones de producción burguesas —que solo es posible por la vía revolucionaria—, sino solo las reformas administrativas realizadas sobre la base de las mismas relaciones de producción burguesas que, por ende, no modifican en nada la relación entre capital y trabajo asalariado sino que, en el mejor de los casos, disminuyen los costos de la dominación y simplifican la administración del Estado burgués.

El socialismo burgués solo alcanza su expresión pertinente cuando se transforma en mera figura retórica.

¡Libre cambio en interés de la clase obrera! ¡Aranceles protectores en interés de la clase obrera! ¡Prisiones celulares en interés de la clase obrera! He aquí la última palabra del socialismo burgués, la única que piensa seriamente.

El socialismo burgués se resume precisamente en esta afirmación: burgueses son burgueses… en interés de la clase trabajadora.

Manifiesto comunista (1847)

El paraíso comunista no existe

No se trata aquí de la literatura que ha expresado las exigencias del proletariado en todas las grandes revoluciones modernas (escritos de Babeuf, etcétera).

Las primeras tentativas del proletariado por imponer directamente sus propios intereses de clase en una época de efervescencia general, durante el período del derrocamiento de la sociedad feudal, fracasaron necesariamente tanto por el débil desarrollo del mismo proletariado como por la ausencia de condiciones materiales para su liberación, que solo surgen como producto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompaña a estos primeros movimientos es, por su contenido, forzosamente reaccionaria. Predica un ascetismo general y un burdo igualitarismo.

Los sistemas propiamente socialistas y comunistas, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen, etcétera, surgen en la primera fase embrionaria de la lucha entre el proletariado y la burguesía que hemos descrito anteriormente (véase «Burgueses y proletarios»).

Los autores de estos sistemas dan por cierto el antagonismo de las clases y la existencia de elementos disolventes que germinan en la propia sociedad dominante. Pero todavía no aciertan a ver en el proletariado ninguna iniciativa histórica, ningún movimiento político que le sea peculiar.

Puesto que el desarrollo del antagonismo de clases mantiene el mismo ritmo que el desarrollo de la industria, tampoco encuentran las condiciones materiales para la liberación del proletariado y se lanzan a la búsqueda de

una ciencia social, de unas leyes sociales que permitan crear dichas condiciones.

El lugar de la acción social debe ocuparlo su ingenio personal: el lugar de la organización paulatina del proletariado como clase debe asumirlo una organización de la sociedad inventada por ellos. La historia universal futura se reduce, para ellos, a la propaganda y a la ejecución práctica de sus planes sociales.

Es verdad que son conscientes de defender ante todo los intereses de la clase obrera por ser la que más sufre. Pero el proletariado solo existe para ellos desde este punto de vista: el de la clase que más padece.

Sin embargo, la forma rudimentaria de la lucha de clases, así como su propia posición social, los lleva a considerarse muy por encima de cualquier antagonismo de clase. Pretenden mejorar las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad, incluso los más acomodados. Por ello apelan de continuo a toda la sociedad sin distinción cuando no se dirigen con preferencia a la propia clase dominante. Porque basta con comprender su plan para reconocerlo como el mejor plan posible para la mejor de todas las sociedades posibles.

De ahí que rechacen cualquier acción política, en especial la revolucionaria; pretenden alcanzar su objetivo por la vía pacífica e intentando abrir paso a este nuevo evangelio social mediante el poder del ejemplo por medio de pequeños experimentos, naturalmente fallidos.

La descripción fantástica de la sociedad futura surge en una época en la que el proletariado no ha alcanzado aún la madurez, es decir, en que él mismo aún concibe de manera fantástica su propia situación, sus primeros impulsos, puramente intuitivos, hacia una transformación completa de la sociedad.

Y sin embargo estos escritos socialistas y comunistas constan también de elementos críticos. Atacan los fundamentos del orden establecido. Por eso han contribuido notablemente a ilustrar la conciencia de la clase trabajadora. Sus tesis positivas sobre la sociedad futura, como por ejemplo la supresión de la oposición ciudad-campo, la abolición de la familia, de la ganancia privada y del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social, la transformación del Estado en un simple organismo administrativo de la producción, todas estas tesis solo anuncian la desaparición del antagonismo de clase, que apenas está comenzando a desarrollarse y al que apenas conocen en su primera e informe indefinición. Por eso todas estas tesis aún tienen un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y comunismo crítico-utópicos es inversamente proporcional a su desarrollo histórico. A medida en que se desarrolla y se conforma la lucha de clases, pierde todo valor práctico y toda justificación teórica el fantástico afán de ponerse por encima de ella, ese modo fantástico de combatirla. Por eso, aunque los autores de estos sistemas fueron revolucionarios en muchos aspectos, sus discípulos forman sectas cada vez más reaccionarias. Se aferran a los antiguos puntos de vista de sus maestros frente a la prosecución del desarrollo histórico del proletariado. Son, pues, consecuentes cuando pugnan por atenuar de nuevo la lucha de clases y conciliar los antagonismos. Aún siguen soñando con experimentar sus utopías sociales, con establecer falansterios aislados, con la erección de *home-colonies* en sus países o la fundación de una pequeña Icaria, edición de bolsillo de la nueva Jerusalén. Para la construcción de todos estos castillos en el aire deben apelar a la filantropía de los corazones y de los bolsillos burgueses. Poco a poco van cayendo en la categoría de los antes descritos socialistas reaccionarios o conservadores y solo se

diferencian de ellos por una pedantería más sistemática, por su fanática fe supersticiosa en los efectos milagrosos de su ciencia social.

Manifiesto comunista (1847)

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Resumiendo: los comunistas apoyan en todas partes cualquier movimiento revolucionario contra las condiciones sociales y políticas imperantes.

En todos los movimientos colocan en primer término, como asunto fundamental, el problema de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que revista.

Por último, los comunistas trabajan en todas partes en pro de la unión y del acuerdo de los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Abiertamente declaran que sus objetivos solo podrán alcanzarse mediante la subversión violenta de cualquier orden social preexistente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder, como no sean sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Manifiesto comunista (1847)

PROLOGANDO EL *MANIFIESTO*

La Liga de los Comunistas, una asociación obrera internacional que bajo las condiciones imperantes por entonces solo podía ser, obviamente, secreta, en el Congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847 encargó a los que suscriben la redacción de un programa detallado del partido, a la vez teórico y práctico, destinado a la opinión pública. Nació así el siguiente *Manifiesto*, cuyo manuscrito fue enviado a Londres para ser impreso pocas semanas antes de la Revolución de Febrero. Publicado primero en alemán, se han realizado como mínimo doce ediciones en este idioma en Alemania, Inglaterra y Norteamérica. La edición inglesa apareció por primera vez en 1850 en el *Red Republican* de Londres, traducido por la señora Helen Macfarlane, y en 1871 se han editado en Norteamérica no menos de tres traducciones distintas. La primera versión francesa apareció en París poco antes de la insurrección de junio de 1848 y recientemente ha vuelto a publicarse en *Le Socialiste* de Nueva York. En la actualidad se está preparando una nueva traducción. La versión polaca fue publicada en Londres poco después de la primera edición alemana. La traducción rusa vio la luz en Ginebra en la década de 1860. También ha sido traducido al danés poco después de su publicación.

Por mucho que hayan cambiado las condiciones imperantes en los últimos veinticinco años, los principios generales desarrollados en este *Manifiesto* aún conservan hoy en día, a grandes rasgos, todo su acierto. Solo tendría que retocarse algún que otro detalle. Ya el propio *Manifiesto*

advierte que la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y en todas partes de las circunstancias históricas imperantes, razón por la que no se pone especial énfasis en las medidas revolucionarias propuestas al final de la sección II. Actualmente ese pasaje rezaría de otro modo en muchos aspectos. Ante el inmenso desarrollo de la gran industria en los últimos veinticinco años y de la organización del partido de la clase obrera, que ha avanzado junto con aquella en las experiencias prácticas de la Revolución de Febrero y, sobre todo, de la Comuna de París, donde el proletariado por vez primera tuvo el poder político durante dos meses, este programa ha envejecido hoy en algunos puntos. La Comuna ha demostrado sobre todo que «la clase obrera no puede limitarse a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines» (véase *La guerra civil en Francia. Mensaje del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores*, edición alemana, p. 19, donde se ha desarrollado esta idea). Además es evidente que la crítica de la literatura socialista resulta incompleta en la actualidad ya que solo llega hasta 1847; otro tanto ocurre con las observaciones acerca de la postura de los comunistas frente a los diversos partidos opositores (sección IV). Aunque sigan siendo válidas en sus fundamentos, han envejecido en su desarrollo por la sencilla razón de que la situación política ha cambiado radicalmente y de que la evolución histórica ha hecho desaparecer a la mayor parte de los partidos políticos que allí se enumeran.

No obstante, el *Manifiesto* es un documento histórico que no tenemos derecho a modificar. Tal vez una edición posterior aparezca acompañada por una introducción que cubra el período que media entre 1847 y nuestros días, pero la presente reimpresión nos ha sorprendido sin tiempo para escribirlo.

Londres, 24 de junio de 1872

Karl Marx y Friedrich Engels

Manifiesto comunista. Prólogo a la edición alemana de 1872

SPECULUM IV

[…] no tendría más de treinta años en aquel tiempo, aunque era la cabeza reconocida de la escuela del socialismo avanzado. Aquel hombre en cierta manera rechoncho, con una frente ancha, cabello y barbas muy negros y unos ojos oscuros y brillantes atraía de manera inmediata la atención general. Disfrutaba de la reputación de haber adquirido grandes conocimientos, pero como yo sabía muy poco de sus descubrimientos y teorías, era el más ansioso por captar alguna palabra de sabiduría que escapara por los labios del hombre famoso. Mi expectación se vio frustrada de manera peculiar. Las afirmaciones de Marx estaban por supuesto llenas de significado, claras y lógicas, pero no había visto jamás un hombre cuyos modales fueran tan provocadores e intolerables. A ninguna opinión que difiriera de la suya concedió el honor de la más mínima condescendiente consideración. A todo el que le contradijo lo trató con abyecto desdén; ante cualquier razón que le disgustara, comentaba con desprecio mordaz la inconmensurable ignorancia que la había generado, o con infamia oprobiosa los motivos de aquel que la había expuesto. Recuerdo como lo más reseñable el desdén cortante con el que pronunció la palabra «burgués», y de «burgueses» —esto es, un ejemplo detestable de la degeneración mental y moral más profundas— acusó a todos los que se atrevieron a contraponer su opinión […]. Era evidente que no solo no había conseguido adeptos sino que había repelido a muchos que, de otra manera, podían haberse convertido en sus seguidores.

Carl Schurz sobre Marx en Colonia, verano de 1848

Dos kilos de fuerza de trabajo

Si preguntamos a los obreros qué salario perciben, uno nos contestará: «Mi burgués me paga un marco por la jornada de trabajo»; el otro: «Yo recibo dos marcos», etcétera. Según las distintas ramas del trabajo a que pertenezcan, nos indicarán las distintas cantidades de dinero que los burgueses respectivos les pagan por la ejecución de una tarea determinada, verbigracia, por tejer una vara de lienzo o por componer un pliego de imprenta. Pero pese a la diferencia de datos, todos coinciden en un punto: el salario es la cantidad de dinero que el capitalista paga por un determinado tiempo de trabajo o por la ejecución de una tarea determinada.

Por tanto, diríase que el capitalista compra con dinero el trabajo de los obreros. Estos le venden por dinero su trabajo. Pero esto no es más que la apariencia. Lo que en realidad venden por dinero los obreros al capitalista es su fuerza de trabajo. El capitalista compra esta fuerza de trabajo por un día, una semana, un mes, etcétera. Y una vez comprada, la consume, obligando a que los obreros trabajen durante el tiempo estipulado. Con el mismo dinero con que les compra su fuerza de trabajo, por ejemplo, con dos marcos, el capitalista podría comprar dos libras de azúcar o una determinada cantidad de otra mercancía cualquiera. Los dos marcos con los que compra dos libras de azúcar son el precio de las dos libras de azúcar. Los dos marcos con los que compra doce horas de uso de la fuerza de trabajo son el precio de un trabajo de doce horas. La fuerza de trabajo es,

pues, una mercancía, ni más ni menos que el azúcar. Aquella se mide con el reloj; esta, con la balanza.

Los obreros cambian su mercancía, la fuerza de trabajo, por la mercancía del capitalista, el dinero, y este cambio se realiza guardándose una determinada proporción: tanto dinero por tantas horas de uso de la fuerza de trabajo. Por tejer durante doce horas, dos marcos. Y estos dos marcos ¿no representan todas las demás mercancías que pueden adquirirse por la misma cantidad de dinero? En realidad, el obrero ha cambiado su mercancía, la fuerza de trabajo, por otras mercancías de todo género, y siempre en una determinada proporción. Al entregarle dos marcos a cambio de su jornada de trabajo, el capitalista le entrega la cantidad correspondiente de carne, de ropa, de leña, de luz, etcétera. Por tanto, los dos marcos expresan la proporción en que la fuerza de trabajo se cambia por otras mercancías, o sea el valor de cambio de la fuerza de trabajo. Ahora bien, el valor de cambio de una mercancía expresado en dinero es, precisamente, su precio. Por consiguiente, el salario no es más que un nombre especial con que se designa el precio de la fuerza de trabajo, o lo que suele llamarse «precio del trabajo», el nombre especial de esa peculiar mercancía que solo toma cuerpo en la carne y la sangre del hombre.

Tomemos un obrero cualquiera, un tejedor por ejemplo. El capitalista le suministra el telar y el hilo. El tejedor se pone a trabajar y el hilo se convierte en lienzo. El capitalista se adueña del lienzo y lo vende por veinte marcos, por ejemplo. ¿Acaso el salario del tejedor representa una parte del lienzo, de los veinte marcos, del producto de su trabajo? Nada de eso. El tejedor recibe su salario mucho antes de venderse el lienzo, tal vez mucho antes de que haya acabado de tejerlo. Por tanto, el capitalista no paga el salario con el dinero que ha de obtener del lienzo sino de un fondo de dinero que tiene en reserva. Las mercancías entregadas al tejedor a cambio

de la suya —la fuerza de trabajo— no son productos de su trabajo, del mismo modo que no lo son el telar y el hilo que el burgués le ha suministrado. Podría ocurrir que el burgués no encontrase ningún comprador para su lienzo. Podría ocurrir también que no se reembolsase con el producto de su venta ni el salario pagado. Y puede ocurrir también que lo venda muy ventajosamente, en comparación con el salario del tejedor. Al tejedor todo esto le tiene sin cuidado. El capitalista, con una parte de la fortuna de que dispone, de su capital, compra la fuerza de trabajo del tejedor exactamente de la misma manera que con otra parte de su fortuna ha comprado las materias primas —el hilo— y el instrumento de trabajo —el telar—. Una vez hechas estas compras, entre las que figura la de la fuerza de trabajo necesaria para elaborar el lienzo, el capitalista produce ya con materias primas e instrumentos de trabajo de su exclusiva pertenencia. Entre los instrumentos de trabajo va incluido también, naturalmente, nuestro buen tejedor, que participa en el producto o en el precio del producto en la misma medida que el telar; es decir, absolutamente en nada.

Por tanto, el salario no es la parte del obrero en la mercancía por él producida. El salario es la parte de la mercancía ya existente con la que el capitalista compra una determinada cantidad de fuerza de trabajo productiva.

Trabajo asalariado y capital (1849)

Libre te quiero, nos dice el capital

La fuerza de trabajo es, pues, una mercancía que su propietario, el obrero asalariado, vende al capital. ¿Para qué la vende? Para vivir.

Ahora bien, la fuerza de trabajo en acción, el trabajo mismo, es la propia actividad vital del obrero, la manifestación misma de su vida. Y esta actividad vital la vende a otro para asegurarse los medios de vida necesarios. Es decir, su actividad vital no es para él más que un medio para poder existir. Trabaja para vivir. El obrero ni siquiera considera el trabajo parte de su vida; es más bien el sacrificio de su vida. Es una mercancía que ha adjudicado a un tercero. Por eso el producto de su actividad no es tampoco el fin de esta actividad. Lo que el obrero produce para sí no es la seda que teje ni el oro que extrae de la mina, ni el palacio que edifica. Lo que produce para sí es el salario; para él, la seda, el oro y el palacio se reducen a una determinada cantidad de medios de vida, si acaso a una chaqueta de algodón, unas monedas de cobre y una habitación en un sótano. Y para el obrero que teje, hila, taladra, tornea, construye, cava, machaca piedras, carga, etcétera, durante doce horas al día, ¿son estas doce horas de tejer, hilar, taladrar, tornear, construir, cavar y machacar piedras la manifestación de su vida, su vida misma? Al contrario. Para él, la vida comienza allí donde terminan estas actividades: en la mesa de su casa, en el banco de la taberna, en la cama. Las doce horas de trabajo no tienen para él sentido alguno en cuanto a tejer, hilar, taladrar, etcétera, sino como medio para ganar el dinero que le permite sentarse a la mesa, en el banco de la

taberna y meterse en la cama. Si el gusano de seda hilase para ganarse el sustento como oruga, sería un auténtico obrero asalariado. La fuerza de trabajo no ha sido siempre una mercancía. El trabajo no ha sido siempre trabajo asalariado, es decir, trabajo libre. El esclavo no vendía su fuerza de trabajo al esclavista, del mismo modo que el buey no vende su trabajo al labrador. El esclavo es vendido de una vez y para siempre, con su fuerza de trabajo, a su dueño. Es una mercancía que puede pasar de manos de un dueño a otro. Él es una mercancía, pero su fuerza de trabajo no le pertenece. El siervo de la gleba solo vende una parte de su fuerza de trabajo. No es él quien obtiene un salario del propietario del suelo; por el contrario, es este, el propietario del suelo, quien percibe de él un tributo.

[…] El obrero, en cuanto quiera, puede dejar al capitalista a quien se ha alquilado. El capitalista puede despedirle cuando se le antoje, cuando ya no le saque provecho alguno o no le saque el provecho que había calculado. Pero el obrero, cuya única fuente de ingresos es la venta de su fuerza de trabajo, no puede desprenderse de toda la clase de los compradores, es decir, de la clase de los capitalistas, sin renunciar a su existencia. No pertenece a tal o cual capitalista, sino a la clase capitalista en conjunto, y es incumbencia suya encontrar un patrono, es decir, encontrar dentro de esta clase capitalista un comprador.

Trabajo asalariado y capital (1849)

¿Cuánto cuesta un obrero?

La remuneración del trabajo subirá o bajará según la relación entre la demanda y la oferta, según el cariz que presente la competencia entre los compradores de la fuerza de trabajo, los capitalistas, y los vendedores de la fuerza de trabajo, los obreros. A las oscilaciones de los precios de las mercancías en general les corresponden las oscilaciones del salario. Pero dentro de estas oscilaciones, el precio del trabajo se hallará determinado por el coste de producción, por el tiempo de trabajo necesario para producir esa mercancía que es la fuerza de trabajo. Ahora bien, ¿cuál es el coste de producción de la fuerza de trabajo? Es lo que cuesta sostener al obrero como tal obrero y educarlo para este oficio.

Por tanto, cuanto menos tiempo de aprendizaje exija un trabajo, menor será el coste de producción del obrero, más bajo el precio de su trabajo, su salario. En las ramas industriales que no exigen apenas tiempo de aprendizaje, en las que basta con la mera existencia corpórea del obrero, el coste de producción se reduce casi exclusivamente a las mercancías necesarias para que aquel pueda vivir en condiciones de trabajar. Por tanto, aquí el precio de su trabajo estará determinado por el precio de los medios de vida indispensables.

Pero hay que tener presente, además, otra circunstancia.

El fabricante, al calcular su coste de producción y, con arreglo a él, el precio de los productos, incluye en el cálculo el desgaste de los instrumentos de trabajo. Si una máquina le cuesta, por ejemplo, mil marcos

y se desgasta totalmente en diez años, agregará cien marcos cada año al precio de las mercancías fabricadas para, al cabo de los diez años, poder sustituir la máquina ya agotada por otra nueva. Del mismo modo hay que incluir en el coste de producción de la fuerza de trabajo simple el coste de procreación que permite a la clase obrera estar en condiciones de multiplicarse y de reponer los obreros agotados por otros nuevos. Por tanto, el desgaste del obrero entra en los cálculos ni más ni menos que el desgaste de las máquinas.

Así pues, el coste de producción de la fuerza de trabajo simple se cifra siempre en los gastos de existencia y reproducción del obrero. El precio de este coste de existencia y reproducción es el que forma el salario. El salario así determinado es lo que se llama el salario mínimo. Y al igual que el coste de producción para el precio de las mercancías en general, el salario mínimo no rige para el individuo sino para la especie. Hay obreros, millones de obreros, que no ganan lo necesario para poder vivir y procrear, pero el salario de la clase obrera se nivela, dentro de sus oscilaciones, sobre la base del salario mínimo.

Trabajo asalariado y capital (1849)

UN NEGRO ES UN NEGRO Y EL CAPITAL ES EL CAPITAL

El capital está formado por materias primas, instrumentos de trabajo y medios de vida de todo género que se emplean para producir nuevas materias primas, nuevos instrumentos de trabajo y nuevos medios de vida. Todas estas partes integrantes del capital son hijas del trabajo, productos del trabajo, trabajo acumulado. El trabajo acumulado que sirve de medio a la nueva producción es el capital.

Eso dicen los economistas.

¿Qué es un esclavo negro? Un hombre de la raza negra. Una explicación vale tanto como la otra.

Un negro es un negro. Solo en determinadas condiciones se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina de hilar algodón. Solo en determinadas condiciones se convierte en capital. Sin esas condiciones no tiene nada de capital, del mismo modo que el oro no es de por sí dinero, ni el azúcar el precio del azúcar.

En la producción los hombres no actúan solamente sobre la naturaleza, sino que actúan también los unos sobre los otros. No pueden producir sin asociarse de un cierto modo para actuar en común y establecer un intercambio de actividades. Para producir, los hombres contraen determinados vínculos y relaciones, y a través de estos vínculos y relaciones sociales, y solo a través de ellos, se relacionan con la naturaleza y se realiza la producción.

Estas relaciones sociales que contraen los productores entre sí, las condiciones en que intercambian sus actividades y toman parte en el proceso conjunto de la producción variarán, naturalmente, según el carácter de los medios de producción. Con la invención de un nuevo instrumento de guerra, el arma de fuego, tuvo que cambiar obligatoriamente toda la organización interna de los ejércitos. Cambiaron las relaciones por las que los individuos formaban un ejército y podían actuar como tal, y cambió también la relación entre los distintos ejércitos.

Por tanto, las relaciones sociales en las que los individuos producen —las relaciones sociales de producción— cambian, se transforman, al cambiar y desarrollarse los medios materiales de producción —las fuerzas productivas —. Las relaciones de producción en su conjunto constituyen lo que conocemos como relaciones sociales, como sociedad, y concretamente, una sociedad con un determinado grado de desarrollo histórico, una sociedad de carácter peculiar y distintivo. La sociedad antigua, la sociedad feudal, la sociedad burguesa son otros tantos conjuntos de relaciones de producción, cada uno de los cuales representa, a su vez, un grado especial de desarrollo en la historia de la humanidad.

También el capital es una relación social de producción. Es una relación burguesa de producción, una relación de producción de la sociedad burguesa. Los medios de vida, los instrumentos de trabajo, las materias primas que componen el capital ¿no han sido producidos y acumulados bajo condiciones sociales dadas, en determinadas relaciones sociales? ¿No se emplean para un nuevo proceso de producción bajo condiciones sociales dadas, en determinadas relaciones sociales? ¿Y no es precisamente este carácter social determinado el que convierte en capital los productos destinados a la nueva producción?

El capital no se compone solamente de medios de vida, instrumentos de trabajo y materias primas; no se compone solamente de productos materiales, también se compone de valores de cambio. Todos los productos que lo integran son mercancías. El capital no es, pues, solamente una suma de productos materiales; es una suma de mercancías, de valores de cambio, de magnitudes sociales.

El capital sigue siendo el mismo aunque sustituyamos la lana por algodón, el trigo por arroz, los ferrocarriles por vapores a condición de que el algodón, el arroz y los vapores —el cuerpo del capital— tengan el mismo valor de cambio, el mismo precio que la lana, el trigo y los ferrocarriles en que antes se encarnaba. El cuerpo del capital es susceptible de cambiar constantemente sin que por eso sufra el capital la menor alteración.

Pero si todo capital es una suma de mercancías, es decir, de valores de cambio, no toda suma de mercancías, de valores de cambio, es capital.

Toda suma de valores de cambio es un valor de cambio. Todo valor de cambio concreto es una suma de valores de cambio. Por ejemplo, una casa que vale mil marcos es un valor de cambio de mil marcos. Una hoja de papel que valga un *pfennig* es una suma de valores de cambio de un *pfennig*.

Los productos susceptibles de ser cambiados por otros productos son mercancías. La proporción concreta en que pueden cambiarse constituye su valor de cambio o, si se expresa en dinero, su precio. La cantidad de estos productos no altera para nada su destino de mercancías, de ser un valor de cambio o de tener un determinado precio. Sea grande o pequeño, un árbol es siempre un árbol. Por el hecho de cambiar hierro por otros productos en medias onzas o en quintales, ¿cambia su carácter de mercancía, de valor de cambio? Lo único que hace el volumen es dar a una mercancía mayor o menor valor, un precio más alto o más bajo.

Ahora bien, ¿cómo se convierte en capital una suma de mercancías, de valores de cambio?

Por el hecho de que, como fuerza social independiente, es decir, como fuerza en poder de una parte de la sociedad, se conserva y aumenta por medio del intercambio con la fuerza de trabajo inmediata, viva. La existencia de una clase que no posee nada más que su capacidad de trabajo es una premisa necesaria para que exista el capital.

Solo el dominio del trabajo acumulado, pretérito, materializado sobre el trabajo inmediato, vivo, convierte el trabajo acumulado en capital.

Trabajo asalariado y capital (1849)

Liberación de todas las naciones oprimidas

La unificación y fraternización de las naciones es una frase que está actualmente en boca de todos los partidos, en especial de los librecambistas burgueses. Existe, por cierto, cierta clase de fraternidad entre las clases burguesas de todas las naciones. Es la fraternidad de los opresores contra los oprimidos, de los explotadores contra los explotados. Así como la clase burguesa de un país se halla hermanada y unida contra los proletarios de ese mismo país, a pesar de la competencia y de la lucha de los integrantes de la burguesía entre sí, así los burgueses de todos los países están hermanados y unidos contra los proletarios de todos los países, a pesar de combatirse y competir mutuamente en el mercado mundial. Para que los pueblos puedan unificarse realmente, sus intereses deben ser comunes. Para que sus intereses puedan ser comunes, es menester abolir las actuales relaciones de propiedad pues estas condicionan la explotación de los pueblos entre sí; la abolición de las actuales relaciones de propiedad es interés exclusivo de la clase obrera. También es la única que posee los medios para hacerlo. La victoria del proletariado sobre la burguesía es, al mismo tiempo, la victoria sobre los conflictos nacionales e industriales que enfrentan hostilmente entre sí, hoy en día, a los diversos pueblos. Por eso el triunfo del proletariado sobre la burguesía es, al mismo tiempo, la señal para la liberación de todas las naciones oprimidas.

«Discursos sobre Polonia», *Deutsche-Brüsseler Zeitung*, 9 de diciembre de 1847

El socialista poético o la propiedad privada como paraíso

Bruselas, 24 de diciembre. Los periódicos franceses vuelven a publicar una carta del señor Lamartine. Esta vez el socialista poético se manifiesta sin rodeos, por fin, sobre el comunismo, después de que Cabet lo instara a hacerlo. Al mismo tiempo, Lamartine promete que próximamente se ocupará en detalle de este «importante tema». Por ahora se contenta con algunas breves frases oraculares:

> Mi opinión sobre el comunismo —dice— puede resumirse en un *sentimiento* (!),[31] que es el siguiente: si Dios me confiara una sociedad de salvajes para civilizarlos y convertirlos en personas cultas, la primera institución que les daría sería la propiedad.
>
> El hecho de que el hombre se apropie de los elementos —prosigue el señor Lamartine— es una ley natural y una condición vital. El hombre se apropia del aire al respirar, del espacio al atravesarlo, del suelo al cultivarlo, incluso del tiempo al perpetuarse mediante los hijos; la propiedad es la organización del principio vital en el universo; el comunismo constituiría la muerte del trabajo y de toda la humanidad.
>
> Su sueño —concluye el señor Lamartine consolando al señor Cabet— es demasiado hermoso para esta tierra.

Por consiguiente, el señor Lamartine combate el comunismo, y no solamente un sistema comunista, sino que sale a la liza por la «perpetuidad de la propiedad privada». Pues su «sentimiento» le dice tres cosas: 1) que la propiedad civiliza a los hombres; 2) que es la organización del principio

vital en el mundo, y 3) que su contrario, el comunismo, es un sueño demasiado hermoso para este mundo vil.

No cabe duda de que el señor Lamartine «siente» un mundo mejor, en el cual el «principio vital» está «organizado» de otro modo. Pero en este mundo vil, la «apropiación» es una condición vital.

No es necesario analizar el confuso sentimiento del señor Lamartine para reducirlo a sus contradicciones. Solo debemos advertir una cosa. El señor Lamartine cree haber demostrado la perpetuidad de la propiedad burguesa al insinuar que la propiedad en general constituye la transición del estado de salvajismo al de civilización y al dar a entender que el proceso de la respiración y el de la reproducción presuponen, al igual que la propiedad privada social, el derecho de propiedad.

El señor Lamartine no ve diferencia alguna entre la época de la transición del salvajismo a la civilización y la nuestra, tal como no la ve entre el «apropiarse» del aire y el «apropiarse» de los productos sociales, ¡pues ambas cosas son «apropiaciones», tal como ambas épocas son, al fin y al cabo, «épocas de transición»!

No cabe duda de que, en su «detallada» polémica contra el comunismo, el señor Lamartine hallará ocasión de deducir «lógicamente» expresiones aún más generales de estas expresiones generales emanadas de su «sentimiento». Tal vez encontremos también entonces la oportunidad de esclarecer «más detalladamente» sus expresiones.

«Lamartine y el comunismo», *Deutsche-Brüsseler Zeitung*, 26 de diciembre de 1847

Empieza La Liga (de los Comunistas)

Art. 1. El objetivo de la Liga es el derrocamiento de la burguesía, la dominación del proletariado, la supresión de la antigua sociedad burguesa fundada en los antagonismos de clases y la fundación de una nueva sociedad sin clases y sin propiedad privada.

Art. 2. Las condiciones de afiliación son las siguientes:

a) vida y actividad correspondientes a dicho objetivo;

b) energía revolucionaria y celo propagandístico;

c) profesión de fe del comunismo;

d) abstención de participar en cualquier sociedad política o nacional anticomunista y denuncia de su participación en cualquier sociedad a las autoridades superiores;

e) sometimiento a las resoluciones de la Liga;

f) discreción acerca de la existencia de todos los asuntos de la Liga;

g) admisión unánime en una comunidad.

A quien deje de cumplir estos requisitos, se le excluirá (véase capítulo VIII).

Art. 3. Todos los miembros son iguales y hermanos, y como tales se deben asistencia en cualquier situación.

Art. 4. Los miembros serán llamados por nombres establecidos por la Liga.

Art. 5. La Liga se halla organizada en comunidades, distritos, distritos cabeceras, Comité Central y congresos.

Estatutos de la Liga de los Comunistas
(8 de diciembre de 1847)

UNIÓN DE LOS PUEBLOS CONTRA LA OPRESIÓN DE CLASE

Hemos seguido asimismo con gran alegría los pasos emprendidos por la mayoría de los cartistas ingleses para alcanzar finalmente una unión firme entre los pueblos de Irlanda y Gran Bretaña. Hemos descubierto que en el presente la ocasión es más propicia de lo que jamás lo ha sido para superar ese prejuicio que ha engendrado el odio del pueblo irlandés, que este siente en forma generalizada, sin distingos, tanto contra las clases opresoras de Inglaterra como asimismo contra los opresores de ambos países. Esperamos ver unidas en las manos de Feargus O'Connor, muy pronto, las direcciones de ambos movimientos populares, el inglés y el irlandés, y consideramos que esta alianza en ciernes de las clases oprimidas de ambos países bajo el estandarte de la democracia es el éxito más importante de nuestra causa en general.

«La Association Démocratique de Bruselas
a los Fraternal Democrats de Londres»,
The Northern Star, 4 de marzo de 1848

ESTALLA LA GLORIOSA REVOLUCIÓN

Ya tendrá usted conocimiento de la gloriosa revolución que acaba de producirse recientemente en París.

Podemos comunicarle que, en vista de este significativo acontecimiento, la Asociación Democrática ha desplegado aquí una agitación pacífica, aunque enérgica, para lograr por los medios que permiten las instituciones políticas de Bélgica los beneficios conquistados por el pueblo francés en estos días.

Con entusiasta aprobación se han adoptado las siguientes resoluciones:

1. Todas las tardes la Asociación Democrática celebrará reuniones con acceso al público.
2. En nombre de la Asociación se enviará un mensaje de salutación al Gobierno Provisional de Francia para testimoniarle nuestras simpatías con la revolución del 24 de febrero.
3. Enviar al Consejo Municipal de Bruselas un mensaje instándolo a mantener el orden público y a evitar cualquier derramamiento de sangre, creando, de conformidad con las leyes del país, formaciones urbanas compuestas por la guardia cívica general —es decir, los ciudadanos que están armados en circunstancias normales— y por los artesanos que pueden ser armados en tiempos extraordinarios. De esta manera se confiarán las armas por igual a la clase media y a la clase trabajadora.

Le tendremos informado a usted con la mayor frecuencia posible acerca de nuestros futuros pasos y éxitos.

Abrigamos la esperanza de que pronto logren ustedes elevar la Carta del Pueblo al rango de parte constitutiva de las leyes de su país, para luego, con su ayuda, poder efectuar nuevos progresos.

Por último, le rogamos a usted que durante esta significativa crisis se mantenga en estrecho contacto con nosotros y nos transmita todas las noticias acerca de su país que puedan influir favorablemente sobre el pueblo belga.

(Siguen las firmas de los miembros del Comité).

Carta al señor Julian Harney,
director del periódico «The Northern Star»,
secretario de la asociación Fraternal
Democrats de Londres (1848)

La revolución como alegría

Bruselas, 28 de febrero de 1848

Ciudadanos:

La Asociación Democrática, cuyo objetivo es la unión y confraternización de todos los pueblos, tiene desde hace algún tiempo su sede en Bruselas y comprende a personas pertenecientes a varias naciones de Europa quienes, junto con los belgas y en suelo de estos, gozan del derecho, existente aquí desde mucho tiempo atrás, de manifestar libre y abiertamente todas las opiniones políticas y religiosas. Sentimos la urgencia de congratularos por la gran obra que ha llevado a cabo la nación francesa estos días y de aseguraros nuestra gratitud por el inconmensurable servicio que acaba de prestar vuestra nación a la causa de la humanidad.

Acabamos de tener ocasión de congratular a los suizos porque vienen de dar la señal de partida a la obra de la liberación de los pueblos; a esa obra que vosotros habríais de proseguir con toda esa fuerza que siempre despliega la heroica población de París cuando llega su hora. Contábamos, por cierto, con que en un lapso no demasiado prolongado podríamos expresar a los franceses, como a los suizos, nuestra admiración. Pero Francia se anticipó en mucho al momento en que confiábamos que ello sucedería. Por lo demás, solo vemos en ello un motivo más para que todas las naciones de ahora en adelante sigan por vuestro camino con mayor celeridad.

Creemos poder suponer con certeza que los países más cercanos a Francia serán los primeros que la sigan por el camino que ha hollado.

Esta suposición es tanto más cierta en la medida en que la revolución que Francia ha realizado ha contribuido mucho más a fortalecer los lazos que unen a Francia con todas las naciones que a amenazar a cualquier nación por su independencia. En la Francia de febrero de 1848 saludamos el ejemplo de los pueblos y no a sus amos. A partir de ahora Francia no necesitará tampoco otros homenajes.

Vemos ya que esta gran nación —cuyos destinos dirigís en la actualidad, única y exclusivamente facultados por la confianza de todos— está celebrando, inclusive con aquellos pueblos en quienes durante mucho tiempo vio como rivales de su poderío, esa alianza que únicamente había podido conmover la aborrecida política de unos pocos hombres. Inglaterra y Alemania vuelven a estrechar la mano a vuestro gran país. España, Italia, Suiza y Bélgica se rebelarán, o bien vivirán libres y pacíficas bajo vuestra égida. Polonia resucitará como Lázaro cuando oiga vuestra proclama en tres idiomas.

Y hasta Rusia tendrá que alzar finalmente su voz, cuyo sonido es poco familiar aún a los pueblos de occidente y del sur. A vosotros, franceses, os cabe el honor, os cabe la gloria de haber cimentado los fundamentos de esa alianza de los pueblos que tan proféticamente cantara vuestro Béranger.

Con el rebosante sentimiento de fraternidad inmutable, os ofrecemos a vosotros, ciudadanos, el tributo de nuestra más profunda gratitud,

El Comité de la Asociación Democrática para
la Unificación y Confraternización
de todos los Pueblos, con sede en Bruselas.

L. Jottrand, abogado, presidente

K. Marx, vicepresidente

Carta los ciudadanos miembros del Gobierno Provisional de la República Francesa (1848)

París, revolución, París

¡Proletarios de todos los países, uníos!

El Comité Central de la Liga de los Comunistas, con sede en Bruselas, en vista de la resolución del hasta ahora Comité Central de Londres, en virtud del cual este traslada a Bruselas la sede del Comité Central y se autodisuelve como Comité Central, resolución en virtud de la cual, por ende, el Comité directivo del distrito cabecera de Bruselas queda constituido en Comité Central, y considerando:

que bajo las actuales circunstancias es imposible cualquier unificación de los miembros de la Liga, y en especial de los alemanes en Bruselas;

que los miembros dirigentes de la Liga en Bruselas ya han sido arrestados o expulsados, o bien esperan a cada hora su expulsión de Bélgica;

que las actuales circunstancias requieren una dirección sumamente enérgica de la Liga para lo cual se necesita de manera imprescindible un poder discrecional momentáneo;

resuelve:

Art. 1. El Comité Central se traslada a París.

Art. 2. El Comité Central de Bruselas confiere al miembro de la Liga Karl Marx plenos poderes discrecionales para la dirección central momentánea de todas las cuestiones de la Liga, con responsabilidad frente al nuevo Comité Central por constituir y al próximo Congreso.

Art. 3. Comisiona a Marx para que, en cuanto así lo permitan las circunstancias, constituya en París, con los miembros apropiados de la Liga, un nuevo Comité Central de su elección, inclusive convocando a miembros de la Liga que no vivan en París.

Art. 4. Se disuelve el Comité Central de Bruselas.

Resolución tomada en Bruselas, el 3 de marzo de 1848.

El Comité Central
F. Engels, F. Fischer, K. Marx, Gigot, H. Steingens

Resolución del Comité Central de la Liga de los Comunistas (3 de marzo de 1848)

París no era una fiesta

Los obreros de París han sido aplastados por fuerzas superiores; no han sucumbido. Han sido derrotados, pero sus adversarios no han vencido. El precio pagado por el triunfo momentáneo de la fuerza bruta ha sido la aniquilación de todas las ilusiones y las quimeras de la Revolución de Febrero, la completa disolución del partido de los viejos republicanos, la completa escisión de la nación francesa en dos naciones, la nación de los propietarios y la nación de los trabajadores.

[…]

El profundo abismo que se ha abierto a nuestros pies ¿puede confundir a los demócratas, puede llevarnos a pensar que las luchas por la forma del Estado son luchas vacías, ilusas e inútiles? Solo los débiles y cobardes de espíritu pueden plantear semejante cuestión. Los conflictos que nacen de las condiciones de la propia sociedad burguesa hay que llevarlos hasta el final; no se pueden eliminar imaginariamente.

«La Revolución de Junio», *Neue Rheinische Zeitung*, 29 de junio de 1848

De cómo la burguesía jugó al escondite con el proletariado

Colonia, 2 de noviembre. Ya antes del alzamiento de junio hemos revelado reiteradamente las ilusiones de los republicanos de la tradición de 1793, de los republicanos de *La Réforme* (de la de París). La revolución de junio y el movimiento surgido de ella obligan a estos republicanos utópicos a abrir poco a poco los ojos.

Un artículo editorial de *La Réforme* del 29 de octubre nos muestra la lucha de ese partido entre sus antiguas ilusiones y los nuevos hechos. Dice *La Réforme*:

> Desde hace mucho tiempo las luchas que tenían por objetivo, entre nosotros, la posesión del Gobierno, eran guerras de clases: luchas de la burguesía y del pueblo contra la nobleza al surgir la Primera República; entrega del pueblo armado hacia el exterior y dominación de la burguesía en el interior, bajo el Imperio; tentativas de restauración del feudalismo bajo los Borbones de la línea antigua; por fin, en 1830, triunfó una dominación de la burguesía; tal es nuestra historia.
>
> […]
>
> Por cierto que lamentamos hablar de clases, de diferencias impías y odiosas; pero esas diferencias existen, y no podemos desconocer ese hecho.

Esto quiere decir lo siguiente: hasta el presente el optimismo republicano de *La Réforme* solo vio *citoyens*; la historia se le ha venido tan directamente encima, que ya no puede omitir, por idealización, la circunstancia de que esos *citoyens* se dividan en *burgeois* y *prolétaires*. Y prosigue diciendo *La Réforme*:

> En febrero se quebró el despotismo burgués. ¿Qué reclamaba el pueblo? La justicia para todos, la igualdad. Ese fue su primer clamor, su primer deseo. La burguesía, esclarecida por el rayo que la había herido, no tenía en un comienzo otro deseo que el pueblo.

La Réforme sigue juzgando el carácter de la Revolución de Febrero de acuerdo a las declamaciones de febrero. El despotismo burgués, muy lejos de haber sido quebrado en la Revolución de Febrero, fue perfeccionado en esa ocasión. Se dio por tierra con la Corona, el último halo de la santidad feudal que ocultaba la dominación de la clase burguesa. La dominación del capital se manifestó con claridad. En la Revolución de Febrero la burguesía y el proletariado combatieron a un enemigo común. En cuanto este quedó eliminado, las dos clases hostiles se hallaban solas en el campo de batalla, y debía comenzar la lucha decisiva entre ellas. Si la Revolución de Febrero perfeccionó la dominación burguesa, ¿de dónde surge, se preguntará, la recaída de la burguesía en el realismo? Nada más sencillo. La burguesía añora el período durante el cual dominaba sin ser responsable de su dominación; en el cual un seudopoder, situado entre ella y el pueblo, debía obrar por ella y al mismo tiempo servirle de escondite; en el cual poseía, por así decirlo, un chivo expiatorio coronado contra el cual arremetía el proletariado en cuanto quería herirla, contra el cual se coligaba inclusive con el proletariado en cuanto se tornaba molesto y pretendía establecerse como potencia autónoma. En el rey poseía un pararrayos para el pueblo, y en el pueblo tenía un pararrayos para el rey.

«Un artículo de *La Réforme* de París acerca de la situación en Francia», *Neue Rheinische Zeitung*,
3 de noviembre de 1848

LLAMAMIENTO

Colonia, 14 de noviembre. El Comité Comarcal renano de los demócratas[32] exhorta a todas las asociaciones democráticas de la provincia renana a convocar inmediatamente a sus asociaciones y organizar en todas las localidades de la comarca asambleas populares, con el fin de impulsar a toda la población de la provincia renana a negarse a pagar impuestos como medida más conveniente para contrarrestar los actos de violencia cometidos por el Gobierno contra la Asamblea de representantes populares prusianos.

Hay que disuadir a la gente de cualquier tipo de resistencia violenta ante el posible cobro de los impuestos por vía administrativa; al mismo tiempo, se debe recomendar que no se participe en las subastas compulsivas de la propiedad.

Con el objeto de discutir las medidas a tomar ulteriormente, el Comité Comarcal estima necesario convocar un congreso de representantes para el jueves 23 del corriente, a las 9 horas (en la sala Eiser, en la Komedienstrasse).

Colonia, 14 de noviembre de 1848

En nombre del Comité Comarcal,
KARL MARX. SCHNEIDER

Comunicado del Comité Comarcal de los demócratas de la provincia renana (1848)

Hipocresía de lo jurídico

Colonia, 9 de diciembre. Jamás lo hemos ocultado. El terreno que nosotros pisamos no es el terreno jurídico sino el terreno revolucionario. También la burguesía ha renunciado a la hipocresía del terreno jurídico. Se ha situado en el terreno revolucionario, pues también el terreno contrarrevolucionario es revolucionario a su manera.

«La burguesía y la contrarrevolución»,
primer artículo, *Neue Rheinische Zeitung*, 1848

NO TODAS LAS REVOLUCIONES SON IGUALES

Conviene no confundir la Revolución de Marzo en Prusia con la Revolución Inglesa de 1648 ni con la Francesa de 1789.

En 1648 la burguesía, aliada con la nueva nobleza, luchó contra la monarquía, contra la nobleza feudal y contra la Iglesia dominante.

En 1789 la burguesía, aliada con el pueblo, luchó contra la monarquía, contra la nobleza y contra la Iglesia dominante.

[…]

En ellas había triunfado la burguesía, pero la victoria de la burguesía significaba entonces el triunfo de un nuevo régimen social, el triunfo de la propiedad burguesa sobre la propiedad feudal, de la nación sobre el provincialismo, de la competencia sobre los gremios, de la partición sobre el mayorazgo, del sometimiento de la tierra al propietario sobre el sometimiento del propietario a la tierra, de la ilustración sobre la superstición, de la familia sobre el linaje, de la industria sobre la pereza heroica, del derecho burgués sobre los privilegios medievales. La revolución de 1648 fue el triunfo del siglo XVII sobre el XVI; la revolución de 1789 fue el triunfo del siglo XVIII sobre el XVII. Esas revoluciones expresaban mucho más las necesidades del mundo de entonces que las necesidades de aquellas partes del mundo en que se habían desarrollado, es decir, de Inglaterra y Francia.

Nada de eso ocurrió en la Revolución de Marzo en Prusia.

La Revolución de Febrero acabó con la monarquía constitucional en la práctica y con el poder de la burguesía en teoría. La Revolución de Marzo en Prusia debía establecer la monarquía constitucional en la teoría y el poder de la burguesía en la práctica. Lejos de ser una revolución europea, no fue más que un eco apagado de la revolución europea en un país atrasado. En lugar de adelantarse a su siglo, quedó rezagada en más de cincuenta años. Desde el primer momento no fue sino un fenómeno secundario, y es bien sabido que las enfermedades secundarias son más difíciles de curar y destruyen más el organismo que la enfermedad inicial. No se trataba de la instauración de una nueva sociedad sino del renacimiento en Berlín de la sociedad que había muerto en París. La Revolución de Marzo en Prusia no fue siquiera una revolución nacional, alemana; desde el primer momento fue una revolución provincial prusiana. Las insurrecciones de Viena, Kassel, Múnich y otras insurrecciones en las provincias se desarrollaban a la par y le disputaban la preeminencia.

Mientras las revoluciones de 1648 y 1789 rebosaban un infinito orgullo por hallarse en la cima de la creación, la ambición de los berlineses de 1848 era un anacronismo. Su luz era como la que llega a nosotros, los habitantes de la Tierra, desde las estrellas lejanas 100.000 años después de haberse apagado el astro que la emitía. La Revolución de Marzo en Prusia era, en miniatura —como todo en ella—, una de esas estrellas para Europa. Su luz era la del cadáver de una sociedad putrefacta desde hacía mucho tiempo.

La burguesía alemana se había desarrollado con tanta languidez, tan cobardemente y con tal lentitud que, en el momento en que se opuso amenazadora al feudalismo y al absolutismo, se encontró con la beligerante oposición del proletariado y de todas las capas de la población urbana cuyos intereses e ideas eran afines a los del proletariado. Y se vio hostigada no solo por la clase que estaba detrás, sino por toda la Europa que estaba

delante de ella. La burguesía prusiana no era, como la burguesía francesa de 1789, la clase que representaba a toda la sociedad moderna frente a los representantes de la vieja sociedad: la monarquía y la nobleza. Había descendido a la categoría de un estamento apartado tanto de la Corona como del pueblo que pretendía enfrentarse a ambos y estaba indecisa frente a cada uno de sus adversarios por separado pues siempre los había visto delante o detrás de sí misma, inclinada desde el primer instante a traicionar al pueblo y a pactar un compromiso con los representantes coronados de la vieja sociedad, pues ella misma pertenecía ya a la vieja sociedad. No representaba los intereses de una nueva sociedad frente a una sociedad vieja, sino unos intereses renovados dentro de una sociedad caduca. Colocada al timón de la revolución, no porque la siguiese el pueblo, sino porque el pueblo la empujaba ante sí. Situada a la cabeza, no porque representase la iniciativa de una nueva época social, sino porque expresaba el rencor de la vieja época social. Era un estrato del viejo Estado que no había podido aflorar por sus propias fuerzas, sino que había sido arrojada a la superficie del nuevo Estado por la fuerza de un terremoto, sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo, gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo, egoísta frente a ambos y consciente de su egoísmo, revolucionaria frente a los conservadores y conservadora frente a los revolucionarios, recelosa de sus propios lemas —palabras en lugar de ideas —, empavorecida ante la tempestad mundial y explotándola en provecho propio, sin energía en ningún sentido y plagiando en todos los sentidos, vulgar por carecer de originalidad y original en su vulgaridad, regateando con sus propios deseos, sin iniciativa, sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo, sin una vocación histórica mundial. Un viejo maldito que está condenado a dirigir y a desviar en su propio interés senil los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto; sin ojos, sin orejas, sin dientes,

una ruina completa: tal era la burguesía prusiana cuando, después de marzo, se encontró al timón del Estado prusiano.

«La burguesía y la contrarrevolución»,
segundo artículo, *Neue Rheinische Zeitung*, 1848

Ley mordaza

Esta motivación indica claramente, señores del jurado, cuáles eran los propósitos del legislador al promulgar el artículo 222. Este artículo *solo* es aplicable en el caso de las injurias contra funcionarios, las cuales atenten contra el orden público. ¿Cuándo se atenta contra el orden público, contra la *paix publique*? Solamente cuando se cometan actos subversivos que vayan en contra de las leyes vigentes o se perturbe su aplicación; es decir, cuando medie un acto de rebeldía contra el funcionario encargado de ejecutar la ley, cuando se interrumpan o entorpezcan las funciones oficiales de un funcionario en ejercicio. La rebelión puede limitarse a simples murmuraciones o a palabras injuriosas, o puede traducirse en actos de violencia. La *outrage*, la injuria, es el grado de la *violence*, de la rebeldía, de la subversión violenta. Por eso en la motivación se habla de *outrages ou violences*, es decir, de «injurias o violencias». Unas y otras coinciden en cuanto al concepto; la *violence*, los actos violentos no son más que una forma más grave de la *outrage*, de las injurias contra el funcionario en ejercicio.

La motivación presupone, por tanto: 1) que se injurie a un funcionario en el ejercicio de las funciones de su cargo; 2) que se le injurie en su presencia. En ningún otro caso se producirá una verdadera alteración del orden público.

Esta misma premisa aquí establecida la encontrarán ustedes en toda la sección que versa sobre *outrages et violences envers les dépositaires de*

l'autorité et de la force publique, o sea de «injurias y violencias contra los depositarios de la autoridad y de la fuerza pública». Los distintos artículos contenidos en esta sección establecen el siguiente orden de gradación de la conducta rebelde: gestos, palabras, amenazas, vías de hecho; a su vez, estas se distinguen según su grado de gravedad. Por último, en todos estos artículos se dispone una agravante de la pena para el caso en que estas distintas formas de rebeldía se produzcan en la vista pública de un proceso. Se considera esto como el más grande de los escándalos, como la más escandalosa perturbación de la paz pública.

El primer proceso de prensa contra la
«Neue Rheinische Zeitung»,
discurso de defensa de Karl Marx(1849)

Estado de corrupción

Después de la Revolución de Julio, cuando el banquero liberal Laffitte acompañó triunfal a su compadre, el duque de Orleans, al Hôtel de Ville, dejó caer estas palabras: «Desde ahora, dominarán los banqueros». Laffitte había traicionado el secreto de la revolución.

La que dominó bajo Luis Felipe no fue la burguesía francesa sino una fracción de ella: los banqueros, los reyes de la bolsa, los reyes de los ferrocarriles, los propietarios de minas de carbón y de hierro y de explotaciones forestales, así como una parte de los propietarios de la tierra aliada a ellos: la llamada aristocracia financiera. Ella ocupaba el trono, dictaba leyes en las Cámaras y adjudicaba los cargos públicos, desde los ministerios hasta los estancos.

La burguesía industrial propiamente dicha constituía una parte de la oposición oficial, es decir, solo estaba representada en las Cámaras como minoría. Su oposición se manifestaba más decididamente cuanto más claro era el absolutismo de la aristocracia financiera y cuanto más asegurada creía tener su dominación sobre la clase obrera tras las revueltas de 1832, 1834 y 1839, ahogadas en sangre. Grandin, fabricante de Ruan, que tanto en la Asamblea Nacional Constituyente, como en la Legislativa había sido el portavoz más fanático de la reacción burguesa, era el adversario más violento de Guizot en la Cámara de Diputados. Léon Faucher, conocido más tarde por sus esfuerzos del todo impotentes por llegar a ser un Guizot de la contrarrevolución francesa, sostuvo en los últimos tiempos de Luis Felipe

una guerra con la pluma a favor de la industria, contra la especulación y su caudatario, el Gobierno. Bastiat mostraba una gran agitación en contra del sistema imperante, en nombre de Burdeos y de toda la Francia vinícola.

La pequeña burguesía en todas sus gradaciones, al igual que la clase campesina, había quedado completamente excluida del poder político. Además, en el campo de la oposición oficial o completamente al margen del *pays légal* se encontraban los representantes y portavoces ideológicos de las citadas clases, sus sabios, sus abogados, sus médicos, etcétera; en una palabra, sus llamados «talentos».

La penuria financiera de la Monarquía de Julio la colocaba de antemano bajo la dependencia de la alta burguesía, y a su vez, esta dependencia de la alta burguesía se convertía en fuente inagotable de una creciente penuria financiera. Imposible supeditar la administración del Estado al interés de la producción nacional sin restablecer el equilibrio del presupuesto, el equilibrio entre los gastos y los ingresos del Estado. Y ¿cómo restablecer este equilibrio sin restringir los gastos públicos, es decir, sin herir intereses que eran otros tantos puntales del sistema dominante, y sin someter a una nueva regulación el reparto de impuestos, es decir, sin transferir una parte importante de las cargas públicas a los hombros de la alta burguesía?

Además, el incremento de la deuda pública interesaba directamente a la fracción burguesa que gobernaba y legislaba a través de las Cámaras. El déficit del Estado era precisamente el verdadero objeto de sus especulaciones y la fuente principal de su enriquecimiento. Cada año, un nuevo déficit. Cada cuatro o cinco años, un nuevo empréstito. Y cada nuevo empréstito brindaba a la aristocracia financiera una nueva ocasión de estafar a un Estado mantenido artificialmente al borde de la bancarrota que no tenía más remedio que contratar con los banqueros en las condiciones más desfavorables. Cada nuevo empréstito proporcionaba una nueva ocasión

para saquear al público que colocaba sus capitales en valores del Estado, mediante operaciones de bolsa en cuyos secretos estaban iniciados el Gobierno y la mayoría de la Cámara. En general, la inestabilidad del crédito del Estado y la posesión de los secretos de este daban a los banqueros y a sus asociados en las Cámaras y en el trono la posibilidad de provocar oscilaciones extraordinarias y súbitas en la cotización de los valores del Estado, cuyo resultado tenía que ser siempre, necesariamente, la ruina de una masa de pequeños capitalistas y el enriquecimiento fabulosamente rápido de los grandes especuladores. Y si el déficit del Estado respondía al interés directo de la fracción burguesa dominante, se explica por qué los gastos públicos extraordinarios hechos en los últimos años del reinado de Luis Felipe ascendieron a mucho más del doble de los gastos públicos extraordinarios hechos bajo Napoleón, habiendo alcanzado casi la suma anual de 400 millones de francos, mientras que la suma total de la exportación anual de Francia, por término medio, rara vez se remontaba a los 750 millones. Las enormes sumas que pasaban así por las manos del Estado proporcionaban, además, la ocasión para contratos de suministro —que eran otras tantas estafas—, para sobornos, malversaciones y granujadas de todo género. La estafa al Estado a gran escala, tal como se practicaba por medio de los empréstitos, se repetía al por menor en las obras públicas. Y lo que ocurría entre la Cámara y el Gobierno se reproducía hasta el infinito en las relaciones entre los múltiples organismos de la Administración y los distintos empresarios.

Al igual que los gastos públicos en general y los empréstitos del Estado, la clase dominante explotaba la construcción de ferrocarriles. Las Cámaras echaban las cargas principales sobre las espaldas del Estado y aseguraban los frutos de oro a la aristocracia financiera especuladora. Se recordará el escándalo que se produjo en la Cámara de Diputados cuando se descubrió

accidentalmente que todos los miembros de la mayoría, incluyendo una parte de los ministros, eran accionistas en las mismas obras de construcción de ferrocarriles que luego, como legisladores, hacían ejecutar a costa del Estado.

La lucha de clases en Francia 1848-1850 (1850)

Burguesía contra burguesía

Finalmente, dos acontecimientos económicos mundiales aceleraron el estallido del descontento general e hicieron que madurase el desasosiego hasta convertirse en revuelta.

La plaga de la patata y las malas cosechas de 1845 y 1846 avivaron la efervescencia general en el pueblo. La carestía de 1847 provocó en Francia, como en el resto del continente, conflictos sangrientos. ¡Frente a las orgías desvergonzadas de la aristocracia financiera, la lucha del pueblo por los víveres más indispensables! ¡En Buzançais, los insurrectos del hambre ajusticiados! ¡En París, estafadores más que hartos arrancados a los tribunales por la familia real!

El otro gran acontecimiento económico que aceleró el estallido de la revolución fue una crisis general del comercio y de la industria en Inglaterra. Anunciada ya en otoño de 1845 por la quiebra general de los especuladores de acciones ferroviarias, contenida durante el año 1846 gracias a una serie de circunstancias meramente accidentales —como la inminente derogación de los aranceles cerealistas—, por fin estalló en otoño de 1847 por las quiebras de los grandes comerciantes en productos coloniales de Londres, a las que siguieron muy de cerca las de los bancos agrarios y los cierres de fábricas en los distritos industriales. Todavía no se había apagado la repercusión de esta crisis en el continente cuando estalló la Revolución de Febrero.

La asolación del comercio y de la industria por la epidemia económica hizo todavía más insoportable el absolutismo de la aristocracia financiera. La burguesía de la oposición provocó en toda Francia una campaña de agitación en forma de banquetes a favor de una reforma electoral, que debía darle la mayoría en las Cámaras y derribar el ministerio de la Bolsa. Además, en París la crisis industrial trajo como consecuencia particular la de lanzar sobre el mercado interior una masa de fabricantes y comerciantes al por mayor que, en las circunstancias de entonces, no podían seguir haciendo negocios en el mercado exterior. Estos sujetos abrieron grandes tiendas, cuya competencia arruinó en masa a los pequeños comerciantes de ultramarinos y tenderos. De aquí el sinnúmero de quiebras en este sector de la burguesía de París, y de aquí su actuación revolucionaria en febrero. Es sabido cómo Guizot y las Cámaras contestaron a las propuestas de reforma con un reto inequívoco; cómo Luis Felipe se decidió, cuando ya era tarde, por un ministerio Barrot; cómo se llegó a colisiones entre el pueblo y las tropas; cómo el Ejército se vio desarmado por la actitud pasiva de la Guardia Nacional y cómo la Monarquía de Julio hubo de dejar el sitio a un Gobierno Provisional.

La lucha de clases en Francia 1848-1850 (1850)

El proletariado toma protagonismo

El proletariado, al dictar la república al Gobierno Provisional y, a través de este, a toda Francia, apareció inmediatamente en primer plano como partido independiente y lanzó un desafío a toda la Francia burguesa. Lo que el proletariado conquistaba era el terreno para luchar por su emancipación revolucionaria, pero no, ni mucho menos, la emancipación misma.

Lejos de ello, la República de Febrero tenía, antes que nada, que completar la dominación de la burguesía incorporando a la esfera del poder político, junto a la aristocracia financiera, a todas las clases poseedoras. La mayoría de los grandes terratenientes, los legitimistas, fueron emancipados de la nulidad política a que los había condenado la Monarquía de Julio. No en vano la *Gazette de France* se había unido en la agitación a los periódicos de la oposición; no en vano La Rochejaquelein, en la sesión de la Cámara de Diputados del 24 de febrero, había abrazado la causa de la revolución. Mediante el sufragio universal, los propietarios nominales que forman la gran mayoría de Francia, los campesinos, se erigieron en árbitros de los destinos del país. Finalmente, la República de Febrero, al derribar a la Corona tras la que se escondía el capital, hizo que se manifestase en su forma pura la dominación de la burguesía.

Lo mismo que en las jornadas de julio habían conquistado luchando la monarquía burguesa, en las jornadas de febrero los obreros conquistaron la república burguesa luchando. Y lo mismo que la Monarquía de Julio se había visto obligada a anunciarse como una monarquía rodeada de

instituciones republicanas, la República de Febrero se vio obligada a anunciarse como una república rodeada de instituciones sociales. El proletariado de París obligó también a hacer esta concesión.

Marche, un obrero del ferrocarril, dictó el decreto por el que el Gobierno Provisional que acababa de formarse se obligaba a asegurar la existencia de los obreros por el trabajo, a procurar trabajo a todos los ciudadanos, etcétera. Y cuando, pocos días después, el Gobierno Provisional olvidó sus promesas y parecía haber perdido de vista al proletariado, una masa de 20.000 obreros marchó hacia el Hôtel de Ville al grito de: «¡Organización del trabajo! ¡Queremos un Ministerio propio del trabajo!». A regañadientes y tras largos debates, el Gobierno Provisional nombró una comisión especial permanente encargada de encontrar los medios para mejorar la situación de la clase trabajadora. Esta comisión estaba formada por delegados de las corporaciones de artesanos de París y presidida por Louis Blanc y Alexandre Martin *Albert*. Se le asignó el palacio de Luxemburgo como sala de sesiones. De este modo, se desterraba a los representantes de la clase obrera de la sede del Gobierno Provisional. El sector burgués de este retenía en sus manos de un modo exclusivo el poder efectivo del Estado y las riendas de la Administración, y al lado de los Ministerios de Hacienda, de Comercio, de Obras Públicas, al lado del Banco y de la bolsa, se alzaba una sinagoga socialista cuyos grandes sacerdotes, Louis Blanc y Albert, tenían la misión de descubrir la tierra de promisión, de predicar el nuevo evangelio y de dar trabajo al proletariado de París. A diferencia de todo poder estatal profano, no disponían de ningún presupuesto ni de ningún poder ejecutivo. Tenían que romper con la cabeza los pilares de la sociedad burguesa. Mientras en el Luxemburgo se buscaba la piedra filosofal, en el Hôtel de Ville se acuñaba la moneda que tenía circulación.

El caso era que las pretensiones del proletariado de París, en la medida en que excedían del marco de la república burguesa, no podían cobrar más existencia que la nebulosa del Luxemburgo.

Los obreros habían hecho la Revolución de Febrero conjuntamente con la burguesía; al lado de la burguesía querían también sacar a flote sus intereses, del mismo modo que habían instalado en el Gobierno Provisional a un obrero al lado de la mayoría burguesa. ¡Organización del trabajo! Pero el trabajo asalariado es ya la organización existente, la organización burguesa del trabajo. Sin él no hay capital, ni hay burguesía, ni hay sociedad burguesa. ¡Un Ministerio propio del trabajo! ¿Es que los Ministerios de Hacienda, de Comercio, de Obras Públicas no son los Ministerios burgueses del trabajo? Junto a ellos, un Ministerio proletario del trabajo tenía que ser necesariamente el Ministerio de la Impotencia, el Ministerio de los Piadosos Deseos, una comisión del Luxemburgo. Del mismo modo que los obreros creían emanciparse al lado de la burguesía, también creían poder llevar a cabo una revolución proletaria dentro de las fronteras nacionales de Francia, al lado de las demás naciones en régimen burgués. Pero las relaciones francesas de producción están condicionadas por el comercio exterior de Francia, por su posición en el mercado mundial y por las leyes de este; ¿cómo iba Francia a romper estas leyes sin una guerra revolucionaria europea que repercutiese sobre el déspota del mercado mundial, sobre Inglaterra?

Una clase en la que se concentran los intereses revolucionarios de la sociedad encuentra inmediatamente en su propia situación, tan pronto como se levanta, el contenido y el material para su actuación revolucionaria: abatir enemigos, tomar las medidas que dictan las necesidades de la lucha. Las consecuencias de sus propios hechos la empujan hacia adelante. No abre ninguna investigación teórica sobre su propia misión. La clase obrera

francesa no había llegado aún a esto; era todavía incapaz de llevar a cabo su propia revolución.

El desarrollo del proletariado industrial está condicionado, en general, por el desarrollo de la burguesía industrial. Bajo la dominación de esta, adquiere aquel una existencia a escala nacional que puede elevar su revolución a revolución nacional; crea los medios modernos de producción, que han de convertirse en otros tantos medios para su emancipación revolucionaria. La dominación de la burguesía es la que arranca las raíces materiales de la sociedad feudal y allana el terreno sin el cual no es posible una revolución proletaria. La industria francesa está más desarrollada y la burguesía francesa es más revolucionaria que la del resto del continente. Pero la Revolución de Febrero ¿no iba directamente encaminada contra la aristocracia financiera? Este hecho demostraba que la burguesía industrial no dominaba en Francia. La burguesía industrial solo puede dominar allí donde la industria moderna ha modelado a su medida todas las relaciones de propiedad, y la industria solo puede adquirir este poder allí donde ha conquistado el mercado mundial, pues no bastan para su desarrollo las fronteras nacionales. Pero la industria de Francia, en gran parte, solo se asegura su propio mercado nacional mediante un sistema arancelario prohibitivo más o menos modificado. Por tanto, si en un momento de revolución el proletariado francés posee en París una fuerza y una influencia efectivas que lo espolean a realizar un asalto superior a sus medios, en el resto de Francia se halla agrupado en centros industriales aislados y dispersos, perdiéndose casi en la superioridad numérica de los campesinos y pequeñoburgueses. La lucha contra el capital en la forma moderna de su desarrollo, en su punto de apogeo —la lucha del obrero asalariado industrial contra el burgués industrial— es, en Francia, un hecho parcial que después de las jornadas de febrero no podía constituir el

contenido nacional de la revolución, sobre todo porque la lucha contra los modos de explotación secundarios del capital —la lucha del campesino contra la usura y las hipotecas, del pequeñoburgués contra el gran comerciante, el fabricante y el banquero, en una palabra, contra la bancarrota— quedaba disimulada en el alzamiento general contra la aristocracia financiera. Nada más lógico, pues, que el proletariado de París intentase sacar adelante sus intereses al lado de los de la burguesía en vez de presentarlos como el interés revolucionario de la propia sociedad, que arriase la bandera roja ante la bandera tricolor. Los obreros franceses no podían dar un paso adelante, no podían tocar ni un pelo del orden burgués mientras la marcha de la revolución no sublevase contra este orden, contra la dominación del capital, a la masa de la nación —campesinos y pequeñoburgueses— que se interponía entre el proletariado y la burguesía, mientras no la obligase a unirse a los proletarios como vanguardia. Solo al precio de la tremenda derrota de junio podían los obreros comprar esta victoria.

A la comisión del Luxemburgo, esa criatura de los obreros de París, corresponde el mérito de haber descubierto desde lo alto de una tribuna europea el secreto de la revolución del siglo XIX: la emancipación del proletariado. *Le Moniteur* se ponía furioso cuando tenía que propagar oficialmente aquellas «exaltaciones salvajes» que hasta entonces habían yacido enterradas en las obras apócrifas de los socialistas y que solo de vez en cuando llegaban a los oídos de la burguesía como leyendas remotas, medio espantosas medio ridículas. Europa se despertó sobresaltada de su modorra burguesa. Así, en la mente de los proletarios, que confundían la aristocracia financiera con la burguesía en general; en la imaginación de los probos republicanos, que negaban la existencia misma de las clases o la reconocían, a lo sumo, como consecuencia de la monarquía constitucional;

en las frases hipócritas de las fracciones burguesas excluidas hasta entonces del poder, la dominación de la burguesía había quedado abolida con la implantación de la república. Todos los monárquicos se convirtieron, por aquel entonces, en republicanos y todos los millonarios de París en obreros. La palabra que correspondía a esta imaginaria abolición de las relaciones de clase era la *fraternité*, la confraternización y la fraternidad universales. Esta idílica abstracción de los antagonismos de clase, esta conciliación sentimental de intereses de clase contradictorios, esto de elevarse en alas de la fantasía por encima de la lucha de clases, esta *fraternité* fue, de hecho, la consigna de la Revolución de Febrero. Las clases estaban separadas por un simple equívoco, y Lamartine bautizó el 24 de febrero al Gobierno Provisional como *un gouvernement qui suspend ce malentendu terrible qui existe entre les différentes classes*. El proletariado de París se dejó llevar con deleite por esta borrachera generosa de fraternidad.

La lucha de clases en Francia 1848-1850 (1850)

LAS ARMAS TOMAN LA PALABRA

Ya hemos visto que la República de Febrero no era realmente ni podía ser más que una república burguesa; que, pese a todo, el Gobierno Provisional, bajo la presión directa del proletariado, se vio obligado a proclamarla como una república con instituciones sociales; que el proletariado de París no era todavía capaz de salirse del marco de la república burguesa más que en sus ilusiones, en su imaginación; que actuaba siempre y en todas partes a su servicio cuando llegaba la hora de la acción; que las promesas que se le habían hecho se convirtieron para la nueva república en un peligro insoportable; que todo el proceso vital del Gobierno Provisional se resumía en una lucha continua contra las reclamaciones del proletariado.

En la Asamblea Nacional toda Francia se constituyó en juez del proletariado de París. La Asamblea rompió inmediatamente con las ilusiones sociales de la Revolución de Febrero y proclamó rotundamente la república burguesa como república burguesa y nada más. Eliminó de inmediato de la comisión ejecutiva por ella nombrada a los representantes del proletariado, Louis Blanc y Albert, rechazó la propuesta de un Ministerio especial del Trabajo y aclamó con gritos atronadores la declaración del ministro Trélat: «Solo se trata de reducir el trabajo a sus antiguas condiciones».

Pero todo esto no bastaba. La República de Febrero había sido conquistada por los obreros con la ayuda pasiva de la burguesía. Los proletarios se consideraban, con razón, los vencedores de febrero y

formulaban las exigencias arrogantes del vencedor. Había que vencerlos en la calle, había que demostrarles que si luchaban no con la burguesía sino contra ella, salían derrotados. Y así como la República de Febrero, con sus concesiones socialistas, había exigido una batalla del proletariado unido a la burguesía contra la monarquía, ahora era necesaria una segunda batalla para divorciar a la República de las concesiones al socialismo, para que la república burguesa saliese consagrada oficialmente como régimen imperante. La burguesía tenía que refutar con las armas en la mano las pretensiones del proletariado. Por eso la verdadera cuna de la república burguesa no es la victoria de febrero sino la derrota de junio.

El proletariado aceleró el desenlace cuando el 15 de mayo entró por la fuerza en la Asamblea Nacional esforzándose en vano por reconquistar su influencia revolucionaria sin conseguir más que entregar a sus jefes más enérgicos a los carceleros burgueses. *Il faut en finir!* ¡Esto tiene que acabarse! Con este grito, la Asamblea Nacional expresaba su firme resolución de forzar al proletariado a la batalla decisiva. La comisión ejecutiva promulgó una serie de decretos desafiantes, tales como la prohibición de aglomeraciones populares y otros. Desde lo alto de la tribuna de la Asamblea Nacional Constituyente se provocaba, se insultaba, se escarnecía descaradamente a los obreros. Pero el verdadero centro del ataque estaba, como hemos visto, en los Talleres Nacionales. A ellos remitió imperiosamente la Asamblea Constituyente a la comisión ejecutiva, que no esperaba más que oír enunciar su propio plan como orden de la Asamblea Nacional.

La comisión ejecutiva comenzó poniendo dificultades para el ingreso en los Talleres Nacionales, convirtiendo el salario por días en salario a destajo, desterrando a la Sologne a los obreros no nacidos en París con el pretexto de ejecutar allí obras de explanación. Estas obras no eran más que una

fórmula retórica para disimular su expulsión, como anunciaron a sus camaradas los obreros que regresaban desengañados. Finalmente, el 21 de junio apareció en *Le Moniteur* un decreto que ordenaba que todos los obreros solteros fuesen expulsados a la fuerza de los Talleres Nacionales o enrolados en el Ejército.

Los obreros no tenían opción: o morirse de hambre o iniciar la lucha. Contestaron el 22 de junio con aquella formidable insurrección en que se libró la primera gran batalla entre las dos clases de la sociedad moderna. Fue una lucha por la conservación o el aniquilamiento del orden burgués. El velo que envolvía a la república quedó desgarrado.

Es sabido que los obreros, con una valentía y una genialidad sin parangón, sin jefes, sin un plan común, sin medios, carentes de armas en su mayor parte, tuvieron en jaque durante cinco días al Ejército, a la Guardia Móvil, a la Guardia Nacional de París y a la que acudió en tropel desde las provincias. Y es sabido que la burguesía se vengó con una brutalidad inaudita del miedo mortal que había pasado, exterminando a más de 3.000 prisioneros.

La lucha de clases en Francia 1848-1850 (1850)

¡La revolución ha muerto! ¡Larga vida a la revolución!

El proletariado de París fue obligado por la burguesía a hacer la insurrección de junio. En esto ya iba implícita su condena al fracaso. Ni su necesidad directa y confesada lo impulsaba a querer conseguir por la fuerza el derrocamiento de la burguesía, ni tenía aún fuerzas bastantes para imponerse esta misión. *Le Moniteur* hubo de hacerle saber oficialmente que habían pasado los tiempos en que la República tenía que rendir honores a sus ilusiones, y fue su derrota la que le convenció de esta verdad: que hasta la más mínima mejora de su situación es, dentro de la república burguesa, una utopía; y una utopía que se convierte en crimen tan pronto como quiere transformarse en realidad. Y sus reivindicaciones, desmesuradas en cuanto a la forma pero minúsculas e incluso todavía burguesas por su contenido, cuya satisfacción quería arrancar a la República de Febrero, cedieron el puesto a la consigna audaz y revolucionaria: «¡Derrocamiento de la burguesía! ¡Dictadura de la clase obrera!».

Al convertir su fosa en cuna de la república burguesa, el proletariado obligaba a esta a manifestarse en su forma pura, como el Estado cuyo fin confesado es eternizar la dominación del capital y la esclavitud del trabajo. Viendo constantemente ante sí a su enemigo, lleno de cicatrices, irreconciliable e invencible —invencible, porque su existencia es la condición de la propia vida de la burguesía—, la dominación burguesa, libre de todas las trabas, tenía que trocarse de inmediato en terrorismo

burgués. Y una vez eliminado el proletariado provisionalmente de la escena y reconocida oficialmente la dictadura burguesa, las capas medias de la sociedad burguesa, la pequeña burguesía y la clase campesina, a medida que su situación se hacía más insoportable y crecía su antagonismo con la burguesía, tenían que unirse cada vez más al proletariado. Lo mismo que antes encontraban en el auge de este la causa de sus miserias, ahora tenían que encontrarla en su derrota.

Cuando la insurrección de junio hizo engreírse a la burguesía en todo el continente y la llevó a aliarse abiertamente con la monarquía feudal contra el pueblo, ¿quién fue la primera víctima de esta alianza? La misma burguesía continental. La derrota de junio le impidió consolidar su dominación y hacer detenerse al pueblo, mitad satisfecho mitad disgustado, en el escalón más bajo de la revolución burguesa.

Finalmente, la derrota de junio reveló a las potencias despóticas de Europa el secreto de que Francia tenía que mantener a todo trance la paz en el exterior para poder librar la guerra civil en el interior. Y así, los pueblos que habían comenzado la lucha por su independencia nacional fueron abandonados a la superioridad de fuerzas de Rusia, de Austria y de Prusia, pero al mismo tiempo la suerte de estas revoluciones nacionales fue supeditada a la suerte de la revolución proletaria y despojada de su aparente sustantividad, de su independencia respecto a la gran transformación social. ¡El húngaro no será libre, ni lo será el polaco ni el italiano, mientras el obrero siga siendo esclavo!

Por último, con las victorias de la Santa Alianza, Europa ha cobrado una fisonomía que hará coincidir directamente con una guerra mundial todo nuevo levantamiento proletario en Francia. La nueva Revolución Francesa se verá obligada a abandonar de inmediato el terreno nacional y a

conquistar el terreno europeo, el único en que puede llevarse a cabo la revolución social del siglo XIX.

Ha sido, pues, la derrota de junio la que ha creado todas las condiciones dentro de las cuales puede Francia tomar la iniciativa de la revolución europea. Solo empapada en la sangre de los insurrectos de junio ha podido la bandera tricolor transformarse en la bandera de la revolución europea, en la bandera roja.

Y nosotros exclamamos: ¡la revolución ha muerto! ¡Larga vida a la revolución!

La lucha de clases en Francia 1848-1850 (1850)

La revolución permanente

La clase trabajadora revolucionaria necesita actuar independientemente. La pequeña burguesía democrática está muy lejos de desear la transformación de toda la sociedad; su finalidad tiende solo a producir los cambios en las condiciones sociales que puedan hacer su vida más confortable y provechosa en la sociedad actual. Desea, sobre todo, una reducción de los gastos nacionales por medio de una simplificación de la burocracia y la imposición de las principales cargas contributivas sobre los señores de la tierra y los capitalistas. Pide igualmente la creación de bancos estatales y leyes contra la usura con el fin de liberar de la presión del gran capital a los pequeños comerciantes y obtener del Estado crédito barato. Pide también la explotación de toda la tierra para terminar con todos los restos del derecho señorial. Para este objeto necesita una Constitución democrática que pueda darles la mayoría en Parlamento, municipios y Senado. Con el fin de adueñarse del poder y de contener el desarrollo del gran capital, el Partido Democrático pide la reforma de las leyes hereditarias e, igualmente, la transferencia de los servicios públicos y tantas empresas industriales como se pueda a las autoridades del Estado y del municipio. En cuanto a los trabajadores, deberán seguir siendo asalariados; no obstante, el partido democrático les procurará salarios más altos, mejores condiciones de trabajo y una existencia más segura. Los demócratas tienen la esperanza de realizar este programa por medio del Estado y la Administración municipal, y a través de instituciones benéficas.

En concreto, aspiran a corromper a la clase trabajadora con la tranquilidad y así adormecer su espíritu revolucionario con concesiones y comodidades pasajeras.

Las peticiones democráticas no pueden satisfacer nunca al partido del proletariado. Mientras la democrática pequeña burguesía desearía que la revolución terminase en cuanto haya visto sus aspiraciones más o menos satisfechas, nuestro interés y nuestro deber es hacer la revolución permanente, mantenerla en marcha hasta que todas las clases poseedoras y dominantes sean desprovistas de su poder, hasta que la maquinaria gubernamental sea ocupada por el proletariado y la organización de la clase trabajadora de todos los países esté tan adelantada que toda rivalidad y competencia entre ella misma haya cesado, y hasta que las fuerzas de producción más importantes estén en las manos del proletariado.

Para nosotros el objetivo no es reformar la propiedad privada, sino abolirla; no es paliar los antagonismos de clase, sino abolir las clases; ni mejorar la sociedad existente, sino establecer una nueva. No hay duda de que con el mayor desarrollo de la revolución la pequeña burguesía democrática puede convertirse durante algún tiempo en el partido más influyente de Alemania.

La cuestión es, pues, saber cuál ha de ser la actitud del proletariado y particularmente la de la Liga: durante la continuación de las condiciones actuales, en las cuales la pequeña burguesía democrática es también oprimida; en el transcurso de las luchas revolucionarias, que les darán un ascendiente momentáneo, y después de aquellas luchas, durante el tiempo de su ascendiente sobre las clases derrotadas y el proletariado.

En el momento presente, cuando la pequeña burguesía democrática es en todas partes oprimida, instruye al proletariado exhortándolo a la unificación y conciliación. Desearían poder unir las manos y formar un gran partido de

oposición que abarcara dentro de sus límites todos los matices de la democracia. Es decir, tratarán de convertir al proletariado en una organización de partido en la que predomine el discurso socialdemócrata, tras el cual sus intereses particulares estén escondidos y en el que las particulares demandas proletarias no deban, en interés de la concordia y de la paz, pasar a un primer plano.

Tal unificación sería hecha en exclusivo beneficio de la pequeña burguesía democrática y en perjuicio del proletariado. La clase trabajadora organizada perdería su tan duramente ganada independencia y se convertiría de nuevo en un mero apéndice de la democracia burguesa oficial.

[…]

Este partido, cuya traición a los trabajadores comenzará desde la primera hora de la victoria, debe verse frustrado en su nefasto trabajo y para ello es necesario organizar y armar al proletariado.

El armamento de todo el proletariado con fusiles, cañones y municiones debe ser realizado en el acto. Necesitamos prevenir el resurgimiento de la vieja milicia burguesa, siempre contra los trabajadores. Donde esta medida no pueda cumplirse, los trabajadores tratarán de organizarse en una Guardia independiente, con sus propios jefes y su Estado Mayor, para ponerse no a las órdenes del Gobierno sino de las autoridades revolucionarias elegidas por los obreros. Donde los trabajadores estén empleados en servicios del Estado, deben armarse y organizarse en cuerpos especiales, con jefes escogidos por ellos mismos o formando parte de la Guardia proletaria.

Bajo ningún pretexto se desharán de sus armas y equipos; todo intento de desarme debe ser resistido con vigor.

Destrucción de la influencia de la democracia burguesa sobre los trabajadores; inmediata, independiente y armada organización de los obreros, y la exigencia de las más molestas y comprometedoras concesiones

de la burguesía democrática, cuyo triunfo es por ahora inevitable, son los principales puntos que el proletariado, y por tanto la Liga, tienen que mantener en primer término durante y después de la conmoción.

Tan pronto como el nuevo Gobierno esté establecido comenzará a combatir a los trabajadores. A fin de estar en condiciones de oponerse efectivamente a la democracia pequeñoburguesa es necesario, en primer lugar, que los trabajadores estén organizados en asociaciones, que serán centralizadas enseguida. La autoridad central, después de la caída del Gobierno existente, a la primera ocasión trasladará sus cuarteles a Alemania, reunirá inmediatamente un congreso y hará las proposiciones necesarias para la centralización de las asociaciones de obreros bajo un comité ejecutivo que residirá en el centro del movimiento.

[…]

No deben desorientarse y abandonar su trabajo al considerar que al dividir los votos demócratas ayudan a los partidos reaccionarios. Tal argumento se aduce para engañar al proletariado. El avance que el partido proletario puede hacer con su actitud independiente es infinitamente más importante que la desventaja que resulta de tener más reaccionarios en la representación nacional.

[…]

[Los trabajadores] pedirán que las tierras feudales confiscadas sean nacionalizadas y convertidas en explotaciones dirigidas por grupos de trabajadores de la tierra; todas las ventajas de la explotación agrícola a gran escala deberán ser puestas a su disposición; estas colonias agrícolas, trabajadas según el principio cooperativo, deberán ser organizadas sobre las ruinas de las instituciones de la propiedad. Así como los demócratas están combinados con la pequeña burguesía campesina, nosotros debemos luchar hombro con hombro con el proletariado agrícola.

[…]

¿Qué medidas contrarias deberán ser propuestas por los trabajadores? Naturalmente, al principio no podrán proponer las actuales medidas comunistas, pero se puede animar a los demócratas a atacar el viejo orden social por tantos puntos como sea posible, perturbar sus procedimientos regulares, comprometerlos a ellos mismos y concentrar en las manos del Estado, en la proporción que se pueda, las fuerzas productivas, los medios de transporte, fábricas, ferrocarriles, etcétera. La determinación de los demócratas, que en ningún caso son revolucionarios sino simplemente reformistas, debe ser estimulada hasta el punto de que se convierta en ataques directos a la propiedad privada; así, por ejemplo, si la pequeña burguesía propone la incautación de los ferrocarriles y las fábricas, los trabajadores deben decir que, siendo estos ferrocarriles y estas fábricas propiedad de los reaccionarios, tienen que ser confiscados simplemente por el Estado y sin compensación. Si los demócratas proponen impuestos proporcionales, los trabajadores deben pedir impuestos progresivos; si los demócratas se declaran a favor de un impuesto progresivo moderado, los trabajadores deben insistir en un impuesto que paso a paso, gradualmente, signifique el hundimiento del gran capital; si los demócratas proponen la regulación de la Dieta nacional, los trabajadores deben pedir la bancarrota del Estado.

Las demandas de los trabajadores dependerán de los propósitos y medidas de los demócratas. Si los trabajadores alemanes solo van a llegar al poder y al logro de sus intereses de clase después de un prolongado desarrollo revolucionario pueden, al menos, estar seguros de que el primer acto del drama revolucionario coincidirá con la victoria de su clase en Francia, y esto seguramente acelerará el movimiento de su propia emancipación.

Pero ellos mismos han de realizar la mayor parte del trabajo. Necesitarán ser conscientes de sus intereses de clase y adoptar la posición de un partido independiente. No deben ser apartados de su línea de independencia proletaria por la hipocresía de la pequeña burguesía democrática. Su grito de guerra debe ser: «La Revolución permanente».

Circular del Comité Central a la Liga de los Comunistas (1850)

UN PEQUEÑO PROBLEMA TEÓRICO

Londres, 7 de enero de 1851

Te escribo hoy para que te plantees una *questiuncula theoretica*, desde luego *naturae politico-economicae*.[33] Tú sabes, para empezar por el principio, que de acuerdo con la teoría de Ricardo, la renta no es más que la diferencia entre el coste de producción y el precio del producto de la tierra; o como también lo expresa, la diferencia entre el precio a que debe vender su producto la peor de las tierras a fin de cubrir los gastos (el beneficio del agricultor y el interés siempre van incluidos en los gastos) y el precio a que puede vender la mejor tierra.

De acuerdo a su propia exposición de su teoría, el aumento de la renta demuestra:

1) Que se cultivan tipos de tierras cada vez más pobres, o que la misma cantidad de capital aplicada sucesivamente a la misma tierra no produce el mismo resultado. En una palabra: la tierra se deteriora tanto más cuanto que la población se ve obligada a exigir más de ella. Se torna relativamente menos fértil. Aquí es donde Malthus encontró el fundamento real de su teoría de la población y donde sus discípulos buscan ahora su tabla de salvación.

2) La renta solo puede subir cuando sube el precio del cereal (al menos con legalidad económica) y debe caer con la caída de este.

3) Cuando aumenta el arrendamiento en todo un país, solo puede explicarse por el hecho de que ha sido sometida a cultivo una gran cantidad de tierra relativamente más pobre.

Pues bien: estas tres proposiciones son contradichas en todas partes por la historia:

1) No cabe duda de que a medida que progresa la civilización, son sometidos a cultivo tipos de tierras cada vez más pobres. Pero tampoco cabe duda de que, como resultado del progreso de la ciencia y de la industria, estos tipos más pobres de tierras son relativamente buenos en comparación con los buenos tipos anteriores.

2) Desde 1815, el precio del cereal ha bajado —irregular pero constantemente— de 90 a 50 chelines y todavía menos, y esto antes de la derogación de las leyes sobre los cereales. La renta ha subido continuamente. Esto, en Inglaterra. En el continente, teniendo en cuenta la diferencia de condiciones, ha ocurrido en todas partes lo mismo.

3) En cualquier país encontramos, como ya había notado Petty, que cuando bajaba el precio del cereal subía la cantidad total de tierras arrendadas. El punto principal de todo esto consiste en ajustar la ley de la renta al progreso de la fertilidad de la agricultura en general; esta es la única manera en que pueden explicarse los hechos históricos y la única para superar la teoría de Malthus del deterioro, no solo de la fuerza de trabajo sino también del suelo.

Creo que el asunto se puede explicar sencillamente del siguiente modo:

Supongamos que, en una etapa dada de la agricultura, el precio del trigo sea de siete chelines el cuarto de quintal, y que un acre de tierra de la mejor calidad que pague una renta de 10 chelines produzca 20 cuartos de quintal. El rendimiento del acre es pues de 20 por 7, o sea 140 chelines. En este

caso, el coste de producción es de 130 chelines; luego, 130 chelines es el precio del producto obtenido del peor suelo sometido a cultivo.

Supongamos que tenga ahora lugar un progreso general de la agricultura. Al suponer esto damos por descontado que la ciencia, la industria y la población también crecen a su vez. Un aumento general de la productividad del suelo debido al progreso presupone estas condiciones, a diferencia de un aumento de la productividad debida simplemente a la casualidad de una estación favorable.

Digamos que el precio del trigo cae de 7 a 5 chelines por cuarto de quintal, y que la mejor tierra, la número 1, que antes producía 20 cuartos de quintal, ahora produce 30. Por consiguiente produce, en lugar de 20 por 7, o sea 140 chelines, 30 por 5, o sea 150 chelines. Es decir, una renta de 20 chelines en lugar de la anterior de 10. La tierra más pobre, que no da renta, debe producir 26 cuartos de quintal, pues, de acuerdo a nuestra suposición anterior, el precio necesario es 130 chelines, y 26 por 5 es igual a 130. Si la mejora, es decir, el progreso general de la ciencia que va de la mano con el progreso general de la sociedad, la población, etcétera, no es tan general que la tierra más pobre que deba someterse a cultivo pueda producir 26 cuartos de quintal, entonces el precio del cereal no puede caer a 5 chelines por cuarto de quintal.

Como antes, los 20 chelines de renta expresan la diferencia entre el costo de producción y el precio del cereal en el mejor suelo, o entre el costo de producción en la peor tierra y en la mejor. Una de las porciones de tierra sigue siendo relativamente tan poco fértil como antes en comparación con la otra pero la fertilidad general ha aumentado.

Todo lo que se presupone es que si el precio del cereal cae de 7 chelines a 5, el consumo aumenta en la misma proporción o que la productividad no excede la demanda que puede esperarse al precio de 5 chelines. Si bien esta

suposición sería enteramente falsa si el precio hubiese caído de 7 a 5 chelines debido a una cosecha excepcionalmente abundante, es igualmente necesaria ahí donde el aumento de la productividad es gradual y promovido por los productores mismos. En todo caso, solo estamos tratando de la posibilidad económica de esta hipótesis.

Se deduce que:

1) La renta puede subir aun cuando caiga el precio de los productos del suelo y, sin embargo, la ley de Ricardo conserva su validez.

2) La ley de la renta, tal como fuera expresada por Ricardo en su forma más simple, aparte de su aplicación, no supone la fertilidad decreciente del suelo sino (a pesar del hecho de que la fertilidad general del suelo aumenta según se desarrolla la sociedad) que presupone solo diferentes grados de fertilidad en diferentes porciones de tierra, o diferentes resultados de la aplicación sucesiva del capital a la misma tierra.

3) Cuanto más general es la mejora del suelo, mayor número de tipos de tierra comprenderá, y el arrendamiento de todo el país puede subir aun cuando haya bajado el precio del cereal en general. Tomando el ejemplo anterior, el único problema será saber qué cantidad de tierra produce más de 26 cuartos de quintal a 5 chelines sin tener que producir exactamente 30; es decir, qué variedad hay en la calidad de la tierra, comprendida entre el mejor y el peor grado. Esto no tiene nada que ver con la tasa de la renta de la mejor tierra. No afecta directamente a la tasa de renta en general.

Sabes que el principal asunto sobre la renta es que se produce igualando el precio de los resultados de diferentes costes de producción, pero que esta ley del precio del mercado no es sino una ley de la competencia burguesa. Pero aun si la producción burguesa fuese suprimida, quedaría el problema crucial de que el suelo se vuelve relativamente menos fértil y que el mismo trabajo produce sucesivamente menos. Aunque ya no se daría el caso del

sistema burgués, que lo producido por la mejor tierra fuese tan caro como lo de la peor. Conforme a lo que ha sido dicho más arriba, esta objeción caería por tierra.

Te ruego me des tu opinión sobre el tema.

Carta a Engels (1851)

PALABRAS CELESTIALES

Londres, 11 de septiembre de 1851

Considero que la política de Mazzini es fundamentalmente errónea. Al incitar a Italia a romper relaciones, trabaja por completo a favor de Austria. Por otra parte, no apela a ese sector de Italia que ha sido oprimido durante siglos, los campesinos, y prepara así nuevas fuentes contrarrevolucionarias. El señor Mazzini solo conoce las ciudades con su aristocracia liberal y sus ciudadanos cultos. Las necesidades materiales de la población agrícola de Italia —que como la irlandesa es exprimida hasta la última gota y agotada y embrutecida sistemáticamente— son naturalmente demasiado bajas para las palabras celestiales de su manifiesto cosmopolita-neocatólico-ideológico. Pero es verdad que habría requerido cierto valor informar a la burguesía y a la aristocracia de que el primer paso hacia la independencia de Italia es la completa emancipación de los campesinos y la transformación de su sistema semiarrendatario en la libre propiedad burguesa. Mazzini parece creer que es más revolucionario conseguir un empréstito de diez millones de francos que ganarse a diez millones de hombres. Mucho me temo que en caso de extrema necesidad, el propio Gobierno austríaco altere el sistema de la propiedad en Italia y lo reforme a la manera «galitziana»…

Carta a J. Weydemeyer (1851)

La dictadura del proletariado

Londres, 5 de marzo de 1852

Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía económica de estas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: 1) que la existencia de las clases solo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción; 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado; 3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases.

Carta a J. Weydemeyer (1852)

Hacer la historia

Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa. Caussidière por Danton, Louis Blanc por Robespierre, la Montaña de 1848 a 1851 por la Montaña de 1793 a 1795, el sobrino por el tío. ¡Y la misma caricatura en las circunstancias que acompañan a la segunda edición del Dieciocho Brumario!

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y precisamente cuando estos aparentan dedicarse a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria, es cuando conjuran temerosos en su auxilio a los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje para, con ese disfraz de vejez venerable y ese lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal. Así, Lutero se disfrazó de apóstol Pablo, la Revolución de 1789-1814 se vistió alternativamente con el ropaje de la República romana y del Imperio romano, y la Revolución de 1848 no supo hacer nada mejor que parodiar aquí a ese 1789 y allá a la tradición revolucionaria de 1793 a 1795. Es como el principiante que al aprender un idioma nuevo lo

traduce mentalmente a su idioma nativo, cuando solo se asimila el espíritu del nuevo idioma y solo se es capaz de expresarse libremente en él cuando se maneja dentro de él sin reminiscencias y olvida su lengua natal.

Si examinamos esas conjuraciones de los muertos en la historia universal, observaremos enseguida una diferencia que salta a la vista. Camille Desmoulins, Danton, Robespierre, Saint-Just, Napoleón, los héroes, lo mismo que los partidos y la masa de la antigua Revolución Francesa cumplieron, bajo el ropaje romano y con frases romanas, la misión de su tiempo: librar de las cadenas a la burguesía e instaurar la sociedad burguesa moderna. Los unos hicieron añicos las instituciones feudales y segaron las cabezas feudales que habían brotado en ella. El otro creó en el interior de Francia las condiciones bajo las cuales ya podía desarrollarse la libre competencia, explotarse la propiedad de la tierra parcelada, aplicarse las fuerzas productivas industriales de la nación que habían sido liberadas; y del otro lado de las fronteras francesas barrió por todas partes las formaciones feudales en el grado en que esto era necesario para rodear a la sociedad burguesa de Francia en el continente europeo de un ambiente adecuado, acomodado a los tiempos. Una vez instaurada la nueva formación social, desaparecieron los colosos antediluvianos y con ellos el romanismo resucitado: los Brutos, los Gracos, los Publícolas, los tribunos, los senadores y hasta el propio César. Con su sobrio practicismo, la sociedad burguesa se había creado sus verdaderos intérpretes y portavoces en los Say, los Cousin, los Royer-Collard, los Benjamin Constant y los Guizot; sus verdaderos caudillos estaban en las oficinas comerciales, y la cabeza atocinada de Luis XVIII era su cabeza política. Completamente absorbida por la producción de la riqueza y por la lucha pacífica de la competencia, ya no se daba cuenta de que los espectros del tiempo de los romanos habían velado su cuna. Pero por muy poco heroica que sea la

sociedad burguesa, para traerla al mundo habían sido necesarios el heroísmo, la abnegación, el terror, la guerra civil y las batallas entre los pueblos. Y sus gladiadores encontraron en las tradiciones clásicamente severas de la República romana los ideales y las formas artísticas, las ilusiones que necesitaban para ocultarse a sí mismos el contenido burguesamente limitado de sus luchas y para mantener su pasión a la altura de la gran tragedia histórica. Así, en otra fase de desarrollo, un siglo antes, Cromwell y el pueblo inglés habían ido a buscar en el Antiguo Testamento el lenguaje, las pasiones y las ilusiones para su revolución burguesa. Alcanzada la verdadera meta, realizada la transformación burguesa de la sociedad inglesa, Locke desplazó a Habacuc.

En esas revoluciones la resurrección de los muertos servía, pues, para glorificar las nuevas luchas y no para parodiar las antiguas, para exagerar en la fantasía la misión trazada y no para retroceder ante su cumplimiento en la realidad, para encontrar de nuevo el espíritu de la revolución y no para hacer vagar otra vez a su espectro.

El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte (1852)

Mirando hacia atrás con ira

Recapitulemos en sus rasgos generales las fases recorridas por la Revolución Francesa desde el 24 de febrero de 1848 hasta el mes de diciembre de 1851.

Hay tres periodos capitales que son inconfundibles: el período de Febrero; del 4 de mayo de 1848 al 28 de mayo de 1849, período de constitución de la República o de la Asamblea Nacional Constituyente, y el del 28 de mayo de 1849 al 2 de diciembre de 1851, período de la República Constitucional o de la Asamblea Nacional Legislativa.

El primer período, desde el 24 de febrero, es decir desde la caída de Luis Felipe, hasta el 4 de mayo de 1848, fecha en que se reúne la Asamblea Constituyente, el período de Febrero propiamente dicho, puede calificarse como el prólogo de la revolución. Su carácter se revelaba oficialmente en el hecho de que el Gobierno por él improvisado se declarase a sí mismo provisional, y como el Gobierno, todo lo que este período sugirió, intentó o proclamó se presentaba también como algo puramente provisional. Nada ni nadie se atrevía a reclamar para sí el derecho a existir y a obrar de un modo real. Todos los elementos que habían preparado o determinado la revolución, la oposición dinástica, la burguesía republicana, la pequeña burguesía democrático-republicana y los obreros socialdemócratas encontraron su puesto provisional en el Gobierno de Febrero.

No podía ser de otro modo. Las jornadas de febrero se proponían como primer objetivo la reforma electoral, que había de ensanchar el círculo de

los privilegiados políticos dentro de la misma clase poseedora y derribar la dominación exclusiva de la aristocracia financiera. Pero cuando estalló el conflicto real y verdadero, el pueblo subió a las barricadas, la Guardia Nacional se mantuvo en actitud pasiva, el Ejército no opuso una resistencia seria y la monarquía huyó, la república pareció evidente por sí misma. Cada partido la interpretaba a su manera. Arrancada por el proletariado armas en mano, este le imprimió su sello y la proclamó República Social. Con esto se indicaba el contenido general de la moderna revolución, el cual se hallaba en la contradicción más peregrina con todo lo que, por el momento, podía ponerse en práctica directamente, con el material disponible, el grado de desarrollo alcanzado por la masa y bajo las circunstancias y relaciones dadas. Por otra parte, las pretensiones de todos los demás elementos que habían cooperado a la Revolución de Febrero fueron reconocidas en la parte leonina que obtuvieron en el Gobierno. Por eso en ningún período nos encontramos con una mezcla más abigarrada de frases altisonantes e inseguridad y desamparo efectivos, de aspiraciones más entusiastas de innovación y de imperio más firme de la vieja rutina, de más aparente armonía de toda la sociedad y más profunda discordancia entre sus elementos. Mientras el proletariado de París todavía se deleitaba en la visión de la gran perspectiva que se había abierto ante él y se entregaba con toda seriedad a discusiones sobre los problemas sociales, las viejas fuerzas de la sociedad se habían agrupado, reunido, vuelto en sí y encontrado un apoyo inesperado en la masa de la nación, en los campesinos y los pequeñoburgueses, que se precipitaron todos de golpe a la escena política, después de que cayeran las barreras de la Monarquía de Julio.

El segundo período, desde el 4 de mayo de 1848 hasta fines de mayo de 1849, es el período de la constitución, de la fundación de la república burguesa. Inmediatamente después de las jornadas de febrero la oposición

dinástica no solo se vio sorprendida por los republicanos y estos por los socialistas, sino toda Francia por París. La Asamblea Nacional que se reunió el 4 de mayo de 1848, salida de las elecciones nacionales, representaba a la nación. Era una protesta viviente contra las pretensiones de las jornadas de febrero y había de reducir al rasero burgués los resultados de la revolución. En vano el proletariado de París, que comprendió inmediatamente el carácter de esta Asamblea Nacional, intentó el 15 de mayo, pocos días después de reunirse esta, descartar por la fuerza su existencia, disolverla, descomponer de nuevo en sus distintas partes integrantes la forma orgánica con que lo amenazaba el espíritu reaccionario de la nación. Como es sabido, el único resultado del 15 de mayo fue alejar de la escena pública durante todo el ciclo que examinamos a Blanqui y sus camaradas, es decir, a los verdaderos jefes del partido proletario.

A la monarquía burguesa de Luis Felipe solo puede sucederla la república burguesa; es decir, que si en nombre del rey había dominado una parte reducida de la burguesía, desde entonces dominaría la totalidad de la burguesía en nombre del pueblo. Las reivindicaciones del proletariado de París son paparruchas utópicas con las que hay que acabar. El proletariado de París contestó a esta declaración de la Asamblea Nacional Constituyente con la insurrección de junio, el acontecimiento más gigantesco en la historia de las guerras civiles europeas. Venció la república burguesa. A su lado estaban la aristocracia financiera, la burguesía industrial, la clase media, los pequeñoburgueses, el Ejército, el lumpemproletariado organizado como Guardia Móvil, los intelectuales, los curas y la población del campo. Al lado del proletariado de París no estaba más que él. Más de 3.000 insurrectos fueron pasados a cuchillo después de la victoria y 15.000 deportados sin juicio. Con esta derrota, el proletariado pasa al fondo de la escena revolucionaria. Tan pronto como el movimiento parece adquirir

nuevos bríos, intenta una y otra vez pasar nuevamente a primer plano, pero con un gasto cada vez más exiguo de fuerzas y con resultados cada vez más insignificantes. Tan pronto como una de las capas sociales superiores a él experimenta cierta efervescencia revolucionaria, el proletariado se enlaza con ella y así va compartiendo todas las derrotas que sufren los diversos partidos unos tras otros. Pero estos golpes sucesivos se atenúan cada vez más cuanto más se reparten por toda la superficie de la sociedad. Sus jefes más importantes en la Asamblea Nacional y en la prensa van cayendo unos tras otros, víctimas de los tribunales, y se ponen al frente de él figuras cada vez más equívocas. En parte, el proletariado se entrega a experimentos doctrinarios, bancos de cambio y asociaciones obreras, es decir, a un movimiento en el que renuncia a transformar el viejo mundo con ayuda de todos los grandes recursos propios de este mundo e intenta, por el contrario, conseguir su redención a espaldas de la sociedad por la vía privada, dentro de sus limitadas condiciones de existencia, y por tanto, fracasa forzosamente. Parece que no puede descubrir de nuevo en sí mismo la grandeza revolucionaria, ni sacar nuevas energías de los nuevos vínculos que ha creado mientras todas las clases con las que ha luchado en junio no estén tendidas a su lado. Pero por lo menos sucumbe con los honores de una gran lucha de alcance histórico-universal; no solo Francia sino Europa entera tiembla ante el terremoto de junio, mientras que las sucesivas derrotas de las clases más altas se consiguen a un costo tan módico que solo la insolente exageración del partido vencedor puede hacerlas pasar por acontecimientos y son tanto más ignominiosas cuanto más lejos queda del proletariado el partido que sucumbe.

Es cierto que la derrota de los insurrectos de junio había preparado, allanado, el terreno en que podía cimentarse y erigirse la república burguesa; pero al mismo tiempo había puesto de manifiesto que en Europa

se ventilaban otras cuestiones que la de «república o monarquía». Había revelado que aquí república burguesa equivalía a despotismo ilimitado de una clase sobre otras. Había demostrado que en países de vieja civilización, con una formación de clase desarrollada, con condiciones modernas de producción y con una conciencia intelectual, en la que todas las ideas tradicionales se hallan disueltas por un trabajo secular, la república no significa en general más que la forma política de la subversión de la sociedad burguesa y no su forma conservadora de vida, como por ejemplo en los Estados Unidos de América, donde si bien existen ya clases, estas no se han plasmado todavía sino que cambian constantemente y se ceden unas a otras sus partes integrantes, en movimiento continuo; donde los medios modernos de producción, en vez de coincidir con una superpoblación crónica, suplen más bien la escasez relativa de cabezas y brazos, y donde, por último, el movimiento febrilmente juvenil de la producción material, que tiene un mundo nuevo que apropiarse, no ha dejado tiempo ni ocasión para eliminar el viejo mundo fantasmal.

Durante las jornadas de junio, todas las clases y todos los partidos se habían unido en un Partido del Orden frente a la clase proletaria como partido de la anarquía, del socialismo, del comunismo. Habían «salvado» a la sociedad de «los enemigos de la sociedad». Habían dado a su Ejército como santo y seña los tópicos de la vieja sociedad: «Propiedad, familia, religión y orden», y gritado a la cruzada contrarrevolucionaria: «¡Bajo este signo, vencerás!». Desde este instante, tan pronto como uno cualquiera de los numerosos partidos que se habían agrupado bajo aquel signo contra los insurrectos de junio intenta situarse en el palco revolucionario en su propio interés de clase, sucumbe al grito de «¡Propiedad, familia, religión y orden!». La sociedad es salvada cada vez que se va restringiendo el círculo de sus dominadores y un interés más exclusivo se impone al más amplio.

Toda reivindicación, aun de la más elemental reforma financiera burguesa, del liberalismo más vulgar, del más formal republicanismo, de la más trivial democracia, es castigada en el acto como un «atentado contra la sociedad» y estigmatizada como «socialismo». Hasta que, por último, los propios pontífices de «la religión y el orden» se ven arrojados a puntapiés de sus sillas píticas, sacados de la cama en medio de la noche y de la niebla, empaquetados en coches celulares, metidos en la cárcel o enviados al destierro; de su templo no queda piedra sobre piedra, sus bocas son selladas, sus plumas rotas, su ley desgarrada en nombre de la religión, de la propiedad, de la familia y del orden. Burgueses fanáticos del orden son tiroteados en sus balcones por la soldadesca embriagada, la santidad del hogar es profanada y sus casas son bombardeadas como pasatiempo en nombre de la propiedad, de la familia, de la religión y del orden. La hez de la sociedad burguesa forma, por fin, la sagrada falange del orden; y el héroe Krapülinski se instala en las Tullerías como «salvador de la sociedad».

El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte (1852)

La masa burguesa

La época que va desde el 20 de diciembre de 1848 hasta la disolución de la Constituyente en mayo de 1849 abarca la historia del ocaso de los republicanos burgueses. Después de haber creado una república para la burguesía, de haber expulsado del campo de lucha al proletariado revolucionario y de reducir provisionalmente al silencio a la pequeña burguesía democrática, se ven ellos mismos dejados al margen por la masa de la burguesía, que con justo derecho embarga a esta república como cosa de su propiedad. Pero esta masa burguesa era realista. Una parte de ella, los grandes propietarios de tierras, había dominado bajo la Restauración y era, por tanto, legitimista. La otra parte, los aristócratas financieros y los grandes industriales, había dominado bajo la Monarquía de Julio y era, por tanto, orleanista. Los altos dignatarios del Ejército, de la universidad, de la Iglesia, del foro, de la Academia y de la prensa se repartían entre ambos campos, aunque en distinta proporción. Aquí, en la república burguesa que no ostentaba el nombre de Borbón ni el nombre de Orleans, sino el nombre de Capital, habían encontrado la forma de gobierno bajo la cual podían dominar conjuntamente. Ya la insurrección de junio los había unido en las filas del Partido del Orden. Ahora se trataba ante todo de eliminar a la pandilla de los republicanos burgueses que ocupaban todavía los escaños de la Asamblea Nacional. Y todo lo que estos republicanos puros habían tenido de brutales para abusar de la fuerza física contra el pueblo, lo tuvieron ahora de cobardes, de pusilánimes, de tímidos, de alicaídos, de incapaces de

luchar para mantener su republicanismo y su derecho de legisladores frente al poder ejecutivo y los realistas. No tengo por qué relatar aquí la historia ignominiosa de su desintegración. No cayeron, se acabaron. Su historia terminó para siempre, y en el período siguiente ya solo figuran, lo mismo dentro que fuera de la Asamblea, como recuerdos, recuerdos que parecen revivir tan pronto como se menciona el mero nombre de «república» y cuantas veces el conflicto revolucionario amenaza con descender hasta el nivel más bajo. Diré de paso que en el período siguiente el periódico que dio su nombre a este partido, *Le National*, se pasó al socialismo.

Antes de terminar con este período, tenemos que echar todavía una ojeada retrospectiva a los dos poderes, uno de los cuales anuló al otro el 2 de diciembre de 1851, mientras que desde el 20 de diciembre de 1848 hasta la disolución de la Constituyente vivieron en relaciones maritales. Nos referimos, por un lado, a Luis Bonaparte y, por otro, al partido de los realistas coligados, al Partido del Orden, al partido de la gran burguesía. Al tomar posesión de la presidencia, Bonaparte formó inmediatamente un Gabinete del Partido del Orden, al frente del cual puso a Odilon Barrot que era, nótese bien, el antiguo dirigente de la fracción más liberal de la burguesía parlamentaria. Por fin, el señor Barrot había cazado la cartera de ministro cuyo espectro lo perseguía desde 1830, y más aún, la presidencia del Gabinete, pero no como lo había soñado bajo Luis Felipe, como el jefe más avanzado de la oposición parlamentaria, sino con la misión de matar al Parlamento y como aliado de todos sus peores enemigos, los jesuitas y los legitimistas. Por fin pudo casarse con la novia, pero solo después de que esta había sido ya prostituida. En cuanto a Bonaparte, se eclipsó totalmente en apariencia. Ese partido actuaba por él.

Ya en el primer consejo de ministros se acordó la expedición a Roma, que se convino en realizar a espaldas de la Asamblea Nacional y

arrancándole a esta los medios financieros bajo un pretexto falso. Así comenzó la cosa, con una estafa a la Asamblea Nacional y con una conspiración secreta junto a las potencias absolutistas extranjeras contra la República revolucionaria romana. Del mismo modo y con la misma maniobra, Bonaparte preparó su golpe del 2 de diciembre contra la Asamblea Legislativa realista y su República constitucional. No olvidemos que el mismo partido que el 20 de diciembre de 1848 formaba el Gabinete de Bonaparte forma el 2 de diciembre de 1851 la mayoría de la Asamblea Nacional Legislativa.

La Constituyente había acordado en agosto no disolverse hasta después de elaborar y promulgar una serie de leyes orgánicas complementarias a la Constitución. El Partido del Orden le propuso el 6 de enero de 1849, por medio del diputado Rateau, no tocar las leyes orgánicas y acordar más bien su propia disolución. No solo el Gabinete, con el señor Odilon Barrot a la cabeza, sino todos los diputados realistas de la Asamblea Nacional le hicieron saber en ese momento, en tono imperativo, que su disolución era necesaria para restablecer el crédito, para consolidar el orden, para poner fin a aquella indefinida situación provisional y crear un estado de cosas definitivo; se le dijo que entorpecía la actividad del nuevo Gobierno y solo procuraba alargar su vida por rencor, que el país estaba cansado. Bonaparte tomó nota de todas estas invectivas contra el poder legislativo, se las aprendió de memoria y el 2 de diciembre de 1851 demostró a los realistas parlamentarios que había aprovechado sus lecciones. Repitió contra ellos sus propios tópicos.

El Gabinete Barrot y el Partido del Orden fueron más allá. Hicieron que desde toda Francia se dirigiesen solicitudes a la Asamblea Nacional pidiendo a esta muy amablemente que se retirase. De este modo lanzaron a la batalla contra la Asamblea Nacional, expresión constitucionalmente

organizada del pueblo, sus masas no organizadas. Enseñaron a Bonaparte a apelar ante el pueblo contra las asambleas parlamentarias.

El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte (1852)

LAS LIBERTADES CIVILES Y LA BURGUESÍA

La burguesía tenía la conciencia exacta de que todas las armas forjadas por ella contra el feudalismo se volvían contra ella misma, de que todos los medios de cultura alumbrados por ella se rebelaban contra su propia civilización, de que todos los dioses que había creado la abandonaban. Comprendía que todas las llamadas libertades civiles y los organismos de progreso amenazaban y atacaban al mismo tiempo a la base social y, en la cúspide política, a su dominación de clase y, por tanto, se habían convertido en socialistas. En esta amenaza y en este ataque veía, con razón, el secreto del socialismo cuyo sentido y cuya tendencia juzgaba ella más exactamente que lo que se sabe juzgar a sí mismo ese llamado socialismo, el cual no puede comprender por ello cómo la burguesía se cierra a cal y canto contra él, ya gima sentimentalmente sobre los dolores de la humanidad, ya anuncie cristianamente el reino milenario y la fraternidad universal, ya chochee, humanista, hablando de ingenio, cultura, libertad, o cavile doctrinalmente un sistema de conciliación y bienestar de todas las clases sociales. Lo que no comprendía la burguesía era la consecuencia de que su mismo régimen parlamentario, de que su dominación política en general tenía que caer también bajo la condena general como socialista. Mientras la dominación de la clase burguesa no se hubiese organizado íntegramente, no hubiese adquirido su verdadera expresión política, no podía destacarse tampoco de un modo puro el antagonismo con las otras clases, ni podía, allí donde se destacaba, tomar el giro peligroso que convierte toda lucha contra el poder

del Estado en una lucha contra el capital. Cuando en cada manifestación de vida de la sociedad veía un peligro para la «tranquilidad», ¿cómo podía empeñarse en mantener a la cabeza de la sociedad el régimen de la intranquilidad, su propio régimen, el régimen parlamentario, ese régimen que, según la expresión de uno de sus oradores, vive en la lucha y merced a la lucha? El régimen parlamentario vive de la discusión, ¿cómo, pues, va a prohibir que se discuta? Todo interés, toda institución social se convierten aquí en ideas generales, se ventilan bajo forma de ideas; ¿cómo, pues, algún interés, alguna institución van a situarse por encima del pensamiento e imponerse como artículo de fe? La lucha de los oradores en la tribuna provoca la lucha de los plumíferos de la prensa, el club de debates del Parlamento se complementa necesariamente con los clubes de debates de los salones y de las tabernas, los representantes que apelan continuamente a la opinión del pueblo autorizan a la opinión del pueblo para expresar, en peticiones, su verdadera opinión. El régimen parlamentario lo deja todo a la decisión de las mayorías; ¿cómo, pues, no van a querer decidir las grandes mayorías fuera del Parlamento? Si los que están en las cimas de Estado tocan el violín, ¿qué cosa más natural sino que quienes están abajo bailen?

El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte (1852)

PAPEL DEL INFRAPROLETARIADO

La Ley del 31 de mayo de 1850 era el *coup d'État* de la burguesía. Todas sus victorias anteriores sobre la revolución tenían un carácter meramente provisional. Tan pronto como la Asamblea Nacional en funciones se retiraba de la escena, comenzaban a ser dudosas. Dependían del azar de unas nuevas elecciones generales y la historia de las elecciones desde 1848 probaba irrefutablemente que, en la misma proporción en que se desarrollaba el poder efectivo de la burguesía, esta iba perdiendo su poder moral sobre la masa del pueblo. El 10 de marzo el sufragio universal se pronunció directamente en contra de la dominación de la burguesía; esta última contestó proscribiendo el sufragio universal. La Ley del 31 de mayo era, pues, una de las necesidades impuestas por la lucha de clases. Por otra parte, la Constitución exigía, para que la elección del presidente de la República fuese válida, un mínimo de dos millones de votos. Si ninguno de los candidatos a la presidencia obtenía esta votación mínima, la Asamblea Nacional debería elegir al presidente entre los tres candidatos que obtuviesen más votos. Cuando la Constituyente dictó esta ley, había en el censo electoral diez millones de electores. Es decir, que a juicio de ella bastaba con los votos de una quinta parte del censo para que la elección del presidente fuese válida. La Ley del 31 de mayo suprimió del censo electoral a por lo menos tres millones de electores, redujo el número de estos a siete millones y mantuvo, no obstante, la cifra mínima de dos millones para la elección del presidente. Por tanto, elevó el mínimo legal de una quinta parte

a casi un tercio del censo; es decir, hizo todo lo posible por escamotear la elección del presidente de manos del pueblo, dejándola en manos de la Asamblea Nacional. Con lo cual, el Partido del Orden parecía haber consolidado doblemente su dominación con la Ley del 31 de mayo al entregar la elección de la Asamblea Nacional y la del presidente de la República al arbitrio de la parte más estática de la sociedad.

Inmediatamente después de superarse la crisis revolucionaria y abolirse el sufragio universal, estalló una nueva lucha entre la Asamblea Nacional y Bonaparte.

La Constitución había fijado el sueldo de Bonaparte en 600.000 francos. No había pasado medio año desde su creación cuando consiguió elevar esta suma al doble. Odilon Barrot arrancó a la Asamblea Constituyente un suplemento anual de 600.000 francos para los llamados gastos de representación. Después del 13 de junio Bonaparte había expresado otra demanda igual sin que esta vez Barrot lo escuchase. Tras el 31 de mayo aprovechó inmediatamente el momento favorable e hizo que sus ministros propusiesen a la Asamblea Nacional una lista civil de tres millones. Una larga y aventurera vida de vagabundo lo había dotado de los tentáculos más perfectos para tantear los momentos de debilidad en que podía sacar dinero a sus burgueses. Era un chantaje en toda regla. La Asamblea Nacional había deshonrado la soberanía del pueblo con su ayuda y su connivencia. La amenazó con denunciar su delito ante el tribunal del pueblo si no aflojaba la bolsa y compraba su silencio con tres millones al año. La Asamblea Nacional había robado el voto a tres millones de franceses. Bonaparte exigía por cada francés políticamente desvalorizado un franco en moneda circulante, lo que hacía un total exacto de tres millones de francos. El elegido por seis millones de electores reclamaba una indemnización por los votos que le habían esquilmado después de su elección. La comisión de la

Asamblea Nacional rechazó al importuno. La prensa bonapartista amenazó. ¿Podía la Asamblea Nacional romper con el presidente de la República en un momento en que había roto fundamental y definitivamente con la masa de la nación? Por eso, aun denegando la lista civil anual, le concedió por una sola vez un suplemento de 2.160.000 francos. Así se hacía reo de una doble debilidad: la de conceder el dinero y la de revelar al mismo tiempo, con su irritación, que lo concedía de mala gana. Más adelante veremos para qué necesitaba Bonaparte ese dinero. Tras este molesto epílogo que siguió a la supresión del sufragio universal pisándole los talones, y en el que Bonaparte cambió la humilde actitud que había adoptado durante la crisis de marzo y abril por un retador cinismo frente al Parlamento usurpador, la Asamblea Nacional suspendió sus sesiones durante tres meses, desde el 11 de agosto hasta el 11 de noviembre. Dejó en su lugar una comisión permanente de 28 miembros en la que no había ningún bonapartista aunque sí algunos republicanos moderados. En la comisión permanente de 1849 no había más que hombres de orden y bonapartistas, pero entonces el Partido del Orden se declaraba permanentemente en contra de la revolución. Ahora la república parlamentaria se declaraba permanentemente en contra del presidente. Después de la Ley del 31 de mayo el Partido del Orden ya no tenía enfrente más que este rival.

Cuando la Asamblea Nacional volvió a reunirse en noviembre de 1850, parecía inevitable que estallase, en vez de sus escaramuzas anteriores con el presidente, una gran lucha implacable, una lucha a vida o muerte entre los dos poderes.

Como en 1849, durante las vacaciones parlamentarias el Partido del Orden se había dispersado en sus distintas facciones, cada cual ocupada con sus propias intrigas restauradoras, a las que la muerte de Luis Felipe daba nuevo pábulo. El rey de los legitimistas, Enrique V, había llegado incluso a

nombrar un Gabinete formal que residía en París y del que formaban parte miembros de la comisión permanente. Bonaparte quedaba, pues, autorizado para emprender a su vez giras por los departamentos franceses y dejar escapar, recatada o abiertamente, según el estado de ánimo de la ciudad a la que regalaba con su presencia, sus propios planes de restauración, reclutando votos para sí. En esas giras, que el gran *Moniteur* oficial y los pequeños «monitores» privados de Bonaparte tenían, por supuesto, que celebrar como cruzadas triunfales, lo acompañaban constantemente afiliados de la Sociedad del 10 de Diciembre. Esta sociedad data del año 1849. Bajo el pretexto de crear una sociedad de beneficencia, se organizó al lumpemproletariado de París en secciones secretas, cada una de ellas dirigida por agentes bonapartistas y un general bonapartista a la cabeza de todas. *Roués*[34] arruinados, de equívocos medios de vida y de equívoca procedencia; vástagos degenerados y aventureros de la burguesía, vagabundos, licenciados de tropa, licenciados de presidio, fugitivos de galeras, timadores, saltimbanquis, *lazzaroni*, carteristas y rateros, jugadores, alcahuetes, dueños de burdeles, mozos de cuerda, escritorzuelos, organilleros, traperos, afiladores, caldereros, mendigos; en pocas palabras, toda esa masa informe, difusa y errante que los franceses llaman *la bohème*; con estos elementos, tan afines a él, formó Bonaparte la base de la Sociedad del 10 de Diciembre, «sociedad de beneficencia» ya que todos sus componentes sentían, al igual que Bonaparte, la necesidad de beneficiarse a costa de la nación trabajadora. Este Bonaparte, que se erige en jefe del lumpemproletariado, que solo en este encuentra reproducidos en masa los intereses que él personalmente persigue, que reconoce en esta hez, desecho y escoria de todas las clases, la única clase en la que puede apoyarse sin reservas, es el auténtico Bonaparte, el Bonaparte *sans phrases*. Viejo *roué* ladino, concibe la vida histórica de los pueblos y los grandes actos de

Gobierno y de Estado como una comedia, en el sentido más vulgar de la palabra, como una mascarada, en que los grandes disfraces y las frases y gestos no son más que la careta para ocultar lo más mezquino y miserable. Así, en su expedición a Estrasburgo el buitre suizo amaestrado desempeñó el papel de águila napoleónica. Para su incursión en Boulogne, embutió a unos cuantos lacayos de Londres en uniformes franceses. Ellos representaron al Ejército. En su Sociedad del 10 de Diciembre reunió a 10.000 miserables del lumpen, que habían de representar al pueblo, como Nick Bottom representaba al león. En un momento en que la propia burguesía representaba la comedia más completa, pero con la mayor seriedad del mundo, sin faltar a ninguna de las pedantescas condiciones de la etiqueta dramática francesa, y obraba a medias engañada y a medias convencida de la solemnidad de sus acciones y representaciones dramáticas, tenía que vencer por fuerza el aventurero que tomase lisa y llanamente la comedia como tal comedia. Solo después de eliminar a su solemne adversario, cuando él mismo toma en serio su papel imperial y cree representar, con su careta napoleónica, al auténtico Napoleón, solo entonces es víctima de su propia concepción del mundo, el payaso serio que ya no toma la historia universal por comedia, sino su comedia por historia universal. Lo que para los obreros socialistas habían sido los Talleres Nacionales y para los republicanos burgueses la Guardia Móvil, era para Bonaparte la Sociedad del 10 de Diciembre: la fuerza combativa de partido propia de él. Las secciones de esa sociedad, enviadas por grupos a las estaciones, debían improvisar un público, representar el entusiasmo popular, gritar «Vive l'Empereur!», insultar y apalear a los republicanos, naturalmente bajo la protección de la Policía. En sus viajes de regreso a París debían formar la vanguardia, adelantarse a las contramanifestaciones o dispersarlas. La Sociedad del 10 de Diciembre le pertenecía a él, era su

obra, su idea más privativa. Todo lo demás de lo que se apropia se lo da la fuerza de las circunstancias, en todos sus hechos actúan por él las circunstancias o se limita a copiar los hechos de otros; pero el Bonaparte que se presenta en público, ante los ciudadanos, con las frases oficiales del orden, la religión, la familia, la propiedad, y detrás de él la sociedad secreta de los Schufterle y los Spiegelberg, la sociedad del desorden, la prostitución y el robo, es el propio Bonaparte como autor original, y la historia de la Sociedad del 10 de Diciembre es su propia historia. Se había dado el caso de que representantes del pueblo pertenecientes al Partido del Orden habían sido apaleados por los decembristas. Más aún. El comisario de Policía Yon, adscrito a la Asamblea Nacional y encargado de la vigilancia de su seguridad, denunció a la comisión permanente, basado en el testimonio de un tal Alais, que una sección de decembristas había acordado asesinar al general Changarnier y a Dupin, presidente de la Asamblea Nacional, una vez elegidos los individuos encargados de ejecutar el acuerdo. Se comprenderá el terror del señor Dupin. Parecía inevitable una investigación parlamentaria sobre la Sociedad del 10 de Diciembre, es decir, la profanación del mundo secreto bonapartista. Por eso, antes de que volviera a reunirse la Asamblea Nacional, Bonaparte disolvió prudentemente su sociedad, claro está que solo sobre el papel, pues todavía a fines de 1851 el prefecto de Policía Carlier, en una extensa memoria, intentaba en vano moverlo a disolver realmente a los decembristas.

La Sociedad del 10 de Diciembre había de seguir siendo el ejército privado de Bonaparte mientras este no consiguiese convertir el Ejército público en una Sociedad del 10 de Diciembre. Bonaparte hizo la primera tentativa encaminada a esto poco después de suspenderse las sesiones de la Asamblea Nacional, y la hizo con el dinero que acababa de arrancarle a esta. Como fatalista que es, abriga la convicción de que hay ciertos poderes

superiores a los que el hombre y, sobre todo, el soldado no se pueden resistir. Entre estos poderes incluye, en primer término, los cigarros y el champán, las avefrías y el salchichón adobado con ajo. Por eso empieza obsequiando a los oficiales y suboficiales con cigarros y champán, avefrías y salchichón adobado con ajo en los salones del Elíseo. El 3 de octubre repite esta maniobra con la tropa en la revista de Saint-Maur, y el 10 de octubre vuelve a repetirla a una escala todavía mayor en la revista militar de Satory. El tío se acordaba de las campañas de Alejandro en Asia, el sobrino se acuerda de las cruzadas triunfales de Baco en las mismas tierras. Alejandro era, con seguridad, un semidiós, pero Baco era un dios completo. Y además, el dios tutelar de la Sociedad del 10 de Diciembre. Después de la revista del 3 de octubre la comisión permanente llamó a comparecencia al ministro de Guerra, D'Hautpoul. Este prometió que ya no se repetirían aquellas infracciones de la disciplina. Sabido es cómo cumplió Bonaparte el 10 de octubre la palabra dada por D'Hautpoul.

El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte (1852)

El poder del Estado no flota en el aire

Cuando Cromwell disolvió el Parlamento Largo, se dirigió solo al centro del salón de sesiones, sacó el reloj para que aquel no viviese ni un solo minuto más del plazo que le había señalado y fue arrojando del salón a los diputados uno por uno con insultos alegres y graciosos. El Dieciocho Brumario, Napoleón, con menos talla que su modelo, se trasladó, a pesar de todo, al cuerpo legislativo y leyó, aunque con voz entrecortada, su sentencia de muerte. El segundo Bonaparte, que por lo demás se hallaba en posesión de un poder ejecutivo muy distinto al de Cromwell o Napoleón, no fue a buscar su modelo en los anales de la historia universal, sino en los de la Sociedad del 10 de Diciembre, en los anales de la jurisprudencia criminal. Roba al Banco de Francia 25 millones de francos, compra al general Magnan por un millón y a los soldados por 15 francos cada uno y aguardiente, por la noche se reúne a escondidas con sus cómplices, como un ladrón, manda asaltar las casas de los parlamentarios más peligrosos sacándolos de sus camas y se lleva a Cavaignac, Lamoricière, Le Flô, Changarnier, Charras, Thiers, Baze y otros; manda ocupar las plazas principales de París y el edificio del Parlamento con tropas y pegar al amanecer, en todos los muros, carteles estridentes que proclaman la disolución de la Asamblea Nacional y del Consejo de Estado, la restauración del sufragio universal y la declaración de estado de sitio en el departamento del Sena. Y poco después inserta en *Le Moniteur* un

documento falso según el cual influyentes hombres parlamentarios se han agrupado en torno a él en un Consejo de Estado.

Los restos del Parlamento, formados principalmente por legitimistas y orleanistas, se reúnen en el edificio de la alcaldía del décimo *arrondissement* y acuerdan entre gritos de «¡Viva la República!» la destitución de Bonaparte, arengan en vano a la boquiabierta masa congregada delante del edificio y, por último, custodiados por tiradores africanos, son arrastrados primero al cuartel d'Orsay y luego empaquetados en coches celulares y transportados a las cárceles de Mazas, Ham y Vincennes. Así terminaron el Partido del Orden, la Asamblea Legislativa y la Revolución de Febrero.

He aquí en breves rasgos, antes de pasar rápidamente a las conclusiones, el esquema de su historia:

Primer período. Del 24 de febrero al 4 de mayo de 1848. Período de Febrero. Prólogo. Farsa de confraternización general.

Segundo período. Período de constitución de la República y de la Asamblea Nacional Constituyente.

Del 4 de mayo al 25 de junio de 1848. Lucha de todas las clases contra el proletariado. Derrota del proletariado en las jornadas de junio.

Del 25 de junio al 10 de diciembre de 1848. Dictadura de los republicanos burgueses puros. Se redacta el proyecto de Constitución. Declaración del estado de sitio en París. El 10 de diciembre se elimina la dictadura burguesa con la elección de Bonaparte como presidente.

Del 20 de diciembre de 1848 al 28 de mayo de 1849. Lucha de la Constituyente contra Bonaparte y el Partido del Orden coligado con él. Caída de la Constituyente. Derrota de la burguesía republicana.

Tercer período. Período de la República constitucional y de la Asamblea Nacional Legislativa.

Del 28 de mayo al 13 de junio de 1849. Lucha de los pequeñoburgueses contra la burguesía y contra Bonaparte. Derrota de la democracia pequeñoburguesa.

Del 13 de junio de 1849 al 31 de mayo de 1850. Dictadura parlamentaria del Partido del Orden. Corona su dominación con la abolición del sufragio universal.

Del 31 de mayo de 1850 al 2 de diciembre de 1851. Lucha entre la burguesía parlamentaria y Bonaparte.

Del 31 de mayo de 1850 al 12 de enero de 1851. El Parlamento pierde el alto mando sobre el Ejército.

Del 12 de enero al 11 de abril de 1851. El Parlamento sucumbe en sus tentativas por volver a adueñarse del poder administrativo. El Partido del Orden pierde su mayoría parlamentaria propia. Coalición del Partido del Orden con los republicanos y la Montaña.

Del 11 de abril al 9 de octubre de 1851. Intentos de revisión, de fusión, de prórroga de poderes. El Partido del Orden se descompone en los elementos que lo integran. Definitiva ruptura del Parlamento burgués y de la prensa burguesa con la masa de la burguesía.

Del 9 de octubre al 2 de diciembre de 1851. Ruptura franca entre el Parlamento y el poder ejecutivo. El Parlamento consuma su defunción y sucumbe, abandonado por su propia clase, por el Ejército y por las demás clases. Hundimiento del régimen parlamentario y de la dominación burguesa. Triunfo de Bonaparte. Parodia de restauración imperial.

La República Social apareció como frase, como profecía, en el umbral de la Revolución de Febrero. En las jornadas de junio de 1848 fue ahogada en sangre del proletariado de París pero aparece en los restantes actos del drama como espectro. Se anuncia la república democrática. Se esfuma el 13 de junio de 1849, con sus pequeñoburgueses dados a la fuga, pero en su

huida arroja tras de sí reclamos doblemente jactanciosos con la burguesía. La república parlamentaria se adueña de toda la escena, apura su vida en toda la plenitud, pero el 2 de diciembre de 1851 la entierra bajo el grito de angustia de los realistas coligados: «¡Viva la República!».

La burguesía francesa, que se rebelaba contra la dominación del proletariado, encumbró en el poder al lumpemproletariado con el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre a la cabeza. La burguesía mantenía a Francia bajo el miedo constante a los futuros espantos de la anarquía roja; Bonaparte frustró ese porvenir cuando el 4 de diciembre hizo que el ejército del orden, animado por el aguardiente, disparase contra los distinguidos burgueses del Boulevard Montmartre y del Boulevard des Italiens que estaban asomados a las ventanas. La burguesía provocó la apoteosis del sable, y el sable manda sobre ella. Aniquiló la prensa revolucionaria, y ve aniquilada su propia prensa. Sometió las asambleas populares a la vigilancia de la Policía; sus salones se hallan bajo la vigilancia de la Policía. Disolvió la Guardia Nacional democrática y su propia Guardia Nacional ha sido disuelta. Decretó el estado de sitio, y el estado de sitio ha sido decretado contra ella. Suplantó a los jurados por comisiones militares, y las comisiones militares ocupan el puesto de sus jurados. Sometió la enseñanza del pueblo a los curas, y los curas la someten a ella a su propia enseñanza. Deportó a detenidos sin juicio, y ella es deportada sin juicio. Sofocó todo movimiento de la sociedad mediante el poder del Estado, y el poder del Estado sofoca todos los movimientos de su sociedad. Se rebeló, llevada del entusiasmo por su bolsa, contra sus propios políticos y literatos; sus políticos y literatos fueron quitados de en medio, pero su bolsa se ve saqueada después de amordazarse su boca y romperse su pluma. La burguesía gritaba incansablemente a la revolución como san Arsenio a los cristianos: *Fuge*, *tace*, *quiesce!* ¡Huye, calla, tranquilízate! Y ahora es

Bonaparte el que grita a la burguesía: *Fuge*, *tace*, *quiesce!* ¡Huye, calla, tranquilízate!

La burguesía francesa había resuelto desde hacía mucho tiempo el dilema de Napoleón: «Dans cinquante ans, l'Europe sera républicaine ou cosaque». [35] Había optado por la *république cosaque*. Ninguna Circe ha desfigurado con su encanto maligno la obra de arte de la república burguesa convirtiéndola en un monstruo. Esa república solo perdió su apariencia de respetabilidad. La Francia actual se contenía ya íntegra en la república parlamentaria. Solo hacía falta el arañazo de una bayoneta para que la vejiga estallase y el monstruo saltase a la vista.

¿Por qué el proletariado de París no se levantó después del 2 de diciembre?

La caída de la burguesía solo estaba decretada; el decreto no se había ejecutado todavía. Cualquier alzamiento serio del proletariado habría dado a aquella nuevos bríos, la habría reconciliado con el Ejército y habría asegurado a los obreros una segunda derrota de junio.

El 4 de diciembre el proletariado fue espoleado a la lucha por burguesas y tenderos. Esa noche prometieron comparecer en el lugar de la lucha varias legiones de la Guardia Nacional armadas y uniformadas. En efecto, burgueses y tenderos habían descubierto que en uno de sus decretos del 2 de diciembre Bonaparte abolía el voto secreto y les ordenaba inscribir en los registros oficiales, detrás de sus nombres, un sí o un no. La resistencia del 4 de diciembre amedrentó a Bonaparte. Durante la noche mandó pegar en todas las esquinas de París carteles que anunciaban la restauración del voto secreto. Burgueses y tenderos creyeron haber alcanzado su objetivo. Todos los que no se presentaron a la mañana siguiente eran tenderos y burgueses.

Un golpe de mano de Bonaparte, dado durante la noche del 1 al 2 de diciembre, había privado al proletariado de París de sus guías, de los jefes

de las barricadas. ¡Un ejército sin oficiales, al que los recuerdos de junio de 1848 y de 1849 y de mayo de 1850 inspiraban la aversión a luchar bajo la bandera de los *montagnards*, confió a su vanguardia, a las sociedades secretas, la salvación del honor insurrecto de París, que la burguesía entregó tan mansamente a la soldadesca que Bonaparte pudo más tarde desarmar a la Guardia Nacional con el pretexto burlón de que temía que sus armas fuesen empleadas abusivamente contra ella misma por los anarquistas!

C'est le triomphe complet et définitif du socialisme! Así caracterizó Guizot el 2 de diciembre. Pero si la caída de la república parlamentaria encierra ya en germen el triunfo de la revolución proletaria, su resultado inmediato, tangible, era la victoria de Bonaparte sobre el Parlamento, del poder ejecutivo sobre el poder legislativo, de la fuerza sin palabras sobre la fuerza de las palabras. En el Parlamento la nación elevaba su voluntad general a ley, es decir, elevaba la ley de la clase dominante a su voluntad general. Ante el poder ejecutivo abdica de toda voluntad propia y se somete a los dictados de un poder extraño, de la autoridad. El poder ejecutivo, por oposición al legislativo, expresa la heteronomía de la nación por oposición a su autonomía. Por tanto, Francia solo parece escapar al despotismo de una clase para reincidir bajo el despotismo de un individuo, y concretamente bajo la autoridad de un individuo sin autoridad. Y la lucha parece haber terminado en que todas las clases se postraron de hinojos, con igual impotencia y con igual mutismo, ante la culata del fusil.

Pero la revolución es radical. Está pasando todavía por el purgatorio. Cumple su tarea con método. Hasta el 2 de diciembre de 1851 había terminado la mitad de su labor preparatoria; ahora termina la otra mitad. Lleva primero a la perfección al poder parlamentario, para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a la perfección al poder ejecutivo, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él, como único

blanco contra el que debe concentrar todas sus fuerzas de destrucción. Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará y gritará jubilosa: «¡Muy bien, viejo topo! ¡Qué rápido escarbas!».

Este poder ejecutivo, con su inmensa organización burocrática y militar, con su compleja y artificiosa maquinaria de Estado, un ejército de funcionarios que suma medio millón de hombres, junto a un Ejército de otro medio millón de hombres, este espantoso organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo de la sociedad francesa y le tapona todos los poros, surgió en la época de la monarquía absoluta, de la decadencia del régimen feudal, que dicho organismo contribuyó a acelerar. Los privilegios señoriales de los terratenientes y de las ciudades se convirtieron en otros tantos atributos del poder del Estado, los dignatarios feudales en funcionarios retribuidos y el variopinto muestrario de las soberanías medievales en pugna en el plan reglamentado de un poder estatal cuya labor está dividida y centralizada como en una fábrica. La primera Revolución Francesa, con su misión de romper todos los poderes particulares locales, territoriales municipales y provinciales para crear la unidad civil de la nación, tenía necesariamente que desarrollar lo que la monarquía absoluta había iniciado: la centralización; pero al mismo tiempo amplió el volumen, las atribuciones y el número de servidores del poder del Gobierno. Napoleón perfeccionó esta máquina del Estado. La monarquía legítima y la Monarquía de Julio no añadieron nada más que una mayor división del trabajo, que crecía a medida que la división del trabajo dentro de la sociedad burguesa creaba nuevos grupos de intereses, y por tanto nuevo material para la administración del Estado. Cada interés común (*gemeinsame*) se desglosaba inmediatamente de la sociedad, se contraponía a esta como interés superior, general (*allgemeines*), se sustraía a la propia

iniciativa de los individuos de la sociedad y se convertía en objeto de la actividad del Gobierno, desde el puente, la escuela y los bienes comunales de un municipio rural cualquiera hasta los ferrocarriles, la riqueza nacional y las universidades de Francia. Por último, la república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, se vio obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del poder del Gobierno. Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina en vez de destrozarla. Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal del vencedor.

Pero bajo la monarquía absoluta, durante la primera revolución, bajo Napoleón, la burocracia no era más que el medio para preparar la dominación de clase de la burguesía. Bajo la Restauración, bajo Luis Felipe, bajo la república parlamentaria, era el instrumento de la clase dominante por mucho que ella aspirase también a su propio poder absoluto.

Es bajo el segundo Bonaparte cuando el Estado parece haber adquirido una completa autonomía. La máquina del Estado se ha consolidado ya de tal modo frente a la sociedad burguesa que basta con que se halle a su frente el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre, un caballero de industria venido de fuera y llevado en andas por una soldadesca embriagada, a la que compró con aguardiente y salchichón y a la que tiene que arrojar constantemente salchichón. De aquí la pusilánime desesperación, el sentimiento de la más inmensa humillación y degradación que oprime el pecho de Francia y contiene su aliento. Francia se siente como deshonrada.

Y sin embargo, el poder del Estado no flota en el aire. Bonaparte representa a una clase que es, además, la clase más numerosa de la sociedad francesa: los aparceros.

El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte (1852)

SPECULUM V

Marx es de talla media, 34 años; a pesar de estar en la flor de la vida, está ya encaneciendo. Tiene un físico poderoso y sus rasgos recuerdan claramente a los de Szemere [primer ministro del efímero Gobierno revolucionario de Hungría en 1848, que fue amigo de Marx], aunque su complexión es más oscura y sus ojos y barba, bastante negros. En segundo lugar, no se había afeitado; sus grandes ojos, penetrantes y fieros, tienen algo diabólicamente siniestro. En cualquier caso se puede decir que a primera vista es un hombre enérgico, con genio. Su superioridad intelectual ejerce una fuerza irresistible a su alrededor. En su vida privada es muy indisciplinado, cínico y mal organizador. Vive la vida de un gitano, de un intelectual bohemio; rara vez lava, cepilla o cambia su ropa, le gusta emborracharse. Holgazanea durante días pero cuando tiene trabajo que hacer, trabajará día y noche con un aguante incansable. No existe para él nada similar a un horario fijo para dormir y levantarse. A menudo permanece despierto toda la noche y alrededor de mediodía se tumba en el sofá, completamente vestido, y duerme hasta el anochecer, despreocupado del ir y venir de la gente por la habitación.

Su mujer es la hermana del ministro prusiano Von Westphalen. Agradable y culta, se ha acostumbrado a la vida bohemia loca de amor por su marido y se siente perfectamente en casa en tal miseria. Tiene dos chicas y un chico, los tres realmente guapos y con los ojos inteligentes del padre. Como padre y esposo, Marx es el hombre más amable y suave a pesar de su carácter

salvaje e incansable. Vive en uno de los peores, y por tanto de los más baratos, barrios de Londres. Ocupa dos habitaciones; una de ellas da a la calle —el salón—; el dormitorio da al interior. No se puede encontrar un solo mueble limpio y sólido en todo el piso: todo está roto, andrajoso y partido, hay una gruesa capa de polvo en todas partes y también en todas partes, un desorden enorme. En medio del salón hay una gran mesa pasada de moda cubierta con un hule. Sobre ella descansan manuscritos, libros y periódicos, los juguetes de los niños, el costurero de su mujer, junto a varias tazas desportilladas, cucharas, cuchillos y tenedores sucios; bombillas, un tintero, gafas, pipas de cerámica holandesas, cenizas de tabaco; en pocas palabras, todo patas arriba y sobre la misma mesa. Un ropavejero retrocedería avergonzado por tal notable colección. Cuando entras en la habitación de Marx, el humo y el vapor del tabaco hacen que te lloren los ojos de tal manera que por un momento crees estar avanzando a tientas en una cueva. Tus ojos se acostumbran gradualmente a la niebla y puedes distinguir algunos objetos. Todo está sucio y cubierto de polvo. Es realmente peligroso sentarse. Una silla solo tiene tres patas. En la otra, que parece entera, están los niños jugando y cocinando. Es esta la que ofrecen a las visitas, pero lo que han cocinado los niños no ha sido limpiado: si te sientas, arriesgas los pantalones. Nada de esto avergüenza a Marx o a su mujer. Te reciben de la forma más amigable: te ofrecen de la forma más cordial pipas y tabaco y todo lo que pudiera haber. La conversación, intelectualmente animosa y agradable, corrige alguna de estas deficiencias domésticas, al menos en parte. Una vez que uno se acostumbra a la compañía, encuentra este círculo interesante, incluso original. Esta es la verdadera imagen de la vida familiar del jefe de los comunistas: Marx.

Informe de un agente de la Policía prusiana (1853)

El ser social y la conciencia

Mis estudios profesionales eran los de jurisprudencia, de la que, sin embargo, solo me preocupé como disciplina secundaria, junto a la filosofía y la historia. En 1842-1843, siendo redactor de la *Rheinische Zeitung* me vi por primera vez en el difícil trance de tener que opinar sobre los llamados «intereses materiales». Los debates de la Dieta renana sobre la tala furtiva y la parcelación de la propiedad de la tierra, la polémica oficial mantenida entre el señor Von Schaper, por entonces gobernador de la provincia renana, y la *Rheinische Zeitung* acerca de la situación de los campesinos de Mosela y, finalmente, los debates sobre el librecambio y el proteccionismo fue lo que me movió a ocuparme por primera vez de cuestiones económicas. Por otra parte, en aquellos tiempos en que el buen deseo de «ir adelante» superaba con mucho el conocimiento de la materia, la *Rheinische Zeitung* dejaba traslucir un eco del socialismo y del comunismo francés teñido de un tenue matiz filosófico. Yo me declaré en contra de ese trabajo de aficionados, pero confesando sinceramente en una controversia con la *Allgemeine Augsbürger Zeitung* que mis estudios hasta entonces no me permitían aventurar ningún juicio acerca del contenido propiamente dicho de las tendencias francesas. Con tanto mayor deseo aproveché la ilusión de los gerentes de la *Rheinische Zeitung*, quienes creían que suavizando la posición del periódico iban a conseguir que se revocase la sentencia de muerte ya decretada contra él, para retirarme de la escena pública a mi cuarto de estudio.

Mi primer trabajo, emprendido para resolver las dudas que me azotaban, fue una revisión crítica de la filosofía hegeliana del derecho, trabajo cuya introducción apareció en 1844 en los *Deutsch-Französische Jahrbücher* que se publicaban en París. Mi investigación me llevó a la conclusión de que ni las relaciones jurídicas ni las formas de Estado pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que, por el contrario, radican en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII bajo el nombre de «sociedad civil», y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política. En Bruselas, adonde me trasladé a consecuencia de una orden de destierro dictada por el señor Guizot, proseguí mis estudios de economía política comenzados en París. El resultado general al que llegué y que una vez obtenido sirvió de hilo conductor a mis estudios puede resumirse así: en la producción social de su existencia los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre lo que determina su ser sino, por el contrario, es el ser social quien determina su conciencia. Al llegar a una fase determinada de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta entonces. De

formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones pasan a ser trabas y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica se transforma, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas transformaciones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas con las que los hombres adquieren conciencia del conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que piensa de sí, tampoco podemos juzgar estas épocas de transformación por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción.

Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más elevadas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado dentro de la propia sociedad antigua. Por eso la humanidad siempre se propone solo los objetivos que puede alcanzar porque, mirando mejor, encontrará siempre que esos objetivos solo surgen cuando ya se dan (o por lo menos se están gestando) las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso en la formación económica de la sociedad el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica no en el sentido de un antagonismo individual sino de un antagonismo que proviene

de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por lo tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

Friedrich Engels, con el que yo mantenía un intercambio constante de ideas por correspondencia desde la publicación de su genial bosquejo sobre la crítica de las categorías económicas en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, había llegado por distinto camino (véase su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*) al mismo resultado que yo. Y cuando en la primavera de 1845 se estableció también en Bruselas, acordamos elaborar en común la contraposición de nuestro punto de vista con el punto de vista ideológico de la filosofía alemana; en realidad, para liquidar cuentas con nuestra conciencia filosófica anterior. El propósito fue realizado bajo la forma de una crítica de la filosofía poshegeliana. El manuscrito —dos gruesos volúmenes en octavo— ya hacía mucho tiempo que había llegado a su lugar de edición en Westfalia cuando nos enteramos de que nuevas circunstancias imprevistas impedían su publicación. En vista de eso entregamos el manuscrito a la crítica roedora de los ratones, muy de buen grado, pues nuestro objeto principal, esclarecer nuestras propias ideas, ya había sido logrado. Entre los trabajos dispersos en que por aquel entonces expusimos al público nuestras ideas, bajo unos u otros aspectos, solo citaré el *Manifiesto del Partido Comunista* escrito conjuntamente por Engels y por mí, y un *Discurso sobre el librecambio*, publicado por mí. Los puntos decisivos de nuestra concepción fueron expuestos por primera vez científicamente, aunque solo en forma de polémica, en la obra *Miseria de la filosofía* etcétera, publicada por mí en 1847 y dirigida contra Proudhon. La publicación de un estudio escrito en alemán sobre el trabajo asalariado, en

el que recogía las conferencias que había dado acerca de este tema en la Asociación obrera alemana de Bruselas, fue interrumpida por la Revolución de Febrero, que trajo como consecuencia mi alejamiento forzoso de Bélgica.

La publicación de la *Neue Rheinische Zeitung* (1848-1849) y los acontecimientos posteriores interrumpieron mis estudios económicos, que no pude reanudar hasta 1850 en Londres. El enorme material sobre la historia de la economía política acumulado en el British Museum, la posición tan favorable que brinda Londres para la observación de la sociedad burguesa y, finalmente, la nueva etapa de desarrollo en que parecía entrar esta con el descubrimiento de oro en California y en Australia me impulsaron a empezar de nuevo desde el principio, abriéndome paso de un modo crítico a través de los nuevos materiales. Estos estudios a veces me llevaban por sí mismos a campos aparentemente alejados y en los que tenía que detenerme durante más o menos tiempo. Pero lo que sobre todo reducía el tiempo de que disponía era la necesidad imperiosa de trabajar para vivir. Mi colaboración desde hace ya ocho años con el primer periódico angloamericano, el *New York Daily Tribune*, me obligaba a desperdigar extraordinariamente mis estudios, ya que solo en casos excepcionales me dedico a escribir para la prensa corresponsalías propiamente dichas. Sin embargo, los artículos sobre los acontecimientos económicos más sobresalientes de Inglaterra y del continente formaban una parte tan importante de mi colaboración que me obligaba a familiarizarme con una serie de detalles de carácter práctico situados fuera de la órbita de la verdadera ciencia de la economía política.

Este esbozo sobre la trayectoria de mis estudios en el campo de la economía política tiende simplemente a demostrar que mis ideas, cualquiera que sea el juicio que merezcan y por mucho que choquen con los prejuicios

interesados de las clases dominantes, son el fruto de largos años de concienzuda investigación. Pero en la puerta de la ciencia, como en la del infierno, debiera estamparse esta consigna:

Qui si convien lasciare ogni sospetto;
ogni viltà convien che qui sia morta.[36]

Londres, enero de 1859

Prefacio a *Contribución a la crítica de la economía política* (1859)

Que el género humano es la Internacional

Trabajadores:

Es un hecho notabilísimo que la miseria de las masas trabajadoras no haya disminuido desde 1848 hasta 1864, y sin embargo, este período ofrece un desarrollo incomparable de la industria y el comercio. En 1850 un órgano moderado de la burguesía británica, bastante bien informado, pronosticaba que si la exportación y la importación de Inglaterra ascendían a un 50 por ciento, la pobreza descendería a cero. Pero ¡ay!, el 7 de abril de 1864 el canciller del Tesoro cautivaba a su auditorio parlamentario anunciándole que el comercio de importación y exportación había ascendido en el año 1863 «a 443.955.000 libras, cantidad sorprendente, casi tres veces mayor que el comercio de la época, relativamente reciente, de 1843». Al mismo tiempo hablaba elocuentemente de la «miseria». «Pensad —exclamaba— en los que viven al borde de la miseria», en los «salarios […] que no han aumentado», en la «vida humana […] que, de diez casos, en nueve no es otra cosa que una lucha por la existencia». No dijo nada del pueblo irlandés, que en el norte de su país es remplazado gradualmente por las máquinas, y en el sur, por los pastizales para ovejas. Y aunque las mismas ovejas disminuyen en este desgraciado país, lo hacen con menos rapidez que los hombres. Tampoco repitió lo que acababan de descubrir en un acceso súbito de terror los más altos representantes de los «diez mil de arriba». Cuando el pánico producido por los «estranguladores» adquirió grandes proporciones, la Cámara de los Lores ordenó que se hiciera una

investigación y se publicara un informe sobre los penales y lugares de deportación. La verdad salió a relucir en el voluminoso Libro Azul de 1863, demostrándose con hechos y guarismos oficiales que los peores criminales condenados, los presidiarios de Inglaterra y Escocia, trabajaban mucho menos y estaban mejor alimentados que los trabajadores agrícolas de esos mismos países. Pero no es eso todo. Cuando a consecuencia de la guerra civil de los Estados Unidos, quedaron en la calle los obreros de los condados de Lancaster y de Chester, la misma Cámara de los Lores envió un médico a los distritos industriales, encargándole que averiguase la cantidad mínima de carbono y de nitrógeno administrable bajo la forma más corriente y menos costosa que pudiese bastar por término medio «para prevenir las enfermedades ocasionadas por el hambre». El doctor Smith, médico delegado, averiguó que 28.000 gramos de carbono y 1.330 gramos de nitrógeno semanales eran necesarios, por término medio, para conservar la vida de una persona adulta […] en el nivel mínimo, bajo el cual comienzan las enfermedades provocadas por el hambre. Y descubrió también que esta cantidad no distaba mucho del escaso alimento al que la extremada miseria acababa de reducir a los trabajadores de las fábricas de tejidos de algodón. Pero escuchad aún: algo después el docto médico en cuestión fue comisionado nuevamente por el consejero médico del Consejo privado para hacer un informe sobre la alimentación de las clases trabajadoras más pobres. El Sexto Informe sobre la Sanidad Pública, dado a la luz en este mismo año por orden del Parlamento, contiene el resultado de sus investigaciones. ¿Qué ha descubierto el doctor? Que los tejedores de seda, las costureras, los guanteros, los tejedores de medias, etcétera, no recibían por lo general ni la miserable comida de los trabajadores en paro forzoso de la fábrica de tejidos de algodón, ni siquiera la cantidad de

carbono y nitrógeno «suficientes para prevenir las enfermedades ocasionadas por el hambre».

Además —citamos textualmente el informe—, el examen del estado de las familias agrícolas ha demostrado que más de la quinta parte de ellas ingieren una cantidad de alimentos carbonados inferior a la considerada suficiente, y más de la tercera parte una cantidad menos que suficiente de alimentos nitrogenados, y que en tres condados (Berks, Oxford y Somerset) el régimen alimenticio se caracteriza, en general, por su insuficiente contenido en alimentos nitrogenados. No debe olvidarse —añade el dictamen oficial— que la privación de alimento no se soporta sino de muy mala gana, y que por regla general la falta de alimento suficiente no llega jamás sino después de muchas otras privaciones […]. La limpieza misma es considerada como una cosa cara y difícil, y cuando el sentimiento de dignidad personal impone esfuerzos por mantenerla, cada esfuerzo de esta especie tiene que pagarse necesariamente con un aumento de las torturas del hambre. Estas reflexiones son tanto más dolorosas cuanto que no se trata aquí de la miseria merecida por la pereza, sino en todos los casos de la miseria de una población trabajadora. En realidad, el trabajo por el que se obtiene tan escaso alimento es, en la mayoría de los casos, un trabajo excesivamente prolongado.

El dictamen descubre el siguiente hecho extraño, y hasta inesperado: «De todas las regiones del Reino Unido —es decir, Inglaterra, el País de Gales, Escocia e Irlanda—, la población agrícola de Inglaterra —precisamente la de la parte más opulenta— es evidentemente la peor alimentada»; pero hasta los labradores de los condados de Berks, Oxford y Somerset están mejor alimentados que la mayor parte de los obreros cualificados que trabajan a domicilio en la zona este de Londres.

Tales son los datos oficiales publicados por orden del Parlamento en 1864, en el siglo de oro del librecambio, en el momento mismo en que el canciller del Tesoro decía a la Cámara de los Comunes que la condición de los obreros ingleses ha mejorado, por término medio, de una manera tan extraordinaria que no conocemos ejemplo semejante en la historia de ningún país ni de ninguna edad.

Estas exaltaciones oficiales contrastan con la fría observación del dictamen oficial de la Sanidad pública: «La salud pública de un país significa la salud de sus masas, y es casi imposible que las masas estén sanas si no disfrutan, hasta lo más bajo de la escala social, por lo menos de un bienestar mínimo».

Deslumbrado por los guarismos de las estadísticas, que bailan ante sus ojos demostrando el «progreso de la nación», el canciller del Tesoro exclama con acento de verdadero éxtasis: «Desde 1842 hasta 1852 la renta imponible del país aumentó en un 6 por ciento; en ocho años, de 1853 a 1861, aumentó ¡en un 20 por ciento! Este es un hecho tan sorprendente que casi es increíble […]. Tan embriagador aumento de riqueza y de poder —añade míster Gladstone— se halla restringido exclusivamente a las clases poseedoras».

Si queréis saber en qué condiciones de salud perdida, de moral vilipendiada y de ruina intelectual ha sido producido y se está produciendo por las clases laboriosas ese «embriagador aumento de riqueza y de poder, restringido exclusivamente a las clases poseedoras», examinad la descripción que se hace en el último Informe sobre la Sanidad Pública referente a los talleres de sastres, impresores y modistas. Comparad el Informe de la Comisión para examinar el trabajo de los niños, publicado en 1863 y donde se prueba, entre otras cosas, que los alfareros, hombres y mujeres, constituyen un grupo de la población muy degradado, tanto desde

el punto de vista físico como desde el punto de vista intelectual; los niños enfermos llegan a ser, a su vez, padres enfermos; la degradación progresiva de la raza es inevitable; la degradación de la población del condado de Staffordshire habría sido mucho mayor si no fuera por la continua inmigración procedente de las regiones vecinas y por los matrimonios mixtos con capas de la población más robustas.

¡Echad una ojeada en el Libro Azul al informe del señor Tremenheere sobre las «quejas de los oficiales panaderos»! Y quién no se ha estremecido al leer la paradójica declaración de los inspectores de fábrica, ilustrada por los datos demográficos oficiales, según la cual la salud pública de los obreros de Lancaster ha mejorado considerablemente a pesar de hallarse reducidos a la ración del hambre porque la falta de algodón los ha echado temporalmente de las fábricas; y que la mortalidad de los niños ha disminuido, porque al fin pueden las madres darles el pecho en vez del cordial de Godfrey.

[…]

Después del fracaso de las revoluciones de 1848, todas las organizaciones del partido y todos los periódicos de partido de las clases trabajadoras fueron destruidos en el continente por la fuerza bruta. Los más avanzados de entre los hijos del trabajo huyeron desesperados a la República de allende el océano, y los sueños efímeros de emancipación se desvanecieron ante una época de fiebre industrial, de marasmo moral y de reacción política. Debido en parte a la diplomacia del Gobierno inglés, que obraba con el Gabinete de San Petersburgo, la derrota de la clase obrera continental esparció bien pronto sus contagiosos efectos a este lado del Canal. Mientras la derrota de sus hermanos del continente llevó el abatimiento a las filas de la clase obrera inglesa y quebrantó su fe en la propia causa, devolvió al señor de la tierra y al señor del dinero la confianza

un tanto quebrantada. Estos retiraron insolentemente las concesiones que habían anunciado con tanto alarde. El descubrimiento de nuevos terrenos auríferos produjo una inmensa emigración y un vacío irreparable en las filas del proletariado de Gran Bretaña. Otros, los más activos hasta entonces, fueron seducidos por el halago temporal de un trabajo más abundante y de salarios más elevados, y se convirtieron así en «esquiroles políticos». Todos los intentos de mantener o reorganizar el movimiento cartista fracasaron completamente. Los órganos de prensa de la clase obrera fueron muriendo uno tras otro por la apatía de las masas, y, de hecho, jamás el obrero inglés había parecido aceptar tan enteramente un estado de nulidad política. Así pues, si no había habido solidaridad de acción entre la clase obrera de Gran Bretaña y la del continente, había en todo caso solidaridad de derrota.

Sin embargo, este período transcurrido desde las revoluciones de 1848 ha tenido también sus compensaciones. No indicaremos aquí más que dos hechos importantes.

Después de una lucha de treinta años, sostenida con una tenacidad admirable, la clase obrera inglesa, aprovechándose de una disidencia momentánea entre los señores de la tierra y los señores del dinero, consiguió arrancar la Ley de la jornada de diez horas. Las inmensas ventajas físicas, morales e intelectuales que esta ley proporcionó a los obreros fabriles, señaladas en las memorias semestrales de los inspectores de trabajo, son ahora reconocidas en todas partes. La mayoría de los Gobiernos continentales tuvo que aceptar la ley inglesa del trabajo bajo una forma más o menos modificada; y el mismo Parlamento inglés se ve obligado cada año a ampliar la esfera de acción de esta ley. […]

Pero estaba reservado a la economía política del trabajo alcanzar un triunfo más completo todavía sobre la economía política de la propiedad. Nos referimos al movimiento cooperativo, y, sobre todo, a las fábricas

cooperativas creadas sin apoyo alguno por la iniciativa de algunas «manos» audaces. Es imposible exagerar la importancia de estos grandes experimentos sociales que han mostrado con hechos, no con simples argumentos, que la producción a gran escala y al nivel de las exigencias de la ciencia moderna puede prescindir de la clase de los patrones, que utiliza el trabajo de la clase de las «manos»; han mostrado también que no es necesario a la producción que los instrumentos de trabajo estén monopolizados como instrumentos de dominación y de explotación contra el trabajador mismo; y han mostrado, por fin, que lo mismo que el trabajo esclavo, lo mismo que el trabajo siervo, el trabajo asalariado no es sino una forma transitoria inferior, destinada a desaparecer ante el trabajo asociado que cumple su tarea con gusto, entusiasmo y alegría. Robert Owen fue quien sembró en Inglaterra las semillas del sistema cooperativo; los experimentos realizados por los obreros en el continente no fueron de hecho más que las consecuencias prácticas de las teorías, no descubiertas sino proclamadas en voz alta en 1848.

Asimismo, la experiencia del período comprendido entre 1848 y 1864 ha probado hasta la evidencia que, por excelente que sea en principio, por útil que se muestre en la práctica, el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias. […]

La clase obrera posee ya un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber. La experiencia del pasado nos enseña cómo el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países y que deben incitarlos a sostenerse unos a otros en todas sus luchas

por la emancipación es castigado con la derrota común de sus esfuerzos aislados. Guiados por este pensamiento, los trabajadores de los diferentes países que se reunieron en un mitin público en Saint Martin's Hall el 28 de septiembre de 1864 han resuelto fundar la Asociación Internacional. Otra convicción ha inspirado también este mitin.

Si la emancipación de la clase obrera exige su fraternal unión y colaboración, ¿cómo van a poder cumplir esta gran misión con una política exterior que persigue designios criminales, que pone en juego prejuicios nacionales y dilapida en guerras de piratería la sangre y las riquezas del pueblo? No ha sido la prudencia de las clases dominantes sino la heroica resistencia de la clase obrera de Inglaterra a la criminal locura de aquellas la que ha evitado a la Europa Occidental verse precipitada a una infame cruzada para perpetuar y propagar la esclavitud allende el océano Atlántico. La aprobación impúdica, la falsa simpatía o la indiferencia idiota con que las clases superiores de Europa han visto a Rusia apoderarse del baluarte montañoso del Cáucaso y asesinar a la heroica Polonia; las inmensas usurpaciones realizadas sin obstáculo por esa potencia bárbara cuya cabeza está en San Petersburgo y cuya mano se encuentra en todos los Gabinetes de Europa han enseñado a los trabajadores el deber de iniciarse en los misterios de la política internacional, de vigilar la actividad diplomática de sus Gobiernos respectivos, de combatirla, en caso necesario, por todos los medios de que dispongan; y cuando no se pueda impedir, unirse para lanzar una protesta común y reivindicar que las sencillas leyes de la moral y de la justicia, que deben presidir las relaciones entre los individuos, sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones.

La lucha por una política exterior de este género forma parte de la lucha general por la emancipación de la clase obrera.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864)

Ser trabajador libre es ser pobre

En el concepto de trabajador libre está ya implícito que es pobre: virtualmente pobre. Él es según sus condiciones económicas mera capacidad de trabajo viva y, por lo tanto, tiene necesidades vitales. Necesitado desde todos los puntos de vista, sin una existencia objetiva en cuanto a capacidad de trabajo para cubrirla. Si el capitalista no puede utilizar su plustrabajo, él no puede realizar su trabajo necesario; no puede producir sus medios de subsistencia. No puede recibir entonces estos medios de subsistencia mediante el cambio, sino que si los recibe, solo puede ser por el hecho de que de la renta del capitalista se desprenda alguna limosna para él. En cuanto trabajador, solo puede vivir en la medida en que cambia su capacidad de trabajo por la parte del capital que constituye el fondo de trabajo. Este cambio mismo está ligado a condiciones que son accidentales para él, que son indiferentes a su existencia orgánica. Es, por tanto, virtualmente pobre. Puesto que además la condición de la producción basada en el capital es la de que él produce siempre más plustrabajo, así se libera más trabajo necesario. Las condiciones para que crezca su pobreza aumentan. Al desarrollo del plustrabajo corresponde el de la superpoblación. En modos de producción social diferentes existen leyes diferentes de aumento de la población y de la superpoblación; esta última se identifica con la pobreza. Estas diferentes leyes han de ser reducidas simplemente a los diferentes modos de relación con las condiciones de producción, o consideradas en relación con el individuo vivo, con las

condiciones de reproducción de sí mismo en cuanto miembro de la sociedad, ya que él solo trabaja y se apropia algo en sociedad. La disolución de estas relaciones por lo que se refiere a un individuo o a una parte de la población lo sitúa al margen de las condiciones reproductivas de esta base determinada y, por lo tanto, lo sitúa como superpoblación, que no solo está privada de medios sino que además es incapaz de apropiarse los medios de subsistencia a través del trabajo, es decir, como pobre. Solo en el modo de producción basado en el capital aparece la pobreza como resultado del mismo trabajo, del desarrollo de la fuerza productiva del trabajo. En un estadio de la producción social puede existir una superpoblación que no existe en otro, y sus efectos pueden ser diferentes. Las colonias que fundaban los antiguos, por ejemplo, no eran más que superpoblación; no podían continuar viviendo en el mismo espacio sobre la base material de la propiedad ya dada, es decir, sobre la base de las condiciones de producción existentes. El número puede ser muy pequeño comparado con las modernas condiciones de producción. Sin embargo, estaban muy lejos de ser pobres. No obstante, sí lo era la plebe romana con su *panem et circenses*. La superpoblación que condujo a las grandes migraciones de pueblos presupone a su vez otras condiciones. Puesto que en todas las formas de producción anteriores el desarrollo de las fuerzas productivas no constituye la base de la apropiación, sino que una determinada relación con las condiciones de producción (formas de propiedad) se presenta como límite presupuesto de las fuerzas productivas que debe ser exclusivamente reproducido, así el desarrollo de la población, en el que se resume el desarrollo de todas las fuerzas productivas, tiene que encontrar cada vez más un límite externo que tiene que presentarse además como tal límite. Las condiciones de la comunidad solo son compatibles con una determinada cantidad de población. Por otra parte, si los límites de la población,

establecidos por la posibilidad de extensión de la forma determinada de las condiciones de producción, se modifican, se contraen o se expanden —así por ejemplo, la superpoblación en los pueblos cazadores era diferente que entre los atenienses, y entre estos distinta que entre los germanos—, se modifica también la tasa absoluta en la que aumenta la población y, en consecuencia, la tasa de superpoblación y población. La superpoblación que se produce sobre una base de producción determinada está, por lo tanto, tan determinada como la población adecuada. Superpoblación y población tomadas en conjunto es la población que una base determinada de producción puede engendrar. En qué medida puede pasar por encima de su límite viene dado por el mismo límite —o más bien por la misma razón que establece el límite—. Exactamente igual a como el trabajo necesario y el plustrabajo tomados en conjunto constituyen la totalidad del trabajo sobre una base dada.

El capítulo del capital. El proceso de circulación del capital (1857-1858)

Las futuras consecuencias del dominio británico sobre la India

Inglaterra tiene que cumplir dos misiones en la India: la primera es destructiva, aniquilar la vieja sociedad asiática; la segunda es regeneradora, sentar las bases de la sociedad occidental en Asia.

Los árabes, los turcos, los tártaros, los mongoles, que han invadido sucesivamente la India, pronto se hinduizaron por una ley eterna de la historia: los conquistadores bárbaros son conquistados a su vez por la civilización superior de los pueblos sometidos. Los británicos fueron los primeros conquistadores superiores y, por tanto, inaccesibles para la civilización hindú. La destruyeron y disgregaron a las comunidades nativas, eliminando la industria autóctona y arrasando todo lo que de grandioso y elevado tenía la sociedad india. Las páginas históricas de su gobierno en la India apenas hablan de otra cosa que de destrucción. Las obras de regeneración casi no se vislumbran bajo un montón de ruinas. Pero han empezado.

La unidad política de la India, más consolidada y extendida que en la época de los grandes mongoles, era la primera condición de su regeneración. Esa unidad, impuesta por la espada británica, la reforzará y perpetuará a partir de ahora el telégrafo. El Ejército nativo, formado y organizado por el sargento instructor británico, era condición *sine qua non* para la emancipación de la India y para que la India dejara de ser presa fácil del primer extranjero que llegara. La prensa libre, introducida por primera

vez en la sociedad asiática y gestionada principalmente por los vástagos comunes de indios y europeos, es un nuevo y poderoso agente de reconstrucción. Por abominables que sean, los *zamindar* y los *ryotwan* tienen dos formas distintas de gestionar la propiedad privada de la tierra, gran desiderátum de la sociedad asiática. De los indios nativos, educados en Calcuta escasamente y de mala gana bajo supervisión británica, empieza a surgir una nueva clase dotada para gobernar e imbuida de la ciencia de los europeos. Los buques de vapor han permitido la comunicación rápida y regular de la India con Europa, han conectado sus mayores puertos con los del océano suroriental y la han reivindicado desde la aislada situación que era el motivo principal de su estancamiento. No queda lejos el día en que, gracias a la combinación de barcos y ferrocarriles, la distancia entre Inglaterra y la India medida en tiempo se acortará a ocho jornadas y ese país antaño fabuloso quedará por tanto a un paso de Occidente.

Las clases dirigentes de Gran Bretaña no han demostrado hasta ahora más que un interés circunstancial y transitorio por el progreso de la India. La aristocracia ha querido conquistarla, la dinerocracia saquearla y la milloncracia malvenderla. Pero se han vuelto las tornas. La milloncracia se ha dado cuenta de que la transformación de la India en un país reproductivo es de vital importancia para ella y de que, a tal fin, es necesario por encima de todo dotarla de medios de riego y de vías de comunicación internas. No quería tender ninguna red ferroviaria, pero lo hará. Y las consecuencias serán incalculables.

Es bien sabido que las fuerzas productivas de la India están paralizadas ante una patente falta de medios de transporte e intercambio de productos. En ningún sitio más que en la India encontramos semejante miseria social en medio de tanta riqueza natural, circunstancia que se debe, en efecto, a la

falta de medios de intercambio. Ha quedado demostrado ante el comité de la Cámara de los Comunes británica reunido en 1848 que

> cuando el grano se vendía en Khandesh a un precio de entre 6 y 8 rupias la arroba, en Pune su precio estaba entre 64 y 70 mientras sus habitantes morían de hambre en las calles sin posibilidad de recibir productos de Khandesh porque los caminos, de tierra arcillosa, estaban impracticables.

La llegada del ferrocarril puede favorecer fácilmente la agricultura con la construcción de depósitos y terraplenes y el transporte de agua por las distintas líneas. Así, el riego, *sine qua non* de la agricultura en Oriente, se podría difundir ampliamente y se podrían evitar las hambrunas, tan frecuentes por la escasez de agua. Bajo este prisma es evidente la importancia del tren, y se hace obvia cuando recordamos que las tierras irrigadas, hasta en las regiones cercanas a la cordillera de los Ghats orientales, pagan el triple de impuestos, proporcionan diez o doce veces más puestos de trabajo y dejan unos beneficios doce o quince veces superiores que regiones sin riego.

El ferrocarril permitirá disminuir la cantidad y los costes de los cuarteles militares. El coronel Warren, alcaide del fuerte de Saint William, declaró ante un comité escogido de la Cámara de los Comunes:

> La posibilidad de disponer de información de interés militar desde los rincones más remotos del país en cuestión de horas, cuando ahora la recibimos al cabo de unos días e incluso de unas semanas, y de poder también enviar órdenes, tropas y pertrechos en mucho menos tiempo tiene una importancia que nunca podremos ponderar lo suficiente. Tendremos la posibilidad de acantonar tropas en lugares más distantes y salubres y disminuirán las bajas mortales por enfermedad. Hasta ahora no se podían distribuir provisiones en los diversos almacenes, y también evitaremos que se pierdan por deterioro o putrefacción o que el mal tiempo los destruya. El número de tropas podría disminuir en proporción directa a su efectividad.

Sabemos que la organización municipal y la base económica de las comunidades rurales se ha quebrado, pero lo peor —la disgregación de la

sociedad en minúsculas unidades estereotipadas y desconectadas— sigue ahí. El aislamiento de las aldeas motivó la escasez de caminos y la escasez de caminos perpetuó el aislamiento de las aldeas. De acuerdo con esta estructura, a cada comunidad le bastaba para existir con muy pocos servicios y lo hacía casi sin relación con otras aldeas y sin los deseos ni esfuerzos indispensables para el progreso social. Los británicos han roto esta inercia de autosuficiencia de las aldeas, y el ferrocarril satisfará las nuevas necesidades de comunicación e intercambio. Además,

> una de las consecuencias de la red ferroviaria será la de difundir por todas las aldeas adonde llegue la noticia de los avances y artilugios que ya tienen otras y el medio de obtenerlos, así como la de poner por primera vez a prueba la capacidad de la artesanía rural hereditaria y estipendiaria de la India, y luego subsanar sus defectos. (J. Chapman, *The cotton and commerce of India*)

Sé que la milloncracia quiso dotar de trenes a la India solo para, con el menor gasto posible, sacar el algodón y otras materias primas para sus manufacturas. Pero una vez que introduces maquinaria de locomoción en un país que posee hierro y carbón, no puedes impedir que empiece a fabricarla. No se puede mantener una red ferroviaria en un país inmenso sin poner en marcha todos los procesos industriales necesarios para cubrir las carencias más inmediatas de este sistema de transporte. A partir de ahí, además, se producirá la introducción de maquinaria en sectores de la industria que no están directamente relacionados con el ferrocarril. La red ferroviaria de la India, por consiguiente, se convertirá en la auténtica precursora de la industria moderna. Esto es tanto más cierto cuanto que las autoridades británicas admiten que los indios no carecen de aptitudes para adaptarse a oficios totalmente nuevos y para adquirir los conocimientos de mecánica necesarios. Dan prueba sobrada de este hecho la capacidad y destreza de los técnicos nativos de la casa de la moneda de Calcuta, que llevan años

trabajando con maquinaria de vapor; los nativos asignados a las diversas máquinas de vapor de las regiones carboneras de Burdwan, y muchos otros. El propio señor Campbell, por muy influido que esté por los prejuicios de la Compañía de las Indias Orientales, se ha visto obligado a admitir

> que el pueblo indio en masa posee gran energía industrial, está bien dotado para acumular capital, y es notable por su lucidez matemática y el talento para las cifras y las ciencias exactas. […] Su intelecto es excelente.

La industria moderna que nacerá gracias a la red ferroviaria acabará con la división hereditaria del trabajo en la que se basan las castas, esa cortapisa decisiva para el progreso y el poder de la India.

Todo lo que la burguesía inglesa se vea obligada a hacer no servirá ni para la emancipación en masa del pueblo de la India ni para la mejora material de sus condiciones de vida, que no solo dependen del desarrollo de la energía productiva, sino de que el pueblo se apropie de esta. Lo que sin embargo no dejará de hacer es impedir que se den las premisas materiales para ambas cosas. ¿Ha hecho más la burguesía alguna vez? ¿Ha logrado alguna vez cierto progreso sin arrastrar al pueblo y a los individuos por la sangre y el polvo, a la miseria y a la degradación?

Los indios no cosecharán el fruto de los nuevos elementos de la sociedad que entre ellos ha dispersado la burguesía británica hasta que en la propia Gran Bretaña las clases dirigentes sean suplantadas por el proletariado industrial, o hasta que se hagan lo suficientemente fuertes para librarse del yugo británico. En cualquier caso, en una época más o menos remota veremos, es totalmente seguro, la regeneración de ese gran e interesante país cuyos amables nativos, aun cuando pertenezcan a las clases más bajas, son según la expresión del príncipe Saltykov *plus fins et plus adroits que les italiens*,[37] con una sumisión dotada de cierta serena nobleza, y a pesar de

su natural languidez, han asombrado a los oficiales británicos por su valor. Su tierra fue origen de nuestras lenguas y de nuestras religiones, y representan el arquetipo del antiguo germano en los *jats* y el arquetipo del antiguo griego en los brahmanes.

No puedo dar por terminados mis comentarios sobre la India sin una conclusión final.

La civilización burguesa se quita el velo, y su profunda hipocresía y la barbarie inherente que la sustentan aparecen antes nuestros ojos, y si en su casa asume formas respetables, en las colonias se muestra tal como es. Los burgueses son los defensores de la propiedad, pero ¿dio origen alguna vez un partido revolucionario a revoluciones agrarias como las de Bengala, Madrás y Bombay? ¿No recurrieron en la India, por tomar prestada la expresión de lord Clive, ese gran ladrón, a una atroz extorsión cuando la corrupción no bastaba para saciar su codicia? Cuando en Europa parloteaban sobre la inviolable santidad de la deuda pública, ¿no confiscaron en la India los dividendos de los 171 rajás que habían invertido sus ahorros en fondos de la Compañía? Cuando combatían la Revolución Francesa con el pretexto de defender «nuestra santa religión», ¿no prohibían al mismo tiempo la difusión del cristianismo en la India? Y con el fin de sacarles dinero a los peregrinos que acudían en masa a los templos de Orissa y Bengala, ¿no se hicieron con el negocio del asesinato y la prostitución perpetrados en el templo del gran monstruo divino? Tales son los hombres que defienden «la Propiedad, el Orden, la Familia y la Religión».

Cuando los devastadores efectos de la industria inglesa se contemplan en la India, territorio de más de setenta millones de hectáreas y tan grande como Europa, resultan palpables y aturden. Pero no debemos olvidar que son únicamente el resultado natural, orgánico, del conjunto del sistema

productivo tal y como hoy en día está constituido. La producción se apoya en la ley suprema del capital. La descentralización de capitales es esencial para la existencia del capital como poder independiente. La destructiva influencia de esa descentralización en los mercados del mundo nos revela, en las dimensiones más gigantescas, las leyes orgánicas inherentes a la economía política que hoy está en marcha en toda población civilizada. El período burgués de la historia tiene que crear la base material del mundo nuevo: por un lado, el intercambio universal basado en la dependencia mutua de la humanidad y los medios para ese intercambio; por otro, el desarrollo de las fuerzas productivas del hombre y la transformación de la producción material en dominio científico de los agentes naturales. La industria burguesa y el comercio crean esas condiciones materiales del nuevo mundo del mismo modo que las revoluciones geológicas crearon la superficie de la Tierra. Solo cuando una gran revolución social haya vencido y domeñado las consecuencias de la era burguesa, el mercado del mundo y las modernas fuerzas de producción, y las haya puesto en manos de pueblos más desarrollados para que las gestionen de forma compartida, dejará el progreso humano de parecerse a ese truculento ídolo pagano que solo podía beber néctar en cráneos de hombres asesinados.

New York Daily Tribune, 8 de agosto de 1853

La cuestión obrera

«Oportunidades de oro y el uso que hacemos de ellas» es el título de una de las efusiones más tragicómicas del grave y profundo *The Economist*. Esas «oportunidades de oro» nos las brindaba, cómo no, el libre comercio, y el «uso», o más bien «abuso», de ellas es el de las clases trabajadoras.

> ¡Por primera vez las clases trabajadoras tenían el futuro en sus manos! La población del Reino Unido había empezado *de facto* a disminuir, la emigración había superado su natural incremento. ¿Y cómo han aprovechado los trabajadores semejante oportunidad? ¿Qué han hecho? Pues exactamente lo que siempre hasta ahora: cada vez que salía el sol, casarse y multiplicarse lo más rápido que podían. […] A este ritmo, no pasará mucho tiempo antes de que el aumento compense la emigración y esta oportunidad de oro se haya desperdiciado.

¡La oportunidad de oro de no casarse ni multiplicarse excepto al ritmo que marca la ortodoxia de Malthus y sus discípulos! ¡Bonita moral de oro! No obstante, de momento y según *The Economist*, la población ha disminuido y todavía no hemos compensado la emigración. No vamos, pues, a poder echarle la culpa del desastre de los tiempos a la superpoblación.

> Las clases trabajadoras tendrían que haber hecho mejor uso de esta rara oportunidad y haber ahorrado y haberse convertido en capitalistas. […] Apenas se encuentra algún caso de que hayan […] ascendido, o empezado a ascender, al grado de capitalistas. […] Han desperdiciado su oportunidad.

¡La oportunidad de convertirse en capitalistas! Al mismo tiempo, *The Economist* dice a los trabajadores que, tras haber conseguido por fin un diez por ciento de aumento de sueldo, se llevan al bolsillo 16 chelines y 6 peniques en lugar de los 15 chelines de antes, y que un miserable salario de 15 chelines a la semana era ya demasiado alto. Pero qué más da. Cómo convertirse en capitalista cuando ganas 15 chelines a la semana, ¡ese sí que es un problema digno de estudio! Los trabajadores tienen la falaz idea de que a fin de mejorar su situación tienen que mejorar sus ingresos. «Han hecho huelga —dice *The Economist*— por más de lo que pueden o saben gastar.» Con 15 chelines a la semana tenían la oportunidad de convertirse en capitalistas, pero con 16 y 6 peniques la desperdician. Por un lado, los trabajadores tienen que conseguir que la mano de obra escasee y que el capital abunde para que los capitalistas se vean obligados a subir los salarios. Pero si resulta que el capital abunda y la mano de obra escasea, no deben de ninguna manera aprovechar ese poder para cuya adquisición tendrían que dejar de casarse y multiplicarse. «Han vivido con muchos lujos.» Con los aranceles del grano, nos dice también *The Economist*, estaban mal alimentados, mal vestidos y casi se morían de hambre. Si tenían que vivir, que no es seguro, ¿cómo habrían podido hacerlo con menos lujos que antes? *The Economist* despliega una y otra vez las cifras de importación para probar la creciente prosperidad del pueblo y la solidez de la actividad económica. Lo que, por tanto, era una demostración de las inefables bendiciones del libre comercio lo denuncian ahora como prueba de la insensata extravagancia de las clases trabajadoras. Sin embargo, seguimos sin comprender cómo es posible que la importación continúe creciendo cuando la población y el consumo decrecen, cómo puede la exportación seguir aumentando cuando la importación disminuye y cómo la

industria y el comercio pueden expandirse cuando las importaciones y las exportaciones se contraen.

> La tercera forma de aprovechar esa oportunidad de oro habría consistido en procurarse y procurar a sus hijos la mejor educación posible, para así estar preparados para la mejora de sus circunstancias y aprender a aprovecharlas en su beneficio. Por desgracia, nos vemos obligados a declarar que […] los colegios nunca han estado más descuidados que ahora y nunca ha habido tanto impago de matrículas.

¿Tiene este hecho algo de maravilloso? El dinamismo del comercio era sinónimo de ampliación de fábricas y de aumento de la maquinaria, y los trabajadores de mayor edad eran sustituidos por mujeres y niños que trabajaban más horas. Cuanto más acudían a la fábrica la madre y el hijo, menos podían frecuentar la escuela. Y al fin y al cabo, ¿qué tipo de educación tenían oportunidad de recibir los padres y los hijos? La que enseña a que la población mantenga el ritmo de crecimiento descrito por Malthus, asegura *The Economist*. La educación, afirma el señor Cobden, enseñaría a los hombres que los cuartos sucios, atestados y mal ventilados no son precisamente lo mejor para conservar la salud y el vigor. Es como pretender salvar a un hombre que se muere de hambre diciéndole que las leyes de la naturaleza exigen al cuerpo humano el perpetuo suministro de alimento. Con la educación, dice *The Daily News*, nuestras clases trabajadoras habrían aprendido a extraer la sustancia nutritiva de un huso reseco, a hornear tartas con almidón y a hacer sopa con molinillos.

Si en consecuencia hacemos recuento de las oportunidades de oro que han desperdiciado las clases trabajadoras, resulta que consisten en la oportunidad de oro de no casarse, en las oportunidades, también de oro, de vivir con menos lujos, de no pedir aumento de sueldo, de convertirse en capitalistas con quince chelines a la semana y de aprender a que el cuerpo

no se descoyunte comiendo todavía peor, y a que el alma se degrade con las pestíferas doctrinas maltusianas.

Ernest Jones visitó Preston el pasado viernes y pronunció un discurso sobre la cuestión obrera ante los trabajadores concentrados delante de las fábricas clausuradas de la ciudad. A la hora indicada, al menos quince mil personas (según *The Preston Pilot*, doce mil) se congregaron en el lugar de la convocatoria y brindaron al señor Jones una calurosa acogida. Cito a continuación algunas frases del discurso:

> ¿Por qué estas luchas? ¿Por qué en estos momentos? ¿Por qué habrá más? Porque las fuentes de vuestra vida están cegadas por la mano del capital, que apura la copa dorada hasta el final y no os deja más que los posos. ¿Por qué al cortaros el paso a las fábricas os cortan el paso a la vida? Porque no tenéis otra fábrica a la que ir ni otro medio de ganaros el pan. […]. ¿Qué otorga al capitalista tanto poder? Que tiene en sus manos todos los medios de empleo. […]. Los medios de trabajo son, por tanto, los goznes sobre los que gira el futuro del pueblo. […] Solo un movimiento masivo de todos los oficios, un movimiento nacional de las clases trabajadoras, puede lograr la victoria. […] Dividid la lucha, hacedla local, y fracasaréis. Ampliadla a toda la nación y seguro que obtendréis la victoria.

Emocionado y con palabras muy elogiosas, el señor George Cowell, a quien luego secundó el señor John Matthews, dio las gracias a Ernest Jones por su visita a Preston y por los servicios que está prestando a la causa obrera.

Los propietarios de las fábricas hicieron cuanto estuvo en su mano para evitar la visita de Ernest Jones. Los organizadores no encontraron sala y convocaron la concentración al aire libre con panfletos impresos en Manchester. Algunos interesados se tomaron la molestia de difundir el rumor de que el señor Jones no apoyaría la huelga y sembraron el desconcierto entre los trabajadores. Además, enviaron cartas que insistían en el riesgo personal que corría el señor Jones en caso de visitar Preston.

New York Daily Tribune, 11 de noviembre de 1853

CONTRA LA PENA DE MUERTE

Para defender la pena de muerte casi siempre se la ha presentado como un medio de corrección e intimidación. Pero ¿de dónde proviene el derecho de un individuo a castigar a otro para corregirle o intimidarle? La historia y la estadística demuestran, además, de manera total, que desde Caín el mundo jamás ha sido ni corregido ni intimidado por el castigo. No hay más que una teoría filosófica del castigo que presupone el reconocimiento abstracto de la dignidad humana; es la teoría enunciada por Kant y precisada por Hegel. […] En lugar de ver en el criminal un objeto pasivo, un esclavo de la justicia, Hegel lo eleva al rango de un sujeto libre y autónomo; pero aquí como en otros sitios, es fácil ver que el idealismo alemán no hace más que revestir con un manto metafísico las leyes de la sociedad existente, y así las consagra. […] Esta teoría según la cual la pena es querida por el propio criminal, no es la forma metafísica del antiguo derecho del tótem: ojo por ojo, diente por diente, sangre por sangre. En realidad, la pena de muerte es un medio por el cual la sociedad se defiende contra todo aquello que amenace sus condiciones de existencia. Que es por tanto miserable esta sociedad que no ha encontrado otro medio de defensa que el verdugo y que proclama su brutalidad como si fuera una ley eterna.

New York Daily Tribune, 17-18 de febrero de 1853

Rusia y América

El gran acontecimiento del día es la aparición en el horizonte europeo de la política americana. Saludado por unos, rechazado por otros, el hecho debe ser aceptado por todos. En Beirut los americanos acaban de arrancar a un fugitivo húngaro[38] de las garras del águila austriaca. Es reconfortante constatar que la intervención americana en Europa se produce sobre todo a propósito de la cuestión en Oriente. […] En la explicación violenta y permanente que opone el Este al Oeste, América es el más joven y el más poderoso representante del Oeste.

Contando con la dejadez y el miedo de las potencias occidentales, Rusia juega sus floretes e incrementa sus exigencias hasta los límites de lo posible, para estar en situación de hacerse la magnánima contentándose con las ventajas más inmediatas.

Rusia es hoy una potencia conquistadora, y lo ha sido durante un siglo hasta que el movimiento de 1789 le opuso un potente adversario. Nosotros entendemos la revolución europea, la fuerza explosiva de sus ideas democráticas y la sed innata de libertad. No hay en Europa más que dos fuerzas reales: Rusia y el absolutismo, la Revolución y la democracia.

Los pueblos del Oeste remontarán su poder y reencontrarán la unidad del principio, mientras que el coloso ruso se verá arruinado por el progreso de las masas y la fuerza explosiva de las ideas.

New York Daily Tribune,
31 de diciembre de 1853

LA CLASE MEDIA INGLESA

En cuanto al trabajador medio, ¿en qué grado se enfrenta a su patrón? Todos sabemos hasta qué punto se opusieron los patrones a la Ley de las diez horas. A pesar de la reciente revocación de los aranceles del grano, los *tories* contribuyeron a que saliera adelante para beneficio de la clase trabajadora. Eso sí, una vez aprobada dicha ley, los informes de los supervisores de distrito demuestran con qué vergonzosas astucias y trapacerías bajo mano se viene incumpliendo. Cuantos intentos ha hecho después el Parlamento para que la mano de obra trabaje en condiciones más humanas se han topado con la oposición de los representantes de la clase media, que siempre los reciben con la misma cantinela: «¡Comunismo!». El señor Cobden la ha gritado un buen puñado de veces. En los talleres y durante años, la meta de los patrones ha sido prolongar la jornada laboral más allá de lo que un ser humano puede soportar, y mediante el uso sin escrúpulos del régimen de contratos y enfrentando a unos hombres con otros, recortar los sueldos de los trabajadores cualificados y equipararlos a los de los no cualificados. Fue esta forma de actuar la que impulsó a la revuelta a los Técnicos Unidos, y las brutales expresiones que en esa época fueron moneda corriente entre los patrones demuestran cuán poca sensibilidad humana cabe esperar de ellos. Su grosera ignorancia se puso después de manifiesto cuando la patronal contrató a Sidney Smith, literato de tercera, para que asumiera su defensa en la prensa mediante la guerra de palabras contra los trabajadores insurgentes. El estilo de este escritor a

sueldo encajaba a la perfección con la tarea que le habían encomendado, así que cuando la batalla hubo terminado, los patrones, que ya no necesitaban ni a la literatura ni a la prensa, dieron de baja a su mercenario. Aunque la clase media no aspira al saber de la vieja escuela, tampoco cultiva ni la ciencia moderna ni la literatura. El libro contable, la mesa de despacho y el negocio; tal educación basta. Cuando gastan mucho dinero en formarlas, sus hijas están superficialmente dotadas de ciertas «cualidades», pero con la verdadera formación del espíritu para llenarlas de conocimiento ni siquiera sueñan.

La presente y espléndida hermandad de autores de ficción ingleses, cuyas gráficas y elocuentes páginas han transmitido al mundo más verdades políticas y sociales que todas las que hemos oído por boca de todos los políticos, publicistas y moralistas profesionales juntos, ha descrito todos los grupos de la clase media, desde los «muy refinados» rentistas y propietarios de obligaciones, que consideran todo negocio una vulgaridad, al pequeño tendero o al humilde pasante. ¿Cómo los han descrito Dickens y Thackeray, la señorita Brontë y la señora Gaskell? Llenos de presunción, afectados, ignorantes, tiranuelos; y el mundo civilizado ha confirmado el veredicto con el irrefutable epigrama que define a esta clase: «Serviles con los de arriba, tiránicos con los de abajo».

La prieta y estrecha esfera en que se mueven se debe hasta cierto punto al sistema social del que forman parte. Si la nobleza rusa vive incómoda entre la opresión a que la somete el zar por arriba y la espantosa esclavitud a la que ella somete a las masas por debajo, la clase media inglesa está embutida entre la aristocracia y las clases trabajadoras. Desde la paz de 1815, siempre que ha querido actuar contra la aristocracia, la clase media ha sostenido ante las clases trabajadoras que sus quejas eran atribuibles al monopolio y al privilegio de la aristocracia. Así la clase media consiguió que los

trabajadores la apoyasen en 1832 cuando deseaban la Ley de reforma pero, tras conseguir su aprobación por sus propios medios, se la han negado a la clase obrera —por ejemplo, en 1848 se opusieron a ella armados con porras de policía especiales—. A continuación los aranceles del grano se convirtieron en la nueva panacea de las clases trabajadoras. Esta vez fue la aristocracia la que ganó la batalla, pero los «buenos tiempos» estaban por llegar: el año pasado, para impedir una política similar en el futuro, la aristocracia se vio obligada a aceptar el impuesto de sucesiones de bienes inmuebles, tributo del que, egoístamente, se venía eximiendo a sí misma desde 1793 mientras forzaba la aprobación del impuesto de sucesión del patrimonio personal. Con esta especie de protesta se esfumó la última oportunidad de timar a las clases trabajadoras diciéndoles que su dura suerte se debía únicamente a la legislación aristocrática. Ahora los obreros han abierto los ojos y empiezan a gritar: «¡Nuestro San Petersburgo está en Preston!». En realidad, los ocho últimos meses hemos sido testigos de un extraño espectáculo en la ciudad: un ejército estable de catorce mil hombres y mujeres subsidiado por sindicatos y talleres de todos los rincones de Reino Unido para que libre una gran batalla por el dominio social contra los capitalistas, y por su parte, a los capitalistas de Preston respaldados por los capitalistas de Lancashire.

Con independencia de las formas en que esta lucha social se concrete a partir de ahora, lo que hasta aquí hemos visto no es más que el principio. La lucha parece destinada a hacerse nacional y a entrar en fases que la historia no ha conocido, porque hay que tener en cuenta que, aunque es posible que provisionalmente sea la derrota lo que aguarde a las clases trabajadoras, operan ya grandes leyes sociales y económicas que con el tiempo deben garantizar su triunfo. A la misma oleada industrial que ha incitado a la clase media contra la aristocracia se debe que ahora, con la contribución presente

y futura de la emigración, las clases trabajadoras se alcen contra las clases medias. La clase media asesta a la aristocracia los mismos golpes que recibirá de la clase obrera. Es la instintiva percepción de este hecho lo que ya pesa sobre las acciones de la clase media y las coarta. Ante la reciente agitación política de las clases trabajadoras, la clase media ha aprendido a odiar y a temer los movimientos políticos ostensibles. «Los hombres respetables, caballero, no nos unimos a ellos», dice con hipocresía. La clase media alta remeda la forma de vida de la aristocracia y se esfuerza por entrar en contacto con ella. Como consecuencia, el feudalismo de Inglaterra no perecerá bajo los procesos de disolución apenas perceptibles de la clase media: el honor de esa victoria queda reservado a las clases trabajadoras. Llegado el momento de su intervención en el escenario de la acción política, entrarán en liza tres poderosas clases que se enfrentarán entre sí: la primera representa la tierra, la segunda el dinero, la tercera el trabajo. Ahora se está imponiendo la primera, pero la segunda acabará por agachar la cabeza ante su sucesora en el terreno del conflicto social y político.

New York Daily Tribune, 1 de agosto de 1854

Revoluciones en España

I

Los editoriales de *Assemblée Nationale*, *The Times* y *Journal des Débats* dan fe de que ni el partido ruso, ni el partido ruso-coburguista, ni el partido constitucional están satisfechos con el curso que toma la revolución española. Podría deducirse de ellos que España tiene alguna posibilidad a pesar de lo que dicen las apariencias.

El día 8 del corriente una delegación del Club de la Unión visitó a Espartero para entregarle un escrito solicitando la adopción del sufragio universal. Como el nuevo Gobierno ha recibido numerosas peticiones en el mismo sentido desde todos los ámbitos, el Consejo de Ministros mantuvo un largo y acalorado debate. Pese a todo, los partidarios del sufragio universal y los partidarios de la ley electoral de 1845 han sido derrotados. *La Gaceta* de Madrid ha publicado el decreto de convocatoria a Cortes para el 8 de noviembre precedido de un informe dirigido a la reina. Las elecciones se celebrarán de acuerdo con la Ley de 1837, con ligeras modificaciones. Las Cortes serán Asamblea Constituyente y las funciones legislativas del Senado quedarán suprimidas. Se han conservado dos párrafos de la Ley de 1845, verbigracia: el procedimiento de formación de mesas electorales y el número de diputados, con un diputado por cada cinco mil almas. La Asamblea tendrá, por tanto, entre 420 y 430 miembros. Según una circular de Santa Cruz, ministro del Interior, el censo electoral debe

estar terminado para el 6 de septiembre y, una vez que las diputaciones provinciales las hayan verificado, las listas electorales cerradas para el 12 de septiembre. Las elecciones se celebrarán el 3 de octubre en las principales localidades de los distritos electorales. El escrutinio se realizará hasta el 16 de octubre en todas las capitales de provincia. En caso de que se produzca alguna anomalía se procederá a unas nuevas elecciones que no podrán celebrarse después del 30 de octubre. El citado informe declara expresamente que,

> al igual que las de 1837, las Cortes de 1854 salvarán la monarquía; establecerán nuevos lazos entre el trono y la nación, entidades que no se pueden poner en tela de juicio ni sobre las que cabe disputa alguna.

En otras palabras, el Gobierno prohíbe la discusión de la cuestión dinástica, pero *The Times* deduce del informe lo contrario y supone que ahora España tendrá que decidir entre la actual dinastía o no tener ninguna dinastía en absoluto, eventualidad que, casi es innecesario decirlo, desagrada infinitamente a este periódico y frustra sus cálculos.

La Ley electoral de 1837 limita el derecho de sufragio a los propietarios de una vivienda mayores de veinticinco años que paguen mayores cuotas (impuestos cuantiosos que recauda el Estado). También tienen derecho a voto los miembros de las Academias de Historia y Artes Nobles, doctores, licenciados de las facultades de Teología, Derecho y Medicina, miembros de los capítulos eclesiásticos, curas parroquiales y su clero auxiliar, magistrados y abogados con dos años de ejercicio, oficiales del Ejército de cierta graduación bien en el servicio activo o en la reserva, médicos, cirujanos y farmacéuticos con dos años de experiencia, arquitectos, pintores y escultores que tengan el honor de pertenecer a alguna academia, y profesores y maestros de cualquier institución docente sufragada con fondos

públicos. La misma ley incapacita para el voto a quienes hayan defraudado a la Hacienda Pública nacional o local, a las personas que se hayan declarado en bancarrota o a las que los tribunales hayan declarado incapacitadas civil o moralmente, y, por último, a todo aquel que en ese momento sea objeto de una sentencia judicial.

Es cierto que este decreto no proclama el sufragio universal y veta la cuestión dinástica en el foro de las Cortes, pero aun así es dudoso que esta Asamblea se avenga a lo que de ella se espera. Si en 1812 las Cortes españolas se abstuvieron de inmiscuirse en los asuntos de la Corona fue porque en aquel entonces el rey, que llevaba años fuera de España, representaba esta institución solo nominalmente. Si en 1837 volvieron a abstenerse fue porque tenían que zanjar el asunto de la monarquía absoluta antes de pensar en la monarquía constitucional. Con respecto a la situación en general, *The Times* tiene buenas razones para deplorar que España carezca de la centralización de Francia, porque de esa manera incluso una victoria sobre la revolución en la capital no decide nada en lo que se refiere a las provincias, ya que en ellas persiste ese estado de «anarquía» sin el que ninguna revolución puede triunfar.

La revolución española tiene, por supuesto, características peculiares. La combinación, por ejemplo, de robo y transacciones revolucionarias que comenzó con la guerra de guerrillas contra los invasores franceses y continuó con los «realistas» en 1823 y las guerras carlistas desde 1835. Ninguna sorpresa puede por tanto haber supuesto la noticia de los grandes desórdenes que se han producido en Tortosa, población del sur de Cataluña. La Junta popular de la villa afirma en su proclama del 31 de julio:

> Tomando como pretexto la abolición de los impuestos indirectos, una banda de asesinos miserables se ha apoderado de la población pisoteando todas las normas y leyes de la sociedad. El saqueo, el asesinato y los incendios han marcado sus pasos.

La Junta, sin embargo, no tardó en restablecer el orden armando a los ciudadanos y acudiendo al rescate de la débil guarnición de Tortosa. Se ha nombrado una comisión militar encargada de la persecución y castigo de los autores de los desórdenes del 30 de julio. Como era de esperar, la prensa reaccionaria ha utilizado los incidentes como excusa para declaraciones virtuosas. Que su actitud, sin embargo, no está justificada se puede inferir de un comentario del *Messager de Bayonne* que afirma que los carlistas han plantado su bandera en las provincias de Cataluña, Aragón y Valencia, precisamente en los mismos montes vecinos donde encontraron su principal refugio en las antiguas guerras carlistas. Fueron los carlistas los que dieron origen a los ladrones facciosos, esa combinación de bandolerismo y supuesta lealtad a un partido oprimido por el Estado. El guerrillero español típico ha tenido algo de bandolero desde tiempo de Viriato, pero es una novedad de invención carlista que un mero ladrón se bautice por su cuenta con el nombre de «guerrillero». Los hombres implicados en los sucesos de Tortosa pertenecen a este grupo sin ninguna duda.

En Lérida, Zaragoza y Barcelona la situación es grave. Las dos primeras ciudades se han negado a unir fuerzas con la tercera porque en esta los militares tienen mucho poder. Aun así parece que ni siquiera allí consigue el general Concha capear el temporal, y Dulce debe ocupar su lugar, porque da la impresión de que, gracias a su recién adquirida popularidad, es más factible que este general logre resolver las dificultades.

Las sociedades secretas han reanudado su actividad en Madrid y dominan el partido democrático como en 1823. Lo primero que con urgencia han exigido al pueblo es que inste a todos los ministros nombrados desde 1843 a dar cuentas de su gestión.

El Ministerio está adquiriendo las armas de las que se apoderó el pueblo el día de las barricadas. De este modo ya tiene en su poder dos mil quinientos mosquetes que antes estaban en manos de los insurgentes. Don Manuel Sagasti, jefe político de los ayacuchos de Madrid en 1843, ha sido restituido en su puesto. Ha dirigido a los habitantes y a la Milicia Nacional dos proclamas en las que anuncia su intención de reprimir enérgicamente cualquier desorden. A retirar de sus cargos a los distintos partidarios de Luis José Sartorius, antiguo presidente del Consejo de Ministros, se procede con rapidez. Quizá sea lo único a lo que se proceda con rapidez en España. Todos los partidarios se muestran igualmente raudos a este respecto.

El marqués de Salamanca no está preso, como algunos aseguraban. Fue arrestado en Aranjuez, pero al poco tiempo lo pusieron en libertad y ahora se encuentra en Málaga.

Que el Gabinete gobierna por presión popular lo demuestra el hecho de que los ministros de la Guerra, del Interior y de Obras Públicas han hecho muchos viajes y simplificado sus diversos departamentos, acontecimiento desconocido en la historia de España.

El partido unionista, o de Coburgo-Braganza, es lastimosamente débil. ¿Por qué otro motivo iba a haber armado tanto revuelo a raíz del único escrito enviado por Portugal al diario *Guardia Nacional* de Madrid? Si examinásemos el asunto con detenimiento, descubriríamos que ese texto (que se origina en el lisboeta *Jornal do Progresso*) no es de una naturaleza en absoluto dinástica y solo alude a esos lazos fraternales tan frecuentes en los movimientos de 1848.

La situación de las finanzas españolas, y en particular el decreto de Sartorius, que obligaba al pago de seis meses de impuestos por adelantado, es la causa principal de la revolución española. Las arcas públicas estaban vacías cuanto estalló la revolución a pesar de que no se había pagado

ningún servicio público de ningún tipo y en varios meses no había llegado a su destino ninguna de las sumas asignadas. Las cantidades recaudadas por portazgos, por ejemplo, nunca se destinaron al mantenimiento y reparación de caminos. Con el dinero reservado a obras públicas sucedió exactamente lo mismo. Cuando se han revisado las arcas de las obras públicas, en lugar de recibos por los trabajos ejecutados se han encontrado recibos dejados por los favoritos de la Corte. Es sabido que el negocio financiero es desde hace mucho el más rentable de Madrid. El presupuesto español de 1853 se repartió del siguiente modo:

Corona y asignaciones	47.350.000 reales
Legislación	1.331.685
Intereses de la Deuda Pública	213.271.423
Presidente del Consejo	1.687.860
Asuntos Exteriores	3.919.083
Justicia	39.001.223
Guerra	273.646.284
Marina	85.165.000
Interior	43.957.940
Policía	72.000.000
Hacienda	142.279.000
Pensiones	143.400.586
Culto y clero	119.050.508
Extraordinarios	18.387.788
Total	1.204.448.390 reales

A pesar de este presupuesto, España es el país europeo que paga menos impuestos y donde son más sencillas las cuestiones económicas. La reducción y simplificación hacen que la maquinaria burocrática de España sea la menos complicada y, tradicionalmente, las municipalidades administran sus propios asuntos; y lo mismo ocurre con la reforma de los

aranceles y la consciente valoración de los bienes nacionales que todavía no han sido enajenados. La cuestión social en el sentido moderno de la palabra carece de fundamento en un país que todavía no ha desarrollado sus recursos y tiene una población tan escasa: apenas quince millones de habitantes.

New York Daily Tribune, 18 de agosto de 1854

II

Pese a publicarse tres días después de nuestros avisos previos, nada decían las noticias del Asia de ayer que haga pensar en una pronta conclusión de la guerra civil de España. Aunque victorioso en Madrid, no se puede afirmar que, finalmente, el golpe de Estado de O'Donell haya triunfado. *Le Moniteur* de Francia, que al principio rebajó la insurrección de Barcelona a la categoría de simple revuelta, se ve ahora obligado a admitir que «la lucha allí es encarnizada, aunque podemos asegurar que la victoria de las tropas de la reina está asegurada».

Según la versión de ese diario oficial, en Barcelona los combates duraron desde las cinco de la tarde del 18 de julio hasta la misma hora del día 21 —es decir, exactamente tres días—, cuando, según dicen, los «insurgentes» fueron desalojados de sus posiciones y huyeron al campo perseguidos por tropas de caballería. Afirman, sin embargo, que los rebeldes conservan todavía varias localidades catalanas, incluidas Gerona, La Junquera y otras de menor importancia. Parece que también en Murcia, Valencia y Sevilla ha habido pronunciamientos contra el golpe de Estado, que un batallón de la guarnición de Pamplona, que el gobernador de esta ciudad dirigió contra

Soria, se rebeló contra el Gobierno cuando ya iba de camino y se dirigió a Zaragoza para unirse a la insurrección, y por último, que en Zaragoza, desde un principio reconocido centro neurálgico de la resistencia, el general Falcón pasó revista a dieciséis mil soldados que luego reforzó con quince mil milicianos y campesinos de los contornos.

En todo caso, el Gobierno francés considera que la «insurrección» de España no ha sido sofocada y, lejos de contentarse con enviar un grupo de batallones de línea a la frontera, Bonaparte ha ordenado que una brigada avance hasta el Bidasoa y que sea completada hasta formar una división con refuerzos en Montpellier y Tolouse. Parece asimismo que ha reasignado de inmediato otra división de Ejército en Lyon y que, según las órdenes cursadas directamente desde Plombières el pasado día 23, esta unidad marcha ya hacia los Pirineos, donde a estas horas se encuentra reunido un *corps d'observation* formado por veinticinco mil hombres. Si la resistencia al Gobierno de O'Donell es capaz de mantener sus posiciones, si demuestra ser lo bastante formidable para inducir a Bonaparte a una invasión armada de la Península, el golpe de Estado de Madrid podría ser la señal que marcara el fin del golpe de Estado de París.

Ateniéndonos a la trama y los *dramatis personae*, da la impresión de que la conspiración española de 1856 no es más que la simple reactivación del golpe similar de 1843 con ligeras desviaciones en su desarrollo. Entonces como ahora, Isabel estaba en París y Cristina en Madrid; Luis Felipe y no Luis Bonaparte dirigía la acción desde las Tullerías; por un lado, Espartero y sus ayacuchos por otro, O'Donell, Serrano y Concha, con Narváez, que ahora está al fondo del escenario y entonces en el proscenio. En 1843 Luis Felipe mandó dos millones en oro por tierra y a Narváez y a sus compañeros por mar, y pactó con *madame* Muñoz las bodas españolas. La complicidad en el golpe de Estado español de Bonaparte, quien tal vez haya

pactado el matrimonio de su primo el príncipe Napoleón con alguna de las señoritas Muñoz, o quien a todos los efectos debe continuar con su misión e imitar a su tío, tal complicidad, digo, no la indican solo las denuncias de *Le Moniteur* en los dos últimos meses a propósito de ciertas conjuras comunistas en Castilla y Navarra; ni la conducta antes, durante y después del golpe de *monsieur* Turgot, embajador en Madrid, que ya fue ministro de Exteriores de Bonaparte durante su propio golpe de Estado; ni que el duque de Alba, cuñado de Bonaparte, fuera nombrado alcalde del nuevo Ayuntamiento de Madrid inmediatamente después de la victoria de O'Donell; ni que Ros de Olano, antiguo miembro de la facción profrancesa del Gobierno, fuera el primer hombre a quien se ofreció un cargo en el Gabinete de O'Donell; ni tampoco el papel de Narváez, a quien Bonaparte mandó a Bayona tan pronto como las noticias de la revuelta llegaron a París. Tal complicidad ya la apuntaba previamente el envío de grandes cantidades de munición de Burdeos a Bayona quince días antes de la crisis actual de Madrid. Pero por encima de todo la sugiere el plan de operaciones que ha seguido O'Donell en su razia contra la población de la capital. En cuanto estalló la revuelta, O'Donell anunció que si tenía que volar Madrid, no se encogería, y durante la lucha ha sido fiel a su palabra. Ahora bien, aunque sea un hombre muy atrevido, O'Donell nunca ha dado un paso audaz sin tener garantizada una retirada. Al igual que su célebre tío, héroe de la traición, no quemó el puente al cruzar el Rubicón. En los O'Donell el órgano de la combatividad ve notablemente reducidas sus funciones por la actividad de los órganos de la cautela y el secreto. Es evidente que cualquier general que amenace estentóreamente con arrasar la capital y fracase en su intento ha de entregar su cabeza. ¿Cómo, entonces, se aventuró a entrar O'Donell en terreno tan delicado? El secreto lo traiciona el *Journal des Débats*, diario afín a la reina Cristina.

> O’Donell esperaba una gran batalla o, en cualquier caso, una victoria muy disputada. Entre sus previsiones entraba la posibilidad de la derrota. Si tal desgracia hubiera sucedido, el mariscal habría abandonado Madrid con el resto de su Ejército escoltando a la reina y en dirección a las provincias del norte con idea de alcanzar la frontera francesa.

¿No da todo la impresión de que hubiera urdido su plan con Bonaparte? Exactamente el mismo plan que trazaron Luis Felipe de Orleans y Narváez en 1843, que a su vez se inspiraron en el pacto secreto de 1823 entre Luis XVIII y Fernando VII.

Admitido el plausible paralelo entre las conjuras de 1843 y 1856, ambos hechos tienen no obstante suficientes señas de identidad que indican los pasos inmensos que el pueblo español ha dado en tan breve intervalo. Estas señas son: el carácter político de la última disputa por Madrid, su importancia militar y, por último, las respectivas posiciones de Espartero y O’Donell en 1856 comparadas con las de Espartero y Narváez en 1843. En 1843 todos los bandos en disputa se habían cansado de Espartero. Para librarse de él, moderados y progresistas formaron una potente coalición. Las Juntas Revolucionarias, que brotaron como hongos en todas las poblaciones, allanaron el camino a Narváez y sus partidarios. En 1856 no solo tenemos a la Corte y al Ejército por un lado y al pueblo por otro, sino que en el seno del pueblo contamos con las mismas discrepancias que en el resto de Europa Occidental. El 13 de julio el Gobierno de Espartero presentó su forzada dimisión, la noche del 13 al 14 se constituyó el Gabinete de O’Donell, la mañana del 14 corrió el rumor de que O’Donell, encargado con la formación del Gobierno, habría invitado a unirse a él a Ríos Rosas, el funesto ministro de los sangrientos días de julio de 1854. A las once de la mañana *La Gaceta* confirmó el rumor. A continuación se reunieron las Cortes, con noventa y tres diputados presentes. Según las

normas de este órgano, veinte diputados bastan para celebrar una reunión y cincuenta para que haya cuórum. Por otra parte, las Cortes no se habían prorrogado de manera oficial. Su presidente, el general Infante, no pudo satisfacer el deseo general de mantener una sesión regular. Se presentó una moción que negaba la confianza de la Cámara al nuevo Gabinete y fue aprobada. De la resolución debía informarse a su majestad. De inmediato la Cámara convocó a la Guardia Nacional para que estuviera preparada para la acción y formó un comité para que, escoltado por un destacamento de la Milicia Nacional, le trasladara la resolución a la reina. Cuando sus miembros pretendían entrar en palacio, fueron expulsados por tropas de línea que dispararon sobre ellos y sobre su escolta. Este incidente fue la chispa de la insurrección. Las Cortes dieron la orden de comenzar la construcción de barricadas a las siete de la tarde, pero inmediatamente después los soldados de O'Donell las derribaron y dispersaron a los insurrectos. La batalla comenzó esa misma noche y solo un batallón de la Milicia Nacional se unió a las tropas realistas. Es preciso señalar que la mañana del 13 el señor Escosura, ministro del Interior del Gobierno de Espartero, había telegrafiado a Barcelona y Zaragoza diciendo que se había producido un golpe de Estado y debían prepararse para plantarle cara. A la cabeza de los insurgentes de Madrid estaban el señor Madoz y el general Valdés, hermano de Escosura. En resumen, no se puede dudar de que la resistencia al golpe de Estado tuvo su origen entre los esparteristas, los ciudadanos y los liberales en general. Mientras ocupaban junto con la milicia la línea que cruzaba Madrid de este a oeste, los trabajadores comandados por Pucheta tomaban el sur y el norte de la ciudad.

La mañana del 15 O'Donell tomó la iniciativa. Incluso el *Débats*, cuyo testimonio es sesgado, afirma que O'Donell no obtuvo ninguna ventaja considerable la primera mitad del día. De pronto, a eso de la una en punto

de la tarde y sin motivo aparente, en la Milicia Nacional se produjo una fractura. A las dos estaba en una situación más complicada todavía, y a las seis sus tropas habían desaparecido por completo de la acción y el peso de la batalla recaía en los trabajadores, que siguieron combatiendo hasta las cuatro de la tarde del día 16. Por tanto, en los tres días de matanza se libraron dos batallas bien distintas: la primera, la de la milicia liberal de clase media apoyada por los trabajadores y contra el Ejército; la segunda, la del Ejército contra los trabajadores, a los que la Milicia había abandonado. Como dijo Heine, «Es la historia de siempre, y siempre tan reciente».

Espartero abandona las Cortes; las Cortes abandonan a los cabecillas de la Guardia Nacional; los cabecillas abandonan a sus hombres, y estos abandonan al pueblo. El día 15, sin embargo, las Cortes se volvieron a reunir cuando Espartero apareció por un momento. El señor Asensio y otros participantes en sus reiteradas protestas le recordaron que debía desenvainar la gran espada de Luchana el primer día en que la libertad del país estuviera en peligro. Espartero puso al cielo por testigo de su inquebrantable patriotismo y cuando partió todos esperaban verlo pronto al frente de la insurrección. Por el contrario, se dirigió al domicilio del general Gurrea y, al modo de Palafox, se encerró en un sótano a prueba de bombas y de él nunca más se supo. Muy pronto los comandantes de la Milicia, que la tarde anterior habían recurrido a todo tipo de medios para incitar a los milicianos a tomar las armas, demostraron la misma impaciencia por volver a sus casas. A las dos y media de la tarde el general Valdés, que había usurpado la dirección de la Milicia por unas horas, convocó a los soldados bajo su mando directo en la plaza Mayor y les comunicó que el hombre que de forma natural debía encabezarlos no se iba a presentar y que, en consecuencia, todos tenían libertad para retirarse. A partir de ese momento los milicianos corrieron a sus hogares, se deshicieron rápidamente de sus

uniformes y escondieron las armas. Ese es, en resumen, el relato de los acontecimientos de cierta autoridad bien informada. Otra justifica este súbito acto de insumisión a la conjura por el hecho de que todos consideraban muy probable que el triunfo de la Guardia Nacional acarreara la ruina del trono y la absoluta preponderancia de la democracia republicana. La prensa de París también interpreta que, viendo el giro que los demócratas del Congreso habían dado a los acontecimientos, el mariscal Espartero no deseaba sacrificar el trono ni arriesgarse a la anarquía y la guerra civil y, por consiguiente, hizo cuanto pudo para que todos se sometieran a O'Donell.

Es cierto que detalles como la hora, las circunstancias y el debilitamiento de la resistencia al golpe de Estado varían en función del autor, pero todos están de acuerdo en lo principal: Espartero dejó plantadas a las Cortes, las Cortes a los cabecillas, los cabecillas a la clase media y la clase media al pueblo. Esto nos ofrece una nueva perspectiva del carácter de la mayoría de las luchas europeas de los años 1848 y 1849 y de las que a partir de ahora puedan producirse en la parte occidental del continente. Por un lado están la industria y el comercio modernos, cuyo jefe natural, la clase media, siente aversión por el despotismo militar; por otro, cuando la clase media inicie la batalla contra ese despotismo, la seguirán los trabajadores, el producto de la moderna organización del trabajo, que reclamarán la parte que merecen del botín de la victoria. Asustadas ante las consecuencias de una alianza impuesta en sus reacios hombros, las clases medias se replegarán buscando la protección del odiado despotismo. Este es el secreto de los ejércitos permanentes de Europa, que sin otro motivo resultarían incomprensibles para el futuro historiador. Las clases medias de Europa deben por tanto comprender que deben o bien claudicar ante un poder político al que detestan y renunciar a las ventajas del comercio y la industria modernos y a

las relaciones sociales que se basan en ellas, o bien renunciar a los privilegios que la moderna organización de las fuerzas productivas de la sociedad, en su fase primaria, ha concedido a una clase en exclusiva. Que esta lección la tengamos que aprender incluso de España es igualmente sorprendente e inesperado.

New York Daily Tribune, 25 de julio de 1856

III

Zaragoza se entregó el 1 de agosto a la una y media de la tarde, y con su rendición desapareció el último foco de resistencia de la contrarrevolución española. Desde un punto de vista militar, existían pocas posibilidades de éxito tras las derrotas de Madrid y Barcelona, la debilidad de la maniobra de diversión de los insurrectos en Andalucía y el avance convergente de fuerzas muy superiores desde las provincias vascongadas, Navarra, Cataluña, Valencia y Castilla. Si aun así quedaba alguna posibilidad, la abortó la circunstancia de que fuera un antiguo ayuda de campo de Espartero, el general Falcón, quien dirigió las fuerzas de resistencia, que «Espartero y Libertad» fuera el grito de guerra y que los habitantes de Zaragoza conocieran el inconmensurablemente ridículo fiasco de Espartero en Madrid. Además, desde el cuartel general de Espartero llegaron órdenes directas a sus partidarios de Zaragoza conminándolos a que pusieran fin a toda resistencia, como se puede comprobar en el siguiente extracto del *Journal* del 29 de julio:

> Uno de los exministros de Espartero participó en las negociaciones entre el general Dulce y las autoridades de Zaragoza, y el miembro esparterista de las Cortes Juan Martínez Alonso aceptó la

misión de informar a los cabecillas de la insurrección de que a la reina, a sus ministros y a sus generales les animaba un espíritu muy conciliador.

El movimiento revolucionario se ha extendido con mayor o menor fortuna por toda España, Madrid y La Mancha en Castilla; Granada, Sevilla, Málaga, Cádiz, Jaén, etcétera, en Andalucía; Murcia y Cartagena en Murcia; Valencia, Alicante, Alcira, etcétera, en Valencia; Barcelona, Reus, Figueras y Gerona en Cataluña; Zaragoza, Teruel, Huesca, Jaca, etcétera, en Aragón; Oviedo en Asturias, y La Coruña en Galicia. En Extremadura, León y Castilla la Vieja no ha tenido repercusión. En estas regiones el bando revolucionario fue derrotado hace dos meses bajo los auspicios de Espartero y O'Donnell, y las provincias vascongadas y Navarra están tranquilas. Estas últimas regiones, no obstante, simpatizan con la causa revolucionaria, si bien, estando bajo la mirada del Ejército francés de observación, no podían manifestarse. Es un hecho notable teniendo en cuenta que hace veinte años estas mismas provincias eran el bastión del carlismo, a la sazón respaldado por el campesinado en Aragón y Cataluña, que ahora apoya apasionadamente la revolución y que habría supuesto un formidable elemento de resistencia de no haber sido porque la imbecilidad de los cabecillas en Barcelona y Zaragoza ha evitado que se le pueda tener en cuanta. Hasta *The London Morning Herald*, ortodoxo adalid del protestantismo que hace unos veinte años rompió una lanza en favor de don Carlos, el quijote de los autos de fe, ha tenido, justo es reconocerlo, que admitir este hecho. Es uno de los muchos síntomas de progreso que revela la última revolución en España, progreso cuya lentitud solo sorprenderá a quienes no estén familiarizados con los peculiares hábitos y costumbres de un país donde «Vuelva usted mañana» es el lema de la vida cotidiana y donde a la menor oportunidad todo el mundo te dice: «A nuestros antepasados les hicieron falta ochocientos años para expulsar a los moros».

A pesar de la generalización de pronunciamientos, la revolución de España se ha limitado a Madrid y Barcelona. En el sur se vio frustrada por el *cholera morbus*, en el norte, por la *murrain*[39] de Espartero. Desde un punto de vista militar, las insurrecciones de Madrid y Barcelona ofrecen pocos elementos interesantes y apenas algunos novedosos. De una parte estaba el Ejército, que lo tenía todo preparado de antemano, de la otra todo era improvisación; la iniciativa, además, en ningún momento pasó de un bando a otro. En un bando, un Ejército bien equipado que se desplazaba con facilidad siguiendo órdenes de sus comandantes en jefe; en el otro, cabecillas que de mala gana tomaban el mando llevados por el ímpetu de un pueblo imperfectamente armado. En Madrid los revolucionarios cometieron desde el principio el error de parapetarse en los barrios interiores de la ciudad —y quedaron bloqueados— y en la línea que une los extremos sur y oeste de la ciudad, dominados por O'Donnell y Concha, que se comunicaban entre sí y con la caballería de Dulce por los bulevares del exterior. Así el pueblo quedó dividido y expuesto al ataque concéntrico, ya previsto de antemano, de O'Donnell y sus compinches. A O'Donnell y a Concha les bastó unir sus fuerzas, y las fuerzas revolucionarias se dispersaron por los barrios del norte y del sur de la ciudad y no pudieron volver a reunirse. Una de las señas de identidad de la insurrección de Madrid ha sido el uso de barricadas, de las que ha habido pocas y solo en esquinas importantes, mientras que las casas se convirtieron en centro de resistencia. Además, a las columnas de asalto del Ejército respondieron los insurgentes con ataques con bayoneta, algo insólito en los combates callejeros. Pero si los rebeldes han aprendido algo de las insurrecciones de París y Dresde, los soldados no han sacado menos provecho de esas mismas experiencias. Atravesaron los muros de las casas uno por uno y sorprendieron a los insurgentes por el flanco y la retaguardia mientras

barrían las salidas a la calle con fuego de artillería. Otra seña de identidad de esta batalla de Madrid ha sido que, cuando Pucheta, tras unir sus fuerzas a las de Concha y O'Donnell, se vio empujado al barrio meridional de la ciudad (Toledo), trasplantó la guerra de guerrillas de las montañas de España a las calles de Madrid. Los insurrectos, ya dispersos, dieron media vuelta y se refugiaron en el pórtico de alguna iglesia, en una callejuela, en la escalera de una casa, y allí se defendieron hasta la muerte.

En Barcelona, donde no hubo dirección organizada de ningún tipo, la lucha fue todavía más intensa. Militarmente, esta insurrección, como todas las anteriores en Barcelona, terminó porque la ciudadela de Montjuic estuvo en todo momento en manos del Ejército. La violencia de los combates se caracterizó porque quemaron vivos a ciento cincuenta solados en su cuartel de Gracia, suburbio por el que los insurgentes lucharon encarnizadamente después de haber sido expulsados de Barcelona. Es digno de mención que, mientras que en Madrid, como ya hemos visto en el artículo anterior, los proletarios fueron traicionados y abandonados a su suerte por la burguesía, los tejedores de Barcelona declararon desde un principio que no tendrían nada que hacer con un movimiento puesto en marcha por los esparteristas e insistieron en la declaración de la República. Como les impidieron hacerla, con excepción de alguno que no pudo resistirse al olor de la pólvora, optaron por ser meros espectadores pasivos de la batalla, una batalla que, por tanto, los proletarios perdieron —veinte mil tejedores han decidido la suerte de todas las insurrecciones de Barcelona—.

La revolución española de 1856 se distingue de todas las que la precedieron porque ha perdido todo su carácter dinástico. Es sabido que las rebeliones de 1808 a 1814 fueron de naturaleza nacionalista y dinástica. Aunque las Cortes de 1812 proclamaron una Constitución casi republicana, lo hicieron en nombre de Fernando VII. La rebelión de 1820-1823,

tímidamente republicana, fue prematura de todo punto y encontró la oposición de las masas, a cuyo apoyo apelaba, porque seguían fieles a la Iglesia y la Corona. Tan profundamente arraigada estaba la realeza en España que, para arrancar de veras, la lucha entre la sociedad vieja y la nueva necesitó el testamento de Fernando VII y la encarnación de los principios antagónicos de una y otra sociedad en dos líneas dinásticas: la de don Carlos y la de María Cristina. Hasta para combatir por un nuevo comienzo querían los españoles estandartes honrados por el tiempo, y bajo ellos se libró la contienda entre 1833 y 1843. Entonces se produjo el fin de la revolución y la nueva dinastía estuvo a prueba de 1843 a 1854. Por tanto, la Revolución de Julio de 1854 suponía necesariamente un ataque a la nueva dinastía, pero la inocente Isabel fue víctima del odio concentrado sobre su madre y el pueblo se rebeló no solo por su propia emancipación, sino por la de Isabel de su madre y su camarilla.

En 1856 el velo había caído y la propia Isabel se enfrentó al pueblo en un golpe de Estado que fomentó la revolución. Demostró ser la digna, fría, cruel, cobarde e hipócrita hija de Fernando VII, que era tan dado a la mentira que, a pesar de su fanatismo, nunca pudo convencerse, ni con ayuda de la Santa Inquisición, de que personajes tan exaltados como Jesucristo y sus apóstoles habían dicho la verdad. Hasta la masacre de madrileños que Murat perpetró en 1808 parece un insignificante altercado al lado de las carnicerías del 14 al 16 de julio, que la inocente Isabel contempló con una sonrisa. En esos días tocaron a difuntos por la realeza de España.

Solo los cretinos legitimistas de Europa imaginan que, habiendo caído Isabel, don Carlos ascenderá. Siempre están pensando que, cuando la moderna manifestación de un principio acaba, lo hace para dar otra oportunidad a su manifestación primitiva.

En 1856 la revolución española no solo ha perdido su carácter dinástico sino también el militar. Las razones de que el Ejército haya desempeñado siempre un papel tan prominente en las revoluciones de España se pueden enumerar en pocas líneas: la vieja institución de las capitanías generales, que convirtió a sus titulares en pachás de sus respectivas provincias; la Guerra de Independencia contra Francia, que no solo convirtió al Ejército en el elemento más importante de la defensa nacional, sino también en la primera organización revolucionaria y en el centro de la acción rebelde en España; las conjuras que se produjeron entre 1814 y 1819, surgidas todas ellas en su seno; la guerra dinástica que duró de 1833 a 1840, que dependió de los ejércitos de ambos bandos; el aislamiento de la burguesía liberal, que la forzó a emplear las bayonetas del Ejército contra el clero y el campesinado del país; la necesidad de Cristina y su camarilla de emplear bayonetas contra los liberales, igual que estos habían recurrido a ellas contra los campesinos; la tradición basada en todos esos precedentes. Estas fueron las causas que dotan a la revolución de España de un carácter militar y al Ejército de un carácter pretoriano. Hasta 1854 el origen de las revoluciones españolas fue siempre el Ejército, y sus distintas manifestaciones hasta ese año no ofrecían externamente ninguna diferencia más allá de la graduación de los oficiales que las hacían estallar. Incluso en 1854 el primer impulso surgió en el Ejército, pero ahí está el manifiesto de Manzanares de O'Donnell para dar fe de lo delgada que se había vuelto la base militar del movimiento revolucionario español. ¿En qué condiciones se permitió finalmente a O'Donnell suspender su apenas equívoco paseo desde Vicálvaro hasta la frontera portuguesa y regresar con el Ejército a Madrid? Solo con la promesa de reducirlo, sustituirlo por la Guardia Nacional e impedir que los generales se repartieran el botín de la revolución. Si la revolución de 1854 quedó reducida a la expresión de su propia

desconfianza, apenas dos años después sufre el ataque frontal y directo del Ejército, que así se ha puesto merecidamente a la altura de los croatas de Radetzky, los africanos de Bonaparte y los pomeranos de Wrangel. Hasta qué punto dista el propio Ejército español de apreciar la gloria de su nuevo estatus lo demuestra la rebelión el 29 de julio en Madrid de un regimiento que, lejos de estar satisfecho con los simples cigarros de Isabel, atacó en busca de monedas de cinco francos y de las salchichas de Bonaparte, que también consiguió.

Así pues, esta vez el conjunto del Ejército ha estado frente al pueblo o, en realidad, solo ha luchado contra él y la Guardia Nacional. En resumen, la misión revolucionaria del Ejército español tiene un final. El hombre en quien se centra el carácter militar, dinástico y burgués de la revolución española, Espartero, ha caído aún más bajo de lo que la común ley del destino permitía augurar a sus más íntimos *connoisseurs*. Si, como en casi todas partes se rumorea y es muy probable que así suceda, los esparteristas están a punto de reorganizarse al amparo de O'Donell, firmarán su propia sentencia de muerte en un acta oficial redactada por ellos mismos. Y no salvarán a Espartero.

La próxima revolución europea encontrará a España madura para cooperar. Los años 1854 y 1856 han sido fases de transición que tenía que atravesar para alcanzar la madurez.

New York Daily Tribune, 18 de agosto de 1856

La situación de los obreros en las fábricas

Los informes de los inspectores de fábricas publicados recientemente sobre el semestre que concluyó el 31 de octubre de 1856 suponen una valiosa contribución a la anatomía social del Reino Unido. No serán de utilidad menor para explicar la actitud reaccionaria de los patrones en las actuales elecciones generales.

Durante el periodo de sesiones de 1856 el Parlamento pasó de contrabando una Ley de Fábricas con la que los patrones «radicales» primero modificaron la ley que afectaba a la protección de los equipos y la maquinaria de las fábricas y luego introdujeron el principio de arbitrio en las disputas entre amos y hombres. La primera ley tenía la intención de proporcionar una mayor protección a los miembros y las vidas de los trabajadores de las fábricas; la segunda pretendía que los económicos tribunales de equidad amparasen la anterior normativa. En realidad, esta segunda ley pretendía hurtar al trabajador su derecho a recurrir a la ley y la primera desproteger sus miembros. Cito del informe conjunto de todos los inspectores:

> De acuerdo con la nueva legislación, aquellas personas cuya ocupación ordinaria las obligue a entrar en contacto con la maquinaria y en consecuencia estén familiarizadas con los riesgos a que las expone su trabajo y también con la necesidad de poner el cuidado preciso, están protegidas por la ley; mientras que se ha retirado la protección a aquellas otras que se puedan ver obligadas, a la hora de ejecutar órdenes especiales, a suspender sus ocupaciones ordinarias y a colocarse en situaciones de peligro de cuya existencia no sean conscientes y de las cuales, por razón de su

> ignorancia, no saben resguardarse, pero que, por ese mismo motivo, parece que necesitarían de una protección especial por parte de la ley.

La cláusula de arbitrio prescribe a su vez que los árbitros serán elegidos de entre las personas «expertas en la construcción del tipo de maquinaria» que puede causar heridas o lesiones. En una palabra, se concede a técnicos y fabricantes el monopolio del arbitrio.

> Nos parece —dicen los inspectores— que habría que considerar a técnicos y fabricantes personas no cualificadas para arbitrar en los litigios de las fábricas, por la razón de que guardan una relación contractual o comercial con los propietarios de las fábricas, que son sus clientes.

Con estos presupuestos no es de extrañar que el número de accidentes relacionados con la maquinaria que provocaron fallecimiento, amputación de manos, brazos, piernas o pies, fractura de huesos, heridas en la cabeza y la cara, laceraciones, contusiones, etcétera, sumen en los seis meses que terminaron el 31 de octubre de 1856 la espantosa cifra de 1919. Veinte casos de muerte por accidente con maquinaria registrados en el boletín industrial durante seis meses, es decir, diez veces el número de bajas mortales de la Marina británica en la gloriosa masacre de Cantón. Puesto que los patrones, tan lejos de esforzarse por proteger la vida y los miembros de sus trabajadores, parecen únicamente inclinados a evitar el pago por los brazos y piernas perdidos a su servicio y a evitar también los costes del desgaste de sus vivarachas máquinas, no nos puede sorprender que, según los informes oficiales, «el exceso de trabajo, que viola la legislación vigente en las fábricas, está aumentando».

El exceso de trabajo, desde el punto de vista legislativo, significa dar empleo a personas muy jóvenes con jornadas de trabajo más largas de las que permite la ley. Lo hacen de varias formas: empezando a trabajar antes de las seis de la mañana, no parando a las seis de la tarde y acortando los

tiempos fijados por la ley para las comidas de los trabajadores. A lo largo de la jornada las máquinas de vapor se ponen en funcionamiento en tres ocasiones: por la mañana cuando empieza el trabajo, después del desayuno y después de la comida; y se paran en otras tres: después de las dos comidas y al final del día. Hay por tanto seis oportunidades para hurtar cinco minutos de su tiempo a los trabajadores, es decir, media hora al día. Cinco minutos más al día de trabajo multiplicado por las semanas laborales equivalen a dos días y medio de trabajo al año. Pero el exceso de trabajo fraudulento llega mucho más allá. Cito a continuación al señor Leonard Horner, inspector de fábricas de Lancashire:

> El beneficio obtenido gracias a este exceso de trabajo ilegal parece una gran tentación a la que los propietarios de las fábricas no se pueden resistir. Calculan sus posibilidades de que no les cojan y, cuando comprueban las pequeñas multas y costas que quienes han sido denunciados han tenido que pagar, se dan cuenta de que, aunque sorprendieran sus infracciones, los beneficios serían considerables.

Además de las exiguas multas que impone la Ley de Fábricas, los patrones tienen buen cuidado de ocultar sus violaciones y el Gobierno da las mayores facilidades para pasar los controles hasta el extremo de que los inspectores declaran unánimemente: «Dificultades casi insuperables nos impiden atajar de forma efectiva el trabajo ilegal». También coinciden en señalar el fraude deliberado que cometen personas que poseen grandes propiedades; las mezquinas estratagemas a que han recurrido con el fin de evitar la detención, y las viles intrigas que ponen en marcha contra los propios inspectores y subinspectores a quienes se confía la protección de los esclavos de las fábricas. Al presentar una denuncia por explotación, inspectores, subinspectores y agentes de Policía deben estar dispuestos a jurar que los hombres han trabajado más horas de las que prescribe la ley. Pero supongamos que, por ejemplo, se presentan en la fábrica pasadas las

seis de la tarde. La maquinaria se para de inmediato y, aunque los trabajadores, si siguen en la fábrica no es por otro motivo que el de manejarla, la denuncia no se sostendría simplemente por cómo está redactada la ley. A continuación echan a los trabajadores a toda prisa —es frecuente que a través de más de una puerta, lo que facilita su rápida dispersión—. En algunos lugares «apagaban la luz justo cuando entraban los subinspectores y los dejaban a oscuras de pronto entre complicada maquinaria». En aquellos sitios que han adquirido notoriedad por el trabajo excesivo de sus obreros existe un plan organizado para comunicar con tiempo suficiente la llegada de un inspector; contratan a mozos de estación y a camareros de posada con este propósito.

Estos vampiros, que engordan gracias a la sangre de la joven generación de trabajadores de su propio país, ¿no serán los mejores compañeros de los traficantes de opio británicos y los defensores naturales de los «verdaderos ministros de Inglaterra»?

Los informes de los inspectores de fábricas prueban más allá de toda duda que las infamias del sistema de factorías británico crecen con el crecimiento del sistema; que las leyes aprobadas para poner freno a la cruel codicia de los patrones son una impostura y una ilusión, redactadas de tal forma que frustran sus propios fines y desbaratan los esfuerzos de los hombres encargados de velar por su aplicación; que el antagonismo entre patronos y operarios está alcanzando el punto de no retorno de una guerra social; que el número de niños menores de trece años absorbidos por este sistema se incrementa en algunos sectores y el de mujeres en todos ellos; que aunque se emplea el mismo número de peones en proporción a los caballos de potencia de periodos anteriores, hay menos en proporción con la maquinaria; que en virtud de la economía de fuerzas, la máquina de vapor permite emplear más maquinaria que hace diez años; que una gran cantidad

de trabajo se pierde hoy a causa del aumento de velocidad de la maquinaria y de otras técnicas, y que los patrones se están llenando rápidamente los bolsillos.

Es posible que los interesantes datos estadísticos que ilustran los informes requieran más comentarios posteriormente. Así comprendemos que los negreros de la industria de Lancashire necesiten una política exterior capaz de distraer la atención de las cuestiones domésticas.

New York Daily Tribune, 7 de abril de 1857

El viejo topo

Las llamadas revoluciones de 1848 no fueron más que pequeños hechos episódicos, ligeras fracturas y fisuras en la dura corteza de la sociedad europea. Bastaron, sin embargo, para poner de manifiesto el abismo que se extendía por debajo. Demostraron que bajo esa superficie, tan sólida en apariencia, existían verdaderos océanos que solo necesitaban ponerse en movimiento para hacer saltar en pedazos continentes enteros de duros peñascos. Proclamaron, de forma ruidosa a la par que confusa, la emancipación del proletariado, ese secreto del siglo XIX y de su revolución.

Bien es verdad que esa revolución social no fue una novedad inventada en 1848. El vapor, la electricidad y el telar mecánico eran unos revolucionarios mucho más peligrosos que los ciudadanos Barbès, Raspail y Blanqui. Pero a pesar de que la atmósfera en la que vivimos ejerce sobre cada uno de nosotros una presión de 20.000 libras, ¿acaso la sentimos? No en mayor grado que la unión europea sentía, antes de 1848, la atmósfera revolucionaria que la rodeaba y que presionaba sobre ella desde todos lados.

Nos hallamos en presencia de un gran hecho característico del siglo XIX que ningún partido se atreverá a negar. Por un lado, han despertado a la vida unas fuerzas industriales y científicas de cuya existencia no hubiese podido sospechar siquiera ninguna de las épocas históricas precedentes. Por otro lado, existen unos síntomas de decadencia que superan en mucho a los horrores que registra la historia de los últimos tiempos del Imperio romano.

Hoy en día todo parece llevar en su seno su propia contradicción. Vemos que las máquinas, dotadas de la propiedad maravillosa de acortar y hacer más fructífero el trabajo humano, provocan el hambre y el agotamiento del trabajador. Las fuentes de riqueza recién descubiertas se convierten, por arte de un extraño maleficio, en fuentes de privaciones. Los triunfos del arte parecen adquiridos al precio de cualidades morales. El dominio del hombre sobre la naturaleza es cada vez mayor pero, al mismo tiempo, el hombre se convierte en esclavo de otros hombres o de su propia infamia. Hasta la pura luz de la ciencia parece no poder brillar más que sobre el fondo tenebroso de la ignorancia. Todos nuestros inventos y progresos parecen dotar de vida intelectual a las fuerzas materiales mientras que reducen a la vida humana al nivel de una fuerza material bruta. Este antagonismo entre la industria moderna y la ciencia, por un lado, y la miseria y la decadencia, por otro; este antagonismo entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de nuestra época es un hecho palpable, abrumador e incontrovertible. Unos partidos pueden lamentar este hecho; otros pueden querer deshacerse de los progresos modernos de la técnica con tal de verse libres de los conflictos actuales; otros pueden imaginar que este notable progreso industrial debe complementarse con una regresión política igualmente notable. Por lo que a nosotros se refiere, no nos engañamos respecto a la naturaleza de ese espíritu maligno que se manifiesta constantemente en todas las contradicciones que acabamos de señalar. Sabemos que para hacer trabajar bien a las nuevas fuerzas de la sociedad se necesita únicamente que estas pasen a manos de hombres nuevos, y que tales hombres nuevos son los obreros.

Estos son, igualmente, un invento de la época moderna, como las propias máquinas. En todas las manifestaciones que provocan el desconcierto de la burguesía, de la aristocracia y de los pobres profetas de la regresión,

reconocemos a nuestro buen amigo Robin Goodfellow, al viejo topo que sabe cavar la tierra con tanta rapidez, a ese digno zapador que se llama Revolución.

Los obreros ingleses son los primogénitos de la industria moderna. Y no serán, naturalmente, los últimos en contribuir a la revolución social producida por esa industria, revolución que significa la emancipación de su propia clase en todo el mundo y que es tan universal como la dominación del capital y la esclavitud asalariada. Conozco las luchas heroicas libradas por la clase obrera inglesa desde mediados del siglo pasado, y que no son muy famosas por haber sido mantenidas en la oscuridad y silenciadas por los historiadores burgueses. Para vengarse de las iniquidades cometidas por las clases gobernantes, en la Edad Media existía en Alemania un tribunal secreto llamado *Femguericht*. Si alguna casa aparecía marcada con una cruz roja, el pueblo sabía que el propietario había sido condenado por Temis. Hoy en día todas las casas de Europa están marcadas con la misteriosa cruz roja. La historia es el juez; el agente ejecutor de su sentencia es el proletariado.

Discurso pronunciado por Karl Marx en la fiesta de aniversario del «People's Paper» (1856)

El mágico influjo de la ausencia

Querida mía:

De nuevo te escribo porque me encuentro solo y porque me apena siempre tener que charlar contigo sin que lo sepas ni me oigas, ni puedas contestarme. Por malo que sea tu retrato, me sirve perfectamente; ahora comprendo por qué hasta las «lóbregas *madonnas*», las más imperfectas imágenes de la madre de Dios, podían encontrar celosos y hasta más numerosos admiradores que las imágenes buenas. En todo caso, ninguna de esas oscuras imágenes de *madonna* ha sido tan besada, ninguna ha sido mirada con tanta veneración y ternura, ni adorada tanto como esta foto tuya, que si bien no es lóbrega, sí es sombría, y en modo alguno representa tu hermoso, encantador y «dulce» rostro, que parece haber sido creado para los besos. Yo perfecciono lo que estamparon mal los rayos del sol y llego a la conclusión de que mi vista, por muy descuidada que esté por la luz del quinqué y el humo del tabaco, es capaz de representar imágenes no solo en sueños, sino también en la realidad.

Te veo, te siento toda delante de mí, como de carne y hueso… El falso y vacío mundo se forma una idea superficial y equivocada de las personas. ¿Quién entre mis numerosos calumniadores y maldicientes enemigos me ha reprochado alguna vez valer para el papel de primer galán en cualquier teatro de segunda categoría? Pero es que soy así. Si esos canallas tuvieran siquiera una gota de sentido del humor, habrían garabateado en el anverso «relaciones de producción y cambio», y en el reverso me habrían dibujado

postrado a tus pies: «Mire este dibujo y el otro», rezaría la inscripción. Pero los canallas son tontos y seguirán siendo necios *in secula seculorum*.

La separación temporal es útil ya que la comunicación constante origina la apariencia de monotonía que lima la diferencia entre las cosas. Hasta las torres de cerca no parecen tan altas, mientras que las minucias de la vida diaria, al tropezar con ellas, crecen desmesuradamente. Lo mismo sucede con las pasiones: los hábitos consuetudinarios que, como resultado de la proximidad se apoderan del hombre por entero y toman forma de pasión, dejan de existir tan pronto desaparece del campo visual su objeto directo. Las pasiones profundas que como resultado de la cercanía de su objetivo se convierten en hábitos consuetudinarios, crecen y recuperan su vigor bajo el mágico influjo de la ausencia.

Así es mi amor. Cada vez que nos separa el espacio, me convenzo de que el tiempo le sirve a mi amor tan solo para lo que el sol y la lluvia le sirven a la planta: para que crezca. Mi amor por ti, cuando te encuentras lejos de mí, se presenta tal y como es en realidad: como un gigante; en él se concentra toda mi energía espiritual y todo el vigor de mis sentimientos.

Adiós, querida mía, te mando a ti y a nuestras hijas miles y miles de besos,

tu Karl

Carta a Jenny, 21 de junio de 1856

DARWIN Y LA LUCHA DE CLASES

El libro de Darwin es muy importante y me sirve de base para la lucha de clases en la historia. Desde luego que uno tiene que aguantar el crudo método inglés de desarrollo. A pesar de todas las deficiencias, no solo se da aquí por primera vez el golpe de gracia a la «teleología» en las ciencias naturales, sino que también se explica empíricamente su significado racional.

Carta a Ferdinand Lassalle, 16 de enero de 1861

Ganancia y plusvalía

Es un verdadero milagro que yo haya podido proseguir, como lo he hecho, con el trabajo teórico. Después de todo, me propongo incluir la teoría de la renta ya en este volumen, como capítulo suplementario, es decir, como «ejemplo» de un principio sentado anteriormente. Te diré en pocas palabras lo que, cuando esté elaborada, será una larga y complicada historia, a fin de que puedas darme tu opinión.

Tú sabes que distingo dos partes del capital: el capital constante (materia prima, *matières instrumentales*, maquinaria, etcétera), cuyo valor reaparece meramente en el valor del producto, y en segundo lugar, el capital variable, es decir, el capital invertido en salarios, que incluye menos trabajo que el que devuelve el obrero. Por ejemplo, si el salario diario = 10 horas y si el obrero trabaja 12, aquel reemplaza al capital variable + 1/5 (2 horas). A este último excedente lo llamo plusvalía.

Supongamos una tasa de plusvalía dada (es decir, la extensión de la jornada de trabajo y el excedente de trabajo sobre el necesario para la reproducción de la paga del obrero) y digamos que es igual al 50 por ciento. En este caso, con una jornada de trabajo de, por ejemplo, 12 horas, el obrero trabajaría 8 horas para sí y 4 (8/2) para el empleador. Y supongamos esto para todas las industrias, de modo que cualquier diferencia en el tiempo medio de trabajo es simplemente una compensación de la mayor o menor dificultad del trabajo, etcétera.

En estas circunstancias, con igual explotación del obrero en diferentes industrias, capitales diferentes del mismo volumen producirán cantidades muy diferentes de plusvalía en diferentes esferas de la producción y, por consiguiente, muy diferentes tasas de beneficio, ya que la ganancia no es sino la proporción de la plusvalía respecto del capital total aplicado. Esto dependerá de la composición orgánica del capital, esto es, de su distribución en capital constante y variable.

Carta a F. Engels, 2 de agosto de 1862

SPECULUM VI

Primero bebimos oporto, después clarete —que es un Burdeos—, luego champán. Tras el vino tinto, Marx estaba completamente borracho […]. A pesar de la ebriedad, Marx dominó la conversación hasta el final.

La impresión que me dio fue de alguien que posee un intelecto de superioridad inusual y, obviamente, de un hombre con una personalidad espectacular. Sobre si su corazón está a la altura de su inteligencia y sobre si posee tanto amor como odio habría puesto la mano en el fuego incluso cuando, al final, expresó su completo y abierto desprecio hacia mí, algo que había expresado ya de pasada en un primer momento. Es el primero y el único entre nosotros en quien confío para dirigirnos, porque es un hombre que nunca se pierde en pequeños detalles mientras negocia grandes asuntos.

Sin embargo, a la vista de nuestros propósitos, es una pena que a este hombre de fina inteligencia le falte por completo la nobleza de alma. Estoy convencido que la ambición personal más peligrosa ha devorado de él todo lo bueno. Se ríe de los locos que repiten como loros su catecismo proletario tanto como de los comunistas a lo Willich y de los burgueses. Solo respeta a los aristócratas, a los genuinos, aquellos que son plenamente conscientes de su aristocracia. Para alejarlos del Gobierno, necesita su propia fuente de poder y solo puede encontrarla en el proletariado. De acuerdo con esto, ha confeccionado su sistema para él. A pesar de todas sus afirmaciones contrarias, o quizás a causa de ellas, salí con la impresión de que la adquisición de poder personal es el objetivo de todos sus empeños.

Engels y todos sus antiguos socios, pese a todos sus dones, son muy inferiores a él, y si osaran olvidarlo por un momento, los pondría en su sitio con la misma desvergonzada impudicia que un Napoleón.

Gustav Techow a un amigo, 1850

APROPIACIÓN DE LA NATURALEZA

El objeto de este estudio es ante todo la producción material.

Individuos que producen en la sociedad y, por tanto, la producción socialmente determinada de los individuos: este es, naturalmente, el punto de partida. El cazador y el pescador individuales y aislados, por los que comienzan Smith y Ricardo, forman parte de las alicortas ficciones del siglo XVIII. Robinsonadas que no expresan en modo alguno, contrariamente a lo que se imaginan algunos historiadores de la civilización, una simple reacción contra excesos de refinamiento ni el retorno a una vida natural mal comprendida. Tampoco descansa en grado alguno sobre tal naturalismo el *contrat social* de Rousseau, que por medio de un pacto establece relaciones y nexos entre sujetos independientes por su naturaleza. El naturalismo es aquí una apariencia, apariencia de orden puramente estético originado por robinsonadas pequeñas y grandes. En realidad, se trata más bien de una anticipación de la «sociedad burguesa», que venía preparándose desde el siglo XVI y en el XVIII avanzó a pasos gigantescos hacia su madurez. En esta sociedad de libre competencia el individuo aparece desembarazado de los lazos naturales, etcétera, que en épocas históricas anteriores hicieron de él elemento de un conglomerado humano determinado y restringido. Para los profetas del siglo XVIII —Smith y Ricardo se sitúan aún completamente en sus posiciones—, ese individuo del siglo XVIII —producto, por una parte, de la descomposición de las formas de sociedad feudales y, por otra, de las fuerzas productivas nuevas que venían desarrollándose desde el siglo XVI —

aparece como un ideal que existió en el pasado. No lo asocian a un resultado histórico, sino al punto de partida de la historia, porque consideran a ese individuo como algo natural, conforme a su concepción de la naturaleza humana; no como un producto de la historia, sino como dado por la naturaleza. Esta ilusión ha sido típica hasta ahora para toda época nueva. Steuart, que en varios aspectos se opone al siglo XVIII y, en su calidad de aristócrata, se encuentra más en el terreno histórico, ha eludido esta ilusión ingenua.

Cuanto más nos volvamos a las profundidades de la historia, en mayor grado aparecerá el individuo —y, por consiguiente, el individuo productor también— en un estado de dependencia, como miembro de un conjunto más extenso: al principio forma parte aún de manera completamente natural de la familia y de la *gens* desarrollada a partir de la familia; más tarde, de la comunidad en sus formas diferentes, producto de la oposición y la fusión de la *gens*. Solo en el siglo XVIII, en la «sociedad burguesa», las diferentes formas de la textura social se presentan al individuo meramente como un medio para realizar sus objetivos particulares, como una necesidad exterior. Pero la época que origina este punto de vista —el del individuo aislado— es precisamente la época de las relaciones sociales (que desde el mismo punto de vista tienen carácter general) más desarrolladas. El hombre es, en el sentido más literal, un *zoon politikon*, no solamente un animal sociable, sino un animal que solo puede individualizarse en la sociedad. La producción realizada por el individuo solitario fuera de la sociedad —fenómeno raro que, por cierto, puede ocurrir cuando una persona civilizada ha sido trasladada por casualidad a un lugar desierto y posee ya en potencia las fuerzas propias de la sociedad— es una cosa tan absurda como sería el desarrollo del lenguaje sin la presencia de individuos que vivan juntos y hablen unos con otros. Es inútil detenernos más en este punto. No habría

necesidad alguna de abordarlo si este despropósito, que tenía sentido y razón entre las gentes del siglo XVIII, no hubiera sido introducido expresamente de nuevo en la economía política moderna por Bastiat, Carey, Proudhon, etcétera. A Proudhon, entre otros, le es naturalmente muy agradable recurrir a la mitología para dar una explicación histórico-filosófica de una relación económica cuyo origen histórico ignora, alegando que Adán o Prometeo tuvieron un buen día la idea ya preparadita de esta relación y fue luego introducida en el mundo, etcétera. Nada más fastidioso y aburrido que las fantasías de un *locus communis*.

Así pues, cuando hablamos de producción se trata siempre de la producción en un grado determinado de desarrollo social, de la producción de individuos miembros de una sociedad. Podría parecer por tanto que para hablar de la producción en general es necesario seguir el proceso histórico de desarrollo en sus diferentes fases, o bien declarar en el acto que examinamos una época histórica determinada, por ejemplo, la producción burguesa moderna, que es, en efecto, nuestro verdadero tema. Pero todas las épocas de la producción tienen ciertos caracteres comunes, ciertas determinaciones comunes. La producción en general es una abstracción, pero una abstracción racional en la medida en que destaca efectivamente los rasgos comunes, los fija y de este modo nos libra de la repetición. Sin embargo, ese carácter general o esos rasgos comunes que permiten destacar la comparación forman ellos mismos un conjunto muy complejo cuyos elementos divergentes revisten determinaciones diversas. Estos caracteres pueden pertenecer a todas las épocas o ser comunes solo a algunas. Hay entre esas determinaciones las que son comunes tanto a la época más moderna como a la más antigua. Sin ellas, toda producción es inconcebible. Pero puesto que las lenguas más desarrolladas tienen ciertas leyes y determinaciones en común con las menos desarrolladas, lo que constituye

su desarrollo es precisamente lo que las distingue de esos caracteres generales y comunes. Es necesario distinguir las determinaciones que valen para la producción en general, justamente para que la unidad —que dimana ya del hecho de que el sujeto, la humanidad, y el objeto, la naturaleza, son idénticos— no haga olvidar las diferencias esenciales. De este olvido, por ejemplo, proviene toda la sabiduría de los economistas modernos que pretenden probar la eternidad y la armonía de las relaciones sociales existentes. Por ejemplo, que toda producción es imposible sin un instrumento de producción, aunque solo sea la mano; que toda producción es imposible sin un trabajo pasado, acumulado, aunque solo se trate de la habilidad adquirida por el ejercicio repetido y acumulada en la mano de un salvaje. Entre otras cosas, el capital es también un instrumento de producción; es, asimismo, trabajo pasado, objetivado. Así pues, el capital es una relación natural, universal y eterna, pero a condición de omitir precisamente el elemento específico o único que transforma en capital el «instrumento de producción», el «trabajo acumulado». Toda la historia de las relaciones de producción se presenta de este modo —en Carey por ejemplo— como una falsificación provocada por la malevolencia de los gobiernos.

Si no hay producción en general, tampoco existe la producción general. La producción es siempre una rama particular de la producción, por ejemplo, la agricultura, la ganadería, la manufactura, etcétera, o bien representa su totalidad. Pero la economía política no es la tecnología. La relación existente entre las determinaciones generales de la producción en una fase social dada y las formas particulares de la producción deberá exponerse en otra parte (más tarde).

Por último, la producción no es tampoco únicamente una producción particular; aparece siempre bajo la forma de cierto cuerpo social, de un

sujeto social que actúa en una totalidad más amplia o más estrecha de ramas de producción.

[…]

Toda producción es la apropiación de la naturaleza por el individuo en el marco y por intermedio de una forma de sociedad determinada.

Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (1857-1858)

PRODUCCIÓN Y CONSUMO O EL HUEVO Y LA GALLINA

El consumo es, de manera directa, también producción, del mismo modo que en la naturaleza el consumo de elementos y sustancias químicas es la producción de la planta. Es evidente que en la alimentación, por ejemplo, que es una forma particular de consumo, el hombre produce su propio cuerpo. Pero esto se aplica igualmente a cualquier otro género de consumo que, de una u otra manera, contribuye en algún aspecto a la producción del hombre. Es producción consuntiva. Pero, dice la economía política, esta producción idéntica al consumo es un segundo tipo de producción derivado de la destrucción del primer producto. En el primer tipo de producción, el productor se objetiva; en el segundo, el objeto por él creado se personifica. De modo que esta producción consuntiva, aunque constituye una unidad directa de la producción y el consumo, difiere en sustancia de la producción propiamente dicha. La unidad directa, en la que la producción coincide con el consumo y el consumo con la producción, deja subsistir su dualidad simultánea.

Así pues, la producción es directamente consumo, el consumo es directamente producción.

Tanto la una como el otro es directamente su propio contrario. Pero al mismo tiempo se opera entre ambos un movimiento mediador. La producción mediatiza el consumo, creando material para él; sin la producción, el consumo no tendría objeto. Pero también el consumo mediatiza la producción, creando para los productos un sujeto para el cual

ellos son productos. El producto aparece consumado solo en el consumo. Un ferrocarril por el que no se transporta nada, que por tanto no es usado, no es consumido, existe solo en la posibilidad y no en la realidad. Sin producción no hay consumo, pero sin consumo no hay tampoco producción, porque la producción sería entonces inútil.

El consumo genera la producción de modo doble:

1. Es únicamente en el consumo donde el producto deviene producto real. Por ejemplo, un vestido deviene realmente vestido solo cuando alguien lo lleva; una casa no habitada no es de hecho una casa verdadera. De este modo el producto, a diferencia del simple objeto natural, se manifiesta como producto, deviene producto únicamente en el consumo. Absorbiendo el producto, el consumo le da el último toque, porque el producto no se produce como actividad materializada, sino solo como objeto para el sujeto activo.

2. El consumo crea la necesidad de una nueva producción y, por consiguiente, la razón ideal, el móvil interno de la producción, que es la premisa de esta. El consumo origina el motivo para la producción, así como crea el objeto que actúa en la producción determinando su finalidad.

Si es evidente que la producción ofrece el objeto del consumo, bajo la forma material de aquel, está igualmente claro que el consumo plantea el objeto de la producción idealmente, en forma de imagen interior, de necesidad, de motivo y de fin. Crea los objetos de producción bajo una forma todavía subjetiva. No hay producción sin una necesidad. Pero el consumo reproduce la necesidad.

Líneas fundamentales de la crítica
de la economía política (1857-1858)

El consumo como pulsión

El consumo no es, por tanto, solo el acto final por el que el producto deviene producto, sino también otro por el que el productor deviene productor. Por otro lado, la producción produce el consumo creando el modo de consumo determinado y, después, haciendo aparecer un incentivo para el consumo, la capacidad de consumir en cuanto necesidad.

No es solamente el objeto de consumo, sino que es también el modo de consumo lo que produce la producción de modo objetivo y subjetivo. La producción por tanto crea al consumidor. Cuando se desprende de su espontaneidad y de las urgencias primitivas propias del estado de barbarie, el consumo, como instinto, estimulado por el objeto, por la necesidad a la que mueve, por la sensación que en él encuentra genera el objeto artístico, que como cualquier otro producto crea un público sensible al arte, un público que sabe gozar de su belleza. La producción no crea solamente un objeto para el sujeto sino también un sujeto para el objeto, produce el consumo: a) proporcionándole la materia; b) determinando el modo de consumo; c) haciendo nacer en el consumidor la necesidad de los productos que ella ha producido. Crea el objeto, el modo y la pulsión hacia el consumo.

Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (1857-1858)

LA DISTRIBUCIÓN NOS DISTRIBUYE

El consumo como menester, como necesidad, es él mismo un factor interno de la actividad productiva; pero esta última es el punto de partida de la realización y por tanto también su factor predominante, el acto en que se opera de nuevo todo el proceso. El individuo produce un objeto y al consumirlo vuelve a sí mismo, pero lo hace como individuo productivo y que se reproduce a sí mismo. De este modo, el consumo aparece como fase de la producción.

Pero en la sociedad la relación entre el productor y el producto, desde que este ha sido acabado, es una relación extrínseca, y el retorno del producto al sujeto depende de sus relaciones con otros individuos. El producto no viene inmediatamente a ser su posesión. De análogo modo, la apropiación inmediata del producto no es el fin que se propone el productor si produce en la sociedad. Entre el productor y los productos interviene la distribución, que por las leyes sociales determina la parte que le corresponde en el mundo de los productos y se emplaza así entre la producción y el consumo.

[…] Las relaciones y los modos de distribución aparecen, pues, como el reverso de los agentes de producción. Un individuo que participa en la producción bajo la forma de trabajo asalariado, participa en los productos, resultado de la producción, bajo la forma de salario. La estructura de la distribución está enteramente determinada por la de la producción. La distribución es ella misma un producto de la producción no solo en lo que

atañe al objeto —porque únicamente pueden ser distribuidos los resultados de la producción—, sino también en cuanto a la forma, puesto que el modo preciso de participación en la producción determina las formas de producción particulares, bajo las cuales los hombres participan en la distribución.

[…] Para la mirada de un individuo aislado, la distribución aparece naturalmente como una ley social que condiciona su posición dentro de la producción en el seno de la cual él mismo produce; la distribución precede por tanto a la producción. El individuo no tiene al venir al mundo capital ni propiedad agraria. Desde su nacimiento está reducido al trabajo asalariado por la distribución social. Pero esta predestinación es a su vez el resultado de que el capital y la propiedad agraria existen como agentes de producción independientes. Si se examinan sociedades enteras, la distribución, tomada como otro aspecto más, parece preceder a la producción y determinarla; por decirlo así, como un hecho preeconómico.

Un pueblo conquistador reparte la tierra entre los participantes en la conquista, imponiendo así cierta repartición de la propiedad agraria y cierta forma de esta, y con ello determina también la producción. O convierte a los vencidos en esclavos y de este modo hace del trabajo de los esclavos la base de la producción. O bien un pueblo divide por vía de la revolución la gran propiedad agraria en parcelas e imprime así un nuevo carácter a la producción por esta distribución nueva. O bien, en fin, la legislación perpetúa la propiedad agraria en ciertas familias, o hace del trabajo un privilegio hereditario, consolidándolo con un carácter de casta. En todos estos casos, y todos son históricos, parece que no es la producción la que organiza y determina la distribución, sino la distribución organiza y determina la producción.

La distribución en su interpretación más superficial aparece como distribución de productos y, por tanto, muy alejada de la producción y supuestamente independiente de esta. Pero antes de ser distribución de productos, también es: 1) distribución de los instrumentos de producción; 2) distribución de los miembros de la sociedad entre los diferentes géneros de producción con la consiguiente subordinación de los individuos a relaciones de producción determinadas.

Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (1857-1858)

Dame un método y entenderé el mundo

Los economistas del siglo XVII, por ejemplo, empiezan siempre por un todo vivo, por la población, la nación, el Estado, varios Estados, etcétera, pero acaban siempre por destacar mediante el análisis algunas relaciones generales abstractas determinantes, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etcétera. Tan pronto como estos factores sueltos fueron más o menos fijados y abstraídos, aparecieron sistemas económicos que de las nociones más simples —trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio, etcétera— ascendieron al Estado, a los intercambios entre naciones y al mercado mundial. Este último método es evidentemente el método científico correcto.

Lo concreto es concreto por ser la síntesis de muchas definiciones, o sea la unidad de aspectos múltiples. Por tanto, aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado y no punto de partida, aunque es el verdadero punto de partida y también, por consiguiente, el punto de partida de la contemplación y representación. El primer procedimiento ha reducido la representación plena a definiciones abstractas; con el segundo, las definiciones abstractas conducen a la representación de lo concreto por medio del pensamiento. Hegel cayó, por tanto, en la ilusión de concebir lo real como el resultado del pensamiento, causando este su propia síntesis, su propia profundización y su propio movimiento, mientras que el método consistente en ascender de lo abstracto a lo concreto es tan solo, para el

pensamiento, la manera de asimilar lo concreto, de reproducirlo como categoría mental concreta.

Pero esto no es en modo alguno el proceso de génesis de lo concreto como tal. Por ejemplo, la categoría económica más simple, digamos el valor de cambio, presupone la existencia de la población, de una población que produce en condiciones determinadas; presupone también cierta clase de familia, de comunidad o de Estado, etcétera. El valor de cambio no puede nunca existir sino bajo la forma de relación unilateral y abstracta de un todo concreto, vivo, ya dado. Como categoría, por el contrario, el valor de cambio tiene una existencia antediluviana. Así pues, para una conciencia como la filosófica, que identifica el pensamiento que concibe con el hombre real y considera como mundo real únicamente el que ha sido concebido una vez, el movimiento de categorías aparece como el acto de producción real (al que se da, lamentablemente, cierto impulso desde fuera) cuyo resultado es el mundo; y esto —aquí nos encontramos de nuevo con una tautología— es exacto en la medida en que la totalidad concreta como totalidad mental, como representación mental de lo concreto, es de hecho un producto del pensamiento, de la comprensión; no es en modo alguno un producto del concepto que se engendre a sí mismo y piense fuera o por encima de la contemplación y de la representación, sino el resultado de la elaboración de conceptos a partir de la contemplación y la representación.

El todo, tal como aparece en la mente como una entidad conceptual, es un producto del cerebro pensante que asimila el mundo de la única manera que le es posible, de una manera que difiere de la asimilación de este mundo por el arte, la religión o el espíritu práctico. El sujeto real subsiste siempre en su independencia fuera del intelecto, mientras este tiene una actitud puramente especulativa, puramente teórica. Por consiguiente,

también cuando se emplea el método teórico, el sujeto, la sociedad, debe presentarse constantemente a la mente como condición previa.

Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (1857-1858)

Categorías de la sociedad burguesa

La sociedad burguesa es la organización histórica más desarrollada y compleja de la producción. Por ello, las categorías que expresan las relaciones de esta sociedad y permiten comprender su estructura permiten también darse cuenta de la estructura y de las relaciones de producción de todas las formaciones sociales desaparecidas cuyos despojos y elementos sirvieron para edificarla. Algunos de esos vestigios no superados continúan subsistiendo dentro de la sociedad burguesa; otros, que anteriormente existieron solo en forma rudimentaria, se han desarrollado, alcanzando toda su significación, etcétera.

[…] La economía política burguesa no llegó a comprender las economías feudal, antigua y oriental hasta que comenzó la autocrítica de la sociedad burguesa. En la medida en que la economía política burguesa no se identifica simplemente con el pasado al modo mitológico, la crítica que hace a las formaciones sociales anteriores —en especial al feudalismo, contra el cual todavía tuvo que luchar directamente— se parecía a la crítica del paganismo por el cristianismo o del catolicismo por el protestantismo.

Como en toda ciencia histórica o social en general, se debe siempre tener presente, por lo que respecta al desarrollo de las categorías económicas, que el sujeto, aquí la sociedad burguesa moderna, está dado tanto en la realidad como en el cerebro; que las categorías expresan, por tanto, formas de existencia, condiciones de existencia determinadas, con frecuencia únicamente aspectos particulares de esta sociedad determinada, de este

sujeto, y que, por consiguiente, desde el punto de vista científico también, esta sociedad no comienza en modo alguno solo a partir del momento en que se trata de ella como tal. Es preciso retener esta consideración, ya que proporciona indicaciones decisivas para disponer el material. Por ejemplo, nada es más natural, al parecer, que empezar por la renta del suelo, por la propiedad agraria, ya que está ligada a la tierra, fuente de toda producción y de toda existencia, y a la agricultura, primera forma de producción de toda sociedad más o menos estable. Pero nada sería más erróneo. En cada formación social hay una rama de producción particular que determina la situación y la importancia de todas las demás, y las relaciones propias de aquella determinan, asimismo, todas las demás relaciones. Es como un alumbrado general que abarca todos los colores, modificando sus tonalidades particulares. Es como un éter particular que determina el peso específico de cuanto contiene. Tomemos, por ejemplo, a los pueblos dedicados al pastoreo. (Los pueblos que viven exclusivamente de la caza y de la pesca se encuentran detrás del punto donde comienza el verdadero desarrollo.)

Entre ellos aparece esporádicamente cierta forma de agricultura que determina la propiedad agraria. Es una propiedad colectiva y conserva más o menos esta forma en función de que dichos pueblos queden más o menos apegados a su tradición: verbigracia, la propiedad comunal de los eslavos. Entre los pueblos con una agricultura firmemente asentada —este asentamiento constituye ya un progreso importante—, donde el cultivo de los campos predomina, como en las sociedades antigua y feudal, la industria misma, su organización y las formas de propiedad que le corresponden tienen más o menos el carácter de propiedad agraria. O la industria depende completamente de la agricultura, como entre los antiguos romanos, o bien, como en la Edad Media, imita la organización rural en las ciudades y en las

relaciones que hay en estas. En el Medievo, incluso el capital —en la medida en que no se trata del capital puramente monetario— tiene, bajo la forma de herramientas de oficio tradicionales, etcétera, ese carácter de propiedad territorial. En la sociedad burguesa, todo lo contrario. La agricultura se convierte cada vez más en una de las ramas industriales y está dominada completamente por el capital. Lo mismo ocurre con la renta del suelo. En todas las formaciones sociales donde domina la propiedad agraria, preponderan las relaciones naturales. Y en las formas de sociedad donde domina el capital, prevalece el elemento social creado en el curso de la historia. Es imposible comprender la renta del suelo sin el capital, pero se puede comprender el capital sin la renta del suelo. El capital es la fuerza económica de la sociedad burguesa que lo domina todo, constituye necesariamente el punto de partida y el punto final y debe ser analizado antes de la propiedad agraria. Después de estudiarlos por separado, es preciso examinar su relación mutua.

Líneas fundamentales de la crítica
de la economía política (1857-1858)

Con el arte hemos topado

En cuanto al arte, se sabe que ciertos periodos de florecimiento artístico no corresponden en modo alguno al desarrollo general de la sociedad ni tampoco, por consiguiente, al de su base material, que es, por decirlo así, el esqueleto de su organización. Por ejemplo, los griegos comparados con los modernos, o también Shakespeare. Incluso para algunas formas artísticas —la poesía épica por ejemplo— se ha reconocido que ya no pueden nunca producirse a la manera clásica que hizo época en la historia universal desde que ha comenzado la producción artística como tal; que, por lo tanto, en la esfera del arte algunas de sus creaciones importantes son posibles únicamente en una fase inferior del desarrollo artístico. Si este es el caso en lo tocante a las relaciones entre los diferentes géneros artísticos dentro de la esfera del arte mismo, es menos sorprendente que lo dicho se refiera asimismo a la relación en que toda la esfera artística se encuentra con respecto al desarrollo general de la sociedad. La dificultad reside solo en la formulación general de esas contradicciones. Para explicarlas basta que sean especificadas.

Tomemos, por ejemplo, la relación del arte griego y del arte de Shakespeare con nuestra época. Se sabe que la mitología griega no fue tan solo el arsenal del arte griego, sino también su tierra nutricia. ¿Acaso el modo de ver la naturaleza y las relaciones sociales que inspira la imaginación griega y constituye por tanto el fundamento de la [mitología] griega, es compatible con las selfactinas, los ferrocarriles, las locomotoras y

el telégrafo eléctrico? ¡Qué es Vulcano al lado de Roberts and Co., Júpiter al lado del pararrayos y Hermes al lado del Crédit Mobilier! Toda mitología supera, domina y transforma las fuerzas de la naturaleza en el campo de la imaginación y por la imaginación; desaparece, por tanto, cuando dichas fuerzas están dominadas realmente. ¿Qué pasa a ser Fama junto a Printing House Square?[40] El arte griego presupone la mitología griega, o sea, la elaboración artística pero inconsciente de la naturaleza y de las formas sociales mismas por la imaginación popular. Este es su material. Sin embargo, no se presupone toda mitología, es decir, toda elaboración artística inconsciente de la naturaleza (por este término se entiende aquí todo lo objetivo incluyendo por tanto la sociedad). La mitología egipcia no habría podido nunca proporcionar un terreno favorable, o dar vida al arte griego. Pero sí una mitología en todo caso, es decir, de ninguna manera un desarrollo social que excluya toda actitud mitológica hacia la naturaleza, toda actitud generadora de mitos, y exija por tanto del artista una imaginación independiente de la mitología. Por otra parte, ¿es compatible Aquiles con la pólvora y el plomo? ¿O, en general, la *Ilíada* con la prensa o, mejor aún, con la imprenta? ¿Acaso no es cierto que ante la prensa tipográfica desaparecen el canto, la narración, la musa; se desvanecen las condiciones necesarias para la poesía épica? Pero no es difícil comprender que el arte griego y la poesía épica guardan relación con ciertas formas de desarrollo social. La dificultad estriba en el hecho de que todavía nos proporcionan un placer estético y tienen en cierto aspecto el valor de norma y de ideal inaccesible.

Un hombre no puede volver a ser niño sin caer en el infantilismo. Pero ¿acaso no le alegra la ingenuidad del niño? ¿Acaso no debe aspirar a reproducir a un nivel superior la veracidad del niño? ¿Es que en la naturaleza infantil no revive, en su verdad natural, el carácter de cada

época? ¿Por qué la infancia histórica de la humanidad, allí donde alcanzó su forma más bella, no debe ejercer un encanto eterno como una fase que jamás volverá? Hay niños mal educados y niños precoces. Muchos pueblos de la Antigüedad pertenecen a esta categoría. Los griegos eran niños normales. El encanto que tiene para nosotros su arte no está reñido con el carácter inmaduro de la sociedad en que se conformó. Al contrario, ese encanto es un producto suyo y guarda íntima relación con el hecho de que las condiciones sociales inmaduras que dieron vida a dicho arte, y fueron las únicas capaces de darle vida, no podrán volver nunca.

Líneas fundamentales de la crítica
de la economía política (1857-1858)

CONSPIRATION OF SILENCE

Londres, 9 Grafton Terrace,
Maitland Park, Haverstock Hill

Señor:

Freiligrath me transmitió hace algún tiempo una carta que usted le había enviado. Hubiera contestado con más rapidez si una serie de contratiempos familiares no me hubiese impedido escribir por *some time*. Me alegró mucho ver por su carta que usted y sus amigos han tomado tan vivo interés en mi *Crítica de la economía política*. Ya actualmente está terminada la segunda parte, es decir que solo falta revisarla y pulirla para la imprenta. Serán más o menos unos treinta pliegos. Es la continuación del fascículo I, pero la obra aparecerá por separado con el título de *El capital*. *Contribución a la crítica de la economía política* solo figurará como subtítulo. En realidad, este trabajo abarca únicamente lo que hubiera debido constituir el tercer capítulo de la primera parte: «El capital en general»; de modo que no incluye la competencia de los capitales ni el crédito. Contiene lo que los ingleses llaman *the principles of political economy*. Es (junto con la primera parte) la quintaesencia; su desarrollo ulterior podría fácilmente realizarlo otra persona, sobre la base de lo que ya está escrito por mí (con la única excepción, tal vez, de la relación en las diversas formas de Estado y las distintas estructuras económicas de la sociedad).

Este trabajo se ha dilatado mucho por las siguientes razones: para comenzar, en 1860 el escándalo Vogt me tomó mucho tiempo; me vi obligado a dedicarme a una gran cantidad de investigaciones sobre asuntos sin importancia en sí mismos, a intervenir en juicios, etcétera. En 1861 la guerra civil norteamericana me hizo perder mi principal fuente de subsistencia, el *New York Daily Tribune*. Mi colaboración en ese periódico ha quedado interrumpida hasta este momento. De modo que me vi, y me sigo viendo, en la necesidad de hacerme cargo de un montón de trabajos pesados para no ir a parar a la calle con toda mi familia. Había decidido incluso aceptar un empleo y hubiera debido entrar, al comienzo del año, en una *office* de los ferrocarriles. ¿Fue mala suerte o buena?: mi mala letra me impidió obtener la plaza. Usted ve, pues, que me quedaba poco tiempo y poca tranquilidad para trabajos teóricos. Es probable que estas mismas razones atrasen más de lo que yo quisiera la revisión para la imprenta.

En cuanto a la casa editora, por ningún concepto le daré este tomo II a Duncker: el manuscrito del fascículo I lo recibió en diciembre y no lo publicó hasta julio o agosto de 1859. Tengo alguna esperanza, aunque no muchas, de que Brockhaus publique el trabajo. La *conspiration of silence* con la que me honra la canalla literaria alemana después de comprobar que los insultos no dan resultado me es desfavorable para la edición, por no hablar de la orientación de mis trabajos. En cuanto el manuscrito esté listo (comenzaré a pasarlo a limpio en enero de 1863), lo llevaré yo mismo a Alemania, porque es más fácil conseguir algo de los libreros discutiendo personalmente con ellos.

Hay buenas probabilidades de que, una vez salga la edición en alemán, se asegure en París una versión francesa. En cuanto a mí, no tengo de ningún modo el tiempo de volcarlo al francés, sobre todo porque quiero escribir la continuación en alemán, es decir, el final del análisis de *El capital* —la

competencia y el crédito— y porque quiero, además, reunir mis dos primeros trabajos en una sola obra para el público inglés. No creo que se pueda esperar ninguna reacción en Alemania mientras no se haya recibido un certificado del exterior. En el fascículo I, es cierto, la forma de exponer las cosas era muy poco popular. Esto se debe en parte a la naturaleza abstracta del tema, al poco espacio que se me concedió y a la finalidad de ese trabajo. Esta otra parte es más accesible, porque trata de relaciones más concretas. Los ensayos científicos escritos con el fin de revolucionar una ciencia nunca pueden resultar verdaderamente populares; pero una vez puestas las bases científicas, la popularización es fácil. Si los tiempos se pusieran más turbios, también se podrían escoger los colores y la tinta que una exposición popular de estos temas requeriría en ese caso. En cambio, yo esperaba verdaderamente que los especialistas alemanes, aunque solo fuera por decencia, no ignoraran de una forma tan absoluta mis trabajos. Además, he pasado por la experiencia, nada alentadora, de que amigos alemanes, personas de nuestro partido que se habían ocupado ampliamente de esta ciencia y que en privado me habían escrito cartas excesivas, desbordantes de elogios con ocasión del primer fascículo, no han hecho el menor gesto para incluir en una reseña, o aun simplemente para anunciar el contenido de mi obra en las revistas a las que tienen acceso. Si se trata de una táctica política, confieso que soy incapaz de comprender su misterio.

Me agradaría mucho que, cuando tuviese oportunidad, usted me hablara de la situación en Alemania. Vamos evidentemente hacia una revolución, cosa de la que nunca he dudado desde 1850. El primer acto incluirá una reedición de las tonterías de 1848-1849, que nada tiene de alentador. Pero así va la historia, y hay que tomarla como es.

Mis mejores deseos para el nuevo año.

Suyo,

K. Marx

Carta a Kugelmann, diciembre de 1862

El gran deber del proletariado

Considerando:

Que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos; que la lucha por la emancipación de la clase obrera no es una lucha por privilegios y monopolios de clase, sino por el establecimiento de derechos y deberes iguales y por la abolición de todo privilegio de clase;

que el sometimiento económico del trabajador a los monopolizadores de los medios de trabajo, es decir, de las fuentes de vida, es la base de la servidumbre en todas sus formas, de toda miseria social, degradación intelectual y dependencia política;

que la emancipación económica de la clase obrera es, por lo tanto, el gran fin al que todo movimiento político debe ser subordinado como medio;

que todos los esfuerzos dirigidos a este gran fin han fracasado hasta ahora por falta de solidaridad entre los obreros de las diferentes ramas del trabajo en cada país y de una unión fraternal entre las clases obreras de los diversos países;

que la emancipación del trabajo no es un problema nacional o local, sino un problema social que comprende a todos los países en los que existe la sociedad moderna y necesita para su solución el concurso teórico y práctico de los países más avanzados;

que el movimiento que acaba de renacer entre los obreros de los países más industriales de Europa, a la vez que despierta nuevas esperanzas, da

una solemne advertencia para no recaer en los viejos errores y combinar inmediatamente los movimientos todavía aislados.

Por todas estas razones ha sido fundada la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Y declara:

que todas las sociedades y todos los individuos que se adhieran a ella reconocerán la verdad, la justicia y la moral como bases de sus relaciones recíprocas y de su conducta hacia todos los hombres, sin distinción de color, de creencias o de nacionalidad.

No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes. En este espíritu han sido redactados los siguientes estatutos:

1. La asociación se establece para crear un centro de comunicación y de cooperación entre las sociedades obreras de los diferentes países y que aspiren a un mismo fin, a saber: la defensa, el progreso y la completa emancipación de la clase obrera.

2. El nombre de esta asociación será Asociación Internacional de los Trabajadores.

3. Todos los años tendrá lugar un congreso obrero general, integrado por los delegados de las secciones de la Asociación. Este congreso proclamará las aspiraciones comunes de la clase obrera, tomará las medidas necesarias para el éxito de las actividades de la Asociación Internacional y elegirá a su Consejo General.

4. Cada congreso fijará la fecha y el sitio de reunión del congreso siguiente. Los delegados se reunirán en el lugar y día designados, sin que sea precisa una convocatoria especial. En caso de necesidad, el congreso general podrá cambiar el lugar del congreso, sin aplazar sin embargo su fecha. Cada año, el congreso reunido fijará la residencia del Consejo

General y nombrará a sus miembros. El Consejo General elegido de este modo tendrá el derecho de adjuntarse nuevos miembros.

En cada congreso anual, el congreso general hará un informe público de sus actividades durante el año transcurrido. En caso de urgencia podrá convocar el congreso antes del término anual establecido.

5. El congreso general se compondrá de trabajadores pertenecientes a las diferentes naciones representadas en la Asociación. Escogerá de su seno a los miembros para la gestión de sus asuntos, como un tesorero, un secretario general, secretarios correspondientes para los diferentes países, etcétera.

6. El Consejo General funcionará como agencia de enlace internacional entre los diferentes grupos nacionales y locales de la Asociación, con el fin de que los obreros de cada país estén constantemente al corriente de los movimientos de su clase en los demás países; de que se haga simultáneamente y bajo una misma dirección una encuesta sobre las condiciones sociales en los diferentes países de Europa; de que las cuestiones de interés general propuestas por una sociedad sean examinadas por todas las demás y de que, una vez reclamada la acción inmediata, como en el caso de conflictos internacionales, todos los grupos de la Asociación puedan obrar simultáneamente y de una manera uniforme. Si el Consejo General lo juzga oportuno, tomará la iniciativa de las proposiciones a someter a las sociedades locales y nacionales. Para facilitar sus relaciones, publicará informes periódicos.

7. Puesto que el éxito del movimiento obrero en cada país no puede ser asegurado más que por la fuerza resultante de la unión y de la organización, y que, por otra parte, la utilidad del Consejo General será mayor si en lugar de tratar con una multitud de pequeñas sociedades locales, aisladas unas de otras, puede hacerlo con unos pocos centros nacionales de las sociedades

locales, aisladas unas de otras o con unos pocos centros nacionales de las sociedades obreras, los miembros de la Asociación Internacional deberán hacer todo lo posible por reunir a las sociedades obreras, todavía aisladas, de sus respectivos países en organizaciones nacionales representadas por órganos centrales de carácter nacional. Está claro que la aplicación de este artículo está subordinada a las leyes particulares de cada país y que, prescindiendo de los obstáculos legales, toda sociedad local independiente tendrá el derecho de corresponder directamente con el Consejo General.

7 bis. En su lucha contra el poder unido de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar como clase más que constituyéndose él mismo en partido político distinto y opuesto a todos los antiguos partidos políticos creados por las clases poseedoras. Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su fin supremo: la abolición de clases. La coalición de las fuerzas de la clase obrera, lograda ya por la lucha económica, debe servirle asimismo de palanca en su lucha contra el poder político de sus explotadores. Puesto que los señores de la tierra y del capital se sirven siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos y para sojuzgar al trabajo, la conquista del poder político se ha convertido en el gran deber del proletariado.

8. Cada sección tendrá derecho a nombrar a su secretario.

9. Todo el que adopte y defienda los principios de la Asociación Internacional de los Trabajadores puede ser recibido en ella como miembro. Cada sección es responsable de la probidad de los miembros admitidos por ella.

10. Todo miembro de la asociación recibirá, al cambiar su domicilio de un país a otro, el apoyo fraternal de los miembros de la Asociación.

11. A pesar de estar unidas por un lazo indisoluble de fraternal cooperación, todas las sociedades obreras adheridas a la Asociación Internacional conservarán intacta su actual organización.

12. La revisión de los presentes estatutos puede ser hecha en cada congreso a condición de que dos tercios de los delegados presentes estén de acuerdo con dicha revisión.

13. Todo lo que no está previsto en los presentes estatutos será determinado por reglamentos especiales que cada congreso podrá revisar.

Estatutos generales de la Asociación
Internacional de los Trabajadores (1864)

Lassalle y la *Realpolitik*

Maitland Park, Haverstock Hill

Estimado señor y amigo:

Recibí ayer su carta, que me interesó vivamente, y voy a contestar a los diferentes puntos que plantea.

En primer lugar, quiero explicarle brevemente mis relaciones con Lassalle. Durante toda su campaña de agitación, nuestras relaciones quedaron interrumpidas: primero, a causa de sus fanfarronadas y sus jactancias que no le impedían plagiar, al propio tiempo, sin vergüenza alguna, mis (nuestras) obras; segundo, porque yo CONDENABA su táctica POLÍTICA, y tercero, porque le había explicado con lujo de detalles y «demostrado», aquí mismo en Londres, ANTES de que iniciara su campaña de agitación, que no tenía sentido alguno creer que el ESTADO PRUSIANO pudiera emprender una acción SOCIALISTA directa. En las cartas que me escribió, entre 1848 y 1863, así como en nuestras entrevistas personales, siempre había declarado que se adhería al Partido que yo represento. Pero en cuanto se convenció, en Londres (fines de 1862), de que no podía seguir haciendo CONMIGO su jueguito, decidió hacerse el «dictador obrero» CONTRA MÍ y contra el viejo partido. A pesar de todo, reconocí sus méritos de agitador aunque, hacia el final de su breve carrera, su agitación misma se me presentó con un cariz cada vez más equívoco. Su súbita muerte, nuestra vieja amistad, los ruegos de la condesa Hatzfeld, la irritación provocada por

LA COBARDÍA Y LA INSOLENCIA de los órganos burgueses para con aquel que tanto habían temido en vida, todas estas razones me impulsaron a publicar una breve declaración contra ese miserable de Blind; pero mi declaración no hacía referencia en absoluto al contenido de la acción de Lassalle. Fue la Hatzfeld la que envió la declaración al *Nordstern*. Por estas mismas razones, y con la esperanza de poder dejar de lado los elementos que me parecían peligrosos, prometí, al igual que Engels, colaborar en el *Social-Demokrat* (este periódico publicó una traducción del *Manifiesto* y yo accedí a su solicitud de redactar, a la muerte de Proudhon, un artículo sobre este último); y permití que la redacción nos considerara como sus colaboradores después de que Schweitzer nos enviara el PROGRAMA DEL PERIÓDICO, QUE ERA SATISFACTORIO. Además, el hecho de que W. Liebknecht fuera miembro no oficial de la redacción constituía para nosotros una garantía. Sin embargo, pronto se descubrió —y tuvimos en nuestro poder las pruebas de ello— que Lassalle, en realidad, había TRAICIONADO al Partido. Había concluido un verdadero contrato con Bismarck (y, naturalmente, sin tener EN MANO LA MENOR GARANTÍA). Debía ir, a fines de septiembre de 1864, a Hamburgo, y allí (junto con el loco de Schramm y el soplón prusiano de Marr) OBLIGAR a Bismarck a anexarse Schleswig-Holstein, es decir, a proclamar esa anexión en nombre de los «obreros», etcétera. A cambio de eso Bismarck había prometido el sufragio universal y alguna *scharlatanerien* socialista. ¡Lástima que Lassalle no haya podido llevar esta comedia hasta el final! ¡Se hubiera puesto en ridículo de mala manera y hubiera demostrado hasta qué punto se había dejado estafar! ¡Todos los intentos de este tipo habrían finalizado para siempre!

Lassalle se dejó llevar por ese falso camino porque era un *realpolitiker* al estilo de Miquel, pero con más envergadura y con objetivos más considerables. *By the way*, hacía mucho tiempo que yo tenía calado a

Miquel: yo me explicaba su actitud por el hecho de que la *Deutsche Nationalverein* ofreció un magnífico pretexto, para un abogadillo de Hannover, de salir de sus cuatro paredes y hacerse oír por toda Alemania. Esperaba más tarde hacer valer su persona en su propia Hannover y, además, hacerse el Mirabeau «hannoveriano» bajo la protección de Prusia. Así como Miquel y sus amigos actuales han agarrado por los cabellos la «nueva era» inaugurada por el príncipe regente de Prusia para jugar a la unión nacional y aferrarse al «grupo de primera línea: Prusia»; así como ellos han proclamado su «fiereza burguesa» bajo la protección de Prusia; asimismo Lassalle quería llegar a ser el marqués de Posa del proletariado con Felipe II de Brandeburgo, y con Bismarck alcahuete entre él y la monarquía prusiana. Por lo demás, no hacía sino imitar a los señores de la Unión nacional. Pero mientras estos últimos apelaban a la «reacción» prusiana en interés de la clase media, Lassalle tendió la mano a Bismarck en interés del proletariado. En cierto sentido, la actitud de esos señores era más justificada que la de Lassalle: el burgués está acostumbrado a considerar que la «realidad» es su propio interés más inmediato, el que encuentra justo delante de sus narices. Además, es una clase que siempre ha aceptado, en realidad, algún compromiso, incluso con los feudales, mientras que la clase obrera, por la naturaleza misma de las cosas, solo puede ser sinceramente «revolucionaria».

Para un hombre tan vanidoso y amante de lo espectacular como Lassalle (al que no se podía corromper proponiéndole algún cargo, algún puesto de burgomaestre, etcétera), la idea era muy seductora: ¡una acción directa a favor del proletariado, realizada por Ferdinand Lassalle! En realidad, ignoraba demasiado las verdaderas condiciones económicas que una acción parecida implicaba ¡para que pudiese ser verdaderamente crítico consigo mismo! En cuanto a los obreros alemanes, ESTABAN «DEMASIADO

APLASTADOS» por la *realitätspolitik* —política a que los burgueses alemanes habían apelado para tolerar la reacción de 1849-1859 y asistir pasivamente al embrutecimiento del pueblo— para que no aclamasen a ese redentor de feria ¡que les prometía llevarlos de un solo salto a la tierra prometida!

Vuelvo a tomar el hilo interrumpido más arriba. Acabado de fundar el *Social-Demokrat*, se descubrió que la vieja Hatzfeld pretendía hacer suyo el «testamento» de Lassalle. Estaba relacionada con Bismarck a través de Wagener, del *Kreuz-Zeitung*. Puso al «Arbeiterverein» (*Allgemeinen Deutschen*), al *Social-Demokrat*, etcétera, a disposición de Bismarck. La anexión de Schleswig-Holstein debía de proclamarse en el *Social-Demokrat*, había que aceptar el patronato de Bismarck, etcétera. Todos estos lindos planes se vinieron abajo por la presencia de Liebknecht en Berlín, en la redacción del *Social-Demokrat*. Aunque la forma en que se hacía el periódico no nos gustaba, ni a Engels ni a mí, y a pesar del culto zalamero del que Lassalle era objeto, del coqueteo con Bismarck, etcétera, era naturalmente más importante en aquel momento no romper públicamente con el periódico para poder frustrar las intrigas de la vieja Hatzfeld e impedir que el Partido Obrero se viera totalmente comprometido. De modo que hicimos *bonne mine a mauvais jeu*,[41] sin dejar de escribir constantemente *privatim* al *Social-Demokrat* que debía luchar tanto contra Bismarck como contra los progresistas. Tuvimos incluso que soportar las intrigas de Bernhard Becker (ese presumido, pagado de sí mismo), que se tomaba en serio la importancia que Lassalle le había atribuido por testamento contra la INTERNATIONAL WORKINGMEN'S ASSOCIATION.

Mientras tanto, los artículos de Schweitzer en el *Social-Demokrat* se volvían cada día más bismarquianos. Yo le había explicado ya anteriormente que se podía INTIMIDAR a los progresistas con el «asunto de la coalición», pero que el GOBIERNO PRUSIANO NUNCA JAMÁS accedería a

abrogar completamente la ley de coalición, puesto que esto abriría una brecha en el sistema burocrático del Estado, suprimiría la tutela que gravita sobre los obreros y el reglamento en vigor para los domésticos, aboliría el privilegio nobiliario de apalear al campesino, etcétera, lo que Bismarck jamás iba a permitir y que, por otra parte, es incompatible con el Estado prusiano, que es un Estado de funcionarios. Añadía que, aun en el caso de que la Cámara rechazara la ley de coalición, el Gobierno se escudaría para mantenerla en vigor detrás de GRANDES FRASES (diciendo, por ejemplo, que la solución del problema social requiere medidas «más profundas», etcétera). Todas estas previsiones se vieron confirmadas. ¿Y qué hizo el señor Schweitzer? Escribió un artículo EN FAVOR de Bismarck y reservó todo su heroísmo para atacar a seres tan *infiniment petits* como Schulze, Faucher, etcétera.

Yo creo que Schweitzer y compañía actúan de buena fe, pero son unos *realpolitiker*. Quieren estar a la altura de las circunstancias EXISTENTES y no cederles a los Miquel y compañía el «privilegio» de esta *realpolitik*. (Estos últimos parecen decididos a reservar para sí el derecho de intermixtura con el Gobierno prusiano.) Saben que los órganos obreros y el movimiento obrero en Prusia (y por ende en el resto de Alemania) solo subsisten *par la grace de la Police*. De modo que quieren tomar las cosas como son, no provocar al Gobierno, etcétera, del mismo modo que nuestros *realpolitiker* REPUBLICANOS están dispuestos a aceptar a un Hohenzollern como EMPERADOR «además de todo». Pero como yo no soy un *realpolitiker*, he considerado necesario, junto con Engels, cesar mi colaboración en el *Social-Demokrat* y declararlo públicamente (seguro que leerá usted pronto nuestra declaración en algún periódico).

Usted comprenderá ahora, de paso, por qué en la actualidad no puedo hacer NADA en Prusia. El Gobierno prusiano se ha negado categóricamente

a concederme la nacionalidad prusiana. Se me permitiría hacer AGITACIÓN en Prusia únicamente si esta revistiera formas gratas a cierto señor Von Bismarck.

Prefiero cien veces la agitación que estoy llevando a cabo aquí, a través de la Asociación Internacional. La influencia sobre el proletariado INGLÉS es directa y de la mayor importancia. Actualmente, *stirring the general suffrage question*,[42] que aquí tiene, naturalmente, UNA RELEVANCIA COMPLETAMENTE DIFERENTE que en Prusia.

En general, los progresos de esta Asociación superan TODAS NUESTRAS EXPECTATIVAS tanto aquí como en París, Bélgica, Suiza e Italia. Solo en Alemania tenemos que afrontar, como es natural, a los sucesores de Lassalle: por una parte, temen estúpidamente perder su importancia; por la otra, conocen muy bien mi oposición declarada a lo que los alemanes llaman *realpolitik*. (Se trata de ese tipo de «realidad» que sitúa a Alemania muy atrás a la zaga de todos los países civilizados.)

Como todo el que adquiera por un chelín la tarjeta de entrada puede hacerse *member of the Association* y como los franceses (al igual que los belgas) han elegido la forma del individual *membership* puesto que la ley les prohíbe unirse a nosotros como «asociación», y como en Alemania existe la misma situación, he decidido invitar a mis amigos de aquí y a los de Alemania a crear pequeñas *societés*, para que cada uno de sus miembros adquiera una *English card of membership*, cualquiera que sea el número de los *members* en cada localidad. Como la Asociación inglesa es PÚBLICA, nada se opone a este sistema, ni siquiera en Francia. Me agradaría que usted entrara en relación de este modo con Londres, y que sus amistades más cercanas hicieran lo mismo.

Muchas gracias por su receta. Curiosamente, tres días antes de que llegase a mis manos, tuve una nueva erupción de esta molesta enfermedad.

De modo que la receta llegó en buen momento.

Dentro de unos días le enviaré 24 *Manifiestos* más. Un amigo mío acaba de interrumpirme y, como quiero enviar enseguida esta carta, dejo para una próxima las respuestas a otros puntos de su carta.

Suyo,

K. M.

Carta a Kugelmann, 23 de febrero de 1865

EL PUNTO DE VISTA PEQUEÑOBURGUÉS

Muy señor mío:

Ayer recibí su carta en la que me invita usted a dar un juicio detallado sobre Proudhon. La falta de tiempo no me permite atender a su deseo. Además, no tengo a mano ni un solo trabajo de Proudhon. Sin embargo, y en prueba de mi buena voluntad, he trazado a toda prisa un breve esbozo. Puede usted completarlo, alargarlo o reducirlo; en una palabra, puede usted hacer con él lo que mejor le parezca.

No recuerdo ya cuáles fueron los primeros ensayos de Proudhon. Su trabajo de escolar sobre «La lengua universal» demuestra la falta de escrúpulo con que trataba problemas para cuya solución le faltaban los conocimientos más elementales.

Su primera obra *Qu' est-ce que la propriété?* es, indudablemente, la mejor de todas. Aunque no por la novedad de su contenido, sí por la forma nueva y audaz de tratar lo viejo, el trabajo marca una época. En las obras de los socialistas y comunistas franceses conocidas por él, la *propriété* no solo había sido, como es natural, criticada desde varios puntos de vista, sino también utópicamente «abolida». Con este libro Proudhon se coloca con respecto a Saint-Simon y Fourier aproximadamente en el mismo plano en que Feuerbach se encuentra con respecto a Hegel. Comparado con Hegel, Feuerbach es extremadamente pobre. Sin embargo, después de Hegel señala una época, ya que realza algunos puntos desagradables para la conciencia

cristiana e importantes para el progreso de la crítica y que Hegel dejó en una mística penumbra.

En esta obra de Proudhon predomina aún, permítaseme la expresión, un estilo de fuerte musculatura, el cual, a mi juicio, constituye su principal mérito. Se ve que, incluso en los lugares donde Proudhon se limita a reproducir lo viejo, dicha reproducción constituye para él un descubrimiento propio; cuanto dice es para él algo nuevo y lo considera como tal. La audacia provocativa con que ataca el *sancta sanctorum* de la economía política, las ingeniosas paradojas con que se burla del sentido común burgués, la crítica demoledora, la ironía mordaz, ese profundo y sincero sentimiento de indignación que manifiesta de cuando en cuando contra las infamias del orden existente, su convicción revolucionaria, todas estas cualidades contribuyeron a que el libro *¿Qué es la propiedad?* electrizase a los lectores y produjese una gran impresión desde el primer momento en que salió a la luz. En una historia rigurosamente científica de la economía política, dicho libro apenas hubiese merecido los honores de ser mencionado. Pero lo mismo que en la literatura, las obras sensacionales de este género juegan su papel en la ciencia. Tómese, por ejemplo, el libro sobre la población de Malthus. En su primera edición no constituyó más que un *sensational pamphlet* y, por añadidura, un plagio desde la primera hasta la última línea. Y a pesar de todo, ¡cómo impresionó este libelo contra el género humano!

De tener a mano el libro de Proudhon, me habría sido fácil demostrar con algunos ejemplos su estilo. En los párrafos considerados por él mismo como los más importantes, imita a Kant —el único filósofo alemán que conocía en aquella época a través de las traducciones— en la manera de tratar las antinomias, dejándonos la firme impresión de que para él, lo mismo que para Kant, la solución de las antinomias es algo situado «más

allá» de la razón humana, es decir, algo que para su propio entendimiento permanece en la oscuridad.

A pesar de todo su carácter aparentemente archirrevolucionario, en *¿Qué es la propiedad?* nos encontramos ya con la contradicción de que Proudhon, por una parte, critica a la sociedad a través del prisma y con los ojos del campesino parcelario francés (más tarde del *petit bourgeois*), y por otra, le aplica la escala que ha tomado prestada a los socialistas.

El propio título indica ya las deficiencias del libro. El problema había sido planteado de un modo tan erróneo que la solución no podía ser acertada. Las «relaciones de propiedad» de los tiempos antiguos fueron destruidas por las feudales, y estas por las «burguesas». Así pues, la propia historia se encargó de someter a crítica las relaciones de propiedad del pasado. De lo que trata en el fondo Proudhon es de la moderna propiedad burguesa tal como existe hoy en día. A la pregunta ¿qué es esa propiedad?, solo se podía contestar con un análisis crítico de la «economía política» que abarcase el conjunto de esas relaciones de propiedad, no en su expresión jurídica, como relaciones volitivas, sino en su forma real, es decir, como relaciones de producción. Mas como Proudhon vinculaba todo el conjunto de estas relaciones económicas al concepto jurídico general de «propiedad», la *propriété* no podía ir más allá de la contestación que ya Brissot había dado en una obra similar, antes de 1789, repitiéndola con las mismas palabras: «La propriété c'est le vol».[43]

En el mejor de los casos, de aquí se puede deducir únicamente que el concepto jurídico burgués del «robo» es aplicable también a las ganancias «bien habidas» del propio burgués. Por otro lado, en vista de que el «robo» como violación de la propiedad presupone la propiedad, Proudhon se enredó en toda clase de sutiles razonamientos, oscuros hasta para él mismo, sobre la verdadera propiedad burguesa.

Durante mi estancia en París, en 1844, trabé conocimiento personal con Proudhon. Menciono aquí este hecho porque, en cierto grado, soy responsable de su *sophistication*, como llaman los ingleses a la adulteración de las mercancías. En nuestras largas discusiones, que con frecuencia duraban toda la noche, le contagié, para gran desgracia suya, el hegelianismo, que por su desconocimiento del alemán no pudo estudiar a fondo. Después de mi expulsión de París, el señor Karl Grün continuó lo que yo había iniciado. Como profesor de Filosofía alemana me llevaba la ventaja de no entender una palabra de la materia.

Poco antes de que apareciese su segunda obra importante, *Filosofía de la miseria* etcétera, me anunció él mismo su próxima publicación en una carta muy detallada, donde entre otras cosas me decía lo siguiente: «J'attends votre férule critique».[44] En efecto, mi crítica cayó muy pronto sobre él (en mi libro *Miseria de la filosofía* etcétera, París, 1847) de tal forma que puso fin para siempre a nuestra amistad.

Por lo que acabo de decir verá usted que en su libro *Filosofía de la miseria o Sistema de las contradicciones económicas*, Proudhon responde realmente por vez primera a la pregunta «¿qué es la propiedad?». De hecho, tan solo después de la publicación de su primer libro fue cuando Proudhon inició sus estudios económicos y descubrió que a la pregunta que había planteado no se podía contestar con invectivas, sino únicamente con un análisis de la «economía política» moderna. Al mismo tiempo realizó un intento de exponer dialécticamente el sistema de las categorías económicas. En lugar de las insolubles «antinomias» de Kant, ahora tenía que aparecer la «contradicción» hegeliana como medio de desarrollo.

En el libro que escribí como réplica hallará usted la crítica de los dos gruesos volúmenes de su obra. Allí demuestro entre otras cosas lo poco que ha penetrado Proudhon en los secretos de la dialéctica científica y hasta qué

punto, por otro lado, comparte las ilusiones de la filosofía especulativa cuando, en lugar de considerar las categorías económicas como expresiones teóricas de relaciones de producción formadas históricamente y correspondientes a una determinada fase de desarrollo de la producción material, las convierte de un modo absurdo en ideas eternas, existentes desde siempre, y cómo, después de dar este rodeo, retorna al punto de vista de la economía burguesa.

Más adelante demuestro también lo insuficiente que es su conocimiento —a veces digno de un escolar— de la «economía política» a cuya crítica se dedica, y cómo, al igual que los utopistas, corre en pos de una pretendida «ciencia», con ayuda de la cual se puede elucubrar *a priori* una fórmula para la «solución del problema social», en lugar de ir a buscar la fuente de la ciencia en el conocimiento crítico del movimiento histórico, de ese movimiento que crea por sí mismo las condiciones materiales de la emancipación. Demuestro allí, sobre todo, lo confusas, erróneas e incompletas que siguen siendo las concepciones de Proudhon sobre el valor de cambio, base de todas las cosas, y cómo, incluso, ve en la interpretación utópica de la teoría del valor de Ricardo la base de una nueva ciencia. Mi juicio sobre su punto de vista general lo resumo en las siguientes palabras:

> Toda relación económica tiene su lado bueno y su lado malo; este es el único punto en que el señor Proudhon no se ha refutado a sí mismo. En su opinión, el lado bueno lo exponen los economistas, y el lado malo lo denuncian los socialistas. De los economistas toma la necesidad de relaciones eternas, y de los socialistas, esa ilusión que no les permite ver en la miseria nada más que miseria (en lugar de ver en ella el lado revolucionario destructivo que ha de acabar con la vieja sociedad). Proudhon está de acuerdo con unos y otros, tratando así de apoyarse en el prestigio de la ciencia. En él, la ciencia se reduce a las magras proporciones de una fórmula científica; es un hombre a la caza de fórmulas. De este modo, el señor Proudhon se envanece con la idea de haber sometido a crítica la economía política y el comunismo, cuando en realidad está muy por debajo de los dos. Está por debajo de los economistas, pues se imagina que como filósofo detentador de una fórmula mágica se halla libre de entrar en detalles puramente económicos; está por debajo de los

socialistas, pues carece de valor y perspicacia suficientes para situarse, aunque solo sea especulativamente, por encima del horizonte intelectual burgués. […] Quiere remontarse, como hombre de ciencia, por encima de los burgueses y de los propietarios, pero no es más que un pequeñoburgués que oscila constantemente entre el capital y el trabajo, entre la economía política y el comunismo.

Por severo que pueda parecer este juicio, suscribo hoy cada una de sus palabras. Al mismo tiempo, es preciso tener presente que en la época en que yo afirmé y demostré teóricamente que el libro de Proudhon era el código del socialismo del *petit bourgeois*, los economistas y los socialistas excomulgaban a Proudhon por ultraarchirrevolucionario. Esta es la razón de que después jamás haya unido mi voz a la de los que gritaban su «traición» a la revolución. Y no es culpa suya si, mal comprendido en un principio tanto por los demás como por él mismo, no ha justificado las inmerecidas esperanzas.

En comparación con *¿Qué es la propiedad?*, en la *Filosofía de la miseria* todos los defectos del modo de exposición proudhoniano resaltan con particular desventaja. El estilo es a cada paso *ampoulé*, como dicen los franceses. Siempre que le falla la agudeza gala aparece una pomposa jerga especulativa que pretende ser el estilo filosófico alemán. Dan verdadera grima sus alabanzas a sí mismo, su tono chillón de pregonero y, sobre todo, los alardes que hace de una supuesta «ciencia» y toda su cháchara en torno a ella. El sincero calor que anima su primera obra, aquí en determinados pasajes se sustituye de un modo sistemático por el ardor febril de la declamación. A todo esto viene a sumarse ese afán impotente y repulsivo por hacer gala de erudición, afán propio de un autodidacta, cuyo orgullo nato por su pensamiento original e independiente ya está quebrantado, y que en su calidad de *parvenu* de la ciencia se considera obligado a presumir de lo que no es y de lo que no tiene. Y por añadidura, esa mentalidad de pequeñoburgués que le impulsa a atacar de un modo indigno, grosero, torpe,

superficial y hasta injusto a un hombre como Cabet —merecedor de respeto por su actividad práctica en el movimiento del proletariado francés—, mientras extrema su amabilidad por ejemplo con Dunoyer (consejero de Estado, por cierto), a pesar de que toda la relevancia de este Dunoyer se reduce a la cómica seriedad con que en tres gruesos volúmenes, insoportablemente tediosos, predica el rigorismo, caracterizado por Helvétius en los términos siguientes: «On veut que les malheureux soient parfaits» (Se quiere que los desgraciados sean perfectos).

La Revolución de Febrero fue realmente muy inoportuna para Proudhon, pues tan solo unas semanas antes había demostrado de un modo irrefutable que «la era de las revoluciones» había pasado para siempre. Su intervención en la Asamblea Nacional merece todos los elogios, a pesar de haber puesto de manifiesto lo poco que comprendía todo lo que estaba ocurriendo. Después de la insurrección de junio, constituyó un acto de gran valor. Su intervención tuvo, además, resultados positivos: en el discurso que pronunció para oponerse a las proposiciones de Proudhon, y que fue editado más tarde en folleto aparte, el señor Thiers demostró a toda Europa cuán mísero e infantil era el catecismo que servía de pedestal a ese pilar espiritual de la burguesía francesa. Comparado con el señor Thiers, Proudhon adquiría sin duda las dimensiones de un coloso antediluviano.

El descubrimiento del *crédit gratuit* y el *banque du peuple*, basado en él, son las últimas «hazañas» económicas de Proudhon. En mi *Contribución a la crítica de la economía política* se demuestra que la base teórica de sus ideas tiene su origen en el desconocimiento de los principios elementales de la «economía política» burguesa; a saber, la relación entre la mercancía y el dinero, mientras que la superestructura práctica no es más que una simple reproducción de esquemas mucho más viejos y mejor desarrollados. No cabe duda y es de por sí evidente que el crédito, como ocurrió en Inglaterra

a principios del siglo XVIII, y como volvió a ocurrir en ese mismo país a principios del XIX, ha contribuido a que las riquezas pasen de manos de una clase a las de otra, y que, en determinadas condiciones económicas y políticas, puede ser un factor que acelere la emancipación del proletariado. Pero es una fantasía genuinamente filistea considerar que el capital que produce interés es la forma principal del capital y tratar de convertir una aplicación particular del crédito —una supuesta abolición del interés— en la base de la transformación de la sociedad. En efecto, esa fantasía ya había sido minuciosamente desarrollada por los portavoces económicos de la pequeña burguesía inglesa del siglo XVII. La polémica de Proudhon con Bastiat (1850) sobre el capital que produce interés está muy por debajo de la *Filosofía de la miseria*. Proudhon llega al extremo de ser derrotado hasta por Bastiat, y entra en un cómico furor cada vez que el adversario le asesta algún golpe.

Hace unos cuantos años Proudhon escribió para un concurso organizado, si mal no recuerdo, por el Gobierno de Lausana, un trabajo sobre los impuestos. Aquí desaparecen por completo los últimos vestigios del genio y no queda más que el *petit bourgeois tout pur*.[45]

Por lo que respecta a las obras políticas y filosóficas de Proudhon, todas ellas demuestran el mismo carácter doble y contradictorio que sus trabajos sobre economía. Además, su valor es puramente local; se refieren únicamente a Francia. Sin embargo, sus ataques contra la religión, la Iglesia, etcétera, tienen un gran mérito por haber sido escritos en Francia en una época en que los socialistas franceses creían oportuno hacer constar que sus sentimientos religiosos los situaban por encima del volterianismo burgués del siglo XVIII y del ateísmo alemán del siglo XIX. Si Pedro el Grande había derrotado la barbarie rusa recurriendo a la barbarie, Proudhon hizo todo lo que pudo para derrotar con la frase la fraseología francesa.

Su libro sobre el *coup d'État* no debe ser considerado simplemente como una obra mala, sino como una verdadera villanía que, por otra parte, corresponde plenamente a su punto de vista pequeñoburgués. En este libro coquetea con Luis Bonaparte y trata de hacerlo aceptable para los obreros franceses. Otro tanto ocurre con su última obra contra Polonia, en la que, para mayor gloria del zar, demuestra el cinismo propio de un cretino.

Proudhon ha sido frecuentemente comparado con Rousseau. Nada más erróneo. Más bien se parece a Nicolas Linguet, cuyo libro *Teoría de las leyes civiles* es, dicho sea de paso, una obra de talento.

Proudhon tenía una inclinación natural por la dialéctica. Pero como nunca comprendió la verdadera dialéctica científica, no pudo ir más allá de la sofística. En realidad, esto estaba ligado a su punto de vista pequeñoburgués. Al igual que el historiador Raumer, el pequeñoburgués consta de «por una parte» y de «por otra parte». Como tal se nos aparece en sus intereses económicos, y por consiguiente, también en su política y en sus concepciones religiosas, científicas y artísticas. Así se nos aparece tanto en su moral como *in everything*. Es la contradicción personificada. Y si por añadidura es, como Proudhon, una persona de ingenio, pronto aprenderá a hacer juegos de manos con sus propias contradicciones y a convertirlas, según las circunstancias, en paradojas inesperadas, espectaculares, ora escandalosas, ora brillantes. El charlatanismo en la ciencia y la contemporización en la política son compañeros inseparables de semejante punto de vista. A tales individuos no les queda más que un acicate: la vanidad; como a todos los vanidosos, solo les preocupa el éxito momentáneo, la sensación. Y aquí es donde se pierde indefectiblemente ese tacto moral que siempre preservó a un Rousseau, por ejemplo, de todo compromiso, siquiera fuese aparente, con los poderes existentes.

Tal vez la posteridad distinga este reciente período de la historia de Francia diciendo que Luis Bonaparte fue su Napoleón y Proudhon su Rousseau-Voltaire.

Ahora hago recaer sobre usted toda la responsabilidad por haberme impuesto tan pronto después de la muerte de este hombre el papel de juez póstumo.

Sinceramente suyo,

Karl Marx

Carta a J. B. Schweitzer, Londres,
24 de enero de 1865

Sindicatos

Ahora estoy trabajando como una bestia, ya que debo emplear el tiempo en que es posible trabajar, y el ántrax sigue estando presente, aunque ahora solo me perturba localmente y no en el cráneo.

A ratos, como no se puede estar siempre escribiendo, estudio algo de cálculo diferencial. No tengo paciencia para leer otra cosa. Toda otra lectura me conduce siempre de vuelta a mi escritorio.

Esta noche hay una sesión especial de la Internacional. Un viejo y buen compañero, antiguo owenista, Weston (carpintero), ha presentado las dos proposiciones siguientes, que está defendiendo continuamente en la Beehive: 1) que un aumento general del salario no sería de utilidad para los obreros; 2) que por consiguiente, etcétera, los sindicatos tienen un efecto *perjudicial*.

Si estas dos proposiciones, en las que solo él cree en nuestra sociedad, fueran aceptadas, nos pondríamos en ridículo, tanto a causa de los sindicatos de aquí como de la infección huelguística que prevalece ahora en el continente.

En esta ocasión —ya que a esta reunión se admite la asistencia de no miembros— será apoyado por un inglés que ha escrito un folleto al mismo efecto. Se espera, desde luego, que la refutación corra a mi cargo. Por lo tanto, debiera haber elaborado mi réplica para esta noche, pero creí que era más importante trabajar en mi libro, de modo que tendré que depender de la improvisación.

Desde luego que sé de antemano cuáles son los dos puntos principales: 1) que la paga del trabajo determina el valor de las mercancías; 2) que si los capitalistas pagan hoy 5 chelines en lugar de 4, mañana venderán sus mercancías a 5 en lugar de a 4 (pudiéndolo hacer por la creciente demanda).

Por insustancial que esto sea —adhiriéndose a la más superficial apariencia externa—, no es fácil explicar a gente ignorante todos los problemas económicos que aquí entran en juego. No se puede comprimir un curso de economía política en una hora.

Pero lo haremos lo mejor que podamos.

Carta a Engels, Londres, 20 de mayo de 1865

El mérito de mis escritos

En cuanto a mi trabajo, te diré sin ambages la verdad. Todavía falta escribir tres capítulos para completar la parte teórica (los primeros tres libros). Luego queda por escribir todavía el cuarto libro, el histórico-literario, que es la parte relativamente más fácil para mí ya que todos los problemas han sido resueltos en los primeros tres libros y este último es, por consiguiente, más bien una repetición en forma histórica. Pero no puedo ponerme a despachar nada antes de tenerlo todo completo. Cualesquiera sean los defectos que puedan tener, el mérito de mis escritos es que constituyen un conjunto artístico, y esto solo se puede lograr con mi método de no publicarlos mientras no los tenga ante mí como un todo. Esto es imposible con el método de Jacob Grimm, que en general se adapta más a obras que no están construidas dialécticamente.

Carta a Engels, Londres, 31 de julio de 1865

El «maldito» libro

En cuanto a este «maldito» libro, la situación es la siguiente: estaba listo a fines de diciembre. De acuerdo a la disposición actual, la sola discusión de la renta del suelo, el penúltimo capítulo, ocupa casi un libro. Fui al Museo de día y escribí de noche.

Tuve que interiorizar la nueva química agrícola en Alemania, especialmente Liebig y Schönbein, quienes en esta materia son más importantes que todos los economistas juntos, y también la enorme cantidad de material que han producido los franceses desde que me ocupé por última vez de este punto. Terminé mi investigación teórica de la renta del suelo hace dos años. Y es precisamente en este intervalo cuando se han hecho cantidad de cosas, que, por otra parte, confirman por entero mi teoría. La apertura del Japón ha sido importante también (excepto cuando me veo obligado a hacerlo profesionalmente, como regla nunca leo descripciones de viajes). De aquí que el «sistema de desplazamiento» que los puercos de fabricantes ingleses acostumbraban a aplicar a la misma persona en 1848-50 ha sido aplicado por mí a mí mismo.

Aun terminado el manuscrito, gigantesco en su forma actual, no podría ser preparado para la publicación por nadie sino por mí mismo, ni siquiera por ti.

Puntualmente el primero de enero empecé a copiarlo y a pulir el estilo, y la cosa prosiguió muy felizmente ya que gozaba limpiando al niño después de tantos dolores de parto. Pero luego interfirió nuevamente el ántrax, de

manera que hasta ahora no he podido proseguir, sino únicamente completar lo que de acuerdo al plan ya estaba terminado. En cuanto a lo demás concuerdo con tu opinión y le daré el primer volumen a Meissner tan pronto como esté terminado. Pero para terminarlo debo al menos poder sentarme.

Carta a Engels, Londres, 13 de febrero de 1866

Nacionalismos

Ayer se discutió en el consejo de la Internacional sobre la guerra actual.[46] Se había anunciado con anticipación y nuestra habitación se llenó de gente. Los señores italianos enviaron también de nuevo a sus representantes. Los debates se redujeron, como era de esperar, al problema de las «nacionalidades» en general y de nuestra actitud ante él. El viernes próximo continuará la discusión sobre este asunto.

Los franceses, que eran muchísimos, no ocultaron su sincera antipatía hacia los italianos.

Los representantes de la «joven Francia» (no obreros) defendieron el punto de vista de que toda nacionalidad y la propia nación son «prejuicios anticuados». Stirnerismo proudhoniano. Dividir todo en pequeños «grupos» o «comunas» que forman después una «alianza», pero no un Estado. Y mientras se produce esta «individualización» de la humanidad y se desarrolla el correspondiente «mutualismo», la historia deberá detenerse en todos los demás países y el mundo entero habrá de esperar a que los franceses maduren para la revolución social. Entonces harán ante nuestros ojos este experimento y todo el mundo restante, vencido por la fuerza de su ejemplo, hará lo mismo. Eso es precisamente lo que esperaba Fourier de su falansterio ejemplar. En general, los que complican el problema «social» con «supersticiones» del mundo viejo son «reaccionarios».

Los ingleses se rieron mucho cuando empecé mi discurso diciendo que nuestro amigo Lafargue y otros que han abolido las nacionalidades nos

hablaban «en francés», es decir, en un idioma incomprensible para 9/10 de los reunidos. Más adelante insinué que Lafargue, sin darse cuenta de ello, entiende al parecer por negación de las nacionalidades su absorción por la ejemplar nación francesa.

En general, la situación es ahora muy difícil, por cuanto hay que combatir en igual medida la estúpida italofilia inglesa y la equivocada polémica francesa contra ella y, en particular, eludir toda manifestación que pueda arrastrar a nuestra Asociación al camino de la unilateralidad.

Salud.

Tuyo,

K. MARX

Carta a Engels, junio de 1866

Carroña positivista

Las demostraciones obreras en Londres, maravillosas comparadas con todo lo que hemos visto en Inglaterra desde 1849, son puramente obra de la Internacional. El señor Lucraft, por ejemplo, el líder de Trafalgar Square, pertenece a nuestro consejo. Esto muestra la diferencia entre trabajar detrás de las bambalinas, y desaparecer en público, y el estilo de los demócratas, de mostrarse importantes en público y no hacer nada. […]

¿Existe algún otro lugar en que nuestra teoría de que la organización del trabajo está determinada por los medios de producción se confirme más brillantemente que en la industria de la carnicería humana? Valdría realmente la pena que escribieras algo sobre ello (yo no tengo el conocimiento necesario); podría incluirlo, con tu nombre, como apéndice a mi libro. Piénsalo. Pero si ha de hacerse deberá ser para el primer volumen, en que trato este tema *ex professo*. Comprenderás el placer que me darías si tú también aparecieras como colaborador directo en mi obra principal (hasta ahora solo he hecho pequeñas cosas) en lugar de aparecer meramente en las citas.

Ahora también estoy estudiando a Comte, como asunto colateral, debido a que los ingleses y franceses provocan tanto barullo con este tipo. Lo que les gusta es el toque enciclopédico, la síntesis. Pero esto es miserable comparado con Hegel (si bien Comte, como matemático y físico profesional, fue superior a él, digo «superior» en cuestiones de detalle, aun

aquí Hegel es infinitamente superior en conjunto). ¡Y esta carroña positivista apareció en 1832!

Carta a Engels, Londres, 7 de julio de 1866

Sobre las cooperativas

La Asociación Internacional de los Trabajadores se propone unir, llevando a un mismo cauce, los movimientos espontáneos de la clase obrera pero de ninguna manera dictarle o imponerle cualquier sistema doctrinario. Por eso el congreso no debe proclamar uno u otro sistema especial de cooperación, sino que ha de limitarse a la enunciación de algunos principios generales:

a) Nosotros estimamos que el movimiento cooperativo es una de las fuerzas transformadoras de la sociedad presente, basada en el antagonismo de clases. El gran mérito de este movimiento consiste en mostrar que el sistema actual de subordinación del trabajo al capital, sistema despótico que lleva a la pobreza, puede ser sustituido con un sistema republicano y bienhechor de asociación de productores libres e iguales.

b) Pero el movimiento cooperativo, limitado a formas enanas, las únicas que pueden crear con sus propios esfuerzos los esclavos individuales del trabajo asalariado, jamás podrá transformar la sociedad capitalista. A fin de convertir la producción social en un sistema armónico y vasto de trabajo cooperativo, son indispensables cambios sociales generales, cambios de las condiciones generales de la sociedad que solo pueden lograrse mediante el paso de las fuerzas organizadas de la sociedad, es decir, del poder político, de manos de los capitalistas y propietarios de tierras a manos de los productores mismos.

c) Recomendamos a los obreros que se ocupen preferentemente de la producción cooperativa y no del comercio cooperativo. Este último no

afecta más que a la superficie del actual sistema económico, mientras que la primera socava sus cimientos.

d) Recomendamos a todas las sociedades cooperativas que conviertan una parte de sus ingresos comunes en fondo de propaganda de sus principios, tanto con el ejemplo como con la palabra; a saber, contribuyendo al establecimiento de nuevas sociedades cooperativas de producción, a la par que la difusión de su doctrina.

e) A fin de evitar la degeneración de las sociedades cooperativas en simples sociedades burguesas por acciones (*sociétés par actions*), los obreros de cada empresa, independientemente de si están asociados o no, deben cobrar igual parte de los ingresos. Podemos consentir, a título de compromiso puramente temporal, que los asociados cobren además un interés mínimo.

Instrucción sobre diversos problemas
a los delegados del Consejo Central
Provisional de la AIT (1866)

Sociedades obreras

a) Su pasado

El capital es una fuerza social concentrada, mientras el obrero no dispone más que de su fuerza de trabajo. Por consiguiente, el contrato entre el capital y el trabajo jamás puede concertarse sobre bases equitativas, equitativas incluso desde el punto de vista de la sociedad en la que la propiedad sobre los medios materiales de existencia y de trabajo se halla de un lado, y las energías productivas vitales, del lado opuesto. La única fuerza social de los obreros está en su número. Pero la fuerza numérica se reduce a la nada por la desunión. La desunión de los obreros nace y se perpetúa debido a la inevitable competencia entre ellos mismos.

Originariamente, las *trade unions* nacieron de los intentos espontáneos de los obreros por suprimir o, al menos, debilitar esa competencia a fin de conseguir unos términos en sus contratos que los liberasen de la condición de simples esclavos. El objetivo inmediato de las *trade unions* se limitaba, por tanto, a las necesidades cotidianas, a los intentos de detener la incesante ofensiva del capital; en pocas palabras, a cuestiones de salario y de duración del tiempo de trabajo. Semejante actividad de las *trade unions*, además de legítima, es necesaria. Es indispensable mientras exista el actual modo de producción. Es más, esta actividad debe extenderse ampliamente mediante la formación y la unidad de las *trade unions* en todos los países. Por otra parte, sin darse cuenta, las *trade unions* se fueron convirtiendo en centros

de organización de la clase obrera del mismo modo que los municipios y las comunas medievales lo habían sido para la burguesía. Si decimos que las *trade unions* son necesarias para la guerra de guerrillas entre el capital y el trabajo, cabe saber que son todavía más importantes como fuerza organizada para suprimir el propio sistema de trabajo asalariado y el poder del capital.

b) Su presente

Ocupadas con demasiada frecuencia en las luchas locales e inmediatas contra el capital, las *trade unions* no han adquirido aún plena conciencia de su fuerza en la lucha contra el sistema de la esclavitud asalariada. Por eso han estado demasiado al margen del movimiento general social y político. Sin embargo, últimamente por lo visto se ha despertado en ellas la conciencia de su gran misión histórica, como lo prueban, por ejemplo, su participación en el movimiento político de Inglaterra, la más amplia comprensión de su función en los Estados Unidos y la siguiente resolución adoptada en la reciente gran Conferencia de los delegados de las *trade unions* celebrada en Sheffield: «La conferencia, apreciando en su justo valor los esfuerzos de la Asociación Internacional para unir con lazos fraternales a los obreros de todos los países, recomienda encarecidamente a las distintas sociedades representadas aquí que se afilien a dicha Asociación, con el convencimiento de que eso contribuye esencialmente al progreso y la prosperidad de toda la comunidad obrera».

c) Su porvenir

Aparte de sus propósitos originales, deben ahora aprender a actuar deliberadamente como centros organizadores de la clase obrera ante el magno objetivo de su completa emancipación. Deben apoyar a todo movimiento social y político en esta dirección. Considerándose y actuando como los líderes y representantes de toda la clase obrera, tienen el deber de llevar a sus filas a los obreros no asociados (*non-society men*). Deben preocuparse, solícitas, por los obreros de las ramas más miserablemente retribuidas como, digamos, los obreros agrícolas que, vistas las circunstancias excepcionales, se ven privados de toda capacidad de acción. Las *trade unions* deben mostrar a todo el mundo que no luchan por intereses estrechos y egoístas, que su objetivo es la emancipación de los millones de oprimidos.

Instrucción sobre diversos problemas
a los delegados del Consejo Central
Provisional de la AIT (1866)

Impuestos

a) No hay modificación de la forma de gravámenes impositivos que produzca cambios importantes en las relaciones entre el trabajo y el capital.

b) No obstante, de tener que elegir entre los dos sistemas de gravámenes impositivos, recomendamos la total abolición de los impuestos indirectos y su sustitución completa por los directos;

porque los impuestos indirectos hacen subir los precios de las mercancías, ya que los comerciantes añaden a dichos precios tanto el importe de los impuestos indirectos como el interés y la ganancia sobre el capital desembolsado para pagarlos;

porque los impuestos indirectos ocultan ante cada individuo lo que este paga al Estado, mientras que el directo no se encubre con nada, se cobra abiertamente y no puede engañar siquiera al menos listo. Por consiguiente, los impuestos directos impulsan a cada uno a controlar al Gobierno, mientras que los indirectos destruyen toda tendencia a la autogestión (*self-government*).

Instrucción sobre diversos problemas a los delegados del Consejo Central Provisional de la AIT (1866)

Ejércitos

Proponemos el armamento general del pueblo y su instrucción general en el uso de las armas.

Instrucción sobre diversos problemas
a los delegados del Consejo Central
Provisional de la AIT (1866)

Deudas y trabajos

Mi querido amigo:

Tiene sobradas razones para estar enojado conmigo, por mi largo silencio pese a sus muchas cartas amistosas.

Pero tiene que perdonarme por las condiciones extraordinarias en que me encuentro. A causa de mi larga enfermedad, mi situación económica ha alcanzado un punto crucial. He acumulado una serie de deudas que me tupen la cabeza y me vuelven incapaz de hacer cualquier otra cosa que no sea el trabajo absorbente. Si no logro conseguir un préstamo de por lo menos 1.000 táleros, digamos al 5 por ciento, no veo realmente cómo salir del paso. Y pese a todos los mensajes de aprecio que recibo de Alemania, no sé a quién dirigirme. Puedo aceptar ayuda únicamente de amigos, pero no puedo en forma alguna recurrir a un préstamo público. En estas condiciones, como comprenderá, es difícil escribir cartas.

Todavía no he logrado restablecer mis relaciones lucrativas con América. Tienen tanto que hacer allá con su propio movimiento que consideran cualquier gasto para una corresponsalía de Europa como *faux-frais de production*.[47] Podría resolverlo emigrando, pero considero mi deber quedarme en Europa y terminar la obra a la que he dedicado tantos años.

En cuanto a esta última, no creo que pueda llevar a Hamburgo el manuscrito del primer tomo (ahora serán tres). Puedo trabajar productivamente solo unas pocas horas diarias sin resentirme físicamente, y por consideración hacia mi familia tengo que decidirme, aunque a

regañadientes, a respetar los límites que la higiene prescribe hasta que me haya restablecido completamente. Hay además circunstancias externas desfavorables que me interrumpen a menudo.

Aunque le estoy dedicando mucho tiempo a las gestiones para preparar el congreso de Ginebra, no puedo ni quiero participar en él, porque me es imposible interrumpir mi labor por un lapso tan largo.

Con este trabajo, considero que estoy haciendo para la clase obrera algo mucho más importante que todo lo que podría hacer personalmente en *quelconque* congreso.

En mi opinión, la situación internacional en Europa es absolutamente provisional. Para Alemania en particular, hay que tomar las cosas como son, es decir, hay que hacer valer los intereses revolucionarios de una forma que corresponda a la situación cambiante. En cuanto a Prusia, es más importante que nunca vigilar y denunciar sus relaciones con Rusia.

Suyo,

K. MARX

Carta a Kugelmann, Londres,
23 de agosto de 1866

Entre bastidores

1 Modena Villas, Maitland Park,
Haverstock Hill, Londres

Querido amigo:

Espero no tener que deducir de su largo silencio que mi última carta le haya causado, en alguna forma, desagrado. Todo lo contrario. Cualquier hombre que se encuentre en una situación desesperada siente por momentos la necesidad de desahogarse, pero solo lo hace con personas en las que tiene una confianza particular, totalmente excepcional. Le puedo asegurar que mis problemas económicos me causan tal tormento porque, más que las razones personales o de familia, entorpecen la conclusión de mi trabajo. Podría poner fin a esta situación mañana mismo si solo quisiera dedicarme a una ocupación práctica en lugar de trabajar para la causa. También espero que no se sienta usted apenado por no poder resolver usted mismo mis problemas. Tal sentimiento carecería de todo fundamento.

Veamos ahora algunos asuntos generales.

Yo tenía mucha aprensión con respecto al primer congreso de Ginebra, pero en realidad se ha desarrollado mejor de lo que pensaba. En Francia, Inglaterra y América ha tenido efectos inesperados. Yo no pude ni quise participar en él, pero redacté el programa de los delegados de Londres. Lo limité intencionalmente a aquellos puntos que permitieran una comprensión y una acción conjunta inmediata de los trabajadores que dieran aliento y

acicate a la necesidad de la lucha de clases y a la organización de los trabajadores como clase.

Los señores parisienses tenían la cabeza llena de las frases más vacuas de Proudhon. Hablan constantemente de ciencia y no saben nada; desdeñan cualquier acción revolucionaria, *id est*, que brote de la propia lucha de clases, cualquier movimiento social general, o sea, realizable también por medios políticos (como por ejemplo, la reducción de la jornada laboral mediante una ley); con el pretexto de la libertad, el antigubernamentalismo o el individualismo antiautoritario, estos señores que desde hace dieciséis años han soportado y soportan con tanta tranquilidad el despotismo más miserable, predican en realidad el sistema burgués corriente, conformándose con idealizarlo a lo Proudhon. Proudhon ha hecho un daño enorme. Su seudocrítica y la seudooposición a los utopistas (él mismo no es otra cosa sino un utopista pequeñoburgués, mientras que en las utopías de un Fourier, de un Owen y otros, se siente el presentimiento y la expresión fantástica de un mundo nuevo) conquistaron primero, y sedujeron después, a la *jeunesse brillante*, a los estudiantes, y luego a los obreros, sobre todo a los de París, quienes, como trabajadores aristócratas, forman parte «totalmente», sin saberlo, de la vieja porquería burguesa. Ignorantes, vanidosos, palabreros, pretenciosos, imbuidos de retórica, estuvieron a punto de echarlo todo a perder, porque habían acudido al congreso en un número que no tenía proporción alguna con el de sus afiliados. En el *report* les daré un tirón de orejas.

El congreso obrero americano de Baltimore, que se celebraba en la misma época, me ha procurado una gran satisfacción; allí la consigna era la organización de la lucha contra el capital y, lo que es más importante, la mayoría de la reivindicaciones que yo había formulado para Ginebra se plantearon allí también, gracias al certero instinto de los trabajadores.

El movimiento de reforma, al que nuestro Consejo General (*quorum magna pars fui*)[48] ha dado vida, ha alcanzado ahora dimensiones enormes e irresistibles. Yo me había mantenido siempre entre bastidores y ya no me ocupo del asunto, puesto que marcha solo.

Suyo,

K. MARX

À propos. El *Workman* es un periódico pequeñoburgués que nada tiene que ver con nosotros. El *Commonwealth* pertenece a los nuestros, pero (por razones en parte económicas y en parte políticas) se ha convertido en un portavoz puramente reformista.

Hace poco leí, del doctor T. Moilin, *Leçons de Médecine Physiologique*, que salió en 1865 en París. Contiene muchos disparates y demasiada «construcción». Pero también muchas críticas de la terapéutica tradicional. Me gustaría que usted leyera esa obra y me comunicara su opinión en detalle. Le recomiendo también a Trémaux, *De l'origine de tous les ètres* etcétera. Aunque está escrito en un estilo descuidado, lleno de patrañas geológicas, y su crítica de la literatura anterior presenta muchas lagunas —*with all that and all that*—, constituye un progreso con respecto a Darwin.

Carta a Kugelmann, octubre de 1866

PLANES SOBRE *EL CAPITAL*

Querido amigo:

Como quiero contestarle de inmediato a la carta que me ha llegado justamente poco antes de que cierren el correo (mañana es domingo y no habrá salidas), quiero darle en pocas palabras la quintaesencia de mi *intercepted letter*. (Este secuestro de cartas no es nada agradable, puesto que no tengo la menor intención de confiarle al señor Bismarck mis asuntos privados. En cambio, si lo que desea conocer es mi opinión sobre «su» política, lo único que debe hacer es dirigirse a mí directamente: no me andaré con rodeos.)

Mi situación económica ha empeorado hasta tal punto a causa de mi larga enfermedad y los muchos gastos que me ha ocasionado que, en un futuro muy próximo, me encontraré ante una crisis económica que, además de sus consecuencias directas para mí y mi familia, me arruinará también desde el punto de vista político, sobre todo aquí, en Londres, donde hay que guardar las apariencias. Lo que quisiera saber es si usted conoce a alguien, o a algunas pocas personas (ya que la cosa no debe hacerse pública, bajo ningún concepto), que pudiera adelantarme cerca de 1.000 táleros al 5 por ciento o el 6 por ciento de interés a dos años aproximadamente. Yo pago del 20 al 50 por ciento de rédito actualmente para pequeñas sumas que tomo prestadas, pero no puedo seguir más tiempo escabulléndome de mis acreedores, y todo se me va a caer encima uno de estos días.

Desde mi penúltima carta he sufrido recaídas continuas, de modo que no he podido continuar mis estudios teóricos sino de forma intermitente. (El trabajo práctico para la Asociación Internacional sigue su marcha y es considerable, ya que de hecho tengo a mi cargo la dirección de toda la Asociación.) El mes que viene le enviaré a Meissner los primeros pliegos y seguiré haciéndolo hasta que pueda llevar yo mismo el resto a Hamburgo. En esa oportunidad iré a verle a usted de todos modos.

Las circunstancias en que me debato (vicisitudes físicas y familiares incesantes) hacen necesario publicar primero el primer tomo en lugar de los dos juntos como había proyectado inicialmente. Además, la obra se extenderá probablemente a tres tomos.

La obra completa se descompone ahora en las siguientes partes:

Libro I. Proceso de producción del capital.

Libro II. Proceso de circulación del capital.

Libro III. Formas del proceso en su totalidad.

Libro IV. Contribución a la historia de la teoría.

El primer tomo abarca los dos primeros libros.

El tercer libro llenará, creo, el segundo tomo; y el cuarto, el tercer tomo.

He considerado necesario recomenzar *ab novo* el primer libro, es decir, resumir en un solo capítulo, sobre la mercancía y el dinero, mi primer trabajo publicado por Duncker. Me pareció necesario hacerlo así no solamente para que fuera más completo, sino porque incluso personas competentes no entendían el asunto con exactitud; debía de haber, pues, algo defectuoso en mi primera exposición, sobre todo en el análisis de la mercancía. Lassalle, por ejemplo, en su *Capital y trabajo*, en el cual expone, según dice, la «quintaesencia» intelectual de mi procedimiento (comete muchos disparates, cosa que por lo demás le sucede constantemente por la frescura con que se apodera de mis trabajos. Resulta

cómico ver como copia hasta «faltas» relacionadas con la documentación histórica, porque a veces yo cito a algún autor de memoria, sin verificar. Por el momento todavía no he decidido si dejaré caer en el prefacio alguna alusión a esta manía de Lassalle de plagiar. La actitud imprudente de su camarilla, de todos modos, lo justificaría).

En el London Council de las *English trade-unions* (cuyo secretario es nuestro presidente Ogden) se discute en este momento para decidir si este declara constituir la British Section of the International Association. Si lo hace, el Gobierno de la clase obrera pasará, aquí, en *a certain sense* a nuestras manos y podremos *push on* fuertemente al movimiento. Saludos.

Suyo,

K. MARX

Carta a Kugelmann, octubre de 1866

SALUD, FELICIDAD, FAMILIA

¿Que por qué nunca le contesté? Porque estuve rondando constantemente el borde de la tumba. Por eso tenía que emplear todo momento en que era capaz de trabajar para poder terminar el trabajo al que dedicado toda mi salud, mi felicidad en la vida y mi familia. Espero que esta explicación no requiera más detalles. Me río de los llamados hombres «prácticos» y toda su sabiduría. Si uno resolviera ser un buen buey podría desde luego dar la espalda a las agonías de la humanidad y mirar por su propio pellejo. Pero yo me habría considerado realmente inútil si no hubiese terminado por completo mi libro, por lo menos en borrador.

El primer volumen de la obra será publicado dentro de pocas semanas por Otto Meissner en Hamburgo. El título es: *El capital. Crítica de la economía política*. He venido a Alemania a traer el manuscrito, y en mi viaje de vuelta a Londres me quedo en Hanover por unos pocos días en casa de un amigo.

El volumen I abarca el «proceso de la producción capitalista». Además del desarrollo científico general, describo en gran detalle, basándome en fuentes oficiales que hasta ahora no habían sido consultadas, la condición del proletariado agrícola e industrial de Inglaterra durante los últimos veinte años, *idem* las condiciones irlandesas. Comprenderá de antemano que todo esto solo sirve de *argumentum ad hominem*. Espero que dentro de un año se habrá publicado toda la obra. El volumen II da continuación y conclusión a

las teorías. El volumen III, la historia de la economía política a partir de mediados del siglo XVII.

Carta a Meyer, Hannover, 30 de abril de 1867

DIALÉCTICA Y NATURALEZA

A propósito de Hofmann, tienes toda la razón. Ya verás, además, como al final de mi capítulo III, donde se esboza la metamorfosis del maestro artesano en capitalista a consecuencia de cambios simplemente cuantitativos, menciono en el texto el descubrimiento de Hegel sobre la ley de la brusca conmutación del cambio únicamente cuantitativo en cambio cualitativo como ley verificada inmediatamente en la historia y en las ciencias de la naturaleza.

Carta a Engels, 22 junio de 1867

Lo mejor de mi libro

Los mejores puntos de mi libro son: 1) *El doble carácter del trabajo*, según que sea expresado en valor de uso o en valor de cambio (toda la comprensión de los hechos depende de esto, se subraya de inmediato en el primer capítulo); 2) El tratamiento de la *plusvalía independientemente* de sus formas particulares, beneficio, interés, renta del suelo, etcétera. Esto aparecerá especialmente en el segundo volumen. El tratamiento de las formas particulares por la economía clásica, que siempre las mezcla con la forma general, es un buen revoltijo.

Carta a Engels, Londres, 24 de agosto de 1867

IV

EL CAPITAL Y ALREDEDORES

Para los pobres la nueva adoración de las mercancías y el espectáculo de su exhibición funcionaron como la religión, como un opio para el pueblo.

WALTER BENJAMIN

Dedicatoria

Dedicado a mi inolvidable amigo, valiente, fiel, noble luchador adelantado del proletariado, Wilhelm Wolff, nacido en Ternau el 21 de junio de 1809; muerto en el exilio de Manchester el 9 de mayo de 1864.

El capital, Libro I (1867)

Aprender algo nuevo

La obra cuyo primer tomo entrego hoy al público constituye la continuación de mi escrito *Contribución a la crítica de la economía política*, publicado en 1859. La larga pausa entre el comienzo y la continuación se debe a una enfermedad de muchos años que ha interrumpido repetidamente mi trabajo.

El contenido de aquel escrito anterior se resume en el primer capítulo de este tomo. Se ha hecho así no solo por cohesionar y completar el conjunto: también se ha mejorado la exposición. En la medida en que lo permitía el estado de la cuestión, muchos puntos antes solo aludidos se han desarrollado aquí, mientras que, a la inversa, cosas allí detalladamente desarrolladas son aquí solo aludidas. Como es natural, se prescinde ahora totalmente de las secciones sobre la historia de la teoría del valor y del dinero. Pero el lector del anterior escrito encontrará en las notas al primer capítulo nuevas fuentes de la historia de aquella teoría.

Para toda ciencia vale que lo difícil es empezar. Por eso la dificultad mayor será la comprensión del primer capítulo, particularmente de la sección que contiene el análisis de la mercancía. Por lo que hace, más detalladamente, al análisis de la sustancia y la magnitud del valor, lo he popularizado todo lo posible. La forma valor, cuya figura consumada es la forma dinero, tiene muy poco contenido y es sencilla. A pesar de ello, el espíritu humano ha intentado en vano desde hace más de 2.000 años escrutarla en su profundidad, mientras que, en cambio, se lograba al menos aproximadamente el análisis de otras formas más llenas de contenido y más

complicadas. ¿Por qué? Porque el cuerpo ya formado es más fácil de estudiar que las células del cuerpo. Además, ni el microscopio ni los reactivos químicos pueden prestar ayuda en el análisis de las formas económicas. La fuerza de abstracción tiene que sustituir a ambos. Pero para la sociedad burguesa, la forma económica celular es la forma mercancía del producto del trabajo, o forma valor de la mercancía. El análisis de esta le parece a la persona no instruida un dar vueltas por meras sutilezas. Y sin duda se trata de sutilezas, pero solo porque también se trata de ellas en la anatomía microscópica.

Así pues, con excepción de la sección sobre la forma valor, no se podrá acusar a este libro de ser difícil de comprender. Presupongo, naturalmente, lectores que quieran aprender algo nuevo y, por lo tanto, pensar también por ellos mismos.

El físico observa los procesos de la naturaleza allí donde aparecen en la forma más pregnante y menos enturbiados por influencias perturbadoras, o bien, cuando es posible, realiza experimentos en condiciones que aseguran el decurso puro del proceso. Lo que tengo que investigar en esta obra es el modo de producción capitalista y las relaciones de producción y de tráfico que le corresponde. Su lugar clásico es hasta ahora Inglaterra. Esa es la razón por la cual Inglaterra sirve de ilustrador principal de mi desarrollo teórico.

[…]

Una palabra para evitar posibles equívocos. No coloco precisamente bajo una luz rosa las figuras del capitalista y el terrateniente. Pero aquí solo se trata de personas en la medida en que son personificación de categorías económicas, portadores de determinadas relaciones e intereses de clase. Mi punto de vista, que concibe el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso histórico-natural, es el que menos puede hacer al

individuo responsable de relaciones y situaciones de las que socialmente es criatura por mucho que pueda elevarse sobre ellas subjetivamente.

En el terreno de la economía política, la libre investigación científica no tropieza solo con el mismo enemigo que se encuentra en todos los demás campos. La peculiar naturaleza de la materia que trata convoca en su contra las pasiones más violentas, mezquinas y odiosas que sufre el pecho humano, las furias del interés privado. La Alta Iglesia anglicana, por ejemplo, perdona antes el ataque a 38 de sus 39 artículos de fe que el ataque a 1/39 de sus ingresos en dinero. Hoy en día el mismo ateísmo es una culpa *levis* comparado con la crítica de las relaciones de producción tradicionales. Pero a pesar de ellos, hay en este punto un progreso inequívoco. Me remito, por ejemplo, al Libro Azul publicado estas últimas semanas, *Correspondece with Her Majesty's Missions Abroad*, *regarding Industrial Questions and Trade Unions*. Los representantes de la Corona británica en el extranjero dicen con secas palabras que en Alemania, en Francia, en suma, en todos los Estados cultos del continente europeo, es tan perceptible y tan inevitable como en Inglaterra una transformación de las relaciones y condiciones existentes del capital y el trabajo. Al mismo tiempo y al otro lado del océano Atlántico, el señor Wade, vicepresidente de los Estados Unidos de Norteamérica, declaraba en *meetings* públicos: tras la eliminación de la esclavitud, se pone a la orden del día la transformación de las relaciones de capital y propiedad de la tierra. Son signos de los tiempos que no se pueden esconder ni tras mantos de púrpura ni tras hábitos negros. No significan que mañana vayan a ocurrir milagros. Muestran cómo en las mismas clases dominantes asoma el barrunto de que la presente sociedad no es ningún cristal rígido, sino un organismo capaz de transformación y constantemente capturado en el proceso de transformarse.

El segundo tomo de este escrito tratará del proceso de circulación del capital (Libro II) y las configuraciones del proceso conjunto (Libro III); el tomo tercero y último (Libro IV), la historia de la teoría.

Todo juicio de crítica científica me es bienvenido. Frente a los prejuicios de la llamada opinión pública, a la que nunca he hecho concesiones, sigue para mí vigente, como siempre, la sentencia del gran florentino: «Segui il tuo corso, e lascia dir le genti!».[49]

Londres, 25 de julio de 1867

KARL MARX

El capital, Libro I, prólogo a la primera edición (1867)

FORMA ELEMENTAL DE LA RIQUEZA

La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista aparece como una «gigantesca acumulación de mercancías», y la mercancía, como la forma elemental de esa riqueza. Por eso nuestro estudio empieza con el análisis de la mercancía.

La mercancía es, por de pronto, un objeto exterior, una cosa que, por sus propiedades, satisface necesidades humanas de alguna clase. La naturaleza de estas necesidades —el que procedan, por ejemplo, del estómago o de la fantasía— no hace a la cosa. Tampoco se trata aquí de cómo satisface la cosa la necesidad humana, si inmediatamente como medio de subsistencia, esto es, como objeto de goce, o mediante un rodeo, como medio de producción.

Toda cosa útil, como el hierro, el papel, etcétera, se tiene que considerar desde dos puntos de vista, según la cualidad y según la cantidad. Cada una de esas cosas es un conjunto de muchas propiedades y por eso puede ser útil en varios aspectos. Descubrir estos diferentes aspectos y, por consiguiente, los múltiples modos de usar las cosas es una hazaña histórica. Así también lo es el hallazgo de medidas sociales para la cantidad de cosas útiles. La diversidad de medidas de las mercancías se debe en parte a la diferente naturaleza de los objetos que hay que medir, y en parte, a la convención.

La utilidad de una cosa la convierte en valor de uso. Pero esa utilidad no es nada que flote en el aire. Condicionada por las propiedades del cuerpo de la mercancía, no existe sin ellas. Por lo tanto, el cuerpo mismo de la

mercancía, como hierro, trigo, diamante, etcétera, es un valor de uso, un bien. Ese carácter suyo no depende de que la apropiación de sus propiedades útiles le cueste al hombre mucho o poco trabajo. Al considerar los valores de uso, se presupone siempre su determinación cuantitativa, como por ejemplo, docenas de relojes, codos de lienzo, toneladas de hierro, etcétera. Los valores de uso de las mercancías suministran el material de una disciplina especial, la merceología. El valor de uso no se realiza más que en el uso o el consumo. Son valores de uso los que constituyen el contenido material de la riqueza, cualquiera que sea la forma social de esta. En la forma de sociedad que hemos de considerar, constituyen al mismo tiempo los portadores materiales del valor de cambio.

El valor de cambio aparece, en primer lugar, como la razón cuantitativa, la proporción en la cual se cambian valores de uso de una clase por valores de uso de otra clase, relación que cambia constantemente con el tiempo y el lugar. Por eso el valor de cambio parece cosa del azar y puramente relativa, y un valor de cambio interior a la mercancía, inmanente (*valeur intrinsèque*) se presenta como una *contradictio in adjecto*. Contemplemos el asunto más de cerca.

Cierta mercancía, por ejemplo, un *quarter* de trigo, se cambia por x betún para las botas, o por y de seda o por z de oro, etcétera, en suma, por todas las demás mercancías en las más diversas proporciones. Así pues, el trigo tiene múltiples valores de cambio en vez de uno solo. Pero como x de betún, igual que y de seda y que z de oro, etcétera, son el valor de cambio de un *quarter* de trigo, x de betún, y de seda, z de oro, etcétera, tienen que ser valores de cambio sustituibles unos por otros, valores de cambio de la misma magnitud. De eso se deduce, primero: los vigentes valores de cambio de una misma mercancía expresan una misma cantidad. Y segundo:

el valor de cambio no puede ser, por principio, más que el modo de expresión, la «forma de aparición» de un contenido distinguible de él.

Tomemos luego dos mercancías, por ejemplo, trigo y hierro. Su relación de cambio, cualquiera que sea, es siempre representable en una ecuación en la cual se iguala un determinado *quantum* de trigo con un cierto *quantum* de hierro, por ejemplo, 1 *quarter* de trigo = *a* quintales de hierro. ¿Qué dice esa ecuación? Que un algo común de la misma magnitud existe en dos cosas diferentes, en 1 *quarter* de trigo y también en *a* quintales de hierro. Así pues, ambos son iguales a una tercera cosa que por sí misma no es ni lo uno ni lo otro. Cada uno de los dos primeros, en la medida en que es valor de cambio, tiene pues que ser reducible a esa tercera cosa.

Un simple ejemplo geométrico lo ilustra. Para determinar y comparar el área de todas las figuras de lados rectos se las descompone en triángulos. El triángulo mismo se reduce a una expresión totalmente distinta de su figura visible: el semiproducto de su base por su altura. Así precisamente hay que reducir los valores de cambio de las mercancías a un algo común del que representan un más o un menos.

Ese algo común no puede ser una propiedad geométrica, física, química, ni ninguna otra propiedad natural de las mercancías. Sus propiedades naturales no entran en consideración más que en la medida en que las hacen utilizables, esto es, valores de uso. Pero por otra parte, lo que evidentemente caracteriza la relación de intercambio entre las mercancías es precisamente la abstracción de sus valores de uso. Dentro de esa relación un valor de uso vale tanto como cualquier otro, ni más ni menos, con solo que exista en la proporción correspondiente. O como dice el viejo Barbon: «Una especie de mercancías es tan buena como cualquier otra si su valor de cambio es de la misma magnitud. En esto no existe ninguna diferencia ni se distingue entre cosas de valor de cambio igual».

En cuanto valores de uso, las mercancías son, ante todo, de cualidades diferentes; en cuanto valores de cambio, no pueden diferir más que en cantidad, por lo que no contienen ni un átomo de valor de uso. Si se prescinde, empero, del valor de uso de los cuerpos de las mercancías, no les queda más que una propiedad: la de ser productos del trabajo. Aunque también el producto del trabajo se ha transformado mientras lo teníamos en la mano. Cuando nos abstraemos de su valor de uso, hacemos también abstracción de los elementos y las formas corpóreas que lo convertían en valor de uso. Ya ha dejado de ser mesa, o casa, o hilado o cualquier otra cosa útil. Se han disuelto todas sus características constitutivas sensibles. Tampoco es ya producto del trabajo del carpintero, o del albañil, o del hilandero, ni de ningún otro trabajo productivo determinado. Con el carácter útil de los productos del trabajo desaparece el carácter útil de los trabajos representados en ellos; también desaparecen pues, las diferentes formas concretas de esos trabajos, que dejan de diferenciarse y se reducen todos juntos a trabajo humano igual, a trabajo humano abstracto.

Consideremos el residuo de los productos del trabajo. No ha quedado de ellos más que esa fantasmal objetualidad, mera gelatina de trabajo humano indiferenciado, esto es, de gasto de fuerza de trabajo humano sin considerar la forma en que se gasta. Lo único que representan ya esas cosas es que en su producción se ha gastado fuerza de trabajo humano, se ha acumulado trabajo humano. Como cristales de esa sustancia social que les es común, son valores, valores de mercancías.

El valor de cambio de las mercancías mismas se nos mostró en su relación de intercambio como algo del todo independiente de sus valores de uso. Si realmente se hace abstracción del valor de uso de los productos del trabajo, se obtiene su valor tal como este acaba de ser determinado. Así pues, lo común que se presenta en la relación de intercambio o valor de

cambio de las mercancías es su valor. La marcha de la investigación nos reconducirá al valor de cambio como modo necesario de expresión o forma necesaria de manifestación del valor, el cual, sin embargo, se tiene que estudiar primero independientemente de esa forma.

El valor de uso: un bien no tiene valor sino porque en él se objetiva o materializa trabajo humano abstracto. ¿Cómo medir la magnitud de su valor? Mediante el *quantum* de «sustancia formadora de valor», el *quantum* de trabajo contenido en él. Por su parte, la cantidad de trabajo se mide por su duración temporal, y el tiempo de trabajo tiene a su vez su criterio de medida en determinadas partes del tiempo, como la hora, el día, etcétera.

Podría parecer que, si el valor de una mercancía se determina por el *quantum* de trabajo gastado durante su producción, entonces cuanto más perezoso o inhábil sea un hombre tanto más valiosa será su mercancía, porque tanto más tiempo necesita para su elaboración. Pero el trabajo que constituye la sustancia de los valores es trabajo humano igual, gasto de una misma fuerza de trabajo humano. Toda la fuerza de trabajo de la sociedad representada en los valores del mundo de las mercancías figura aquí como una sola fuerza de trabajo humano, aunque consta de innumerables fuerzas de trabajo individuales. Cada una de las fuerzas de trabajo individuales es la misma fuerza de trabajo humano que las demás en la medida en que posee el carácter de fuerza de trabajo media social y obra como tal fuerza de trabajo media social, esto es, no necesita para la producción de una mercancía más que el tiempo de trabajo necesario por término medio, o socialmente necesario. Tiempo de trabajo socialmente necesario es tiempo de trabajo exigido para representar cualquier valor de uso en las condiciones sociales normales dadas de la producción y con el grado medio social de habilidad e intensidad del trabajo. Por ejemplo, tras la introducción del telar de vapor en Inglaterra bastó tal vez la mitad del

trabajo que antes para transformar un *quantum* dado de hilado en tejido. En realidad, el tejedor a mano inglés necesitaba para esa transformación el mismo tiempo de trabajo que antes, pero el producto de su hora de trabajo individual no representaba ahora más que media hora social de trabajo y, por tanto, bajaba a la mitad de su valor anterior.

Así pues, lo que determina la magnitud de valor de un valor de uso es solo el *quantum* de trabajo socialmente necesario o tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. La mercancía individual no cuenta aquí más que como ejemplar medio de su especie. Por lo tanto, mercancías que contienen los mismos *quanta* de trabajo o que se pueden producir en el mismo tiempo de trabajo tienen la misma magnitud de valor. El valor de la mercancía es al valor de cualquier otra mercancía lo que el tiempo de trabajo necesario para la producción de la una es al tiempo de trabajo necesario para la producción de la otra. «En cuanto valores, todas las mercancías son, simplemente, determinadas cantidades de tiempo de trabajo cuajado.»

Por ello la magnitud de valor de una mercancía sería constante si fuera constante el tiempo de trabajo requerido para su producción. Pero este varía con cada cambio de la productividad del trabajo. La fuerza productiva del trabajo está determinada por múltiples circunstancias, entre otras el grado medio de habilidad de los trabajadores, el estadio de evolución de la ciencia y de su aplicabilidad tecnológica, la combinación social del proceso de producción, el alcance y la eficacia de los medios de producción, y también por condiciones naturales. Por ejemplo, un mismo *quantum* de trabajo se representa con condiciones climáticas favorables en 8 *bushels* de trigo, y en circunstancias desfavorables solo en 4. Un mismo *quantum* de trabajo arroja más metal en minas ricas que en minas pobres, etcétera. Los diamantes existen escasamente en la corteza terrestre, y por eso hallarlos cuesta, por

término medio, mucho tiempo de trabajo. En consecuencia, los diamantes representan mucho tiempo de trabajo en poco volumen. […]

Una cosa puede ser un valor de uso sin ser un valor. Así ocurre cuando su utilidad para el hombre no está medida por el trabajo. Por ejemplo, el aire, la tierra virgen, los prados y los bosques naturales, etcétera. Una cosa puede ser útil y producto de trabajo humano sin ser mercancía. El que satisface su propia necesidad mediante su producto crea sin duda valor de uso, pero no de mercancía. Para producir mercancía no basta con que produzca valor de uso, sino que tiene que producir valor de uso para otros, valor de uso social. Y no solo para otros sin más. El campesino medieval producía para el señor feudal el trigo de su prestación obligada y para el cura el trigo del diezmo. Pero ni uno ni otro se convertían en mercancías por el mero hecho de ser producidos para otros. Para convertirse en mercancía el producto tiene que ser transferido mediante intercambio al otro, que lo utiliza como valor de uso. Por último, ninguna cosa puede ser valor sin ser objeto de uso. Si es inútil, entonces también es inútil el trabajo contenido en ella; este no cuenta como trabajo y, por lo tanto, no constituye valor alguno.

El capital, Libro I, capítulo primero (1867)

El trabajo y la riqueza

En una sociedad cuyos productos toman de un modo general la forma de mercancía, esto es, en una sociedad de productores de mercancías, esa diferencia cualitativa entre los trabajos útiles realizados independientemente los unos de los otros, como negocios privados de productores autónomos, se desarrolla hasta convertirse en un sistema de muchos miembros, en una división social del trabajo.

Por lo demás, a la levita le da lo mismo que la vista el sastre o el cliente del sastre. En ambos casos obra como valor de uso. Tampoco se altera la relación misma entre la levita y el trabajo que la produce por el mero hecho de que la sastrería se convierta en una profesión especial, en un miembro propio de la división social del trabajo. Siempre que se lo impuso la necesidad de vestido, el hombre ha hecho ropas durante milenios antes de que de un hombre naciera un sastre. Pero la existencia de levitas, de tela de lino, de todo el elemento de la riqueza material no presente por naturaleza tuvo siempre que ser mediada por una actividad productiva y finalística especial, la cual asimila determinadas materias naturales para la satisfacción de determinadas necesidades humanas. Por eso el trabajo, en cuanto constituye valores de uso, en cuanto trabajo útil, es una condición de existencia del hombre, independiente de todas las formas sociales, una necesidad natural para mediar el metabolismo entre el hombre y la naturaleza, o sea, la vida humana.

[…] La sastrería y el trabajo textil son elementos constitutivos de los valores de uso levita y lino precisamente por sus diferentes cualidades; pero solo son sustancia del valor levita y del valor lino en cuanto se hace abstracción de su particular cualidad y no poseen ambos más que una misma cualidad, la cualidad de trabajo humano.

Pero la levita y el lino no son solo valores en general, sino valores de determinada magnitud, y de acuerdo con nuestro supuesto, la levita vale el doble que 10 codos de lino. ¿De dónde procede esa diferencia entre magnitudes de valor? De que el lino no contiene más que la mitad de trabajo que la levita, de modo que para la producción de esta última la fuerza de trabajo se tiene que gastar durante un tiempo doble que el consumido para la producción del primero.

Mientras que respecto del valor de uso el trabajo contenido en la mercancía importa solo cualitativamente, respecto de la magnitud de valor cuenta solo cuantitativamente, una vez reducido a trabajo humano sin ulterior cualidad. En el primer caso se trata del Cómo y el Qué del trabajo, en el segundo solo de su Cuánto, de su duración temporal. Como la magnitud de valor de una mercancía representa solo el *quantum* del trabajo contenido en ella, las mercancías, tomadas en cierta proporción, tienen que ser siempre valores de igual magnitud.

Si se mantiene inalterada la fuerza productiva, digamos, por ejemplo, todos los trabajos útiles requeridos para la producción de una levita, la magnitud de valor de las levitas aumenta con su propia cantidad. Si una levita representa x jornadas de trabajo, 2 levitas representan $2x$ jornadas de trabajo, etcétera. Pero supóngase que el trabajo necesario para la producción de una levita aumenta hasta el doble o disminuye a la mitad. En el primer caso, una levita tiene el mismo valor que dos levitas antes; en el segundo caso, dos levitas tienen el mismo valor que una levita antes,

aunque en ambos casos una levita presta los mismos servicios antes que después y el trabajo útil contenido en ella sigue siendo de la misma calidad antes que después. Lo que ha cambiado es el *quantum* de trabajo gastado en su producción.

Un *quantum* mayor de valor de uso constituye en sí mismo una riqueza material mayor, y dos levitas más que una. Con dos levitas es posible vestir a dos hombres, mientras que con una solo se puede vestir a uno, etcétera. Pese a ello, puede corresponder al aumento de la masa de la riqueza material una disminución simultánea de su magnitud de valor. Este movimiento contrapuesto nace del carácter dúplice del trabajo. Como es natural, fuerza productiva es siempre fuerza productiva de trabajo útil, concreto, y no determina de hecho más que el grado de eficacia de una actividad productiva finalística en un tiempo dado. Por eso el trabajo útil es una fuente de productos más rica o más pobre en razón directa del aumento o la disminución de su fuerza productiva. En cambio, la alteración de la fuerza productiva no altera en absoluto por sí misma el trabajo representado en el valor. Como la fuerza productiva es cosa de la concreta forma útil del trabajo, no puede, como es natural, afectar al trabajo en cuanto que se hace abstracción de la forma útil concreta de este. Por eso mismo el trabajo da siempre en los mismos tiempos la misma magnitud de valor, por mucho que cambie la fuerza productiva. Pero en un mismo espacio de tiempo suministra diferentes *quanta* de valores de uso, más cuando aumenta la fuerza productiva, menos cuando disminuye. Así pues, el mismo cambio de la fuerza productiva que aumenta la fecundidad del trabajo y, por lo tanto, la masa de los valores de uso suministrados por él, disminuye la magnitud de valor de esa masa total aumentada si abrevia la suma de tiempo de trabajo necesario para su producción. Y a la inversa.

Todo trabajo es, por una parte, gasto de fuerza de trabajo humano en sentido fisiológico, y en esa condición de trabajo humano igual o trabajo humano abstracto, constituye el valor de mercancía. Por otra parte, todo trabajo es gasto de fuerza de trabajo humano de una forma particular determinada por los fines, y en esa condición de trabajo útil concreto produce valores de uso.

El capital, Libro I, capítulo primero (1867)

EL SECRETO FETICHISMO DE LA MERCANCÍA

A primera vista, una mercancía parece una cosa obvia, trivial. Su análisis indica que es una cosa complicadamente quisquillosa, llena de sofisticada metafísica y de humoradas teológicas. En la medida en que es valor de uso, no tiene nada de misterioso, lo mismo si la contemplo desde el punto de vista de que por sus propiedades satisface necesidades humanas que si considero que no cobra esas propiedades más que como producto de trabajo humano. Está claro, sin más, que el hombre altera con su actividad las formas de las materias naturales de un modo conveniente para él. Así, por ejemplo, altera la forma de la madera cuando se hace de esta una mesa. Pero a pesar de ello, la mesa sigue siendo madera, una ordinaria cosa sensible. En cambio, en cuanto se presenta como mercancía se convierte en una cosa sensiblemente suprasensible. No solo descansa la mesa con sus patas en el suelo sino que, además, se pone patas arriba frente a todas las demás mercancías, mientras su cabeza de madera emite caprichos más maravillosos que las espontáneas danzas que emprenden algunas mesas.

Así pues, el carácter místico de la mercancía no brota de su valor de uso. Tampoco nace del contenido de las determinaciones de valor. Pues, en primer lugar, por diferentes que sean los trabajos útiles, las actividades productivas, es una verdad fisiológica que todos ellos son funciones del organismo humano, y que cada una de esas funciones, cualesquiera que sean su contenido y su forma, es esencialmente gasto de cerebro, nervio, músculo, órgano sensible, etcétera, humano. En segundo lugar, en lo

referido a la base de la determinación de la magnitud de valor, la duración de aquel gasto, la cantidad de trabajo, resulta que la cantidad se puede distinguir de la cualidad del trabajo hasta tangiblemente. En todas las circunstancias ha tenido que interesar a los hombres el tiempo de trabajo que cuesta la producción de los alimentos, aunque su interés al respecto no haya sido el mismo en los diferentes estadios de la evolución. Y por último, en cuanto los hombres empiezan de un modo u otro a trabajar los unos para los otros, su trabajo adquiere también una forma social.

¿De dónde viene, pues, el carácter enigmático del producto del trabajo cuando toma forma de mercancía? Evidentemente, de esa forma misma. La igualdad de los trabajos humanos cobra la forma objetiva de una igualdad de materialidad de valor de los productos del trabajo; la medida del gasto de fuerza de trabajo humano por su duración cobra la forma de magnitud de valor de los productos de trabajo, y por último, las relaciones entre los productores, relaciones en el seno de las cuales actúan aquellas determinaciones sociales de sus trabajos, cobran la forma de una relación social entre los productos del trabajo.

Lo enigmático de la forma mercancía consiste, pues, simplemente en que devuelve a los hombres la imagen de los caracteres sociales de su propio trabajo deformados como caracteres materiales de los productos mismos del trabajo, como propiedades naturales sociales de esas cosas y, por lo tanto, también refleja deformada la relación social de los productores con el trabajo total como una relación social entre objetos que existiera fuera de ellos. A través de este *quid pro quo*, los productos del trabajo se convierten en mercancías, en cosas sensiblemente suprasensibles, en cosas sociales. De modo análogo, el estímulo luminoso de una cosa sobre el nervio óptico no se presenta como estimulación subjetiva del nervio óptico, sino como forma material de una cosa situada fuera del ojo. Pero en la visión hay realmente

luz reflejada por una cosa, el objeto externo, hacia otra, el ojo. Hay una relación física entre cosas físicas. En cambio, la forma mercancía y la relación de valor de los productos del trabajo en la que aquella se expresa no tienen absolutamente nada que ver con su naturaleza física ni con las relaciones materiales que brotan de ella. Lo que para los hombres asume aquí la forma fantasmagórica de una relación entre cosas es, estrictamente, la relación social determinada entre los hombres mismos. Pero eso, si se quiere encontrar una analogía adecuada hay que recurrir a la región nebulosa del mundo religioso. En este los productos de la cabeza humana aparecen como figuras autónomas, dotadas de vida propia, con relaciones entre ellas y con los hombres. Así les ocurre en el mundo de las mercancías a los productos de la mano humana. Digo que esto es el fetichismo que se adhiere a los productos del trabajo en cuanto se producen como mercancías y que, por lo tanto, es inseparable de la producción mercantil.

Este carácter de fetiche del mundo de las mercancías nace —como ya lo ha mostrado el anterior análisis— del peculiar carácter social del trabajo productor de mercancías.

Los objetos de uso no se convierten en mercancías sino porque son productos de trabajos privados realizados con independencia los unos de los otros. El complejo de esos trabajos privados constituye el trabajo social global. Como los productores no entran en contacto social sino a través del intercambio de los productos de sus trabajos, tampoco los caracteres específicamente sociales de sus trabajos privados aparecen sino dentro de ese intercambio. Dicho de otro modo: los trabajos privados no actúan, de hecho, como miembros del trabajo social global más que a través de las relaciones que produce el intercambio entre los productos del trabajo y, mediante ellos, en los productores. Por eso a estos últimos las relaciones sociales entre sus trabajos privados se les aparecen como lo que son, esto

es, no como relaciones sociales inmediatas entre las personas mismas en sus trabajos, sino más bien como relaciones materiales entre las personas y relaciones sociales entre las cosas.

Solo dentro de su intercambio cobran los productos del trabajo una materialidad de valor socialmente igual, separada de sus materialidades de uso sensorialmente diversas unas de otras. Esta escisión del producto del trabajo en cosa útil y cosa-valor no se produce prácticamente más que a partir del momento en que el intercambio consigue ya extensión e importancia suficientes como para que se produzcan cosas útiles para el intercambio, de modo que el carácter de valor de las cosas importe ya en su misma producción. A partir de ese momento los trabajos privados de los productores cobran, efectivamente, un carácter social doble. Por una parte, en cuanto trabajos útiles determinados tienen que satisfacer una determinada necesidad social y confirmarse así como miembros del trabajo global, del sistema espontáneo de división social del trabajo. Por otra parte, no satisfacen las múltiples necesidades de sus propios productores más que en la medida en que cada particular trabajo privado útil es intercambiable con cualquier otra especie de trabajo privado útil, o sea, en la medida en que es equivalente a otro. La igualdad entre trabajos diferentes *toto coelo* no puede consistir más que en una abstracción de su desigualdad real, en la reducción de todos ellos al carácter común que poseen en cuanto gasto de fuerza de trabajo humano, trabajo humano abstracto. El cerebro de los productores privados no refleja ese carácter social doble de sus trabajos privados más que en las formas que aparecen en el tráfico práctico, en el intercambio de productos, a saber: el carácter socialmente útil de sus trabajos privados solo lo refleja en la exigencia de que el producto del trabajo sea útil, y útil precisamente para otras personas; y el carácter social de la igualdad entre los trabajos de especies diferentes, solo en un carácter

de valor común de esas cosas materialmente diversas unas de otras, los productos del trabajo.

Así pues, el que los hombres relacionen los productos de sus trabajos como valores no se debe a que esas cosas sean para ellos meros caparazones materiales de un trabajo humano homogéneo. Al revés. Los hombres equiparan sus diferentes trabajos en cuanto trabajo humano porque equiparan en el intercambio sus heterogéneos productos como valores. No lo saben, pero lo hacen. El valor, pues, no lleva escrito en la frente lo que es. Antes al contrario: el valor convierte cada producto del trabajo en un jeroglífico social. Después los hombres intentan descifrar el sentido del jeroglífico, dar la vuelta al secreto de su propio producto social: pues la determinación de los objetos de uso como valores es tan producto social suyo como el lenguaje. El descubrimiento científico tardío de que los productos del trabajo son, en cuanto valores, meras expresiones cosificadas del trabajo humano gastado en su producción es un descubrimiento que hace época en la historia evolutiva de la humanidad pero no disipa en absoluto la apariencia material de los caracteres sociales del trabajo.

El capital, Libro I, capítulo primero (1867)

El reloj de Robinson

Puesto que la economía política gusta de las robinsonadas, que aparezca, para empezar, Robinson en su isla. Aunque sobrio de natural, tiene que satisfacer de todos modos necesidades vitales y, por lo tanto, ha de ejecutar trabajos útiles de diferente especie: construir herramientas, fabricar muebles, domesticar llamas, pescar, cazar, etcétera. No recogemos aquí sus oraciones y otras actividades análogas porque nuestro Robinson se complace en ellas y las considera como un alivio. Pese a la diversidad de sus funciones productivas, Robinson sabe que no son más que diferentes formas de actuación de un mismo Robinson, o sea, solo modos diversos de trabajo humano. La necesidad misma lo obliga a distribuir con precisión el tiempo de que dispone entre sus diferentes funciones. El que una de ellas ocupe más o menos espacio que otra en su actividad global depende de la dificultad mayor o menor que haya de superar para conseguir el efecto útil propuesto. Así se lo enseña la experiencia, y nuestro Robinson, que ha salvado del naufragio reloj, libro mayor, tinta y pluma, empieza pronto, como buen inglés, su contabilidad. Su inventario contiene una lista de los objetos de uso que posee, de las varias operaciones requeridas para su producción y, por último, del tiempo de trabajo que por término medio le cuestan determinadas cantidades de esos diferentes productos. Todas las relaciones entre Robinson y las cosas que constituyen la riqueza que él mismo se ha procurado son tan sencillas y transparentes que hasta el mismo señor M. Wirth las debería entender sin esforzar particularmente su

inteligencia. Y sin embargo, todas las determinaciones del valor están contenidas en esas relaciones.

Pasemos de la luminosa isla de Robinson a la tenebrosa Edad Media europea. En vez de un hombre independiente encontramos aquí que todo el mundo es dependiente: siervos y dueños de la tierra, vasallos y señores feudales, laicos y curas. La dependencia personal caracteriza tanto las relaciones sociales de la producción material como las esferas de la vida construidas sobre esta. Pero precisamente porque son relaciones personales de dependencia las que constituyen el fundamento social dado, los trabajos y los productos no necesitan adquirir ninguna figura fantástica diferente de su realidad. Entran en el funcionamiento social en condición de servicios naturales y prestaciones naturales. La forma social inmediata del trabajo es aquí su propia forma natural, su particularidad, y no, como ocurre sobre la base de la producción mercantil, su generalidad. El trabajo de prestación personal servil se mide por el tiempo, exactamente igual que el trabajo productor de mercancías, pero todo siervo sabe que se desprende de una determinada cantidad de su personal fuerza de trabajo al servicio de su señor. El diezmo que hay que entregar al cura es más claro que la bendición de este. Así pues, cualquiera que sea el juicio que merezcan las máscaras o caracterizaciones con las que se presentan aquí los hombres unos frente a otros, en todo caso las relaciones sociales entre las personas en sus trabajos aparecen como tales relaciones personales suyas propias, no disfrazadas de relaciones sociales entre las cosas, entre los productos del trabajo.

No nos hace falta remontarnos a la forma espontánea que encontramos en el umbral de la historia de todos los pueblos cultos para considerar el trabajo común, esto es, el trabajo inmediatamente socializado. La industria patriarcal rural de una familia campesina que produzca trigo, ganado, hilado y tejido, prendas de vestir, etcétera, para su propio uso constituye un

ejemplo más cercano. Todas esas cosas diferentes se presentan a la familia como diferentes productos de su trabajo familiar, pero en cambio no se enfrentan unas a otras como mercancías. Los diferentes trabajos productores de esas cosas —agricultura, ganadería, hilado, tejido, cosido, etcétera— son ya en su forma natural funciones sociales porque son funciones de la familia, la cual posee su propia división espontánea del trabajo no menor que la producción mercantil. Las diferencias de sexo y edad y las condiciones naturales que cambian con el paso de las estaciones regulan la división del trabajo en familia y el tiempo de trabajo de sus distintos miembros. Pero el gasto de las fuerzas de trabajo individuales, medido por el tiempo, aparece aquí por sí mismo como determinación social de los trabajos, porque las fuerzas de trabajo individuales no actúan por su propia naturaleza más que como órganos de la común fuerza de trabajo de la familia.

Imaginemos, por último y para variar, una asociación de hombres libres que trabajen con medios de producción comunitarios y gasten a sabiendas sus muchas fuerzas de trabajo individuales como una sola fuerza de trabajo social. Todas las determinaciones del trabajo de Robinson se repiten entonces, pero socialmente en vez de individualmente. Todos los productos de Robinson eran producto exclusivo y personal suyo, por lo que eran directamente objetos de uso para él. El producto global de la asociación es un producto social. Una parte de ese producto vuelve a servir de medio de producción. No deja nunca de ser social. Pero otra parte se consume por los miembros de la asociación, como alimentos. Por eso hay que distribuirlo entre ellos. El tipo de esa distribución cambiará según el tipo de organismo social de producción y según la correspondiente altura histórica de desarrollo de los productores. Solo por trazar un paralelismo con la producción de mercancías, supongamos que la participación de cada

productor en los alimentos se determine por su tiempo de trabajo. El tiempo de trabajo desempeñaría entonces doble papel. Su distribución social según un plan regula la proporción correcta de las diferentes funciones del trabajo respecto de las diferentes necesidades. Por otra parte, el tiempo de trabajo sirve al mismo tiempo de medida de la participación individual del productor en el trabajo común y, por lo tanto, también en la parte individualmente consumible del producto común. Las relaciones sociales de los hombres con sus trabajos y con los productos de sus trabajos siguen siendo en este caso transparentemente sencillas, tanto en la producción cuanto en la distribución.

El capital, Libro I, capítulo primero (1867)

EL ORO, EL ORO, *TOUJOURS RECOMMENCÉE*

La primera función del oro consiste en procurar al mundo de las mercancías el material de su expresión de valor, o sea, en representar los valores de las mercancías como magnitudes homónimas, cualitativamente iguales y cuantitativamente comparables. Así funciona como medida general de los valores, y solo a través de esa función el oro, la mercancía específica, se convierte por de pronto en dinero.

No es el dinero el que hace a todas las mercancías conmensurables. Al revés. Por el hecho de que todas las mercancías son, en cuanto valores, trabajo humano objetivado y, por lo tanto, por sí mismas conmensurables, pueden medir todas ellas sus valores en una misma mercancía específica y transformar así a esta en medida de valor común a todas ellas, o sea en dinero. El dinero en cuanto medida de valor es la forma necesaria de manifestación de la medida inmanente de valor de las mercancías, el tiempo de trabajo.

La expresión de valor de una mercancía en oro —*x* mercancía A = *y* mercancía dinero— es su forma dinero, o precio. Basta ahora con una sola igualdad —como por ejemplo 1 tonelada de hierro = 2 onzas de oro— para exponer con validez social el valor del hierro. Ya no hace falta que esa igualdad marche en formación con las ecuaciones de valor de las demás mercancías, porque la mercancía equivalente, el oro, posee ya el carácter de dinero. Por eso la forma general relativa de valor de las mercancías tiene de nuevo la figura de su forma de valor relativa originaria, simple o individual.

Por otra parte, la expresión de valor relativa desarrollada —esto es, la serie ilimitada de expresiones relativas de valor— se convierte en forma relativa de valor específica de la mercancía dinero. Pero ahora esa serie está ya socialmente dada en los precios de las mercancías. Basta con leer de derecha e izquierda las cotizaciones de una lista de precios para encontrar representada la magnitud de valor del dinero en todas las mercancías posibles. En cambio, el dinero carece de precio. Pues para participar de esa forma de valor relativa unitaria de las demás mercancías, el dinero tendría que ser referido a sí mismo como equivalente propio.

El precio o forma dinero de las mercancías, al igual que su forma valor en general, es una forma distinta de su forma corpórea real y tangible, o sea una forma solo ideal o representada. El valor del hierro, del lino, del trigo, etcétera, existe en esas cosas mismas, aunque invisible; se representa por la igualdad de esas cosas mismas con el oro, por la relación con el oro que, por decirlo así, no existe sino como una idea en sus cabezas. Por eso el celador de las mercancías tiene que prestarles la lengua para que hablen sus cabezas, o tiene que colgarles etiquetas, con objeto de comunicar sus precios al mundo exterior. Como la expresión de los valores de las mercancías en oro es una expresión ideal, un oro meramente representado o ideal es también utilizable para esta operación. Toda persona que guarda mercancías sabe perfectamente que no las dota realmente, ni mucho menos, por el hecho de dar a su valor la forma precio, la forma oro imaginaria o representada, y que tampoco necesita ni una pizca de oro real para estimar en oro millones en valores mercantiles. Así pues, en su función de medida del valor el dinero funciona como dinero meramente representado, dinero ideal. Esta circunstancia ha dado pie a las teorías más insensatas. Aunque para la función de medida del valor basta con dinero meramente imaginado, sin embargo el precio depende enteramente del material real del dinero. El

valor —esto es, la cantidad de trabajo humano contenido, por ejemplo, en una tonelada de hierro— se expresa mediante una cantidad meramente representada de la mercancía dinero, cantidad que contiene la misma de trabajo. Así pues, según que lo que sirva para medida del valor sea oro, plata o cobre, el valor de la tonelada de hierro tendrá muy diferentes expresiones en precio, es decir, se representará por cantidades muy diferentes de oro, plata o cobre.

El capital, Libro I, capítulo tercero (1867)

El dinero, poderoso caballero

La mercancía que funciona como medida del valor y, por lo tanto, también como medio de circulación, corpóreamente o a través de un representante, es dinero. Por eso es dinero el oro (o en su caso, la plata). Funciona como dinero, por una parte, cuando tiene que aparecer con su corporeidad áurea (o en su caso, argentina) y, por lo tanto, como mercancía-dinero, o sea ni de modo meramente ideal, como en la medida del valor, ni con capacidad de ser representado, como en el medio de circulación; y, por otra parte, cuando su función —ya la realice él mismo en persona, ya a través de representante— lo fija como única figura de valor, como única existencia adecuada del valor, como única existencia adecuada del valor de cambio, frente a todas las demás mercancías consideradas como meros valores de uso.

a) Atesoramiento

El circuito continuo de las dos metamorfosis contrapuestas de las mercancías, la fluida mutación de venta y compra, aparece en la incesante circulación del dinero, en su función de *perpetuum mobile*. Ese *perpetuum mobile* se inmoviliza, se transforma, como dice Boisguilbert, de *meuble* en *inmeuble*, de moneda en dinero, en cuanto que se interrumpe la serie de metamorfosis, en cuanto que la venta no se completa con una compra ulterior.

Con el primer desarrollo de la circulación misma de mercancías se desarrolla la necesidad y la pasión de aferrarse al producto de la primera metamorfosis, a la figura transformada de la mercancía, a su crisálida oro. Se vende mercancía no para comprar mercancía, sino para sustituir forma mercancía por forma dinero. Este cambio de forma deja de ser mera mediación del metabolismo y se convierte en fin en sí mismo. La figura alienada de la mercancía queda así impedida para funcionar como forma absolutamente enajenable de la mercancía, como forma dinero solo fugaz. Así se fosiliza el dinero en tesoro, y el vendedor de mercancías se convierte en atesorador.

[…]

Del mismo modo que toda diferencia cualitativa entre las mercancías se disuelve en el dinero, así también él mismo disuelve, *leveler* radical, todas las diferencias. Peor, el dinero es él mismo mercancía, cosa externa que puede hacerse propiedad privada de cualquiera. De este modo el poder social se convierte en poder privado de la persona privada. Por eso la sociedad antigua lo denuncia como fraccionamiento monetario de su orden económico y moral. La sociedad moderna, que ya en sus años de infancia saca a Plutón de las entrañas de la tierra tirándole de los pelos, saluda en el áureo Grial la encarnación radiante de su principio de vida más propio.

En cuanto valor de uso, la mercancía satisface una necesidad particular y constituye un particular elemento de la riqueza material. Pero el valor de la mercancía mide el grado de su capacidad de atracción de todos los elementos de la riqueza material y, por lo tanto, la riqueza social de su poseedor. Para el poseedor de mercancías sencillo y bárbaro —que incluso puede ser un campesino europeo-occidental—, el valor es inseparable de la forma valor y, por consiguiente, el aumento de su tesoro de oro y plata es aumento de valor. Cierto que el valor del dinero cambia, ya sea a

consecuencia de su propio cambio de valor, ya a consecuencia del cambio de valor de las mercancías. Pero esto no impide, por una parte, que 200 onzas de oro sigan teniendo, igual que antes, más valor que 100, y 300 más que 200, etcétera, ni tampoco, por otra parte, que la forma metálica natural de esta cosa sigue siendo el equivalente general de todas las mercancías, la encarnación social inmediata de todo trabajo humano. El impulso atesorador es desmedido por naturaleza. Cualitativamente, por su forma, el dinero es ilimitado, esto es, representante general de la riqueza material porque se puede transformar inmediatamente en cualquier mercancía. Pero al mismo tiempo, toda suma real de dinero es cuantitativamente limitada y, por lo tanto, medio de compra de efecto solo limitado. Esta contradicción entre la limitación cuantitativa y la ilimitación cualitativa del dinero hace retroceder una y otra vez al atesorador en el suplicio de Sísifo de la acumulación. Le ocurre como al conquistador del mundo, que al conquistar un nuevo país no conquista sino una nueva frontera.

Para conservar el oro en cuanto dinero y, por tanto, en cuanto elemento de atesoramiento, hay que impedir que circule o se disuelva pasando de medio de compra a medio de goce. Por eso el atesorador sacrifica al fetiche oro el placer de su carne. Se toma en serio el evangelio de la renuncia. Por otra parte, no puede sustraer dinero a la circulación más que lo que aporta en mercancía. Cuanto más produce, tanto más puede vender. Laboriosidad, ahorro y avaricia constituyen, por tanto, sus virtudes cardinales, y vender mucho y comprar poco es la *Summa* de su economía política.

El capital, Libro I, capítulo tercero (1867)

El punto de partida del capital

La circulación de mercancías es el punto de partida del capital. Producción de mercancías y circulación de mercancías desarrollada, comercio, constituyen los presupuestos históricos con los cuales surge el capital. El comercio mundial y el mercado mundial inauguran en el siglo XVI la moderna historia de la vida del capital.

Si prescindimos del contenido material de la circulación de mercancías, del intercambio de diferentes valores de uso, y consideramos solo las formas económicas engendradas por ese proceso, hallamos como su último producto el dinero. Este producto último de la circulación de las mercancías es la primera forma de manifestación del capital.

Históricamente el capital surge en todas partes frente a la propiedad de la tierra, en primer lugar, en la forma de dinero, como riqueza en dinero, capital mercantil y capital usurario. Pero no hace falta ningún vistazo retrospectivo a la génesis histórica del capital para ver que el dinero es su primera forma de aparición. Pues esa misma historia ocurre diariamente ante nuestros ojos. Todo nuevo capital sigue pisando en primera instancia la escena —esto es, el mercado de mercancías, de trabajo o de dinero— en forma de dinero, dinero que, por determinados procesos, se convertirá en capital.

El dinero en cuanto dinero y el dinero en cuanto capital no se distinguen inicialmente más que por sus diferentes formas de circulación.

La forma inmediata de la circulación de mercancías es M – D – M, conversión de mercancía en dinero y reconversión de dinero en mercancía, vender para comprar. Pero junto a esa forma encontramos otra específicamente distinta, la forma D – M – D, conversión de dinero en mercancía y reconversión de mercancía en dinero, comprar para vender. El dinero que describe en su movimiento esta última circulación se convierte en capital, deviene capital y es ya capital por su determinación.

Examinemos la circulación de D – M – D de cerca. Esta circulación, al igual que la circulación simple de mercancías, recorre dos fases contrapuestas. En la primera fase, D – M, la compra: el dinero se convierte en mercancía. En la segunda fase, M – D: la mercancía se reconvierte en dinero. Mas la unidad de ambas fases es el movimiento total que cambia dinero por mercancía y la misma mercancía luego por dinero, compra mercancías para venderlas, o bien, si se pasan por alto las diferencias formales entre compra y venta, compra con el dinero mercancía, y con la mercancía, dinero. El resultado en el que se apaga todo el proceso es cambio de dinero por dinero, D – D. Si compro 2000 libras de algodón por 100 libras esterlinas y vendo luego las 2000 libras de algodón por 110 libr. est., al final he cambiado 100 libr. est. por 110: dinero por dinero.

Se ve a primera vista, cierto, que el proceso de circulación D – M – D sería absurdo y vacío si por medio del rodeo se quisiera cambiar un valor dinero por el mismo valor dinero, esto es, por ejemplo, 100 libr. est. por 100 libr. est. Sería incomparablemente más sencillo y seguro el método del atesorador que se aferra a sus 100 libr. est. en vez de entregarlas al peligro de la circulación. Por otra parte, es lo mismo que el comerciante vuelva a vender por 110 libr. est. el algodón comprado por 100 libr. est. que si no tiene más remedio que deshacerse de él por las mismas 100 libr. est., o incluso por 50; en todo caso, el dinero del mercader ha descrito un

movimiento peculiar y original, muy diferente al que describe en la circulación simple de mercancías, por ejemplo, en manos del campesino que vende trigo y con el dinero así obtenido compra ropa. Se trata, pues, de dar ante todo la característica de las diferencias de forma entre los circuitos D – M – D y M – D – M. De ella resultará asimismo la diferencia de contenido oculta bajo aquellas diferencias de forma.

Veamos primero lo que es común a ambas formas.

Los dos circuitos se descomponen en las dos mismas fases contrapuestas, M – D, venta, y D – M, compra. En cada una de las dos fases se enfrentan los mismos elementos materiales, mercancía y dinero, y dos personas con las mismas máscaras de caracterización económicas, un comprador y un vendedor. Cada uno de los dos circuitos es la unidad de las dos mismas fases contrapuestas, y las dos veces está mediada esa unidad por la presencia de tres contratantes, uno de los cuales solo vende, el otro solo compra, mientras que el tercero compra y vende alternativamente.

Pero lo que diferencia desde el primer momento los dos circuitos M – D – M y D – M – D es el orden de sucesión inverso de las dos mismas fases contrapuestas de la circulación. La circulación simple de mercancías empieza con la venta y termina con la compra; la circulación del dinero en cuanto capital empieza con la compra y termina con la venta. En el primer caso, el punto de partida y el punto final del movimiento es la mercancía; en el segundo, es el dinero. En la primera forma, el dinero media el decurso total; en la segunda, a la inversa, lo media la mercancía.

En la circulación M – D – M el dinero se convierte al final en mercancía que sirve de valor de uso. El dinero se gasta, pues, definitivamente. En cambio, en la forma inversa D – M – D, el comprador gasta dinero para cobrarlo como vendedor; al comprar la mercancía echa dinero a la circulación para retirarlo luego de ella mediante la venta de la misma

mercancía. No suelta el dinero más que con la segunda intención de volver a hacerse con él. Por lo tanto, el dinero es solo adelantado.

En la forma M – D – M, una misma pieza de dinero cambia dos veces de lugar. El vendedor la recibe del comprador y la paga luego a otro vendedor. El proceso total, que empieza con el cobro de dinero por mercancía, termina con la entrega de dinero por mercancía. Sucede al revés en la forma D – M – D. En este caso, lo que cambia dos veces de lugar no es la misma pieza de dinero sino la misma mercancía. El comprador la recibe de manos del vendedor y la entrega a otro comprador. Y así como en la circulación simple de mercancías el doble cambio de lugar de una misma pieza de dinero produce su paso definitivo de una mano a otra, así también en este caso el doble cambio de lugar de una misma mercancía obra el reflujo del dinero a su primer punto de partida.

El reflujo del dinero a su punto de partida no depende de que la mercancía sea o no vendida más cara de lo que fue comprada. Esa circunstancia influye solo en la magnitud de la suma de dinero que refluye. El fenómeno mismo del reflujo ocurre en cuanto la mercancía comprada se vende de nuevo; o sea, en cuanto queda completamente descrito el circuito D – M – D. Aquí hay, pues, una diferencia materialmente perceptible entre la circulación del dinero como capital y su circulación como simple dinero.

El circuito M – D – M queda totalmente recorrido cuando la venta de una mercancía aporta dinero que se lleva de nuevo la compra de otra mercancía. Si a pesar de ello hay un reflujo del dinero a su punto de partida, tiene que ser por la renovación o la repetición de todo el curso. Si vendo un *quarter* de trigo por 3 libr. est., y luego compro ropa con esas 3 libr. est., las 3 libr. est. están, por lo que a mí respecta, definitivamente gastadas. Ya no tengo nada que ver con ellas. Son del vendedor de ropa. Si vendo ahora otro *quarter* de trigo, refluirá dinero hacia mí, pero no a consecuencia de la

primera transacción, sino solo a consecuencia de su repetición. El dinero se aleja de nuevo de mí en cuanto concluyo la segunda transacción y vuelvo a comprar. Así pues, en la circulación M – D – M el gasto del dinero no tiene nada que ver con su reflujo. En cambio, en D – M – D el reflujo del dinero está él mismo condicionado por la forma de gastarlo. Sin ese reflujo la operación fracasa, el proceso queda interrumpido sin terminarse todavía porque falta su segunda fase, la venta que completa y concluye la compra.

El circuito M – D – M parte del extremo mercancía y concluye con el extremo mercancía, la cual sale de la circulación y revierte al consumo. Por lo tanto, su finalidad última es el consumo, la satisfacción de necesidades, en una palabra, el valor de uso. El circuito D – M – D, por el contrario, parte del extremo dinero y vuelve al mismo extremo. Su motivo impulsor y finalidad determinante es, por lo tanto, el valor de cambio en sí.

El capital, Libro I, capítulo cuarto (1867)

El capitalista

El individuo no funciona como capitalista, como capital personificado, dotado de voluntad y consciencia, más que en la medida en que el único motivo impulsor de sus operaciones es la creciente apropiación de la riqueza abstracta. Así pues, el valor de uso no se debe tratar nunca como finalidad inmediata del capitalista. Tampoco cada ganancia particular, sino el movimiento incesante de ganar. Este impulso absoluto al enriquecimiento, esta apasionada caza del valor es común al capitalista y al atesorador, pero mientras que el atesorador no pasa de ser un capitalista necio, el capitalista es el atesorador racional. El incesante aumento del valor a que aspira el atesorador intentando salvar el dinero de la circulación lo consigue el capitalista más listo, entregando ese dinero una y otra vez a la circulación.

[…] El dinero constituye, por consiguiente, el punto de partida y el punto final de todo proceso de valorización. Eran 100 libr. est., ahora son 110 libr. est., etcétera. Pero el dinero mismo no vale aquí sino como una forma del valor, pues tiene dos de ellas. El dinero no se hace capital si no asume la forma mercancía. Aquí, pues, el dinero no se enfrenta polémicamente con la mercancía, como en el atesoramiento. El capitalista sabe que todas las mercancías, por andrajoso que sea su aspecto o por mal que huelan, son, por fe y en verdad, dinero […], medios milagrosos para hacer de dinero más dinero.

[…]

Comprar para vender, o dicho más completamente, comprar para vender más caro: D – M – D’ parece, ciertamente, la forma peculiar solo de una especie de capital, el capital del comerciante. Pero también el capital industrial es dinero que se transforma en mercancía y que, mediante la venta de mercancía, se retransforma en más dinero. Los actos que pueden ocurrir entre la compra y la venta fuera de la esfera de la circulación no alteran en nada este movimiento. Por último, en el capital que devenga interés, la circulación D – M – D’ se representa resumida en su resultado y sin mediación; en estilo lapidario, por así decirlo, como D – D’, como dinero que es al mismo tiempo más dinero, valor que es mayor que él mismo.

De hecho, pues D – M – D’ es la forma general del capital tal como aparece de modo inmediato en la esfera de la circulación.

El capital, Libro I, capítulo cuarto (1867)

El capitalista como valor

A nuestro capitalista le importan dos cosas. En primer lugar, quiere producir un valor de uso que tenga valor de cambio, un artículo destinado a la venta, una mercancía. Y en segundo lugar, quiere producir una mercancía cuyo valor sea superior a la suma de valores de las mercancías requeridas para su producción, los medios de producción y la fuerza de trabajo por los cuales anticipó en el mercado su buen dinero. El capitalista no quiere solo producir un valor de uso, sino también producir una mercancía; no solo valor de uso, sino valor, y no solo valor, sino también más valor, plusvalía.

[…]

El capitalista se planta tozudamente sobre sus cuartos traseros. ¿Es que el trabajador, sin más que sus brazos, va a producir con su trabajo figuras en el aire, mercancías? ¿No ha sido él quien le ha dado el material con el cual y en el cual únicamente puede el trabajador hacer carne su trabajo? Y puesto que la mayor parte de la sociedad está compuesta por tales pobres de solemnidad, ¿no ha prestado él a la sociedad un servicio inconmensurable con sus medios de producción, su algodón y sus husos, no se lo ha prestado al trabajador mismo al que, por si eso fuera poco, proveyó además de medios de vida? ¿Y no va a poder meter ese servicio en la cuenta? Pero ¿no le ha prestado el trabajador el servicio recíproco de convertir algodón y husos en hilado? Además, aquí no se trata de servicios. Un servicio no es sino el efecto útil de un valor de uso, ya sea la mercancía, ya sea el trabajo. Pero lo que aquí cuenta es el valor de cambio. El capitalista pagó al

trabajador el valor de 3 chelines. El trabajador le dio a cambio un equivalente exacto en el valor de 3 chelines añadido al algodón. Valor por valor. Y ahora de repente nuestro amigo, tan engreído hasta hace un momento de su capital, adopta la modesta actitud de su propio trabajador. ¿Acaso no ha trabajado él mismo? ¿No ha hecho él trabajo de vigilancia, de supervisión del hilandero? ¿Y no forma también valor ese trabajo suyo? Su propio *overlooker* y su *manager* se encogen de hombros. Mientras tanto, el capitalista ha vuelto a asumir, con alegre sonrisa, su vieja fisonomía. Toda esa letanía ha sido para tomarnos el pelo. El asunto le importa un higo. Nuestro capitalista confía esos y otros subterfugios no menos podridos y semejantes patrañas vacías a los profesores de Economía política, especialmente pagados para eso. Él por su parte es un hombre práctico que, a buen seguro, no medita siempre en lo que dice fuera del negocio, pero sabe siempre lo que hace en el negocio.

Miremos más cerca. El valor diario de la fuerza de trabajo importaba 3 chelines porque en ella misma está objetivada media jornada de trabajo, esto es, porque los medios de vida necesarios para producir diariamente esa fuerza de trabajo cuestan media jornada de trabajo. Pero el trabajo pasado que está en la fuerza de trabajo y el trabajo vivo que esa fuerza de trabajo puede suministrar, o sea sus costes diarios de mantenimiento y su gasto diario, son dos magnitudes enteramente distintas. La primera determina el valor de cambio de la fuerza de trabajo; la segunda, su valor de uso. El que haga falta media jornada de trabajo para mantenerlo vivo durante 24 horas no impide en modo alguno al trabajador trabajar un día entero. Así pues, el valor de la fuerza de trabajo y su valorización en el proceso de trabajo son dos magnitudes diferentes. El capitalista tenía presente esa diferencia de valor al comprar la fuerza de trabajo. La útil propiedad de esta de hacer hilado o botas era una *conditio sine qua non* simplemente porque el trabajo,

para formar valor, se tiene que gastar de forma útil. Pero lo decisivo fue el valor de uso específico de esa mercancía, que consiste en ser fuente de valor de su uso específico, que a su vez consiste en ser fuente de valor y de más valor que el que ella tiene. Este es el servicio específico que el capitalista espera de esta mercancía. Y en esto procede de acuerdo con las leyes eternas del intercambio de mercancías. El vendedor de la fuerza de trabajo, como el vendedor de cualquier otra mercancía, de hecho, produce el valor de cambio de esta y enajena su valor de uso. No puede obtener el uno sin entregar el otro. El valor de uso de la fuerza de trabajo, el trabajo mismo, no pertenece a su vendedor del mismo modo que el valor de uso del aceite vendido no pertenece al tendero. El poseedor de dinero ha pagado el valor diario de la fuerza de trabajo, por ello le pertenece su uso durante el día, el trabajo del día. La circunstancia de que el mantenimiento cotidiano de la fuerza de trabajo cueste solo media jornada de trabajo —mientras que la fuerza de trabajo cueste solo media jornada de trabajo, mientras que la fuerza de trabajo pueda actuar, trabajar, un día entero—, la circunstancia, por tanto, de que el valor que su uso crea durante un día sea el doble que su propio valor diario, es una suerte especial del comprador, en modo alguno una injusticia infligida al vendedor.

Nuestro capitalista había previsto este caso que le da risa. Por eso el trabajador encuentra en el taller los medios de producción necesarios no ya para un proceso de trabajo de seis horas, sino para uno de doce. Si 10 libras de algodón absorbían 6 horas de trabajo y se convertían en 10 libras de hilado, entonces 20 libras de algodón absorberán 12 horas de trabajo y se convertirán en 20 libras de hilado. Consideremos el producto de ese proceso de trabajo ampliado. Ahora están objetivadas en las 20 libras de hilado, 5 jornadas de trabajo: 4 en la masa de algodón y husos consumida, 1 absorbida por el algodón durante el proceso de hilatura. Pero la expresión

de 5 jornadas de trabajo en oro es 30 chelines, o sea, 1 libr. est. y 10 chelines. Este es pues el precio de las 20 libras de hilado. La libra de hilado sigue costando 1 x 6 horas, igual que antes. Pero la suma de valores de las mercancías en todo el proceso importaba 27 chelines. El valor del hilado importa 30 chelines. El valor del producto ha aumentado 1/9 el valor adelantado para su producción. Los 27 chelines se han convertido así en 30 chelines. Han engordado con una plusvalía de 3 chelines. Finalmente se logró el escamoteo: el dinero se ha convertido en capital.

El capital, Libro I, capítulo quinto (1867)

¡Obreros, creced y multiplicaos!

El valor de la fuerza de trabajo, al igual que el de toda otra mercancía, se determina por el tiempo de trabajo necesario para la producción, y por tanto también para la reproducción, de ese artículo específico. En la medida en que es valor, la fuerza de trabajo misma representa únicamente una cantidad determinada de trabajo medio social objetivada en ella. La fuerza de trabajo solo existe como facultad del individuo vivo. Su producción, pues, presupone la existencia de este. Una vez dada dicha existencia, la producción de la fuerza de trabajo consiste en su propia reproducción o conservación. Para su conservación, el individuo vivo requiere cierta cantidad de medios de subsistencia. Por tanto, el tiempo de trabajo necesario para la producción de la fuerza de trabajo se resuelve en el tiempo de trabajo necesario para la producción de dichos medios de subsistencia, o dicho de otra manera, el valor de la fuerza de trabajo es el valor de los medios de subsistencia necesarios para la conservación del poseedor de aquella. […] La suma de los medios de subsistencia, pues, tiene que alcanzar para mantener al individuo laborioso en cuanto tal, en su condición normal de vida. Las necesidades naturales mismas —como alimentación, vestido, calefacción, vivienda, etcétera— difieren según las peculiaridades climáticas y las demás condiciones naturales de un país. Es decir, hasta el volumen de las llamadas «necesidades imprescindibles», así como la índole de su satisfacción, es un producto histórico y como tal depende en gran parte del nivel cultural de un país y esencialmente, entre otras cosas,

también de las condiciones bajo las cuales se ha formado la clase de los trabajadores libres, y por tanto de sus hábitos y aspiraciones vitales. De modo que al contrario que las demás mercancías, la determinación del valor de la fuerza laboral encierra un elemento histórico y moral. Aun así, en un país determinado y en un período determinado, está dado el monto medio de los medios de subsistencia necesarios.

El propietario de la fuerza de trabajo es mortal. En consecuencia, ya que debe ser continua su presencia en el mercado —tal como lo presupone la continua transformación de dinero en capital—, el vendedor de la fuerza de trabajo habrá de perpetuarse, «del modo en que se perpetúa todo individuo vivo, por medio de la procreación». Será necesario reponer constantemente, y con un número por lo menos igual de nuevas fuerzas de trabajo, las que se retiran del mercado por desgaste y muerte. La suma de los medios de subsistencia necesarios para la producción de la fuerza de trabajo, pues, incluye los medios de subsistencia de los sustitutos, esto es, de los hijos de los obreros, de tal modo que pueda perpetuarse en el mercado esa raza de peculiares poseedores de mercancías.

Para modificar la naturaleza humana general de manera que adquiera habilidad y destreza en un ramo laboral determinado, para que se convierta en una fuerza de trabajo desarrollada y específica, se requiere determinada formación o educación, la que a su vez insume una suma mayor o menor de equivalentes de mercancías. Según que el carácter de la fuerza de trabajo sea más o menos mediato, serán mayores o menores los costos de su formación.

El capital, Libro I, capítulo cuarto (1867)

TODO SER HUMANO MUERE VEINTICUATRO HORAS AL DÍA

El carbón con el que se calienta la máquina desaparece sin dejar rastro, igual que el aceite con el que se engrasa el eje de la rueda, etcétera. El calor y otros materiales auxiliares desaparecen también, pero se muestran en las propiedades del producto. La materia prima constituye la sustancia del producto, pero ha cambiado de forma. La materia prima y las materias auxiliares pierden, pues, la figura propia con que entraron, como valores de uso, en el proceso de trabajo. No ocurre lo mismo con los medios de trabajo propiamente dichos. Un instrumento, una máquina, una nave fabril, un recipiente, etcétera, no sirven en el proceso de trabajo más que mientras conservan su figura primitiva y entran cada día en el proceso de trabajo con la misma forma que el día anterior. Y al igual que durante su vida —el proceso de trabajo—, también después de su muerte mantienen frente al producto su figura autónoma. Los cadáveres de máquinas, instrumentos, edificios para el trabajo, etcétera, siguen existiendo separados de los productos que contribuyeron a formar. Mas si consideramos todo el período durante el cual sirve un medio de trabajo, desde el día de su llegada a los talleres hasta el día de su destierro al trastero, observamos que durante ese periodo el trabajo ha consumido totalmente su valor de uso y, por lo tanto, su valor de cambio ha pasado totalmente al producto. Si una hiladora mecánica, por ejemplo, se amortiza en diez años, entonces es que durante el proceso de trabajo decenal todo su valor se ha transmitido al producto decenal. El periodo de vida de un medio de trabajo abarca, pues, el número

mayor o menor de procesos de trabajo repetidos con él. Y al medio de trabajo le pasa lo que al ser humano. Todo ser humano muere veinticuatro horas al día. Pero a ninguno se le ve cuántos días exactamente ha muerto ya. Lo cual, empero, no impide a las compañías de seguros de vida basarse en la vida media de los seres humanos para inferir conclusiones muy seguras y, aún más, muy beneficiosas para ellas. Lo mismo con el medio de trabajo. Por experiencia se sabe cuánto resiste por término medio un medio de trabajo, por ejemplo, una máquina de cierto tipo. Supóngase que su valor de uso en el proceso de trabajo dura solo seis días. Entonces es que pierde por término medio en cada jornada de trabajo 1/6 de su valor de uso, y entrega, por lo tanto, al producto diario 1/6 de su valor. De este modo se calcula el desgaste de todos los medios de trabajo, esto es, por ejemplo, su pérdida cotidiana de valor de uso y su correspondiente transferencia diaria de valor al producto.

Así se manifiesta contundentemente que jamás un medio de producción da al producto más valor del que pierde en el proceso de trabajo por aniquilación de su propio valor de uso. Si no tuviera ningún valor que perder —es decir, si no fuera él mismo producto de trabajo humano—, tampoco entregaría ningún valor al producto. Serviría de plasmador de valor de uso sin servir de plasmador de valor de cambio. Y así ocurre, efectivamente, con todos los medios de producción presentes por naturaleza, sin acción humana, como la tierra, el viento, el agua, el hierro en la veta, la madera del bosque primitivo, etcétera.

El capital, Libro I, capítulo sexto (1867)

LA SONRISA DEL CAPITALISTA SE LLAMA «PLUSVALÍA»

Hemos visto que durante una parte del proceso de trabajo, el trabajador reproduce solo el valor de su fuerza de trabajo, esto es, el valor de los medios de vida que le son necesarios. Como produce en una situación basada en la división social del trabajo, no produce sus medios de vida directamente sino en la forma de una determinada mercancía —hilado, por ejemplo—, un valor igual al valor de sus medios de vida, o al dinero con el que los compra. La parte de su jornada de trabajo que agota para ello es mayor o menor según el valor de los medios de vida que necesita por término medio diariamente, o sea, según el tiempo de trabajo diario medio requerido para su producción. Si el valor de sus medios de vida diarios representa por término medio 6 horas de trabajo objetivadas, entonces el trabajador tiene que trabajar por término medio 6 horas para producirlo. Si no trabajara para el capitalista, sino para sí mismo, autónomamente, tendría que trabajar igualmente —en circunstancias inmutadas— la misma parte alícuota del día, por término medio, para producir el valor de su fuerza de trabajo y, así, conseguir los medios de vida necesarios para su conservación o reproducción permanentes. Pero como en la parte de la jornada de trabajo en la que produce el valor diario de la fuerza de trabajo —3 chelines por ejemplo— no produce más que un equivalente del valor de esta ya pagado por el capitalista —o sea, sustituye solo, con el valor nuevamente creado, el valor capital variable adelantado—, esta producción de valor aparece como mera reproducción. Llamo, pues, tiempo necesario de trabajo a la parte de

la jornada de trabajo en la que ocurre esa reproducción y trabajo necesario al trabajo gastado durante ese tiempo. Necesarios para el trabajador porque son independientes de la forma social de su trabajo. Necesarios para el capital y su mundo, porque la existencia permanente del obrero es su base.

El segundo periodo del proceso de trabajo, en el que el trabajador pena más allá de los límites del trabajo necesario le cuesta, naturalmente, trabajo, gasto de fuerza de trabajo, pero no constituye valor para él. Genera plusvalía, la cual sonríe al capitalista con toda la gracia de una creación de la nada. Llamo plustiempo de trabajo a esa parte de la jornada de trabajo, y plustrabajo (*surplus labour*) al trabajo gastado en él. Tan importante como es para entender el valor, concebirlo como mero cuajo de tiempo de trabajo, como trabajo meramente objetivado, así es de decisivo para el conocimiento de la plusvalía concebirla como mero cuajo de plustiempo de trabajo, meramente como plustrabajo objetivado. La forma en que se arrebata esa plusvalía al productor inmediato, al trabajador, es lo único que distingue las formaciones económicas de la sociedad; por ejemplo, la sociedad de la esclavitud de la sociedad del trabajo asalariado.

Como el valor del capital variable = valor de la fuerza de trabajo comprada por él, como el valor de esta fuerza de trabajo determina la parte necesaria de la jornada de trabajo y la plusvalía, por su parte, está determinada por la parte sobrante de la jornada de trabajo, la plusvalía es al capital variable lo que el plustrabajo al trabajo necesario, esto es, la cuota de la plusvalía p/v = plustrabajo / trabajo necesario. Ambas razones expresan la misma relación de formas diferentes, una vez en forma de trabajo objetivado; otra en forma de trabajo fluyente.

La cuota de la plusvalía es, por lo tanto, la expresión exacta del grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital, del trabajador por el capitalista.

El capital, Libro I, capítulo séptimo (1867)

CAPITAL CONSTANTE, CAPITAL VARIABLE

Al exponer los diferentes papeles que desempeñan en la formación del valor de un producto los diversos factores del trabajo, de hecho hemos caracterizado las funciones de los diversos elementos del capital en la formación de la plusvalía. El excedente del valor del producto respecto al valor de sus elementos constitutivos es el excedente del capital incrementado con su plusvalía respecto al capital adelantado. Medios de producción y fuerza de trabajo no son más que las diversas formas de existencia que ha revestido el valor-capital cuando se ha transformado de dinero en factores del proceso de trabajo.

En el transcurso de la producción, la parte del capital que se transforma en medios de producción, es decir en materias primas, materias auxiliares e instrumentos de trabajo, no modifica pues la cuantía de su valor. Por ello la nombramos parte constante del capital, o más brevemente: capital constante.

Por el contrario, la parte del capital transformada en fuerza de trabajo cambia de valor en el transcurso de la producción. Reproduce su propio equivalente y además un excedente, una plusvalía que puede también variar y ser más o menos grande. Esta parte del capital se transforma incesantemente de una cuantía constante en una cuantía variable. Por ello la llamamos parte variable del capital, o más brevemente: capital variable. Los mismos elementos del capital que, desde el punto de vista de la producción de los valores de uso, se distinguen entre sí como factores objetivos y

subjetivos, como medios de producción y fuerza de trabajo, se distinguen desde el punto de vista de la formación de valor como capital constante y como capital variable.

El capital, Libro I, capítulo sexto (1867)

Ecología antes de la ecología

Con el predominio siempre creciente de la población urbana, a la que acumula en grandes centros, la producción capitalista concentra, por una parte, la fuerza motora histórica de la sociedad, pero por otra parte, dificulta el metabolismo entre el ser humano y la naturaleza, esto es, el regreso a la tierra de los elementos del suelo gastados por el hombre en la forma de medios de alimentación y de vestido, o sea, perturba la eterna condición natural de una fecundidad duradera de la tierra. […] Y todo el progreso de la agricultura capitalista es un progreso no solo del arte de depredar al trabajador sino también y al mismo tiempo del arte de depredar el suelo; todo progreso en el aumento de su fecundidad para un plazo determinado es al mismo tiempo un progreso en la ruina de las fuentes duraderas de esa fecundidad. Cuanto más tarde se apoya un país en la gran industria como trasfondo de su evolución —como los Estados Unidos de Norteamérica, por ejemplo—, tanto más rápido es ese proceso de destrucción. Por eso la producción capitalista no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción más que minando al mismo tiempo las fuentes de las que manan toda riqueza: la tierra y el trabajador.

El capital, Libro I, capítulo décimo tercero (1867)

Ser trabajador es mala suerte

La producción capitalista no es solo producción de mercancía; es esencialmente producción de plusvalía. El trabajador no produce para sí sino para el capital. Por eso no basta ya con que produzca en general. Tiene que producir plusvalía. Solo es productivo el trabajador que produce plusvalía para el capitalista o sirve a la autovalorización del capital. Si es lícito tomar un ejemplo de fuera de la esfera de la producción material: un maestro de escuela es un trabajador productivo cuando no solo trabaja las cabezas de los niños, sino que se desgasta a sí mismo para enriquecimiento del empresario. El que este último haya colocado su capital en una fábrica de enseñar en vez de en una fábrica de embutidos no altera en nada la situación. El concepto de trabajador productivo no incluye, pues, solo, en modo alguno, una relación entre actividad y efecto útil, entre trabajador y producto del trabajo, sino además una relación de producción específicamente social, surgida históricamente, la cual imprime al trabajador el carácter de medio directo de valorización del capital. Ser trabajador productivo no es, pues, ninguna fortuna, sino mala suerte.

El capital, Libro I, capítulo décimo cuarto (1867)

PLUSVALÍA ABSOLUTA, PLUSVALÍA RELATIVA

La prolongación de la jornada de trabajo más allá del punto llegado al cual el trabajador no habría producido más que un equivalente del valor de su fuerza de trabajo y la apropiación de ese plustrabajo por el capital: eso es la producción de la plusvalía absoluta. Esta constituye el fundamento general del sistema capitalista y el punto de partida de la plusvalía relativa. La jornada de trabajo está ya desde el primer momento dividida en dos partes: trabajo necesario y plustrabajo. Para prolongar el plustrabajo se abrevia el trabajo necesario mediante métodos por los cuales el equivalente del salario se produce en menos tiempo. La producción de la plusvalía absoluta gira exclusivamente en torno a la duración de la jornada de trabajo; la producción de la plusvalía relativa revoluciona de arriba abajo los procesos técnicos del trabajo y los grupos sociales.

La producción de la plusvalía relativa presupone un modo de producción específicamente capitalista, el cual a su vez nace y se configura espontáneamente, con sus métodos, sus medios y sus condiciones solo sobre la base de la subsunción formal del trabajo bajo el capital. En el lugar de esa subsunción formal del trabajo bajo el capital aparece la subsunción real.

Baste una mera alusión a las formas intermedias en las que el plustrabajo no se extrae del productor por coacción directa, pero tampoco se ha instaurado todavía la subordinación formal de aquel al capital. En estos casos el capital no se ha apoderado todavía directamente del proceso de

trabajo. Al lado de los productores independientes que practican sus oficios o labran la tierra con un trabajo de tipo tradicional, ancestral, aparecen el usurero o el mercader, el capital usurario o el capital mercantil, que los parasita. El predominio de esa forma de explotación en una sociedad excluye el modo de producción capitalista, hacia el cual puede constituir transición, como en la baja Edad Media. Por último, como muestra el ejemplo del moderno trabajo en casa, ciertas formas intermedias se reproducen en algunos lugares sobre el trasfondo de la gran industria, aunque con una fisionomía totalmente alterada.

Mientras que, por un lado, para la producción de la plusvalía absoluta basta con la subsunción meramente formal del trabajo bajo el capital —basta, por ejemplo, que artesanos que antes trabajaban para ellos mismos o como oficiales de un maestro gremial, pasen a ser asalariados bajo el control directo de los capitalistas—, por otro lado se ha visto que los métodos de producción de la plusvalía relativa son al mismo tiempo métodos de producción de plusvalía absoluta. Aún más; la prolongación desmedida de la jornada de trabajo se presentó como el producto más propio de la gran industria. En general, el modo de producción específicamente capitalista deja de ser un mero medio para la producción de plusvalía relativa en cuanto se apodera de toda una rama de la producción, y aún más en cuanto se apodera de todas las ramas decisivas de la producción. Entonces se convierte en forma general, socialmente dominante del proceso de producción. Solo sigue actuando como método especial de producción de plusvalía relativa; primero, en la medida en que se apodera de industrias hasta entonces solo formalmente sometidas al capital, o sea en su propaganda; en segundo lugar, en la medida en que industrias que ya han caído en su poder se revolucionan permanentemente por cambio de los métodos de producción.

Desde cierto punto de vista, la distinción entre plusvalía absoluta y plusvalía relativa parece puramente ilusoria. La plusvalía relativa es absoluta, pues condiciona una prolongación absoluta de la jornada de trabajo por encima del tiempo de trabajo necesario para la existencia del trabajador mismo. La plusvalía absoluta es relativa, pues condiciona un desarrollo de la productividad del trabajo que permite limitar el tiempo de trabajo necesario a una parte de la jornada de trabajo. Pero si se tiene a la vista el movimiento de la plusvalía, se disipa esa apariencia de indistinción. Una vez que el modo de producción capitalista se ha establecido y se ha convertido en modo de producción general, la diferencia entre plusvalía absoluta y plusvalía relativa se hace perceptible en cuanto que se trata de elevar la cuota de plusvalía en general. Si se supone que la fuerza de trabajo se paga por su valor, nos encontramos ante esta alternativa: dados la fuerza productiva del trabajo y su grado normal de intensidad, la cuota de plusvalía solo se puede elevar mediante la prolongación absoluta de la jornada de trabajo; en cambio, dado el límite de la jornada de trabajo, la cuota de plusvalía solo se puede elevar mediante un cambio relativo de magnitud de sus elementos, el trabajo necesario y el plustrabajo, lo cual por su parte, si es que el salario no ha de hundirse por debajo del valor de la fuerza de trabajo, presupone un cambio en la productividad o la intensidad del trabajo.

Si el trabajador necesita todo su tiempo para producir los medios de vida necesarios para mantenerse a sí mismo y a su raza, no le queda tiempo para trabajar gratis para terceras personas. Sin un cierto grado de productividad del trabajo, no tiene un tiempo disponible; sin ese tiempo excedente, nada de plustrabajo y, por lo tanto, nada de capitalistas, pero tampoco dueños de esclavos, ni señores feudales; en pocas palabras, ninguna clase de propietarios.

El capital, Libro I, capítulo décimo cuarto (1867)

El trabajador como consumidor

Cuando el capitalista coloca en fuerza de trabajo una parte de su capital, valoriza al hacerlo su capital global. Mata dos pájaros de un tiro. Se beneficia no solo de lo que recibe del trabajador, sino también de lo que le da. El capital enajenado a cambio de fuerza de trabajo se convierte en medios de vida cuyo consumo sirve para reproducir músculos, nervios, huesos, cerebro de los trabajadores existentes y para engendrar nuevos trabajadores. Por eso, dentro de los límites de lo absolutamente necesario, el consumo individual de la clase obrera es la reconversión de los medios de vida gastados por el capital a cambio de fuerza de trabajo en fuerza de trabajo explotable por el capital. Es producción y reproducción del medio de producción más imprescindible para el capitalista: el trabajador mismo. El consumo individual del trabajador no deja, pues, de ser un momento de la producción y reproducción del capital, ocurra dentro o fuera del taller, fábrica, etcétera, dentro o fuera del proceso de trabajo, exactamente igual que la limpieza de la máquina, ocurra durante el proceso de trabajo o durante determinadas pausas del mismo. No afecta en nada al asunto el que el trabajador consuma individualmente para sí mismo y no por amor al capitalista. Del mismo modo, el consumo de la bestia de carga no deja de ser un momento necesario del proceso de producción por el hecho de que el animal disfrute de lo que come. La constante conservación y reproducción de la clase obrera es siempre condición constante de la reproducción del

capital. El capitalista puede confiar tranquilamente su cumplimiento al instinto de conservación y reproducción de los trabajadores.

[…]

El proceso capitalista de producción reproduce, pues, por su propio decurso, la división entre fuerza de trabajo y condiciones del trabajo. Reproduce y eterniza así las condiciones de explotación del trabajador. Impone constantemente al trabajador la venta de su fuerza de trabajo para vivir y posibilita constantemente al capitalista su compra para enriquecerse. No es ya el azar el que coloca frente a frente en el mercado al capitalista y al trabajador como comprador y vendedor. Es la tenaza del proceso mismo lo que vuelve siempre a lanzar al mercado al uno como vendedor de su fuerza de trabajo y transforma siempre su producto en medio de compra del otro. En realidad, el trabajador pertenece al capital antes de venderse al capitalista. Su esclavitud económica es, al mismo tiempo, mediada y escondida por la renovación periódica de su autoventa, por la variación de sus señores salariales y por la oscilación del precio de mercado del trabajo.

El proceso de producción capitalista contemplado en su conexión como proceso de reproducción produce, pues, no solo mercancía, no solo plusvalía; produce y reproduce la relación de capital misma: por una parte, al capitalista; por otra, al trabajador asalariado.

El capital, Libro I, capítulo
vigésimo primero (1867)

VIVIR DEL AIRE Y COMIDA BASURA

Pero si los trabajadores pudieran vivir del aire, no se podrían comprar a ningún precio. Por lo tanto, ese no-costar es un límite en sentido matemático inalcanzable, aunque siempre sea posible acercase más a él. Es tendencia constante del capital rebajarlo hasta ese punto nihilista. Un escritor del siglo XVIII al que cito frecuentemente, el autor del *Essay on trade and commerce*, se limita a revelar el más íntimo secreto del alma del capital inglés cuando proclama tarea histórica vital de Inglaterra rebajar el salario inglés al nivel del francés y el holandés. Dice, entre otras cosas, ingenuamente:

> Pero si nuestros pobres (término técnico que significa «trabajadores») quieren vivir con lujos […] su trabajo, naturalmente, tiene que ser caro. […] Basta con contemplar el horripilante montón de superfluidades (*heap of superfluities*) que consumen nuestros trabajadores de las manufacturas, como aguardiente, ginebra, té, azúcar, frutas exóticas, cerveza fuerte, estampados, tabaco rapé y para fumar, etcétera.

Cita una obra de un fabricante de Northamptonshire que gime elevando la mirada a los cielos:

> El trabajo es toda una tercera parte menos caro en Francia que en Inglaterra, pues los pobres de Francia trabajan duramente y se comportan con sobriedad en su alimentación y su vestido, y su consumo principal son pan, frutos, hierbas, raíces y pescado seco; pues muy rara vez comen carne y, cuando el trigo está caro, comen muy poco pan. A lo que aún se añade —sigue diciendo el ensayista— que su bebida es el agua u otros licores igual de suaves, de modo que, efectivamente, su gasto es asombrosamente escaso. […] Una situación así es, con seguridad, difícil de instaurar

pero no es inalcanzable, como lo prueba contundentemente su existencia tanto en Francia como en Holanda.

El capital, Libro I, capítulo
vigésimo segundo (1867)

Todos queremos más. Ley general de la acumulación

Cuanto mayor es la riqueza social, el capital en funcionamiento, la dimensión y la energía de su aumento y, por lo tanto, también la magnitud absoluta del proletariado y la fuerza productiva de su trabajo, tanto mayor es el ejército industrial de reserva. La fuerza de trabajo disponible se desarrolla por las mismas causas que la fuerza productiva del capital. El tamaño relativo del ejército industrial de reserva aumenta, pues, junto con las potencias de la riqueza. Pero cuanto mayor es ese ejército de reserva respecto del ejército obrero activo, tanto más masiva es la sobrepoblación consolidada, cuya miseria se encuentra en razón inversa de su martirio en el trabajo. Por último, cuanto mayor es la capa de los Lázaros de la clase obrera y cuanto mayor el ejército industrial de reserva, tanto mayor la pobreza oficial. *Esta es la ley general*, *absoluta*, *de la acumulación capitalista*. Al igual que todas las demás leyes, también esta se modifica en su realización por múltiples circunstancias cuyo análisis no es cosa de este lugar.

El capital, Libro I, capítulo vigésimo tercero (1867)

Los pobres son necesarios

Pero todos los métodos de producción de plusvalía son, al mismo tiempo, métodos de acumulación, y recíprocamente, toda expansión de la acumulación se convierte en medio de desarrollo de aquellos métodos. De ello se deduce que, en la medida en que se acumula capital, la situación del trabajador tiene que empeorar cualquiera que sea su salario, bajo o alto. Además, la ley que mantiene siempre en equilibrio la sobrepoblación relativa, o ejército industrial de reserva, con la dimensión y la energía de la acumulación encadena el trabajador al capital más firmemente que encadenaron a Prometeo a la roca los clavos de Hefaistos. Esa ley determina una acumulación de miseria correspondiente a la acumulación de capital. La acumulación de riqueza en un polo es, pues, al mismo tiempo, acumulación de miseria, tormento de trabajo, esclavitud, ignorancia, brutalización y degradación moral en el contrapolo, esto es, del lado de la clase que produce su propio producto como capital.

Este carácter antagónico de la acumulación capitalista ha sido enunciado de distintas formas por economistas que casi siempre lo mezclan con fenómenos sin duda análogos pero esencialmente distintos, propios de modos de producción precapitalistas.

El monje veneciano Ortes, uno de los mayores autores económicos del siglo XVIII, concibe el antagonismo de la producción capitalista como una ley natural general de la riqueza social:

> El bien y el mal económicos están en una nación siempre en la misma medida (*il bene e il male económico in una nazione sempre all'istessa misura*), la abundancia de bienes en algunos es siempre igual a la falta de ellos en otros (*la copia dei beni in alcuni sempre eguale alla mancanza di essi in altri*). La gran riqueza de los unos está siempre acompañada por privación absoluta de lo necesario para muchos otros más. La riqueza de una nación corresponde a su población, y su miseria corresponde a su riqueza. La laboriosidad de los unos impone el ocio a los otros. Los pobres y los ociosos son fruto necesario de los ricos y los activos.

Unos diez años después de Ortes, Townsend, el cura protestante de la Alta Iglesia, glorificaba la pobreza de forma muy grosera como condición necesaria de la riqueza.

> La constricción legal de trabajar lleva aparejada demasiada fatiga, demasiada violencia y demasiado ruido, mientras que el hambre no solo es una presión pacífica, callada e incesante, sino que además, en cuanto motivo, el más natural de la industria y el trabajo, suscita el esfuerzo más intenso.

Todo estriba en mantener permanentemente el hambre en la clase obrera, y de eso se encarga, según Townsend, el principio de la población, particularmente activo entre los pobres.

> Parece ley natural que los pobres sean hasta cierto punto imprevisores (*improvident*) —a saber, tan imprevisores que vienen a este mundo sin su cuchara de oro en la boca—, de modo que siempre pueda haber algunos (*that there always may be some*) para cumplir las funciones más serviles, más sucias y más vulgares de la comunidad. Con eso aumenta mucho el acopio de felicidad humana (*the fund of human happiness*); los más delicados (*the more delicate*) se ven liberados de pejigueras y pueden dedicarse tranquilamente a su vocación superior. […] La Ley de pobres tiende a destruir la armonía y la hermosura, la simetría y el orden de este sistema que han erigido en el mundo Dios y la Naturaleza.

Mientras que el monje veneciano hallaba en la sentencia del destino que eterniza la miseria la justificación de la existencia de la caridad cristiana, del celibato, de los conventos y de las fundaciones pías, el prebendado

protestante ve en aquella sentencia, por el contrario, el pretexto para condenar las leyes por las cuales tenía el pobre derecho a una escasa asistencia pública.

> El progreso de la riqueza social —dice Storch— engendra aquella útil clase de la sociedad […] que ejerce las ocupaciones más aburridas, vulgares y repugnantes, en una palabra, se carga con todo lo que de desagradable y esclavizador tiene la vida, y procura así a las demás clases tiempo, alegría del espíritu y la convencional *—c'est bon!*— dignidad de carácter.

Storch se pregunta cuál es en realidad la excelencia de esta civilización capitalista, con su miseria y su degradación de las masas, respecto de la barbarie. Solo encuentra una respuesta: ¡la seguridad!

> Con el progreso de la industria y de la ciencia —dice Sismondi—, todo trabajador puede producir cada día mucho más de lo que necesita para su consumo. Pero, al mismo tiempo, aunque su trabajo produce la riqueza, la riqueza, si él fuera llamado a consumirla, lo volvería poco apto para el trabajo. Según él, «los seres humanos» —esto es, los no trabajadores— renunciarían probablemente a todos los perfeccionamientos de las artes, así como a todos los goces que nos procura la industria si tuvieran que pagarlos con un trabajo constante como el del obrero. […] Hoy los esfuerzos van separados de su premio; no es el mismo hombre el que primero trabaja y luego descansa: por el contrario, precisamente porque el uno trabaja tiene que descansar el otro. […] La multiplicación sin fin de las fuerzas productivas del trabajo no puede, pues, tener más resultado que el aumento del lujo y de los placeres de los ociosos ricos.

Por último, Destutt de Tracy, el doctrinario burgués de sangre fría como la de los peces, lo expresa brutalmente:

> Las naciones pobres son aquellas en las que el pueblo está a gusto y las naciones ricas son aquellas en las que suele ser pobre.

El capital, Libro I, capítulo vigésimo tercero (1867)

El capital no cayó del cielo

La acumulación del capital presupone, en efecto, la plusvalía; la plusvalía, a su vez, la producción capitalista, mas esta presupone la presencia de masas grandes de capital y fuerza de trabajo en las manos de productores de mercancías. Todo ese movimiento parece, pues, girar en un círculo vicioso del que solo salimos si suponemos una acumulación «originaria» previa a la acumulación capitalista (*previous accumulation* de Adam Smith), una acumulación que no sea el resultado del modo de producción capitalista sino su punto de partida.

Esta acumulación originaria tiene en la economía política el mismo papel, aproximadamente, que el pecado original en la teología. Adán mordió la manzana y con eso cayó el pecado sobre el género humano. Se explica el origen del pecado narrándolo como anécdota del pasado. En tiempos remotos hubo, por un lado, una élite aplicada, inteligente y, ante todo, ahorradora; y por otro, unos golfos haraganes que dilapidaban en juergas todo lo que tenían y más. La leyenda del teológico pecado original nos explica cómo el hombre está condenado a ganarse el pan con el sudor de la frente; en cambio, la historia del pecado original económico nos revela por qué hay gente que no necesita en modo alguno hacer eso. Es igual. Así ocurrió que los primeros acumularon riqueza y los últimos, al final, no tuvieron para vender nada más que su propio pellejo. Y de ese pecado original data la pobreza de la gran masa, que pese a todo su trabajo, sigue sin tener nada que vender más que a sí misma, y la riqueza de los pocos,

que aumenta constantemente aunque estos dejaron de trabajar hace mucho tiempo. Semejante desabrida puerilidad se dedica a rumiar todavía hoy, por ejemplo, el señor Thiers, con solemne seriedad de estadista y en defensa de la *propriété*, ante los franceses, en otro tiempo tan agudos. Pero es que cuando se pone en juego la cuestión de la propiedad, se convierte en deber sagrado mantener el punto de vista de la cartilla infantil como lo único justo para todas las categorías de edad y todos los estadios de desarrollo personal. En la historia real tienen, como es sabido, papel de protagonistas la conquista, el sometimiento, el asesinato, la violencia, dicho brevemente. En la suave economía política, dominó desde siempre el idilio. Derecho y «trabajo» fueron desde siempre los únicos medios de enriquecerse, exceptuando siempre, naturalmente, «el año en curso». En realidad, los métodos de la acumulación originaria son cualquier cosa menos idílicos.

El dinero y la mercancía no son desde el primer momento capital, como tampoco lo son los medios de producción y de vida. Necesitan una conversión en capital. Pero esa conversión no puede ocurrir más que en circunstancias determinadas que se resumen en lo siguiente: tienen que enfrentarse y entrar en contacto dos clases muy diferentes de poseedores de mercancías: por una parte, propietarios de dinero, medios de producción y medios de vida, para los cuales se trata de valorizar la suma de valores que poseen mediante la compra de fuerza de trabajo ajena; por otra parte, trabajadores libres, vendedores de trabajo. Trabajadores libres en el doble sentido de que ni se cuentan directamente entre los medios de producción —como los esclavos, los siervos, etcétera—, ni les pertenecen los medios de producción como al campesino económicamente autónomo, sino que son libres, sueltos y exentos. Con esta polarización del mercado de mercancía, quedan dadas las condiciones fundamentales de la producción capitalista. Y la relación del capital presupone la división entre los trabajadores y la

propiedad sobre las condiciones de realización del trabajo. Cuando la producción capitalista se yergue sobre sus propios pies, no solo mantiene aquella separación sino que además la reproduce a escala constantemente ampliada. El proceso que crea la relación del capital no puede, pues, ser sino el proceso de separación del trabajador de la propiedad sobre sus condiciones de trabajo, proceso que, por una parte, convierte en capital los medios sociales de vida y producción y, por otra, a los productores directos en trabajadores asalariados. La llamada «acumulación originaria» no es, pues, nada más que el proceso histórico de separación entre productor y medios de producción. Se presenta como «originario» porque constituye la prehistoria del capital y del modo de producción correspondiente a este.

La estructura económica de la sociedad capitalista ha nacido de la estructura económica de la sociedad feudal. La disolución de esta ha liberado los elementos de aquella.

El productor directo, el trabajador, no pudo disponer de su persona hasta que dejó de estar atado a la gleba y de pertenecer o estar sometido a otra persona. Para convertirse en libre vendedor de fuerza de trabajo que lleva su mercancía a cualquier sitio en el que encuentre un mercado tenía, además, que haberse sustraído al dominio de los gremios, a sus reglamentos para aprendices y oficiales y a sus paralizadoras normas de trabajo. De este modo, el movimiento histórico que convierte a los productores en trabajadores asalariados aparece, por una parte, como liberación de aquellos de su condición servil y de la constricción gremial. Pero por otra parte, estos recién liberados no se convierten en vendedores de sí mismos sino cuando les han arrebatado todos sus medios de producción y todas las garantías de existencia ofrecidas por las viejas instituciones feudales. Y la historia de esta expropiación queda inscrita en los anales de la humanidad con trazos de sangre y fuego.

Los capitalistas industriales, esos nuevos potentados, tuvieron, por su parte, que desplazar no solo a los maestros artesanos gremiales, sino también a los señores feudales, que se encontraban en posesión de las fuentes de la riqueza. Desde este punto de vista su ascensión se presenta como fruto de una lucha victoriosa contra el poder feudal y sus irritantes privilegios, así como contra los gremios y las trabas que estos habían puesto al libre desarrollo de la producción y a la libre explotación del ser humano por el ser humano. Pero los caballeros de la industria no consiguieron desplazar a los caballeros del puñal sino explotando acontecimientos en los que no tenían la menor parte. Los caballeros de la industria se han elevado con medios tan canallescos como aquellos con los que el liberto romano se convirtió, en otro tiempo, en señor de su *patronus*.

El punto de partida del proceso que engendra tanto al trabajador asalariado como al capitalista fue el sometimiento servil del trabajador. El decurso ulterior consistió en un cambio de forma de ese sometimiento, en la conversión de la explotación feudal en explotación capitalista. No necesitamos siquiera remontarnos muy lejos para entender su marcha. Aunque los primeros comienzos de producción capitalista aparecen en algunas ciudades mediterráneas en los siglos XIV y XV, la era capitalista data del siglo XVI. Donde aparece, la abolición de la servidumbre se ha consumado ya hace mucho tiempo y palidece de antiguo el punto más brillante de la Edad Media: la existencia de ciudades soberanas.

Hacen época en la historia de la acumulación originaria todas las transformaciones que sirven de palanca a la clase en formación de los capitalistas, pero, ante todo, los momentos en los que grandes masas de hombres son separadas repentina y violentamente de sus medios de subsistencia y lanzadas al mercado de trabajo en condición de proletarios proscritos. La expropiación al productor rural —el campesino— de su tierra

constituye el fundamento esencial del proceso. Su historia adquiere tonos diferentes en diferentes países y atraviesa las diferentes fases en diferente sucesión y diferentes épocas históricas. Solo en Inglaterra —por ello la tomamos como ejemplo— posee la forma clásica.

El capital, Libro I, capítulo vigésimo cuarto (1867)

Expropiación: poner puertas al campo

En Inglaterra la servidumbre había desaparecido de hecho en la última parte del siglo XIV. La gran mayoría de la población constaba entonces —y aún más en el siglo XV— de campesinos libres y económicamente independientes, por muchas etiquetas feudales que disimularan su propiedad. En las grandes propiedades señoriales el *bailiff* (casero), antes siervo él mismo, había sido desplazado por el arrendatario libre. Los trabajadores asalariados de la agricultura constaban, en parte, de campesinos que valorizaban así sus horas de ocio mediante el trabajo para los grandes terratenientes, y en parte, de una clase marginal, poco numerosa relativa y absolutamente, de trabajadores asalariados propiamente dichos. También estos últimos eran al mismo tiempo campesinos económicamente autónomos, pues además de su salario se les adjudicaba tierra de labor de una extensión de cuatro o más acres junto con *cottages*. Gozaban, además, junto con los campesinos propiamente dichos, del aprovechamiento de la tierra comunal, en la que pastaba su ganado y que les ofrecía también los medios de calefacción, leña, turba, etcétera. En todos los países de Europa, la producción feudal se caracteriza por la división de la tierra entre el mayor número posible de campesinos vinculados. El poder del señor feudal, como el de cualquier soberano, no se basaba en lo extenso de su lista de rentas sino en el número de sus súbditos, y este último dependía del número de campesinos económicamente autónomos. Por eso, aunque tras la conquista normanda la tierra inglesa se dividió en baronías gigantescas, una sola de

las cuales englobaba a menudo 900 antiguos señoríos anglosajones, estaba sembrada de pequeñas explotaciones campesinas solo interrumpidas aquí y allá por grandes propiedades señoriales. Esa situación, con el florecimiento simultáneo de las ciudades que caracteriza el siglo XV, permitió la riqueza popular que tan elocuentemente describe el canciller Fortescue en sus *De laudibus legum Angliae*, pero excluía la riqueza capitalista.

El prólogo de la transformación que creó el fundamento del modo de producción capitalista ocurre en el último tercio del siglo XV y en los primeros decenios del siglo XVI. Una masa de proletarios se ve proscrita y lanzada al mercado de trabajo a causa de la disolución de los séquitos feudales que, como acertadamente observa *sir* James Steuart, «llenaban por todas partes, inútilmente, casa y corte». Aunque el poder real —producto él mismo del desarrollo burgués—, en su aspiración a la soberanía absoluta, aceleró violentamente la disolución de esos séquitos, no fue ni mucho menos la única causa de esa disolución. Más bien ocurrió que, en tenacísima oposición a la monarquía y al Parlamento, el gran señor feudal creó un proletariado incomparablemente mayor mediante la expulsión violenta del campesinado de la tierra, sobre la cual los campesinos poseían el mismo título jurídico feudal que él mismo, y mediante la usurpación de la tierra comunal de los campesinos. El impulso directo lo dio en Inglaterra, principalmente, el florecimiento de la manufactura lanera de Flandes y el correspondiente aumento de los precios de la lana. Las grandes guerras feudales habían devorado a la vieja nobleza feudal, y la nueva era hija de su época, época para la cual el dinero es el poder entre todos los poderes. Por eso la conversión de suelo agrícola en pastos fue su santo y seña. Harrison describe en su *Description of England. Prefixed to Holinshed's Chronicles* cómo la expropiación de los pequeños campesinos arruina el campo. *What care our great incroachers!* (¿Qué les importa a nuestros grandes

usurpadores?). Las viviendas de los campesinos y los *cottages* de los trabajadores fueron derrumbados violentamente o entregados a la ruina.

> Si se emprende el trabajo de repasar los viejos inventarios de cada propiedad nobiliaria —dice Harrison—, se encontrará que han desaparecido innumerables casas y pequeñas explotaciones campesinas, que el país alimenta a muchas menos gentes, que muchas ciudades se han arruinado aunque florecen algunas nuevas. […] Algo podría yo contar de ciudades y aldeas destruidas para conseguir pastos para las ovejas, y en las que ahora no se yerguen ya más que las casas de los señores.

Las quejas de esas viejas crónicas son siempre exageradas, pero trazan exactamente la impresión que produjo en los contemporáneos la revolución de las relaciones y circunstancias de la producción. Una comparación de los escritos del canciller Fortescue con los de Thomas Moro pone gráficamente de manifiesto el abismo entre el siglo XV y el XVI. La clase obrera inglesa se precipitó desde su edad de oro, como acertadamente dice Thornton, en su edad de hierro, sin transición alguna.

La legislación se aterró ante aquella transformación. Todavía no había llegado a aquella altura de civilización en la cual *wealth of the nation*, o sea formación de capital y explotación sin contemplaciones, y empobrecimiento de la masa del pueblo se hacen vigentes como última Thule de toda sabiduría política. En su historia de Enrique VII dice Bacon:

> Por esta época —1489— aumentaron las quejas por la conversión de tierra de labor en prado —para pasto de las ovejas, etcétera—, fácil de proveer por pocos pastores; y tierras en arriendo, de por vida o anual —tierras de las que vivían gran parte de los *yeomen*—, se convirtieron en bienes *dominials*. Esto acarreó una decadencia del pueblo y, como consecuencia, una decadencia de ciudades, iglesias, diezmos. […] En la cuna de esa mala situación, fue admirable la sabiduría del rey y del parlamento en esa época. […] Tomaron medidas contra esa despobladora usurpación de las tierras comunales (*depopulating inclosures*) y contra la despobladora praticultura (*depopulating pasture*) que la siguió inmediatamente.

Una *act* de Enrique VII (1489, c. 19) prohibió la destrucción de toda casa campesina a la que pertenecieran por lo menos veinte acres de tierra. En el *act* 25 de Enrique VIII se renueva esa misma disposición. Dice entre otras cosas que «muchos arriendos y grandes rebaños, particularmente ovejas, se acumulan en pocas manos, con lo que las rentas de la tierra han aumentado mucho y la labranza (*tillage*) ha decaído mucho, iglesias y casas han sido derribadas y asombrosas cantidades de gentes se ven incapaces de sustentarse a sí mismas y a sus familias».

Por eso la ley prescribe la reconstrucción de las casas de labor en ruinas, determina la razón entre la tierra de pan y la de pastos, etcétera. Una *act* de 1533 lamenta que algunos propietarios posean 24.000 ovejas, y limita el número de estas a 2000. Los lamentos populares y la legislación contra la expropiación de los pequeños arrendatarios y propietarios —legislación que persiste durante ciento cincuenta años a partir de Enrique VII— fueron igualmente infructuosos. Bacon nos revela sin saberlo el secreto de su fracaso.

> El *act* de Enrique VII —dice en sus *Essays*, *civil and moral*, sec. 29— era profundo y admirable porque creaba explotaciones agrícolas y casas rurales de cierta medida normal; esto es, reservaba para ellas una proporción de tierra que les permitía poner en el mundo súbditos de riqueza suficiente y sin condición servil, y mantener el arado en mano de los propietarios y no en la de hombres alquilados (*to keep the plough in the hand of the owners and not hirelings*).

Lo que exigía el sistema capitalista era, por el contrario, situación servil de la masa popular, su transformación en hombres de alquiler y la de sus medios de trabajo en capital. Durante este periodo de transición, la legislación intentó conservar los cuatro acres de tierra del *cottage* del trabajador asalariado agrícola y le prohibió tener inquilinos. Todavía en 1627, bajo Carlos I, Roger Crocker, de Fontmill, fue condenado por edificar un *cottage* en el *manor* de Fontmill sin los cuatro acres de tierra como

anexo permanente; y todavía en 1638, también bajo Carlos I, se nombró una comisión real para imponer la aplicación de las viejas leyes, incluida la de los cuatro acres de tierra; todavía Cromwell prohibió edificar ninguna casa en un radio de cuatro millas alrededor de Londres sin dotarla de cuatro acres de tierra; todavía en la primera mitad del siglo XVIII se denuncia si el *cottage* del trabajador agrícola no tiene un anexo de uno a dos acres. Hoy en día el trabajador agrícola es feliz si el *cottage* cuenta con un huertecillo, o si puede arrendar una pocas pérticas de tierra lejos del *cottage*.

> Terratenientes y arrendatarios —dice el doctor Hunter— actúan en esto de la mano. Unos pocos acres por *cottage* harían demasiado independiente al trabajador.

Nuevo y terrible impulso recibió el violento proceso de expropiación de la masa del pueblo en el siglo XVI a causa de la Reforma y, como consecuencia de ella, el robo colosal de los bienes de la Iglesia. La Iglesia católica era, en el momento de la Reforma, propietaria feudal de gran parte de la tierra inglesa. La opresión de los monasterios, etcétera, lanzó a sus moradores al proletariado. Los bienes mismos de la Iglesia fueron en gran parte regalados a codiciosos favoritos reales, o vendidos a precio irrisorio a arrendatarios o gentes de la ciudad, unos y otros especuladores, que expulsaron masivamente a los antiguos campesinos vinculados por sucesión y fundieron sus explotaciones. La propiedad de los campesinos arruinados sobre una parte del diezmo de la Iglesia, propiedad garantizada por la ley, fue confiscada a la chita callando. *Pauper ubique jacet*, exclamó la reina Isabel a la vuelta de un viaje por Inglaterra. En el año 43 de su reinado el poder se vio finalmente obligado a reconocer oficialmente la pobreza mediante la promulgación del impuesto de pobres. «Los autores de esa ley sintieron vergüenza de enunciar sus causas, y por eso la echaron al mundo, contra todos los usos, sin preámbulo alguno.»

Por la ley 4.ª, 16.º, de Carlos I, se declara perpetua la anterior que, de hecho, no se endureció hasta 1834. Estos efectos inmediatos de la Reforma no fueron los más duraderos. La propiedad eclesiástica constituía el baluarte religioso de las antiguas relaciones de propiedad de la tierra. Al caer el baluarte, estas relaciones dejaron de ser sostenibles.

Todavía en las últimas décadas del siglo XVII el *yeomanry*, campesinado autónomo, era más numeroso que la clase de los arrendatarios. Había sido la principal fuerza de Cromwell y, según confesión de Macaulay, incluso tenía ventajas sobre los borrachos hidalgos y sus criados, los clérigos de aldea, que tenían que casarse con las mujeres desechadas por los señores. Los trabajadores asalariados del campo seguían siendo todavía copropietarios de los bienes comunales. Aproximadamente en 1750 el *yeomanry* había desaparecido, y en las últimas décadas del siglo XVIII lo hizo el último resto de propiedad comunal de los labradores. Aquí prescindimos de los muelles puramente económicos de la revolución de la agricultura. Nos preguntamos solo por sus palancas violentas.

Bajo la restauración de los Estuardo los terratenientes impusieron legislativamente una usurpación que en el continente se consumó por todas partes incluso sin dilaciones legislativas. Abolieron la constitución feudal de la tierra, esto es, se sacudieron sus prestaciones obligatorias al Estado, «indemnizaron» al Estado mediante impuestos sobre el campesinado y el resto de la masa popular, reivindicaron la propiedad privada moderna de bienes sobre los cuales poseían solo títulos feudales y promulgaron finalmente aquellas leyes de poblamiento (*laws of settlement*) que, *mutatis mutandi*, tuvieron para los campesinos ingleses el mismo efecto que el edicto del tártaro Boris Godunov para el campesinado ruso.

La *Glorious Revolution* (Gloriosa Revolución) llevó al poder, junto con el Orange Guillermo III, a los plusmanipuladores terratenientes y

capitalistas. Estos inauguraron la nueva era ejerciendo a escala colosal el robo de los dominios estatales, practicado hasta entonces solo modestamente. Estas tierras se regalaron, se vendieron a precios irrisorios o incluso fueron anexionadas por propiedades privadas mediante usurpación directa. Todo eso ocurrió sin observar mínimamente la etiqueta legal. La propiedad estatal así fraudulentamente apropiada, junto con la arrebatada a la Iglesia —en la medida en que no se había disipado durante la revolución republicana—, constituye el fundamento de los actuales dominios principescos de la oligarquía inglesa. Los capitalistas burgueses favorecieron la operación, entre otras cosas para convertir la tierra en puro artículo mercantil, ampliar la zona de la gran empresa agrícola, aumentar su aprovisionamiento de proletarios proscritos del campo, etcétera. Además, la nueva aristocracia terrateniente era la aliada natural de la nueva bancocracia, de la alta finanza recién salida del huevo de los grandes manufactureros que, por entonces, se apoyaban en tarifas aduaneras proteccionistas. La burguesía inglesa actuó tan correctamente para sus intereses como los ciudadanos suecos que, a la inversa, de la mano de su baluarte económico —el campesinado—, apoyaron a los reyes en la recuperación violenta de las tierras de la Corona de manos de la oligarquía (desde 1604, luego bajo Carlos X y Carlos IX).

La propiedad comunal —plenamente distinta de la propiedad estatal recién considerada— era una institución paleogermánica que sobrevivía revestida de feudalismo. Se ha visto que la usurpación violenta de la propiedad comunal, generalmente acompañada de la conversión de tierra de labranza en pastos, empieza a fines del siglo XV y sigue aún en el siglo XVI. Pero en esa época el proceso se desarrolló como violencia individual contra la cual la legislación luchó en vano durante ciento cincuenta años. Incluso en el siglo XVIII —ved qué progreso—, la ley misma se convierte en

vehículo del robo de la tierra del pueblo, sin impedir que los grandes arrendatarios sigan recurriendo a sus pequeños y extralegales métodos privados. La forma parlamentaria del atraco es la de los *Bills for inclosures of commons* (Leyes de deslinde de la tierra comunal), decretos, dicho de otro modo, mediante los cuales los terratenientes se regalan como propiedad privada tierra del pueblo, decretos de expropiación del pueblo.

El capital, Libro I, capítulo vigésimo cuarto (1867)

La violencia como partera

La génesis del capitalista industrial no ocurrió del mismo modo paulatino que la del colono. Sin duda algunos pequeños maestros gremiales, y aún más pequeños artesanos independientes, o incluso asalariados, se convirtieron en pequeños capitalistas y luego, por una explotación paulatinamente ampliada de trabajo asalariado y la correspondiente acumulación en capitalistas *sans phrases*. En el periodo infantil de la producción capitalista ocurrió muy a menudo como en el periodo infantil de las ciudades medievales, cuando la cuestión de cuál de los siervos huidos había de ser amo y cuál criado se decidió en gran parte por la fecha temprana o tardía de su huida. Pero la marcha de tortuga de este método no satisfacía en absoluto las necesidades comerciales del nuevo mercado mundial que habían creado los grandes descubrimientos de finales del siglo XV. Ahora bien, la Edad Media había legado dos formas diferentes de capital que maduraban en las más diversas formaciones económicas de la sociedad y que, antes de la era del modo de producción capitalista, valían como capital *quand même*: el capital usurario y el capital mercantil.

> Actualmente toda la riqueza de la sociedad cae primero en manos del capitalista. […] Él paga la renta al propietario de la tierra, el salario al trabajador, sus derechos al exactor de impuestos y diezmos, y se guarda para sí una gran parte, en realidad la parte mayor y cada día creciente del producto anual del trabajo. Ahora se puede considerar al capitalista como propietario de toda la riqueza social de primera mano, aunque ninguna ley le ha conferido el derecho a esa propiedad. […] Este derecho sobre la propiedad ha sido obra de la percepción de intereses sobre el capital […] y no es poco notable que los legisladores de toda Europa quisieran impedir eso mediante leyes

contra la usura. […] El poder del capitalista sobre toda la riqueza del país es una completa revolución del derecho a la propiedad, y ¿por qué ley o por qué serie de leyes se actuó? (*The natural and artificial rights of property contrasted*, Londres, 1832, pp. 98-99, atribuido a T. Hodgskin).

El autor habría debido decirse que las revoluciones no se hacen mediante leyes.

El capital monetario constituido por la usura y el comercio se vio obstaculizado en su conversión en capital industrial por la constitución feudal en el campo y por la constitución gremial en las ciudades. Esos obstáculos se derrumbaron al disolverse los séquitos feudales con la expropiación y expulsión parcial de la población rural. La nueva manufactura se erigió en puertos exportadores o en lugares del campo sustraídos al control de los antiguos municipios urbanos y su constitución gremial. De aquí la enconada lucha de las *corporate towns* en Inglaterra contra estos nuevos seminarios industriales.

El descubrimiento en los países americanos del oro y de la plata, el exterminio, la esclavización y la sepultura de la población indígena en las minas, la incipiente conquista y expoliación de las Indias Orientales, la conversión de África en coto de caza comercial de negros caracterizan la aurora de la era de producción capitalista. Estos idílicos procesos son un momento capital de la acumulación originaria. Los sigue inmediatamente la guerra comercial de las naciones europeas con el globo terráqueo por escenario. La guerra empieza con la separación de los Países Bajos de España, adquiere dimensiones gigantescas con la guerra antijacobina de Inglaterra, sigue actuando en las guerras del opio contra China, etcétera.

Los diferentes momentos de la acumulación originaria se distribuyen, más o menos, en sucesión temporal, entre España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra. En Inglaterra se sintetizan sistemáticamente a finales

del siglo XVII en el sistema colonial, el sistema de la deuda pública, el moderno sistema fiscal y el sistema proteccionista. Estos métodos se basan parcialmente en la violencia más brutal; por ejemplo, el sistema colonial. Pero todos utilizan el poder del Estado, la violencia concentrada y organizada de la sociedad para promover, como en un invernadero, el proceso de conversión del modo de producción feudal en modo de producción capitalista y abreviar las transiciones. La violencia es la partera de toda vieja sociedad que anda preñada de una nueva. Ella misma es una potencia económica.

El capital, Libro I, capítulo vigésimo cuarto (1867)

DISOLUCIÓN DE LA PROPIEDAD PRIVADA

¿En qué estriba la acumulación originaria del capital, esto es, su génesis histórica? En la medida en que no es conversión directa de esclavos o siervos en trabajadores asalariados, o sea mero cambio de forma, solo significa la expropiación de los productores directos, esto es, la disolución de la propiedad privada basada en el trabajo propio.

La propiedad privada, en cuanto contrapuesta a la propiedad social colectiva, solo existe donde los medios de trabajo y las condiciones externas del trabajo pertenecen a personas privadas. Pero según que esas personas privadas sean los trabajadores o los no-trabajadores, la propiedad privada tiene diferente carácter. Los infinitos matices que la propiedad privada ofrece a primera vista reflejan, simplemente, las situaciones entre esos dos extremos.

La propiedad privada del trabajador sobre sus medios de producción es el fundamento de la pequeña explotación; la pequeña explotación es una condición necesaria del desarrollo de la producción social y de la libre individualidad del trabajador mismo. Es verdad que este modo de producción existe también dentro de la esclavitud, de la servidumbre y de otras relaciones de dependencia. Pero solo florece, solo dispara toda su energía, solo conquista su forma clásica adecuada cuando el trabajador es libre propietario privado de las condiciones de trabajo que él mismo maneja, el campesino del campo que labra, el artesano de la herramienta con la que toca como un virtuoso.

Este modo de producción implica dispersión de la tierra y de los demás medios de producción. Excluye, al igual que la concentración de estos, también la cooperación, la división del trabajo dentro de unos mismos procesos de producción, el dominio y la regulación sociales de la naturaleza, el libre despliegue de las fuerzas productivas sociales. Solo es compatible con estrechas limitaciones espontáneas de la producción y de la sociedad. Pretender eternizar ese modo de producción sería, como dice Pecqueur con razón, «decretar la mediocridad universal». Llegado a cierto nivel, ese modo de producción trae al mundo los medios materiales de su propia aniquilación. A partir de ese momento se agitan en el seno de la sociedad fuerzas y pasiones que se sienten encadenadas por ella. Esa sociedad tiene que ser aniquilada, y lo es. Su aniquilación, la conversión de los medios de producción individuales y dispersos en medios de producción socialmente concentrados y, por consiguiente, la conversión de la propiedad enana de muchos en propiedad masiva de pocos, donde la expropiación de la tierra de la gran masa del pueblo, así como la expropiación de los medios de vida y de los instrumentos de trabajo, esa temible y difícil expropiación de la masa del pueblo, constituye la prehistoria del capital. Abarca una serie de métodos violentos entre los que solo hemos pasado revista a los que hacen época como métodos de acumulación originaria del capital. La expropiación de los productores inmediatos se consuma con el vandalismo más despiadado y bajo el impulso de las pasiones más infames, más sucias, más mezquinamente odiosas. La propiedad privada labrada por uno mismo, basada por así decirlo en la interpenetración del individuo trabajador singular, independiente, con sus condiciones de trabajo, es desplazada por la propiedad privada capitalista, la cual se basa en la explotación del trabajo ajeno pero formalmente libre.

Una vez que este proceso de transformación ha descompuesto suficientemente la vieja sociedad en profundidad y amplitud, una vez que los trabajadores se han convertido en proletarios y sus condiciones de trabajo en capital, una vez que el modo de producción capitalista se yergue ya sobre sus propios pies, la ulterior socialización del trabajo y la ulterior conversión de la tierra y de otros modos de producción en medios de producción socialmente explotados, o sea en medios de producción comunitarios, cobra una nueva forma y, por lo tanto, la cobra también la ulterior expropiación de los propietarios privados. Ahora a quien hay que expropiar no es al trabajador económicamente autónomo sino al capitalista que explota a muchos trabajadores.

Esta expropiación se consuma mediante el funcionamiento de las leyes inmanentes de la producción capitalista misma, mediante la centralización de los capitales. Cada capitalista mata a muchos otros. Junto con esa centralización, o expropiación de muchos capitalistas por pocos, se desarrolla la forma cooperativa del proceso de trabajo a escala constantemente creciente, la consciente aplicación técnica de la ciencia, la explotación planificada de la tierra, la conversión de los medios de trabajo en medios de trabajo solo utilizables conjuntamente, la economización de todos los medios de producción mediante su uso como medios de producción de un trabajo social, combinado, el entrelazamiento de todos los pueblos en la red del mercado mundial y, con ello, el carácter internacional del régimen capitalista. Con la disminución constante del número de los magnates del capital que usurpan todas las ventajas de ese proceso de transformación y las monopolizan, aumenta la masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación, pero también la indignación de la clase obrera en constante crecimiento y educada, unificada y organizada por el mecanismo del proceso de

producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en traba del modo de producción que ha florecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en el cual se hacen incompatibles con su cobertura capitalista. Suena la última hora de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.

El modo de apropiación capitalista, dimanante del modo de producción capitalista y, por lo tanto, la propiedad privada capitalista, es la primera negación de la propiedad privada individual, basada en el trabajo propio. Pero la producción capitalista engendra su propia negación con la necesidad de un proceso natural. Hay negación de la negación. Esta negación de la negación no restaura la propiedad privada, pero sí la propiedad individual sobre la base de la conquista de la era capitalista: la cooperación y la posesión común de la tierra y de los medios de producción producidos por el trabajo mismo.

La conversión de la propiedad privada dispersa, basada en el propio trabajo de los individuos en propiedad privada capitalista es un proceso incomparablemente más largo, duro y difícil que la conversión de la propiedad capitalista, ya de hecho basada en un funcionamiento social de la producción, en propiedad social. En el primer caso se trataba de la expropiación de la masa popular por los usurpadores; en el segundo, de la expropiación de pocos usurpadores por la masa del pueblo.

El capital, Libro I, capítulo vigésimo cuarto (1867)

CAPITAL FIJO, CAPITAL CIRCULANTE

Mientras que el producto acabado y los elementos de producción, siempre que se incluyan en el producto, abandonan el proceso de la producción para convertirse en mercancías en el ámbito de la circulación, los medios de trabajo, por el contrario, una vez han penetrado en el ámbito de la producción nunca salen de él. Su función los retiene ahí. Una parte del valor capital adelantado para ellos queda fijo bajo esta forma determinada por el funcionamiento de los medios de trabajo en el proceso de la producción. El valor así fijado disminuye continuamente hasta que el medio de trabajo se vuelve obsoleto por desgaste y hasta que su valor se haya repartido, durante un periodo más o menos largo, entre una serie de productos sacados de una serie de procesos del trabajo, repitiéndose continuamente. Mientras los medios de trabajo continúen cumpliendo su función, es decir hasta que sean sustituidos por un ejemplar semejante, el valor del capital constante sigue fijándose ahí. Mientras que otra parte del valor que originariamente se fijaba ahí se transfiere al producto y circula como elemento del *stock* de mercancías. Cuanto más lentamente se gaste el medio de trabajo, más tiempo el valor del capital constante se fija bajo esa forma. Pero cualquiera que sea la resistencia de los medios de trabajo, la proporción en la que transfieren su valor siempre se aplica en relación inversa a la duración total de su funcionamiento.

De dos máquinas de igual valor pero de las que una se gasta en cinco años y la otra en diez, la primera cede en el mismo lapso dos veces más

valor que la segunda. Esta parte del valor-capital fijada en el medio de trabajo circula como cualquier otra parte.

Por lo demás hemos visto que todo el valor-capital está metido en una circulación continua; en este sentido, todo capital es capital circulante, pero la circulación de la fracción del capital que estudiamos en este momento es particular. Primero, no es su forma de utilización, sino su valor el que circula, y lo hace por fracciones, progresivamente, a medida que pasa al producto que circula como mercancía. Mientras funcione, una parte del valor queda fijado en ella, conservando su independencia respecto a las mercancías que contribuye a producir.

Gracias a esta particularidad, esta parte del capital constante adquiere la forma de capital fijo. En contraposición, todos los demás elementos del capital adelantado en la producción constituyen por el contrario el capital circulante.

El capital, Libro II, capítulo octavo (1885)

Conviene que los trabajadores sean cultos

Dicho sea de paso: el caballero capitalista, al igual que su prensa, se siente a menudo descontento con el modo en que gasta su dinero la fuerza de trabajo y con las mercancías en las que lo realiza. El caballero capitalista filosofa, culticharla y filantropea, a este respecto, como por ejemplo el señor Drummond, secretario de la embajada inglesa en Washington, cuenta que *The Nation* ha publicado el 31 de octubre de 1879 un interesante artículo que dice, entre otras cosas:

> Los trabajadores no han avanzado al mismo paso que el progreso de los inventos; se les han hecho accesibles cantidades de objetos que no saben usar y para los cuales, por consiguiente, no crean mercado alguno (todo capitalista desea, naturalmente, que el trabajador compre su mercancía). No hay motivo para que el trabajador no desee tanto confort como el clérigo, el abogado y el médico que ganan la misma cantidad que él (¡realmente esta categoría de abogados, clérigos y médicos tendrá que contentarse con desear mucho confort!). Pero no lo desea. El problema sigue siendo cómo elevar al trabajador en cuanto consumidor mediante un proceder racional y sano; no es ningún problema fácil, pues toda su ambición se limita a la reducción de sus horas de trabajo, y el demagogo le estimula mucho más a eso que a elevar su situación mejorando sus capacidades intelectuales y morales. (*Reports of H. M.'s Secretaries of Embassy and Legation on the Manufactures, Commerce etcetera, of the countries in which they reside*, Londres, 1879, p. 404).

Largas horas de trabajo parecen ser el secreto del proceder racional y sano que ha de elevar la situación del trabajador mediante la mejora de sus capacidades intelectuales y morales para convertirlo en un consumidor racional. Para convertirse en un consumidor racional de la mercancía de los

capitalistas, tiene ante todo que empezar —¡pero el demagogo se lo impide! — por dejar que su propio capitalista le consuma la fuerza de trabajo irracionalmente y dañándole la salud. Lo que el capitalista entiende por consumo racional se pone de manifiesto cuando el capitalista condesciende en meterse directamente en la actividad consumidora de sus trabajadores, o sea en el sistema Truck, una de cuyas muchas ramas es el suministro de vivienda a los trabajadores, de tal modo que el capitalista de estos sea al mismo tiempo su casero.

Este mismo Drummond, cuya hermosa alma se entusiasma con los intentos capitalistas de elevar a la clase trabajadora, cuenta en el mismo informe, entre otros asuntos, cosas de las fábricas algodoneras modelo de los Lowell y Lawrence Mills. Los comedores y dormitorios de las muchachas obreras pertenecen a la sociedad anónima propietaria de la fábrica; las directoras de esas casas están al servicio de esa misma sociedad, la cual les prescribe las reglas de conducta; ninguna muchacha puede entrar en casa después de las diez de la noche. Pero la perla es esta: una Policía especial de la sociedad patrulla por la zona para impedir que se viole ese reglamento. A partir de las diez de la noche no se deja entrar ni salir a ninguna chica. Ninguna obrera puede hospedarse en otro lugar que no sea el terreno propiedad de la sociedad, cada casa del cual reporta a la sociedad aproximadamente diez dólares de alquiler semanal; y he aquí al consumidor racional en toda su gloria:

> Y como el omnipresente piano se encuentra en muchos de los mejores locales destinados a hospedaje de las trabajadoras, la música, el canto y el baile desempeñan una función importante, al menos para aquellas que, después de diez horas de trabajo constante ante el telar, necesitan más distracción tras la monotonía que verdadero descanso (p. 142).

Pero ahora es cuando llega el secreto capital sobre cómo se puede hacer del trabajador un consumidor racional. El señor Drummond visita la fábrica de cuchillería de Turner’s Falls (Connecticut River) y el señor Oakman, tesorero de la sociedad anónima, le cuenta primero que la cuchillería de mesa norteamericana supera a la inglesa en calidad, y sigue luego diciendo:

> También en los precios venceremos a los ingleses; ahora ya los superamos en calidad; pero hemos de conseguir precios más bajos, y los vamos a lograr en cuanto consigamos más barato nuestro acero y rebajemos nuestro trabajo (p. 427).

Depresión de salario y largas horas de trabajo: ese es el núcleo del procedimiento sano y racional que ha de elevar al trabajador hasta la dignidad de un consumidor racional, para que cree un mercado para la masa de objetos que le han hecho accesibles la cultura y el progreso de la invención.

El capital, Libro II, capítulo
vigésimo primero (1885)

Amasando beneficio

El paulatino aumento del capital constante respecto del variable tiene que tener necesariamente como resultado *una caída gradual de la tasa general de beneficio* si se mantiene igual la tasa de plusvalía, el grado de explotación del trabajo por el capital. Ahora bien: se ha puesto de manifiesto como ley del modo de producción capitalista que con su desarrollo se produce una disminución relativa del capital variable respecto del capital constante y, por lo tanto, respecto del capital total puesto en movimiento. Esto significa, simplemente, que el mismo número de trabajadores, la misma cantidad de fuerza de trabajo convertida en disponible por un capital variable de una magnitud de valor dada, pone en movimiento en el mismo tiempo —a consecuencia de los peculiares métodos de producción que se desarrollan en la producción capitalista— una masa constantemente creciente de material de trabajo, maquinaria y capital fijo de todo tipo, de materias primas y auxiliares, y las elabora y consume productivamente, con lo que pone en movimiento un capital constante de magnitud de valor siempre creciente. Esa progresiva disminución relativa del capital variable respecto del constante y, por lo tanto, respecto del capital total, es idéntica a la composición orgánica progresivamente más elevada del capital social en su promedio. También es, simplemente, una expresión más del progresivo desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo, la cual se manifiesta precisamente en el hecho de que, por medio de la creciente aplicación de maquinaria y de capital fijo

en general, se convierten en productos más materias primas y auxiliares con el mismo número de trabajadores y en el mismo tiempo, esto es, con menos trabajo. A esa creciente magnitud de valor del capital constante —que no representa, empero, sino lejanamente el crecimiento de la masa real de valores de uso de los que consta materialmente el capital constante— corresponde un abaratamiento creciente del producto. Cada producto individual considerado en sí mismo contiene una suma de trabajo menor que en estadios más bajos de la producción, en los cuales el capital invertido en trabajo se encuentra en una proporción incomparablemente mayor respecto al invertido en medios de producción. Así pues, la relación de casos expuesta hipotéticamente al comienzo del capítulo expresa la tendencia real de la producción capitalista. Esta produce, por la constante disminución relativa del capital variable respecto del constante, una composición orgánica cada vez más alta del capital total, cuya consecuencia inmediata es que la tasa de plusvalía, con el mismo grado de explotación del trabajo e incluso con explotación creciente, se expresa como tasa de beneficio que disminuye constantemente. (Más adelante se mostrará por qué ese descenso no aparece de esta forma absoluta, sino más como tendencia a una caída progresiva.) La tendencia progresiva a bajar de la tasa general de beneficio no es pues sino *una expresión peculiar del modo de producción capitalista* del progresivo desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo. Con eso no se dice que la tasa de beneficio no pueda bajar transitoriamente también por otras causas, pero lo que sí se prueba como una necesidad evidente por la esencia del modo de producción capitalista es que, con el progreso de este, la tasa general media de plusvalía se tiene que expresar en una tasa de beneficio decreciente. Como la masa de trabajo vivo aplicada disminuye constantemente en relación con la masa de trabajo objetivado que pone en movimiento, en relación con los medios de

producción consumidos productivamente, también la parte de ese trabajo vivo que no es pagada y se materializa en plusvalía tiene que encontrarse en una relación constantemente decreciente respecto de la magnitud de valor del capital total aplicado. Pero esta relación entre la masa de la plusvalía y el valor del capital total aplicado constituye la tasa de beneficio, la cual, por lo tanto, ha de disminuir constantemente. […]

La ley de la progresiva caída de la tasa de beneficio, o de la disminución relativa del plustrabajo apropiado en comparación con la masa de trabajo objetivado puesta en movimiento por el trabajo vivo, no excluye en modo alguno que aumente la masa absoluta del trabajo puesta en movimiento y explotado por el capital social; tampoco excluye que los capitales que se encuentran bajo el mando de los capitalistas individuales dominen una masa creciente de trabajo y, por lo tanto, de plustrabajo, y esto último incluso en el caso de que el número de trabajadores de que dispongan no aumente.

Si se toma una población trabajadora dada, por ejemplo, de dos millones, y también como dadas la duración y la intensidad de la jornada media de trabajo, así como el salario y, con él, la relación entre trabajo necesario y plustrabajo, entonces el trabajo total de esos dos millones, y así también su plustrabajo, que se presenta en la plusvalía, producen siempre la misma magnitud de valor. Pero al aumentar la masa del capital constante —fijo y circulante— que pone en movimiento ese trabajo, disminuye la razón de esa magnitud de valor al valor de este capital, el cual aumenta al mismo tiempo que su masa, aunque no en proporción. Aquella razón y, por lo tanto, la tasa de beneficio bajan, aunque se siga dominando la misma masa de trabajo vivo y el capital absorba la misma masa de plusvalía. La razón cambia no porque disminuya la masa de trabajo vivo, sino porque aumenta la masa de trabajo ya objetivado puesta en movimiento por aquel. La disminución es relativa, no absoluta, y realmente no tiene nada que ver con la magnitud

absoluta del trabajo y el plustrabajo puestos en movimiento. La caída de la tasa de beneficio no nace de una disminución absoluta, sino de una disminución solo relativa del elemento variable del capital total, de su disminución en comparación con el elemento constante. […]

El proceso de producción capitalista es, esencialmente y al mismo tiempo, proceso de acumulación. Se ha mostrado cómo en el progreso de la producción capitalista la masa de valor que tiene que ser simplemente reproducida, conservada, aumenta y crece al crecer la productividad del trabajo, aunque la fuerza de trabajo aplicada permanezca constante. Pero con el desarrollo de la productividad del trabajo aumenta aún más la masa de los valores de uso producidos, de los cuales los medios de producción constituyen una parte. Y el trabajo adicional mediante cuya apropiación se puede reconvertir en capital esa riqueza adicional no depende del valor, sino de la masa de esos medios de producción (incluidos los medios de vida), pues en el proceso de trabajo el trabajador no tiene que ver con el valor, sino con el valor de uso de los medios de producción. Pero la acumulación del capital y la concentración del mismo son por sí mismas un medio material de aumento de la fuerza productiva. Mas en ese crecimiento de los medios de producción queda incluido el crecimiento de la población obrera, la creación de una población correspondiente al sobrecapital y que hasta rebasa en conjunto sus necesidades; una sobrepoblación, pues, de trabajadores. Un exceso momentáneo del sobrecapital respecto de la población obrera dominada por él tendría dos efectos. Por una parte, aumentaría paulatinamente la población trabajadora a través del aumento del salario y, por lo tanto, mitigando las influencias que diezman y aniquilan la reproducción de los trabajadores, así como facilitando las bodas; pero por otra parte, mediante la aplicación de los métodos que crean plusvalía relativa (introducción y perfeccionamiento de maquinaria) crearía

aún más rápidamente una sobrepoblación relativa artificial, la cual, a su vez —puesto que en la producción capitalista la miseria engendra población—, es el invernadero en el que se produce un aumento realmente rápido de la población. Se deduce, pues, de la naturaleza del proceso de acumulación capitalista —que es solo un momento del proceso de producción capitalista — que el aumento de la masa de medios de producción destinados a convertirse en capital encuentra siempre a mano una población trabajadora explotable que ha crecido paralelamente y es incluso excedente. Por lo tanto, en el progreso del proceso de producción y acumulación *tienen* que aumentar la masa del plustrabajo susceptible de ser absorbido y apropiado y, por lo tanto, la masa absoluta del beneficio de que se apropia el capital social. Pero las mismas leyes de la producción y la acumulación aumentan también en progresión creciente, junto con la masa, el valor del capital constante más rápidamente que el de la parte variable del capital, la cual se puede cambiar por trabajo vivo. Las mismas leyes producen, pues, para el capital social una masa absoluta de beneficio creciente y una tasa de beneficio descendente.

El capital, Libro III, capítulo
décimo tercero (1894)

ATENUANTES

Cuando se considera el enorme desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social aunque solo sea en los últimos treinta años, comparados con todos los periodos anteriores, y sobre todo, cuando se considera la enorme masa de capital fijo que, aparte de la maquinaria propiamente dicha, entra en la totalidad del proceso de producción social, aparece, en lugar de la dificultad que hasta ahora ha ocupado a los economistas —a saber, explicar la caída de la tasa de beneficio—, la cuestión opuesta: explicar por qué esa caída no es mayor o más rápida. Tienen que estar actuando influencias contrarrestantes que obstaculicen y anulen el efecto de la ley general y la dejen solo el carácter de una tendencia, razón por la cual hemos llamado a la caída de la tasa general de beneficio «caída tendencial». Las más generales de esas causas son las siguientes:

Aumento del grado de explotación del trabajo

El grado de explotación del trabajo, la apropiación de plustrabajo y de plusvalía, se aumenta principalmente mediante la prolongación de la jornada de trabajo y la intensificación del trabajo. Esos dos puntos se desarrollaron detalladamente en el Libro I a propósito de la producción de la plusvalía absoluta y relativa. Hay muchos momentos de la intensificación del trabajo que implican un aumento del capital constante respecto del variable y, por lo tanto, caída de la tasa de beneficio, como cuando un trabajador tiene que vigilar una cantidad mayor de maquinaria. En este caso

—como en la mayoría de los procedimientos que sirven para producir plusvalía relativa—, las mismas causas que producen el aumento de la tasa de plusvalía pueden acarrear, si se consideran magnitudes dadas de capital total aplicado, una disminución de la masa de plusvalía. Pero hay otros momentos de intensificación como, por ejemplo, la aceleración de la maquinaria que, sin duda, consume en un mismo tiempo más materia prima, pero solo en lo que respecta al capital fijo: aunque es cierto que se gasta más deprisa la maquinaria, no afecta a la relación entre el valor de esta y el precio del trabajo que la pone en movimiento. Pero principalmente es la prolongación de la jornada de trabajo, ese invento de la industria moderna, lo que aumenta la tasa de plustrabajo apropiado sin alterar esencialmente la relación entre fuerza de trabajo aplicada y el capital constante puesto en movimiento por ella, y lo que de hecho más bien hace disminuir relativamente dicho capital constante. Por lo demás, se ha mostrado ya —y ello constituye el secreto propiamente dicho de la caída tendencial de la tasa de beneficio— que los procedimientos destinados a producir plusvalía relativa desembocan en líneas generales en lo siguiente: por una parte, transformar en plusvalía lo más posible de una masa de trabajo dada; por otra, y en relación con el capital adelantado, emplear el menor trabajo posible. De este modo los mismos motivos que permiten aumentar el grado de explotación del trabajo impiden explotar con el mismo capital total tanto trabajo como antes. Esas son las tendencias contrapuestas que empujan a un aumento de la tasa de plusvalía y al mismo tiempo hacia una disminución de la masa de plusvalía engendrada por un capital dado y, por lo tanto, de la tasa de beneficio. También hay que mencionar aquí la introducción masiva del trabajo de mujeres y niños, en el sentido de que la familia entera tiene que suministrar al capital una masa de plustrabajo mayor que antes, aunque

la suma total del salario que reciba aumente, cosa que no es en modo alguno el caso general. […]

Compresión del salario por debajo de su valor

Esto se aduce aquí solo empíricamente, porque de hecho, y como varias otras cosas que habría que citar, no tiene nada que ver con el análisis general del capital, sino que corresponde a la exposición de la competencia, la cual no se trata en esta obra. Pero es una de las causas principales que se oponen a la tendencia a la caída de la tasa de beneficio.

Abaratamiento de los elementos del capital constante

Es propio de este lugar todo lo que se dijo en la sección primera de este libro acerca de las causas que elevan la tasa de beneficio con una tasa de plusvalía constante, o independientemente de la tasa de plusvalía. Esto es: que si se considera el capital total, el valor del capital constante no aumenta en la misma proporción que su magnitud material. Por ejemplo, la cantidad de algodón que trabaja un obrero europeo de hilatura en una fábrica moderna ha aumentado en proporción colosal respecto de la que trabajaba antes un hilandero europeo con la rueca. Pero el valor del algodón trabajado no ha aumentado en la misma proporción que la cantidad. Lo mismo ocurre con las máquinas y otro capital fijo. Dicho brevemente: el mismo desarrollo que aumenta la masa del capital constante en comparación con el variable disminuye, a consecuencia del aumento de la fuerza productiva del trabajo, el valor de sus elementos, y, por lo tanto, impide que el valor del capital constante, aunque en permanente crecimiento, aumente en la misma proporción que su magnitud material, esto es, que la magnitud de los medios de producción puestos en movimiento por la misma cantidad de fuerza de trabajo. En algunos casos la masa de los elementos del capital

constante puede incluso aumentar mientras su valor permanece idéntico o incluso disminuye.

Con lo dicho aquí tiene que ver la desvalorización del capital existente (esto es, de sus elementos materiales) que se da con el desarrollo de la industria. También esa desvalorización es una de las causas de acción permanente que detienen la caída de la tasa de beneficio, aunque en ciertas circunstancias puede perjudicar a la masa del beneficio al perjudicar a la masa del capital que arroja beneficio. En esto se ve otra vez que las mismas causas que generan la tendencia a la caída de la tasa de beneficio moderan la realización de esa tendencia.

La sobrepoblación relativa

La génesis de esta es inseparable de, y acelerada por, el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo que se expresa en la disminución de la tasa de beneficio. La sobrepoblación relativa se manifiesta en un país tanto más llamativamente cuanto más desarrollado está en él el modo de producción capitalista. Por una parte, ella es, a su vez, la razón de que en muchas ramas de la producción siga existiendo una subordinación más o menos imperfecta del trabajo al capital y durante más tiempo del que corresponde a primera vista a la situación general del desarrollo; ello es consecuencia de la baratura y la cantidad de trabajadores asalariados disponibles o puestos a disposición, así como de la resistencia considerable que, por su naturaleza, oponen varias ramas de la producción a la transformación del trabajo manual en trabajo mecánico. Por otra parte, se abren nuevas ramas de la producción, particularmente para el consumo de lujo, que precisamente toman como base aquella sobrepoblación relativa a menudo hecha disponible por el predominio del capital constante en otras ramas de la producción y que solo paulatinamente van realizando la misma carrera que

esas otras ramas de la producción. En ambos casos el capital variable ocupa una proporción importante del capital total y el salario se encuentra por debajo de la media, de modo que tanto la tasa como la masa de la plusvalía son insólitamente altas en estas ramas de la producción. Mas como la tasa general de beneficio se forma por la nivelación de las tasas de beneficio de las diversas ramas de la producción, también aquí la misma causa que engendra la tendencia descendente de la tasa de beneficio produce un contrapeso contra esa tendencia, el cual paraliza más o menos su efecto.

El comercio exterior

En la medida en que, por una parte, abarata los elementos del capital constante y, por otra, los medios de vida imprescindibles en que se gasta el capital variable, el comercio exterior eleva la tasa de beneficio al levantar la tasa de plusvalía y rebajar el valor del capital constante. De un modo general, el comercio exterior actúa en ese sentido al permitir ampliar la escala de la producción. Con eso acelera, por una parte, la acumulación y, por otra, el descenso del capital variable respecto del constante, y, así, la caída de la tasa de beneficio. De este modo la ampliación del comercio exterior, aunque en la infancia del modo de producción capitalista fue su base, en su progreso se ha convertido en el producto propio de ese modo de producción por la necesidad interna de este, por su necesidad de un mercado cada vez más amplio. Aquí vuelve a manifestarse la misma duplicidad del efecto. (Ricardo ha pasado completamente por alto este aspecto del comercio exterior.) […]

El aumento del capital por acciones

A los cinco puntos anteriores se puede añadir aún el siguiente, en el que sin embargo no se puede entrar profundamente por ahora. En el progreso de

la producción capitalista, que va acompañado por una acumulación acelerada, una parte del capital se computa y se aplica exclusivamente como capital que devenga interés. No en el sentido en que todo capitalista que presta capital se contente con los intereses, mientras que el capitalista industrial se embolsa la ganancia empresarial. Eso no afecta en nada al nivel de la tasa general de beneficio, pues para esta, beneficio = interés + beneficio de todo tipo + renta de la tierra, cuya distribución en esas categorías particulares es indiferente para ella, sino en el sentido de que esos capitales, aunque puestos en grandes empresas productivas, arrojan solo, una vez deducidos todos los costes, intereses grandes o pequeños, los llamados «dividendos». Por ejemplo, en los ferrocarriles. No entran, por lo tanto, en la nivelación de la tasa general de beneficio, pues arrojan una tasa inferior a la tasa media de beneficio. Si entraran en esa nivelación, la tasa media de beneficio bajaría mucho más. Considerando las cosas teóricamente, se pueden incluir en el cálculo, y entonces se obtiene una tasa de beneficio inferior a la que aparentemente existe y motiva realmente a los capitalistas, pues precisamente en estas empresas el capital constante es máximamente grande en comparación con el variable.

El capital, Libro III, capítulo décimo cuarto (1894)

La Santa Trinidad

Capital y beneficio (el del empresario, más el interés del prestamista), suelo y renta de la tierra, trabajo y salario: esta Trinidad contiene todos los enigmas del proceso social de la producción.

El interés toma la apariencia de un producto realmente esencial del capital; en contraposición, el beneficio del emprendedor parece un salario independiente del capital. La Trinidad, al separar el beneficio que caracteriza el modo capitalista de producción como su propia forma de plusvalía, se reduce a: capital e interés – suelo y renta de la tierra – trabajo y salario.

Examinemos ahora esta Trinidad económica:

1. Las supuestas fuentes de la riqueza provienen de ámbitos heteróclitos. Su relación es prácticamente la misma que la que existe entre los honorarios de un notario, la remolacha y la música.

¡Capital! ¡Tierra! ¡Trabajo! Ahora bien, el capital no es una cosa. Es una relación social de producción, ligada a una estructura social determinada históricamente. Se encarna en una cosa a la cual confiere cierta cualidad social. El conjunto de los medios materiales de producción que han sido producidos no son capital como los metales preciosos, oro o plata, no son dinero económicamente hablando. Tienen que ser transformados en capital. ¿Qué es el Capital? Es el conjunto de los medios de producción monopolizados por una parte de la sociedad; son los productos y las

condiciones de actividad de la fuerza de trabajo viva en oposición con esa fuerza de trabajo, que de hecho se personifican en el capital. […]

¿La Tierra? Es la naturaleza inorgánica, *rudis indigestaque moles*,[50] en su caos primitivo. El valor resulta del trabajo. La plusvalía, crecimiento del valor, no podría por tanto proceder del suelo. […]

Finalmente, ¿qué es el Trabajo, tercera persona de la Trinidad? Es un espectro, una abstracción; no es nada. […] Es el término general que designa la actividad productiva de los hombres, actividad a través de la cual efectúan un intercambio de materias con la naturaleza. Manifestación y afirmación vital, esta actividad es, por tanto, común a todos los hombres, sean o no sociales.

[…]

La Trinidad económica, que pretende mostrar la unidad interna entre los elementos de la riqueza así como su fuente, marca la cima de las mistificaciones capitalistas: la conversión de las relaciones sociales en cosas, la amalgama de las relaciones de producción con sus aspectos históricos y sociales. Es el mundo mágico, embrujado, invertido, donde el señor Capital y la señora Tierra, personajes sociales y simultáneamente cosas, bailan su corro espectral. Recae en la economía política el honor de haber dispersado esos vapores y esos espejismos: esta transformación de los elementos sociales de la riqueza en entidades independientes y fijas, esta personificación de las cosas y la cosificación de las relaciones, esta religión de la vida cotidiana.

El capital, Libro III, capítulo
cuadragésimo octavo (1894)

Naturaleza y naturaleza de la libertad

La libertad solo puede radicar en que el ser humano socializado, es decir, el conjunto global de los productores, regule de manera racional su metabolismo con la naturaleza poniéndolo bajo su poder colectivo, en vez de ser dominado por él como por un poder ciego, para que lo lleve a cabo con el mínimo empleo de fuerza y en una forma adecuada al pleno desarrollo humano.

El capital, Libro III, capítulo cuadragésimo octavo (1894)

¿QUÉ PRODUCE UN DELINCUENTE?

El filósofo produce ideas, el poeta poemas, el cura sermones, el profesor compendios, etcétera. El delincuente produce delitos. Fijémonos un poco más de cerca en la conexión que existe entre esta última rama de producción y el conjunto de la sociedad, y ello nos ayudará a sobreponernos a muchos prejuicios. El delincuente no produce solamente delitos; produce, además, el derecho penal y con ello, al mismo tiempo, al profesor encargado de sustentar cursos sobre esta materia y, además, el inevitable compendio en que este mismo profesor lanza al mercado sus lecciones como una «mercancía». Lo cual contribuye a incrementar la riqueza nacional, aparte de la fruición privada que según un testigo competente, el señor profesor Roscher, el manuscrito del compendio produce a su propio autor.

El delincuente produce, asimismo, toda la Policía y la administración de justicia penal, esbirros, jueces, verdugos, jurados, etcétera; y a su vez, todas estas diferentes ramas de industria, que representan otras tantas categorías de la división social del trabajo, desarrollan diferentes capacidades del espíritu humano, crean nuevas necesidades y nuevos modos de satisfacerlas. Solamente la tortura ha dado pie a los más ingeniosos inventos mecánicos y ocupa, en la producción de sus instrumentos, a gran número de honrados artesanos.

El delincuente produce una impresión, a veces moral, otras veces trágica según los casos, prestando con ello un «servicio» al movimiento de los

sentimientos morales y estéticos del público. No solo produce manuales de derecho penal, códigos penales y, por tanto, legisladores que se ocupan de los delitos y las penas; produce también arte, literatura, novelas e incluso tragedias, como lo demuestran no solo *La culpa* de Müllner o *Los bandidos* de Schiller, sino incluso el *Edipo* y el *Ricardo III*. El delincuente rompe la monotonía y el aplomo cotidiano de la vida burguesa. La preserva así del estancamiento y provoca esa tensión y ese desasosiego sin los que hasta el acicate de la competencia se embotaría. Impulsa con ello las fuerzas productivas. El crimen descarga al mercado de trabajo de una parte de la superpoblación sobrante, reduciendo así la competencia entre los trabajadores y poniendo coto hasta cierto punto a la bajada del salario, y al mismo tiempo la lucha contra la delincuencia absorbe a otra parte de la misma población. Así, por todas estas razones, el delincuente actúa como una de esas «compensaciones» naturales que contribuyen a restablecer el equilibrio adecuado y abren toda una perspectiva de ramas «útiles» de trabajo.

El capital, Libro IV, apéndice 11 (1905-1910)

TRABAJO Y POESÍA

El proceso de producción capitalista no es tampoco simplemente la producción de mercancías. Es un proceso que absorbe trabajo no retribuido, que convierte el material y los medios de trabajo —los medios de producción— en medio de absorción de trabajo no retribuido.

De lo expuesto se desprende que el ser trabajo productivo constituye una función del trabajo que, en primer lugar, no tiene absolutamente nada que ver con el contenido determinado del trabajo, con su utilidad específica o con el valor de uso peculiar en que tome cuerpo.

Ese mismo trabajo puede ser productivo o improductivo.

Por ejemplo, Milton, *who did the «Paradise lost» for five pounds* era un trabajador improductivo. En cambio, el autor que entrega a su librero artículos fabricados es un trabajador productivo. Milton produjo *El paraíso perdido* por la misma razón por la que el gusano de seda segrega esta fibra. Era una afirmación de su naturaleza. Y más tarde vendió su producto por cinco libras esterlinas. Pero el propietario de la literatura que, en Leipzig bajo la dirección de su editor, se dedica a fabricar libros (compendios de economía, por ejemplo), este sí es un trabajador productivo, ya que su producto nace supeditado de antemano al capital y su función no es otra que valorizarlo. Una cantante que vende sus cantos por su cuenta es una trabajadora improductiva. Pero esta, contratada para ganar dinero es una trabajadora productiva, puesto que produce capital.

El capital, Libro IV, apéndice 12 (1905-1910)

La compra de servicios, o cuando el sastre viene a casa

Para mí, tanto da que compre unos pantalones o que compre paño y traiga a la casa a un sastre al que pague el servicio (es decir, su trabajo de sastre) de hacerme de este paño unos pantalones. Si le compro los pantalones al *merchant-tailor* en vez de proceder del segundo modo es porque este me sale más caro y los pantalones cuestan menos trabajo y, por consiguiente, resultan más baratos si los produce el *capitalist-tailor* que si yo los mando hacer por el segundo procedimiento. Tanto en uno como en otro caso convierto el dinero con que compro los pantalones, no en capital, sino en una prenda de vestir, y en ambos casos se trata para mí de emplear el dinero simplemente como medio de circulación, es decir, de convertirlo en este valor de uso determinado. Por tanto, el dinero no funciona aquí como capital, aunque en uno de los dos casos se cambie por una mercancía y en el otro caso compre como mercancía el trabajo mismo. Funciona solamente como dinero y, más precisamente, como medio de circulación.

Por otra parte, el oficial sastre no es un trabajador productivo, aunque su trabajo me suministre a mí un producto, los pantalones, y a él le aporte el precio de su trabajo, el dinero. Cabe la posibilidad de que la cantidad de trabajo suministrada por este oficial sea mayor que la contenida en el precio que yo le pago. Es incluso probable, ya que el precio de su trabajo lo determina el precio que los oficiales sastres productivos obtienen. Pero esto a mí me tiene sin cuidado. Un vez que el precio ha sido estipulado, me es de

todo punto indiferente que trabaje ocho horas o diez. De lo que aquí se trata es del valor de uso, de los pantalones, aunque naturalmente el que lo pague de un modo o de otro tiene el interés de pagar lo menos posible, pero ni más ni menos en un caso que en otro, es decir, de pagar solamente el precio normal. Se trata de un gasto originado por mi consumo que no viene a incrementar sino a mermar mi dinero. No se trata en modo alguno de un medio de enriquecimiento, como no lo es ni puede serlo tampoco cualquier otro medio de desembolsar dinero para mi consumo personal.

Uno de los *savants* de Paul de Kock podría decirme que sin esta compra, como sin la compra de pan, no puedo vivir ni, por tanto, enriquecerme, y que se trata, por tanto, de un medio indirecto o, por lo menos, de una condición para mi enriquecimiento de la misma manera en que mi circulación sanguínea y mi proceso respiratorio son condiciones para que pueda enriquecerme. Lo cual no quiere decir que, en sí mismo y de por sí, ni la circulación de la sangre ni el proceso respiratorio me enriquezcan, ya que tanto una como otro presuponen, por el contrario, un intercambio de sustancias bastante costoso pero muy necesario, y sin cuya necesidad no habría en el mundo pobres diablos. Por tanto, el simple cambio *directo* de dinero por trabajo no convierte al dinero en capital ni al trabajo en trabajo productivo.

Ahora bien, ¿qué es lo característico de este cambio? ¿Qué es lo que lo distingue del cambio de dinero por trabajo productivo? De una parte, el hecho de que el dinero se gasta como dinero, como forma sustantiva del valor de cambio que tiende a convertirse en un valor de uso, en medios de vida, objeto de consumo personal. Por tanto, el dinero no se convierte en capital sino que, por el contrario, deja de existir como valor de cambio para gastarse, consumirse, como valor de uso. Y por otra parte, el trabajo solo tiene interés para mí en cuanto valor de uso, como un *servicio* mediante el

cual se convierte el paño en unos pantalones, el servicio que me presta el determinado carácter útil de este trabajo.

En cambio, el servicio que el mismo oficial sastre empleado por un *merchant-tailor* presta a este capitalista no consiste, ni mucho menos, en convertir el paño en pantalones, sino en que el tiempo de trabajo necesario materializado en unos pantalones equivale a 12 horas de trabajo, mientras que el salario que el patrono le paga representa 6 horas. Por consiguiente, el servicio que el oficial le presta consiste en trabajar 6 horas gratis para él. El hecho de que lo haga en forma de pantalones oculta simplemente la verdadera relación. Tan pronto como puede hacerlo, el *merchant-tailor* trata de volver a convertir los pantalones en dinero, es decir, en una forma bajo la cual desaparece totalmente el carácter determinado del trabajo de sastrería y el servicio prestado se manifiesta de tal modo que, en vez del tiempo de trabajo de 6 horas expresado en una determinada suma de dinero, existe como tiempo de trabajo de 12 horas, que se expresa en una suma de dinero del doble.

Compro el trabajo del sastre por el servicio que como tal trabajo de sastrería me presta para satisfacer mi necesidad de vestido y, por consiguiente, al servicio de mis necesidades. El *merchant-tailor* lo compra como medio para convertir un tálero en dos. Yo lo compro porque produce un determinado valor de uso, porque presta determinado servicio. El otro lo compra porque le suministra más valor de cambio del que le cuesta, simplemente como un medio de cambiar menos trabajo por más.

Cuando el dinero se cambia directamente por trabajo sin que este produzca capital, sin que sea por tanto trabajo productivo, el trabajo se compra como un servicio, expresión equivalente al valor de uso específico que el trabajo presta, al igual que cualquier otra mercancía, pero que es una expresión propia y específica del especial valor de uso del trabajo, cuando

este no presta servicios en cuanto cosa, sino en cuanto *actividad*, lo que sin embargo en nada lo distingue, por ejemplo, de una máquina, digamos de un reloj. *Do ut facias*, *facio ut facias*, *facio ut des*, *do ut des*[51] son aquí fórmulas totalmente indiferentes de la misma relación, mientras que en la producción capitalista el *do ut facias* expresa una relación muy específica del valor material que se da y de la actividad viva que se acapara. Y es natural que sea esta la forma predilecta de los Say, Bastiat y consortes para expresar la relación de capital y trabajo, ya que en estas compras de servicios no se contiene para nada la relación específica entre el trabajo y el capital, o no ha llegado a existir o se ha esfumado totalmente.

El capital, Libro IV, apéndice 12 (1905-1910)

¿Estudiar incrementa el capital?

Así pues, si el mero cambio de dinero y trabajo no convierte a este en trabajo productivo, o dicho en otros términos, no convierte el dinero en capital, también el contenido, el carácter concreto, la utilidad específica del trabajo se revela por el momento como algo indiferente, pues ya hemos visto que el mismo trabajo del mismo oficial sastre puede, en unos casos, manifestarse como productivo y en otros no.

Ciertas prestaciones de servicios o los valores de uso en que se traducen ciertos trabajos o actividades se materializan en mercancías, mientras que otras no dejan un residuo tangible que pueda distinguirse de la persona misma o no dan como resultado una mercancía susceptible de ser vendida. Por ejemplo, los servicios prestados por un cantante satisfacen mi necesidad estética, pero mi disfrute se manifiesta en una acción inseparable de la persona misma del cantante y termina en el momento en que termina la acción de cantar. De lo que yo disfruto es de su actividad, de la repercusión de esta sobre mi oído. Los mismos servicios, como la mercancía que compro, pueden ser necesarios o parecerlo, como ocurre por ejemplo con los del soldado, el médico o el abogado, o puede tratarse simplemente de servicios que me proporcionan un goce. Esto no modifica para nada su destino económico. Cuando nos sentimos sanos y no necesitamos del médico o tenemos la suerte de no vernos metidos en pleitos, huimos como de la peste de gastar el dinero en pagar servicios médicos o jurídicos.

Puede también ocurrir que los servicios nos sean impuestos, que se trate de servicios de funcionarios, etcétera.

Si compro los servicios de un profesor —u otro lo hace por mí—, no para desarrollar mis capacidades sino para estar en mejores condiciones de ganar dinero, y si realmente aprendo algo que sea de por sí absolutamente independiente del pago del servicio, estos gastos de aprendizaje, al igual que el costo de mi sustento, forman parte de los costos de producción de mi fuerza de trabajo. Pero la utilidad específica de este servicio no altera para nada la relación económica; no se trata de una relación en la que yo convierta el dinero en capital o mediante la que quien presta los servicios, el profesor, me convierta a mí en su capitalista, en *his master*. Y por tanto, en nada afecta a la función económica de esta relación el hecho de que el médico me cure o no, que las enseñanzas del profesor sean o no provechosas, que el abogado gane o pierda el pleito. Lo que se paga es la prestación del servicio en cuanto tal sin que quien lo preste pueda, por la naturaleza misma del servicio, garantizar el resultado de este. Gran parte de los servicios figuran entre los costos de consumo de mercancías, como ocurre con los de la cocinera, la doncella, etcétera.

Es característica de todos los trabajos improductivos guardar con la oferta la misma relación que guarda la compra de las demás mercancías con el consumo: depende del grado en que se explote a trabajadores productivos. De ahí que, entre todas las personas, el trabajador productivo sea quien menos dispone de los servicios de trabajadores improductivos. Y a la inversa, el poder de que dispongo para emplear a trabajadores productivos no aumenta, ni mucho menos, en la misma proporción en que empleo a trabajadores improductivos, sino que por el contrario disminuye en esta misma proporción, aunque haya que pagar el precio más elevado de todos por los servicios *involuntarios* (el Estado, impuestos).

Los mismos trabajadores productivos pueden ser, con respecto a mí, trabajadores improductivos. Por ejemplo, si mando empapelar mi casa y los empapeladores son trabajadores asalariados de un *master* que me vende esta actividad, es lo mismo que si hubiera comprado la casa ya empapelada, que si hubiera desembolsado el dinero por una mercancía para mi consumo; ahora bien, para el *master* que emplea a estos obreros se trata de trabajadores productivos, ya que producen plusvalía para él.

El capital, Libro IV, apéndice 12 (1905-1910)

Los autónomos

Ahora bien, ¿qué ocurre con los artesanos o los campesinos independientes que no emplean a trabajadores y que, por tanto, no producen como capitalistas? Puede ocurrir, como ocurre siempre en el caso de los campesinos aunque no, por ejemplo, en el caso del hortelano que trabaja en mi huerto, que sean productores de mercancías y que les compremos la mercancía a ellos, sin que la cosa cambie, supongamos, por el hecho de que el artesano suministre la mercancía por encargo o el campesino haga efectiva su *supply* a medida de sus posibilidades. En esta relación se enfrentarán a nosotros como vendedores de mercancías y no como vendedores de trabajo, sin que esta relación tenga, por consiguiente, nada que ver con el cambio de capital y trabajo ni tampoco con la diferencia entre trabajo productivo e improductivo, ya que esta se basa solamente en que el trabajo se cambie por dinero como tal o por dinero en cuanto capital. No entran pues ni en la categoría de trabajadores productivos ni en la de trabajadores improductivos, a pesar de tratarse de productores de mercancías. Lo que ocurre es que su producción no entra dentro del marco del modo de producción capitalista.

Es posible que estos productores, que trabajan con medios de producción propios, no se limiten a reproducir su fuerza de trabajo sino que creen, además, una plusvalía aunque su posición les permite apropiarse su plustrabajo o un parte de él (ya que otra parte se les sustrae en forma de impuestos, etcétera). Y aquí nos encontramos con un rasgo peculiar

característico de una sociedad en la que predomina un determinado modo de producción, aunque no todas las relaciones de producción se hallen sometidas a él. Por ejemplo en la sociedad feudal, que en ningún país podemos estudiar mejor que en Inglaterra ya que el sistema del feudalismo fue importado por los ingleses, con todos sus rasgos, desde Normandía y su forma se implantó sobre una base social diferente en muchos aspectos, cobran también una expresión feudal relaciones muy alejadas de la esencia del feudalismo, por ejemplo, las meras relaciones monetarias, en las que no se trata en modo alguno de mutuos servicios personales entre soberano y vasallo. Por ejemplo, la ficción de que el pequeño campesino ha recibido su tierra en feudo.

Exactamente lo mismo ocurre en el modo de producción capitalista. El campesino o el artesano independiente se desdobla en dos personas. En cuanto poseedor de los medios de producción, es capitalista y, en cuanto trabajador, su propio asalariado. Esto quiere decir que, como capitalista, se paga su salario y obtiene su ganancia de su capital, es decir, que se expropia a sí mismo como trabajador asalariado y que se paga, en la plusvalía, el tributo que el trabajo debe al capital. Y tal vez se pague, además, una tercera parte en cuanto propietario de la tierra (renta), exactamente como veremos más adelante que el capitalista industrial, cuando trabaja con su propio capital, se paga a sí mismo intereses y considera esto como algo que no se debe en calidad de capitalista industrial, sin *qua* capitalista, pura y simplemente.

La función social de los medios de producción en la producción capitalista —que les hace expresar una determinada relación de producción — se halla tan íntimamente unida a la existencia material de estos medios de producción como tales y es algo tan inseparable de ellos en el modo de representarse las cosas propio de la sociedad burguesa que aquella

determinación (determinación categórica) se aplica incluso allí donde se halla en contradicción directa con la relación de que se trata. Los medios de producción solo se convierten en capital cuando se sustantivan como una potencia social frente al trabajo. Pero en el caso que nos ocupa, el productor —trabajador— es poseedor, propietario de sus medios de producción. Por tanto, estos no son capital de igual modo que el productor no es, en lo que a ellos se refiere, trabajador asalariado. A pesar de lo cual se los considera como capital y el productor se ve desdoblado, como si él en cuanto capitalista, se empleara a sí mismo como trabajador asalariado.

Y en realidad, este modo de representarse la cosa, por irracional que parezca *on first view*, es sin embargo *so far* exacto: es cierto que producir, en el caso a que nos estamos refiriendo, crea su propio *surplus value* partiendo del supuesto de que venda su mercancía por su valor o bien el producto se limita a materializar en su totalidad su propio trabajo. Pero el hecho de que él mismo pueda apropiarse el producto total de su propio trabajo, sin que el excedente del valor de su producto por encima del precio medio, de su trabajo diario por ejemplo, sea apropiado por un tercer *master*, no lo debe a su trabajo —que en nada le distingue de los otros trabajadores —, sino a la posesión de los medios de producción. Es por tanto la propiedad sobre estos la que le permite apoderarse de su propio plustrabajo, lo que hace que se comporte como su propio capitalista ante sí mismo en cuanto trabajador asalariado.

El capital, Libro IV, apéndice 12 (1905-1910)

PRODUCCIÓN INMATERIAL

En la producción inmaterial, aunque se enfoque puramente hacia el cambio y se manifieste, por tanto, en la producción de mercancías, caben dos posibilidades:

1) Que se traduzca en mercancías, en valores de uso que asuman una forma distinta e independiente del productor y el consumidor, pudiendo darse por consiguiente en un intervalo entre la producción y el consumo, pudiendo circular en este intervalo como mercancías vendibles, que es lo que ocurre con los libros, las pinturas, en pocas palabras, con todas las obras de arte distintas de la actividad artística del pintor que las ejecuta. La producción capitalista solo es aplicable aquí en una proporción muy limitada, como por ejemplo en el caso en que un autor explota a gran número de personas como peones para llevar a cabo, verbigracia, una obra común, por ejemplo, una enciclopedia. En la mayor parte de los casos no se pasa de la forma de transición hacia la producción capitalista propiamente dicha e, incluso desde el punto de vista formal, no se halla aún supeditada a ella. Y la cosa no cambia en lo más mínimo por el hecho de que sea precisamente bajo estas formas de transición donde la explotación del trabajo alcanza su grado máximo.

2) La producción no es separable del acto de producir, como vemos en todos los artistas ejecutores, oradores, actores, profesores, médicos, curas, etcétera. También aquí encontramos el modo capitalista de producción reducido a su expresión mínima y vemos que solo puede manifestarse en

algunas esferas por la naturaleza misma de la cosa. En los establecimientos de enseñanza, por ejemplo, los profesores solo pueden ser trabajadores asalariados al servicio del empresario del establecimiento, y en Inglaterra existen numerosas fábricas de enseñanza de este tipo. Y aunque estos profesores no sean trabajadores productivos con respecto a los alumnos, lo son con respecto a su empresario. Este cambia su capital por la fuerza de trabajo de los profesores y se enriquece mediante este proceso. Otro tanto ocurre con las empresas teatrales, centros de diversiones, etcétera. Con respecto al público, el actor se comporta simplemente como un artista, pero en relación con su empresario es un trabajador productivo. Pero todas las manifestaciones de la producción capitalista en este campo son algo tan insignificante comparadas con la totalidad de la producción que podemos hacer totalmente caso omiso de ellas.

El capital, Libro IV, apéndice 12 (1905-1910)

OBREROS Y ESCLAVOS

El esclavo solo trabaja bajo el acicate del temor exterior y no para su existencia —que no le pertenece, aunque sin embargo le está garantizada—, mientras que el trabajador libre trabaja para sus necesidades (*wants*). La conciencia (o más bien la ilusión) de una determinación personal libre, de la libertad, así como el sentimiento de responsabilidad (*responsibility*) anejo a aquella, hacen de este un trabajador mucho mejor que aquel. El trabajador libre, como cualquier otro vendedor de mercancía, es responsable de la mercancía que suministra y que debe suministrar con cierto nivel de calidad si no quiere ceder el campo a otros vendedores de mercancías del mismo género (*species*). La continuidad de la relación entre el esclavo y el esclavista es tal que en ella el primero se mantiene sujeto por coerción directa. El trabajador libre, por el contrario, está obligado a mantener él mismo la relación, ya que su existencia y la de los suyos depende de que renueve continuamente la venta de su capacidad de trabajo al capitalista. En el caso del esclavo, el salario mínimo aparece como una magnitud constante, independiente de su trabajo.

En el caso del trabajador libre, este valor de su capacidad de trabajo y el salario medio que corresponde al mismo no están contenidos dentro de esos límites predestinados, independientes de su propio trabajo, determinados por sus necesidades puramente físicas. La media es aquí más o menos constante para la clase, como el valor de todas las mercancías, pero no existe en esta realidad inmediata para el obrero individual cuyo salario

puede estar por encima o por debajo de ese mínimo. El precio del trabajo ora cae por debajo del valor de la capacidad de trabajo, ora lo supera. Por lo demás, existe libertad de movimiento dentro de estrechos límites para la individualidad del obrero, de lo cual resultan diferencias de salarios, en parte entre diversas ramas de trabajo, en parte dentro de la misma rama laboral, según la diligencia, habilidad, vigor, etcétera, del obrero, y sin duda esas diferencias están determinadas hasta cierto punto por la medida de su rendimiento personal. De esta suerte, la cuantía del salario varía por obra de su propio trabajo y de la calidad individual de este último. Ello sucede particularmente allí donde el trabajo se paga a destajo.

Si bien, como hemos visto, esto no cambia en nada la relación general entre el capital y el trabajo, entre el plustrabajo y el trabajo necesario, la relación se manifiesta para el obrero individual de manera diferente y, precisamente, según el grado de su rendimiento personal. En el caso del esclavo, su fuerza o habilidad particulares pueden elevar el valor venal de su persona, pero esto a él ni le va ni le viene. No sucede lo mismo en el caso del trabajador libre, propietario exclusivo de su capacidad de trabajo.

El valor superior de esta capacidad laboral se le debe pagar a él mismo mediante un salario más elevado. Se producen, por consiguiente, grandes diferencias de salarios, según tal o cual trabajo requiera o no una capacidad laboral más desarrollada, exigente de costos de producción mayores. Con ello se abre un campo de acción a la diversidad individual, por un lado, y por otro se da un incentivo al desarrollo de la capacidad propia de trabajo. Por innegable que sea que la masa del trabajo debe componerse de más o menos trabajo simple (*unskilled labour*) y que también la masa del salario ha de determinarse en función del valor de la capacidad de trabajo simple, a tales o cuales individuos les es factible siempre, gracias a su particular energía, talento, etcétera, ascender a esferas de trabajo más elevadas, así

como permanece abierta la posibilidad abstracta de que este o aquel obrero se transforme él mismo en capitalista y explotador de trabajo ajeno. El esclavo pertenece a un amo (*master*) determinado; el obrero debe venderse al capital pero no a un capitalista determinado, de modo que dentro de ciertos límites, puede elegir a quien quiere venderse y puede cambiar de *master*. Todas estas relaciones modificadas hacen que la actividad del trabajador libre sea más intensa, continua, móvil y competente que la del esclavo, aparte de que lo capacitan para una acción histórica muy diferente.

El esclavo recibe en especie los medios de subsistencia necesarios para su manutención, y esa forma natural de los mismos está fijada, tanto por su género como por su volumen, en valores de uso. El trabajador libre los recibe bajo la forma de dinero, del valor de cambio, forma social abstracta de la riqueza. Si bien el salario no es otra cosa, de hecho, que la forma argentada o áurea o cúprica o de papel adoptada por los medios de subsistencia necesarios en la que incesantemente tiene que resolverse —y el dinero opera aquí únicamente como forma evanescente del valor de cambio, como simple medio de circulación—, en la imaginación del obrero el objetivo y el resultado de su trabajo sigue siendo, empero, la riqueza abstracta, el valor de cambio, no un valor de uso determinado, tradicional y localmente limitado. Es el obrero mismo quien convierte el dinero en valores de uso cualesquiera, compra con él tales o cuales mercancías, y como poseedor de dinero, como adquirente de mercancías, se halla frente a los vendedores de mercancías exactamente en la misma relación que todos los demás compradores.

El capital, Libro I, capítulo sexto (Inédito) (1933)

El capital como agujero negro

Denomino *subsunción formal del trabajo en el capital* a la forma que se funda en el plusvalor absoluto, puesto que solo se diferencia *formalmente* de los modos de producción anteriores sobre cuya base surge (o es introducida) directamente, sea que el productor (*producer*) actúe como empleador de sí mismo (*self-employing*), sea que el productor directo deba proporcionar plustrabajo a otros. La *coerción* que se ejerce, *id est*, el método por el cual se expolia plustrabajo, es de otra índole. Lo esencial en la subsunción formal es lo siguiente:

1) La relación puramente monetaria entre el que se apropia el plustrabajo y el que lo suministra: en la medida en que surge la *subordinación*, la misma deriva del *contenido* determinado de la venta, no de una subordinación precedente a la misma merced a la cual el productor —debido a circunstancias políticas, etcétera— se encontrara en otra relación que la monetaria (relación entre poseedor de mercancía y poseedor de mercancía) respecto al explotador de su trabajo. *Solamente* en su condición de poseedor de las condiciones de trabajo es como, en este caso, el comprador hace que el vendedor caiga bajo su dependencia económica; no existe ninguna relación política, fijada socialmente, de hegemonía y subordinación.

2) Lo que es inherente a la primera relación —pues en caso contrario el obrero no tendría que vender su capacidad de trabajo— es que sus *condiciones objetivas de trabajo* (medios de producción) y condiciones

subjetivas de trabajo (medios de subsistencia) se le enfrentan como capital, como monopolizadas por el adquirente de su capacidad de trabajo. Cuanto más plenamente se le enfrentan esas *condiciones de trabajo* como propiedad ajena, tanto más plena y *formalmente* se establece *la relación entre el capital y el trabajo asalariado*, es decir, la subsunción formal del trabajo en el capital, condición y premisa de la subsunción real.

En el modo de producción mismo no se verifica aún ninguna diferencia en esta etapa. El proceso laboral, desde el punto de vista tecnológico, se efectúa exactamente como antes, solo que ahora como proceso laboral subordinado al capital.

[…]

La diferencia entre el trabajo *formalmente* subsumido en el capital y el modo precedente de emplear el trabajo se revela con tanta mayor claridad cuanto más se acrecienta *el volumen del capital* empleado por el capitalista individual, y por tanto *la cantidad de los obreros que ocupa simultáneamente*. Tan solo una vez alcanzado cierto mínimo de capital, el capitalista deja de ser él mismo un trabajador y [comienza] a ocuparse únicamente de la dirección del proceso laboral y la comercialización de las mercancías producidas. Asimismo, la subsunción real del trabajo en el capital —*el modo de producción capitalista propiamente dicho*— no hace su entrada en escena hasta que no se hayan apoderado de la producción capitales de cierta magnitud, sea que el comerciante se transforme en capitalista industrial, sea que sobre la base de la subsunción formal se hayan constituido capitalistas industriales más fuertes.

Cuando la relación entre la hegemonía y la subordinación reemplaza a la esclavitud, la servidumbre, el vasallaje, las formas patriarcales, etcétera, de la subordinación, tan solo se opera una mudanza en su forma. La *forma* se

vuelve más libre porque es ahora de naturaleza meramente *material*, formalmente voluntaria, *puramente económica*.

[…]

La subsunción real del trabajo en el capital se desarrolla en todas aquellas formas que producen plusvalía relativa, a diferencia de la absoluta.

Con la subsunción real del trabajo en el capital se efectúa una revolución total (que se prosigue y repite continuamente) en el modo de producción mismo, en la productividad del trabajo y en la relación entre el capitalista y el obrero. En la subsunción real del trabajo en el capital hacen su aparición en el proceso de trabajo todos los *changes* que analizáramos anteriormente. Se desarrollan las *fuerzas productivas sociales del trabajo* y, merced al trabajo a gran escala, se llega a la aplicación de la ciencia y la maquinaria a la producción inmediata. Por una parte, el *modo capitalista de producción*, que ahora se estructura como un modo de producción *sui generis*, origina una forma modificada de la producción material. Por otra parte, esa modificación de la forma material constituye la base para el desarrollo de la relación capitalista, cuya forma adecuada corresponde, en consecuencia, a determinado grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas del trabajo.

Hemos visto ya cómo un mínimo determinado y siempre *creciente de capital* en las manos de los capitalistas individuales es, por un lado, premisa necesaria y, por otro, resultado permanente del modo de producción *específicamente capitalista*. El capitalista debe ser propietario o usufructuario de medios de producción a escala social, en una cuantía de valor que haya perdido toda relación con la producción posible del individuo o de su familia. El *mínimo del capital* es tanto mayor en un ramo de la industria cuanto más se explota este de manera capitalista, cuanto más desarrollada está en él la productividad social del trabajo. En la misma

proporción debe aumentar en magnitud de valor el capital y adoptar dimensiones sociales, esto es, despojarse de todo carácter individual. Precisamente la productividad del trabajo, la masa de la producción, la masa de la población y la masa de la sobrepoblación desarrolladas por este modo de producción suscitan incesantemente —con el capital y el trabajo ahora disponibles— nuevas ramas productivas, en las cuales el capital puede trabajar nuevamente a pequeña escala y recorrer nuevamente los diversos estadios de desarrollo, hasta que también comienzan a explotarse a escala social esas nuevas ramas de la actividad. Es este un proceso continuo. Simultáneamente *la producción capitalista* tiende a conquistar todas las *ramas industriales* de las que hasta ahora no se ha apoderado, y en las que aún existe *la subsunción formal*.

Tan pronto como se ha enseñoreado de la agricultura, de la industria minera, de la manufactura de las principales materias textiles, etcétera, invade los otros sectores donde únicamente [se encuentran] artesanos formalmente o incluso aún [realmente] independientes. Ya en el análisis del maquinismo señalamos cómo la introducción de maquinaria en un ramo entraña el mismo fenómeno en otros ramos y al mismo tiempo en otros sectores del mismo ramo. El hilado mecánico lleva al tejido mecánico; el hilado mecánico en la industria algodonera al hilado mecánico de la lana, el lino, la seda, etcétera. El empleo intensivo de la maquinaria en las minas de carbón, las manufacturas de algodón, etcétera, volvió necesaria la introducción del modo de producción a gran escala en la construcción de las máquinas mismas. Prescindiendo de la ampliación de los medios de transporte, exigida por este modo de producción a gran escala, es debido a la introducción de la maquinaria en la construcción de las mismas máquinas —sobre todo de los generadores de energía (*prime motors*) cíclicos— como se hicieron posible los barcos de vapor y los ferrocarriles y se revolucionó

íntegramente la construcción naval. La gran industria arroja tales masas humanas en los ramos aún no sometidos, o produce en ellos tal sobrepoblación relativa, como se requiera para transformar el artesanado o la pequeña empresa formalmente capitalista en gran industria.

El capital, Libro I, capítulo sexto (Inédito) (1933)

CAPITALISTA DE SÍ MISMO

Todo trabajador productivo es un asalariado, pero no todo asalariado es un trabajador productivo.

Cuando se compra el trabajo para consumirlo como valor de uso, como servicio para ponerlo como factor vivo en lugar del valor del capital variable e incorporarlo al proceso capitalista de producción, el trabajo no es trabajo productivo y el trabajador asalariado no es trabajador productivo. Se consume su trabajo a causa de su valor de uso, no como trabajo que pone valores de cambio, se le consume improductiva, no productivamente. El capitalista, pues, no se le enfrenta como tal, como representante del capital; por ese trabajo intercambia su dinero como rédito, no como capital. El consumo de ese trabajo no equivale a D – M – D’, sino a M – D – M (la última es el trabajo o el servicio mismo). El dinero funciona aquí únicamente como medio de circulación, no como capital.

Así como las mercancías que compra el capitalista para consumo privado no se consumen productivamente, no se transforman en factores del capital, tampoco ocurre eso con los servicios que compra por grado o por fuerza (al Estado, etcétera) a causa de su valor de uso, para su consumo. Los mismos no se convierten en factor del capital. Por consiguiente, no son trabajos productivos y sus ejecutantes no son trabajadores productivos.

Cuanto más se desarrolla la producción en general como producción de mercancías, más quiere y debe cada uno convertirse en vendedor de mercancías, hacer dinero sea con producto, sea con sus servicios —cuando

su producto, debido su naturaleza, solo existe bajo la forma de servicio—, y ese hacer dinero aparece como el objetivo último de todo género de actividad. En la producción capitalista, por un lado, la producción de los productos como mercancías, y por otro, la forma del trabajo como trabajo asalariado, se absolutizan. Una serie de funciones y actividades envueltas otrora por una aureola y consideradas como fines en sí mismas, que se ejercían de manera honoraria o se pagaban oblicuamente —como todos los profesionales (*professionals*), médicos, abogados (*barristers*), etcétera, en Inglaterra, que no podían o no pueden querellar para obtener el pago de sus honorarios—, por una parte se transforman directamente en trabajos asalariados, por diferente que pueda ser su contenido y su pago; por la otra caen —su evaluación, el precio de estas diversas actividades, desde la prostituta hasta el rey— bajo las leyes que regulan el precio del trabajo asalariado. No corresponde examinar aquí este último punto, sino hacerlo en un análisis especial sobre el trabajo asalariado y el salario. Ahora bien, este fenómeno, el de que con el desarrollo de la producción capitalista todos los servicios se transforman en trabajo asalariado y todos sus ejecutantes en asalariados, teniendo en consecuencia esa característica en común con el trabajador productivo, induce tanto más a la confusión entre unos y otros porque es un fenómeno característico de la producción capitalista y generado por la misma.

Primero: Dentro de la producción capitalista ciertas partes de los trabajos que producen mercancías se siguen ejecutando de una manera propia de los modos de producción precedentes, donde la relación entre el capital y el trabajo asalariado aún no existe de hecho, por lo cual de ninguna manera son aplicables las categorías de trabajo productivo y trabajo improductivo, características del punto de vista capitalista. En correspondencia con el modo de producción dominante, sin embargo, las relaciones que aún no se

han subsumido realmente en aquel se subsumen idealmente (*idealiter*). El trabajador independiente (*selfemploying labourer*), a modo de ejemplo, es su propio asalariado, sus propios medios de producción se le enfrentan en su imaginación como capital. En su condición de capitalista de sí mismo, se autoemplea como asalariado.

El capital, Libro I, capítulo sexto (Inédito) (1933)

Los obreros trabajan gratis

La capacidad de trabajo se vende por día, por semana, etcétera, pero no se paga sino después de que se la ha consumido durante un día, una semana, etcétera. En todos los países donde la relación capitalista se ha desarrollado, la capacidad laboral no se paga hasta después de que haya funcionado. Por consiguiente, en todas partes el obrero adelanta al capitalista el uso de su mercancía, la deja consumir por el comprador, la acredita antes de cobrar su valor de cambio. En épocas de crisis, e incluso cuando se producen bancarrotas aisladas, se pone de manifiesto ese constante crédito de los obreros a los capitalistas, que surge de la naturaleza especial del valor de uso vendido.

El capital, Libro I, capítulo sexto (Inédito) (1933)

En pie de desigualdad

El nivel de las necesidades vitales mismas, cuyo valor total constituye el valor de la capacidad laboral, puede ascender o descender. No es este, empero, el lugar indicado para analizar estas oscilaciones, que corresponde tratar en la teoría del salario. En el curso ulterior de esta investigación se verá que, para el análisis del capital, es de todo punto indiferente que se presuponga alto o bajo el nivel de las necesidades de los obreros. Al igual que en la teoría, en la práctica se parte del valor de la capacidad laboral como de una magnitud dada.

Un poseedor de dinero que, a modo de ejemplo, quiera convertir su dinero en capital, digamos que en el capital de explotación de una fábrica algodonera, ante todo procura informarse sobre el nivel medio de los salarios en la localidad donde proyecta construir la fábrica. Sabe que, al igual que los precios del algodón, el salario continuamente se aparta del término medio, pero sabe también que estas oscilaciones se compensan. Por ello, en sus cálculos presupuestales el salario entra como una magnitud de valor dada. Por lo demás, el valor de la capacidad laboral constituye la base consciente y declarada de las *trade-unions*, cuya trascendencia para la clase obrera inglesa difícilmente pueda sobrestimarse. Las *trade-unions* no persiguen otro fin que el de impedir que el nivel del salario descienda por debajo del usual en las diversas ramas de la industria, que se rebaje el precio de la capacidad laboral con respecto a su valor. Saben, naturalmente, que un cambio en la relación entre la oferta y la demanda provoca un

cambio en el precio del mercado. Por un lado, sin embargo, una cosa es que ocurra un cambio de esa índole y otra muy distinta es que el comprador sostenga unilateralmente que se ha verificado tal cambio. Por otro lado, media una gran diferencia entre el nivel salarial determinado por la oferta y la demanda, esto es, el nivel que resulta de la honesta operación del intercambio.

El capital, Libro I, capítulo sexto (Inédito) (1933)

V

LOS VIEJOS REVOLUCIONARIOS NUNCA MUEREN

La clase media se convierte en el ejército de seguridad de los ricos.

ALAIN BADIOU

Dialéctica

Cuando me haya librado de mi fardo económico, escribiré una «Dialéctica». Las leyes correctas de la dialéctica ya están contenidas en Hegel; es cierto que bajo una forma mística. Se trata de despojarlas de esta forma.

Carta de Marx a Joseph Dietzgen,
mayo de 1868

¿Es *El capital* difícil de entender?

El autor del artículo me hace la mayor concesión posible admitiendo que si se atribuye el menor sentido al valor, se deben admitir mis conclusiones. El infeliz no ve que, incluso si en mi libro no hubiera ningún capítulo acerca del «valor», el análisis de las condiciones reales que yo hago contendría la prueba y la demostración de relaciones reales de valor. La cháchara acerca de la necesidad de demostrar la noción de valor se basa únicamente en la ignorancia más crasa, tanto del tema en cuestión como del método científico. Cada niño sabe que cualquier nación moriría de hambre, y no digo en un año sino en unas semanas, si dejara de trabajar. Del mismo modo, todo el mundo conoce que las masas de productos correspondientes a diferentes masas de necesidades exigen masas diferentes y cuantitativamente determinadas de la totalidad del trabajo social. Es *self-evident* que esta necesidad de la distribución del trabajo social en determinadas proporciones no puede de ningún modo ser destruida por una determinada forma de producción social; solo puede cambiar la forma de su manifestación. Las leyes de la naturaleza jamás pueden ser destruidas. Y solo puede cambiar, en dependencia de las distintas condiciones históricas, la forma en la que estas leyes se manifiestan. Y la forma en la que esta distribución proporcional del trabajo se manifiesta en una sociedad en la que la interconexión del trabajo social se presenta como cambio privado de los productos individuales del trabajo es, precisamente, el valor de cambio de estos productos.

La tarea de la ciencia consiste, en concreto, en explicar cómo se manifiesta la ley del valor. Por tanto, si se quisiera «explicar» de golpe todos los fenómenos que parecen contradecirse con la ley, habría que hacer que la ciencia antecediese a la ciencia. Esta es, justamente, la equivocación de Ricardo cuando en su primer capítulo sobre el valor supone dadas todas las categorías posibles, que deben ser aún desarrolladas, para demostrar su conformidad con la ley del valor.

Por otro lado, como usted con acierto supone, la historia de la teoría demuestra que la concepción de la relación de valor ha sido siempre la misma, más o menos clara o más o menos nebulosa, más o menos envuelta en ilusiones o más o menos científicamente precisa. Como el propio proceso discursivo dimana de determinadas relaciones, como es un proceso natural, el pensamiento que concibe realmente puede ser solo uno, distinguiéndose solo en cuanto a su grado, en cuanto a la madurez de su desarrollo y, por consiguiente, en cuanto al grado de desarrollo del propio órgano pensante. Todo lo demás es puro devaneo.

El economista vulgar no tiene ni la menor idea de que las actuales relaciones cotidianas de cambio no pueden ser directamente idénticas a las magnitudes de valor. Todo el *quid* de la sociedad burguesa consiste, precisamente, en que en ella no existe *a priori* ninguna regulación consciente, social, de la producción. Lo razonable, lo naturalmente necesario no se manifiesta sino bajo la forma de una media que actúa a ciegas. Pero el economista vulgar cree que hace un gran descubrimiento cuando contra la revelación de una conexión interna proclama con orgullo que las cosas tienen una apariencia completamente distinta. De hecho, se enorgullece de reptar ante la apariencia y toma esta por la última palabra. Entonces, ¿qué falta puede hacer la ciencia?

El asunto tiene un segundo fondo. Una vez se ha penetrado en la conexión de las cosas, se viene abajo toda la fe teórica en la necesidad permanente del actual orden de cosas, se viene abajo antes de que dicho estado de cosas se desmorone en la práctica. Por tanto, las clases dominantes están absolutamente interesadas en perpetuar esta insensata confusión. Sí, ¿y por qué si no por ello se paga a los charlatanes sicofantes cuya última carta científica es afirmar que en la economía política está prohibido razonar?

Pero *satis superque*.[52] En todo caso, se ve cuán bajo han caído esos sacerdotes de la burguesía, pues los obreros, y hasta los fabricantes y los comerciantes, han comprendido mi libro y se han orientado en él, y solo esos «sabios escribas» (!) se quejan de que exijo demasiado de su cerebro.

Carta a Kugelmann, Londres, 11 de julio de 1868

Edición rusa de *El capital*

1 Modena Villa, Maitland Park

Mi querido amigo:

Su obstinado silencio me es totalmente incomprensible. ¿Acaso le he dado motivo para ello en mi última carta? Espero que no. En todo caso, no era esa mi intención, no tengo necesidad de decírselo expresamente, usted sabe bien que es mi más íntimo amigo en Alemania y no comprendo por qué *inter amicos* haya que guardarse rencor recíprocamente por la menor bobería. Y usted menos que nadie tiene derecho a actuar así conmigo, porque sabe cuán agradecido le estoy. Usted hizo por mi libro más que Alemania entera, por no hablar de todos los favores personales.

Tal vez se mantiene usted tan enérgicamente callado para demostrarme que no es como la banda de mis pretendidos amigos que callan cuando las cosas marchan mal y hablan cuando marchan bien. Sin embargo, por su parte, semejante demostración no es necesaria.

Cuando digo que «las cosas marchan bien» pienso en primer lugar en la propaganda hecha por mi libro y la acogida favorable que le han dado los obreros alemanes, *since you wrote me last*. Pienso, además, en los magníficos progresos logrados por la Asociación Internacional de los Trabajadores, sobre todo en Inglaterra.

Hace unos días un editor de San Petersburgo me dio la asombrosa noticia de que *El capital* se estaba imprimiendo en traducción rusa. Me pedía un

retrato para la cubierta, y verdaderamente no podía negarles esa bagatela a «mis buenos amigos» los rusos. Es una ironía del destino que sean precisamente los rusos, a quienes he combatido sin cuartel desde hace veinticinco años, y no solo en alemán sino también en francés e inglés, «mis protectores» de siempre. En 1843-1844 eran los aristócratas rusos de París los que se desvivían por mí. Mi obra contra Proudhon (1847), así como la publicada por Duncker (1859), se venden en Rusia mejor que en ninguna otra parte. Y la primera nación extranjera que traduce *El capital* es Rusia. Pero no hay que darle mucha importancia a todo esto. La aristocracia rusa pasa su juventud en las universidades alemanas o en París; se lanza siempre sobre las teorías más avanzadas que surgen en Occidente, pero se trata de pura *gourmandise*;[53] así es como actuaba una parte de la aristocracia francesa del siglo XVIII. «Ce n'est pas pour les tailleurs et les bottiers»,[54] decía Voltaire hablando de su propia filosofía. Sin embargo, todo esto no les impide a estos rusos convertirse en canallas en cuanto entran al servicio del Estado.

En Alemania la controversia entre los dirigentes me causa mucho *bother*, precisamente *now*, como usted podrá darse cuenta por las cartas adjuntas, que le ruego me devuelva. Por una parte, Schweitzer, que me asciende a papa para que lo consagre como emperador de los obreros de Alemania. Por otra parte, Liebknecht, quien olvida que Schweitzer, *in point of fact*, lo obligó a acordarse de que existe un movimiento proletario distinto del movimiento demócrata pequeñoburgués.

Espero que tanto usted como su familia se encuentren con buena salud. Espero no haber caído en desgracia ante su esposa. *À propos*, la Asociación Internacional de las Damas (*duce*: *madame* Goegg, *read* 'Geck') dirigió una carta al Congreso de Bruselas preguntando si las damas también pueden afiliarse a nuestra Asociación. Por supuesto, se les ha contestado

amablemente en sentido afirmativo. De modo que, si usted prolonga su silencio, le enviaré a su señora plenos poderes de corresponsal del Consejo General.

He sufrido mucho por el calor, a causa de mi hígado, pero en este momento me encuentro bien.

Salut.

Suyo,

K. MARX

Ps. I. La revolución española llegó como *deus ex machina* para impedir la guerra franco-alemana, inevitable de otro modo, y *disastrous*.

Ps. II. Usted me escribió un día que yo iba a recibir un libro de Büchner, ¿cuándo y cómo?

Carta a Kugelmann, octubre de 1868

¿Machismo?

Dígale a su querida esposa que nunca he «sospechado» que estuviera a las órdenes de la generala Geck. Mi pregunta era una simple broma. Por lo demás, las mujeres no pueden quejarse de la Internacional que ha elegido a una mujer, *madame* Law, en el Consejo General. Bromas aparte, el último congreso de la American Labor Union marca un enorme progreso, sobre todo porque se ha tratado a las trabajadoras con una igualdad absoluta, mientras que a los ingleses, y más aún a los galantes franceses, se les puede reprochar desde este punto de vista una gran estrechez de ideas. Todo el que sepa algo de historia sabe que las grandes transformaciones sociales son imposibles sin el fermento femenino. El progreso social se mide exactamente por la posición social del bello sexo (incluyendo a las feas).

En lo que se refiere al *settlement*, *a priori* yo no podía en modo alguno iniciar un trabajo remunerativo antes de que mi libro estuviera terminado. De otro modo, desde hace tiempo habría podido poner fin a mi difícil situación. He aquí simplemente de qué se trata, pero esto *entre nous*, por una parte, he llegado a un acuerdo con mi familia; por la otra, sin que yo lo supiera, Engels ha acordado con su *partner* que le liquide sus rentas personales (se retira de los negocios en el mes de junio) y me ha propuesto un *settlement* gracias al cual, a partir del próximo año, podré trabajar con toda tranquilidad.

Con mis mejores saludos. Suyo,

K. M.

Carta a Kugelmann, Londres, 12 de diciembre de 1868

LA RESPONSABILIDAD DE LA CLASE OBRERA Y LAS GUERRAS

Además, sobre el fondo de los sufrimientos de la clase obrera resalta aún más el ostentoso lujo de la aristocracia financiera, la aristocracia de arribistas y otros parásitos engendrados por la guerra. Sin embargo, con todo y con eso, la guerra civil ha tenido un resultado positivo: la liberación de los esclavos y el impulso moral que ha dado a vuestro propio movimiento de clase. Los resultados de una nueva guerra, que no se vería justificada ni por la nobleza de los objetivos ni por la magnitud de la necesidad social, de una guerra en el espíritu del mundo antiguo, no serían las cadenas rotas del cautivo, sino unas cadenas nuevas para el obrero libre. El inevitable crecimiento de la miseria brindaría enseguida a los capitalistas de vuestro país, con la ayuda de la fría espada del Ejército permanente, el pretexto y los medios para distraer a la clase obrera de sus audaces y justas aspiraciones.

Esta es la razón de que, precisamente, sobre vosotros recaiga el glorioso deber de probar al mundo que, al fin y al cabo, la clase obrera no sale ya al escenario de la historia como un ejecutor dócil, sino como fuerza independiente, consciente de su propia responsabilidad y capaz de imponer la paz allí donde sus pretendidos amos vocean acerca de la guerra.

Mensaje a la Unión Obrera Nacional de Estados Unidos, Londres, 12 de mayo de 1869

Lazos federales libremente aceptados

Sin embargo, mi intervención en este asunto de la amnistía irlandesa, así como la proposición que hice, además, de discutir en el General Council las relaciones de la clase obrera inglesa con Irlanda y formular resoluciones al respecto; todo esto, desde luego, no tenía otro propósito que el de hablar en voz alta y resueltamente en favor de los *oppressed Irish* contra sus *oppressors*.

He llegado al convencimiento —y esto solo es válido cuando se inculca esta idea en la clase obrera inglesa— de que nunca se podrá lograr nada decisivo aquí, en Inglaterra, mientras no se rompa con la política de las clases dominantes en cuanto a Irlanda, mientras no haga causa común con los irlandeses; y mientras no se tome, además, la iniciativa de disolver la unión decidida en 1801 para sustituirla por lazos federales libremente aceptados. Hay que practicar esta política haciendo de ella no un problema de simpatía hacia Irlanda, sino una reivindicación basada en el propio interés del proletariado inglés. De otro modo, el pueblo inglés seguirá atado a las riendas de sus clases dirigentes, porque se ve obligado a hacer frente común junto a ellas contra Irlanda. Cualquier movimiento popular en la propia Inglaterra queda paralizado por la controversia con los irlandeses, que en Gran Bretaña constituyen una fracción muy importante de la clase obrera. Es imposible crear aquí la primera condición para lograr la emancipación —el derrocamiento de la oligarquía latifundista— porque no se podrá expugnar la plaza aquí, mientras en Irlanda los propietarios

latifundistas mantengan en sus manos sus puestos de avanzada. En Irlanda, en cambio, en cuanto la causa del pueblo irlandés descanse en sus propias manos, en cuanto se haya convertido en su propio legislador y se gobierne sola, en cuanto goce de su autonomía, entonces el aniquilamiento de la aristocracia terrateniente (formada, en gran parte, por las mismas personas que la clase terrateniente inglesa) será infinitamente más fácil que aquí. Porque en Irlanda el problema no es solo de orden económico, es asimismo un asunto nacional puesto que los terratenientes de Irlanda no son, como en Inglaterra, los dignatarios y representantes tradicionales de la nación, sino sus opresores execrados. Y no es solo la evolución social interna de Inglaterra la que está paralizada por las actuales relaciones con Irlanda, sino también su política exterior, y sobre todo su política hacia Rusia y los Estados Unidos de Norteamérica.

Como indudablemente es la clase obrera inglesa la que más peso tiene en la balanza de la emancipación social, aquí es donde tenemos que actuar. En realidad, bajo Cromwell la República inglesa fracasó a causa… de Irlanda. *Non bis in idem!*[55] Buena broma le han gastado los irlandeses al Gobierno inglés al elegir como miembro del Parlamento al *convict felon* O'Donovan Rossa. Los periódicos gubernamentales ventilan ya la amenaza de una nueva suspensión del Habeas Corpus Act, de un nuevo terror. En realidad, Inglaterra nunca ha gobernado Irlanda sino por el terror más odioso y la corrupción más detestable y, mientras subsistan las relaciones actuales, nunca podrá gobernarla de otra forma.

En Francia las cosas marchan bastante bien. Por una parte, los viejos charlatanes, demócratas y demagogos de todos los colores, se siguen comprometiendo cada día más. Por la otra, Bonaparte se ve forzado a seguir el camino de las concesiones, y necesariamente se partirá la crisma.

A propósito del escándalo Eulenburg en la Cámara prusiana, el *Observer* de ayer (este semanario pertenece al Ministerio) afirma que Napoleón dijo: «Grattez le russe et vous trouverez le tartare».[56] Cuando de Prusia se trata, no es siquiera necesario rascar para encontrar… al ruso.

A propósito, Reich, doctor en Medicina, se llama Eduard y, a juzgar por el prefacio de su libro, vive en Gotha.

Mis mejores recuerdos a *madame la Comtesse*, y a Fränzchen.

Tuyo,

K. M.

¿Podríamos recibir el libro editado en honor de Freiligrath en Bielefeld?

Carta a Kugelmann, noviembre de 1869

Optimismo ruso

Ciudadanos:

En su reunión del 22 de marzo el Consejo General declaró por voto unánime que el programa y los Estatutos de ustedes están de acuerdo con los estatutos generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores. El Consejo General se apresuró a admitir la sección de ustedes en el seno de la Internacional. Yo acepto con satisfacción el deber honorífico que ustedes me proponen: el de ser su representante en el Consejo General.

En su programa, ustedes dicen: «El yugo imperial que oprime a Polonia es un freno para la libertad política, al igual que social, de ambos pueblos: el ruso y el polaco».

Ustedes podrían añadir que la ocupación violenta de Polonia por Rusia es un puntal pernicioso y auténtica causa de la existencia del régimen militar en Alemania y, por tanto, en todo el continente. Por eso, al trabajar para romper las cadenas de Polonia, los socialistas rusos se plantean la generosa meta de destruir el régimen militar, condición esencialmente necesaria para la liberación general del proletariado europeo.

Hace unos cuantos meses me mandaron desde Petersburgo la obra de Flerovski *La situación de la clase obrera de Rusia*. Es una verdadera revelación para Europa. El *optimismo ruso*, propagado en el continente incluso por los llamados revolucionarios, se denuncia implacablemente en esa obra. Su mérito no mermará si digo que, en ciertos lugares, no satisface del todo la crítica desde el punto de vista puramente teórico. Es un escrito

de un observador serio, de un trabajador intrépido, de un crítico imparcial, de un artista vigoroso y, ante todo, de un hombre indignado con la tiranía en todos sus aspectos; de un hombre que no tolera los himnos nacionales y que comparte apasionadamente todos los sufrimientos y las aspiraciones de la clase productora. Obras como la de Flerovski y la de Chernyshevski, su maestro de ustedes, hacen verdaderamente honor a Rusia y prueban que su país comienza también a participar en el movimiento general de nuestro siglo.

Salud y fraternidad.

KARL MARX

Comunicado al Comité de la sección rusa en Ginebra, Londres, 24 de marzo de 1870

Tensiones en la Internacional

4. El problema para Inglaterra de que el Consejo General se separe del Consejo Federal

Mucho tiempo antes de la fundación de *L'Égalité*,[57] esta propuesta fue planteada varias veces en el propio Consejo General por uno o dos miembros ingleses de este. Pero fue rechazada siempre casi por unanimidad.

La iniciativa revolucionaria partirá, sin duda, de Francia, pero solo Inglaterra podrá servir de palanca para una revolución económica seria. Es el único país en el que no hay ya campesinos y la propiedad sobre la tierra se concentra en manos de unos cuantos propietarios. Es el único país en el que la forma capitalista, es decir, la agrupación del trabajo a gran escala bajo el poder de patronos capitalistas se ha extendido a casi toda la producción. Es el único país en el que la gran mayoría de la población consta de trabajadores asalariados (*wage labourers*). Es el único país en el que la lucha de clases y la organización de la clase obrera en las *trade-unions* han alcanzado cierto grado de madurez y universalidad. Merced a su dominación en el mercado mundial, Inglaterra es el único país en el que cualquier viraje radical en las relaciones económicas tiene que repercutir inmediatamente en todo el mundo. Si bien Inglaterra es el país clásico del sistema de los grandes propietarios de tierra y del capitalismo, han madurado en él más que en otros países las condiciones materiales para la

supresión de tal sistema. Ahora el Consejo General se ve colocado en una situación afortunada merced a que esta gran palanca de la revolución proletaria se halla directamente en sus manos. ¡Qué locura, incluso podría decirse crimen, sería dejar esa palanca en las manos solo de los ingleses!

Los ingleses poseen todas las premisas materiales necesarias para la revolución social. Lo que les falta es espíritu de generalización y fervor revolucionario. Solo el Consejo General está en condiciones de remediarlo y acelerar de este modo el movimiento auténticamente revolucionario en este país y, por consiguiente, en todas partes. Los grandes éxitos que hemos logrado ya en este dominio los atestiguan los órganos más inteligentes e influyentes de las clases dominantes, como por ejemplo, *Pall Mall Gazette*, *Saturday Review*, *Spectator* y *Fortnightly Review*, sin hablar ya de los llamados miembros radicales de la Cámara de los Comunes y de la Cámara de los Lores, que hace poco todavía ejercían una gran influencia en los líderes de los obreros ingleses. Nos acusan abiertamente de haber emponzoñado y casi erradicado el espíritu inglés de la clase obrera y de haber impulsado el socialismo revolucionario.

El único medio de lograr ese cambio consiste en actuar como Consejo General de la Asociación Internacional. Como Consejo General, podemos sugerirles medidas (como por ejemplo, la fundación de la Liga de la Tierra y del Trabajo) que en lo sucesivo, al ser puestas en práctica, se presentarán ante el público como movimientos espontáneos de la clase obrera inglesa.

Si además del Consejo General se instituyese un Consejo Federal, ¿cuáles serían los resultados inmediatos? Ocupando un lugar intermedio entre el Consejo General de la Internacional y el Consejo General de las *trade-unions*, el Consejo Federal no gozaría de la menor autoridad. Por otra parte, el Consejo General de la Internacional dejaría escapar de sus manos esa poderosa palanca. Si prefiriéramos la charlatanería al trabajo serio y

discreto, cometeríamos posiblemente un error como esa respuesta pública a la pregunta de *L'Egalité*: ¿por qué el Consejo General tolera «tan abrumadora acumulación de funciones»?

No se puede considerar a Inglaterra como un país común y corriente. Hay que tratarlo como la metrópoli del capital.

5. El problema de la resolución del Consejo General sobre la amnistía irlandesa

Si bien Inglaterra es el baluarte de los grandes propietarios de tierra y del capitalismo europeo, el único punto en el que se le puede asestar un duro golpe a la Gran Bretaña oficial es Irlanda.

En primer lugar, Irlanda es el baluarte de los grandes propietarios de tierra ingleses. Si se desmorona en Irlanda tendrá que desmoronarse también en Inglaterra. En Irlanda esto es cien veces más fácil, dado que la lucha económica se concentra allí en la propiedad territorial, dado que allí esta lucha es, a la vez, una lucha nacional y dado que el pueblo de Irlanda es más revolucionario y está más exasperado que el de Inglaterra. El sistema de la gran posesión de tierras se mantiene en Irlanda solo con la ayuda del Ejército británico. Tan pronto como termine la unión coercitiva de estos dos países, estallará en Irlanda una revolución social, aunque bajo formas anticuadas. El sistema inglés de gran posesión de tierras, además de perder una fuente importante de sus riquezas, se verá privado también de la fuente más importante de su fuerza moral como representante de la dominación de Inglaterra sobre Irlanda. Por otra parte, al dejar intacto el poderío de sus grandes propietarios de tierra en Irlanda, el proletariado inglés los hace invulnerables en la propia Inglaterra.

En segundo lugar, la burguesía inglesa, además de explotar la miseria irlandesa para empeorar la situación de la clase obrera de Inglaterra mediante la inmigración forzosa de irlandeses pobres, dividió al proletariado en dos campos enemigos. El ardor revolucionario del obrero celta no se une armoniosamente a la naturaleza positiva, pero lenta, del obrero anglosajón. Al contrario, en todos los grandes centros industriales de Inglaterra existe un profundo antagonismo entre el proletario inglés y el irlandés. El obrero medio inglés odia al irlandés, al que considera como un rival que hace que bajen los salarios y el *standard of life*. Siente una antipatía nacional y religiosa hacia él. Lo mira casi como los *poor whites* de los estados meridionales de Norteamérica miraban a los esclavos negros. La burguesía fomenta y conserva artificialmente este antagonismo entre los proletarios dentro de Inglaterra misma. Sabe que en esta escisión del proletariado reside el auténtico secreto del mantenimiento de su poderío.

Este antagonismo se reproduce también al otro lado del Atlántico. Desalojados de su tierra natal por los bueyes y las ovejas, los irlandeses vuelven a encontrarse en los Estados Unidos, donde constituyen una parte considerable y creciente de la población. Su única idea, su única pasión, es el odio hacia Inglaterra. Los Gobiernos inglés y norteamericano, es decir, las clases que representan, alimentan estas pasiones con el fin de eternizar la lucha entre las naciones, que impide toda alianza seria y sincera entre los obreros de ambos lados del Atlántico y, por consiguiente, impide su emancipación común.

Irlanda es el único pretexto del que se vale el Gobierno británico para mantener un gran Ejército permanente, al que en caso de necesidad, como ha ocurrido ya, se lanza contra los obreros ingleses, después de que este Ejército haya adquirido experiencia militar en Irlanda. Finalmente, en Inglaterra se repite ahora lo que se pudo observar en proporciones

monstruosas en la Roma antigua. Un pueblo que oprime a otro pueblo forja sus propias cadenas.

Por tanto, la actitud de la Asociación Internacional en el problema de Irlanda es absolutamente clara. Su primer objetivo es acelerar la revolución social en Inglaterra. Con tal fin, es preciso asestar el golpe decisivo en Irlanda.

La resolución del Consejo General sobre la amnistía irlandesa no debe servir más que de introducción a otras resoluciones, en las que se dirá que, sin hablar ya de justicia internacional, la condición preliminar de la emancipación de la clase obrera inglesa es la transformación de la actual unión coercitiva, es decir, del avasallamiento de Irlanda, en alianza igual y libre, si es posible, o en una separación completa, si hace falta.

Comunicación confidencial[58] *para algunos comités de la AIT*, marzo de 1870

Contra la guerra

En el Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores, fechado en noviembre de 1864, decíamos: «Si la emancipación de la clase obrera exige su fraternal unión y colaboración, ¿cómo van a poder cumplir esta gran misión con una política exterior que persigue designios criminales, que pone en juego prejuicios nacionales y dilapida en guerras de piratería la sangre y las riquezas del pueblo?». Y definíamos la política exterior a que aspira la Internacional con estas palabras: «Reivindicar que las sencillas leyes de la moral y de la justicia, que deben presidir las relaciones entre los individuos, sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones».

No puede asombrarnos que Luis Bonaparte, que usurpó su poder explotando la lucha de clases en Francia y lo perpetuó mediante guerras periódicas en el exterior, tratase desde el primer momento a la Internacional como a un enemigo peligroso. En vísperas del plebiscito, ordenó que se diese una batida contra los miembros de los comités administrativos de la Asociación Internacional de los Trabajadores de un extremo a otro de Francia: en París, en Lyon, en Ruan, en Marsella, en Brest, etcétera, con el pretexto de que la Internacional era una sociedad secreta y de que estaba complicada en un complot para asesinarle. Lo absurdo de este pretexto fue puesto de manifiesto poco después en toda su plenitud, por sus propios jueces. ¿Qué delito habían cometido, en realidad, las secciones francesas de la Internacional? El de decir al pueblo francés, pública y enérgicamente,

que votar por el plebiscito era votar por el despotismo en el interior y por la guerra en el exterior. Y fue obra suya, en realidad, el que en todas las grandes ciudades, en todos los centros industriales de Francia, la clase obrera se levantase como un solo hombre para rechazar el plebiscito. Desgraciadamente, la profunda ignorancia de los distritos rurales hizo inclinarse del lado contrario el platillo de la balanza. Las bolsas, los Gobiernos, las clases dominantes y la prensa de toda Europa celebraron el plebiscito como un triunfo memorable del emperador francés sobre la clase obrera de Francia; en realidad, el plebiscito fue la señal para el asesinato, no ya de un individuo, sino de naciones enteras.

El complot de guerra de julio de 1870 no es más que una edición corregida y aumentada del *coup d'État* de diciembre de 1851. A primera vista la cosa parecía tan absurda que Francia no quería creer que aquello fuese realmente en serio. Se inclinaba más bien a prestar oídos al diputado que denunciaba los discursos belicosos de los ministros como una simple maniobra bursátil. Cuando por fin, el 15 de julio, la guerra fue oficialmente comunicada al cuerpo legislativo, toda la oposición se negó a votar los créditos preliminares; hasta el propio Thiers estigmatizó la guerra como «detestable»; todos los periódicos independientes de París la condenaron y, cosa extraña, la prensa de provincias se unió a ellos casi de manera unánime.

Mientras tanto, los miembros parisinos de la Internacional habían puesto de nuevo manos a la obra. En *Réveil* del 12 de julio publicaron su manifiesto «A los obreros de todas las naciones», del que tomamos las líneas siguientes:

> Una vez más, bajo el pretexto del equilibrio europeo y del honor nacional, la paz del mundo se ve amenazada por las ambiciones políticas. ¡Obreros de Francia, de Alemania, de España! ¡Unamos nuestras voces en un grito unánime de reprobación contra la guerra! […] ¡Guerrear por

> una cuestión de preponderancia o por una dinastía tiene que ser forzosamente considerado por los obreros como un absurdo criminal! ¡Contestando a las proclamas guerreras de quienes se eximen a sí mismos de la contribución de sangre y hallan en las desventuras públicas una fuente de nuevas especulaciones, nosotros, los que queremos paz, trabajo y libertad alzamos nuestra voz de protesta! […] ¡Hermanos de Alemania! ¡Nuestras disensiones no harían más que asegurar el triunfo completo del despotismo en ambas orillas del Rin! […] ¡Obreros de todos los países! Cualquiera que sea, por el momento, el resultado de nuestros esfuerzos comunes, nosotros, miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores, que no conoce fronteras, os enviamos como prenda de una solidaridad indestructible los buenos deseos y los saludos de los trabajadores de Francia.

Este manifiesto de nuestras secciones parisinas fue seguido por numerosos llamamientos parecidos desde otras partes de Francia, entre los cuales solo citaremos la declaración de la sección de Neuilly-sûr-Seine, publicada en *La Marseillaise* del 22 de julio: «¿Es justa esta guerra? ¡No! ¿Es nacional esta guerra? ¡No! Es una guerra puramente dinástica. En nombre de la justicia, de la democracia, de los verdaderos intereses de Francia, nos adherimos por entero y con toda energía a la protesta de la Internacional contra la guerra».

Estas protestas expresaban, como muy pronto había de probar un curioso incidente, los verdaderos sentimientos de los obreros franceses. Como la banda del 10 de Diciembre —organizada primeramente bajo el mandato presidencial de Luis Bonaparte—, disfrazada con blusas de obreros, se lanzara a la calle para representar las contorsiones de la fiebre bélica, los obreros auténticos de los suburbios se echaron también a la calle en manifestaciones públicas de paz tan arrolladoras que Pietri, el prefecto de Policía, creyó prudente poner término de inmediato a toda política callejera, alegando que el leal pueblo de París había manifestado ya suficientemente su patriotismo retenido durante tanto tiempo y su exuberante entusiasmo por la guerra.

Cualquiera que sea el desarrollo de la guerra de Luis Bonaparte con Prusia, en París ya han doblado las campanas por el Segundo Imperio.

Acabará como empezó, con una parodia. Pero no olvidemos que fueron los Gobiernos y las clases dominantes de Europa quienes permitieron a Luis Bonaparte representar durante dieciocho años la cruel farsa del Imperio restaurado.

Por parte de Alemania, la guerra es defensiva, pero ¿quién colocó a Alemania en el trance de tener que defenderse? ¿Quién permitió a Luis Bonaparte guerrear contra ella? ¡Prusia! Fue Bismarck quien conspiró con el mismísimo Luis Bonaparte con el propósito de aplastar la oposición popular dentro de su país y anexionar Alemania a la dinastía de los Hohenzollern. Si la batalla de Sadowa se hubiese perdido en vez de ganarse, los batallones franceses habrían invadido Alemania como aliados de Prusia. Después de su triunfo, ¿pensó Prusia un solo momento en oponer una Alemania libre a la Francia esclavizada? Todo lo contrario. Sin dejar de conservar celosamente todos los encantos nativos de su antiguo sistema, les añadía todas las mañas del Segundo Imperio: su despotismo efectivo y su democratismo fingido, sus supercherías políticas y sus trapicheos financieros, sus frases grandilocuentes y sus artes vulgares de ratero. Al régimen bonapartista, que hasta ahora solo había florecido en una orilla del Rin, le salió un émulo al otro lado. Así las cosas, ¿qué podía salir de aquí más que la guerra?

Si la clase obrera alemana permite que la guerra actual pierda su carácter estrictamente defensivo y degenere en una guerra contra el pueblo francés, el triunfo o la derrota serán igualmente desastrosos. Todas las miserias que cayeron sobre Alemania después de su guerra llamada «de liberación», renacerán con redoblada intensidad.

Pero los principios de la Internacional se hallan demasiado difundidos y demasiado firmemente arraigados entre la clase obrera alemana para que temamos tan lamentable desenlace. Las voces de los obreros franceses han

encontrado eco en Alemania. Una asamblea obrera de masas celebrada en Brunswick el 16 de julio expresó su absoluta solidaridad con el manifiesto de París, rechazó con desprecio toda idea de antagonismo nacional respecto a Francia y cerró sus resoluciones con estas palabras:

> Somos enemigos de todas las guerras, pero sobre todo de las guerras dinásticas. […] Con profunda pena y gran dolor, nos vemos obligados a soportar una guerra defensiva como un mal inevitable pero, al mismo tiempo, apelamos a toda la clase obrera alemana para que haga imposible la repetición de una desgracia social tan inmensa, reivindicando para los pueblos mismos la potestad de decidir sobre la paz y la guerra, y haciéndoles dueños de sus propios destinos.

En Chemnitz, una asamblea de delegados que representaban a 50.000 obreros de Sajonia adoptó por unanimidad la siguiente resolución:

> En nombre de la democracia alemana y especialmente de los obreros que forman el Partido Socialdemócrata, declaramos que la guerra actual es una guerra exclusivamente dinástica. […] Nos congratulamos en estrechar la mano fraternal que nos tienden los obreros de Francia. […] Fieles a la consigna de la Asociación Internacional de los Trabajadores: «¡Proletarios de todos los países, uníos!», jamás olvidaremos que los obreros de todos los países son nuestros amigos y los déspotas de todos los países, nuestros enemigos.

La sección berlinesa de la Internacional contestó también al Manifiesto de París:

> Nos adherimos en cuerpo y alma a vuestra protesta. […] Solemnemente prometemos que ni el toque del clarín ni el retumbar del cañón, ni la victoria ni la derrota, nos desviarán de nuestra causa común, que es laborar por la unión de los obreros de todos los países.

¡Así sea!

Al fondo de esta lucha suicida se alza la figura siniestra de Rusia. Es un mal presagio que la señal para el desencadenamiento de esta guerra se haya

dado cuando el Gobierno ruso acababa de terminar sus líneas estratégicas de ferrocarril y estaba ya concentrando tropas en la dirección del Prut. Por muchas que sean las simpatías que los alemanes puedan justamente reclamar en una guerra defensiva contra la agresión bonapartista, las perderán de golpe si permiten que el Gobierno prusiano pida o acepte la ayuda de los cosacos. Recuerden que, después de su guerra de independencia contra Napoleón I, Alemania yació durante varias generaciones postrada a los pies del zar.

La clase obrera inglesa tiende su mano fraternal a los obreros de Francia y de Alemania. Está firmemente convencida de que, cualquiera que sea el giro que tome la horrenda guerra inminente, la alianza de los obreros de todos los países acabará por liquidar las guerras. El simple hecho de que, mientras la Francia y la Alemania oficiales se lanzan a una lucha fratricida, entre los obreros de estos países se cruzan mensajes de paz y de amistad; tan solo este hecho grandioso, sin precedentes en la historia, abre la perspectiva de un porvenir más luminoso. Demuestra que, frente a la vieja sociedad, con sus miserias económicas y sus demencias políticas, está surgiendo una sociedad nueva, cuyo principio de política internacional será la paz, porque el gobernante nacional será el mismo en todos los países: el trabajo.

La precursora de esta sociedad nueva es la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Primer Manifiesto de la Asociación Internacional de Trabajadores contra la guerra franco-prusiana, julio de 1870

Contra la guerra, otra vez

La clase obrera alemana ha apoyado enérgicamente la guerra, que no estaba en su mano impedir, como una guerra por la independencia de Alemania y por librar a Francia y a Europa del foco pestilente del Segundo Imperio. Fueron los obreros industriales alemanes los que, con los obreros agrícolas, dieron nervio y músculo a las heroicas huestes, dejando en la retaguardia a sus familias medio muertas de hambre. Diezmados por las batallas en el extranjero, volverán a verse diezmados por la miseria en sus hogares. Ellos a su vez reclaman ahora «garantías», garantías de que sus inmensos sacrificios no han sido hechos en vano, de que han conquistado la libertad, de que su victoria sobre los ejércitos imperiales no se convertirá, como en 1815, en derrota del pueblo alemán y, como primera de estas garantías, reclaman una paz honrosa para Francia y el reconocimiento de la República Francesa.

El Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania publicó el 5 de septiembre un manifiesto insistiendo enérgicamente en estas garantías:

> Protestamos contra la anexión de Alsacia y Lorena. Y tenemos la conciencia de hablar en nombre de la clase obrera de Alemania. En interés común de Francia y Alemania, en interés de la paz y de la libertad, en interés de la civilización occidental frente a la barbarie oriental, los obreros alemanes no tolerarán pacientemente la anexión de Alsacia y Lorena. […] ¡Apoyaremos fielmente a nuestros camaradas obreros de todos los países en la causa común internacional del proletariado!

Desgraciadamente, no podemos confiar en que tengan un éxito inmediato. Si en tiempo de paz los obreros franceses no pudieron detener el brazo del agresor, ¿cómo van los obreros alemanes a detener el brazo del vencedor en medio del estrépito de las armas? El manifiesto de los obreros alemanes reclama la extradición de Luis Bonaparte como un delincuente común y su entrega a la República Francesa. Pero sus gobernantes ya están haciendo cuanto pueden para volverlo a colocar en las Tullerías como el hombre más indicado para hundir a Francia. Pase lo que pase, la historia nos enseñará que la clase obrera alemana no está hecha de la misma pasta maleable que la burguesía de este país. Los obreros de Alemania cumplirán con su deber.

Como ellos, celebramos el advenimiento de la república en Francia, pero al mismo tiempo, nos atormentan dudas que confiamos serán infundadas. Esta república no ha derribado el trono, sino que ha venido simplemente a ocupar su vacante. Ha sido proclamada, no como una conquista social, sino como una medida de defensa nacional. Se halla en manos de un Gobierno Provisional compuesto en parte por notorios orleanistas, y en parte por republicanos burgueses en algunos de los cuales dejó su estigma indeleble la insurrección de Junio de 1848. El reparto de funciones entre los miembros de este Gobierno no augura nada bueno. Los orleanistas se han adueñado de las posiciones más fuertes: el Ejército y la Policía, dejando a los que se proclaman republicanos los departamentos puramente retóricos. Algunos de sus primeros actos bastan para revelar que no han heredado del Imperio solamente un montón de ruinas, sino también su miedo a la clase obrera. Y si hoy, en nombre de la república y con palabrería desenfrenada se prometen cosas imposibles, ¿acaso no será para preparar el clamor que exija un Gobierno «posible»? ¿No estará la república destinada, en la mente de

los burgueses, que serían con gusto sus enterradores, a servir solo de puente para una restauración orleanista?

Como vemos, la clase obrera de Francia tiene que hacer frente a condiciones dificilísimas. Cualquier intento de derribar al nuevo Gobierno en el trance actual, con el enemigo llamando casi a las puertas de París, sería una locura desesperada. Los obreros franceses deben cumplir con su deber de ciudadanos pero, al mismo tiempo, no deben dejarse llevar por los recuerdos nacionales de 1792 como los campesinos franceses se dejaron engañar por los recuerdos nacionales del Primer Imperio. Su misión no es repetir el pasado, sino construir el futuro. Que aprovechen serena y resueltamente las oportunidades que les brinda la libertad republicana para trabajar más a fondo en la organización de su propia clase. Esto les infundirá nuevas fuerzas hercúleas para la regeneración de Francia y para nuestra obra común: la emancipación del trabajo. De su fuerza y de su prudencia depende la suerte de la república.

Los obreros ingleses han dado ya pasos encaminados a vencer, mediante una saludable presión desde fuera, la repugnancia de su Gobierno a reconocer a la República Francesa. Probablemente, con su actual táctica dilatoria el Gobierno inglés pretende expiar el pecado de la guerra antijacobina de 1792 y la precipitación indecorosa con que sancionó el *coup d'État*. Además, los obreros ingleses exigen de su Gobierno que se oponga con todas sus fuerzas a la desmembración de Francia, que una parte de la prensa inglesa es lo suficientemente desvergonzada para pedir a gritos. Es la misma prensa que durante veinte años estuvo divinizando a Luis Bonaparte como la providencia de Europa y que jaleaba frenéticamente la rebelión de los esclavistas norteamericanos. Ahora, como entonces, trabaja sin descanso para los esclavistas.

Que las secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores de cada país exhorten a la clase obrera a la acción. Si los obreros olvidan su deber, si permanecen pasivos, la horrible guerra actual no será más que la precursora de nuevas luchas internacionales todavía más espantosas, y conducirá en cada país a nuevas derrotas de los obreros por los señores de la espada, de la tierra y del capital.

Vive la République!

Segundo Manifiesto de la Asociación Internacional de Trabajadores
contra la guerra
franco-prusiana, septiembre de 1870

La Comuna y el «buen corazón»

Si te fijas en el último capítulo de mi *Dieciocho Brumario*, verás que expongo como próxima tentativa de la revolución francesa no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar, como venía sucediendo hasta ahora, sino demolerla, y esta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente. Precisamente en esto consiste la tentativa de nuestros heroicos camaradas de París. ¡Qué flexibilidad, qué iniciativa histórica y qué capacidad de sacrificio tienen estos parisienses! Después de seis meses de hambre y de ruina originadas más bien por la traición interior que por el enemigo exterior, se rebelan bajo las bayonetas prusianas ¡como si no hubiera guerra entre Francia y Alemania, como si el enemigo no se hallara a las puertas de París! ¡La historia no conocía hasta ahora semejante ejemplo de heroísmo! Si son vencidos, la culpa será exclusivamente de su «buen corazón». Se debía haber emprendido sin demora la ofensiva contra Versalles cuando Vinoy, y tras él la parte reaccionaria de la Guardia Nacional, huyeron de París. Por escrúpulos de conciencia se dejó escapar la ocasión. No querían iniciar la guerra civil, ¡como si el *mischievous avorton* de Thiers no la hubiese comenzado ya cuando intentó desarmar París! El segundo error consiste en que el Comité Central renunció demasiado pronto a sus poderes para ceder su puesto a la Comuna. De nuevo ese escrupuloso «pundonor» llevado al colmo. De cualquier manera, la insurrección de París, incluso en el caso de ser aplastada por los lobos, los cerdos y los viles perros de la vieja sociedad,

constituye la proeza más heroica de nuestro partido desde la época de la insurrección de junio. Que se compare a estos parisienses, prestos a asaltar el cielo, con los siervos del cielo del Sacro Imperio Romano germánico-prusiano, con sus mascaradas antediluvianas, que huelen a cuartel, a iglesia, a *junkers* y, sobre todo, a filisteísmo.

Carta a Kugelmann, 12 de abril de 1871

Sobre las casualidades y la historia

He recibido tu carta. Estoy agobiado de trabajo. Por eso solo escribo unas palabras. No puedo comprender de ningún modo cómo puedes comparar las manifestaciones pequeñoburguesas tipo 13 de junio de 1849, etcétera, con la lucha que se desarrolla hoy en París.

Desde luego, sería muy cómodo hacer la historia universal si la lucha se pudiese emprender solo en condiciones infaliblemente favorables. Por otra parte, la historia tendría un carácter muy místico si las «casualidades» no desempeñasen ningún papel. Como es natural, las casualidades forman parte del curso general de su desarrollo y son compensadas por otras casualidades. Pero la aceleración o la lentitud del desarrollo dependen en grado considerable de estas «casualidades», entre las que figura el carácter de los hombres que encabezan el movimiento al iniciarse este.

La «casualidad» desfavorable decisiva no debe ser buscada esta vez, de ningún modo, en las condiciones generales de la sociedad francesa, sino en la presencia en Francia de los prusianos, que se hallaban a las puertas de París. Esto lo sabían muy bien los parisienses. Pero lo sabían también los canallas burgueses de Versalles. Por eso plantearon ante los parisienses esta alternativa: aceptar el reto o entregarse sin lucha. En este último caso la desmoralización de la clase obrera habría sido una desgracia mucho mayor que el fallecimiento de cualquier número de «líderes». Gracias a la Comuna de París, la lucha de la clase obrera contra la clase de los capitalistas y contra el Estado que representa los intereses de esta ha entrado en una

nueva fase. Sea cual fuere el desenlace inmediato esta vez, se ha conquistado un nuevo punto de partida que tiene importancia para la historia de todo el mundo.

Carta a Kugelmann, 17 de abril de 1871

DESPUÉS DE LA COMUNA

Querido Kugelmann:

Tienes que perdonar mi silencio; y aun ahora solo tengo tiempo para pocas líneas.

Sabrás que durante la última revolución de París he sido denunciado como *le gran chef de l'Internationale* (el gran jefe de la Internacional) por la prensa versallesca (con la colaboración de Steiber) y, *par répercussion*, por los periodistas de aquí.

¡Y ahora, para colmo, el *Manifiesto* que debes haber recibido! Está produciendo un revuelo del demonio y tengo el honor de ser *at this moment the best calumniated and the most menaced men of London*. Esto sienta bien, verdaderamente, después de veinte años de idilio en la ciénaga. El órgano gubernamental *Observer* amenaza con perseguirme judicialmente. *Qu'ils osent! Je me moque bien de ces canailles-là!*[59] Adjunto te envío un recorte del *Eastern Post* donde aparece nuestra respuesta a la circular de Jules Favre. Anteriormente nuestra réplica salió en el *Times* del 13 de junio. Por esta indiscreción, este estimado periódico recibió una severa reprimenda de Bob Low (*chancellor of the Exchequer and member of the supervision committee of «The Times»*).

Mis más vivos agradecimientos por los Reuter y *my best compliments to madame la Comtesse*, *et ma chère* Fränzchen.

Tuyo,

K. M.

Carta a Kugelmann, junio de 1871

LA COMUNA: ESPEJOS, ERRORES Y LECCIONES

En la alborada del 18 de marzo de 1871 París despertó entre un clamor de gritos de *Vive la Commune!* ¿Qué es la Comuna, esa esfinge que tanto atormenta a los espíritus burgueses?

«Los proletarios de París —decía el Comité Central en su manifiesto del 18 de marzo—, en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos. […] Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos, tomando el poder.» Pero la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como está y a servirse de ella para sus propios fines.

El poder estatal centralizado, con sus órganos omnipresentes: el Ejército permanente, la Policía, la burocracia, el clero y la Magistratura —órganos creados con arreglo a un plan de división sistemática y jerárquica del trabajo—, procede de los tiempos de la monarquía absoluta y sirvió a la naciente sociedad burguesa como un arma poderosa en sus luchas contra el feudalismo. Sin embargo, su desarrollo se veía entorpecido por toda la basura medieval: derechos señoriales, privilegios locales, monopolios municipales y gremiales, códigos provinciales. La escoba gigantesca de la Revolución Francesa del siglo XVIII barrió todas estas reliquias de tiempos pasados, limpiando así al mismo tiempo el suelo de la sociedad de los últimos obstáculos que se alzaban ante la superestructura del edificio del

Estado moderno, erigido en tiempos del Primer Imperio, que a su vez era el fruto de las guerras de coalición de la vieja Europa semifeudal contra la Francia moderna. Durante los regímenes siguientes el Gobierno, colocado bajo el control del parlamento —es decir, bajo el control directo de las clases poseedoras—, no solo se convirtió en un vivero de enormes deudas nacionales y de impuestos agobiantes, sino que con la seducción irresistible de sus cargos, prebendas y empleos acabó siendo la manzana de la discordia entre las facciones rivales y los aventureros de las clases dominantes; por otra parte, su carácter político cambiaba simultáneamente con los cambios económicos operados en la sociedad. Al tiempo que los progresos de la moderna industria desarrollaban, ensanchaban y profundizaban el antagonismo de clase entre el capital y el trabajo, el poder estatal fue adquiriendo, cada vez más, el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo, de fuerza pública organizada para la esclavización social, de máquina del despotismo de clase. Después de cada revolución, que marca un paso adelante en la lucha de clases, se acusa con rasgos cada vez más destacados el carácter puramente represivo del poder del Estado. La Revolución de 1830, al dar como resultado el paso del Gobierno de manos de los terratenientes a manos de los capitalistas, lo que hizo fue transferirlo de los enemigos más remotos a los enemigos más directos de la clase obrera. Los republicanos burgueses, que se adueñaron del poder del Estado en nombre de la Revolución de Febrero, lo usaron para provocar las matanzas de junio, para probar a la clase obrera que la república «social» era la república que aseguraba su sumisión social y para convencer a la masa monárquica de los burgueses y terratenientes de que podían dejar los cuidados y los gajes del Gobierno a los «republicanos» burgueses sin peligro. Sin embargo, después de su única hazaña heroica de junio, a los republicanos burgueses no les quedó otra cosa que pasar de la cabeza a la

cola del Partido del Orden, coalición formada por todas las facciones de la clase apropiadora, e incluso por sus rivales aglutinados en el antagonismo, ahora abiertamente declarado, contra las clases productoras. La forma más adecuada para este gobierno de capital asociado era la república parlamentaria, con Luis Bonaparte como presidente. Fue este un régimen de franco terrorismo de clase y de insulto deliberado contra la *vile multitude*. Si la república parlamentaria, como decía el señor Thiers, era «la que menos los dividía» (a las diversas facciones de la clase dominante), en cambio abría un abismo entre esta clase y el conjunto de la sociedad situado fuera de sus escasas filas. Su unión venía a eliminar las restricciones que sus discordias imponían al poder del Estado bajo regímenes anteriores, y, ante el amenazante alzamiento del proletariado, se sirvieron del poder estatal sin piedad y con ostentación, como de una máquina nacional de guerra del capital contra el trabajo. Pero esta cruzada ininterrumpida contra las masas productoras los obligaba no solo a revestir al poder ejecutivo de facultades de represión cada vez mayores sino también a despojar uno por uno a su propio baluarte parlamentario —la Asamblea Nacional— de todos los medios de defensa contra el poder ejecutivo, hasta que este, en la persona de Luis Bonaparte, les dio un puntapié. El fruto natural de la República del Partido del Orden fue el Segundo Imperio.

El Imperio, con el *coup d'État* como fe de bautismo, el sufragio universal por sanción y la espada por cetro, declaraba apoyarse en los campesinos, amplia masa de productores no envuelta directamente en la lucha entre el capital y el trabajo. Decía que salvaba a la clase obrera destruyendo el parlamentarismo y, con él, la descarada sumisión del Gobierno a las clases poseedoras. Decía que salvaba a las clases poseedoras manteniendo en pie su supremacía económica sobre la clase obrera y, finalmente, pretendía unir a todas las clases al resucitar la quimera de la gloria nacional para todos. En

realidad, era la única forma de gobierno posible, en un momento en que la burguesía había perdido ya la facultad de gobernar la nación y la clase obrera no la había adquirido aún. El Imperio fue aclamado de un extremo a otro del mundo como el salvador de la sociedad. Bajo su égida, la sociedad burguesa, libre de preocupaciones políticas, alcanzó un desarrollo que ni ella misma esperaba. Su industria y su comercio cobraron proporciones gigantescas; la especulación financiera celebró orgías cosmopolitas; la miseria de las masas contrastaba con la ostentación desvergonzada de un lujo suntuoso, falso y envilecido. El poder del Estado, que aparentemente flotaba por encima de la sociedad era, en realidad, su mayor escándalo y el auténtico vivero de todas sus corrupciones. Su podredumbre y la podredumbre de la sociedad a la que había salvado fueron desnudadas por la bayoneta de Prusia que, a su vez, ardía en deseos de trasladar la sede suprema de este régimen de París a Berlín. El imperialismo es la forma más prostituida y, asimismo, la forma última de aquel poder estatal que la sociedad burguesa naciente había comenzado a crear como medio para emanciparse del feudalismo, y que la sociedad burguesa adulta acabó transformando en un medio para la esclavización del trabajo por el capital.

La antítesis directa del Imperio era la Comuna. El grito de «¡República Social!» con que la Revolución de Febrero fue anunciada por el proletariado de París no expresaba más que el vago anhelo de una república que no acabase solo con la forma monárquica de la dominación de clase, sino con la propia dominación de clase. La Comuna era la forma positiva de esta república.

París, sede central del viejo poder gubernamental y al mismo tiempo baluarte social de la clase obrera de Francia, se había levantado en armas contra el intento de Thiers y los «rurales» de restaurar y perpetuar aquel viejo poder que les había sido legado por el Imperio. Y si París pudo resistir

fue únicamente porque, a consecuencia del asedio, se había deshecho del Ejército sustituyéndolo por una Guardia Nacional cuyo principal contingente estaba formado por obreros. Entonces se trataba de convertir este hecho en una institución duradera. Por eso el primer decreto de la Comuna fue para suprimir el Ejército permanente y sustituirlo por el pueblo armado.

La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad. Eran responsables y revocables en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera. La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo ejecutiva y legislativa a la vez. En lugar de continuar siendo un instrumento del Gobierno central, la Policía fue despojada de sus atributos políticos y convertida en instrumento de la Comuna, responsable ante ella y revocable en todo momento. Lo mismo se hizo con los funcionarios de las demás ramas de la Administración. Desde los miembros de la Comuna para abajo, todos los servidores públicos debían devengar salarios de obreros. Los intereses creados y los gastos de representación de los altos dignatarios del Estado desaparecieron con los altos dignatarios mismos. Los cargos públicos dejaron de ser propiedad privada de los testaferros del Gobierno central. En manos de la Comuna se puso no solamente la administración municipal, sino toda la iniciativa ejercida hasta entonces por el Estado.

Una vez suprimidos el Ejército permanente y la Policía, que eran los elementos de la fuerza física del antiguo Gobierno, la Comuna tomó medidas inmediatamente para destruir la fuerza espiritual de represión, el «poder de los curas», decretando la separación entre Iglesia y Estado y la expropiación de todas las iglesias como corporaciones poseedoras. Los curas fueron devueltos al retiro de la vida privada, a vivir de las limosnas de

los fieles, como sus antecesores los apóstoles. Todas las instituciones de enseñanza fueron abiertas gratuitamente al pueblo y emancipadas de toda intromisión de la Iglesia y del Estado. Así no solo se ponía la enseñanza al alcance de todos sino que la propia ciencia se redimía de las trabas a que la tenían sujeta los prejuicios de clase y el poder del Gobierno.

Los funcionarios judiciales debían perder aquella fingida independencia que solo había servido para disfrazar su abyecta sumisión a los sucesivos Gobiernos, ante los cuales iban prestando y violando sucesivamente el juramento de fidelidad. Igual que los demás funcionarios públicos, los magistrados y los jueces habían de ser funcionarios electivos, responsables y revocables.

Como es lógico, la Comuna de París había de servir de modelo a todos los grandes centros industriales de Francia. Una vez establecido en París y en los centros secundarios el régimen comunal, el antiguo Gobierno centralizado también tendría que dejar paso en las provincias a la autoadministración de los productores. En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar, se dice claramente que la Comuna habría de ser la forma política que adoptase hasta la aldea más pequeña del país y que, en los distritos rurales, el Ejército permanente habría de ser reemplazado por una milicia popular con un periodo de servicio extraordinariamente corto. Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente y estas asambleas, a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de delegados de París, entendiéndose que todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por el *mandat impératif* de sus electores. Las pocas, pero importantes funciones que aún quedarían para un Gobierno central no se suprimirían, como se ha dicho falseando intencionadamente la verdad,

sino que serían desempeñadas por agentes comunales que gracias a esta condición serían estrictamente responsables. No se trataba de destruir la unidad de la nación sino al contrario, de organizarla mediante un régimen comunal para convertirla en una realidad al destruir el poder del Estado que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, de la cual no era más que una excrecencia parasitaria. Mientras que los órganos puramente represivos del viejo poder estatal habían de ser amputados, sus funciones legítimas serían arrancadas a una autoridad que usurpaba una posición preeminente sobre la sociedad misma, para restituirlas a los servidores responsables de esta sociedad. En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante habían de «representar» al pueblo en el Parlamento, el sufragio universal tendría que servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros y administradores para sus negocios. Y es bien sabido que lo mismo las compañías que los particulares, cuando se trata de negocios, saben generalmente colocar a cada hombre en el puesto que le corresponde y, si alguna vez se equivocan, reparan su error con presteza. Por otra parte, nada podía ser más ajeno al espíritu de la Comuna que sustituir el sufragio universal por una investidura jerárquica.

Por lo general, las creaciones históricas nuevas por completo están destinadas a que se las tome por una reproducción de formas viejas e incluso difuntas de la vida social, con las que pueden presentar cierta semejanza. Así, esta nueva Comuna, que quiebra el poder estatal moderno, ha sido confundida con una reproducción de las comunas medievales que, habiendo precedido a ese Estado, le sirvieron luego de base. Al régimen comunal se lo ha tomado erróneamente por un intento de fraccionar, como soñaban Montesquieu y los girondinos, esa unidad de las grandes naciones

en una federación de pequeños estados, unidad que, aunque instaurada en sus orígenes por la violencia política, se ha convertido hoy en un poderoso factor de la producción social. El antagonismo entre la Comuna y el poder estatal se ha presentado, equivocadamente, como una forma exagerada de la vieja lucha contra el excesivo centralismo. Circunstancias históricas peculiares pueden haber impedido en otros países el desarrollo clásico de la forma burguesa de gobierno, como en Francia, y haber permitido, como en Inglaterra, completar en las ciudades los grandes órganos centrales del Estado con asambleas parroquiales corrompidas, concejales concesionarios y feroces administradores de la beneficencia, y en el campo, con jueces virtualmente hereditarios. El régimen comunal habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía absorbiendo el Estado parásito, que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Con este solo hecho habría iniciado la regeneración de Francia. La burguesía francesa de las ciudades de provincia veía en la Comuna un intento de restaurar el predominio que había ejercido sobre el campo con Luis Felipe y que, con Luis Napoleón, había sido suplantado por el supuesto predominio del campo sobre la ciudad. En realidad, el régimen comunal colocaba a los productores del campo bajo la dirección intelectual de las cabeceras de sus distritos, ofreciéndoles aquí, en las personas de los obreros, a los representantes naturales de sus intereses. Evidentemente, la sola existencia de la Comuna implicaba la autonomía municipal, pero no como contrapeso a un poder estatal que ahora era superfluo. Solo en la cabeza de un Bismarck, que cuando no está metido en sus intrigas de sangre y hierro, gusta de volver a su antigua ocupación, que tan bien cuadra a su calibre mental, de colaborador del *Kladderadatsch* (el *Punch* de Berlín); solo en una cabeza como esa podía caber achacar a la Comuna de París la aspiración de reproducir aquella caricatura de la organización municipal

francesa de 1791, que es la organización municipal de Prusia, donde la administración de las ciudades queda rebajada al papel de simple rueda secundaria de la maquinaria policíaca del Estado prusiano. Ese tópico de todas las revoluciones burguesas, «un Gobierno barato», la Comuna lo convirtió en realidad al destruir las dos grandes fuentes de gastos: el Ejército permanente y la burocracia del Estado. Su sola existencia presuponía la no existencia de la monarquía que, en Europa al menos, es el lastre normal y el disfraz indispensable de la dominación de clase. La Comuna dotó a la República de una base de instituciones realmente democráticas. Pero ni el Gobierno barato ni la «verdadera República» constituían su meta final, no eran más que fenómenos concomitantes.

La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la variedad de intereses que la han interpretado a su favor demuestran que era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era esencialmente un Gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta que permitía realizar la emancipación económica del trabajo.

Sin esta última condición, el régimen comunal habría sido imposible e impostor. La dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social. Por tanto, la Comuna había de servir de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase. Emancipado el trabajo, cada hombre se convierte en trabajador, y el trabajo productivo deja de ser el atributo de una clase.

Es un hecho extraño. A pesar de todo lo que se ha hablado y escrito con tanta profusión durante los últimos sesenta años acerca de la emancipación

del trabajo, apenas en algún lugar los obreros toman resueltamente el asunto en sus manos, de pronto vuelve a resonar toda la palabrería apologética de los portavoces de la sociedad actual, con sus dos polos de capital y esclavitud asalariada (hoy el propietario de tierras no es más que el socio sumiso del capitalista), como si la sociedad capitalista se hallase todavía en su estado más puro de inocencia virginal, con sus antagonismos todavía en germen, con sus engaños todavía encubiertos, con sus prostituidas realidades todavía sin desnudar. ¡La Comuna, exclaman, pretende abolir la propiedad, base de toda civilización! Sí, caballeros, la Comuna pretendía abolir esa propiedad de clase que convierte el trabajo de muchos en la riqueza de unos pocos. La Comuna aspiraba a la expropiación de los expropiadores. Quería convertir la propiedad individual en una realidad, transformando los medios de producción —la tierra y el capital— que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación del trabajo en simples instrumentos de trabajo libre y asociado. ¡Pero eso es el comunismo, el «irrealizable» comunismo! Sin embargo, los individuos de las clases dominantes que son lo bastante inteligentes para darse cuenta de la imposibilidad de que el actual sistema continúe —y no son pocos— se han erigido en los apóstoles molestos y chillones de la producción cooperativa. Ahora bien, si la producción cooperativa ha de ser algo más que una impostura y un engaño, si ha de sustituir al sistema capitalista; si las sociedades cooperativas unidas han de regular la producción nacional con arreglo a un plan común, tomándola bajo su control y poniendo fin a la constante anarquía y a las convulsiones periódicas, consecuencias inevitables de la producción capitalista, ¿qué será eso entonces, caballeros, sino comunismo, comunismo «realizable»?

La clase obrera no esperaba de la Comuna ningún milagro. Los obreros no tienen ninguna utopía lista para implantar *par decret du peuple*. Saben

que para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos que transformarán las circunstancias y a los hombres. Ellos no tienen que realizar ningún ideal sino simplemente liberar los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno. Plenamente consciente de su misión histórica y heroicamente resuelta a obrar con arreglo a ella, la clase obrera puede mofarse de las burdas invectivas de los lacayos de la pluma y de la protección profesoral de los doctrinarios burgueses bien intencionados, que vierten sus perogrulladas de ignorantes y sus sectarias fantasías con un tono sibilino de infalibilidad científica.

Cuando la Comuna de París tomó la dirección de la revolución; cuando, por primera vez en la historia, simples obreros se atrevieron a violar el privilegio gubernamental de sus «superiores naturales» y, en circunstancias de una dificultad sin precedentes, realizaron su labor de un modo modesto, concienzudo y eficaz, con sueldos el más alto de los cuales apenas representaba una quinta parte de la suma que según una alta autoridad científica es el sueldo mínimo del secretario de un consejo de instrucción pública de Londres, el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la bandera roja, símbolo de la República del Trabajo, ondeando sobre el Hôtel de Ville.

Y sin embargo fue esta la primera revolución en que la clase obrera fue abiertamente reconocida como la única clase capaz de iniciativa social incluso por la gran masa de la clase media parisina —tenderos, artesanos, comerciantes—, con la sola excepción de los capitalistas ricos. La Comuna los salvó mediante una sagaz disolución de la constante fuente de discordias dentro de la misma clase media: el conflicto entre acreedores y deudores.

Estos mismos elementos de la clase media, después de haber colaborado en el aplastamiento de la insurrección obrera de junio de 1848, habían sido sacrificados sin miramiento a sus acreedores por la Asamblea Constituyente. Pero no fue este el único motivo que los llevó a apretar sus filas en torno a la clase obrera. Sentían que había que escoger entre la Comuna y el Imperio, cualquiera que fuese el rótulo bajo el que este resucitase. El Imperio los había arruinado económicamente con su dilapidación de la riqueza pública, con las grandes estafas financieras que fomentó y con el apoyo prestado a la concentración artificialmente acelerada del capital, que suponía la expropiación de muchos de sus componentes. Los había oprimido políticamente y los había irritado moralmente con sus orgías; había herido su volterianismo al confiar la educación de sus hijos a los *frères ignorantins*, y había sublevado su sentimiento nacional de franceses al precipitarlos a una guerra que solo ofreció una compensación para todos los desastres que había causado: la caída del Imperio. En efecto, tan pronto huyó de París la alta *bohème* bonapartista y capitalista, el auténtico Partido del Orden de la clase media surgido bajo la forma de Unión Republicana se colocó bajo la bandera de la Comuna y se puso a defenderla contra las malévolas desfiguraciones de Thiers. El tiempo dirá si la gratitud de esta gran masa de la clase media resistirá las duras pruebas de estos momentos.

La Comuna tenía toda la razón cuando decía a los campesinos: «Nuestro triunfo es vuestra única esperanza». De todas las mentiras incubadas en Versalles y difundidas por los ilustres mercenarios de la prensa europea, una de las más tremendas era la de que los «rurales» representaban al campesinado francés. ¡Figuraos el amor que sentirían los campesinos de Francia por los hombres a quienes después de 1815 se les obligó a pagar mil millones de indemnización! A los ojos del campesino francés, la sola

existencia de grandes propietarios de tierras es ya una usurpación de sus conquistas de 1789. En 1848 la burguesía gravó su parcela de tierra con el impuesto adicional de 45 céntimos por franco, pero entonces lo hizo en nombre de la revolución; ahora en cambio fomentaba una guerra civil en contra de la revolución para echar sobre las espaldas de los campesinos la carga principal de los cinco mil millones de indemnización que había que pagar a los prusianos. La Comuna, por el contrario, declaraba en una de sus primeras proclamas que los costes de la guerra tenían que ser pagados por sus verdaderos causantes. La Comuna habría redimido al campesino de la contribución de sangre, le habría dado un Gobierno barato, habría convertido a los que hoy son sus vampiros —el notario, el abogado, el agente ejecutivo y otros chupasangres del juzgado— en empleados comunales asalariados, elegidos por él y responsables ante él. Lo habría librado de la tiranía del alguacil rural, el gendarme y el prefecto; la ilustración en manos del maestro de escuela habría ocupado el lugar del embrutecimiento por parte del cura. Y el campesino francés es, ante todo y sobre todo, un hombre calculador. Le habría parecido extremadamente razonable que la paga del cura, en vez de serle arrancada a él por el recaudador de contribuciones, dependiese de la espontánea manifestación de los sentimientos religiosos de los feligreses. Tales eran los grandes beneficios que el régimen de la Comuna —y solo él— brindaba como cosa inmediata a los campesinos franceses. Huelga por tanto detenerse a examinar problemas más complejos pero vitales que solo la Comuna era capaz de resolver —y que estaba obligada a hacerlo— en favor de los campesinos, a saber: la deuda hipotecaria, que pesaba como una pesadilla sobre su parcela; el *prolétariat foncier* (el proletariado rural), que crecía constantemente, y el proceso de expropiación de dicha parcela, proceso

cada vez más acelerado en virtud del desarrollo de la agricultura moderna y la competencia de la producción agrícola capitalista.

El campesino francés había elegido a Luis Bonaparte presidente de la República, pero fue el Partido del Orden el que creó el Segundo Imperio. Lo que el campesino francés quiere realmente comenzó a demostrarlo en 1849 y 1850 al oponer su *maire* al prefecto del Gobierno, su maestro de escuela al cura del Gobierno y su propia persona al gendarme del Gobierno. Todas las leyes promulgadas por el Partido del Orden en enero y febrero de 1850 fueron medidas descaradas de represión contra el campesino. El campesino era bonapartista porque la Gran Revolución, con todos los beneficios que le había conquistado, se personificaba para él en Napoleón. Pero esta ilusión, que se esfumó rápidamente bajo el Segundo Imperio (y que era, por naturaleza, contraria a los «rurales»), este prejuicio del pasado, ¿cómo hubiera podido hacer frente a la apelación de la Comuna a los intereses vitales y necesidades más apremiantes de los campesinos?

Los «rurales» —tal era, en realidad, su principal temor— sabían que tres meses de libre contacto del París de la Comuna con las provincias bastarían para desencadenar una sublevación general de campesinos, y de ahí su prisa por establecer el bloqueo policial de París para impedir que la epidemia se propagase.

La Comuna era, pues, la verdadera representación de todos los elementos sanos de la sociedad francesa, y por consiguiente, el auténtico Gobierno nacional. Pero asimismo, como Gobierno obrero y como campeón intrépido de la emancipación del trabajo, era un Gobierno internacional en el pleno sentido de la palabra. A los ojos del Ejército prusiano, que había anexado a Alemania dos provincias francesas, la Comuna anexaba a Francia a los obreros del mundo entero.

El Segundo Imperio había sido el jubileo de la estafa cosmopolita; los estafadores de todos los países habían acudido corriendo a su llamada para participar en sus orgías y en el saqueo del pueblo francés. Y todavía hoy la mano derecha de Thiers es Ganesco, el crápula valaco, y su mano izquierda Markovski, el espía ruso. La Comuna concedió a todos los extranjeros el honor de morir por una causa inmortal. Entre la guerra exterior, perdida por su traición, y la guerra civil, fomentada por su conspiración con el invasor extranjero, la burguesía encontraba tiempo para dar pruebas de patriotismo, organizando batidas policiales contra los alemanes residentes en Francia. La Comuna nombró a un obrero alemán su ministro del Trabajo. Thiers, la burguesía, el Segundo Imperio, habían engañado constantemente a Polonia con ostentosas manifestaciones de simpatía mientras, en realidad, la traicionaban por los intereses de Rusia, a la que prestaban los más sucios servicios. La Comuna honró a los heroicos hijos de Polonia colocándolos a la cabeza de los defensores de París. Y para marcar nítidamente la nueva era histórica que conscientemente inauguraba, la Comuna, ante los ojos de los vencedores prusianos, de una parte, y del Ejército bonapartista mandado por generales bonapartistas de otra, derribó aquel símbolo gigantesco de la gloria guerrera que era la Columna de Vendôme.

La gran medida social de la Comuna fue su propia existencia, su labor. Sus medidas concretas expresaban la línea de conducta de un Gobierno del pueblo por el pueblo. Entre ellas se cuentan la abolición del trabajo nocturno para los obreros panaderos y la prohibición bajo pena de la práctica corriente entre los patronos de mermar los salarios imponiendo a sus obreros multas bajo los más diversos pretextos, proceso este en el que el patrono se adjudica las funciones de legislador, juez y agente ejecutivo, y además, se embolsa el dinero. Otra medida de este género fue la entrega a las asociaciones obreras, bajo reserva de indemnización, de todos los

talleres y fábricas cerrados, lo mismo si sus respectivos patronos habían huido que si habían optado por parar el trabajo.

Las medidas financieras de la Comuna, notables por su sagacidad y moderación, hubieron de limitarse necesariamente a lo que era compatible con la situación de una ciudad sitiada. Teniendo en cuenta el latrocinio gigantesco desencadenado sobre la ciudad de París por las grandes empresas financieras y los contratistas de obras bajo la tutela de Haussmann, la Comuna habría tenido títulos incomparablemente mejores para confiscar sus bienes que los que Luis Napoleón había tenido para confiscar los de la familia Orleans. Naturalmente los Hohenzollern y los oligarcas ingleses, una buena parte de cuyos bienes provenían del saqueo de la Iglesia, pusieron el grito en el cielo cuando la Comuna obtuvo de la secularización 8.000 míseros francos.

Mientras el Gobierno de Versalles, apenas recobró un poco de ánimo y de fuerzas, empleaba contra la Comuna las medidas más violentas; mientras ahogaba la libre expresión del pensamiento en toda Francia hasta el punto de prohibir las asambleas de delegados de las grandes ciudades; mientras sometía a Versalles y al resto de Francia a un espionaje que empequeñecía al del Segundo Imperio; mientras quemaba, por medio de sus inquisidores-gendarmes, todos los periódicos publicados en París y violaba toda la correspondencia que procedía de la capital o iba dirigida a ella; mientras en la Asamblea Nacional, los más tímidos intentos de aventurar una palabra en favor de París eran ahogados por unos aullidos a los que no había llegado ni la *Chambre introuvable* de 1816; con la guerra salvaje de los versalleses fuera de París y sus tentativas de corrupción y conspiración por dentro, ¿podía la Comuna, sin traicionar ignominiosamente su causa, guardar todas las formas y apariencias de liberalismo, como si gobernase en tiempos de serena paz? Si el Gobierno de la Comuna hubiera tenido la misma

naturaleza que el de Thiers, no habría habido más motivo para suprimir en París los periódicos del Partido del Orden que para suprimir en Versalles los periódicos de la Comuna.

Era verdaderamente indignante para los «rurales» que, en el mismo momento en que preconizaban como único medio de salvar a Francia la vuelta al seno de la Iglesia, la pagana Comuna descubriera los misterios del convento de monjas de Picpus y de la iglesia de Saint Laurent. Y era una burla para el señor Thiers que, mientras él hacía llover grandes cruces sobre los generales bonapartistas para premiar su maestría en el arte de perder batallas, firmar capitulaciones y liar cigarrillos en Wilhelmshöhe, la Comuna destituyera y arrestara a sus generales a la mínima sospecha de negligencia en el cumplimiento del deber. La expulsión de su seno y la detención por la Comuna de uno de sus miembros, que se había deslizado en ella bajo nombre supuesto y que en Lyon había sufrido un arresto de seis días por una simple quiebra, ¿no era un deliberado insulto para el falsificador Jules Favre, todavía a la sazón ministro de Asuntos Exteriores de Francia y que seguía vendiendo su país a Bismarck y dictando órdenes a aquel incomparable Gobierno de Bélgica? La verdad es que la Comuna no presumía de infalibilidad, don que se atribuían sin excepción todos los Gobiernos de viejo cuño. Publicaba sus acciones y sus palabras y daba a conocer al público todas sus imperfecciones.

En todas las revoluciones, junto a sus verdaderos representantes, figuran hombres de otra naturaleza. Algunos de ellos, supervivientes y devotos de revoluciones pasadas, sin visión del movimiento actual pero todavía dueños de su influencia sobre el pueblo por su reconocida honradez y valentía, o simplemente por la fuerza de la tradición; otros, simples charlatanes que, a fuerza de repetir año tras año las mismas declamaciones estereotipadas contra el Gobierno del día, han robado una reputación de revolucionarios de

pura cepa. Después del 18 de marzo también salieron a la superficie esta clase de hombres, y en algunos casos lograron desempeñar papeles preeminentes. En la medida en que su poder se lo permitió, entorpecieron la verdadera acción de la clase obrera, al igual que otros de su especie entorpecieron el desarrollo completo de todas las revoluciones anteriores. Estos elementos constituyen un mal inevitable; con el tiempo se les quita de en medio; pero a la Comuna no le fue dado disponer de tiempo.

Maravilloso, en verdad, fue el cambio operado por la Comuna en París. De aquel París prostituido del Segundo Imperio no quedaba ni rastro. París ya no era el lugar de cita de terratenientes ingleses, absentistas irlandeses, exesclavistas y rastacueros norteamericanos, expropietarios rusos de siervos y boyardos de Valaquia. Ya no había cadáveres en la morgue ni asaltos nocturnos, y apenas uno que otro robo; por primera vez desde los días de febrero de 1848 se podía transitar seguro por las calles de París, y eso que no había Policía de ninguna clase. «Ya no se oye hablar —decía un miembro de la Comuna— de asesinatos, robos y atracos; diríase que la Policía se ha llevado consigo a Versalles a todos sus amigos conservadores.» Las *cocottes* habían reencontrado el rastro de sus protectores, fugitivos hombres de la familia, de la religión y, sobre todo, de la propiedad. En su lugar, volvían a la superficie las auténticas mujeres de París, heroicas, nobles y abnegadas como las mujeres de la Antigüedad. París trabajaba y pensaba, luchaba y daba su sangre, radiante en el entusiasmo de su iniciativa histórica, dedicado a forjar una sociedad nueva, casi se olvidaba de los caníbales que tenía a las puertas.

Frente a este mundo nuevo de París, se alzaba el mundo viejo de Versalles, aquella asamblea de legitimistas y orleanistas, vampiros de todos los regímenes difuntos, ávidos de nutrirse del cadáver de la nación, con su cola de republicanos antediluvianos, que sancionaban con su presencia en la

Asamblea el motín de los esclavistas, confiando el mantenimiento de su república parlamentaria a la vanidad del senil saltimbanqui que la presidía y caricaturizando la revolución de 1789 con la celebración de sus reuniones de espectros en el Jeu de Paume. Así era esta Asamblea, representación de todo lo muerto de Francia, solo mantenida en una apariencia de vida por los sables de los generales de Luis Bonaparte. París, todo verdad, y Versalles, todo mentira, una mentira que salía de los labios de Thiers.

«Les doy a ustedes mi palabra, a la que jamás he faltado», dice Thiers a una comisión de alcaldes del departamento de Seine-et-Oise. A la Asamblea Nacional le dice que «es la Asamblea más libremente elegida y más liberal que en Francia ha existido»; dice a su abigarrada soldadesca, que es «la admiración del mundo y el mejor Ejército que jamás ha tenido Francia»; dice a las provincias que el bombardeo de París llevado a cabo por él es un mito: «Si se han disparado algunos cañonazos, no ha sido por el Ejército de Versalles, sino por algunos insurrectos empeñados en hacernos creer que luchan, cuando en realidad no se atreven a asomar la cabeza». Poco después, dice a las provincias que «la artillería de Versalles no bombardea París, sino que simplemente lo cañonea». Dice al arzobispo de París que las pretendidas ejecuciones y represalias (!) atribuidas a las tropas de Versalles son pura invención. Dice a París que solo ansía «liberarlo de los horribles tiranos que lo oprimen» y que el París de la Comuna no es en realidad «más que un puñado de criminales».

El París del señor Thiers no era el verdadero París de la «vil muchedumbre», sino un París fantasma, el París de los *francs-fileurs*, el París masculino y femenino de los bulevares, el París rico, capitalista; el París dorado, el París ocioso, que ahora corría en tropel a Versalles, a Saint-Denis, a Rueil y a Saint-Germain, con sus lacayos, sus estafadores, su *bohème* literaria y sus *cocottes*. El París para el que la guerra civil no era

más que un agradable pasatiempo, el que miraba las batallas por un catalejo, el que contaba los estampidos de los cañonazos y juraba por su honor y el de sus prostitutas que aquella función era mucho mejor que las que representaban en la Porte Saint-Martin. Allí los que caían eran muertos de verdad, los gritos de los heridos eran de verdad también, y además, ¡todo era tan intensamente histórico!

Este es el París del señor Thiers, como el mundo de los emigrados de Coblenza era la Francia del señor de Calonne.

[…]

Los Gobiernos de Europa, mientras atestiguan así ante París el carácter internacional de su dominación de clase, braman contra la Asociación Internacional de los Trabajadores —la contraorganización internacional del trabajo frente a la conspiración cosmopolita del capital— como la fuente principal de todos estos desastres. Thiers la denunció como déspota del trabajo que pretende ser su libertador. Picard ordenó que se cortasen todos los enlaces entre los miembros franceses y extranjeros de la Internacional. El conde Jaubert, una momia que fue cómplice de Thiers en 1835, declara que el exterminio de la Internacional es el gran problema de todos los Gobiernos civilizados. Los «rurales» braman contra ella y la prensa europea se agrega unánimemente al coro. Un escritor francés honrado, absolutamente ajeno a nuestra Asociación, se expresa en los siguientes términos: «Los miembros del Comité Central de la Guardia Nacional, así como la mayor parte de los miembros de la Comuna, son las cabezas más activas, inteligentes y enérgicas de la Asociación Internacional de los Trabajadores. […] Hombres absolutamente honrados, sinceros, inteligentes, abnegados, puros y fanáticos en el buen sentido de la palabra». Por supuesto, la mente burguesa con su contextura policial se figura a la Asociación Internacional de los Trabajadores como una especie de

conspiración secreta con un organismo central que ordena, de vez en cuando, explosiones en diferentes países. En realidad, nuestra Asociación no es más que el lazo internacional que une a los obreros más avanzados de los diversos países del mundo civilizado. Dondequiera que la lucha de clases alcance cierta consistencia, sean cuales sean la forma y las condiciones en que el hecho se produzca, es lógico que los miembros de nuestra Asociación aparezcan en la vanguardia. El terreno de donde brota nuestra Asociación es la propia sociedad moderna. No es posible exterminarla, por grande que sea la carnicería. Para hacerlo, los Gobiernos tendrían que exterminar el despotismo del capital sobre el trabajo, base de su propia existencia parasitaria.

El París de los obreros, con su Comuna, será eternamente ensalzado como heraldo glorioso de una nueva sociedad. Sus mártires tienen su santuario en el gran corazón de la clase obrera. La historia ha clavado ya a sus exterminadores en una picota eterna, de la que no lograrán redimirlos todas las preces de su clerigalla.

La guerra civil en Francia, abril-mayo de 1871

Speculum VII

Ha entrado y me ha saludado cordialmente, y estamos sentados frente a frente. Sí, estoy *tête-à-tête* con la revolución encarnada, con el verdadero fundador y espíritu guía de la Internacional, con el autor del aviso en el que se le advirtió al capital que si se oponía al trabajo debía esperar ver su casa quemada hasta el tejado, en una palabra, con el apologista de la Comuna de París.

¿Recuerdan ustedes el busto de Sócrates, el hombre que prefiere morir antes que profesarles fe a los dioses de la época, el hombre con aquella fina línea del perfil de su frente que acaba de manera un tanto ruin en el rasgo respingado y curvado, como un gancho dividido en dos, que forma la nariz? Visualicen mentalmente este busto, coloreen la barba de negro, salpicándola aquí y allá con algunos mechones grises; coloquen esta cabeza sobre su anatomía corpulenta de mediana altura y el doctor estará ante ustedes.

Pongan un velo sobre la parte superior del rostro y podrían estar en compañía de un miembro de la junta parroquial. Descubran el rasgo esencial, la inmensa frente, y al momento sabrán que tienen que vérselas con la más formidable de todas las fuerzas compuestas: un soñador que piensa, un pensador que sueña.

Otro caballero acompañaba al doctor Marx, un alemán también, creo, aunque por su gran familiaridad con nuestro idioma no puedo estar completamente seguro. ¿Era un testigo del doctor? Eso creo, pues el Consejo, al tener noticia de la entrevista, podría haberle pedido un informe,

porque la revolución, ante todo, desconfía de sus agentes. Su presencia corroboraba este hecho.

Yo fui directo a mi labor. El mundo, dije, parece estar a oscuras sobre la Internacional; la odia mucho, pero es incapaz de decir claramente qué es lo que odia. Algunos, que afirman haber atisbado en la penumbra algo más que sus vecinos, declaran haber descubierto una especie de busto de Jano con una limpia y honrada sonrisa de trabajador en una de sus caras, y en la otra, una mueca criminal de conspirador. ¿Quería él aclarar el misterio que encubre la teoría?

El profesor rio, un poco halagado según sospeché, ante el pensamiento de que él nos asustara. «No hay ningún misterio que aclarar, querido señor —comenzó en una forma muy pulida del dialecto de Hans Breitmann—, excepto, tal vez, el misterio de la estupidez humana en aquellos que perpetuamente ignoran el hecho de que nuestra Asociación es pública y que se publican los informes más completos de sus actividades para todos los que quieren molestarse en leerlos. Usted puede comprar nuestros reglamentos por un penique, y si invierte un chelín en folletos, le enseñarán sobre nosotros casi tanto como sabemos nosotros mismos.»

LANDOR: Casi… Sí, quizá sí; pero ¿no será acaso lo poco que no llegue a conocer lo que constituya el misterio más importante? Para ser muy franco con usted, y para poner el asunto tal como lo ve un observador ajeno, este clamor general de desprecio contra ustedes debe significar algo más que la ignorante mala voluntad de la multitud. Y todavía es pertinente preguntar, incluso después de lo que usted me ha dicho, ¿qué es la Asociación Internacional?

MARX: Solo tiene usted que mirar a los individuos que la componen: trabajadores.

LANDOR: Sí, pero el soldado tiene que ser exponente del sistema político que lo pone en movimiento. Conozco a algunos de sus miembros, y creo que no son de la misma pasta de que se hacen los conspiradores. Además un secreto compartido por un millón de hombres no sería de ninguna manera un secreto. Pero ¿qué pasaría si estos fuesen únicamente instrumentos en manos de, y espero que me perdone por lo que sigue, un cónclave audaz y no muy escrupuloso?

MARX: No hay nada que pruebe eso.

LANDOR: ¿La última insurrección de París?

MARX: Yo exijo primero la prueba de que existió algún complot, de que sucedió algo que no fuese el efecto legítimo de las circunstancias en aquel momento; o si se prueba el complot, exijo pruebas de la participación en el mismo de la Asociación Internacional.

LANDOR: La presencia en el organismo comunal de tantos miembros de la Asociación.

MARX: Entonces ese fue un complot de los masones, también, porque su participación como individuos no fue pequeña. No me sorprendería, en realidad, descubrir al papa organizando la insurrección para su beneficio. Intente otra explicación. La insurrección de París fue hecha por los trabajadores de París. Los más capaces entre los obreros tuvieron necesariamente que ser sus líderes y administradores, pero los más capaces entre los obreros resulta que son también miembros de la Asociación Internacional. Pero la Asociación, como tal, no tiene que ser en modo alguno responsable de su acción.

LANDOR: No obstante, al mundo le parece de otra manera. La gente habla de instrucciones secretas desde Londres, e incluso de aportaciones de dinero. ¿Puede afirmarse que el carácter supuestamente abierto de los

procedimientos de la Asociación impide todo secreto en las comunicaciones?

MARX: ¿Cuándo ha habido una asociación que realice su tarea sin agencias tanto públicas como privadas? Pero hablar de instrucciones secretas desde Londres, como si se tratase de decretos sobre cuestiones de fe y moral desde algún centro de intriga y dominación papal, es confundir completamente la naturaleza de la Internacional. Esto implicaría una forma centralizada de gobierno de la Internacional, mientras que la forma real es, precisamente, la que da mayores oportunidades a la energía e independencia locales. De hecho, la Internacional no es en absoluto un Gobierno para la clase trabajadora. Es un lazo de unión más que una fuerza de control.

LANDOR: De unión, ¿para qué fin?

MARX: Para la emancipación económica de la clase trabajadora mediante la conquista del poder político. El uso de ese poder político para el logro de fines sociales. Es necesario que nuestros objetivos sean así de generales para incluir toda forma de actividad obrera. Haberlos planteado con un carácter especial habría conllevado adaptarlos a las necesidades de una sección: una nación de trabajadores solamente. Pero ¿cómo sería posible pedir a todos los hombres que se unan para obtener los objetivos de unos pocos? Si hubiera hecho eso, la Asociación habría perdido el derecho a su título de Internacional.

La Asociación no dicta las formas de los movimientos políticos, solamente requiere una garantía de su finalidad. Es una red de sociedades afiliadas que se extienden por todo el mundo del trabajo. En cada parte del mundo se presenta algún aspecto especial del problema, y los trabajadores lo toman en consideración a su propia manera.

Las combinaciones entre trabajadores no pueden ser absolutamente idénticas en detalle en Newcastle y en Barcelona, en Londres y en Berlín.

En Inglaterra, por ejemplo, la vía de tomar el poder político está abierta para la clase trabajadora. La insurrección sería una locura allí donde la agitación pacífica puede encargarse de ello de manera más rápida y segura.

En Francia un centenar de leyes represivas y el antagonismo moral entre las clases, parecen necesitar la solución violenta de una guerra social. La elección de tal solución es asunto de las clases trabajadoras de cada país. La Internacional no pretende dictaminar sobre este asunto y apenas si aconsejar. Pero a cada movimiento le otorga su simpatía y su ayuda dentro de los límites marcados por sus propias leyes.

LANDOR: ¿Y cuál es la naturaleza de esa ayuda?

MARX: Por dar un ejemplo, una de las formas más comunes del movimiento por la emancipación es la de las huelgas. Antes, cuando en un país tenía lugar una huelga, esta era derrotada importando trabajadores desde otro. La Internacional casi ha acabado con todo eso. Recibe información de la huelga que se proyecta, difunde esa información entre sus miembros, quienes inmediatamente ven que para ellos la sede de la huelga debe ser territorio prohibido. Así los patronos se quedan solos para que discutan con sus trabajadores.

En muchos casos los obreros no necesitan más ayuda que esa. Sus propias aportaciones o las de las sociedades a las que están afiliados les suministran fondos de manera más inmediata, pero si la presión ejercida sobre ellos se hace demasiado pesada y si la huelga es de las que la Asociación aprueba, entonces sus necesidades son cubiertas por el fondo común. Así fue como el otro día logró triunfar una huelga de cigarreros en Barcelona.

Pero la Asociación no tiene interés en las huelgas, aunque las apoya bajo ciertas condiciones. No hay manera de que con ellas gane desde un punto de vista pecuniario, pero sí puede perder fácilmente. Podemos resumir todo

esto en pocas palabras: las clases trabajadoras siguen siendo pobres en medio del aumento de la riqueza, miserables en medio del aumento del lujo. Sus privaciones materiales rebajan su moral así como su estatura física. No pueden esperar ayuda de los demás.

Así, para los obreros se ha convertido en una necesidad imperiosa tomar su caso en sus propias manos. Deben revisar sus relaciones con los capitalistas y propietarios, y eso significa que tienen que transformar la sociedad. Este es el objetivo general de todas las organizaciones obreras conocidas; las ligas obreras y campesinas, las sociedades comerciales y de ayuda, las tiendas y talleres cooperativos no son sino medios hacia tal objetivo.

Establecer una solidaridad perfecta entre estas organizaciones es la tarea de la Asociación Internacional. Su influencia está empezando a hacerse sentir en todas partes. Dos periódicos difunden sus puntos de vista en España, tres en Alemania, el mismo número en Austria y en Holanda, seis en Bélgica y seis en Suiza. Y ahora que ya le he dicho lo que es la Internacional, quizá esté usted en condiciones de formar su propia opinión con respecto a sus supuestos complots.

LANDOR: No le entiendo muy bien.

MARX: ¿No ve usted que la vieja sociedad, falta de fuerzas para defenderse con sus propias armas de discusión y combinación, se ve obligada a recurrir al fraude de imputarnos una conspiración?

LANDOR: Pero la Policía francesa declaró que está en condiciones de probar su complicidad en el último caso, por no hablar de los intentos anteriores.

MARX: Nosotros sí diremos algo de esos intentos, si usted lo permite, porque sirven perfectamente para probar la gravedad de todos los cargos de conspiración levantados contra la Internacional. Usted recuerda el

penúltimo complot. Se había anunciado un plebiscito. Se sabía que muchos de los electores se hallaban irresolutos. Ya no tenían una idea clara del valor del Gobierno imperial, y habían acabado por perder la fe en los amenazantes peligros de la Asociación de los que supuestamente el Gobierno los había salvado.

Se necesitaba un espantajo nuevo. La Policía se encargó de encontrar uno. Como odiaban a todas las organizaciones de trabajadores, naturalmente deseaban hacer pasar un mal rato a la Internacional. Recibieron la inspiración de una idea feliz. ¿Qué tal si elegían a la Internacional como su espantajo y así, al mismo tiempo, desacreditaban a la Asociación y lograban favor para la causa imperial? De esa feliz idea surgió el ridículo complot contra la vida del emperador, como si nosotros quisiéramos matar al condenado viejo. Arrestaron a los dirigentes de la Internacional. Fabricaron evidencias. Prepararon su caso para juicio y, mientras tanto, tuvieron su plebiscito. Pero la pretendida comedia no era, obviamente, sino una grande y burda farsa. La Europa inteligente, que era testigo del espectáculo, no se engañó ni por un momento acerca de su carácter, y solo el elector campesino francés fue embaucado. Los periódicos ingleses informaron del inicio del miserable asunto pero olvidaron informar de su conclusión.

Los jueces franceses, admitiendo la existencia del complot por cortesía oficial, se vieron obligados a declarar que no había nada que demostrara la complicidad de la Internacional. Créame, el segundo complot es igual que el primero. El funcionario francés está nuevamente activo. Debe dar cuenta del mayor movimiento civil que el mundo haya visto jamás.

Hay cien signos de los tiempos que sugieren la explicación correcta: el aumento de conocimientos entre los trabajadores, y del lujo y la incompetencia de sus dirigentes; el proceso histórico, ahora en desarrollo,

de transferencia final del poder de una clase al pueblo; la aparente adecuación de tiempo, lugar y circunstancia para el gran movimiento de emancipación. Pero para haber visto todo esto el funcionario tendría que haber sido filósofo, y él es solamente un *mouchard*.[60] Por la ley de su propio ser, por lo tanto, solo ha sido capaz de dar la explicación del *mouchard*: una conspiración. Su viejo archivo de documentos falsificados le proporcionará las pruebas y esta vez Europa, en su pánico, se tragará el cuento.

LANDOR: Europa difícilmente puede evitarlo al ver que todos los periódicos franceses difunden la noticia.

MARX: ¡Todos los periódicos franceses! Vea, aquí está uno de ellos [toma *La Situation*] y juzgue por usted mismo el valor de su testimonio sobre los hechos. [Lee] «El doctor Karl Marx, de la Internacional, ha sido arrestado en Bélgica cuando trataba de escapar a Francia. La Policía de Londres vigilaba desde hace tiempo la Asociación a la que está vinculado, y ahora está adoptando medidas activas para su supresión.» Dos frases y dos mentiras.

Usted puede ver que, en vez de estar en prisión en Bélgica, estoy en mi casa en Inglaterra. Debe saber también que la Policía en Inglaterra es tan impotente para interferir en la Asociación Internacional como la Asociación en ella. Sin embargo, lo más seguro es que la noticia circule por toda la prensa continental sin una contradicción, y seguirá haciéndolo aunque yo enviara circulares desde aquí a cada periódico de Europa.

LANDOR: ¿Ha intentado usted rebatir muchas de estas falsas informaciones?

MARX: Lo hice hasta que me aburrí de la tarea. Para demostrar el enorme descuido con que están elaboradas, puedo mencionar que en una de ellas vi a Félix Pyat señalado como miembro de la Internacional.

LANDOR: ¿Y no lo es?

MARX: La Asociación difícilmente podría haber hallado cabida para un hombre tan loco. Una vez fue lo bastante presuntuoso como para lanzar una temeraria proclama en nuestro nombre, pero fue instantáneamente desautorizado aunque, por supuesto para hacerle justicia, la prensa ignoró la desautorización.

LANDOR: Y Mazzini, ¿es miembro de su organismo?

MARX [riendo]: Ah, no. Habríamos avanzado muy poco si no hubiéramos llegado más allá del límite de sus ideas.

LANDOR: Me sorprende usted. Habría creído que él representaba las posiciones más avanzadas.

MARX: Él no representa más que la vieja idea de una república de clase media. Se ha quedado muy desfasado respecto al movimiento moderno, como los profesores alemanes, quienes no obstante son todavía considerados en Europa como los apóstoles del democratismo cultivado del futuro. Lo fueron en otros tiempos, antes del 48 quizás, cuando la clase media alemana, en el sentido inglés, apenas había alcanzado su justo desarrollo. Pero ahora se han pasado en masa a la reacción, y el proletariado ya no los reconoce.

LANDOR: Algunas personas han creído ver signos de un elemento positivista en su organización.

MARX: Nada de eso. Tenemos positivistas entre nosotros y otros que no son de nuestra organización que también trabajan. Pero esto no es por virtud de su filosofía, que no tendrá nada que ver con el Gobierno popular tal como nosotros lo entendemos, y que solamente busca instaurar una jerarquía nueva en lugar de la vieja.

LANDOR: Me parece a mí entonces que los líderes del nuevo movimiento internacional, así como una asociación para sí mismos, han tenido que

elaborar una filosofía propia.

MARX: Precisamente. Es improbable, por ejemplo, que podamos esperar prosperar en nuestra guerra contra el capital si derivamos nuestras tácticas, digamos, de la economía política de Mill. Él evidenció un tipo de relación entre el trabajo y el capital. Nosotros esperamos demostrar que es posible establecer otra distinta.

LANDOR: ¿Y con respecto a la religión?

MARX: En ese punto yo no puedo hablar en nombre de la Asociación. Yo, personalmente, soy ateo. Es sorprendente, sin duda, escuchar semejante declaración en Inglaterra, pero hay cierto consuelo del pensamiento en saber que ni en Alemania ni en Francia hay que mencionarlo ni siquiera en susurros.

LANDOR: Y sin embargo, usted ha establecido su cuartel general en este país.

MARX: Por razones obvias: el derecho de asociación es aquí algo establecido. Existe ciertamente en Alemania, pero es obstaculizado con innumerables dificultades; en Francia durante muchos años no ha existido en absoluto.

LANDOR: ¿Y Estados Unidos?

MARX: Actualmente los principales centros de nuestra actividad se encuentran entre las viejas sociedades de Europa. Muchas circunstancias han tendido a impedir hasta ahora que el problema laboral asuma una importancia predominante en Estados Unidos. Pero están desapareciendo rápidamente, y se está poniendo en primera fila con el crecimiento, como en Europa, de una clase trabajadora distinta del resto de la comunidad y divorciada del capital.

LANDOR: Parecería que en ese país la esperada solución, cualquiera que ella sea, podrá alcanzarse sin los medios violentos de una revolución. El

sistema inglés de agitar mediante los discursos y la prensa hasta que las minorías se conviertan en mayorías es un signo esperanzador.

MARX: En este punto no soy tan optimista como usted. La clase media inglesa se ha mostrado siempre bastante deseosa de aceptar el veredicto de la mayoría con tal de seguir disfrutando del monopolio del poder de voto. Pero créame, tan pronto como se encuentre superada en las votaciones por lo que considera cuestiones vitales, veremos aquí una nueva guerra de esclavos contra amos.

Aquí les he relatado, tan bien como puedo recordarlos, los puntos principales de mi conversación con este hombre notable. Dejaré que ustedes saquen sus propias conclusiones. A pesar de todo lo que pueda decirse a favor o en contra de la probabilidad de su complicidad con la Comuna, podemos estar seguros de que en la Asociación Internacional el mundo civilizado tiene un nuevo poder con el que pronto tendrá que ajustar cuentas para bien o para mal.

«Entrevista con K. Marx, cabeza de la Internacional, por R. Landor», *New York World*, 18 de julio de 1871

Movimientos económicos y movimientos políticos

La Internacional fue fundada para remplazar las sectas socialistas o semisocialistas por una organización real de la clase obrera con vistas a la lucha. Los estatutos iniciales y el Manifiesto inaugural lo muestran a simple vista. Por otra parte, la Internacional no habría podido afirmarse si el espíritu de secta no hubiese sido ya aplastado por la marcha de la historia. El desarrollo del sectarismo socialista y el desarrollo del movimiento obrero real se encuentran siempre en proporción inversa. Las sectas están justificadas (históricamente) mientras la clase obrera aún no ha madurado para un movimiento histórico independiente. Pero en cuanto han alcanzado esa madurez, todas las sectas se hacen reaccionarias. Por cierto, en la historia de la Internacional se ha repetido lo que la historia general nos muestra en todas partes. Lo caduco tiende a restablecerse y a mantener sus posiciones dentro de las formas recién alcanzadas.

La historia de la Internacional también ha sido una lucha continua del Consejo General contra las sectas y los experimentos de diletantes que tendían a echar raíces en la Internacional contra el verdadero movimiento de la clase obrera. Esta lucha se ha librado en los congresos y, mucho más aún, en las reuniones especiales del Consejo General con las distintas secciones.

Como en París los proudhonistas (los mutualistas) figuraban entre los fundadores de la Asociación, tuvieron las riendas en sus manos durante los

primeros años. Después surgieron allí, como era lógico, grupos colectivistas, positivistas y otros que se opusieron a ellos.

En Alemania tuvimos la camarilla de Lassalle. Durante dos años yo mismo mantuve correspondencia con el famoso Schweitzer y le demostré irrefutablemente que la organización lassalleana era una organización sectaria y, como tal, hostil a la organización del movimiento obrero efectivo hacia la que tiende la Internacional. Pero él tenía sus «razones» para no comprenderlo.

A fines de 1868 ingresó en la Internacional el ruso Bakunin para crear en su seno y bajo su dirección una segunda Internacional denominada Alianza de la Democracia Socialista. Bakunin, hombre sin ningún conocimiento teórico, exigió que esta organización particular dirigiese la propaganda científica de la Internacional, propaganda que quería convertir en especialidad de esta segunda Internacional en el seno de la Internacional.

Su programa estaba compuesto de retazos superficialmente hilvanados de ideas pequeñoburguesas arrebañadas de acá y de allá: igualdad de clases (!), abolición del derecho de herencia como punto de partida del movimiento social (tontería sansimonista), el ateísmo como dogma obligatorio para los miembros de la Internacional, etcétera, y en calidad de dogma principal la abstención (proudhonista) del movimiento político.

Esta fábula infantil fue acogida con simpatía (y hasta cierto punto es apoyada aún hoy) en Italia y en España, donde las condiciones reales del movimiento obrero están aún poco desarrolladas, y también entre algunos fatuos, ambiciosos y hueros doctrinarios en la Suiza latina y en Bélgica.

Para el señor Bakunin, su doctrina (bazofia de trozos tomados de Proudhon, Saint-Simon y otros) era y es un asunto secundario, un simple medio para su encumbramiento personal. Como teórico es un cero a la izquierda, pero las intrigas son su elemento.

El Consejo General ha tenido que luchar durante años contra este complot (apoyado hasta cierto punto por los proudhonistas franceses, sobre todo en el Midi). Finalmente, valiéndose de las resoluciones 1, 2 y 3, IX, XVI y XVII de la Conferencia,[61] descargó el golpe que tanto tiempo llevaba preparando.

Como es lógico, el Consejo General no va a apoyar en América lo que combate en Europa. Las resoluciones 1, 2, 3 y IX dan ahora al Comité de Nueva York armas legales para terminar con todo sectarismo y con todos los grupos diletantes, expulsándolos si llega el caso. […]

El movimiento político de la clase obrera tiene como último objetivo, claro está, la conquista del poder político para la clase obrera y a este fin es necesario, naturalmente, que la organización previa de la clase obrera, nacida en su propia lucha económica, haya alcanzado cierto grado de desarrollo.

Pero por otra parte, todo movimiento en el que la clase obrera actúa como clase contra las clases dominantes y trata de forzarlas «presionando desde fuera» es un movimiento político. Por ejemplo, la tentativa de obligar mediante huelgas a capitalistas aislados a reducir la jornada de trabajo en determinada fábrica o rama de la industria es un movimiento puramente económico; por el contrario, el movimiento con vistas a obligar que se decrete la ley de la jornada de ocho horas, etcétera, es un movimiento político. Así pues, de los movimientos económicos separados de los obreros nace en todas partes un movimiento político, es decir, un movimiento de clase, cuyo objeto es que se dé satisfacción a sus intereses en forma general, es decir, de forma que sea compulsoria para toda la sociedad. Si bien es cierto que estos movimientos presuponen cierta organización previa, no es menos cierto que representan un medio para desarrollar esta organización.

Allí donde la clase obrera no ha desarrollado su organización lo bastante para emprender una ofensiva resuelta contra el poder colectivo, es decir, contra el poder político de las clases dominantes, se debe por lo menos prepararla para ello mediante una agitación constante contra la política de las clases dominantes, adoptando una actitud hostil hacia ese poder. En caso contrario, la clase obrera será un juguete en sus manos, como lo ha demostrado la Revolución de Septiembre en Francia y como, hasta cierto punto, lo está demostrando el juego que aún hoy juegan con éxito Gladstone y compañía en Inglaterra.

Carta a Friedrich Bolte, Londres,
23 de noviembre de 1871

Sobre Bakunin

Bakunin, que hasta 1868 había intrigado contra la Internacional, ingresó en ella después del fracaso sufrido en Berna, en el Congreso de la Paz; inmediatamente se puso a conspirar desde dentro contra el Consejo General. Bakunin tiene una teoría original, que es una mezcolanza de proudhonismo y comunismo. Por cierto, el punto básico de su proudhonismo es la idea de que el mal más grave, con el que hay que acabar, no es el capital, no es por tanto el antagonismo de clase que el desarrollo social crea entre los capitalistas y los obreros asalariados, sino el Estado. Mientras la gran masa de obreros socialdemócratas comparte nuestro punto de vista de que el poder del Estado no es más que una organización adoptada por las clases dominantes —los terratenientes y los capitalistas— para proteger sus privilegios sociales, Bakunin afirma que el Estado es el creador del capital, que el capitalista posee su capital únicamente por obra y gracia del Estado. Y puesto que el Estado es, por tanto, el mal principal, hay que acabar ante todo con él, y entonces el capital hincará el pico por sí solo. Nosotros, en cambio, sostenemos lo contrario: acabad con el capital, que es la concentración de todos los medios de producción en manos de unos pocos, y el Estado se derrumbará por sí solo. La diferencia entre los dos puntos de vista es fundamental: la abolición del Estado sin una revolución social previa es un absurdo; la abolición del capital es precisamente la revolución social e implica un cambio en todo el modo de producción. Pero como para Bakunin el Estado representa el mal principal, no se debe hacer nada que

pueda mantener la existencia del Estado, tanto si es una república, como una monarquía o cualquier otra forma de Estado. De aquí, la necesidad de abstenerse por completo de toda política. Cualquier acto político, sobre todo la participación en las elecciones, es una traición a los principios. Hay que hacer propaganda, desacreditar al Estado, organizarse; y cuando se haya conquistado a todos los obreros, es decir, a la mayoría, se liquidan los organismos estatales, se suprime el Estado y se le sustituye por la organización de la Internacional. Este gran acto, que marca el comienzo del reino milenario, se llama «liquidación social».

Todo suena a algo muy radical, y es tan sencillo que puede ser aprendido de memoria en cinco minutos. He aquí la razón de que la teoría bakuninista haya encontrado tan pronto una acogida favorable en Italia y en España entre los jóvenes abogados, doctores y otros doctrinarios. Pero las masas obreras jamás aceptarán la idea de que los asuntos públicos de sus respectivos países no son a la vez sus propios asuntos; los obreros son políticos activos por naturaleza, y quien les proponga abandonar la política se verá, tarde o temprano, abandonado por ellos. Predicar a los obreros la abstención política en todas las circunstancias equivale a ponerlos en manos de los curas o de los republicanos burgueses.

La Internacional, según Bakunin, no ha sido creada para la lucha política, sino para ocupar el lugar de la vieja organización del Estado tan pronto como se lleve a cabo la liquidación social, y por eso debe parecerse lo más posible a la sociedad futura, tal como la concibe el ideal bakuninista. En esta sociedad no habrá, ante todo, autoridad alguna, pues la autoridad, que equivale al Estado, es el mal absoluto. (No se nos dice nada acerca de cómo se las van a arreglar estos señores para hacer funcionar las fábricas y los ferrocarriles y gobernar los barcos sin una voluntad que decida en última instancia y sin una dirección única.) Cesa también la autoridad de la

mayoría sobre la minoría. Cada individuo y cada comunidad son autónomos, pero Bakunin vuelve a guardar silencio acerca de cómo puede existir una sociedad, integrada aunque solo sea por dos individuos, sin que cada uno de ellos renuncie a parte de su autonomía.

Pues bien, también la Internacional debe ser estructurada según este modelo. Cada sección es autónoma y también cada individuo dentro de la sección. ¡Al diablo las resoluciones de Basilea, que confieren al Consejo General una autoridad perniciosa y para él mismo, desmoralizadora! Aun en el caso de que esa autoridad se confiera voluntariamente, debe ser abolida ¡precisamente porque es autoridad!

Aquí tiene usted, en pocas palabras, los puntos principales de esta supercheria. Pero ¿quiénes son los autores de las resoluciones de Basilea? ¡El propio señor Bakunin y compañía!

Cuando en el Congreso de Basilea estos caballeros vieron que no lograrían su propósito de trasladar el Consejo General a Ginebra, es decir, apoderarse de él, cambiaron de táctica. Fundaron la Alliance de la Démocratie Socialiste —una asociación internacional dentro de la gran Internacional— con el pretexto, que volverá a encontrar usted ahora en la prensa bakuninista italiana (*Il Proletario*, *Gazzettino Rosa*), de que para los pueblos fogosos de raza latina se requiere un programa más llamativo que para los pueblos nórdicos, fríos y lentos. Este plan de medio pelo fracasó por la oposición del Consejo General, que no podía tolerar la existencia de una organización internacional aparte dentro de la Internacional. Desde entonces este plan ha vuelto a ser presentado bajo las formas más diversas, pues Bakunin y sus secuaces no cejan en sus intentos de suplantar el programa de la Internacional por el programa de Bakunin. Por otra parte, la reacción, desde Jules Favre y Bismarck hasta Mazzini, siempre que ha querido atacar a la Internacional ha escogido como blanco las frases vacuas

y jactanciosas de los bakuninistas. De aquí la necesidad de mi declaración contra Mazzini y Bakunin, hecha pública el 5 de diciembre e insertada también en el *Gazzettino Rosa*.

El núcleo de los bakuninistas lo forman unas docenas de jurasianos que apenas arrastran en total a unos 200 obreros; la vanguardia está constituida por abogados, doctores y periodistas jóvenes de Italia que ahora se presentan en todas partes como portavoces de los obreros italianos. En Barcelona y en Madrid puede hallarse gente, muy poca, de la misma calaña, y algunos individuos aislados —entre los que apenas figuran obreros— en Lyon y en Bruselas. El único ejemplar que tenemos por aquí es Robin.

La Conferencia convocada ante la imposibilidad de reunir el Congreso fue el pretexto; y al contar con la mayoría de los franceses emigrados en Suiza, que se pasaron a su lado (pues además de los motivos personales, tenían, como proudhonistas, muchos puntos de contacto), los bakuninistas iniciaron la campaña. Claro está que en todas partes pueden encontrarse dentro de la Internacional minorías descontentas y genios no reconocidos. Con ellos contaban, y no sin razón.

Sus fuerzas de combate están integradas actualmente por:

1. Bakunin en persona, el Napoleón de esta campaña.

2. Los 200 jurasianos y unos 40 o 50 miembros de las secciones francesas (emigrados en Ginebra).

3. En Bruselas, Hins, director de *Liberté*, quien sin embargo no se manifiesta abiertamente en favor de ellos.

4. Aquí (en Londres), los restos de la Sección francesa de 1871, jamás reconocida por nosotros y que ya se ha escindido en tres grupos que se atacan entre sí; además, unos veinte lassalleanos del tipo de *herr* Von Schweitzer, expulsados de la sección alemana (por su proposición de abandonar en masa las filas de la Internacional), y que como partidarios de

una centralización extrema y de una organización rígida, vienen al pelo para una alianza con los anarquistas y los autonomistas.

5. En España, unos cuantos amigos personales y secuaces de Bakunin que, al menos desde el punto de vista teórico, han ejercido una gran influencia entre los obreros, particularmente en Barcelona. Pero como, por otra parte, los españoles son muy celosos de la organización, pronto advierten en los demás los efectos de su falta. Solo el Congreso que habrán de celebrar los españoles en abril permitirá ver si Bakunin puede contar allí con probabilidades de éxito. Sin embargo, no tengo motivos para estar intranquilo, pues en el Congreso predominarán los obreros.

Carta a Theodor Cuno, 24 de enero de 1872

Speculum VIII

Al cabo de poco rato paramos delante de una casa, llamó el cochero y presentóseme un anciano que, encuadrado en el marco de la puerta, recibiendo de frente la luz de un reverbero, parecía la figura venerable de un patriarca producida por la inspiración de eminente artista. Acerqueme con timidez y respeto, anunciándome como delegado de la Federación Regional Española de La Internacional, y aquel hombre me estrechó entre sus brazos, me besó en la frente, me dirigió palabras afectuosas en español y me hizo entrar en su casa. Era Carlos Marx. Su familia ya se había recogido, y él mismo, con amabilidad exquisita, me sirvió un apetitoso refrigerio; al final tomamos té y hablamos extensamente de ideas revolucionarias, de la propaganda y de la organización mostrándose muy satisfecho de los trabajos realizados en España, juzgando por el resumen que le hice de la memoria de que era portador para presentarla a la Conferencia. Agotada la materia, o más bien deseando dar expansión a una inclinación especial, mi respetable interlocutor me habló de literatura española, que conocía detallada y profundamente, causándome asombro lo que dijo de nuestro teatro antiguo cuya historia, vicisitudes y progresos dominaba a la perfección. Calderón, Lope de Vega, Tirso y demás grandes maestros, no ya del teatro español sino del teatro europeo, según juicio suyo, fueron analizados en conciso y a mi parecer justísimo resumen. En presencia de aquel grande hombre, ante las manifestaciones de aquella inteligencia, me sentía anonadado y a pesar del inmenso gozo que

experimentaba, hubiera preferido hallarme tranquilo en mi casa, donde si bien no me asaltarían sensaciones tan diversas, nada me reprocharía no hallarme en armonía con la situación ni con las personas. No obstante, haciendo un esfuerzo casi heroico para no dar triste idea de mi ignorancia, suscité el parangón que suele hacerse entre Shakespeare y Calderón y evoqué el recuerdo de Cervantes. De todo ello habló Marx como consumado inteligente, dedicando frases de admiración al ingenioso hidalgo manchego. He de advertir que la conversación fue sostenida en español, que Marx hablaba regularmente, con buena sintaxis, como sucede a muchos extranjeros ilustrados, aunque con una pronunciación defectuosa, debido en gran parte a la dureza de nuestras 'cc', 'g', 'j' y 'rr'. A hora muy avanzada de la madrugada me acompañó a la habitación que me destinaba, donde me entregué, más que al descanso, a la contemplación de las infinitas imágenes que en revuelta confusión bullían en mi mente a consecuencia del giro tan extraordinario que en pocos días había emprendido el curso de mi vida. A la mañana siguiente fui presentado a las hijas de Marx y después a varios delegados y personajes que se presentaron, y me ocurrieron dos incidentes que relataré y que recuerdo con especial complacencia. La hija mayor, joven de hermosura ideal, incomprensible para mí por no tener semejanza con nada de cuanto respecto a hermosura femenina había visto hasta entonces, conocía el español, aunque como su padre pronunciaba mal, y me tomó por su cuenta para que le leyera algo por gusto de oír la pronunciación correcta; me llevó a la biblioteca, que era grande y atestada de volúmenes, y de un armario dedicado a la literatura española tomó dos libros, uno el *Quijote*, otro colección de dramas de Calderón; del primero leí el discurso de don Quijote a los cabreros, y del otro aquellas tiradas de versos grandilocuentes y sonoros de *La vida es sueño*, reconocidos como joyas del idioma español y concepciones sublimes del pensamiento humano. La

explicación que intenté para hacer resaltar los primores de fondo y de forma resultó inútil, porque mi joven y hermosa interlocutora tenía ilustración y delicadeza sobrada para el caso, como lo demostró añadiendo a mi exposición muchas otras consideraciones oportunas y atinadas que jamás se me habían ocurrido. El segundo incidente consistió en que, habiendo manifestado el deseo de dirigir un telegrama a Valencia anunciando mi feliz llegada a Londres, en cumplimiento del encargo que se me hizo por el peligro que se suponía existía en Francia, me dieron como acompañante y guía a la hija menor de Marx. Esa facilidad en prestar para ese servicio a una señorita, tratándose de un extranjero desconocido, cosa tan contraria a las costumbres de la burguesía española, me admiró y agradó en extremo. Aquella joven, casi una niña, soberanamente hermosa, aunque con una hermosura más humana que la de su hermana, risueña y alegre como la personificación de la juventud y la felicidad positiva, no sabía aún el español, y aunque hablaba bien inglés y alemán como si fueran lenguas propias, estaba poco adelantada en el francés, idioma en el que sí podía yo entenderme, sin llegar a hacer maravillas; en resumen: nos comunicábamos en mal francés, y cada vez que una u otro decíamos un disparate, mi acompañante reía como una loca y yo ni más ni menos, con tanta espontaneidad y franqueza como si nos hubiéramos tratado fraternalmente toda la vida. La reunión preparatoria de la Conferencia debía celebrarse aquella noche, tras reunión previa del Consejo General, al que serían presentados los delegados. Marx me acompañó al local del Consejo. A la puerta, junto con algunos consejeros, se hallaba Bastélica, el francés que presidió la primera sesión del Congreso de Barcelona, quien me recibió con las mayores demostraciones de aprecio y alegría y me presentó a los compañeros, algunos de nombre ya conocido en la historia de la Internacional, entre los que recuerdo Eccarius, Jung, John Hales, Serrailler,

Vaillant, emigrado de la Comuna de París, etcétera. Marx presentome a Engels, quien desde aquel momento se encargó de darme hospitalidad durante mi residencia en Londres. Ya en la sala de sesiones vi a los delegados belgas, entre ellos César de Paepe, algunos franceses, el suizo Henry Perret y el ruso Outine, figura siniestra y antipática que en la Conferencia no pareció tener otra misión que atizar el odio y envenenar las pasiones, siendo completamente ajeno al gran ideal que agitaba a nuestros representados, los trabajadores internacionales. De la semana empleada en aquella Conferencia guardo triste recuerdo. El efecto causado en mi ánimo fue desastroso: esperaba yo ver grandes pensadores, heroicos defensores del trabajador, entusiastas propagadores de las nuevas ideas, precursores de aquella sociedad transformada por la revolución en que se practicará la justicia y se disfrutará de la felicidad, y en su lugar hallé graves rencillas y tremendas enemistades entre los que debían estar unidos en una voluntad para alcanzar un mismo fin. Si mi fe hubiera necesitado estímulos para sostenerse y si no tuviera descontados los efectos divergentes y disolventes de la ambición, de la vanidad y de la envidia, la Conferencia de Londres, en vez de una confirmación de mis ideas y de mis esperanzas emancipadoras, habría sido una desastrosa desilusión. Por fortuna, pobre obrero, entonces como hoy después de treinta años, sin miras egoístas, amante entusiasta de aquella libertad, la única positiva y de extensión social que se apoya en la colectividad y hace desaparecer la clase de los oprimidos, tenía y tengo por cierto que las aspiraciones populares, seguras de su legitimidad, arraigan, se desarrollan, ganan espacio y consistencia y, por último, confirmadas por la ciencia y sancionadas por la revolución, dominarán contra todo lo que se les oponga, aunque entre los obstáculos se cuenten aquellos santones prestigiosos que las fomentaron un día y luego pusieron el prestigio adquirido al servicio de pasiones vergonzosas. Pocos trabajadores, o si se

prefiere determinar bien el concepto, pocos éramos los asalariados asistentes a aquella asamblea, siendo los más burgueses (ciudadanos de la clase media, como lo define la Academia), y estos llevaban allí la dirección y la voz, ya que aquella reunión no vino a ser otra cosa que una prolongación del Consejo General, una sanción de sus planes, robustecida por el voto atribuido a la Asociación por medio de sus delegados parodiando en esto al parlamentarismo político, y en todo ello no pude ver nada grande, nada salvador ni siquiera en armonía con el lenguaje empleado para la propaganda. Puede asegurarse que toda la sustancia de aquella Conferencia se redujo a afirmar el predominio de un hombre allí presente, Carlos Marx, contra el que se supuso pretendía ejercer otro, Miguel Bakunin, ausente. Para llevar adelante el propósito había un capítulo de cargos contra Bakunin y la Alianza de la Democracia Socialista, apoyado en documentos, declaraciones y hechos de cuya verdad y autenticidad no pudo convencerse nadie, sostenidos además con el testimonio de algún delegado presente como el ruso Outine, por ejemplo, y lo que es peor, con el silencio cobarde de algún aliancista presente, y lo que todavía es más malo, hasta con ciertas tímidas excusas; pero si todo esto, a pesar de ser repugnante por sí mismo, fue llevado en las sesiones de la Conferencia con cierta apariencia de regularidad, en el seno de las comisiones se manifestó el odio con toda su cruel desvergüenza. Asistí una noche en casa de Marx a una reunión encargada de dictaminar sobre el asunto de la Alianza y allí vi a aquel hombre descender del pedestal en que mi admiración y respeto lo habían colocado hasta el nivel más vulgar, y después varios de sus partidarios se rebajaron mucho más aún, ejerciendo la adulación como si fueran viles cortesanos delante de su señor. Lo único en carácter, lo genuinamente obrero, lo puramente emancipador tuve yo el alto honor de presentarlo a aquella Conferencia: la Memoria sobre organización

formulada por la Conferencia de Valencia. Ante delegados de naciones tan industriales como Inglaterra, Alemania y Bélgica, avezadas, especialmente la primera, en las luchas económicas, causó gran efecto aquel engranaje de sociedades y federaciones de todos los oficios, de oficios similares y de oficio único, con sus comisiones de propaganda y correspondencia, sus estadísticas, sus congresos, sus caja de resistencia y toda aquella vida intelectual y de acción capaz, de ser bien practicada, de efectuar no solo la revolución social en breve plazo, sino de organizar por su propio funcionamiento la sociedad futura. Trabajo perdido: el Consejo General y la mayoría de los delegados no estaban para eso: lo que les preocupaba, sobre todo, era la cuestión de la jefatura. Ya no era cuestión de sostener una fuerza revolucionaria y darle una organización y sostener una línea de conducta estrictamente encaminada a su objeto, sino de poner una gran reunión de hombres al servicio de un jefe. En mis sentimientos y en mis pensamientos me vi solo; juzgué, acaso por un rasgo de soberbia, que yo era el único internacional allí presente, y me sentí incapaz de hacer nada útil, y aunque algo dije como expresión de mi desilusión y de mi disgusto, me oyeron como quien oye llover y no produjo sensación ni efecto alguno. Únicamente en el resumen de los acuerdos de aquella Conferencia hay uno que dice: La Conferencia da gracias fraternalmente a los miembros de la Federación española por su trabajo sobre la organización internacional, que prueba una vez más su abnegación por la obra común. Terminada la Conferencia celebrose un *lunch* de despedida, en que abundaron las lamentaciones acerca de la persecución sanguinaria contra la Comuna, y en que algunos delegados hicieron el gasto de frases y profecías usados en tales actos, y yo mismo, instado por algunos que consideraban un español como fenómeno raro, tuve que intervenir en aquella exposición de lugares comunes, pero con desagrado, expresándome en español, dejando a Engels el cuidado de

traducir mis palabras al inglés y al francés, que los circunstantes de cada idioma aplaudieron cuando les tocó el turno. ¡Ah!, me olvidaba de expresar esta circunstancia: los delegados y miembros del Consejo General ingleses solo entendían el inglés, y un secretario destinado exclusivamente a este servicio traducía todos los discursos al inglés. Los delegados de las demás naciones todos hablábamos francés, y como algunos no entendíamos inglés, otro secretario traducía al francés los discursos de los ingleses. Volvime a España poseído de la idea de que el ideal estaba más lejos de lo que había creído, y de que muchos de sus propagandistas eran sus enemigos.

Anselmo Lorenzo, *Conferencia de la Internacional en Londres* (1871)

El «consentimiento» universal

La propiedad de la tierra es la fuente original de toda riqueza y se ha convertido en el gran problema de cuya solución depende el porvenir de la clase obrera.

Sin plantearme la tarea de examinar aquí todos los argumentos de los defensores de la propiedad privada sobre la tierra —jurisconsultos, filósofos y economistas—, me limitaré nada más que a hacer constar, en primer lugar, que han hecho no pocos esfuerzos para disimular el hecho inicial de la conquista al amparo del «derecho natural». Si la conquista ha creado el derecho natural para una minoría, a la mayoría no le queda más que reunir suficientes fuerzas para tener el derecho natural de reconquistar lo que se le ha quitado.

En el curso de la historia los conquistadores han estimado conveniente dar a su derecho inicial, que se desprendía de la fuerza bruta, cierta estabilidad social mediante leyes impuestas por ellos mismos.

Luego viene el filósofo y muestra que estas leyes implican y expresan el consentimiento universal de la humanidad. Si en efecto la propiedad privada sobre la tierra se basa en semejante consentimiento universal, debe sin duda desaparecer en el momento en que la mayoría de la sociedad no quiera reconocerla más.

No obstante, dejando de lado los pretendidos «derechos» de propiedad, yo afirmo que el desarrollo económico de la sociedad, el crecimiento y la concentración de la población, que vienen a ser las condiciones que

impulsan al granjero capitalista a aplicar en la agricultura el trabajo colectivo y organizado, a recurrir a las máquinas y otros inventos, harán cada día más que la nacionalización de la tierra sea «una necesidad social», contra la que resultarán sin efecto todos los razonamientos acerca de los derechos de propiedad. Las necesidades imperiosas de la sociedad deben ser y serán satisfechas, los cambios impuestos por la necesidad social se abrirán camino ellos mismos y, a la larga o a la corta, adaptarán la legislación a sus intereses.

Lo que nos hace falta es un crecimiento diario de la producción, y las exigencias de esta no pueden ser satisfechas cuando un puñado de hombres se halla en condiciones de regularla a su antojo y con arreglo a sus intereses privados o de agotar, por ignorancia, el suelo. Todos los métodos modernos, como digamos el riego, el avenamiento, el arado de vapor, los productos químicos, etcétera, deben aplicarse en grandes proporciones en la agricultura. Pero los conocimientos científicos que poseemos, al igual que los medios técnicos de practicar la agricultura de que disponemos, como las máquinas, etcétera, solo pueden emplearse con éxito si se cultiva la tierra a gran escala.

Si el cultivo de la tierra a gran escala (incluso usando los métodos capitalistas actuales, que reducen al productor al nivel de simple bestia de carga) resulta tanto más ventajoso desde el punto de vista económico que la hacienda en terrenos pequeños y fraccionados, ¿acaso la agricultura a escala nacional no daría un impulso todavía mayor a la producción?

Las demandas de la población, crecientes sin cesar, por una parte, y la constante alza de los precios de los productos agrícolas, por otra, muestran irrefutablemente que la nacionalización de la tierra es una necesidad social.

La disminución de la producción agrícola por abuso de uno u otro individuo será, como es lógico, imposible cuando el cultivo de la tierra se

halle bajo el control de la nación y en beneficio de la misma.

Todos los ciudadanos a los que he oído durante los debates en torno a esta cuestión han defendido la nacionalización de la tierra, pero lo han hecho partiendo de muy distintos puntos de vista.

Se han hecho muchas alusiones a Francia, que con su propiedad campesina se halla mucho más lejos de la nacionalización que Inglaterra con su sistema de gran posesión de la tierra por los lores. Es cierto que en Francia la tierra está al alcance de cualquiera que esté en condiciones de comprarla, pero precisamente esta accesibilidad ha llevado al fraccionamiento de los terrenos en pequeñas parcelas cultivadas por gentes de escasos recursos, que cuentan más que nada con su trabajo personal y el de sus familias. Esta forma de propiedad de la tierra y el cultivo de terrenos pequeños, que de ello se desprende, excluyendo todo empleo de perfeccionamientos agrícolas modernos, hace a la vez que el propio agricultor sea el más decidido enemigo del progreso social y, sobre todo, de la nacionalización de la tierra. Este agricultor se halla aherrojado a la tierra, a la que debe consagrar todas sus fuerzas vitales para conseguir un ingreso relativamente pequeño, tiene que entregar la mayor parte de su producto al Estado, en forma de impuestos, a la camarilla judiciaria, en forma de costas judiciales, y al usurero, en forma de interés; no sabe absolutamente nada del movimiento social fuera de su limitado campo de acción y, sin embargo, se agarra con celo fanático a su terruño y a su derecho de propiedad puramente nominal sobre el mismo. Así es como el campesino francés ha sido llevado al antagonismo fatal con la clase obrera industrial.

Siendo la propiedad campesina el mayor obstáculo para la nacionalización de la tierra, Francia en su estado actual no es, indiscutiblemente, el país en el que debamos buscar la solución de ese gran problema.

La nacionalización de la tierra y su entrega en pequeñas parcelas a unos u otros individuos o a asociaciones de trabajadores cuando el poder se halla en manos de la burguesía no engendraría más que una competencia implacable entre ellos y, como resultado, conduciría al crecimiento progresivo de la renta, lo cual a su vez acarrearía nuevas posibilidades a los propietarios de tierras, que viven a cuenta de los productores.

En el Congreso de la Internacional celebrado en 1868, en Bruselas, uno de nuestros camaradas dijo: «La pequeña propiedad privada de la tierra está condenada por la ciencia, y la grande, por la justicia. Por tanto, queda una de dos: la tierra debe pertenecer a asociaciones rurales o a toda la nación. El porvenir decidirá esta cuestión».

Y yo digo lo contrario: el movimiento social llevará a la decisión de que la tierra solo puede ser propiedad de la nación misma. Entregar la tierra en manos de los trabajadores rurales asociados significaría subordinar la sociedad a una sola clase de productores.

La nacionalización de la tierra producirá un cambio completo en las relaciones entre el trabajo y el capital y, al fin y a la postre, acabará por entero con el modo capitalista de producción tanto en la industria como en la agricultura. Entonces desaparecerán las diferencias y los privilegios de clase juntamente con la base económica en la que descansan. La vida a costa del trabajo ajeno será cosa del pasado. ¡No habrá más Gobierno ni Estado separado de la sociedad! La agricultura, la minería, la industria, en fin, todas las ramas de la producción se organizarán gradualmente de la forma más adecuada. La centralización nacional de los medios de producción será la base nacional de una sociedad compuesta de la unión de productores libres e iguales, dedicados a un trabajo social con arreglo a un plan general y racional. Tal es la meta humana a la que tiende el gran movimiento económico del siglo XIX.

«La nacionalización de la tierra»,
International Herald, 15 de junio de 1872

LAS LUCHAS INTERNAS EN LA INTERNACIONAL

Londres, 5 de marzo de 1872
33, Rathbone Place

Encontrándonos en presencia de una reacción desenfrenada que ahoga violentamente todo esfuerzo de emancipación hecho por parte de los trabajadores y pretende mantener por la fuerza bruta la diferenciación de clases y la consiguiente dominación política de las clases poseedoras.

Considerando además:

que contra ese poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado solo puede actuar como clase constituyéndose en partido político diferenciado, opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras;

que esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y permitir alcanzar su objetivo supremo: la abolición de las clases;

que la coalición de las fuerzas obreras, obtenida merced a las luchas económicas, debe servir también como palanca en manos de esta clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores.

La Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional:

que para la clase obrera militante, el movimiento económico y la acción política están indisolublemente unidos.

Pasemos ahora a los grupos sectarios.

La primera etapa de la lucha del proletariado contra la burguesía se desarrolló bajo el signo del movimiento sectario. Este tiene su razón de ser en una época en la que el proletariado no está aún suficientemente desarrollado para actuar como clase. Pensadores individuales hacen la crítica de los antagonismos sociales y dan para ellos soluciones fantásticas que la masa de los obreros no tiene más que aceptar, propagar y poner en práctica. Por naturaleza, las sectas formadas por estos iniciadores son abstencionistas, extrañas a todo movimiento real, a la política, a las huelgas, a las coaliciones; en una palabra, a todo movimiento de conjunto. La masa del proletariado se mantiene siempre indiferente o incluso hostil a su propaganda. Los obreros de París y de Lyon sentían tanto despego hacia los sansimonianos, los fourieristas y los icaristas, como los cartistas y los tradeunionistas ingleses hacia los owenistas. Estas sectas, palancas del movimiento en sus orígenes, lo obstaculizan en cuanto las sobrepasa; entonces se vuelven reaccionarias. Testimonio de esto dan las sectas de Francia y de Inglaterra y últimamente los lassalleanos en Alemania, los cuales, después de haber entorpecido durante años la organización del proletariado, han acabado por ser simples instrumentos de la Policía. En resumen, las sectas son la infancia del movimiento proletario, como la astrología y la alquimia son la infancia de la ciencia. Hasta que el proletariado no hubo superado esta fase, no fue posible la fundación de la Internacional.

Frente a las organizaciones de las sectas fantaseadoras y rivales, la Internacional es la organización real y militante de la clase proletaria en todos los países, ligada entre sí en su lucha común contra los capitalistas y los terratenientes y contra su poder de clase, organizado en el Estado. Así, los Estatutos de la Internacional no reconocen más que simples sociedades «obreras», todas las cuales persiguen el mismo objetivo y aceptan el mismo

programa. Programa que se limita a trazar los rasgos generales del movimiento proletario y deja su elaboración teórica a cargo de las secciones, que aprovecharán para ello el impulso dado por las necesidades de la lucha práctica y el intercambio de ideas que se efectúa. En los órganos de las secciones y en sus congresos se admiten indistintamente todas las convicciones socialistas.

En toda nueva etapa histórica los viejos errores reaparecen un instante para desaparecer poco después. Del mismo modo, la Internacional ha visto renacer en su seno secciones sectarias, aunque en una forma poco acentuada.

Las pretendidas escisiones en la Internacional (1872)

Maniobras congresuales

Querido Kugelmann:

En el Congreso Internacional (que se inaugura en La Haya el 2 de septiembre) se va a decidir la vida o la muerte de la Internacional y, antes de retirarme, quiero por lo menos protegerla contra los elementos de disolución. De modo que Alemania ha de tener el mayor número posible de representantes. Como por fin vas a ir, escríbele a Hepner que le ruego te entregue una credencial de delegado.

Tuyo,

K. Marx

Carta a Kugelmann, 29 de julio de 1872

Los políticos profesionales

Querido Kugelmann:

Recibí tus cartas (incluyendo las líneas amistosas de tu querida esposa y de Fränzchen), el Meyer (socialista-polizonte, *faiseur* embadurnador de papeles literarios), así como los recortes del *Frankfurter*, etcétera y, finalmente, una carta de *madame* Tenge.

Te estoy sumamente agradecido, así como a los tuyos y a la señora Tenge, por el interés amistoso que mostráis por mi estado de salud. Pero me ofendes al atribuir mi negligencia en escribir a otras causas que no sean mi salud vacilante. Las recaídas interrumpen constantemente mi trabajo, y luego me obligan a recuperar el tiempo perdido dejando de lado todas las demás obligaciones (incluyendo la correspondencia); todo esto acaba por agriarle a uno el carácter y hacerle perder todo impulso.

A mi regreso a Harrogate, tuve *d'abord* un absceso de ántrax, luego volvieron mis dolores de cabeza, el insomnio, etcétera, tanto que tuve que quedarme en Ramsgate, Seaside, desde mediados de abril hasta el 5 de mayo. Aunque después de esto me he sentido mucho mejor, no me he recuperado del todo. Mi médico especialista (el doctor Gumpert, de Manchester) insiste en que vaya a Karlsbad, y quisiera que saliera lo más pronto posible, pero tengo que terminar primero la traducción francesa que está muy atrasada, y además preferiría ir cuando vayas tú.

Durante todo este periodo en que no podía escribir he reunido una cantidad considerable de nuevos materiales para el tomo II. Pero no puedo

comenzar la elaboración definitiva de este otro tomo mientras no haya terminado con la edición francesa y mi salud no esté en perfecto estado.

De modo que todavía no he decidido absolutamente nada sobre cómo pasaré el verano.

La marcha del movimiento obrero en Alemania es muy satisfactoria (lo mismo ocurre en Austria). En Francia se hace sentir la falta de una base teórica y de *common sense* práctico. En Inglaterra el movimiento de los obreros agrícolas es el único que progresa por el momento. Los obreros de las industrias deben liberarse, ante todo, de sus actuales jefes. Cuando yo denuncié a estos individuos en el Congreso de La Haya, sabía que esto me traería impopularidad, calumnias, etcétera; pero las consecuencias de este tipo siempre me han dejado indiferente. En varias partes se comienza a comprender que, al denunciarlos, solo cumplía con mi deber.

En Estados Unidos nuestro partido se enfrenta con grandes dificultades tanto económicas como políticas, pero se está abriendo camino. El mayor obstáculo son los políticos profesionales que tratan de adulterar cualquier nuevo movimiento y transformarlo en una «venta de propaganda».

Pese a todas las maniobras diplomáticas, es inevitable una nueva guerra, *un peu plus tôt*, *un peu plus tard*,[62] y mientras esta guerra no se haya terminado, será difícil que broten en alguna parte movimientos populares violentos, o bien se tratará de movimientos que no pasarán de ser locales y de poca importancia.

Carta a Kugelmann, 18 de mayo de 1874

El capital en Alemania

El mejor premio de mi trabajo es la comprensión que ha encontrado tan pronto *El capital* en amplios círculos de la clase obrera alemana. Un hombre que económicamente se encuentra en posición burguesa, el fabricante vienés señor Mayer, expuso con acierto en un folleto aparecido durante la guerra franco-alemana que el gran sentido teórico tenido por herencia alemana se ha perdido por completo en las llamadas clases cultas de Alemania, mientras que revive en su clase obrera.

Hasta este momento la economía política no pasó en Alemania de ser ciencia extranjera. Gustav von Gülich ha discutido en gran parte en *Geschichtliche Darstellung des Handels, des Gewerbe* etcétera [Antecedentes históricos del comercio, la industria, la agricultura…], principalmente en los dos primeros tomos de su obra aparecidos en 1830, las circunstancias históricas que retrasaron entre nosotros el desarrollo del modo de producción capitalista y, con él, el crecimiento de la sociedad burguesa moderna. Faltaba, pues, el suelo vivo de la economía política. Se importó de Inglaterra y Francia como mercancía terminada; sus profesores alemanes no pasaron de alumnos. Bajo su mano, la expresión teórica de una realidad ajena se convirtió en una colección de dogmas interpretados por ellos según el mundo pequeñoburgués que los rodeaba, o sea mal interpretados. Se intentó ocultar el sentimiento, no del todo reprimible, de impotencia científica y la inquietante consciencia de tener que hacer de dómines en un terreno, de hecho ajeno, bajo la pompa de la erudición

histórico-literaria o mediante la mezcla de material extraño tomado de las llamadas «ciencias cameralistas», revoltijo de conocimientos cuyo purgatorio tiene que dominar el esperanzado opositor a la burocracia alemana.

Desde 1848 la producción capitalista se ha desarrollado rápidamente en Alemania, y ya florecen hoy sus engañosas corolas. Pero el destino siguió dando la espalda a nuestros especialistas. Mientras pudieron cultivar libremente la economía política, les faltaron las circunstancias económicas modernas en la realidad alemana. Cuando esas circunstancias cobraron vida, las condiciones ya no permitían su estudio sin prejuicios dentro del ámbito visual burgués. En la medida en que es burguesa —esto es, en la medida en que concibe el orden capitalista no como estadio evolutivo histórico transitorio, sino por el contrario como forma absoluta y última de la producción social—, la economía política no se puede mantener como ciencia salvo mientras la lucha de clases se encuentra en estado latente o no se manifiesta más que en apariciones aisladas.

Tomemos Inglaterra. Su economía política clásica cae en el periodo de lucha de clases no desarrollado. Su último gran representante, Ricardo, hace conscientemente de la contraposición de los intereses de clase, del salario del trabajo y el beneficio, del beneficio y la renta de la tierra, el centro mismo de sus investigaciones, concibiendo ingenuamente esa contraposición como ley natural social. Pero con eso la ciencia burguesa de la economía llegaba a su límite insuperable. Aún en vida de Ricardo se le enfrentó la crítica en la persona de Sismondi.

El periodo siguiente, de 1820 a 1830, se caracteriza en Inglaterra por la vitalidad científica en el terreno de la economía política. Es la época de vulgarización y difusión de la teoría ricardiana, así como de su lucha con la vieja escuela. Se celebraron brillantes torneos. El continente conoce poco lo

que entonces se produjo, porque la polémica anda en gran parte dispersa por artículos de revistas, escritos ocasionales y *pamphlets*. El carácter espontáneo y sin prejuicios de esta polémica —pese a que, en casos excepcionales, la teoría ricardiana sirvió de arma agresiva contra la economía burguesa— se explica por las circunstancias de la época. Por una parte, la misma gran industria no hacía aún más que salir de su propia infancia, como prueba que hasta la crisis de 1825 no se inaugura el ciclo periódico de su vida moderna. Por otra parte, la lucha de clases entre el capital y el trabajo quedaba relegada al fondo: políticamente, por la pugna entre los Gobiernos y los señores feudales reunidos en torno a la Santa Alianza y la masa popular dirigida por la burguesía; económicamente, por el litigio del capital industrial con la propiedad aristocrática de la tierra, oculto en Francia tras la contraposición entre la propiedad de parcelas y el latifundio, mientras en Inglaterra estallaba abiertamente con las leyes sobre el trigo. Durante este periodo la literatura de la economía política recuerda en Inglaterra a la agitada época que tuvo la economía en Francia a la muerte del doctor Quesnay, pero solo al modo en que el veranillo de San Martín recuerda a la primavera. En el año 1830 empezó la crisis decisiva.

La burguesía había conquistado fuerza política en Francia y en Inglaterra. A partir de entonces la lucha de clases cobró práctica y teóricamente formas cada vez más explícitas y amenazadoras. La campana tocó a muerto por la economía burguesa científica. No se trata ya de si tal o cual teorema es verdadero, sino de si es útil o dañino, cómodo o incómodo para el capital, de si es reglamentario o no. En el lugar de la investigación desinteresada, apareció la esgrima polémica mercenaria; en el lugar de la investigación científica sin prejuicios, la mala conciencia y la mala intención de la apologética. Pese a todo, hasta los impertinentes tratadillos que lanzó al mundo la Anti-Corn Law League, con los fabricantes Cobden y Bright en

vanguardia, ofrecieron un interés histórico, ya que no científico, por su polémica contra la aristocracia terrateniente. La legislación librecambista iniciada por *sir* Robert Peel arrancó incluso esa última púa a la economía vulgar.

La revolución continental de 1848 repercutió también en Inglaterra. Los hombres que aún aspiraban a tener alguna importancia científica, y que querían ser algo más que meros sofistas y sicofantes de las clases dominantes, intentaron poner en armonía la economía política del capital y las aspiraciones del proletariado, que ya no se podían pasar por alto. Esa es la causa de un sincretismo sin nervio, representado del mejor modo por John Stuart Mill. Se trata de una declaración de bancarrota de la economía «burguesa», bancarrota que el gran sabio y crítico N. Chernyshevski ha iluminado ya magistralmente en su obra *Ensayos sobre economía política* [según Mill] *y otros trabajos*.

Así pues, el modo de producción capitalista maduró en Alemania cuando su carácter antagónico se había revelado ya ruidosamente en Francia y en Inglaterra a través de luchas históricas, mientras que el proletariado alemán poseía aun conciencia teórica de clase mucho más resuelta que la burguesía alemana. De modo que apenas pareció hacerse posible en Alemania una ciencia burguesa de la economía política, de nuevo se hizo imposible.

En esas circunstancias sus portavoces se dividieron en dos columnas. En una, gentes prudentes, prácticas y amigas de la ganancia, en torno a la bandera de Bastiat, el más superficial y, por lo mismo, el más logrado de los representantes de la apologética económica vulgar; en otra, los orgullosos de la dignidad profesoral de su ciencia, seguidores de J. S. Mill en el intento de reconciliar lo irreconciliable. Los alemanes siguieron siendo meros alumnos, adoradores y secuaces, vendedores a domicilio del gran negocio

extranjero también en la época de decadencia de la economía burguesa, igual que lo habían sido en la época clásica de esta.

El peculiar desarrollo histórico de la sociedad alemana excluyó, pues, aquí toda continuación original de la economía «burguesa». Pero no su crítica. En la medida en que esa crítica representa a alguna clase, no puede representar más que a la clase cuya tarea histórica es la revolución del modo de producción capitalista y la abolición final de las clases: el proletariado.

Los portavoces doctos e indoctos de la burguesía alemana intentaron, primero, la conspiración del silencio contra *El capital*, cosa que habían logrado con mis anteriores escritos. Cuando esa táctica dejó de corresponder a las circunstancias del tiempo, escribieron, con el pretexto de criticar mi libro, instrucciones «para tranquilizar la conciencia burguesa», pero hallaron en la prensa obrera —véanse por ejemplo los artículos de Joseph Dietzgen en el *Volkstaat*— algunos campeones superiores a los que no han conseguido contestar hasta ahora.

En la primavera de 1872 la aparición en San Petersburgo de una acertada traducción rusa de *El capital*. La edición, de 3.000 ejemplares, está ya casi agotada. Ya en 1871 el señor N. Sieber, profesor de Economía política de la Universidad de Kiev, había mostrado en su obra *Teoria tsiennosti i kapitala D. Ricardo* [La teoría del valor y del capital de D. Ricardo] que mi teoría del valor, del dinero y del capital es, en sus rasgos básicos, una continuación necesaria de la doctrina de Smith y Ricardo. Lo que sorprende a los europeos occidentales en la lectura de su logrado libro es que se mantiene consecuentemente en el punto de vista puramente teórico.

Se ha entendido poco el método aplicado en *El capital*, como lo muestran las concepciones contradictorias del mismo.

Así, la *Revue Positiviste* de París me reprocha, por una parte, que trato la economía de forma metafísica y, por otra —adivínese—, que me limito a

una mera descomposición crítica de lo dado en vez de prescribir recetas (¿comtistas?) para el figón del futuro. El profesor Sieber observa contra el reproche de la metafísica: «En la medida en que se trata de teoría propiamente dicha, el método de Marx es el método deductivo de toda la escuela inglesa, cuyos defectos y cuyas ventajas son comunes a los mejores economistas teóricos».

El señor M. Block —*Les théoriciens du socialisme en Allemagne. Extrait du Journal des Économistes*, *juillet et août 1872*— descubre que mi método es analítico, y dice entre otras cosas: «Par cet ouvrage M. Marx se classe parmi les esprits analytiques les plus éminents».[63]

Los autores de las reseñas alemanas ponen el grito en el cielo, naturalmente, condenando la sofística hegeliana. El *Viestnik Europy* [Mensajero Europeo] de San Petersburgo, en un artículo que trata exclusivamente del método de *El capital* (número de mayo de 1872, pp. 427-436), encuentra mi método de investigación rigurosamente realista, pero el método de exposición desgraciadamente germano-dialéctico. Dice así: «A primera vista, a juzgar por la forma externa de la exposición, Marx es el mayor filósofo idealista, y precisamente en el sentido alemán de la palabra, o sea en el mal sentido. Pero de hecho es infinitamente más realista que todos sus predecesores en el asunto de la crítica económica. […] De ningún modo se le puede llamar idealista».

No puedo dar mejor respuesta al señor redactor que algunos extractos de su propia crítica, los cuales, además, podrían interesar a algunos de mis lectores a los que el original ruso sea inaccesible.

Tras una cita de mi discurso preliminar a la *Crítica de la economía política*, Berlín, 1859, pp. iv-vii, donde he expuesto el fundamento materialista de mi método, el señor redactor sigue escribiendo:

Para Marx no hay más que una cosa importante: hallar la ley de los fenómenos de cuya investigación se ocupa. Y no solo da importancia a la ley que los domina cuando tienen una forma terminada y se encuentran en una conexión observada en un periodo dado. Además le importa, sobre todo, la ley de su alteración, de su desarrollo, esto es, de la transición de una forma a otra, de un orden de conjunto a otro. Una vez que ha descubierto esa ley, estudia detalladamente las consecuencias a través de las cuales se manifiesta en la vida social. […] Por consiguiente, Marx no se preocupa más que de una cosa: probar mediante exacta investigación científica la necesidad de determinadas ordenaciones de las relaciones sociales y comprobar lo más irreprochablemente posible los hechos que le sirven de puntos de partida y de apoyo. Para ello le basta plenamente con probar, al mismo tiempo que el orden presente, la necesidad de otro orden en el que tiene que desembocar inevitablemente el primero, independientemente de que los hombres lo crean o no lo crean, tengan consciencia de ello o no la tengan. Marx considera el movimiento social como un proceso histórico-natural dirigido por leyes que no solo son independientes de la voluntad, la consciencia y la intención de los hombres, sino que, además y a la inversa, determinan la voluntad, la consciencia y las intenciones de aquellos. […] Si el elemento consciente tiene en la historia de la cultura un papel tan subordinado, entonces se entiende sin más que la crítica cuyo objeto es la cultura misma no puede tener, aun menos que cualquier otra actividad, su fundamento en ninguna forma o ningún resultado de la consciencia. Esto es: no la idea, sino solo la manifestación externa puede servirle de punto de partida. La crítica se limitará a la comprensión y confrontación de un hecho no con la idea, sino con otro hecho. Lo único importante para ella es que los dos hechos se investiguen con la mayor precisión posible y que realmente cada uno constituya respecto del otro un momento evolutivo diferente, y ante todo será importante que se indague con no menor precisión la serie de los órdenes, la sucesión y el enlace en que aparecen los estadios evolutivos. Pero —se objetará— las leyes generales de la vida económica son siempre las mismas; con toda independencia de que se apliquen al presente o al pasado. Precisamente eso es lo que niega Marx. Según él no existen tales leyes abstractas. […] En su opinión, por el contrario, cada periodo histórico posee sus propias leyes. […] Cuando la vida ha rebasado un periodo de desarrollo dado, pasando de un estadio dado a otro, empieza también a ser orientada por otras leyes. Dicho en pocas palabras: la vida económica nos ofrece un fenómeno análogo a la historia de la evolución de la biología. […] Los viejos economistas erraron la naturaleza de las leyes económicas al compararlas con las leyes de la física y la química. […] Un análisis más profundo mostró que los organismos sociales se diferencian unos de otros tan profundamente como los organismos vegetales y animales. […] Aún más: un mismo fenómeno está sometido a leyes totalmente distintas según las diferencias de la construcción global de aquellos organismos, de las condiciones en las que funcionan, etcétera. Marx niega, por ejemplo, que la ley de la población sea la misma en todos los tiempos y lugares. Él asegura, por el contrario, que todo estadio de desarrollo tiene su propia ley de la población. […] Con el diverso desarrollo de la fuerza productiva, se alteran también las circunstancias y relaciones, y las leyes que las regulan. Al proponerse Marx la finalidad de

> investigar y explicar el orden económico capitalista desde ese punto de vista, no hace sino formular con rigor científico la finalidad que ha de tener toda investigación precisa de la vida económica. […] El valor científico de tal investigación reside en la aclaración de las leyes particulares que regulan el nacimiento, la existencia, el desarrollo, la muerte de un organismo social dado y su sustitución por otro superior. Y el libro de Marx tiene efectivamente ese valor.

Al explicar el señor redactor tan acertadamente —y por lo que hace a mi aplicación personal, tan benévolamente— lo que llama mi método real, ¿qué ha explicado sino el método dialéctico?

Cierto que el modo de exposición debe distinguirse formalmente del modo de investigación. La investigación tiene que apropiarse detalladamente del material, analizar sus diferentes formas de desarrollo y rastrear su vínculo interno. Solo cuando se ha consumado ese trabajo se puede presentar adecuadamente el movimiento real. Si se consigue esto y la vida del material se refleja idealmente, puede parecer como si se estuviera ante una construcción *a priori*.

Mi método dialéctico es, por su fundamento, no solo diferente del hegeliano, sino su contrario directo. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que bajo el nombre de «Idea» transforma incluso en un sujeto autónomo, es el demiurgo de lo real, lo cual constituye solo su manifestación exterior. En mi caso, a la inversa, lo ideal no es más que lo material transpuesto y traducido en la cabeza del hombre.

Hace casi treinta años que critiqué el lado mistificador de la dialéctica hegeliana, en una época en la que aún estaba de moda. Pero precisamente cuando componía el primer tomo de *El capital*, los impertinentes, soberbios y mediocres epígonos que hoy tienen la gran palabra en la Alemania instruida, se complacían en tratar a Hegel como el bueno de Moses Mendelssohn a Spinoza en tiempos de Lessing, esto es, como a «perro muerto». Por eso me profesé abiertamente discípulo de aquel gran pensador y hasta coqueteé aquí y allá, en el capítulo sobre la teoría del valor, con el

modo de expresión que le era característico. La mistificación que sufre la dialéctica en manos de Hegel no impide en modo alguno que él sea el primero en exponer de un modo abarcador y consciente sus formas generales. La dialéctica queda bocabajo en manos de Hegel. Hay que revolverla para descubrir el núcleo racional en el místico tegumento.

La dialéctica fue moda alemana en su forma mistificada porque parecía transfigurar lo existente. En su figura racional es un escándalo y un horror para la burguesía, porque abarca en la compresión positiva de lo existente, también y al mismo tiempo, la comprensión de su negación, de su ocaso necesario; concibe toda forma devenida en el flujo del movimiento, o sea también por su lado perecedero, no se deja impresionar por nada y es, en esencia, crítica y revolucionaria.

El movimiento contradictorio de la sociedad capitalista se hace perceptible del modo más llamativo para el burgués práctico en las peripecias del ciclo periódico que recorre la industria moderna y en su punto culminante, en la crisis general. Esta se vuelve a poner en marcha, aunque aún se encuentra en los estadios previos, y con la universalidad de su escenario en los estadios previos, y con la universalidad de su escenario y la intensidad de su efecto, meterá la dialéctica en la cabeza incluso de los niños mimados del nuevo Sacro Imperio Alemán de la Nación Prusiana.

Londres, 24 de enero de 1873

El capital, Libro I, epílogo a la
segunda edición en alemán (1873)

BAKUNIN, LA REVOLUCIÓN Y EL CAMPESINADO

Una revolución social radical se halla sujeta a determinadas condiciones históricas de desarrollo económico; estas son su premisa. Por tanto, solo puede darse allí donde, con la producción capitalista, el proletariado industrial ocupe, por lo menos, una posición importante dentro de la masa del pueblo, y para tener alguna probabilidad de triunfar, al menos tiene que ser capaz de hacer de manera inmediata por los campesinos, *mutatis mutandis*, tanto como la burguesía francesa hizo en su revolución por los campesinos franceses de aquel entonces.

¡Hermosa idea la de que la dominación de los obreros lleva consigo la esclavización del trabajo agrícola! Pero aquí es donde se revela el pensamiento íntimo del señor Bakunin. Decididamente, él no comprende nada de la revolución social; solo conoce su palabrería política; para él, no existen las condiciones económicas de esta revolución.

Como hasta aquí todas las formas económicas —desarrolladas o no— implicaban la esclavización del trabajador (sea obrero, campesino, etcétera), cree que en todas ellas es igualmente posible la revolución radical. Más aún: pretende que la revolución social europea, basada en los fundamentos económicos de la producción capitalista, se lleve a efecto sobre el nivel de los pueblos rusos o eslavos dedicados a la agricultura y al pastoreo y no rebase este nivel, aunque comprende que la navegación marítima establece una diferencia entre hermanos, pero solo la navegación marítima, por ser

esta una diferencia que todos los políticos conocen. La base de su revolución social es la voluntad y no las condiciones económicas.

Acotaciones al libro de Bakunin
«Estatismo y anarquía» (1874-1875)

Un programa inadmisible

Querido Bracke:

Le ruego que, después de leerlas, transmita las adjuntas glosas críticas marginales al programa de coalición a Geib, Auer, Bebel y Liebknecht para que las vean. Estoy ocupadísimo y me veo obligado a rebasar con mucho el régimen de trabajo que me ha sido prescrito por los médicos. No ha sido, pues, ninguna «delicia» para mí tener que escribir una tirada tan larga. Pero era necesario hacerlo, para que luego los amigos del Partido a quienes van destinadas esas notas no interpreten mal los pasos que habré de dar.

El caso es que, después de celebrado el Congreso de unificación, Engels y yo haremos pública una breve declaración para hacer saber que nos es del todo ajeno dicho programa de principios y que nada tenemos que ver con él.

Es indispensable hacerlo así pues en el extranjero se tiene la idea, absolutamente errónea pero cuidadosamente fomentada por los enemigos del Partido, de que el movimiento del llamado Partido de Eisenach está secretamente dirigido por nosotros. Por ejemplo, en un libro que ha publicado hace poco en ruso, Bakunin me hace responsable no solo de todos los programas, etcétera, de ese partido, sino de todos los pasos dados por Liebknecht desde el día en que inició su cooperación con el Partido Popular.

Aparte de esto, tengo el deber de no reconocer, ni siquiera mediante un silencio diplomático, un programa que es, en mi convicción, absolutamente inadmisible y desmoralizador para el Partido. Cada paso de movimiento

real vale más que una docena de programas. Por lo tanto, si no era posible —y las circunstancias del momento no lo consentían— ir más allá del programa de Eisenach, habría que haberse limitado simplemente a concertar un acuerdo para la acción contra el enemigo común.

Pero cuando se redacta un programa de principios (en vez de aplazarlo hasta el momento en que una actuación conjunta más prolongada lo haya preparado), se colocan ante todo el mundo los jalones por los que se mide el nivel del movimiento del Partido. Los jefes de los lassalleanos vinieron porque las circunstancias les obligaron. Y si desde el primer momento se les hubiera hecho saber que no se admitía ningún chalaneo con los principios, habrían tenido que contentarse con un programa de acción o con un plan de organización para la actuación conjunta.

En vez de esto, se les consiente que se presenten armados de mandatos y se reconocen estos mandatos como obligatorios, rindiéndose así a la clemencia o inclemencia de los que necesitaban ayuda. Y para colmo y remate, ellos celebran un Congreso antes del Congreso de conciliación, mientras que el propio Partido reúne el suyo *post festum*. Es obvio que con esto se ha querido escamotear toda crítica y no permitir que el propio Partido reflexionase. Sabido es que el mero hecho de la unificación satisface de por sí a los obreros, pero se equivoca quien piense que este éxito efímero no ha costado demasiado caro. Por lo demás, aun prescindiendo de la canonización de los artículos de fe lassalleanos, el programa no vale nada.

Próximamente le enviaré las últimas entregas de la edición francesa de *El capital*. La marcha de la impresión se vio entorpecida largo tiempo por la prohibición del Gobierno francés. Esta semana o a comienzos de la próxima quedará terminado el asunto. ¿Ha recibido usted las seis entregas anteriores? Le agradecería que me comunicase las señas de Bernhard

Becker, a quien tengo que enviar también las últimas entregas. La librería del Volksstaat obra a su manera. Hasta este momento, no he recibido, por ejemplo, ni un solo ejemplar de la tirada del *Proceso de los comunistas de Colonia*.

Saludos cordiales.

Suyo,

KARL MARX

Carta a W. Bracke, Londres, 5 de mayo de 1875

Programa, programa, programa (de Gotha)

I

1. *El trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda cultura*, *y como el trabajo útil solo es posible dentro de la sociedad y a través de ella*, *el fruto íntegro del trabajo pertenece por igual derecho a todos los miembros de la sociedad*.

Primera parte del párrafo: «El trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda cultura».

El trabajo no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza es la fuente de los valores de uso (¡que son los que verdaderamente integran la riqueza material!) como el trabajo, que no es más que la manifestación de una fuerza natural, de la fuerza de trabajo del hombre. Esa frase se encuentra en todos los silabarios y solo es cierta si se sobreentiende que el trabajo se efectúa con los correspondientes objetos y medios. Pero un programa socialista no debe permitir que tales tópicos burgueses silencien aquellas condiciones sin las cuales no tienen ningún sentido. En la medida en que el hombre se sitúa de antemano como propietario frente a la naturaleza, primera fuente de todos los medios y objetos de trabajo, y la trata como posesión suya, su trabajo se convierte en fuente de valores de uso y, por tanto, en fuente de riqueza. Los burgueses tienen razones muy fundadas

para atribuir al trabajo una fuerza creadora, sobrenatural, pues precisamente del hecho de que el trabajo está condicionado por la naturaleza se deduce que el hombre que no dispone de más propiedad que su fuerza de trabajo tiene que ser, necesariamente, en todo Estado social y de civilización, esclavo de otros hombres, quienes se han adueñado de las condiciones materiales de trabajo. Y no podrá trabajar, ni por consiguiente vivir, más que con su permiso.

Pero dejemos la tesis tal como está, o mejor dicho, tal como viene renqueando. ¿Qué conclusión habría debido sacarse de ella? Evidentemente esta:

Como el trabajo es la fuente de toda riqueza, nadie en la sociedad puede adquirir riqueza que no sea producto del trabajo. Por tanto, si no trabaja él mismo, es que vive del trabajo ajeno y adquiere también su cultura a costa del trabajo de otros.

En vez de esto se añade a la primera oración una segunda mediante la locución conjuntiva «y como», para deducir de ella, y no de la primera, la conclusión.

Segunda parte del párrafo: «El trabajo útil solo es posible dentro de la sociedad y a través de ella».

Según la primera tesis, el trabajo era la fuente de toda riqueza y de toda cultura, es decir, que sin trabajo no era posible tampoco la existencia de ninguna sociedad. Ahora nos enteramos, por el contrario, de que sin sociedad no puede existir ningún trabajo «útil».

Del mismo modo habría podido decirse que solo en la sociedad puede el trabajo inútil e incluso perjudicial a la comunidad convertirse en una rama

industrial, que solo dentro de la sociedad se puede vivir del ocio, etcétera, etcétera; en una palabra, copiar aquí a todo Rousseau.

¿Y que es trabajo «útil»? No puede ser más que el trabajo que consigue el efecto útil propuesto. Un salvaje —y el hombre es un salvaje desde el momento en que deja de ser mono— que mata a un animal de una pedrada, que amontona frutos, etcétera, ejecuta un trabajo «útil».

Tercera. Conclusión: «El fruto íntegro del trabajo pertenece por igual derecho a todos los miembros de la sociedad».

¡Hermosa conclusión! Si el trabajo útil solo es posible dentro de la sociedad y a través de ella, el fruto del trabajo pertenecerá a la sociedad, y el trabajador individual solo percibirá la parte que no sea necesaria para sostener la «condición» del trabajo, que es la sociedad.

En realidad, esa tesis la han hecho valer en todos los tiempos los defensores de todo orden social existente. En primer lugar, vienen las pretensiones del Gobierno y de todo lo que va unido a él, pues el Gobierno es el órgano de la sociedad para el mantenimiento del orden social; detrás de él vienen las distintas clases de propiedad privada, con sus pretensiones respectivas, pues las distintas clases de propiedad privada son las bases de la sociedad, etcétera. Como vemos, a estas frases hueras se les puede dar las vueltas y los giros que se quiera.

La primera y la segunda parte del párrafo solo guardarían una cierta relación razonable redactándolas así: «El trabajo solo es fuente de riqueza y de cultura como trabajo social», o, lo que es lo mismo, «dentro de la sociedad y a través de ella».

Esta tesis es indiscutiblemente exacta, pues aunque el trabajo del individuo aislado (presuponiendo sus condiciones materiales) también

puede crear valores de uso, no puede crear ni riqueza ni cultura.

Pero igualmente indiscutible es esta otra tesis: «En la medida en que el trabajo se desarrolla socialmente, convirtiéndose así en fuente de riqueza y de cultura, se desarrollan también la pobreza y el desamparo del que trabaja, y la riqueza y la cultura del que no lo hace».

Esta es la ley de toda la historia hasta hoy. Así pues, en vez de los tópicos acostumbrados sobre «el trabajo» y «la sociedad», lo que procedía era señalar concretamente cómo, en la actual sociedad capitalista se dan ya, al fin, las condiciones materiales, etcétera, que permiten y obligan a los obreros a romper esa maldición social.

Pero de hecho, todo ese párrafo, que es falso tanto en estilo como en contenido, no tiene más finalidad que la de inscribir como consigna en lo alto de la bandera del Partido el tópico lassalleano del «fruto íntegro del trabajo». Volveré más adelante sobre esto del «fruto del trabajo», el «derecho igual», etcétera, ya que la misma cosa se repite luego de forma algo diferente.

2. *En la sociedad actual los medios de trabajo son monopolio de la clase capitalista*; *el estado de dependencia de la clase obrera que de esto se deriva es la causa de la miseria y de la esclavitud en todas sus formas.*

Así «corregida» esta tesis, tomada de los Estatutos de la Internacional, es falsa.

En la sociedad actual los medios de trabajo son monopolio de los dueños de tierras (el monopolio de la propiedad del suelo es, incluso, la base del monopolio del capital) y de los capitalistas. Los Estatutos de la Internacional no mencionan, en el pasaje correspondiente, ni una ni otra

clase de monopolistas. Hablan de «los monopolizadores de los medios de trabajo, es decir, de las fuentes de vida». Esta adición, «fuentes de vida», señala claramente que el suelo está comprendido entre los medios de trabajo.

Esta enmienda se introdujo porque Lassalle, por motivos que hoy son ya de todos conocidos, solo atacaba a la clase capitalista y no a los dueños de tierras. En Inglaterra la mayoría de las veces el capitalista no es siquiera propietario del suelo sobre el que se levanta su fábrica.

3. *La emancipación del trabajo exige que los medios de trabajo se eleven a patrimonio común de la sociedad y que todo el trabajo sea regulado colectivamente*, *con un reparto equitativo del fruto del trabajo.*

Donde dice que los medios de trabajo «se eleven a patrimonio común», debería decir: «se conviertan en patrimonio común». Pero esto solo de pasada.

¿Qué es el «fruto del trabajo»? ¿El producto del trabajo o su valor? Y en este último caso, ¿el valor total del producto, o solo la parte de valor que el trabajo añade al valor de los medios de producción consumidos?

Eso del «fruto del trabajo» es una idea vaga con la que Lassalle ha suplantado conceptos económicos precisos.

¿Qué es «reparto equitativo»?

¿No afirman los burgueses que el reparto actual es «equitativo»? ¿Y no es este, en efecto, el único reparto «equitativo» que cabe sobre la base del modo actual de producción? ¿Acaso las relaciones económicas son reguladas por los conceptos jurídicos? ¿No surgen, por el contrario, las relaciones jurídicas de las relaciones económicas? ¿No se forjan también

los sectarios socialistas las ideas más variadas acerca del reparto «equitativo»?

Para saber lo que aquí hay que entender por «reparto equitativo», tenemos que cotejar este párrafo con el primero. El párrafo que glosamos supone una sociedad en la cual los «medios de trabajo son patrimonio común y todo el trabajo se regula colectivamente», mientras que en el párrafo primero vemos que «el fruto íntegro del trabajo pertenece por igual derecho a todos los miembros de la sociedad».

¿«Todos los miembros de la sociedad»? ¿También los que no trabajan? ¿Dónde se queda, entonces, el «fruto íntegro del trabajo»? ¿O solo los miembros de la sociedad que trabajan? ¿Dónde dejamos, entonces, el «derecho igual» de todos los miembros de la sociedad?

Sin embargo, lo de «todos los miembros de la sociedad» y «el derecho igual» no son, manifiestamente, más que frases. Lo esencial del asunto está en que, en esta sociedad comunista, todo obrero debe obtener el «fruto íntegro del trabajo» lassalleano.

Tomemos en primer lugar el concepto «el fruto del trabajo» en el sentido del producto del trabajo; entonces, el fruto del trabajo colectivo será la totalidad del producto social.

Ahora, de aquí hay que deducir:

Primero: una parte para reponer los medios de producción consumidos.

Segundo: una parte suplementaria para ampliar la producción.

Tercero: el fondo de reserva o de seguro contra accidentes, trastornos debidos a fenómenos naturales, etcétera.

Estas deducciones del «fruto íntegro del trabajo» constituyen una necesidad económica, y su magnitud se determinará según los medios y

fuerzas existentes, y en parte, por medio del cálculo de probabilidades, pero de ningún modo puede calcularse partiendo de la equidad.

Queda la parte restante del producto total, destinada a servir de medios de consumo.

Pero antes de que esta parte llegue al reparto individual, de ella hay que deducir todavía:

Primero: los gastos generales de administración, no concernientes a la producción. Esta parte será, desde el primer momento, considerablemente reducida en comparación con la sociedad actual, e irá disminuyendo a medida que la nueva sociedad se desarrolle.

Segundo: la parte que se destine a satisfacer necesidades colectivas, tales como escuelas, instituciones sanitarias, etcétera. Esta parte aumentará considerablemente desde el primer momento, en comparación con la sociedad actual, y seguirá aumentando en la medida en que la nueva sociedad se desarrolle.

Tercero: los fondos de sostenimiento de las personas no capacitadas para el trabajo, etcétera; en una palabra, lo que hoy compete a la llamada «beneficencia oficial».

Solo después de esto podemos proceder al «reparto», es decir, a lo único que, bajo la influencia de Lassalle y con una concepción estrecha, tiene presente el programa, o sea, a la parte de los medios de consumo que se reparte entre los productores individuales de la colectividad.

El «fruto íntegro del trabajo» se ha transformado ya, imperceptiblemente, en el «fruto parcial», aunque lo que se le quite al productor en calidad de individuo vuelva a él, directa o indirectamente, en calidad de miembro de la sociedad.

Y así como se ha evaporado la expresión «el fruto íntegro del trabajo», se evapora ahora la expresión «el fruto del trabajo» en general.

En el seno de una sociedad colectivista, basada en la propiedad común de los medios de producción, los productores no cambian sus productos; el trabajo invertido en los productos no se presenta aquí, tampoco, como valor de estos productos, como una cualidad material, poseída por ellos, pues aquí, por oposición a lo que sucede en la sociedad capitalista, los trabajos individuales no forman ya parte integrante del trabajo común mediante un rodeo, sino directamente. La expresión «el fruto del trabajo», ya hoy recusable por su ambigüedad, pierde así todo sentido.

De lo que aquí se trata no es de una sociedad comunista que se ha desarrollado sobre su propia base sino, al contrario, de una que acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede. Congruentemente con esto, en ella el productor individual obtiene de la sociedad —después de hechas las obligadas deducciones— exactamente lo que ha dado. Lo que el productor ha dado a la sociedad es su cuota individual de trabajo. Así por ejemplo, la jornada social de trabajo se compone de la suma de las horas de trabajo individual; el tiempo individual de trabajo de cada productor por separado es la parte de la jornada social de trabajo que él aporta, su participación en ella. La sociedad le entrega un bono consignando que ha rendido tal o cual cantidad de trabajo (después de descontar lo que ha trabajado para el fondo común), y con este bono saca de los depósitos sociales de medios de consumo la parte equivalente a la cantidad de trabajo que rindió. La misma cantidad de trabajo que ha dado a la sociedad bajo una forma la recibe de esta bajo otra distinta.

Aquí reina evidentemente el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, ya que este es intercambio de equivalentes. Han variado la forma y el contenido, porque bajo las nuevas condiciones nadie puede dar sino su trabajo y porque, por otra parte, ahora nada puede pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los medios individuales de consumo. Pero en lo que se refiere a la distribución de estos entre los distintos productores, rige el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: se cambia una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad igual de trabajo, bajo otra forma distinta.

Por eso el derecho igual sigue siendo aquí, en principio, el derecho burgués, aunque ahora el principio y la práctica ya no se tiran de los pelos, mientras que en el régimen de intercambio de mercancías, el intercambio de equivalentes no se da más que como término medio, y no en los casos individuales.

A pesar de este progreso, este derecho igual sigue llevando implícita una limitación burguesa. El derecho de los productores es proporcional al trabajo que han rendido; la igualdad aquí consiste en que se mide por el mismo rasero: por el trabajo.

Pero unos individuos son superiores física e intelectualmente a otros y rinden, pues, en el mismo tiempo más trabajo, o pueden trabajar más tiempo; y el trabajo, para servir de medida, tiene que determinarse en cuanto a duración o intensidad; de otro modo, deja de ser una medida. Este derecho igual es un derecho desigual para trabajo desigual. No reconoce ninguna distinción de clase, porque aquí cada individuo no es más que un trabajador como los demás; pero reconoce, tácitamente, como otros tantos privilegios naturales, las desiguales aptitudes individuales y, por consiguiente, la desigual capacidad de rendimiento. En el fondo es, por tanto como todo derecho, el derecho de la desigualdad. El derecho solo

puede consistir, por naturaleza, en la aplicación de una medida igual; pero los individuos desiguales (y no existirían individuos distintos si no fuesen desiguales) solo pueden medirse por la misma medida siempre y cuando se les coloque bajo un mismo punto de vista y se les mire solamente en un aspecto determinado; por ejemplo, en el caso dado, solo en cuanto obreros, y no se vea en ellos ninguna otra cosa, es decir, se prescinda de todo lo demás. Prosigamos: un obrero está casado y otro no; uno tiene más hijos que otro, etcétera, etcétera. A igual trabajo y, por consiguiente, a igual participación en el fondo social de consumo, uno obtiene de hecho más que otro, uno es más rico que otro, etcétera. Para evitar todos estos inconvenientes, el derecho no tendría que ser igual, sino desigual.

Pero estos defectos son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica ni al desarrollo cultural de la sociedad por ella condicionado.

En una fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo y, con ella, el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, solo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!

Me he extendido sobre el «fruto íntegro del trabajo», de una parte, y de otra, sobre «el derecho igual» y «el reparto equitativo», para demostrar en

qué grave falta se incurre cuando se quiere volver a imponer a nuestro Partido, como dogmas, ideas que si en otro tiempo tuvieron un sentido, hoy ya no son más que tópicos en desuso, y cuando se tergiversa la concepción realista —que tanto esfuerzo ha costado inculcar al Partido, pero que hoy está ya enraizada— con patrañas ideológicas, jurídicas y de otro género, tan en boga entre los demócratas y los socialistas franceses.

Aun prescindiendo de lo que queda expuesto, en general es equivocado tomar como esencial la llamada «distribución» y poner en ella el acento principal.

La distribución de los medios de consumo es, en todo momento, un corolario de la distribución de las propias condiciones de producción. Y esta es una característica del modo mismo de producción. Por ejemplo, el modo capitalista de producción descansa en el hecho de que las condiciones materiales de producción les son adjudicadas a los que no trabajan bajo la forma de propiedad del capital y propiedad del suelo, mientras la masa solo es propietaria de la condición personal de producción, la fuerza de trabajo. Distribuidos de este modo los elementos de producción, la actual distribución de los medios de consumo es una consecuencia natural. Si las condiciones materiales de producción fuesen propiedad colectiva de los propios obreros, esto determinaría por sí solo una distribución de los medios de consumo distinta de la actual. El socialismo vulgar (y por intermedio suyo, una parte de la democracia) ha aprendido de los economistas burgueses a considerar y tratar la distribución como algo independiente del modo de producción y, por tanto, a exponer el socialismo como una doctrina que gira principalmente en torno a la distribución. Una vez que está dilucidada, desde hace ya mucho tiempo, la verdadera relación de las cosas, ¿por qué volver a marchar hacia atrás?

4. *La emancipación del trabajo tiene que ser obra de la clase obrera*, *frente a la cual todas las demás clases no forman más que una masa reaccionaria*.

La primera estrofa está tomada del preámbulo de los Estatutos de la Internacional, pero «corregida». Allí se dice: «La emancipación de la clase obrera tiene que ser obra de los obreros mismos»; aquí por el contrario «la clase obrera» tiene que emancipar ¿a quién?, «al trabajo». ¡Entiéndalo quien pueda!

Para indemnizarnos se nos da, a título de antistrofa, una cita lassalleana del más puro estilo: «frente a la cual (la clase obrera) todas las demás clases no forman más que una masa reaccionaria».

En el *Manifiesto comunista* se dice: «De todas las clases que hoy se enfrentan a la burguesía no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás decaen y perecen con la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar».

Aquí se considera a la burguesía como una clase revolucionaria —vehículo de la gran industria— frente a los señores feudales y a las capas medias, empeñados, aquellos y estas, en mantener posiciones sociales que fueron creadas por formas caducas de producción. No forman por tanto, junto con la burguesía, una masa reaccionaria.

Por otra parte, el proletariado es revolucionario frente a la burguesía, porque habiendo surgido sobre la base de la gran industria, aspira a despojar a la producción de su carácter capitalista, que la burguesía quiere perpetuar. Pero el *Manifiesto* añade que las «capas medias […] se vuelven revolucionarias cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado».

Por tanto, desde este punto de vista es también absurdo decir que frente a la clase obrera «no forman más que una masa reaccionaria», juntamente con la burguesía e incluso con los señores feudales.

¿Es que en las últimas elecciones se ha gritado a los artesanos, a los pequeños industriales, etcétera, y a los campesinos: Frente a nosotros, no formáis, juntamente con los burgueses y los señores feudales, más que una masa reaccionaria?

Lassalle se sabía de memoria el *Manifiesto comunista*, como sus devotos se saben los evangelios compuestos por él. Así pues, cuando lo falsificaba tan burdamente, no podía hacerlo más que para cohonestar su alianza con los adversarios absolutistas y feudales contra la burguesía.

Por lo demás, en el párrafo que acabamos de citar esta sentencia lassalleana está traída por los pelos y no guarda ninguna relación con la manoseada cita de los Estatutos de la Internacional. El traerla aquí es sencillamente una impertinencia que a buen seguro no le desagradará, ni mucho menos, al señor Bismarck; una de esas impertinencias baratas en que es especialista el Marat de Berlín.

5. *La clase obrera procura su emancipación*, *en primer término*, *dentro del marco del Estado nacional de hoy*, *consciente de que el resultado necesario de sus aspiraciones*, *comunes a los obreros de todos los países civilizados*, *será la confraternización internacional de los pueblos*.

Por oposición al *Manifiesto comunista* y a todo el socialismo anterior, Lassalle concebía el movimiento obrero desde el punto de vista nacional más estrecho. ¡Y después de la actividad de la Internacional, aún se siguen sus huellas en ese camino!

Como es obvio, la clase obrera para poder luchar tiene que organizarse como clase en su propio país, ya que este es la palestra inmediata de su lucha. En este sentido, su lucha de clases es nacional, no por su contenido sino, como dice el *Manifiesto comunista*, «por su forma». Pero «el marco del Estado nacional de hoy», por ejemplo del Imperio alemán, se halla a su vez económicamente «dentro del marco» del mercado mundial, y políticamente «dentro del marco» de un sistema de Estados. Cualquier comerciante sabe que el comercio alemán es, al mismo tiempo, comercio exterior, y la grandeza del señor Bismarck reside precisamente en algún tipo de política internacional.

¿Y a qué reduce su internacionalismo el Partido Obrero alemán? A la conciencia de que el resultado de sus aspiraciones «será la confraternización internacional de los pueblos», una frase tomada de la Liga burguesa por la Paz y la Libertad, que se quiere hacer pasar como equivalente de la fraternidad internacional de las clases obreras en su lucha común contra las clases dominantes y sus Gobiernos. ¡De los deberes internacionales de la clase obrera alemana no se dice, por tanto, ni una palabra! ¡Y esto es lo que la clase obrera alemana debe contraponer a su propia burguesía, que ya confraterniza contra ella con los burgueses de todos los demás países, y a la política internacional de conspiración del señor Bismarck!

La profesión de fe internacionalista del programa queda en realidad infinitamente por debajo de la del partido librecambista. También este afirma que el resultado de sus aspiraciones será «la fraternización internacional de los pueblos». Pero además hace algo por internacionalizar el comercio y no se contenta, ni mucho menos, con la conciencia de que todos los pueblos comercian dentro de su propio país.

La acción internacional de las clases obreras no depende en modo alguno de la existencia de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Esta fue solo un primer intento de crear para aquella acción un órgano central; un intento que, por el impulso que dio, ha tenido una eficacia perdurable, pero que en su primera forma histórica no podía prolongarse después de la caída de la Comuna de París.

La Norddeutsche de Bismarck tenía sobrada razón cuando, para satisfacción de su dueño, proclamó que, en su nuevo programa, el Partido Obrero alemán renegaba del internacionalismo.

II

Partiendo de estos principios, *el Partido Obrero alemán aspira por todos los medios legales al Estado libre y la sociedad socialista*; *a la abolición del sistema del salario*, *con su ley de bronce y la explotación bajo todas sus formas*; *a la supresión de toda desigualdad social y política*.

Sobre lo del Estado «libre» volveré más adelante.

Así pues, de aquí en adelante, el Partido Obrero alemán ¡tendrá que creer en la «ley de bronce del salario» lassalleana! Y para que esta «ley» no vaya a perderse, se comete el absurdo de hablar de «abolición del sistema del salario» (debería decirse: sistema del trabajo asalariado), con «su ley de bronce». Si suprimo el trabajo asalariado, suprimo también evidentemente sus leyes, sean de «bronce» o de corcho. Pero la lucha de Lassalle contra el trabajo asalariado gira casi exclusivamente en torno a esa llamada ley. Por tanto, para demostrar que la secta de Lassalle ha triunfado, hay que abolir «el sistema del salario, con su ley de bronce», y no sin ella.

De la «ley de bronce del salario» no pertenece a Lassalle, como es sabido, más que la expresión «de bronce», copiada de las *ewigen*, *ehernen grossen gesetzen* [«las leyes eternas, las grandes leyes de bronce»] de Goethe. La expresión «de bronce» es la contraseña por la que los creyentes ortodoxos se reconocen. Y si admito la ley con el cuño de Lassalle, y por tanto en el sentido lassalleano, tengo que admitirla también con su fundamentación. ¿Y cuál es esta? Es, como ya señaló Lange poco después de la muerte de Lassalle, la teoría malthusiana de la población (predicada por el propio Lange). Pero si esta teoría es exacta, tampoco podré abolir la mentada ley aunque suprima cien veces el trabajo asalariado, porque esta ley no regirá solo para el sistema del salario, sino para todo sistema social. ¡Apoyándose precisamente en esto, los economistas han venido demostrando, desde hace cincuenta años y aún más, que el socialismo no puede acabar con la miseria, determinada por la misma naturaleza, sino solo generalizarla, repartirla por igual sobre toda la superficie de la sociedad!

Pero todo esto no es lo fundamental. Aun prescindiendo por completo de la falsa concepción lassalleana de esta ley, el retroceso verdaderamente indignante consiste en lo siguiente: Después de la muerte de Lassalle, se había abierto paso en nuestro Partido la concepción científica de que el salario no es lo que parece ser, es decir el valor o el precio del trabajo, sino solo una forma disfrazada del valor, o del precio de la fuerza de trabajo. Con esto se había echado por la borda de una vez para siempre tanto la vieja concepción burguesa del salario como toda crítica dirigida hasta hoy contra esta concepción, y se había dejado claro que el obrero asalariado solo está autorizado a trabajar para mantener su propia vida, es decir a vivir en la medida en que trabaja gratis durante cierto tiempo para el capitalista (y por tanto también para sus cobeneficiarios en cuanto a la plusvalía); que todo el sistema de producción capitalista gira en torno a la prolongación de este

trabajo gratuito alargando la jornada de trabajo o desarrollando la productividad, o sea acentuando la tensión de la fuerza de trabajo, etcétera; que por tanto el sistema del trabajo asalariado es un sistema de esclavitud, una esclavitud que se hace más dura a medida que se desarrollan las fuerzas productivas sociales del trabajo, esté el obrero mejor o peor remunerado. Y cuando esta concepción viene ganando cada vez más terreno en el seno de nuestro Partido, ¡se retrocede a los dogmas de Lassalle, a pesar de que hoy ya nadie puede ignorar que Lassalle no sabía lo que era el salario, sino que, yendo a la zaga de los economistas burgueses, tomaba la apariencia por la esencia de la cosa!

Es como si, entre esclavos que al fin han descubierto el secreto de la esclavitud y se alzan en rebelión contra ella, viniese un esclavo fanático de las ideas anticuadas y escribiese en el programa de la rebelión: ¡La esclavitud debe ser abolida porque el sustento de los esclavos, dentro del sistema de la esclavitud, no puede pasar de un cierto límite, sumamente bajo!

El mero hecho de que los representantes de nuestro Partido fuesen capaces de cometer un atentado tan monstruoso contra una concepción tan difundida entre la masa del Partido prueba por sí solo la ligereza criminal, la falta de escrúpulos con que ellos han acometido la redacción de este programa de transacción.

En vez de la vaga frase final del párrafo: «la supresión de toda desigualdad social y política», lo que debiera haberse dicho es que con la abolición de las diferencias de clase, desaparecen por sí mismas las desigualdades sociales y políticas que de ellas emanan.

III

Para preparar el camino a la solución del problema social, el Partido Obrero alemán exige que se creen cooperativas de producción, con la ayuda del Estado bajo el control democrático del pueblo trabajador. En la industria y en la agricultura, las cooperativas de producción deberán crearse en proporciones tales, que de ellas surja la organización socialista de todo el trabajo.

Después de la «ley de bronce» de Lassalle, viene la panacea del profeta. Y se le «prepara el camino» de un modo digno. La lucha de clases existente es sustituida por una frase de periodista: «el problema social», para cuya «solución» se «prepara el camino». La «organización socialista de todo el trabajo» no resulta del proceso revolucionario de transformación de la sociedad, sino que «surge» de «la ayuda del Estado», ayuda que el Estado presta a las cooperativas de producción «creadas» por él y no por los obreros. ¡Es digno de la fantasía de Lassalle eso de que con empréstitos del Estado se puede construir una nueva sociedad como se construye un nuevo ferrocarril!

Por un resto de pudor se coloca «la ayuda del Estado» bajo el control democrático del «pueblo trabajador». Pero en primer lugar, el «pueblo trabajador» en Alemania está compuesto en su mayoría por campesinos, y no por proletarios. En segundo lugar, «democrático» quiere decir en alemán «gobernado por el pueblo» (*volksherrschaftlich*). Y ¿qué es eso del «control gobernado por el pueblo del pueblo trabajador»? Y además, tratándose de un pueblo trabajador que, por el mero hecho de plantear estas reivindicaciones al Estado, exterioriza su plena conciencia de que ¡ni está en el poder ni se halla maduro para gobernar!

Huelga entrar aquí en la crítica de la receta prescrita por Buchez, bajo el reinado de Luis Felipe, por oposición a los socialistas franceses, y aceptada por los obreros reaccionarios de *L´Atélier*. Lo verdaderamente escandaloso no es tampoco que se haya llevado al programa esta cura milagrosa específica, sino que se abandone simplemente el punto de vista del movimiento de clases para retroceder al del movimiento de sectas.

El que los obreros quieran establecer las condiciones de producción colectiva en toda la sociedad y ante todo en su propio país, a una escala nacional, solo quiere decir que trabajan para subvertir las actuales condiciones de producción, y eso nada tiene que ver con la fundación de sociedades cooperativas con la ayuda del Estado. Y por lo que se refiere a las sociedades cooperativas actuales, estas solo tienen valor en cuanto son creaciones independientes de los propios obreros, no protegidas ni por los Gobiernos ni por los burgueses.

IV

Y ahora voy a referirme a la parte democrática.

A. *Base libre del Estado*

Ante todo, según el capítulo II, el Partido Obrero alemán aspira «al Estado libre».

¿Qué es el Estado libre?

De ningún modo es propósito de los obreros, que se han librado de la estrecha mentalidad del humilde súbdito, hacer libre al Estado. En el Imperio alemán el «Estado» es casi tan «libre» como en Rusia. La libertad

consiste en convertir al Estado, como órgano que está por encima de la sociedad, en órgano completamente subordinado a ella, y las formas de Estado siguen siendo hoy más o menos libres en la medida en que limitan la «libertad del Estado».

El Partido Obrero alemán —al menos si hace suyo este programa— demuestra cómo las ideas del socialismo no le calan siquiera la piel; ya que en vez de tomar a la sociedad existente (y lo mismo podemos decir de cualquier sociedad en el futuro) como base del Estado existente (o del futuro, para una sociedad futura), considera más bien al Estado como un ser independiente, con sus propios «fundamentos espirituales, morales y liberales».

Y además, ¡qué decir del burdo abuso que hace el programa de las palabras «Estado actual», «sociedad actual» y de la incomprensión más burda todavía que manifiesta acerca del Estado, al que dirige sus reivindicaciones!

La «sociedad actual» es la sociedad capitalista, que existe en todos los países civilizados, más o menos libre de aditamentos medievales, más o menos modificada por el específico desarrollo histórico de cada país, más o menos desarrollada. Por el contrario, el «Estado actual» varía con las fronteras nacionales. En el Imperio prusiano-alemán es otro que en Suiza; en Inglaterra, otro que en los Estados Unidos. «El Estado actual» es, por tanto, una ficción.

Sin embargo, los distintos Estados de los distintos países civilizados, pese a la abigarrada diversidad de sus formas, tienen en común que todos ellos se asientan sobre las bases de la moderna sociedad burguesa aunque esta se halle más desarrollada en unos sitios que en otros, en el sentido capitalista. En este sentido puede hablarse del «Estado actual» por oposición al futuro, en el que su actual raíz, la sociedad burguesa, se habrá extinguido.

Cabe entonces preguntarse: ¿qué transformación sufrirá el régimen estatal en la sociedad comunista? O en otros términos: ¿qué funciones sociales, análogas a las actuales funciones del Estado, subsistirán entonces? Esta pregunta solo puede contestarse científicamente, y por más que acoplemos de mil maneras la palabra «pueblo» y la palabra «Estado», no nos acercaremos ni un pelo a la solución del problema.

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el periodo de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este periodo corresponde también un periodo político de transición cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado.

Pero el programa no se ocupa de esta última, ni del futuro régimen estatal de la sociedad comunista.

Sus reivindicaciones políticas no se salen de la vieja y consabida letanía democrática: sufragio universal, legislación directa, derecho popular, milicia del pueblo, etcétera. Son un simple eco del Partido Popular burgués, de la Liga por la Paz y la Libertad. Son todas ellas reivindicaciones que, cuando no están exageradas hasta verse convertidas en ideas fantásticas, están ya realizadas. Solo que el Estado que las ha puesto en práctica no cae dentro de las fronteras del Imperio alemán, sino en Suiza, en Estados Unidos, etcétera. Esta especie de «Estado del futuro» es ya Estado actual, aunque existente fuera «del marco» del imperio alemán.

Pero se ha olvidado una cosa. Ya que el Partido Obrero alemán declara expresamente que actúa dentro del «Estado nacional de hoy», es decir dentro de su propio Estado, del Imperio prusiano-alemán —de otro modo, sus reivindicaciones serían en su mayor parte absurdas, pues solo se exige lo que no se tiene—, no debía haber olvidado lo principal, a saber: que todas estas lindas menudencias tienen por base el reconocimiento de la

llamada soberanía del pueblo y que, por tanto, solo caben en una república democrática.

Y si no se tiene el valor —lo cual es muy cuerdo, pues la situación exige prudencia— de exigir la república democrática como lo hacían los programas obreros franceses bajo Luis Felipe y bajo Luis Napoleón, no debía haberse recurrido al ardid, que ni es «honrado» ni es digno, de exigir cosas que solo tienen sentido en una república democrática a un Estado que no es más que un despotismo militar de armazón burocrático y blindaje policial, guarnecido de formas parlamentarias, revuelto con ingredientes feudales e influenciado ya por la burguesía; ¡y además, reforzar a ese Estado manteniendo una negociación en la que imaginan que serán capaces de conseguir algo de él «por medios legales»!

Hasta la democracia vulgar, que ve en la república democrática el reino milenario y no tiene la menor idea de que es precisamente bajo esta última forma de Estado de la sociedad burguesa donde se va a ventilar definitivamente por la fuerza de las armas la lucha de clases; hasta ella misma está hoy a mil codos de altura sobre esta especie de democratismo que se mueve dentro de los límites de lo autorizado por la Policía y vedado por la lógica.

Que por «Estado» se entiende, en realidad, la máquina de gobierno, o el Estado en cuanto, por efecto de la división del trabajo, forma un organismo propio, separado de la sociedad, lo indican ya estas palabras: «El Partido Obrero alemán exige como base económica del Estado: un impuesto único y progresivo sobre la renta», etcétera. Los impuestos son la base económica de la máquina de gobierno y nada más. En el Estado del futuro, existente ya en Suiza, esta reivindicación está casi realizada. El impuesto sobre la renta presupone las diferentes fuentes de ingresos de las diferentes clases sociales, es decir, la sociedad capitalista. No tiene pues nada de extraño que

los Financial Reformers de Liverpool —burgueses con el hermano de Gladstone al frente— planteen la misma reivindicación que el programa.

B. *El Partido Obrero Alemán exige*, *como base espiritual y moral del Estado*:

1. *Educación popular general e igual a cargo del Estado. Asistencia escolar obligatoria general. Instrucción gratuita.*

«¿Educación popular igual?» ¿Qué se entiende por esto? ¿Se cree que en la sociedad actual (que es de la única de que puede tratarse) la educación puede ser igual para todas las clases? ¿O lo que se exige es que también las clases altas sean obligadas por la fuerza a conformarse con la modesta educación que da la escuela pública, la única compatible con la situación económica no solo del obrero asalariado sino también del campesino?

«Asistencia escolar obligatoria para todos. Instrucción gratuita.» La primera existe ya, incluso en Alemania; la segunda, en Suiza y en Estados Unidos en lo que a las escuelas públicas se refiere. El que en algunos estados de este último país sean «gratuitos» también centros de instrucción superior solo significa en realidad que allí a las clases altas se les pagan sus gastos de educación a costa del fondo de los impuestos generales. Y —dicho sea de paso— esto puede aplicarse también a la «administración de justicia con carácter gratuito» de la que se habla en el punto A5 del programa. La justicia en lo criminal es gratuita en todas partes; la justicia civil gira casi en exclusiva en torno a los pleitos sobre la propiedad y afecta, por tanto, casi únicamente a las clases poseedoras. ¿Se pretende que estas ventilen sus pleitos a costa del Tesoro público?

El párrafo sobre las escuelas debería exigir, por lo menos, escuelas técnicas (teóricas y prácticas) combinadas con las escuelas públicas.

Eso de «educación popular a cargo del Estado» es absolutamente inadmisible. ¡Una cosa es determinar, por medio de una ley general, los recursos de las escuelas públicas, las condiciones de capacidad del personal docente, las materias de enseñanza, etcétera, y, como se hace en Estados Unidos, velar por el cumplimiento de estas prescripciones legales mediante inspectores del Estado, y otra cosa completamente distinta es nombrar al Estado educador del pueblo! Lo que hay que hacer es, más bien, sustraer la escuela a toda influencia por parte del Gobierno y de la Iglesia. Sobre todo en el Imperio prusiano-alemán (y no vale salirse con el torpe subterfugio de que se habla de un «Estado futuro»; ya hemos visto lo que es este), donde es, por el contrario, el Estado el que necesita recibir del pueblo una educación muy severa.

Pese a todo su cascabeleo democrático, el programa está todo él infestado hasta el tuétano de la fe servil de la secta lassalleana en el Estado; o —lo que no es nada mejor— de la superstición democrática; o es más bien un compromiso entre estas dos supersticiones igualmente lejanas del socialismo.

«Libertad de la ciencia»; la estatuye ya un párrafo de la Constitución prusiana. ¿Para qué, pues, traer esto aquí?

«¡Libertad de conciencia!» Si en estos tiempos de *kulturkampf*[64] se quería recordar al liberalismo sus viejas consignas, solo podía hacerse, naturalmente, de este modo: todo el mundo tiene derecho a satisfacer sus necesidades físicas sin que la Policía tenga que meter las narices. Pero el Partido Obrero, aprovechando la ocasión, tenía que haber expresado aquí su convicción de que «la libertad de conciencia» burguesa se limita a tolerar cualquier género de libertad de conciencia religiosa, mientras que él aspira,

por el contrario, a liberar la conciencia de todo fantasma religioso. Pero se ha preferido no sobrepasar el nivel «burgués».

Y con esto llego al final, pues el apéndice que viene después del programa no constituye una parte característica del mismo. Por tanto, procuraré ser muy breve.

2. *Jornada normal de trabajo.*

En ningún otro país se limita el Partido Obrero a formular una reivindicación tan vaga, sino que fija siempre la duración de la jornada de trabajo que, bajo las condiciones concretas, se considera normal.

3. *Restricción del trabajo de la mujer y prohibición del trabajo infantil.*

La reglamentación de la jornada de trabajo debe incluir ya la restricción del trabajo de la mujer, en cuanto se refiere a la duración, descansos, etcétera, de la jornada; de no ser así, solo puede significar la exclusión del trabajo de la mujer de las ramas de producción que son especialmente nocivas para el organismo femenino o inconvenientes, desde el punto de vista moral, para este sexo. Si es esto lo que se ha querido decir, debió haberse dicho.

«Prohibición del trabajo infantil.» Aquí era absolutamente necesario señalar el límite de la edad. La prohibición general del trabajo infantil es incompatible con la existencia de la gran industria y, por tanto, un piadoso deseo, pero nada más. Poner en práctica esta prohibición —suponiendo que fuese factible— sería reaccionario ya que, reglamentada severamente la jornada de trabajo según las distintas edades y aplicando las demás medidas preventivas para la protección de los niños, la combinación del trabajo productivo con la enseñanza desde una edad temprana es uno de los más potentes medios de transformación de la sociedad actual.

4. *Inspección por el Estado de la industria en las fábricas*, *en los talleres y a domicilio.*

Tratándose del Estado prusiano-alemán, debió exigirse taxativamente que los inspectores solo pudieran ser destituidos por sentencia judicial; que todo obrero pudiera denunciarlos a los tribunales por transgresiones en el cumplimiento de su deber, y que perteneciesen a la profesión médica.

5. *Reglamentación del trabajo en las prisiones.*

Mezquina reivindicación, en un programa general obrero. En todo caso, debió proclamarse claramente que no se quería, por celos de competencia, ver tratados a los delincuentes comunes como a bestias y, sobre todo, que no se les quería privar de su único medio de corregirse: el trabajo productivo. Era lo menos que podía esperarse de socialistas.

6. *Una ley eficaz de responsabilidad por las infracciones.*

Había que haber dicho qué se entiende por ley «eficaz» de responsabilidad por las infracciones. Diremos de paso que, al hablar de la jornada normal de trabajo, no se ha tenido en cuenta la parte de la legislación fabril que se refiere a las medidas sanitarias y medios de protección contra los accidentes, etcétera. La Ley de responsabilidad por las infracciones solo entra en acción después de infringidas estas prescripciones.

En una palabra, también el apéndice se distingue por su descuidada redacción.

Dixi et salvavi animam meam.[65]

Crítica al Programa de Gotha (1875)

La vía rusa al socialismo

El autor del artículo «Karl Marx ante el Tribunal del señor Zhukovski» es evidentemente una persona inteligente, y si en mi exposición sobre la acumulación primitiva hubiese encontrado un solo pasaje en apoyo de sus conclusiones, lo habría citado. En ausencia de tal pasaje, se encuentra obligado a recurrir a un *hors d'oeuvre*, a una especie de polémica contra un «escritor» ruso publicada en el apéndice a la primera edición alemana de *El capital*. ¿Cuál es mi queja en ese lugar contra ese escritor? Que descubrió la comuna rusa, no en Rusia, sino en el libro escrito por Haxthausen, del Consejo de Estado prusiano, y que en sus manos la comuna rusa solo sirve de argumento para probar que la vieja y podrida Europa será regenerada por la victoria del paneslavismo. Mi juicio acerca de ese escritor puede ser correcto o falso, pero en modo alguno puede constituir una clave de mis opiniones sobre los esfuerzos «de los rusos por hallar para su país una vía de desarrollo que será diferente de la que transitó y sigue transitando la Europa Occidental», etcétera.

En el apéndice a la segunda edición alemana de *El capital* —la que conoce el autor del artículo sobre el señor Zhukovski puesto que la cita— hablo de «un gran crítico y estudioso ruso» con la alta consideración que merece. En sus notables artículos este escritor ha tratado la cuestión de si Rusia, como sostienen sus economistas liberales, debe empezar por destruir la *commune rurale* para pasar al régimen capitalista o si, por el contrario, puede —sin experimentar las torturas de este régimen— apropiarse de

todos sus frutos dando desarrollo a sus propias condiciones históricas. Dicho escritor se pronuncia en favor de esta última solución, y mi honorable crítico tendría por lo menos tanta razón para inferir de la consideración que le profeso a este «gran crítico y estudioso ruso» que participo de sus opiniones sobre el tema como para concluir de mi polémica contra el «escritor» y paneslavista que las rechazo.

Para terminar, puesto que no me gusta dejar nada que deba adivinarse, iré directo al grano. Para poder estar autorizado a estimar el desarrollo económico actual de Rusia, estudié ruso y luego estudié durante muchos años las publicaciones oficiales y otras vinculadas a este asunto. Llegué a esta conclusión: si Rusia sigue por el camino que ha seguido desde 1861, perderá la mejor oportunidad que le haya ofrecido jamás la historia a una nación y sufrirá todas las fatales vicisitudes del régimen capitalista.

El capítulo sobre la acumulación primitiva no pretende más que trazar el camino por el cual surgió el orden económico capitalista en Europa Occidental, del seno del régimen económico feudal. Por ello describe el movimiento histórico que, al divorciar a los productores de sus medios de producción, los convierte en asalariados (en proletarios, en el sentido moderno de la palabra), al tiempo que convierte en capitalistas a quienes poseen los medios de producción. En esa historia hacen época todas las revoluciones que sirven de palanca al avance de la clase capitalista en formación y, sobre todo, las que, después de despojar a grandes masas de hombres de sus medios tradicionales de producción y subsistencia, las arroja súbitamente al mercado del trabajo. Pero la base de todo este desarrollo es la expropiación de los cultivadores.

«Esto solo se ha cumplido radicalmente en Inglaterra […] pero todos los países del Occidente europeo están yendo por el mismo camino», etcétera (*El capital*, edición francesa, 1879, p. 315). Al final del capítulo se resume

de esta manera la tendencia histórica de la producción: que ella misma engendra su propia negación con la inexorabilidad que preside las metamorfosis de la naturaleza; que ella misma ha creado los elementos de un nuevo orden económico al darle de inmediato el mayor impulso a las fuerzas de producción del trabajo social y al desenvolvimiento integral de cada uno de los productores; que la propiedad capitalista, al fundarse como ya lo hace en realidad, sobre una forma de la producción colectiva, no puede hacer otra cosa que transformarse en propiedad social. En este punto no he aportado ninguna prueba por la simple razón de que esta afirmación no es más que el breve resumen de largos desarrollos dados anteriormente en los capítulos que tratan de la producción capitalista.

Ahora bien, ¿qué aplicación a Rusia puede hacer mi crítico de este bosquejo histórico? Únicamente esta: si Rusia tiende a transformarse en una nación capitalista a ejemplo de los países de la Europa Occidental —y por cierto que en los últimos años ha estado muy agitada por seguir esta dirección—, no lo logrará sin transformar primero en proletarios a una buena parte de sus campesinos; y en consecuencia, una vez llegada al corazón del régimen capitalista, experimentará sus despiadadas leyes como las experimentaron otros pueblos profanos. Eso es todo. Pero no lo es para mi crítico. Se siente obligado a metamorfosear mi esbozo histórico de la génesis del capitalismo en el Occidente europeo en una teoría histórico-filosófica de la marcha general que el destino le impone a todo pueblo, cualesquiera que sean las circunstancias históricas en que se encuentre, a fin de que pueda terminar por llegar a la forma de la economía que le asegure, junto con la mayor expansión de las potencias productivas del trabajo social, el desarrollo más completo del hombre. Pero le pido a mi crítico que me dispense. (Me honra y me avergüenza a la vez demasiado). Tomemos un ejemplo.

En diversos pasajes de *El capital* aludo al destino que les cupo a los plebeyos de la antigua Roma. En su origen habían sido campesinos libres, cultivando cada cual su propia fracción de tierra. En el curso de la historia romana fueron expropiados. El mismo movimiento que los divorció de sus medios de producción y subsistencia trajo consigo la formación no solo de la gran propiedad fundiaria sino también del gran capital financiero. Y así fue que una linda mañana se encontraron con que, por una parte, había hombres libres despojados de todo a excepción de su fuerza de trabajo, y por otra, para que explotasen este trabajo, quienes poseían toda la riqueza adquirida. ¿Qué ocurrió? Los proletarios romanos se transformaron no en trabajadores asalariados sino en una chusma de desocupados más abyectos que los «pobres blancos» que hubo en el sur de Estados Unidos, y junto con ello se desarrolló un modo de producción que no era capitalista sino que dependía de la esclavitud. Así pues, sucesos notablemente análogos pero que tienen lugar en medios históricos diferentes conducen a resultados totalmente distintos. Estudiando por separado cada una de estas formas de evolución y comparándolas luego, se puede encontrar fácilmente la clave de este fenómeno, pero nunca se llegará a ello mediante el pasaporte universal de una teoría histórico-filosófica general cuya suprema virtud consiste en ser suprahistórica.

Carta al director del «Otiechéstvennie Zapiski»
sobre la comuna rusa (1877)

SPECULUM IX

Señora:

Vuestra Alteza Imperial, la última vez que tuve el honor de veros expresasteis cierta curiosidad sobre Karl Marx y me preguntasteis si lo conocía. Resolví, por consiguiente, aprovechar la primera oportunidad para conocerlo pero esta no se produjo hasta ayer cuando lo encontré a la hora de la merienda y pasé tres horas en su compañía.

Es un hombre bajo, bastante pequeño, de cabello y barba grises que contrastan de manera extraña con su todavía oscuro bigote. La cara es, en cierta manera, redonda: la frente bien formada y llena; los ojos bastante duros pero su expresión más agradable que desagradable, de ninguna manera la de un caballero acostumbrado a devorar recién nacidos que es, debo decir, el punto de vista que tiene la Policía.

Su discurso es el de un hombre bien informado, es más, el de un hombre docto —muy interesado en la gramática comparada, que lo condujo hacia el eslavo antiguo y otras materias poco conocidas—, trufado de giros pintorescos y pizcas de un humor seco, como cuando hablando de *La vida del príncipe Bismarck*, de Hesekiel, siempre se refería a él, por contraste con el libro del doctor Busch, como «el Antiguo Testamento».

Fue positivo, ligeramente cínico —sin aparentar entusiasmo—, interesante y, a menudo, según creo, mostró ideas muy adecuadas cuando estuvo conversando sobre el pasado y el presente, pero vagas e insatisfactorias cuando se refirió al futuro.

Espera, no de manera irrazonable, una cercana y gran crisis en Rusia. Cree que comenzará por reformas desde arriba que el viejo edificio en mal estado no será capaz de soportar y esto llevará a su derrumbe. Sobre qué ocuparía su lugar no tenía de forma patente una idea clara excepto que durante mucho tiempo Rusia no podrá ejercer ninguna influencia sobre Europa.

Cree que después el movimiento se extenderá hacia Alemania cobrando allí la forma de una revuelta contra el sistema militar existente.

A mi pregunta, «pero ¿cómo espera que el Ejército se ponga en contra de sus altos mandos?», respondió: «Olvida que ahora en Alemania, el Ejército y la nación son casi la misma cosa. Esos socialistas de los que ha oído hablar son soldados experimentados como cualquier otro. No debe pensar solo en el soldado raso. Debe pensar en los reservistas, aunque también hay mucho descontento en la tropa. Nunca fue un ejército en el que la severidad de la disciplina condujera a muchos suicidios. La distancia entre dispararse a uno mismo y disparar a un oficial es corta y un ejemplo, una vez establecido, es seguido con rapidez».

«Mas suponiendo que los que gobiernan Europa lleguen a un acuerdo mutuo sobre la reducción de armamento que alivia realmente el peso del pueblo, ¿qué sería de la Revolución que usted espera que estalle?»

«Ah —fue su respuesta—, no puede hacer eso. Todo tipo de miedos y recelos lo harán imposible. El peso irá de mal en peor mientras los adelantos de la ciencia para mejorar el Arte de la Destrucción sigan el ritmo del progreso, y a cada año que pase, tendrán que dedicarse a costosas máquinas de guerra. Es un círculo vicioso, no hay salida.»

«Pero —dije— no tendrá una revuelta popular seria a menos que realmente haya una gran miseria.» «No tiene ni idea —repuso— de lo

terrible que ha sido la crisis por la que ha estado pasando Alemania durante estos últimos cinco años.»

«Vale —dije—. Supongamos que su revolución ha tenido lugar y que ustedes tienen su Gobierno de estilo republicano. Todavía resta un largo camino para que se pongan en práctica las ideas especiales de las que hablan usted y sus amigos.» «Sin duda —respondió—, mas todos los grandes movimientos son lentos. Sería meramente un paso hacia la mejora, como lo fue su Revolución de 1688: un simple paso en el camino.»

Todo lo anterior os dará, Vuestra Alteza Imperial, una idea fehaciente de la clase de ideas que tiene en mente sobre el futuro cercano de Europa.

Son demasiado idealistas para ser peligrosas, en tanto que la situación con el loco gasto en armamento sí es obvia e indudablemente peligrosa.

Si en cualquier caso en la próxima década los gobernantes de Europa no han encontrado el medio de negociar con este mal sin el aviso de un intento de revolución, por mi parte desesperaré por el futuro de la humanidad al menos en este continente.

A lo largo de la conversación, Karl Marx habló varias veces tanto de Vuestra Alteza Imperial como del Príncipe Coronado y siempre con la debida propiedad y respeto. Incluso en el caso de individuos eminentes a los que bajo ningún concepto había de mencionar con respeto, no hubo ápice de amargura o brutalidad: mucha acritud y crítica disolvente pero nada en tono Marat.

Sobre los horribles hechos atribuidos a la Internacional, habló como cualquier hombre respetable lo habría hecho.

Mencionó un asunto que muestra los peligros a los que están expuestos los exiliados que han tenido un nombre revolucionario. El desgraciado Nobiling, tenía entendido, había intentado ir a verlo cuando estaba en Inglaterra. «Si lo hubiera hecho —dijo—, tendría que haberle recibido

porque habría enviado su tarjeta de visita como empleado de la Oficina de Estadísticas de Dresde, y como me interesan las estadísticas, me habría gustado hablar con él. ¡Qué placer habría tenido, por añadidura, si hubiera venido a verme!»

Con todo, mi impresión de Marx, admitiendo que está en el polo de opinión opuesto, no fue tan desfavorable y me gustaría verlo de nuevo. No será él, sin importar si lo desea o no, quien ponga el mundo patas arriba.

M. E. GRANT-DUFF

Sir Mountstuart Elphinstone Grant-Duff
a la emperatriz Federica(1879)

DERRAMAMIENTO DE SANGRE

Ningún gran movimiento ha nacido sin derramamiento de sangre. Los Estados Unidos de Norteamérica lograron su independencia con derramamiento de sangre, Napoleón llegó al poder en Francia con acontecimientos sangrientos y fue derrotado de la misma manera. Alemania y cualquier otro país ofrecen ejemplos semejantes. Hablando de crímenes ya sabemos que eso no es nada nuevo. Orsini ha intentado matar a Napoleón, pero los reyes han matado a más gente que cualquier otra persona. Los jesuitas han matado y lo mismo hicieron los puritanos bajo Cromwell. Y todo pasó antes de que se pudiera hablar del socialismo. Hoy en día, sin embargo, cualquier intento de atentado contra reyes u hombres de Estado se achaca a los socialistas. La muerte del emperador alemán en las circunstancias actuales sería lamentable, sobre todo para la causa de los socialistas, pues resulta muy útil en su puesto, y Bismarck ha hecho por nuestro movimiento más que cualquier otro estadista, dado su extremismo.

Entrevista a Karl Marx publicada por el
«Chicago Tribune», diciembre de 1878

CONFLUENCIAS Y ALIANZAS: EL PARTIDO DE CLASE Y LAS OTRAS CLASES

Entretanto, llegó el *Jahrbuch* de Höchberg con el artículo «Examen retrospectivo del movimiento socialista en Alemania», escrito precisamente, según me ha comunicado el propio Höchberg, por los tres miembros de la Comisión de Zúrich. Aquí tenemos una crítica auténtica de estos señores a todo el movimiento hasta nuestros días y, por consiguiente, en la medida en que ellos determinan la línea del nuevo periódico, el programa auténtico del mismo.

Desde el principio leemos:

> El movimiento, considerado como eminentemente político por Lassalle —quien invitaba a incorporarse a él no solo a los obreros sino también a todos los demócratas honrados— y al frente del cual debían situarse los representantes independientes de la ciencia y todas las personas de verdaderos sentimientos humanitarios, se acható bajo la dirección de J. B. von Schweitzer, reduciéndose a una lucha unilateral de los obreros industriales por sus intereses.

No voy a examinar la cuestión de si esto corresponde, y hasta qué punto, a la realidad de los hechos. El reproche especial que aquí se le hace a Schweitzer es el de haber achatado el lassalleanismo, considerado aquí como un movimiento burgués democrático-filantrópico, reduciéndolo al nivel de una lucha unilateral de los obreros industriales por sus intereses. Pero en realidad resulta que Schweitzer acható el movimiento haciéndolo más profundo, al darle el carácter de lucha de clases de los obreros

industriales contra la burguesía. Más adelante se le reprocha «haber ahuyentado a la democracia burguesa». Pero ¿qué tiene que hacer la democracia burguesa en las filas del Partido Socialdemócrata? Si la democracia burguesa está integrada por «personas honradas», no puede desear el ingreso en el Partido; y si a pesar de ello desea ingresar en él, solo puede ser para hacer daño.

El partido lassalleano «ha preferido, de la manera más unilateral, conducirse como un partido obrero». Y los señores que escriben esto pertenecen a un partido que se conduce del modo más unilateral como partido obrero y ocupan ahora en él puestos oficiales. Hay en esto una incompatibilidad absoluta. Si piensan como escriben deben abandonar el partido, o por lo menos, renunciar a los cargos que en él ocupan. Si no lo hacen, confiesan con ello sus intenciones de aprovechar su posición oficial para luchar contra el carácter proletario del partido. De este modo, al dejarlos en sus puestos oficiales, el partido se traiciona a sí mismo.

Así pues, según estos señores, el Partido Socialdemócrata no debe ser un partido unilateralmente obrero, sino el partido universal «de todas las personas de verdaderos sentimientos humanitarios». Y para demostrarlo, ante todo debe renunciar a las groseras pasiones proletarias y, dirigido por burgueses cultos y de sentimientos filantrópicos, «adquirir gustos finos» y «aprender buenos modales». Entonces los «toscos modales» de ciertos líderes serán sustituidos por distinguidos «modales burgueses» (¡como si la indecorosidad externa de aquellos a quienes se alude no fuese el menor de los defectos que se les puede imputar!). Entonces tampoco tardarán en aparecer «numerosos partidarios procedentes de las clases cultivadas y poseedoras. Son estos elementos los que deben ser atraídos ante todo […] si se quiere que la propaganda alcance éxitos tangibles».

El socialismo alemán «ha atribuido demasiada importancia a la conquista de las masas, a la vez que ha descuidado la propaganda enérgica (!) entre las llamadas capas altas de la sociedad». Pero «al partido aún le faltan personas que pueden representarlo en el Reichstag», y «es deseable, e incluso necesario, que las credenciales sean entregadas a personas que tengan tiempo y posibilidades de estudiar a fondo los problemas. Los simples obreros y los pequeños artesanos […] solo muy excepcionalmente pueden disponer del ocio necesario».

Así que, ¡elegid a los burgueses!

En una palabra, la clase obrera no es capaz de lograr por sí misma su emancipación. Para ello necesita someterse a la dirección de burgueses «cultivados y poseedores», pues solo ellos «tienen tiempo y posibilidades» de llegar a conocer lo que puede ser útil para los obreros. En segundo lugar, la burguesía no debe ser atacada en ningún caso, sino conquistada mediante una propaganda enérgica.

Pero si nos proponemos conquistar a las capas altas de la sociedad, o por lo menos a sus elementos bien intencionados, en modo alguno debemos asustarlos. Y aquí es donde los tres de Zúrich creen haber hecho un descubrimiento tranquilizador:

> Precisamente ahora, bajo la presión de la ley contra los socialistas, el partido demuestra que no tiene la intención de recurrir a la violencia e ir a una revolución sangrienta, sino que por el contrario está dispuesto […] a seguir el camino de la legalidad, es decir, el camino de las reformas.

De este modo, si 500.000 o 600.000 electores socialdemócratas (la décima o la octava parte del censo electoral), dispersos además por todo el país, son lo bastante sensatos para no romperse la cabeza contra un muro y para no lanzarse, en la proporción de uno contra diez, a una «revolución sangrienta», eso demuestra que han renunciado para siempre a utilizar

cualquier gran acontecimiento de la política exterior y el ascenso revolucionario por él provocado, e incluso la victoria lograda por el pueblo en el conflicto que pueda producirse sobre esta base. Si alguna vez Berlín vuelve a dar pruebas de su incultura con otro 18 de Marzo, la socialdemocracia no participará en la lucha, como «cualquier chusma ansiosa de lanzarse a las barricadas» (p. 88), sino que «seguirá el camino de la legalidad», apaciguará la insurrección, retirará las barricadas y, en caso necesario, marchará con el glorioso Ejército contra la masa unilateral, grosera e inculta. Y si esos caballeros afirman que no era tal la intención de sus palabras, ¿qué era, pues, lo que querían decir?

Pero aún falta lo mejor:

> Cuanto más sereno, objetivo y circunspecto sea el partido en su crítica del orden actual y en sus propuestas de reforma, menos posibilidades habrá de que se repita la jugada, que ahora ha tenido éxito (al dictarse la ley contra los socialistas), y gracias a la cual la reacción consciente ha logrado meter en un puño a la burguesía, intimidada por el fantasma rojo. (p. 88)

Para liberar a la burguesía de toda sombra de temor hay que demostrarle clara y palpablemente que el fantasma rojo no es más que eso, un fantasma que no existe en la realidad. Pero el secreto del fantasma rojo está precisamente en el miedo de la burguesía a la inevitable lucha a vida o muerte que tiene que librarse entre ella y el proletariado, está en el temor al inevitable desenlace de la actual lucha de clases. Acabemos con la lucha de clases y la burguesía, lo mismo que «todas las personas independientes no temerán marchar del brazo con el proletariado». Pero este será precisamente quien se quede con un palmo de narices.

Por lo tanto, el partido debe demostrar con su acatamiento y humildad que ha renunciado para siempre a «los despropósitos y a los excesos» que dieron pie a la promulgación de la ley contra los socialistas. Si promete

voluntariamente no salirse del marco de esa ley, Bismarck y la burguesía serán naturalmente tan amables que la abolirán, pues ya no será necesaria.

«Entiéndasenos bien»; nosotros no queremos «renunciar a nuestro partido ni a nuestro programa, pero consideramos que tenemos trabajo para muchos años si aplicamos todas nuestras fuerzas y todas nuestras energías a lograr ciertos objetivos inmediatos, que deben ser conseguidos por encima de todo antes de ponernos a pensar en tareas de mayor alcance». Y entonces los burgueses, los pequeñoburgueses y los obreros, que «ahora se asustan […] de nuestras reivindicaciones de largo alcance», vendrán a nosotros en masa.

No se renuncia al programa; lo único que se hace es aplazar su realización… por tiempo indefinido. Se acepta el programa, pero esta aceptación no es en realidad para uno mismo, para seguirlo durante la vida de uno, sino solo para dejarlo en herencia a los hijos y a los nietos. Y mientras tanto «todas las fuerzas y todas las energías» se dedican a futilidades sin cuento y a un remiendo miserable del régimen capitalista, para dar la impresión de que se hace algo, sin asustar al mismo tiempo a la burguesía. Es preferible mil veces la conducta del «comunista» Miquel, quien para demostrar su seguridad inquebrantable de que la sociedad capitalista ha de hundirse inevitablemente al cabo de unos cuantos siglos, especula cuanto puede y contribuye en la medida de sus fuerzas al crac de 1873, con lo que realmente hace algo para preparar el fin del régimen actual.

Otro atentado a los buenos modales fueron los «ataques exagerados contra los especuladores», quienes después de todo no eran más que unas «criaturas de la época»; por eso «habría sido mejor […] no insultar a Stroussberg ni a los de su mismo tipo». Por desgracia, todos los hombres son «criaturas de la época», y si esta justificación es valedera, ya no se

puede atacar a nadie y tenemos que renunciar a toda polémica y a toda lucha; tenemos que aceptar tranquilamente los puntapiés de nuestros adversarios, pues nuestra sabiduría nos enseña que no son más que unas «criaturas de la época» y como tales no pueden actuar de otro modo. En lugar de devolverles con creces sus puntapiés, tenemos que compadecernos de esos desdichados.

Así también nuestra defensa de la Comuna tuvo consecuencias desagradables, pues «apartó de nuestro lado a muchas personas que estaban bien dispuestas hacia nosotros y, en general, acrecentó el odio que nos tenía la burguesía». Además el partido «no está totalmente libre de culpa por la promulgación de la Ley de octubre, pues atizó innecesariamente el odio de la burguesía».

Tal es el programa de los tres censores de Zúrich. Es de una claridad meridiana, sobre todo para nosotros que desde 1848 conocemos al dedillo todos esos tópicos. Aquí tenemos a unos representantes de la pequeña burguesía llenos de miedo ante la idea de que los proletarios, impulsados por su posición revolucionaria, puedan «llegar demasiado lejos». En lugar de una oposición política resuelta, mediación general; en lugar de la lucha contra el Gobierno y la burguesía, intentos de convencerlos y de atraerlos; en lugar de una resistencia encarnizada a las persecuciones de arriba, humilde sumisión y reconocimiento de que el castigo ha sido merecido. Todos los conflictos impuestos por la necesidad histórica se interpretan como malentendidos y se da carpetazo a todas las discusiones con la declaración de que, en lo fundamental, todos estamos de acuerdo. Los que en 1848 actuaban como demócratas burgueses pueden llamarse hoy socialdemócratas sin ningún reparo. Lo que para los primeros era la república democrática es para los segundos la caída del régimen capitalista: algo perteneciente a un futuro muy remoto, algo que no tiene absolutamente

ninguna importancia para la práctica política del momento presente, por lo que puede uno entregarse hasta la saciedad a la mediación, a las componendas y a la filantropía. Exactamente lo mismo en cuanto a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. Se le reconoce en el papel, porque ya es imposible negarla, pero en la práctica se la difumina, se la diluye, se la debilita. El Partido Socialdemócrata no debe ser un partido de la clase obrera, no debe despertar el odio de la burguesía ni de nadie. Lo primero que debe hacer es realizar una propaganda enérgica entre la burguesía; en vez de hacer hincapié en objetivos de largo alcance que asustan a la burguesía y que, de todos modos, no han de ser conseguidos por nuestra generación, mejor será que concentre todas sus fuerzas y todas sus energías en la aplicación de reformas remendonas pequeñoburguesas, que habrán de convertirse en nuevos refuerzos del viejo régimen social, con lo que tal vez la catástrofe final se transformará en un proceso de descomposición que se lleve a cabo lentamente, a pedazos y, en la medida de lo posible, pacíficamente. Esa gente es la misma que, so pretexto de una febril actividad, no solo no hace nada ella misma, sino que trata de impedir que en general se haga algo más que charlar; son los mismos que en 1848 y 1849, con su miedo a cualquier acción, frenaban el movimiento a cada paso y terminaron por conducirlo a la derrota; los mismos que nunca advierten la reacción y se asombran extraordinariamente al hallarse en un callejón sin salida, donde la resistencia y la huida son igualmente imposibles; los mismos que se empeñan en aprisionar la historia en su estrecho horizonte de filisteos, y de los cuales la historia jamás hace el menor caso, pasando invariablemente al orden del día.

Por lo que respecta a sus convicciones socialistas, ya han sido bastante criticadas en el *Manifiesto comunista*, en el capítulo donde se trata del socialismo alemán o socialismo «verdadero». Cuando la lucha de clases se

deja a un lado como algo fastidioso y «grosero», la única base que le queda al socialismo es el «verdadero amor a la humanidad» y unas cuantas frases hueras sobre la «justicia».

El mismo curso del desarrollo determina el fenómeno inevitable de que algunos individuos de la clase hasta ahora dominante se incorporen al proletariado en lucha y le proporcionen elementos de instrucción. Ya lo hemos señalado con toda claridad en el *Manifiesto*. Pero aquí conviene tener presente dos circunstancias:

Primera: que para ser verdaderamente útiles al movimiento proletario, esos individuos deben aportar auténticos elementos de instrucción, cosa que no podemos decir de la mayoría de los burgueses alemanes que se han adherido al movimiento; ni *Zukunft* ni *Neue Gesellschaft* han dado nada que haya hecho avanzar al movimiento un solo paso. En ellos no encontramos ningún material verdaderamente efectivo o teórico que pueda contribuir a la ilustración de las masas. En su lugar, un intento de conciliar unas ideas socialistas superficialmente asimiladas con los más variados conceptos teóricos, adquiridos por esos señores en la universidad o en otros lugares, y a cual más confusos a causa del proceso de descomposición por el que están pasando actualmente los residuos de la filosofía alemana. En lugar de profundizar ante todo en el estudio de la nueva ciencia, cada uno de ellos ha tratado de adaptarla de una forma o de otra a los puntos de vista que ha tomado de fuera, se ha hecho a toda prisa una ciencia para su uso particular y se ha lanzado a la palestra con la pretensión de enseñársela a los demás. De aquí que entre esos caballeros haya tantos puntos de vista como cabezas. En vez de aclarar un problema cualquiera, han provocado una confusión espantosa que, por fortuna, se circunscribe casi exclusivamente a ellos mismos. El partido puede prescindir perfectamente de unos educadores

cuyo principio fundamental es enseñar a los demás lo que ellos mismos no han aprendido.

Segunda: que cuando llegan al movimiento proletario tales elementos procedentes de otras clases, la primera condición que se les debe exigir es que no traigan resabios de prejuicios burgueses, pequeñoburgueses, etcétera, y que asimilen sin reservas el enfoque proletario. Pero estos señores, como ya se ha demostrado, están atiborrados de ideas burguesas y pequeñoburguesas, que tienen sin duda su justificación en un país tan pequeñoburgués como Alemania, pero únicamente fuera del Partido Obrero Socialdemócrata. Si estos señores se constituyen en un partido socialdemócrata pequeñoburgués, nadie les discutirá el derecho de hacerlo; en tal caso, podríamos entablar negociaciones, formar en ciertos momentos bloques con ellos, etcétera. Pero en un partido obrero constituyen un elemento corruptor. Si por ahora las circunstancias aconsejan que se les tolere, debemos comprender que la ruptura con ellos es solo cuestión de tiempo, siendo nuestro deber el de tolerarlos sin más, sin permitir que ejerzan alguna influencia sobre la dirección del partido. Además parece ser que el momento de ruptura ya ha llegado. No podemos comprender en modo alguno cómo puede el partido seguir tolerando en sus filas a los autores de ese artículo. Y si hasta la dirección del partido cae en mayor o menor grado en manos de esos hombres, quiere decir simplemente que el partido está castrado y que ya no le queda vigor proletario.

En cuanto a nosotros, y teniendo en cuenta todo nuestro pasado, no nos queda más que un camino. Durante cerca de cuarenta años hemos venido destacando la lucha de clases como fuerza directamente propulsora de la historia, y particularmente la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado como la gran palanca de la revolución social moderna. Esta es la razón de que no podamos marchar con unos hombres que pretenden

extirpar del movimiento esta lucha de clases. Al ser fundada la Internacional, formulamos con toda claridad su grito de guerra: la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos. No podemos, por consiguiente, marchar con unos hombres que declaran abiertamente que los obreros son demasiado incultos para emanciparse ellos mismos, por lo que tienen que ser liberados desde arriba, por los filántropos de la gran burguesía y de la pequeña burguesía. Si el nuevo órgano de prensa del partido sigue una orientación en consonancia con los puntos de vista de esos señores, si en vez de un periódico proletario se convierte en un periódico burgués, no nos quedará, por desgracia, más remedio que manifestar públicamente nuestro desacuerdo y romper la solidaridad que hemos tenido con ustedes al representar al partido alemán en el extranjero. Pero es de esperar que las cosas no lleguen a tal extremo.

La carta circular[66]*a A. Bebel*, *W. Liebknecht*,
W. Bracke y otros, 17-18 de septiembre de 1879

Contra el fatalismo histórico

1) Al tratar de la génesis de la producción capitalista, yo he dicho que su secreto consiste en que tiene por base «la separación radical entre el productor y los medios de producción» (edición francesa de *El capital*, p. 315, col. 1) y que «la base de toda esta evolución es la expropiación de los agricultores. Esta no se ha efectuado radicalmente por el momento más que en Inglaterra. […] Pero todos los demás países de Europa Occidental siguen el mismo camino» (*op. cit.*, col. 2).

Por tanto he restringido expresamente la «fatalidad histórica» de este movimiento a los países de Europa Occidental. Y ¿por qué? Tenga la bondad de comparar el capítulo XXXII, en el que se dice:

> El movimiento de eliminación, la transformación de los medios de producción individuales y dispersos en medios de producción concentrados socialmente, la conversión de la propiedad enana de muchos en propiedad colosal de unos cuantos, esta dolorosa y torturante expropiación del pueblo trabajador es el origen, es la génesis del capital. […] La propiedad privada, basada en el trabajo personal […], está siendo suplantada por la propiedad privada capitalista, basada en la explotación del trabajo ajeno, en el trabajo asalariado. (p. 341, col. 2)

Por tanto, en resumidas cuentas, tenemos el cambio de una forma de la propiedad privada en otra forma de propiedad privada. Habiendo sido jamás la tierra propiedad privada de los campesinos rusos, ¿cómo puede aplicárseles este planteamiento?

2) Desde el punto de vista histórico, el único argumento serio que se expone en favor de la disolución fatal de la comunidad de los campesinos rusos es el siguiente: Remontando el pasado remoto, hallamos en todas partes de Europa Occidental que la propiedad comunal de tipo más o menos arcaico ha desaparecido por doquier con el progreso social. ¿Por qué ha de escapar a la misma suerte tan solo en Rusia?

Contesto: Porque en Rusia, gracias a una combinación única de las circunstancias, la comunidad rural, que existe aún a escala nacional, puede deshacerse gradualmente de sus caracteres primitivos y desarrollarse directamente como elemento de la producción colectiva a escala nacional. Precisamente merced a que es contemporánea de la producción capitalista, puede apropiarse todas las realizaciones positivas de esta sin pasar por todas sus terribles peripecias. Rusia no vive aislada del mundo moderno; tampoco es presa de ningún conquistador extranjero, como ocurre con las Indias Orientales.

Si los aficionados rusos al sistema capitalista negasen la posibilidad teórica de tal evolución, yo les preguntaría: ¿acaso ha tenido Rusia que pasar, lo mismo que el Occidente, por un largo periodo de incubación de la industria mecánica, para emplear las máquinas, los buques de vapor, los ferrocarriles, etcétera? Que me expliquen, a la vez, ¿cómo se las han arreglado para introducir, en un abrir y cerrar de ojos, todo el mecanismo de cambio (bancos, sociedades de crédito, etcétera), cuya elaboración ha costado siglos al Occidente?

Si en el momento de la emancipación las comunidades rurales se viesen en unas condiciones de prosperidad normal; si luego la inmensa deuda pública, pagada en su mayor parte a cuenta de los campesinos, al par que otras sumas enormes, concedidas por mediación del Estado (siempre a costa de los campesinos) a los «nuevos pilares de la sociedad» convertidos en

capitalistas, si todos estos gastos se empleasen en el fomento ulterior de la comunidad rural, a nadie se le ocurriría ahora la idea de la «fatalidad histórica», de la aniquilación de la comunidad: todos reconocerían en ella el elemento de la regeneración de la sociedad rusa y un elemento de superioridad sobre los países que se hallan aún sojuzgados por el régimen capitalista.

Otra circunstancia favorable a la conservación de la comunidad rusa (por vía del desarrollo) consiste en que no es solo contemporánea de la producción capitalista, sino que ha sobrevivido a la época en que este sistema social se hallaba aún intacto; ahora, al contrario, tanto en Europa Occidental como en Estados Unidos lo encuentra en lucha contra la ciencia, contra las masas populares y contra las mismas fuerzas productivas que engendra. En una palabra, frente a ella se encuentra el capitalismo en crisis que solo se acabará con la eliminación del mismo, con el retorno de las sociedades modernas al tipo «arcaico» de la propiedad común o, como dice un autor americano, libre de toda sospecha de tendencias revolucionarias que goza en sus investigaciones del apoyo del Gobierno de Washington, «el nuevo sistema» al que tiende la sociedad moderna, «será un renacimiento (*a revival*), en una forma superior (*in a superior form*), de un tipo social arcaico». Así que no se debe temer mucho la palabra «arcaico».

Pero entonces habría que conocer al menos esas vicisitudes. Y nosotros no sabemos nada. La historia de la decadencia de las comunidades primitivas (sería erróneo colocarlas todas en un mismo plano; al igual que en las formaciones geológicas, en las históricas existe toda una serie de tipos primarios, secundarios, terciarios, etcétera) está todavía por escribirse. Hasta ahora no hemos tenido más que unos pobres esbozos. En todo caso, la exploración ha avanzado bastante para que podamos afirmar:

1) La vitalidad de las comunidades primitivas era incomparablemente superior a la de las sociedades semitas, griegas, romanas, etcétera, y tanto más a la de las sociedades capitalistas modernas.

2) Las causas de su decadencia se desprenden de datos económicos que les impedían pasar por un cierto grado de desarrollo, del ambiente histórico, lejos de ser análogo al de la comunidad rusa de nuestros días.

Al leer la historia de las comunidades primitivas, escrita por burgueses, hay que andar sobre aviso. Esos autores no se detienen siquiera ante la falsedad. Por ejemplo, *sir* Henry Maine, que fue colaborador celoso del Gobierno inglés en la destrucción violenta de las comunidades indias, nos asegura hipócritamente que todos los nobles esfuerzos del Gobierno con vistas a sostener esas comunidades se estrellaron contra la fuerza espontánea de las leyes económicas.

Sea como sea, esa comunidad sucumbió en medio de guerras incesantes, exteriores e intestinas; es probable que haya perecido de muerte violenta. Cuando las tribus germanas se apoderaron de Italia, España, Galia, etcétera, la comunidad de tipo arcaico ya no existía. No obstante, su vitalidad natural viene probada por dos hechos. Existen ejemplares que han sobrevivido a todas las peripecias de la Edad Media y se han conservado hasta nuestros días, por ejemplo, en mi tierra natal, en el distrito de Tréveris. Pero, y eso es lo más importante, han imprimido tan claramente sus propias características a la comunidad que la ha venido a suplantar —comunidad en la que la tierra de labor se ha convertido en propiedad privada, mientras que los bosques, los pastizales, los eriales, etcétera, siguen aún siendo propiedad comunal— que Mäurer, al investigar esta comunidad de formación secundaria, pudo reconstituir el prototipo arcaico. Gracias a los rasgos característicos tomados de este último, la comunidad nueva instaurada por los germanos en

todos los países conquistados devino a lo largo de toda la Edad Media el único foco de libertad y de vida popular.

Si después de la época de Tácito no sabemos nada de la vida de la comunidad, ni del modo y tiempo de su desaparición, conocemos al menos el punto de partida merced al relato de Julio César. En su tiempo la tierra ya se redistribuía anualmente entre la *gens* y las tribus de confederaciones germanas, pero aún no entre los miembros individuales de una comunidad. Por tanto, la comunidad rural nació en Germania de las entrañas de un tipo más arcaico, fue producto de un desarrollo espontáneo en lugar de ser importada de Asia. Allí, en las Indias Orientales, la encontramos también, y siempre como último término o último periodo de la formación arcaica.

Para juzgar sobre los posibles destinos de la «comunidad rural» desde un punto de vista puramente teórico, es decir, presuponiendo siempre condiciones de vida normales, tengo que señalar ahora ciertos rasgos característicos que distinguen la «comunidad agrícola» de los tipos más arcaicos.

En primer término, todas las comunidades primitivas anteriores se asientan en el parentesco natural de sus miembros; al romper este vínculo fuerte, pero estrecho, la comunidad agrícola resulta más capaz de extenderse y de mantener el contacto con los extranjeros.

Luego, dentro de ella, la casa y su complemento —el patio— son ya propiedad privada del agricultor, mientras que mucho tiempo antes de la aparición misma de la agricultura la casa común era una de las bases materiales de las comunidades precedentes.

Finalmente, aunque la tierra de labor siga siendo propiedad comunal, se redistribuye periódicamente entre los miembros de la comunidad agrícola, de modo que cada agricultor cultiva por su cuenta los campos que se le asignan y se apropia individualmente los frutos de ese cultivo, mientras que

en las comunidades más arcaicas la producción se practica en común y se reparte solo el producto. Este tipo primitivo de la producción cooperativa o colectiva fue, como es lógico, el resultado de la debilidad del individuo aislado y no de la socialización de los medios de producción.

Se comprende con facilidad que el dualismo inherente a la «comunidad agrícola» puede servirle de fuente de una vida vigorosa, puesto que, por una parte, la propiedad común y todas las relaciones sociales que se desprenden de ella le dan mayor firmeza; y por otra, la casa privada, el cultivo parcelario de la tierra de labor y la apropiación privada de los frutos admiten un desarrollo de la individualidad incompatible con las condiciones de las comunidades más primitivas.

Pero no es menos evidente que este mismo dualismo puede, con el tiempo, convertirse en fuente de descomposición. Dejando de lado todas las influencias del ambiente hostil, la sola acumulación gradual de la riqueza mobiliaria, que comienza por la acumulación de ganado (admitiendo incluso la riqueza en forma de siervos), el papel cada vez mayor que el elemento mobiliario desempeña en la agricultura misma y una multitud de otras circunstancias inseparables de esa acumulación, pero cuya exposición me llevaría muy lejos, actuarán como un disolvente de la igualdad económica y social y harán nacer en la comunidad misma un conflicto de intereses que trae aparejada la conversión de la tierra de labor en propiedad privada y que termina con la apropiación privada de los bosques, los pastizales, los eriales, etcétera, convertidos ya en anexos comunales de la propiedad privada. Por esta razón, la «comunidad agrícola» representa por doquier el tipo más reciente de la formación arcaica de las sociedades, y en el movimiento histórico de Europa Occidental, antigua y moderna, el periodo de la comunidad agrícola aparece como periodo de transición de la formación primaria a la secundaria. Ahora bien, ¿quiere eso decir que, en

cualquier circunstancia, el desarrollo de la «comunidad agrícola» deba seguir este camino? En absoluto. Su forma constitutiva admite la siguiente alternativa: el elemento de propiedad privada que implica se impondrá al elemento colectivo o este se impondrá a aquel. Todo depende del ambiente histórico en que se halla. […] Estas dos soluciones son posibles *a priori*, pero tanto la una como la otra requieren sin duda ambientes históricos muy distintos.

3) Rusia es el único país europeo en el que la «comunidad agrícola» se ha mantenido a escala nacional hasta hoy. No es una presa de un conquistador extranjero, como ocurre con las Indias Orientales. No vive aislada del mundo moderno. Por una parte, la propiedad común de la tierra le permite transformar directa y gradualmente la agricultura parcelaria e individualista en agricultura colectiva, y los campesinos rusos la practican ya en los prados indivisos; la configuración física del suelo ruso propicia el empleo de máquinas a gran escala; la familiaridad del campesino con las relaciones de *artel*[67] le facilita el tránsito del trabajo parcelario al cooperativo y, finalmente, la sociedad rusa, que ha vivido tanto tiempo a su cuenta, le debe ofrecer los avances necesarios para ese tránsito. Por otra parte, la existencia simultánea de la producción occidental, dominante en el mercado mundial, le permite a Rusia incorporar a la comunidad todos los adelantos positivos logrados por el sistema capitalista sin pasar por sus Horcas Caudinas.

Si los representantes de los «nuevos pilares sociales» negasen la posibilidad teórica de la evolución de la comunidad rural moderna, se podría preguntarles: ¿debía Rusia, lo mismo que el Occidente, pasar por un largo periodo de incubación de la industria mecánica para llegar a las máquinas, a los buques de vapor, a los ferrocarriles, etcétera? Se podría preguntarles, además, ¿cómo se las han arreglado para introducir en un abrir

y cerrar de ojos todo el mecanismo de cambio (bancos, sociedades por acciones, etcétera), cuya elaboración le ha costado siglos al Occidente?

Existe una característica de la «comunidad agrícola» rusa que sirve de fuente de su debilidad y le es hostil en todos los sentidos. Es su aislamiento, la ausencia de ligazón entre la vida de una comunidad y la de otras, ese microcosmos localizado que no se encuentra por doquier como carácter inmanente de ese tipo, pero que donde se encuentre ha hecho que sobre las comunidades surja un despotismo más o menos central. La federación de las repúblicas rusas del norte prueba que este aislamiento, que parece haber sido impuesto primitivamente por la vasta extensión del territorio, fue consolidado en gran parte por los destinos políticos de Rusia desde la invasión mongola. Hoy es un obstáculo muy fácil de eliminar. Habría simplemente que sustituir la *vólost*, institución gubernamental, por una asamblea de campesinos apoderados elegidos por las comunidades, que servirían de órgano económico y administrativo defensor de sus intereses.

Desde el punto de vista histórico, una circunstancia muy favorable para la conservación de la «comunidad agrícola» por vía de su ulterior desarrollo consiste en que no solo es contemporánea de la producción capitalista occidental y puede, por tanto, apropiarse los frutos sin sujetarse a su *modus operandi*, sino que ha sobrevivido a la época en que el sistema capitalista se hallaba aún intacto, y al que, al contrario, encuentra en lucha, tanto en Europa Occidental como en Estados Unidos, contra las masas trabajadoras, contra la ciencia y contra las mismas fuerzas productivas que engendra; en pocas palabras, lo encuentra en una crisis que terminará con su eliminación, con un retorno de las sociedades modernas a una forma superior de un tipo «arcaico» de la propiedad y de la producción colectivas.

Por supuesto, la evolución de la comunidad sería gradual y el primer paso sería el de colocarla en unas condiciones normales sobre su base actual.

Pero le hace frente la propiedad sobre la tierra, que tiene en sus manos casi la mitad y, además, la mejor parte del suelo, sin hablar ya de los dominios del Estado. Precisamente por eso la conservación de la «comunidad rural» por vía de su evolución ulterior coincide con el movimiento general de la sociedad rusa, cuya regeneración solo es posible a ese precio.

Incluso desde el punto de vista puramente económico, Rusia puede salir de su atolladero agrícola mediante la evolución de su comunidad rural; serían vanos los intentos de salir de esa situación con ayuda del arrendamiento capitalizado al estilo inglés, sistema contrario a todas las condiciones rurales del país.

Si se hace abstracción de todas las calamidades que deprimen en el presente a la «comunidad rural» rusa y se toma en consideración solo su forma constitutiva y su ambiente histórico, se verá con toda evidencia, desde la primera mirada, que uno de sus caracteres fundamentales —la propiedad comunal sobre la tierra— forma la base natural de la producción y la apropiación colectivas. Además, la familiaridad del campesino ruso con las relaciones de *artel* le facilitaría el tránsito del trabajo parcelario al colectivo, que practica ya en cierto grado en los prados indivisos, en los trabajos de avenamiento y otras empresas de interés general. Pero para que el trabajo colectivo pueda sustituir en la agricultura propiamente dicha el trabajo parcelario, fuente de apropiación privada, hacen falta dos cosas: la necesidad económica de tal transformación y las condiciones materiales para llevarla a cabo.

En cuanto a la necesidad económica, la «comunidad rural» la sentirá tan pronto como se vea colocada en condiciones normales; es decir, tan pronto como se le quite el peso que gravita sobre ella y tan pronto como reciba una extensión normal de tierra para el cultivo. Han pasado ya los tiempos en

que la agricultura rusa no necesitaba más que tierra y agricultor parcelario pertrechado con aperos más o menos primitivos. Estos tiempos han pasado con tanta más rapidez porque la opresión del agricultor contagia y esteriliza su campo. Le hace falta ahora el trabajo colectivo organizado a gran escala. Además, ¿acaso el campesino, que carece de las cosas indispensables para el cultivo de dos o tres desiatinas de tierra, se verá en una situación mejor cuando el número de sus desiatinas se decuplique?

Pero ¿cómo conseguir los equipos, los fertilizantes, los métodos agronómicos, etcétera, todos los medios imprescindibles para el trabajo colectivo? Precisamente aquí resalta la gran superioridad de la «comunidad rural» rusa en comparación con las comunidades arcaicas del mismo tipo. Es la única que se ha conservado en Europa a gran escala, a escala nacional. Así se halla en un ambiente histórico en el que la producción capitalista contemporánea le ofrece todas las condiciones de trabajo colectivo. Tiene la posibilidad de incorporarse a los adelantos positivos logrados por el sistema capitalista sin pasar por sus Horcas Caudinas. La configuración física de la tierra rusa favorece el empleo de las máquinas en la agricultura organizada a gran escala y practicada por medio del trabajo cooperativo. En cuanto a los primeros gastos de establecimiento —intelectuales y materiales—, la sociedad rusa debe facilitarlos a la «comunidad rural», a cuenta de la cual ha vivido tanto tiempo y en la que debe buscar su «elemento regenerador».

La mejor prueba de que este desarrollo de la «comunidad rural» responde al rumbo histórico de nuestra época es la crisis fatal que experimenta la producción capitalista en los países europeos y americanos, en los que se ha desarrollado más, crisis que terminará con la eliminación del mismo, con el retorno de la sociedad moderna a una forma superior del tipo más arcaico: la producción y la apropiación colectivas.

4) Para poder desarrollarse, es preciso ante todo vivir, y nadie ignorará que en el momento presente la vida de la «comunidad rural» se encuentra en peligro.

A fin de expropiar a los agricultores, no es preciso echarlos de sus tierras, como se hace en Inglaterra y otros países; tampoco hay necesidad de abolir la propiedad común mediante un ucase. Que pruebe alguno a arrancar a los campesinos el producto de su trabajo por encima de cierta medida. A despecho de la gendarmería y del Ejército, ¡no habrá manera de aferrarlos a sus campos! En los últimos años del Imperio romano, los decuriones provinciales, no los campesinos, sino los propietarios de tierras, huían de sus casas, abandonaban sus tierras, se vendían como esclavos, con la única finalidad de verse libres, de una propiedad que no era más que un pretexto oficial para estrujarlos sin piedad.

Desde la llamada emancipación de los campesinos, la comunidad rusa se ha visto colocada por el Estado en unas condiciones económicas anormales, y desde entonces no ha cesado de oprimirla con ayuda de las fuerzas sociales concentradas en sus manos. Extenuada por las exacciones fiscales, se ha convertido en una materia inerte de fácil explotación por el comercio, la propiedad de tierras y la usura. Esta opresión exterior ha desencadenado en el seno de la comunidad misma el conflicto de intereses ya existente y ha desarrollado rápidamente sus gérmenes de descomposición. Ahora bien, eso no es todo. A cuenta de los campesinos, el Estado ha impulsado las ramas del sistema capitalista occidental que, sin desarrollar lo más mínimo las potencias productivas de la agricultura, son las más apropiadas para facilitar y precipitar el robo de sus frutos por los intermediarios improductivos. De este modo ha coadyuvado al enriquecimiento de un nuevo parásito capitalista que chupa la sangre, ya de por sí escasa, de la «comunidad rural».

[…] En pocas palabras, el Estado ha prestado su concurso al desarrollo precoz de los medios técnicos y económicos más apropiados para facilitar y precipitar la explotación del agricultor, es decir la mayor fuerza productiva de Rusia, y para enriquecer a los «nuevos pilares de la sociedad».

5) Este concurso de influencias destructivas, si no es aniquilado por una poderosa reacción, debe llevar naturalmente a la muerte de la comunidad rural.

Pero uno se pregunta: ¿por qué todos estos intereses (incluidas las grandes industrias colocadas bajo la tutela del Gobierno) a los que conviene tanto el estado actual de la comunidad rural, se afanarían en matar la gallina de los huevos de oro? Precisamente porque se dan cuenta de que «este estado actual» no puede continuar; que en consecuencia, el modo actual de explotación está ya fuera de moda. La miseria del agricultor ha contagiado la tierra, la cual se vuelve estéril. Las buenas cosechas se alternan con los años de hambre. El promedio de los diez años últimos revela una producción agrícola no solamente estancada sino además retrógrada. En fin, por vez primera Rusia se ve forzada a importar cereales en lugar de exportarlos. Por tanto, no hay que perder tiempo. Hay que poner fin a eso. Hay que constituir en clase media rural a la minoría más o menos acomodada de los campesinos y convertir a la mayoría, simplemente, en proletarios. A tal efecto, los portavoces de los «nuevos pilares de la sociedad» ponen al descubierto las heridas causadas a la comunidad, presentándolas como síntomas naturales de la decrepitud de esta.

Visto que a tantos intereses diversos y, sobre todo a los de los «nuevos pilares de la sociedad», florecidos bajo el reinado benévolo de Alejandro II, les convenía el estado actual de la «comunidad rural», ¿por qué irían conscientemente a buscar su muerte? ¿Por qué sus portavoces ponen al

descubierto las heridas que le han causado a la comunidad como si fueran una prueba de la decrepitud natural de esta? ¿Por qué quieren matar la gallina de los huevos de oro?

Simplemente porque los hechos económicos, cuyo análisis me llevaría muy lejos, han desvelado el secreto de que el estado actual de la comunidad no puede continuar y que, en virtud de la necesidad misma de las cosas, el modo actual de explotar a las masas populares ya no está de moda. Por consiguiente, hace falta algo nuevo, y este elemento nuevo, insinuado bajo las más diversas formas, se reduce siempre a lo siguiente: abolir la propiedad comunal, dejar que la minoría más o menos acomodada de los campesinos se constituya en clase media rural, convirtiéndose la gran mayoría, simplemente, en proletarios.

Por una parte, la «comunidad rural» ha sido llevada casi al último extremo y, por otra, la acecha una poderosa conspiración con el fin de asestarle el golpe de gracia. Para salvar la comunidad rusa hace falta una revolución rusa. Por lo demás, los que tienen en sus manos las fuerzas políticas y sociales hacen lo que pueden preparando a las masas para semejante catástrofe.

Y a la vez que desangran y torturan la comunidad, esterilizan y agotan su tierra, los lacayos literarios de los «nuevos pilares de la sociedad» señalan irónicamente las heridas que le han causado a la comunidad, presentándolas como síntomas de decrepitud espontánea. Aseveran que se muere de muerte natural y que sería un bien abreviar su agonía. No se trata ya, por tanto, de un problema que hay que resolver; se trata simplemente de un enemigo al que hay que arrollar. Para salvar la comunidad rusa hace falta una revolución rusa. Por lo demás, el Gobierno ruso y los «nuevos pilares de la sociedad» hacen lo que pueden preparando a las masas para semejante catástrofe. Si la revolución se produce a su tiempo oportuno, si concentra

todas sus fuerzas para asegurar el libre desarrollo de la comunidad rural, esta se erigirá pronto en elemento regenerador de la sociedad rusa y en elemento de superioridad sobre los países sojuzgados por el régimen capitalista.

[…]

¡Cierto! Si la producción capitalista debe asentar su reinado en Rusia, la inmensa mayoría de los campesinos, o sea del pueblo ruso, tendrá que ser convertida en asalariados y, por consiguiente, expropiada por la abolición previa de su propiedad comunista. Pero en todos los casos el precedente occidental no probaría absolutamente nada (en cuanto a la «fatalidad histórica» de este proceso). Los «marxistas» rusos de quienes me habla me son totalmente desconocidos. Los rusos con los que mantengo relaciones personales tienen, que yo sepa, opiniones completamente opuestas.

[…]

Desde el punto de vista histórico, el único argumento serio (que se podría aducir) en favor de la disolución fatal de la propiedad comunal en Rusia es este: la propiedad comunal ha existido en todas partes de Europa Occidental y de todas ha desaparecido con el progreso social (¿por qué habría de ser su destino diferente en Rusia?), ¿cómo podría no ocurrir lo mismo en Rusia? En primer lugar, en Europa Occidental la muerte de la propiedad comunal (y la aparición) y el nacimiento de la producción capitalista están separados por un intervalo inmenso (de siglos) que abarca toda una serie de revoluciones y de evoluciones económicas sucesivas.

[…]

Si Rusia estuviera aislada en el mundo, debería pues conseguir por su cuenta las conquistas económicas que Europa Occidental solo adquirió recorriendo una larga serie de evoluciones desde la existencia de sus comunidades primitivas hasta su estado presente. […] Pero la situación de

la comuna rusa es absolutamente diferente de la de las comunidades primitivas de Occidente (de Europa Occidental). Rusia es el único país de Europa donde la propiedad comunal se ha conservado a una escala grande, nacional, pero simultáneamente Rusia existe en un medio histórico moderno, es contemporánea de una cultura superior, está ligada a un mercado mundial donde predomina la producción capitalista. […]

Al apropiarse de los resultados positivos de ese modo de producción, está entonces en condiciones de desarrollar y transformar la forma todavía arcaica de su comuna rural en lugar de destruirla.

Primer y segundo borradores de respuesta a la carta de Vera Ivanova Zasúlich,[68] 1881

Carta a Vera Zasúlich

41, Maitland Park Road, Londres, NW

Querida ciudadana:

Una enfermedad nerviosa que me viene aquejando periódicamente en los diez últimos años me ha impedido responder antes a su carta del 16 de febrero. Siento no poder darle un estudio sucinto y destinado a la publicidad de la cuestión que usted me ha hecho el honor de plantearme. Hace meses que tengo prometido un trabajo sobre el mismo asunto al Comité de San Petersburgo. Espero, sin embargo, que unas cuantas líneas basten para no dejarle ninguna duda acerca del mal entendimiento de mi supuesta teoría.

Analizando la génesis de la producción capitalista digo:

En el fondo del sistema capitalista está, pues, la separación radical entre productor y medios de producción […], la base de toda esta evolución es la expropiación de los campesinos. Todavía no se ha realizado de una manera radical más que en Inglaterra. […] Pero todos los demás países de Europa Occidental van por el mismo camino (*El capital*, edición francesa, p. 316). La «fatalidad histórica» de este movimiento está, pues, expresamente restringida a los países de Europa Occidental. El porqué de esta restricción está indicado en este pasaje del capítulo XXXII:

La propiedad privada, fundada en el trabajo personal […], va a ser suplantada por la propiedad capitalista fundada en la explotación del trabajo de otros, en el sistema asalariado (*op. cit*., p. 340). En este movimiento

occidental se trata, pues, de la transformación de una forma de propiedad privada en otra forma de propiedad privada. Entre los campesinos rusos, por el contrario, habría que transformar su propiedad común en propiedad privada.

El análisis presentado en *El capital* no da pues razones en pro ni en contra de la vitalidad de la comuna rural, pero el estudio especial que de ella he hecho, y cuyos materiales he buscado en las fuentes originales, me ha convencido de que esta comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia, mas para que pueda funcionar como tal será preciso eliminar primero las influencias deletéreas que la acosan por todas partes y, a continuación, asegurarle las condiciones normales para un desarrollo espontáneo.

Tengo el honor, querida ciudadana, de ser su afectísimo y s.s.,

KARL MARX

Carta a Vera Ivanova Zasúlich,
8 de marzo de 1881

Familias

Los griegos homéricos: familia monógama de tipo inferior. El trato que daban a sus cautivas refleja la cultura de la época respecto a las mujeres en general; la vida de campamento de Aquiles y Patroclo; la monogamia que pudiera haber se basaba en una obligación impuesta a las esposas (cierto grado de reclusión).

El cambio de la descendencia por línea femenina a la masculina fue perjudicial para la posición y derechos de la mujer y madre; sus hijos, trasladados de la *gens* de ella a la de su marido; por el hecho de casarse enajenaba sus derechos agnaticios sin recibir una compensación equivalente; antes del cambio los miembros de su propia *gens* predominaban en el hogar, lo que daba pleno vigor al vínculo materno y hacía que la mujer fuese más el centro de la familia que el varón. Después del cambio se encontraba sola en el hogar de su esposo, aislada de su parentela gentilicia. En las clases prósperas su estado era de reclusión forzosa y el objeto primario del matrimonio, la procreación de hijos legítimos.

En todo momento predominó entre los griegos un principio, difícil de encontrar entre los salvajes, de egoísmo calculado por parte de los hombres, que tendía a menguar la estimación de la mujer. Costumbres de siglos habían impreso en las mentes de las mujeres griegas el sentimiento de su inferioridad. (Pero la situación de las diosas del Olimpo muestra reminiscencias de una posición anterior de las mujeres, más libre e

influyente. La ansiosa de poder Juno, la diosa sabiduría nace de la cabeza de Zeus, etcétera.) Tal vez le fuera […] preciso a esta raza para pasar del sistema sindiásmico al monógamo. En el apogeo de su civilización, los griegos siguieron siendo bárbaros en el trato al sexo femenino; educación superficial de este, prohibición de trato con el sexo opuesto, su inferioridad le era inculcada como un principio, hasta el punto de que llegó a ser aceptada como un hecho por las mujeres mismas. La mujer no era compañera igual a su marido, sino una hija con respecto a este. Véanse Becker, Chaneles.

El desarrollo de la propiedad y el deseo de transmitirla a los hijos fue la fuerza motriz que trajo la monogamia; la legitimación de los herederos, la progenie real de la pareja conyugal apareció en el estadio superior de la barbarie como protección contra la supervivencia de cierta parte de los antiguos *iura coniugalia*; el nuevo uso: la reclusión de las esposas; el plan de vida doméstica entre los griegos fue un régimen de confinamiento y restricciones para la mujer.

Familia romana: la *mater familias* era la señora de la familia; salía a la calle libremente sin restricciones por parte de su marido, frecuentaba con los hombres los teatros y banquetes festivos; en casa, ni confinada a un aposento especial, ni excluida de la mesa con los hombres. Por tanto, las mujeres romanas tenían más dignidad personal e independencia que las griegas; pero el matrimonio las entregaba *in manum viri*; era hija del marido; este tenía autoridad para castigarla y derecho de vida y muerte en caso de adulterio (con presencia del consejo de la *gens* de ella).

Nota de lectura de «Ancient Society»,
de Lewis H. Morgan (1877)

Recepción de *El capital* en Inglaterra

Los ingleses han empezado recientemente a ocuparse más de *El capital* etcétera. Así, en el número de octubre (o noviembre, no estoy muy seguro) del *Contemporary* hay un artículo de John Rae sobre el socialismo. Muy imperfecto, lleno de errores, pero «benévolo», como me dijo anteayer uno de mis amigos ingleses. ¿Y por qué benévolo? Porque John Rae no supone que en los cuarenta años que llevo difundiendo mis perniciosas teorías yo haya sido instigado por «malos» motivos. *Seine Grossmut muss ich loben*. [69] Parece que la benevolencia de enterarse uno mismo, al menos suficientemente, del tema que somete a crítica, es algo bastante desconocido para los hombres de letras del filisteísmo británico.

Antes de esto, a comienzos de junio, un tal Hyndman (quien anteriormente se había presentado en mi casa) publicó un librito, *England for all*. Pretende estar escrito como exposición del programa de la Federación Democrática, una asociación recientemente formada por diferentes sociedades inglesas y escocesas avanzadas, medio burguesas y medio proletarias. Los capítulos sobre el trabajo y el capital son tan solo extractos literales o glosas de *El capital*, pero el tipo no cita el libro ni a su autor, y para cubrirse señala al final de su prefacio: «En cuanto a las ideas y a gran parte de la documentación contenidas en los capítulos II y III, tengo una gran deuda para con un gran pensador y original escritor, etcétera». Conmigo se disculpó escribiéndome cartas estúpidas, en las que decía, por ejemplo, que «a los ingleses no les gusta ser enseñados por extranjeros»,

que «mi nombre era tan detestado, etcétera». Con todo, este librito —en la medida en que saquea a *El capital*— es una buena propaganda, aun cuando el hombre es de corto alcance y está lejos de tener siquiera la paciencia —que es la primera condición para aprender cualquier cosa— de estudiar un asunto a fondo. Todos estos amistosos escritores de la clase media —si no especialistas— tienen urgencia por hacer dinero, nombre o capital político mediante cualquier pensamiento nuevo que hayan podido generar mediante cualquier golpe de viento favorable. Durante muchas noches este individuo me ha hurgado para sonsacarme y aprender de la forma más fácil. Finalmente, el 10 de diciembre pasado apareció un artículo (le enviaré un ejemplar) en la revista mensual *Modern Thought*, titulado «Líderes del pensamiento moderno», por Ernest Belfort Bax.

Esta es la primera publicación inglesa de su tipo animada de un verdadero entusiasmo por las nuevas ideas, y perteneciente al filisteísmo británico. Esto no impide que las noticias biográficas que el autor da de mí sean en su mayor parte equivocadas, etcétera. En la exposición de mis principios económicos y en su traducción (es decir, citas de *El capital*) hay mucho incorrecto y confuso, pero con todo, la aparición de ese artículo, anunciado en grandes letras por carteles pegados en las paredes del West End londinense, ha producido gran sensación. Y lo que fue más importante para mí, recibí dicho número del *Modern Thought* el 30 de noviembre, de modo que animó los últimos días de mi querida mujer. Usted ya sabe el apasionado interés que ponía en tales asuntos.

Carta a Friedrich Adolph Sorge,
Londres, 15 de diciembre de 1881

RUSIA COMO VANGUARDIA REVOLUCIONARIA

La primera edición rusa del *Manifiesto comunista*, traducida por Bakunin, apareció a comienzos de la década de 1860 en la imprenta del *Kolokol*. En aquel tiempo Occidente solo podía ver en ella (en la edición rusa del *Manifiesto*) una curiosidad literaria. Hoy semejante idea sería imposible.

La sección final del *Manifiesto*, referida a la posición de los comunistas frente a los diversos partidos opositores en los diferentes países, demuestra con la mayor claridad el terreno restringido que por entonces (diciembre de 1847) ocupaba aún el movimiento proletario. Pues en él faltan, precisamente… Rusia y Estados Unidos. Era la época en que Rusia constituía la última gran reserva de la reacción global europea, durante la cual Estados Unidos absorbía mediante la inmigración el sobrante de población proletaria de Europa. Ambos países abastecían a Europa de materias primas y eran, al mismo tiempo, mercados para la venta de sus productos industriales. Los dos eran, pues, de una u otra manera, pilares del orden vigente en Europa.

¡Qué diferencia a día de hoy! Precisamente, la inmigración europea permitió el colosal crecimiento de la agricultura en Norteamérica, cuya competencia conmueve en sus cimientos a la propiedad terrateniente europea, grande y pequeña. Además permitió a Estados Unidos explotar sus enormes fuentes industriales auxiliares con una energía y a una escala que en poco tiempo ha de terminar con el monopolio industrial de la Europa Occidental, y especialmente de Inglaterra. La pequeña y mediana propiedad

de los granjeros, piedra angular de toda la constitución política, sucumbe gradualmente a la competencia de granjas gigantescas; en los distritos industriales se desarrolla, al mismo tiempo y por vez primera, un proletariado masivo y una fabulosa concentración de capitales.

¡Y ahora en Rusia! Durante la Revolución de 1848-1849 no solo los príncipes europeos sino también los burgueses hallaron en la intromisión rusa su única salvación contra el proletariado, que acababa de despertar. El zar fue proclamado jefe de la reacción europea. Hoy es prisionero de guerra de la Revolución en Gátchina, y Rusia constituye la vanguardia de la acción revolucionaria en Europa.

El *Manifiesto comunista* tenía como misión la de proclamar la inminente e inevitable disolución de la propiedad burguesa moderna. Pero en Rusia encontramos, frente a la especulación capitalista en rápido auge y a la propiedad burguesa de la tierra en vías de formación, la mayor parte del suelo en propiedad común de los campesinos. Cabe preguntarse ahora: ¿podría la comunidad rural rusa —aun cuando es una forma fuertemente socavada de la antiquísima propiedad común del suelo— convertirse directamente en la forma superior de la propiedad colectiva comunista? ¿O por el contrario deberá recorrer primero el mismo proceso de disolución que constituye el desarrollo histórico de Occidente?

La única respuesta posible hoy en día a este interrogante es la siguiente: si la revolución rusa se convierte en la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen entre sí, entonces la actual propiedad común rusa de la tierra podrá servir como punto de partida de un desarrollo comunista.

Londres, 21 de enero de 1882

KARL MARX

FRIEDRICH ENGELS

Prólogo a la edición rusa del Manifiesto comunista (1882)

Speculum final

El 14 de marzo, a las tres menos cuarto de la tarde, dejó de pensar el más grande pensador de nuestros días. Apenas lo dejamos dos minutos solo, y cuando volvimos, lo encontramos dormido suavemente en su sillón, pero para siempre.

Es de todo punto imposible calcular lo que el proletariado militante de Europa y América y la ciencia histórica han perdido con este hombre. Harto pronto se dejará sentir el vacío que ha abierto la muerte de esta figura gigantesca.

Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: el hecho, tan sencillo pero oculto bajo la maleza ideológica, de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un techo y vestirse antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión, etcétera; que, por tanto, la producción de los medios de vida inmediatos, materiales, y por consiguiente, la correspondiente fase económica de desarrollo de un pueblo o una época es la base a partir de la cual se han desarrollado las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas e incluso las ideas religiosas de los hombres, y con arreglo a la cual deben, por tanto, explicarse, y no al revés, como hasta entonces se había venido haciendo. Pero no es esto solo. Marx descubrió también la ley específica que mueve el actual modo de producción capitalista y la sociedad burguesa creada por él. El descubrimiento de la plusvalía iluminó de pronto estos

problemas, mientras que todas las investigaciones anteriores, tanto las de los economistas burgueses como las de los críticos socialistas, habían vagado en las tinieblas.

Dos descubrimientos como estos debían bastar para una vida. Quien tenga la suerte de hacer tan solo un descubrimiento así, ya puede considerarse feliz. Pero no hubo un solo campo que Marx no sometiese a investigación —y estos campos fueron muchos, y no se limitó a tocar de pasada ni uno solo—, incluyendo las matemáticas, en el que no hiciese descubrimientos originales. Tal era el hombre de ciencia. Pero esto no era, ni con mucho, la mitad del hombre. Para Marx, la ciencia era una fuerza histórica motriz, una fuerza revolucionaria. Por puro que fuese el gozo que pudiera depararle un nuevo descubrimiento hecho en cualquier ciencia teórica y cuya aplicación práctica tal vez no podía preverse en modo alguno, era muy otro el goce que experimentaba cuando se trataba de un descubrimiento que ejercía inmediatamente una influencia revolucionadora en la industria y en el desarrollo histórico en general. Por eso seguía al detalle la marcha de los descubrimientos realizados en el campo de la electricidad, hasta los de Marcel Deprez en los últimos tiempos.

Pues Marx era, ante todo, un revolucionario. Cooperar, de este o del otro modo, al derrocamiento de la sociedad capitalista y de las instituciones políticas creadas por ella, contribuir a la emancipación del proletariado moderno, a quién él había infundido por primera vez la conciencia de su propia situación y de sus necesidades, la conciencia de las condiciones de su emancipación: tal era la verdadera misión de su vida. La lucha era su elemento. Y luchó con una pasión, una tenacidad y un éxito como pocos. *Rheinische Zeitung*, 1842; *Vorwärts* de París, 1844; *Deutsche-Brüsseler Zeitung*, 1847; *Neue Rheinische Zeitung*, 1848-1849; *New York Tribune*, 1852 a 1861, a todo lo cual hay que añadir un montón de folletos de lucha,

y el trabajo en las organizaciones de París, Bruselas y Londres, hasta que por último nació como remate de todo, la gran Asociación Internacional de Trabajadores, que era, en verdad, una obra de la que su autor podía estar orgulloso, aunque no hubiera creado ninguna otra cosa.

Por eso Marx era el hombre más odiado y más calumniado de su tiempo. Los gobiernos, lo mismo los absolutistas que los republicanos, lo expulsaban. Los burgueses, lo mismo los conservadores que los ultrademócratas, competían en difamarlo. Marx apartaba todo esto a un lado como si fueran telas de araña, no hacía caso de ello; solo contestaba cuando la necesidad imperiosa lo exigía. Y ha muerto venerado, querido, llorado por millones de obreros de la causa revolucionaria, como él, diseminados por toda Europa y América, desde la minas de Siberia hasta California. Y puedo atreverme a decir que si pudo tener muchos adversarios, apenas tuvo un solo enemigo personal. Su nombre vivirá a través de los siglos, y con él su obra.

Friedrich Engels, *Discurso ante la tumba de Marx*,
17 de marzo de 1883

APÉNDICES

CRONOLOGÍA

VIDA Y OBRA DE KARL MARX
Y MARCO POLÍTICO ESPAÑOL

1814	*Regreso al trono de Fernando VII y restauración del absolutismo en España*
1818	
5 de mayo	Nace en Tréveris.
1820-23	*Trienio constitucional en España.*
1923	*Nueva restauración del absolutismo en España*
1824	
26 de agosto	Karl y sus hermanos son bautizados en la Iglesia evangélica.
1830	
Octubre	Ingresa en el Friedrich-Wilhelm-Gymnasium de Tréveris.

1833	*Muere Fernando VII.*

1834

23 de marzo	Confirmación en la Iglesia evangélica.

Aprobación del Estatuto Real.

1835

Septiembre	Termina sus exámenes de bachillerato.
Octubre	Se muda a Bonn para matricularse en la Facultad de Derecho; estudia legislación, mitología grecolatina, Homero e Historia del Arte moderno.

Desamortización de Mendizábal.

1836

Enero-agosto	Participa activamente en un círculo poético de estudiantes y en la Fraternidad de Estudiantes de Tréveris en Bonn; se convierte en uno de los cinco miembros del Presidium; estudia Legislación y es alumno de Schlegel en un curso sobre las *Elegías* de Propercio; se endeuda y es castigado por las autoridades universitarias por conducta desordenada.
Agosto-octubre	Pasa las vacaciones de verano en Tréveris y se promete en secreto con la joven de 22 años Jenny von Westphalen. Escribe tres libros de poesía para ella; manuscrito publicado en *MEGA* (*Marx-Engels*

	Gesamtausgabe —Obras completas de Marx y Engels —), en 1927.
Octubre	Se muda a Berlín y se matricula en la Facultad de Derecho; asiste a las clases de Savigny y Gans, y a un curso de Antropología.

1837	Trabaja en una crítica filosófica del derecho romano y estudia a Hegel; escribe un diálogo, *Cleantes*, algunos poemas, fragmentos de la novela *Escorpión y Félix*, y una obra de teatro, *Oulanem*; estudia Legislación en el semestre de verano, lee sobre la propiedad en Savigny y otros manuales; estudia a Aristóteles y a Bacon, y se convierte en miembro habitual del Club de los Doctores, un círculo hegeliano de profesores universitarios y figuras literarias donde conoce a Bruno y Edgar Bauer, Adolf Rutenberg, Friedrich Köppen y a otros.

Se promulga la Constitución progresista de 1837.

1838

Febrero	Es eximido del servicio militar por padecer hipertrofia cardiaca.
10 de mayo	Su padre, Heinrich Marx, muere en Tréveris.
Mayo-diciembre	Asiste a clases de Lógica, Geografía general y leyes prusianas en el semestre de verano y realiza solo un curso en el de invierno.

1839	Continúa frecuentando el Club de los Doctores y visita habitualmente a los hermanos Bruno, Edgar y Egbert Bauer; compila un álbum de canciones folclóricas copiadas a mano por Jenny von Westphalen y empieza a trabajar en su tesis doctoral, primero centrada en la filosofía epicúrea y, a lo largo del año, transformada en un análisis de la filosofía epicúrea, estoica y escéptica en su totalidad. Asiste al curso de Bruno Bauer sobre Isaías.
1840	Se hace amigo de Friedrich Köppen, cuyo panegírico *Federico el Grande y sus oponentes* se publica en abril dedicado a «mi amigo Karl Heinrich Marx de Tréveris». Trabaja en Filosofía de la religión y planea publicar un libro con el que atacar al profesor de Teología católico-romana de Bonn, Georg Hermes.
1841	
Enero-marzo	Comienza a interesarse de manera meticulosa por la filosofía moderna, lee y escribe notas sobre Espinosa, Leibniz, Hume y la *Historia de la filosofía kantiana* de Rosenkranz. Decide reducir su tesis doctoral a la filosofía de la naturaleza democriteana y epicúrea, con un apéndice en el que critica la polémica de Plutarco contra la teología de Epicuro. Estudia italiano y forma parte de un círculo de literatos relacionado con la revista *Athenäum*, de Berlín, en la que publica *Wilde Lieder* (Canciones salvajes), en su n.º 4, del 23 de enero

	(*MEGA*, 1927). Planea fundar una revista filosófica atea en colaboración con Bruno Bauer.
Abril	Acabados sus estudios en la Universidad de Berlín, envía su tesis sobre «La diferencia entre la filosofía de la naturaleza democriteana y epicúrea» (publicada en F. Mehring, *Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx…*, Stuttgart, 1902; *MEGA*, 1927) al decano de la Facultad de Filosofía de Jena y recibe el doctorado por esa universidad; viaja a Tréveris y permanece allí hasta principios de julio.
Julio-diciembre	Se muda a Bonn para estar cerca de Bruno Bauer, con el que colabora en un panfleto anónimo que resalta de manera irónica el mensaje antirreligioso de la obra de Hegel; Georg Jung y Moses Hess lo involucran en sus planes para fundar un periódico liberal, *Die Rheinische Zeitung* (La Gaceta Renana), en Colonia.
1842	Escribe artículos sobre la nueva ley de censura prusiana para los *Deutsch-Französische Jahrbücher* (Anuarios franco-alemanes) de Arnold Ruge (publicados en los n.º I y II de 1843 de *Anekdota*, de Zúrich, también propiedad de Ruge). Varios de ellos son editados en *MEGA*, 1927, junto a los artículos y editoriales que en abril empieza a escribir para la *Rheinische Zeitung.* El 15 de octubre se muda a Colonia y se convierte en su editor jefe: es presionado por los propietarios, ansiosos de prohibir el radicalismo y el enfrentamiento con la censura, y por un grupo de intelectuales anarquistas de

	Berlín, Los Libres (en el que estaban por aquel entonces Max Stirner, Edgar Bauer y Friedrich Engels), cuyo ateísmo intransigente y su determinación de sacudir a la burguesía eran de interés público. En noviembre, rechaza las contribuciones agresivas y superficiales al comunismo y al ateísmo a las que se entregan Los Libres, quienes responden encolerizados porque se consideran los sucesores del Club de los Doctores.
24 de noviembre	Friedrich Engels visita las oficinas de la *Rheinische Zeitung* y se conocen. El encuentro es frío ya que Engels pertenece a Los Libres.

1843

Enero-marzo	Escribe artículos para la *Rheinische Zeitung* sobre la pobreza en el departamento de Mosela; recibe ejemplares de *Anekdota* que contienen las «Tesis provisionales sobre la reforma de la filosofía» de Feuerbach, así como uno de sus artículos mencionados.
18 de marzo	Renuncia como editor jefe de la *Rheinische Zeitung*, donde han aumentado los problemas con la censura, incluida una amenaza formal de cierre.
19 de junio	Se casa con Jenny von Westphalen en Kreuznach, donde Jenny vive con su madre desde la muerte de su padre, el barón Ludwig von Westphalen, en 1842; reanuda su trabajo sobre la filosofía del Derecho de Hegel.
Octubre	Tras rechazar una oferta de empleo en la Administración civil prusiana, se muda a París con

Jenny. Empieza a colaborar con Arnold Ruge en la producción de una nueva revista radical, *Deutsche-Französische Jharbücher*.

Diciembre — En París, conoce y traba amistad con Heinrich Heine; escribe su *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel* para los *Jharbücher*, en la que proclama que el proletariado es la clase destinada a conseguir la redención total de la humanidad. (En septiembre, en una carta a Ruge, todavía descartaba el comunismo de Cabet, Weitling y Dezamy por considerarlo una «abstracción dogmática».) Manuscrito inacabado de Kreuznach, *Kritik des Hegelschen Staatsrechts* (Crítica sobre la ley constitucional de Hegel), *MEGA*, 1927.

1844

Enero-marzo — Lee libros de historia y crónicas contemporáneas sobre la Revolución Francesa y planea escribir una historia de la Convención.

Febrero — Publicación del único número de los *Deutsche-Französische Jharbücher* en París que contiene «Sobre la cuestión judía» y «Contribución a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel, Introducción» (el primero reimpreso en *Der Socialdemokrat*, Zúrich, 1881 e incluido en Mehring, 1902, y en *MEGA*, 1927; el segundo reimpreso en *Berliner Volksblatt*, diciembre de 1890 e incluido en Mehring, 1902, y en *MEGA*, 1927) y uno muy relevante de Engels, «Resúmenes de economía política»; en Prusia son incautados los

	ejemplares del número y se publica una orden judicial que garantiza su arresto y el de Ruge, Heine y Bernays si pisan suelo prusiano.
Marzo	Comienza a cartearse con Engels. Impulsado por el artículo de este, empieza a estudiar economía política (Adam Smith, Ricardo, J. B. Say, Sismondi, Pecqueur, Buret, James Mill, Skarbek, Schulz y McCulloch), para lo que lee a todos los autores ingleses en traducciones al francés. Asiste a un banquete democrático internacional donde están Ruge, Leroux, Louis Blanc, Pyat y Bakunin. Discute y rompe con Ruge.
Abril	Establece contacto con líderes de la Liga de los Justos y con algunas asociaciones obreras francesas secretas.
Abril-junio	Escribe los *Manuscritos de París*, inacabados, conocidos como *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* (*MEGA*, 1927).
1 de mayo	Nace su primera hija, Jenny.
Julio	Mantiene contacto personal con Proudhon, con el que dialoga sobre Hegel; renuncia a escribir una crítica sustancial sobre la filosofía del Derecho de Hegel y se propone escribir en varios folletos independientes sobre la crítica de la ley, de la moralidad y de la política y, después, resumir sus interrelaciones. Mientras tanto, publica un ataque al artículo de Ruge sobre la revuelta de tejedores en Silesia, lo que consuma su ruptura con los Jóvenes Hegelianos; comienza a colaborar con el grupo socialista radical escribiendo para *Vorwärts* en París.

Agosto-diciembre	Ve a Bakunin con frecuencia; a finales de agosto, pasa diez días con Engels, que ha ido a visitarlo desde Inglaterra. Engels cree que ellos dos «han alcanzado un acuerdo completo en todas las materias económicas». Su colaboración comienza entonces y fructifica en su primera publicación conjunta, *La Sagrada Familia o Crítica de la crítica crítica. Contra Bruno Bauer y consortes* (Frankfurt, 1845; reimpreso en Mehring, 1902; *MEGA*, 1932). El manuscrito, escrito en gran medida por Marx, es enviado a finales de noviembre a Frankfurt para su publicación.

1845

11 de enero	El ministro de Interior francés ordena que Marx y otros miembros de *Vorwärts* abandonen Francia.
3 de febrero	Marx, Jenny y su hija se instalan en Bruselas.
Marzo-mayo	Escribe en sus cuadernos sus once *Tesis sobre Feuerbach*, publicadas como apéndice a F. Engels, *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie*, 1888 (reimpreso en *MEGA*, 1932; edición facsímil que difiere de la versión de Engels en Marx-Engels Archiv, I, 1926). Engels se une a él en Bruselas y comprueba que Marx ha resuelto las líneas principales de su «concepción materialista de la historia». Ambos planean publicar, en colaboración con Moses Hess, una historia del socialismo y del comunismo en Francia e Inglaterra desde el siglo XVIII, que incluirá traducciones de la obra de Buonarroti,

	Fourier, Godwin, Mably, Morelly, etcétera. El editor Leske en Darmstadt rechaza el proyecto. A requerimiento de la Policía belga, Marx se compromete a no publicar en Bélgica ningún comentario sobre la situación política. En abril, Helene Demuth se une a la familia Marx como doncella.
Julio	Recibe 1500 francos de Leske como anticipo sobre los royaltis de su proyecto para 1846, *Crítica de la política y de la economía política*; Marx y Engels se van a pasar seis semanas a Inglaterra y regresan a final de agosto.
Septiembre	Nace su segunda hija, Laura; con Engels comienza a trabajar en una crítica a Bauer y Max Stirner que se convertirá finalmente en *La ideología alemana* (Marx y Engels, *MEGA*, 1932; extractos publicados en 1902-1903, 1921 y 1927, variantes todavía pendientes de publicación): exponen en ella su «concepción materialista de la historia».
Diciembre	Renuncia a la nacionalidad prusiana.

Comienza el reinado de Isabel II con apoyo de los liberales moderados.

1846

Febrero-marzo	Marx y Engels, todavía en Bruselas, fundan un Comité Comunista de Correspondencia que se ocupara de la propaganda internacional, y preparan la fundación de una organización comunista que continúe el trabajo de la Liga de los Justos. Sus miembros, casi por entero jóvenes alemanes emigrados y unos pocos artesanos,

incluyen a la esposa de Marx y a su hermano, Edgar von Westphalen, a Moses Hess, al poeta Ferdinand Freiligrath, al proletario comunista alemán Wilhelm Weitling y al agitador revolucionario Wilhelm Wolff *Lupus*, a quien Marx dedicó *El capital*. A finales de marzo, Marx denuncia el «comunismo artesano» sectario de Weitling, con su rechazo a la lucha política, y el «comunismo filosófico» de Karl Grün y los «socialistas verdaderos», y pide una conciliación de posturas en el «partido» (así llama al Comité). El editor Leske cancela el contrato de *Crítica de la política y economía política*.

Mayo

En nombre del Comité, Marx escribe a Proudhon a París para pedirle informes regulares sobre la situación en Francia y para advertirle sobre Karl Grün; Proudhon rechaza la oferta y defiende a Grün. Weitling, que disiente en solitario, es derrotado en una discusión del Comité que acaba con la denuncia del «comunismo vacío» de Hermann Kriege y su periódico radical alemán de New York, *Volkstribun*; el Comité también pide que se forme uno similar en Inglaterra con los emigrados alemanes, que se congracie con la Liga de los Justos y la organización asociada a la Liga, la Asociación Educativa de los Trabajadores Alemanes. Londres responde quejándose de la «arrogancia académica» del Comité de Bruselas y sugiere que las actitudes hacia el comunismo «sentimental» han de

	discutirse en el propuesto Congreso Comunista de Londres.
Junio	Marx, Engels y otros dan los pasos necesarios para establecer contacto con comunistas de Wuppertal pero rechazan una sugerencia prematura de estos sobre un Congreso Comunista General.
Julio	Planes para publicar *La ideología alemana* en otoño, cuyo manuscrito ha reducido al mínimo; sufre calambres en el pecho; Marx, Engels y Gigot, en nombre de los comunistas alemanes de Bruselas, envían una nota al cartista Feargus O'Connor felicitándole por su victoria electoral en Nottingham; la nota se publica en *Nothern Star*.
Agosto	El Comité de Bruselas realiza contactos con comunistas de Silesia.
Diciembre	Nace su hijo Edgar. Lee en francés el libro de Proudhon recién publicado, *Sistema de las contradicciones económicas o Filosofía de la miseria*.

1847

Enero	Comienza a trabajar en una réplica al libro de Proudhon para ser publicada en Francia: *Misère de la philosophie. Réponse à la «Philosophie de la misère» de M. Proudhon* [*Miseria de la filosofía*. *Respuesta a «La filosofía de la miseria» de M. Proudhon*, Madrid, 1891], Bruselas-París, 1847 (ediciones aumentadas, París, 1896, 1908, 1935).

Febrero	Leske, que amenaza con «medidas desagradables», pide la devolución de los 1500 francos pagados como anticipo por *Crítica de la política y de la economía política*. Discusiones con los representantes de la Liga de los Justos, que invitan a Marx y a su círculo de Bruselas a unirse a la organización y ofrecen reescribir su programa a la luz del «comunismo crítico» expuesto por Bruselas.
Junio	Primer Congreso de los comunistas en Londres; Marx, sin dinero para el viaje, es representado por Engels y Wilhelm Wolff. El Congreso resuelve reorganizar la Liga de los Justos para adoptar el nombre de Liga Comunista, diseñar un credo comunista para el siguiente congreso y expulsar a los seguidores de Weitling.
Agosto	El Comité General de Bruselas se convierte en la Asamblea de Bruselas de la Liga Comunista; Marx es elegido presidente. Engels llega a Bruselas para formar con él la Asociación de Trabajadores Alemanes, que trabajará bajo la dirección de la Liga Comunista.
Septiembre	Asiste al Congreso de Economistas de Bruselas y declina una oferta para intervenir; inmerso en problemas económicos, viaja a Holanda para visitar a sus parientes, quienes intermedian con su madre sobre sus ya antiguos intentos de obtener una parte de la herencia de su padre; al final, su cuñado de Maastricht le presta 150 francos.

Octubre	En una serie de artículos para la *Deutsche-Brüsseler Zeitung*, de la que se ha convertido en socio, enfatiza la importancia de la revolución burguesa como condición previa para la revolución de la clase obrera y recrimina a su admirador Karl Heinzen el haber atacado al príncipe en lugar de a la burguesía.
Noviembre	Es elegido vicepresidente de la Association Démocratique; viaja a Londres para el segundo Congreso de la Liga Comunista, comisionado junto a Engels para preparar una declaración de principios de la Liga bajo el título *Manifiesto del Partido Comunista*; pronuncia un discurso a favor de Polonia y propone, en nombre de la Association Démocratique, la celebración de un Congreso Democrático Internacional en 1848.
Diciembre	Discusiones con Harney, Jones y otros cartistas ingleses; con graves dificultades económicas, intenta conseguir un préstamo de 100-200 francos de su amigo Annenkov, entonces en París; de vuelta en Bruselas, da algunas clases sobre salario y capital. El día 26 participa en Bruselas en una reunión de la Association Démocratique en la que se admite a Bakunin como miembro.

1848

Enero	Termina el manuscrito del *Manifest der kommunistischen Partei* [*Manifiesto del Partido Comunista*], Marx y Engels, Londres, febrero de 1848 (original y variantes en *MEGA*, 1932). Y escribe en

	francés el «Discurso sobre la cuestión del librecambio», Bruselas, 1848.
Febrero	Recibe 6000 francos de su madre como su parte de la herencia paterna. Engels, expulsado de París, llega a Bruselas. Marx participa en la preparación de una revuelta republicana armada en Bruselas y anima a hacer lo mismo en Colonia. Revolución en París, seguida en marzo por Alemania.
3 de marzo	El Gobierno Provisional francés lo invita a regresar a Francia; a la invitación le sigue un requerimiento del rey belga para que abandone el país en veinticuatro horas.
4 de marzo	Marx y Jenny son arrestados a la una de la madrugada y liberados pocas horas después para ser acompañados por la Policía hasta la frontera con Francia, desde donde viajan a París. Ese mismo mes participa, como secretario, en una reunión de las cuatro secciones parisinas de la Liga Comunista y se ocupa de fundar la Asociación de Trabajadores Alemanes; llega a acuerdos para que los exiliados alemanes regresen a Alemania; prepara junto a Schapper, Engels, Wilhelm Wolff y otros, un panfleto con las demandas del Partido Comunista alemán para distribuir en Alemania junto al *Manifiesto comunista*, publicado un mes antes; conflictos agudos entre Marx y los líderes de la Legión Herwegh.
10-11 de abril	Llega a Colonia y se encarga de la organización del planeado periódico democrático radical, *Neue*

	Rheinische Zeitung (Nueva Gaceta Renana).
11 de mayo	Reunión de la Liga Comunista en Colonia; conflictos agudos entre sus seguidores con Gottschalk y la Asociación de Trabajadores de Colonia sobre la reciente determinación de no participar en las elecciones indirectas a la Asamblea Nacional prusiana.
31 de mayo	Primer número de la *Neue Rheinische Zeitung*, «Órgano de la democracia», fechado el 1 de junio, donde aparece como editor jefe y Engels y Wilhelm Wolff como dos de los seis editores; algunos accionistas retiran su dinero como consecuencia de un artículo de Engels en el que critica a la Asamblea Nacional de Frankfurt.
Junio	La *Neue Rheinische Zeitung* rechaza el programa de la izquierda federalista y al Partido Democrático Radical en la Asamblea Nacional de Frankfurt; exige una única e indivisa República Alemana como resultado de la resolución de los conflictos externos e internos; publica *verbatim* el decreto de la Convención Nacional francesa que sentencia a muerte a Luis XVI; aclama la revuelta parisina de junio como revolución del proletariado contra la burguesía. Más accionistas retiran su inversión.
3-5 de julio	Gottschalk y otros son arrestados; Marx y Engels atacan a las autoridades judiciales de Colonia en la *Neue Rheinische Zeitung* y, en un artículo titulado «Arrestos», llaman a la izquierda de la Asamblea Nacional de Berlín a actuar con más energía y a participar en una lucha extraparlamentaria.

6 de julio	Interrogatorios como consecuencia de una denuncia que considera que los artículos de la *Neue Rheinische Zeitung* insultan a los funcionarios públicos.
11 de julio	La *Neue Rheinische Zeitung* apoya la guerra contra Rusia como una guerra en la que la Alemania revolucionaria podrá liberarse internamente al liberarse externamente.
3 de agosto	Ya ha publicado algunas de las explicaciones de Bakunin en respuesta a las sospechas generadas por su conducta, y ahora publica en la *Neue Rheinische Zeitung* una carta de George Sand en la que rechaza el rumor de que Bakunin es un espía del Gobierno ruso.
Agosto-septiembre	Muy activo en la Asociación Democrática, se opone a la política de Weitling, que quiere eliminar la forma social de la lucha política. Protesta ante las autoridades de Colonia ante su negativa a restaurar su nacionalidad. Visita Berlín y Viena. Intenta conseguir dinero para la *Neue Rheinische Zeitung*; los editores del periódico patrocinan una reunión en Colonia con delegados de otras ciudades renanas para discutir la situación producida por la crisis en Berlín y Frankfurt; la reunión se declara a favor de «una república roja, socialdemócrata»; se celebra una reunión posterior para expresar la solidaridad con aquellos que luchan en las barricadas de Frankfurt; la *Neue Rheinische Zeitung* abre una petición de ayuda para los insurgentes y sus familias.

26 de septiembre	Se declara el estado de sitio en Colonia; la *Neue Rheinische Zeitung* es suprimida; Engels, Wilhelm Wolff y otros editores abandonan Colonia para evitar el arresto; Marx se queda para restablecer la publicación del periódico.
11 de octubre	Termina el estado de sitio; la *Neue Rheinische Zeitung* reanuda su publicación con el mismo comité editorial, más Freiligrath.
31 de octubre	La *Neue Rheinische Zeitung* llama a la formación de un cuerpo de voluntarios para ayudar a la Viena revolucionaria.
12 de noviembre	En un editorial llama al impago de impuestos hasta que la Asamblea Nacional prusiana sea reconvocada.
13-14 de noviembre	Comparece ante el Tribunal de investigación de Colonia; se dirige a la multitud reunida ante la sede del tribunal en el segundo día de comparecencia.
20 de diciembre	Comparece en sesión acusado de insultar al procurador Zweiffel y a un policía en artículos del periódico; comparecencia suspendida.

Se inaugura el primer ferrocarril Barcelona-Mataró.

1849

7 de febrero	La *Neue Rheinische Zeitung*, con problemas financieros graves; Marx, Engels y Korff acusados por material impreso con insultos a funcionarios; Marx se defiende a sí mismo; todos los acusados son absueltos.

8 de febrero	Marx, Schapper y Schneider, acusados por incitar a la rebelión; Marx se defiende a sí mismo; todos son absueltos.
Marzo	La *Neue Rheinische Zeitung* declara que no celebrará el aniversario de la Revolución de Marzo pero sí la Revuelta de Junio, el 25 de junio.
Abril	Entre sus artículos para la *Neue Rheinische Zeitung*, publica «Salario y capital» (reimpreso con modificaciones por Engels en Zúrich, 1884, y en Berlín, 1891; *MEGA*, 1932).
9-16 de mayo	Publica en la *Neue Rheinische Zeitung* ataques a la casa real alemana de los Hohenzollern; revueltas en Eberfeld recogidas con simpatía por el periódico. Recibe la orden de abandonar Prusia por haber publicado en el último número llamadas a la violencia contra el Gobierno.
18 de mayo	El último número de la *Neue Rheinische Zeitung*, impreso en rojo, aparece en varias ediciones con un poema de Freiligrath que avisa a los obreros de Colonia contra cualquier *putsch* (golpe) inútil, y con un editorial que critica la orden de expulsión de Marx a la vez que subraya la afiliación del periódico con una república roja socialdemócrata, su solidaridad con la Revuelta de Junio en París y su apoyo de la emancipación de la clase obrera.
19-20 de mayo	Marx y Engels se mudan a Frankfurt y tratan de persuadir, vanamente, a los delegados de izquierdas de la Asamblea Nacional para que dirijan una revuelta en

	el suroeste de Alemania y trasladen fuerzas revolucionarias desde Baden y el Palatinado.
24 de mayo-1 de junio	Marx y Engels viajan a Baden, después al Palatinado y Bingen; son arrestados por el Ejército en Hessen y enviados de vuelta a Frankfurt, pero entonces se les permite continuar a Bingen.
3 de junio	Se marcha a París como representante de los partidos revolucionarios alemanes. Engels participa en campañas revolucionarias en Baden-Palatinado, que son suspendidas el 13 de junio, fecha en la que se va a Suiza.
24 de agosto	Deja París por Londres, donde se instalará durante el resto de su vida.
Septiembre	Marx y otros reconstituyen el Comité Central londinense de la Liga Comunista y Marx se une a la Asociación Educativa de los Trabajadores Alemanes, dirigida por la sección londinense de la Liga. Jenny y sus tres hijos se unen a él el 17 de septiembre. La familia alquila una habitación amueblada en Leicester Square; más tarde, se mudan al número 4 de Anderson Street, en Chelsea.
5 de noviembre	Nace su segundo hijo varón, Guido.
11 de noviembre	Engels llega a Londres en barco desde Génova.

1850

Enero-junio	Marx y Engels escriben sus experiencias para la *Neue Rheinische Zeitung-Politisch-Ökonimische Revue* de Hamburgo, entre las que destaca la serie de artículos

	titulada *La lucha de clases en Francia* (publicados como volumen por Engels, Berlín, 1895, y en una nueva edición en 1911). Da clases en la Asociación Educativa de los Trabajadores Alemanes. Participa en la búsqueda de material para ayudar a los refugiados alemanes de Londres y en la reorganización de la Liga Comunista; conflictos agudos con algunos emigrantes alemanes. Contacta con los blanquistas franceses de Londres; asiste a una reunión internacional celebrada en esa ciudad para conmemorar el cumpleaños de Robespierre, en la que Engels y Harney están entre los ponentes; el Comité socialdemócrata de los emigrantes, que preside Marx, niega las acusaciones de favoritismo político en la distribución de ayuda. En abril, ve confiscados sus enseres por retrasos en el pago de la renta; la familia se traslada al poco tiempo a un hotel y después, al número 64 de Dean Street, en el Soho.
Julio-diciembre	Marx comienza el estudio sistemático de las condiciones económicas, precios y crisis de los diez años precedentes; decide que la crisis económica ha terminado y que no hay esperanza para la revolución con las nuevas condiciones de prosperidad general y rápido crecimiento de los medios de producción. Conflictos agudos en la Liga Comunista y en la Asociación Educativa de los Trabajadores Alemanes entre los seguidores de Marx y los de Willich y Schapper; la Liga se escinde en septiembre al abandonar Marx la Asociación Educativa, donde el

	grupo de Willich es mayoría. El Comité Central de la Liga Comunista se escinde y la sede se traslada a Colonia, donde acaba su efectividad. En octubre reanuda su trabajo sobre la crítica de la economía política; en noviembre, *Red Republican*, órgano de la izquierda cartista, empieza a publicar la traducción inglesa del *Manifiesto comunista*. Engels se traslada a Manchester para trabajar en la fábrica textil de su familia; su razón principal es poder ayudar materialmente a Marx mientras este continúa sus estudios en economía.
19 de noviembre	Su hijo Guido muere repentinamente de convulsiones con un año de edad.
Diciembre	La familia Marx se muda al número 28 de Dean Street básicamente para que Jenny, muy afectada por la muerte del pequeño, abandone las habitaciones donde este murió. Vivirán allí durante los próximos cinco años.

1851

Enero-junio	Urgido por Engels a terminar sus escritos, trabaja en la biblioteca del British Museum, donde estudia economía y crédito, los trabajos de Hume y Locke, las obras de Malthus, Carey, Jones y Ramsay, y relee a Ricardo. Solicita y recibe los siete volúmenes de la obra completa de Feuerbach desde Colonia.
Marzo-abril	Con graves estrecheces económicas, escribe una nota a su madre a Tréveris, que deriva en una correspondencia

	amarga. Engels acude al rescate con dinero. Las *Obras completas de Karl Marx*, en H. Becker, ed., Colonia; se publica el primer volumen (o folleto) con algunos de los escritos de Marx de 1842 y se anuncia que el proyecto ha sido abandonado por dificultades económicas tras una acción policial contra la Liga Comunista de la que Becker era miembro.
28 de marzo	Nace su hija Franziska.
Mayo	Comienza su amistad con Lassalle tras haberle defendido contra los comunistas de Colonia, que habían rechazado su admisión.
23 de junio	Helen Demuth da a luz un hijo ilegítimo, Frederick, que es dado en acogida. En 1895, Engels, en su lecho de muerte, afirma que el hijo era de Marx.
Agosto	Comienza a escribir artículos sobre asuntos europeos como corresponsal para *New York Daily Tribune* y continúa haciéndolo hasta 1862 (aunque las primeras series de artículos sobre la Revolución y la Contrarrevolución en Alemania, y muchos otros firmados por él, fueron escritos por Engels mientras él estaba ocupado en sus estudios de economía). Lee a Wakefield y varias obras sobre las colonias y el comercio de esclavos.
Septiembre-octubre	Es acusado en los periódicos alemanes de haber traicionado a los comunistas arrestados en 1850, de forma deliberada o por «conversaciones indiscretas» con la baronesa húngara Beck; varios documentos

	incautados del grupo de Willich-Schapper, arrestado en París, son citados como evidencia.
11 de noviembre	Envuelto en grandes deudas, condenado y obligado a pagar cinco libras esterlinas a la Magistratura; Engels, Weerth y Freiligrath le ayudan con pequeñas sumas.
Diciembre	*Coup d'État* de Luis Napoleón Bonaparte en Francia; Marx empieza a escribir *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.
1852	La familia Marx, en pobreza y angustia extremas, recibe ayuda financiera (diez libras) de Freiligrath, pero a finales de febrero, tiene que empeñar su abrigo y no puede salir; en marzo recibe tres libras de Lassalle y nueve como primer pago de los artículos «Revolución y Contrarrevolución en Alemania», escritos por Engels aunque firmados por él, para *New York Daily Tribune*.
14 de abril	Su hija Franziska muere con un año de edad; Marx tiene que pedir prestado dinero a un vecino, un exiliado francés, para pagar el funeral.
Mayo	Se publica *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, en *Die Revolution*, Nueva York (segunda ed. con prólogo de Marx en Hamburgo, 1869; tercera ed. a cargo de Engels en 1885).
Julio	Ofrece al editor Brockhaus, para su revista *Die Gegenwart*, un estudio sobre el ensayo de economía en la Inglaterra moderna; la oferta es rechazada.
Octubre	Comienza el proceso contra los comunistas de Colonia; tiene que refutar varias calumnias. El casero le amenaza

	con iniciar acciones legales por los retrasos en el pago del alquiler; empeña un abrigo para comprar papel.
17 de noviembre	Disuelve la Liga Comunista en Londres explicando que, a consecuencia de los arrestos de Colonia en mayo de 1851, había dejado de facto de existir.

1853

Enero	Se publica *Revelaciones sobre el proceso contra los comunistas de Colonia* en Basilea, cuya primera edición es confiscada por la Policía y la segunda en Boston, el 24 de abril, tiene una distribución muy limitada (nueva ed. en *Volkstaat*, Leipzig, 1874-1875; ed. de Engels en Zúrich, 1885). Escribe su primer artículo en inglés para *New York Daily Tribune*, «El castigo del capital. Los panfletos de Mr. Cobden. Regulaciones del Banco de Inglaterra». Los artículos precedentes habían sido traducidos por él mismo. La miseria y la enfermedad continúan en la familia Marx.
Abril	Publica en varios periódicos artículos en los que critica las medidas financieras de Gladstone.
Mayo	Preocupado por el problema del «despotismo oriental» y las características especiales de la evolución histórica basada en el método asiático de producción, donde la propiedad privada es insignificante y el Estado se apropia una aplastante proporción de la plusvalía; correspondencia con Engels sobre esto; estudios sobre la historia de la Compañía de las Indias orientales; escribe artículos sobre India y China para el *Tribune*.

Junio	Recibe del economista y radical americano Henry Charles Carey un ejemplar de su libro, *The slave trade. Domestic and foreign*, donde cita su artículo para el *Tribune* «La duquesa de Sutherland y la esclavitud».
Agosto	Niega públicamente el rumor propagado por Herzen y Golovin, sobre que el artículo en *The Morning Advertiser* que retrata a Bakunin como un espía ruso fuera inspirado por él o representara la actitud hacia Bakunin de la *Neue Rheinische Zeitung* en 1848-1849.
Octubre	Publica seis artículos en el *New York Tribune* y *People's Paper* en los que ataca a Palmerston (*The story of the life of Lord Palmerston*; con añadidos en *The Free Press*, Londres, 1855-1856; publicado como panfleto por Eleanor Marx Aveling, Londres, 1899). Pregunta con insistencia si el editor del *Tribune*, Dana, no querría publicar artículos sobre la historia de la filosofía alemana desde Kant.
1854	*Revueltas populares*, *pronunciamiento liberal y Manifiesto del Manzanares que da paso al Gobierno progresista de Espartero*.
Enero-abril	Escribe artículos sobre economía austríaca, finanzas inglesas, la insurrección griega, los cristianos en Turquía; interesado en Napoleón III y la preparación de la guerra contra Rusia; lee textos sobre el Imperio Otomano; discute por correspondencia con Lassalle,

	quien rechaza su idea de que Palmerston sea un espía ruso.
Mayo	Estudia español; lee a Calderón y a Cervantes.
Junio	Jenny, gravemente enferma; Marx no puede pagar la factura del médico.
Agosto	Estudia la historia de España en conexión con la revolución en este país.
Diciembre	Gracias al buen oficio de Lassalle, empieza a escribir para *Neue Oder Zeitung*; continúa hasta finales de 1855.

1855

Enero-febrero	Lassalle y la condesa Hatzfeld le envían ayuda económica. Repasa sus cuadernos sobre economía de 1844-1847 y 1850-1851 y se prepara para retomar su trabajo con este material. Estudia la historia de Roma.
16 de enero	Nace su hija Eleanor.
6 de abril	Muere su hijo Edgar con ocho años de edad.
Septiembre	Jenny recibe una herencia a la muerte de su tío.

1856

14 de abril	Dirige la reunión por el aniversario del periódico cartista *People's Paper* sobre la futura revolución proletaria.
Mayo	Jenny recibe otra cantidad de la herencia de su tío y viaja con sus tres hijas a Tréveris para visitar a su madre enferma, que muere el 23 de julio. Las mujeres Marx regresan a Londres en septiembre.

Junio-agosto	*La historia secreta de la diplomacia en el siglo xviii* es publicado en versión muy reducida en *The Sheffield Free Press*. Ante su protesta, el texto completo será publicado en *The Free Press*, Londres, agosto 1856-abril 1857, y como *The Secret diplomatic history of the eighteenth century*, con algunas supresiones, por E. M. Aveling, Londres, 1899.
Septiembre	Jenny recibe una pequeña herencia de su madre.
Octubre	Los Marx se mudan a unas habitaciones mejores en el número 9 de Grafton Terrace, Maitland Park, Hampstead Road, Haverstock Hill.

1857

Enero-marzo	Disputa con el *New York Daily Tribune* sobre el pago por los artículos; los problemas monetarios y de salud de los Marx continúan. Trabaja en su crítica de la economía política; empieza a reunir los manuscritos publicados por primera vez en 1939 como *Grundisse der Kritik der politischen Ökonomie (Rohentwurf). Anhang 1850-59* [*Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*], publicado por el Instituto Marx-Engels-Lenin (IMEL) en dos volúmenes, Moscú, 1939-1941; la introducción y otros extractos fueron publicados antes por Kautsky en *Die Neue Zeit*, Stuttgart, 1903-1904; edición completa en un volumen, Berlín, 1953.
8 de julio	Jenny da a luz a un niño muerto.

21 de diciembre	Rechaza una oferta, hecha por influencia de Lassalle, para colaborar con el periódico vienés *Die Presse*.
1858	
Febrero	Lassalle se ofrece a encontrar editor para *Contribución a la crítica de la economía política*. Más crisis económicas y de salud. Retoma la propuesta de colaborar con el *Presse*, pero el editor no le responde.
1859	
21 de enero	El manuscrito de *Contribución a la crítica de la economía política* está completo y es enviado al editor berlinés Ertes Heft, que lo publica este año como *Zur Kritik der politischen Ökonimie* (reimpreso con la introducción de Marx de 1857 por Karl Kautsky, Stuttgart, 1897 y 1907).
Marzo-abril	La madre de Marx se niega a enviarle más dinero; Lassalle acude en su ayuda.
Mayo-agosto	Marx y Engels trabajan para el periódico *Das Volk*; se convierte en su editor a principios de julio.
20 de agosto	Sale el último número de *Das Volk*. Discute con el poeta revolucionario Freiligrath y con Lassalle.
1860	
Enero-abril	Continúa sus estudios sobre economía para la obra que se ha convertido en *El capital*, *volumen i*. Lee a Monstesquieu, Locke, Hobbes, la *Política* de Aristóteles y a Platón. Un folleto de Karl Vogt ampliamente citado e impreso por la prensa alemana le

acusa de chantaje y plagio; responde con una explicación pública; reúne material para su respuesta más extensa, *Herr Vogt*, que se publicará en Londres a final de año (algunos capítulos fueron reimpresos en *Demokratisches Wochenblatt*, 1869) y amenaza con emprender acciones legales contra varios de los periódicos que han impreso las acusaciones, entre ellos el *National Zeitung* de Berlín y el *Daily Telegraph* londinense; discute con Freiligrath, que no quiere hacer la causa de Marx contra Vogt algo suyo por un «sentimiento de limpieza». Lassalle reduce su ayuda económica. Ataques posteriores a la probidad de Marx en varios periódicos alemanes. Engels le da 100 libras.

Junio — El Tribunal de Berlín rechaza su pleito por difamación contra el *National Zeitung* al considerar que los editoriales y comentarios que no son citas literales «están dentro de los límites de una crítica permisible». Su apelación es rechazada.

Septiembre — No puede encontrar un editor en Alemania para *Herr Vogt* y permite que se imprima el panfleto en Londres; Engels, Lassalle y la condesa Hatzfeld contribuyen a los gastos de imprenta.

Noviembre — Jenny enferma de viruela. Estudia matemáticas, «la única ocupación que permite mantener la necesaria calma mental».

Diciembre — Lee *El origen de las especies* de Darwin y comenta con Engels que el libro facilita la explicación, en historia natural, de su teoría sobre la lucha de clases.

1861

Enero-febrero	No puede pagar los impuestos, sus deudas o el alquiler; Dana, editor del *New York Daily Tribune*, se queja de que Marx le ha enviado una factura de 30 libras.
Febrero-abril	En busca de fondos, visita a su tío Lion Philips en Holanda, a Lassalle en Berlín y a su madre en Tréveris.
Julio	Lassalle se esfuerza para que la anulación de la nacionalidad prusiana de Marx (hecha en 1845) sea cancelada.
20 de octubre	Acepta colaborar con el periódico vienés *Die Presse*.
Noviembre	Lassalle informa sobre la negativa del Gobierno prusiano a devolverle la nacionalidad. Muy activo en defensa del revolucionario francés Auguste Blanqui, en prisión. De nuevo con estrecheces financieras desesperadas, es embargado por no pagar la factura de la impresión de *Herr Vogt*. Jenny, gravemente enferma.
1862	La mala salud y los problemas económicos continúan. Trabaja todo el año intensamente en borradores de la continuación (la segunda parte) de su crítica de la economía política, que decide titular *El capital* a finales de año; ha llenado catorce gruesos cuadernos con textos sobre el problema de la producción de plusvalía relativa, sobre la historia de la plusvalía y sobre su teoría sobre la renta de la tierra; escribe capítulos sobre capital y beneficio, plusvalía y beneficio, tasa de beneficio, capital mercantil y capital dinerario.

Enero	Escribe varios artículos para el *Presse*, de los cuales solo se publican cinco, sobre el peligro de una guerra entre Inglaterra y Norteamérica (el *affair Trent*).
Febrero	Su hija Jenny decide convertirse en actriz para ayudar a la familia con sus problemas económicos.
Abril	Termina la relación de Marx con el *New York Daily Tribune*; sus artículos entre 1852 y 1862, reimpresos en diferentes antologías temáticas, como *The Eastern Question* (con la reproducción de las cartas escritas entre 1853 y 1856 sobre la Guerra de Crimea, editado por E. M. Aveling, Londres, 1897) y *Revolution in Spain. Artículos de Marx y Engels*, 1939.
Julio	Lassalle lo visita y le proporciona ayuda económica. Escribe para el *Presse* sobre la Rebelión Taiping en China y, en agosto, sobre acontecimientos en América.
Agosto-septiembre	Viaja a Holanda y a Tréveris en una búsqueda infructuosa de ayuda económica. El intento de su primo holandés August Philips de encontrarle trabajo como oficinista en los ferrocarriles ingleses no prospera a causa de su mala caligrafía. En octubre, Philips le da 20 libras.

1863

Enero	La familia Marx está en necesidad extrema, sin comida ni calefacción, los niños sin ropa ni zapatos para ir a la escuela. Comienza la versión final de *El capital* para el impresor. Asiste a un curso práctico sobre tecnología impartido por el profesor Willis. Su fría reacción ante la

	muerte de la compañera de Engels, Mary Burns, provoca una respuesta acorde por parte de Engels; Marx se disculpa; Engels le envía 100 libras. Lee el programa para los obreros de Lassalle y lo considera una mala vulgarización del *Manifiesto comunista*.
Febrero	Planea un panfleto sobre la revuelta en Polonia.
Marzo	Comienza su amistad con Kugelmann. La familia Marx continúa asfixiada por la enfermedad y los problemas económicos.
Mayo-julio	Cada vez más crítico con la agitación política de Lassalle a favor de la clase obrera. Estudia matemáticas y cálculo integral y diferencial. Comienza la corrección final de *El capital* y aumenta considerablemente el texto, de manera que llega a tres volúmenes, cuyo boceto no termina hasta diciembre de 1865, sin incluir las teorías sobre la plusvalía.
30 de noviembre	Muere su madre en Tréveris; Engels le da el dinero para viajar allí y arreglar los asuntos maternos. Al volver, vía Holanda, cae enfermo y permanece allí hasta febrero de 1864.

1864

29 de febrero	Vuelve a Londres; tiene forúnculos y no puede trabajar hasta abril.
Marzo	Recibe una parte de la herencia de su madre desde Tréveris; la familia Marx se muda a unas habitaciones mejores en el número 1 de Modena Villas, Maitland Park, Haverstock Hill.

9 de mayo	Wilhelm Wolff muere en Manchester; le deja 800 libras en su testamento.
Junio	Su amigo y camarada Wilhelm Liebknecht se ha ido de Londres y comienza a ser muy activo en la sección de Berlín de la Unión General de Trabajadores Alemanes fundada por Lassalle en 1863; le mantiene informado a Marx y recibe instrucciones de este sobre que no le identifique con las propuestas de Lassalle aunque sin oponerse todavía frontalmente a ellas.
31 de agosto	Lassalle muere en un duelo.
28 de septiembre	La Asociación Internacional de los Trabajadores (la primera Internacional) se constituye en una reunión en St. Martin's Hall, en Londres, con obreros italianos, franceses, suizos y polacos, más miembros de la comunista Asociación Educativa de los Trabajadores Alemanes, y presidida por el comtiano positivista y socialista Edward Spencer Beesly, del University College de Londres. Marx, que no ha tomado parte en los preparativos, es respetuosamente invitado a asistir como socialista experto y escritor conocido en los círculos londinenses de refugiados y en la sección de antiguos cartistas. Se sienta allí, tal y como le escribe a Engels, «como una figura muda», mientras el sastre refugiado Eccarius habla en nombre de la Asociación Educativa. Marx y Eccarius son elegidos para representar a Alemania en el Comité Central provisional de 32 miembros. El sindicalista inglés

	George William Wheeler propone la resolución que funda la Internacional.
Octubre-noviembre	El Comité Central provisional de la Internacional, más tarde denominado Consejo General, se reúne en varias ocasiones; elige al zapatero inglés George Odgers como presidente y a Marx, representante por Alemania, para un subcomité encargado de elaborar las reglas y principios de la Internacional. El 1 de noviembre el Comité Central adopta la versión elaborada por Marx (*Address and provisional rules of the Working Men's International Association*, editado por *The Bee-Hive* Newspaper Office y reimpreso en *The Miner and Workmen's Advocate*, Londres, ambos este año; ratificado en el Primer Congreso de la Internacional, Ginebra, 1866, y revisado en la Conferencia de Londres, 1871) en vez de la traducción inglesa de los estatutos de las asociaciones obreras italianas de Mazzini, propuesta por Wolff, y otra declaración elaborada por el viejo owenita, John Weston. Marx da copias del discurso y de las reglas a Bakunin, con quien se reencuentra el día 5 en Londres tras dieciséis años, y le pide que le envíe una copia a Garibaldi. Bakunin, que parte de viaje a Italia, acepta actuar como representante de la Internacional en ese país.
17 de noviembre	Empieza a escribir para el *Social-Demokrat* de Berlín.
22-29 de noviembre	En nombre de la Internacional, envía un mensaje a Abraham Lincoln en ocasión de su reelección como presidente.

1865

Enero-febrero	Marx protesta ante las acusaciones, en su correspondencia con Moses Hess, de que los miembros parisinos de la Internacional son bonapartistas. Comienza a criticar al fallecido Lassalle de «charlatanismo científico y oportunismo político» tras comprender por los informes de la condesa Hatzfeld que planeaba movilizar a los obreros alemanes para apoyar la beligerancia de Bismarck contra Schleswig-Holstein. Contrato para la publicación de *El capital* enviado por Meissner desde Hamburgo. Conoce al radical y estudiante francés de Medicina Paul Lafargue. Rechaza una oferta del consejo editorial de *The Bee-Hive*. Termina su colaboración con el *Social-Demokrat*.
Mayo-julio	Tiene forúnculos y cólicos de hígado, además de problemas económicos. En nombre de la Internacional escribe al presidente Johnson, alentándolo a continuar el trabajo de Lincoln.
Septiembre	Participa en la primera conferencia de la Asociación Internacional de los Trabajadores en Londres con el discurso *Value, price and profit* (E. M. Aveling, Londres, 1898). Jenny termina *Short sketch of an eventful life* (Breve esbozo de una vida agitada), publicado por primera vez en 1965. Engels le envía a Marx 95 libras.

1866	Continúa sufriendo de mala salud y de problemas financieros; recibe cerca de 60 libras de Engels durante el mes de febrero.
Marzo	Los respectivos secretarios de la Internacional (Marx lo es por Alemania y más tarde, por Rusia) se reúnen para discutir tácticas contra Mazzini y sus simpatizantes.
Abril	Pide que se posponga cuatro meses el primer Congreso de la Internacional por la situación del Consejo General mientras él se ausenta por enfermedad y por la amenaza de un dominio de los proudhonistas si el Congreso se celebra en mayo.
Mayo	La Asociación de Trabajadores de Nápoles anuncia su adhesión a la Internacional.
Julio-agosto	Quiere que se mantenga Londres como sede del Consejo General de la Internacional; pasa bastante tiempo preparando el Congreso de septiembre.
6 de agosto	Laura Marx se promete a Paul Lafargue.
3-8 de septiembre	Primer Congreso de la Internacional en Ginebra, para el que Marx escribe las «Instrucciones» pero, al igual que a los demás, menos al último, no asiste.
Septiembre-noviembre	En quiebra económica, los acreedores amenazan con embargarle. Jenny empeña ropa. Entre octubre y noviembre recibe 75 libras de Engels. Envía la primera entrega de *El capital* a Meissner.
31 de diciembre	Muere su tío Leon Philips.

1867

Enero	Amenazado de desalojo, debe solo al panadero 20 libras.
Febrero	Se dirige a la Asociación Educativa de los Trabajadores Alemanes de Londres sobre salario y capital y aboga por una guerra contra Rusia como manera de obligar al partido de los trabajadores a entrar en un periodo revolucionario. Sufre de forúnculos y recibe 60 libras de Engels. La Internacional impacta significativamente por primera vez en la clase obrera a través de su apoyo a los trabajadores del bronce parisinos, bloqueados por sus empresarios hasta que renuncien al sindicato.
Abril	Recibe otras 35 libras de Engels para un billete a Alemania; lleva el manuscrito completo de *El capital* a Hamburgo; viaja a Hanover como invitado de Kugelmann; es visitado por el abogado Warnebold («el sátrapa de Bismarck») que quiere «emplear el gran talento de Marx en los intereses de la nación alemana».
Mayo	Vuelve a Londres. Revisa las pruebas de *El capital*, cuyo Libro I de la primera parte se publica como *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, en Hamburgo y Nueva York (2.ª ed., Hamburgo, 1872; 3.ª ed. a cargo de Engels, 1883; 4.ª ed. con la inclusión de las reflexiones de Marx sobre la segunda y los trabajos editoriales de Engels, 1890 —es la utilizada en la mayoría de las ediciones contemporáneas—; la ed. francesa de J. Roy, París, 1872-1875, fue revisada por Marx).

Julio	La Sociedad Comunista Alemana de Nueva York se une a la Internacional.
Agosto	Advierte al Consejo General de la Internacional del peligro ruso y de crear ejércitos como instrumentos de opresión.
Septiembre	Hace campaña en favor del movimiento de independencia irlandés. El Segundo Congreso de la Internacional se reúne en Lausana; Marx ha rechazado una oferta a asistir como representante del Consejo General de Londres.
Octubre-noviembre	Pasa nefastos apuros económicos; tiene insomnio, incapaz de trabajar. Declina una invitación a participar en el Comité de la Asociación Central de Librepensadores de Londres.
Diciembre	Pide prestadas 150 libras a una compañía de seguros con el aval de Engels y Borkheim.
1868	Pasa todo el año con una necesidad de dinero constante y con la idea frecuente de mudarse a Ginebra, donde el coste de la vida es inferior; Engels le da 400 libras.
Enero-marzo	Tiene forúnculos y dolores de cabeza constantes pero continúa con sus estudios de economía, lee con gran interés *Introduction to the history of the mark*, *the village and the town* (Introducción a la historia del concejo, el pueblo y la ciudad) de Maurer, y encuentra allí evidencias de que las formas asiáticas de propiedad son el inicio de la sociedad de clases.
Abril	Recibe un tratamiento con arsénico para los forúnculos.

2 de abril	Laura Marx se casa con Paul Lafargue en una ceremonia civil en Londres.
Agosto	Tiene ataques de bilis. Trabaja en el proyectado tercer volumen de *El capital*. Escribe informes para el Consejo General de la Internacional.
6-13 de septiembre	Tercer Congreso de la Internacional en Bruselas.
Noviembre	Su hija Jenny se emplea como institutriz sin que él lo sepa.
25 de noviembre	Engels se ofrece a pagar todas sus deudas y a pasarle una pensión de 350 libras anuales.
Diciembre	Nace el primer hijo de Laura Lafargue. La Alianza Internacional Socialdemócrata de Bakunin, fundada pocos meses antes, solicita afiliarse a la Internacional; Bakunin escribe a Marx afirmando ser su discípulo y estar orgullo de serlo.

Revolución en España, *la Gloriosa*: *derrocamiento de Isabel II. Llega*, *enviado por la Internacional*, *el bakuninista Giuseppe Fanelli.*

1869

Enero-marzo	Enferma pero sigue trabajando en la revisión de una nueva edición alemana del *Dieciocho Brumario* que publicará Meissner; no puede encontrar un editor francés que publique el libro. Reanuda su trabajo para el Libro II de *El capital*. Este y el siguiente serán publicados de manera póstuma bajo la supervisión de Engels, y algunas variantes del Libro I no serán

	publicadas (Engels planeó publicar *Theorien über den Mehrwert… Aus dem nachgelassen Manuskript* Zur Kritik der politischen Ökonimie (Stuttgart, Stuttgart, 1905-1910, 3 vols.) como el Libro IV de *El capital*).
Marzo-6 de julio	Jenny y su hija Laura visitan a los Lafargue en París. Estudia un informe oficial sobre el trabajo infantil agrícola en Reino Unido. En una directiva adoptada por el Consejo General de la Internacional, llama al Sindicato Nacional americano a oponerse a la amenaza de guerra entre Inglaterra y Estados Unidos porque así dará una razón al Gobierno para detener el joven movimiento de los trabajadores. En la reunión de julio del Consejo ataca las premisas pequeñoburguesas de los proudhonistas.
7-12 de julio	Visita a los Lafargue en París utilizando el seudónimo de A. Williams.
Agosto	Engels le envía 100 libras para cubrir viejas deudas que Jenny había encubierto cuando en noviembre de 1868 elaboraron el registro de todas las que tenían. Informes para el Consejo de la Internacional sobre la formación del Partido Socialdemócrata Obrero alemán de Eisenach.
Septiembre-octubre	Redacta el informe anual de la Internacional y considera la persecución de sus miembros en Francia, Austria y Hungría como signos de su creciente importancia; su informe se presenta al Cuarto Congreso de la Internacional en Basilea; Marx no asiste pero con su hija Jenny visita a su primo Philips en Aquisgrán y a

	los Kugelmann en Hanover. Poco después del Congreso, Bakunin inicia sus ataques al Consejo General de la Internacional y producirá disensiones en Francia y Suiza en abril de 1870.
Noviembre-diciembre	Estudia ruso para leer al escritor socialista N. Flerovski (seudónimo de V. V. Bervi), que acaba de publicar *La situación de la clase obrera en Rusia* en San Petersburgo. Antes lee *Prisión y exilio*, de Herzen, y después (en febrero de 1879) a Flerovski. Marx pide la amnistía para los fenianos en un discurso dirigido al Consejo General de la Internacional el 16 de noviembre; ataca la política de Gladstone en Irlanda; envía la resolución resultante a la Asociación de Trabajadores Irlandesa.

Aprobación de una nueva Constitución con monarquía constitucional y sufragio universal.

1870

Marzo	Sus gestiones en el Consejo General hacen posible que la Sociedad de Proletarios Positivistas de París sea admitida en la Internacional como «proletaria» pero no como «positivista». Campaña para la liberación de los fenianos. Se queja, por correspondencia, del ascenso del nihilista Nechaev impulsado por Bakunin y del desarrollo del «culto a Lassalle» en Alemania.
Abril	Recibe un informe completo de Lafargue sobre las actividades de los bakuninistas y proudhonistas en

	París. Recibe la primera edición rusa del *Manifiesto comunista*, publicada en 1869.
Mayo	El Consejo General resuelve publicar una explicación, abocetada por Marx, sobre la falta de relación durante dos años de la llamada facción francesa de la Internacional con la Internacional. Recibe periódicos y estadísticas oficiales sobre la situación de los trabajadores en Reino Unido.
Julio	Francia declara la guerra a Prusia. Tras sufrir continuos cólicos de hígado, escribe el Primer Manifiesto del Consejo General sobre la guerra franco-prusiana.
1-2 de septiembre	Napoleón III se rinde a los prusianos en Sedán.
9 de septiembre	Escribe el Segundo Manifiesto del Consejo General.
18 de septiembre	Engels se muda permanentemente de Manchester a Londres.

Congreso Obrero en Barcelona y constitución de la Federación regional Española de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT).

1871

Enero-marzo	Mantiene correspondencia regular con Serrailler sobre asuntos franceses.
28 de febrero	El Consejo General de la Internacional escucha un informe de primera mano de Serrailler sobre las condiciones en París.
18 de marzo-28 de mayo	La Comuna de París; el Consejo General de la Internacional expresa su apoyo desde Londres el 21 de marzo.

Abril	Comienza a ser amplia y falsamente considerado en toda Europa como el instigador de la Comuna, lo que le otorga su primera y amplia reputación pública; en una carta a *The Times* (Londres) niega que, según el informe francés publicado en ese periódico, él haya organizado la insurrección de París desde Londres.
11 de mayo	Nikolái F. Danielsón, el economista popular ruso que está preparando la traducción al ruso de *El capital*, le pide que le envíe todas las revisiones y correcciones que quiera hacer y, en una carta posterior, copias de todas las publicaciones de la Internacional.
30 de mayo	El texto de Marx sobre la Comuna (*La guerra civil en Francia*), comisionado por el Consejo General el 28 de marzo como un manifiesto dirigido al pueblo de París, es terminado y aprobado para su publicación.
13 de junio	Se publica en Londres *La guerra civil en Francia*, que incluye los dos Manifiestos del Consejo General de la AIT sobre la guerra franco-prusiana (Londres, 1870) y el dedicado a la guerra civil en Francia (Londres, 1871). El panfleto alcanza su segunda edición en tres semanas y la tercera a los tres meses. Engels escribió una larga introducción para la tercera edición en alemán (Berlín, 1891), que suele incluirse en las ediciones del volumen. Dos importantes borradores de prólogo escritos por Marx para el tercer comunicado no se incluyen siempre.
Mayo-agosto	Jenny y Eleanor, las hijas de Marx, visitan a los Lafargue en Burdeos; las ponen en arresto temporal mientras Paul Lafargue huye a España. Marx muy

	activo en el apoyo a los refugiados de la Comuna. La traducción al alemán del discurso sobre la Comuna, hecha por Engels, se publica en *Volkstaat*.
7 de septiembre	Varios periódicos informan sobre la muerte de Marx.
9-22 de septiembre	Conferencia de la Internacional en Londres en la que es ya una figura prominente: propone resoluciones contra los anarquistas (bakuninistas y proudhonistas) y los sindicalistas, enfatizando que el proletariado debe incorporarse a la lucha y capturar el poder político; también propone la formación de una sección femenina de la Internacional, resaltando la participación de las mujeres en la Comuna de París. Es reelegido como secretario por Rusia.
Noviembre	Los bakuninistas, que controlan la Federación franco-suiza de la Internacional a la que denominan la Federación del Jura, organizan un congreso por separado y atacan al Consejo General por ejercer un poder usurpado y dictatorial como si fueran alguna clase de Gobierno. Un espía londinense de la Policía secreta rusa, que trabaja en los círculos de los emigrados polacos como conde Albert Potockij, busca información de Marx sobre la Internacional; la breve respuesta de Marx es enviada a San Petersburgo.
Diciembre	Informa al Consejo General de la existencia de facciones de la Internacional en disputa en Nueva York y Ginebra, donde los bakuninistas fijan el itinerario; junto a Mazzini y Garibaldi, es nombrado miembro honorario de la Asociación Democrática Macerata.

Amadeo de Saboya, *rey de España. Llegada a Madrid de Paul Lafargue*, *yerno de Karl Marx*, *que entra en contacto con Pablo Iglesias*, *fundador del PSOE.*

1872

Febrero	Continúan sus ataques contra los anarquistas seguidores de Bakunin en la Internacional, especialmente en Suiza; los conflictos personales estallan en el seno de Consejo General de Londres.
Abril	Recibe un ejemplar de la traducción al ruso de *El capital*. Revisa el texto para la segunda edición en alemán y comienza a traducirse al francés, a cargo de J. Roy.
Agosto	Se publica en Francia la primera parte de *El capital*.
1-7 de septiembre	Quinto Congreso de la Internacional en La Haya; asiste como delegado oficial acompañado por su mujer, Eleanor y Engels; agria discusión con los bakuninistas; tras las decisiones retadoras del Comité de Credenciales, ayuda a que la resolución de trasladar el Consejo General a Nueva York salga adelante. La Internacional es ahora puramente marxista y recibe apoyo solo de una sección del movimiento socialista alemán, de la Suiza alemana y de los refugiados blanquistas de París.
10 de octubre	Su nieta Jenny se casa con el periodista y revolucionario francés (proudhonista), antiguo

	comunero, Charles Longuet. Traducción al ruso de *El capital*.

Los socialistas españoles marxistas son expulsados de la Federación española y el III Congreso Obrero en Córdoba de la FRE-AIT se declara partidario de las tesis anarquistas.

1873

Enero-febrero	Lee en ruso los informes sobre el juicio a Nechaev; reúne material para atacar a Bakunin; termina el prólogo a la segunda edición alemana de *El capital*; lee varios libros sobre Rusia.
Mayo-julio	Muy mal de salud por exceso de trabajo, padece insomnio y congestión sanguínea en la cabeza; el médico le ordena no trabajar más de cuatro horas al día.
Julio-octubre	Estudia la propiedad de la tierra en Rusia, especialmente las cooperativas de campesinos. Rehúsa una invitación de la sección neoyorquina de la Internacional para que les represente en el próximo congreso de Ginebra, que se convierte en un fiasco. Envía ejemplares de la segunda edición de *El capital* a Darwin y Spencer, y conoce a Edward Aveling.
Noviembre	Con dolor de cabeza crónico, toma las aguas en Harrogate con Eleanor; el médico le ordena que deje de trabajar.

Proclamación de la I República Española.

1874	Lissagaray se convierte en un amigo muy cercano a los Marx hasta 1877; es considerado como posible marido de Eleanor. En enero lee el libro de Bakunin, *Estado y anarquía*. Totalmente incapacitado para trabajar de febrero a abril, pero comienza a reunir material y a estudiar los libros azules oficiales sobre la economía inglesa y la política económica británica. Pierde el arbitraje sobre una disputa legal y comercial acerca de un dinero invertido en promocionar una patente.
Junio-julio	Marx y Engels, considerados «marxistas» antilassalleanos en Alemania, centran su atención en combatir la influencia de Eugen Dühring.
1 de agosto	Solicita la nacionalidad británica, rechazada el 29 de agosto.
15 de agosto-21 de septiembre	Viaja a Karlsbad, a una cura de aguas con su hija Eleanor, en estrecha amistad con los Kugelmann, a la que siguen una serie de disputas y el fin de la relación. Marx y Eleanor vuelven a Londres, vía Dresde, Leipzig, Berlín y Hamburgo.
Octubre-diciembre	El Partido Obrero alemán, lassalleano, se ofrece a discutir su unión con el Partido Obrero Socialdemócrata, «marxista» o «de Eisenach».

Llega al trono de Alfonso XII.

1875	
23 de enero	Dirige una reunión en la que se conmemora la revuelta polaca del 22 de enero de 1822; Lavrov y otros

	populistas rusos están presentes.
Mayo	Escribe sus comentarios críticos al programa propuesto para unir a los partidarios de Lassalle y a los de Eisenach en Alemania: *Crítica del programa de Gotha*, publicado por Engels en *Die Neue Zeit*, Stuttgart, 1891. Lee el libro de Haxthausen sobre la propiedad de la tierra en Rusia. Comienza un contacto regular con Lavrov.
Agosto-septiembre	Cura en Karlsbad; lee gran parte del trabajo del sociólogo ruso M. M. Kovalevski.
Octubre-noviembre	De regreso en Londres, lee folletos eslavófilos y estudia la situación socio-económica rusa. En carta a Dietzgen, dice que cuando acabe su trabajo sobre economía querría escribir un libro sobre dialéctica.
1876	
Marzo-mayo	Lee libros sobre fisiología humana y vegetal; decide estudiar sobre la propiedad de la tierra en Hungría.
10 de mayo	Nace el segundo hijo de Jenny Longuet, el primero de los bisnietos de Marx que sobrevive a la niñez.
Junio	Comienza un estudio intensivo sobre la propiedad primitiva de la tierra en varios pueblos, especialmente el eslavo, leyendo a Maurer, Hanssen, Demelic, Cardenas y otros; también estudia historia de Rusia a lo largo del año.
Agosto-septiembre	Toma las aguas en Karlsbad de nuevo con Eleanor; mantiene contacto allí con el historiador judío Heinrich

	Graetz, con el que discute sobre la debilidad del zarismo.
Noviembre	Mientras trabaja en el segundo volumen de *El capital*, sufre fuerte reumatismo y bronquitis.

1877

Enero-marzo	Escribe de manera anónima en *Whitehall Review* y *Vanity Fair* contra la política prorrusa de Gladstone; mantiene correspondencia con Heinrich Graetz; escribe el capítulo 10 («Historia crítica») para el libro de Engels *Anti-Dühring*, que publica *Vorwärts* en Leipzig este año.
Mayo-julio	Sufre insomnio y desórdenes nerviosos. Encuentra muy caro volver a Karlsbad y recibe 100 libras de Engels para acudir a Neuenahr.
Agosto-septiembre	Marx, Jenny (enferma) y Eleanor toman las aguas en Bad Neuenahr; allí recibe el consejo médico de ir a la Selva Negra para descansar.
Noviembre	Escribe una respuesta a un artículo del populista ruso Mikhailovski, quien atribuye a Marx la idea de que Rusia debe disolver las cooperativas campesinas para entrar en una fase capitalista antes de convertirse en socialista; el borrador, que no se convierte en público hasta que Engels se lo envía a Vera Zasúlich en marzo de 1884, rechaza la idea de que su análisis del capitalismo eurooccidental implique que todo el mundo deba pasar por una fase capitalista.

1878	
Abril	Liebknecht le visita en Londres.
Julio	La salud de Jenny sufre un gran deterioro.
Noviembre	Lee libros sobre las relaciones entre Leibniz y la ciencia moderna.

1879	Su salud y la de Jenny se deterioran aún más.
Agosto-septiembre	Visita Jersey y Ramsgate con Eleanor por motivos de salud.

Fundación del Partido Socialista Obrero Español (PSOE).

1880	Lee libros sobre el futuro económico de Australia. Accede a una edición reducida de *El capital* en holandés. En julio conoce a H. M. Hyndman con el que mantendrá una relación cercana.
Abril	Publica «Enquête ouvrière», en la *Revue Socialiste* de Saint-Cloud.
Septiembre	Las impresiones de Annenkov sobre su reunión con él en los años 40 se publican en *Vestnik Evropy*.

1881	
Febrero	Recibe carta de Vera Zasúlich, en nombre de los socialistas rusos, para preguntarle por su opinión sobre el desarrollo económico en Rusia y, especialmente, sobre el futuro de las cooperativas campesinas; Marx escribe cuatro versiones de la respuesta y, finalmente, envía una carta el 8 de marzo en la que sugiere que bajo

	ciertas condiciones, esas cooperativas «podrían convertirse en el punto de partida de la regeneración social en Rusia».
Abril-junio	Kautsky visita frecuentemente el domicilio de los Marx.
Junio	Discute con Hyndman y acaba con la relación. Marx y Jenny, todavía en peor estado de salud.
Julio-agosto	Visita Eastbourne con Jenny, y después a su hija Jenny en Argenteuil; regresan precipitadamente a Londres porque Eleanor está gravemente enferma.
21 de diciembre	Jenny muere a causa del cáncer.

1882

Febrero-octubre	Viaja por motivos de salud; visita a su hija Jenny en Argenteuil, continúa a Algiers y Montecarlo, y después a Cannes y Suiza con Laura Lafargue.
Noviembre-enero de 1883	Viaja a la isla de Wight durante el invierno, su hija Eleanor y su nieto Jean Longuet le visitan allí.

1883

14 de marzo	Muere en Londres.
17 de marzo	Es enterrado en el cementerio de Highgate.

Con traducción de Pablo Correa se publica la primera edición en castellano del Libro I de «El capital» a partir de la edición francesa.

1885	Se publica en Hamburgo, bajo la supervisión de Engels, el Libro II de *El capital*.

	Muerte de Alfonso XII y regencia de María Cristina de Habsburgo.
1886	Primera edición inglesa de *El capital*.
1888	*Creación de la Unión General de Trabajadores (UGT)*.
1894	Se publica en Hamburgo, bajo la supervisión de Engels, el libro III de *El capital*.
1895 5 de agosto	Muere Friedrich Engels.
1898	*Guerra de la Independencia de Cuba*.
1905	Bajo la supervisión de Kautsky se empieza a editar el Libro IV de *El capital*.
1917	El partido bolchevique toma el poder en Rusia.

Procedencia de los textos

I. El poeta y el idealismo radical

El bien de la humanidad: «Reflexiones de un joven en la elección de una profesión», en K. Marx, *Escritos de Juventud*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1982, trad. de Wenceslao Roces.

El poeta: K. Marx, *Cantos para Jenny y otros poemas*, Barcelona, El Viejo Topo, 2000, trad. de Francisco Jaymes y Marco Fonz.

La novela que habla de sí misma: K. Marx, *Escorpión y Félix*. *Novela humorística* (1837), Barcelona, Tusquets, 1971, trad. de Carlos Manzano, cedida por el traductor.

Un mundo nuevo: «Carta al padre», en K. Marx, *Escritos de Juventud*, *op. cit.*

Sobre la necesidad y el «acaso»: «Diferencia entre la filosofía democriteana y epicúrea de la naturaleza», en K. Marx, *Escritos de Juventud*, *op. cit.*

Sobre el amor: Ibídem.

***Speculum I*:** «Acta de los estudios realizados por Marx en la Universidad de Bonn», en K. Marx, *The Portable Karl Marx*, Nueva York, Penguin Books, 1983, trad. de María Casas, cedida por la traductora.

¿A quién pertenece la verdad?: «Observaciones sobre la reciente instrucción prusiana sobre la censura», en K. Marx, *Escritos de Juventud*, *op. cit.*

El tribunal de la sospecha: Ibídem.

Ley y censura: «Sobre la libertad de prensa», en K. Marx, *Escritos de Juventud*, *op. cit.*

Los escritores y la libertad: Ibídem.

Las ideas comunistas: «El comunismo y la *Allgemeine Augsbürger Zeitung*», en K. Marx, *Escritos de Juventud*, *op. cit.*

El avasallamiento, «derecho animal»: «Debate sobre la ley que castiga los robos de leña», en K. Marx, *Escritos de Juventud*, *op. cit.*

La ley y el interés particular: Ibídem.

***Speculum II*:** «Moses Hess sobre Karl Marx», en Eugene Kamenka, ed., *The Portable Karl Marx*, *op. cit.*, trad. de María Casas, cedida por la traductora.

II. El materialismo histórico como punto de partida

Cartas cruzadas: «Una correspondencia de 1843», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 5: *Manuscritos de París y escritos de los «Anuarios franco-alemanes» (1844)*, Barcelona, Grijalbo-Crítica, 1978, trad. de José María Ripalda, cedida por el traductor.

La idea como sujeto: «Crítica de la filosofía del Estado de Hegel», en ibíd.

El individuo como realidad estatal: Ibídem.

La democracia como esencia: Ibídem.

La burocracia: Ibídem.

Los exámenes: Ibídem.

La desigualdad de los iguales: Ibídem.

Emanciparse, ¿quién, de quién y de qué?: «La cuestión judía», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 5, *op. cit.*

Ilusionismo político: Ibídem.

El hombre y el ciudadano: Ibídem.

Egoísmo y emancipación: Ibídem.

La religión es el opio del pueblo: «Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 5, *op cit.*

El proletariado y el secreto de su propia existencia: Ibídem.

El crédito como juicio moral: «Nota de lectura del libro de James Mill, *Elements of political economy*», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 5, *op. cit.*

Extravíos de la crítica: *Carta a Ludwig Feuerbach* (1844), en K. Marx y F. Engels, *Cuadernos de París. Notas de lectura de 1844*, México D. F., Ediciones Era, 1974.

El humor de los ricos: «Salario. Beneficios. Renta. Trabajo enajenado», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 5, *op. cit.*

Enajéname, dime que me quieres: Ibídem.

El trabajador como viceversa del capital: «La situación de la propiedad privada», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 5, *op. cit.*

El sentido de tener: «Propiedad privada y trabajo», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 5, *op. cit.*

Speculum III: «Evocación de Bakunin», en Eugene Kamenka, ed., *The Portable Karl Marx*, *op. cit.*, trad. de María Casas.

El idealismo especulativo: Friedrich Engels y Karl Marx, *La Sagrada Familia o Crítica de la crítica crítica. Contra Bruno Bauer y consortes*, Buenos Aires, Claridad, 1938, trad. de Carlos Liacho.

El amor: Ibídem.

Propiedad privada y socialismo: Ibídem.

El pensamiento de los obreros: Ibídem.

El individuo egoísta: Ibídem.

Del materialismo francés al comunismo: Ibídem.

La autoconciencia hegeliana: Ibídem.

La filosofía en Alemania: «La ideología alemana», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas* (3 vols.), Moscú, Editorial Progreso, 1973.

Vida y conciencia: Ibídem.

La antropología «blanda» de Feuerbach: Ibídem.

Efectos directos y colaterales de la división del trabajo: Ibídem.

El efecto mariposa: Ibídem.

La historia como proceso: Ibídem.

Las ideologías dominantes: Ibídem.

La familia como obstáculo: Ibídem.

Individuos y clase: Ibídem.

La sociedad civil: Ibídem.

Transformar el mundo: «Tesis sobre Feuerbach», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, *op. cit.*

Proudhon y la contradicción: «Carta a Pavel Vasílievich Annenkov», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, *op. cit.*

La producción de necesidades: K. Marx, *Miseria de la filosofía*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, s/f.

La escuela humanitaria de economía: Ibídem.

Organización del trabajo: Ibídem.

Luchar o morir: Ibídem.

Desarrollo y desigualdad social: «La crítica moralizante o la moral crítica», en Friedrich Engels y Karl Marx, *La Sagrada Familia o Crítica de la crítica crítica. Contra Bruno Bauer y consortes*, *op. cit.*

¿Qué imponen los impuestos?: Ibídem.

Desclasamiento y humanismo: Ibídem.

Revolución burguesa y revolución obrera: Ibídem.

Salario y mercado mundial: Karl Marx, «Salario», en *Unter dem Banner der Marxismus*, año I, cuaderno 1, 1925, en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 9, sección C, IV, «Fluctuaciones del salario», Barcelona, Grijalbo-Crítica, 1978, trad. de León Mames.

Libertad, ¿de quién?: «Discurso sobre el librecambio», en K. Marx, *Miseria de la filosofía*, *op. cit.*

III. La revolución sale al encuentro

Un fantasma recorre Europa: «Manifiesto comunista», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 9: *Manifiesto comunista. Neue Rheinische Zeitung*, *I (1847-junio 1848)*, Barcelona, Grijalbo-Crítica, 1978, trad. de León Mames.

Nosotros y nosotras, los comunistas: Ibídem.

Breve historia de los socialismos: Ibídem.

El paraíso comunista no existe: Ibídem.

¡Proletarios de todos los países, uníos!: Ibídem.

Prologando el Manifiesto: Ibídem.

Speculum IV: «Carl Schurz sobre Marx en Colonia, verano de 1848», en Eugene Kamenka, ed., *The Portable Karl Marx*, *op. cit.*, trad. de María Casas, cedida por la traductora.

Dos kilos de fuerza de trabajo: «Trabajo asalariado y capital», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 9, *op. cit.*

Libre te quiero, nos dice el capital: Ibídem.

¿Cuánto cuesta un obrero?: Ibídem,

Un negro es un negro y el capital es el capital: Ibídem.

Liberación de todas las naciones oprimidas: «Discursos sobre Polonia, *Deutsche-Brüsseler Zeitung*», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 9, *op. cit.*

El socialista poético o la propiedad privada como paraíso: «Lamartine y el comunismo, *Deutsche-Brüsseler Zeitung*», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 9, *op. cit.*

Empieza La Liga (de los comunistas): «Estatutos de la Liga de los Comunistas», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 9, *op. cit.*

Unión de los pueblos contra la opresión de clase: «La Association Démocratique de Bruselas a los Fraternals Democrats de Londres, *The Northern Star*», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 9, *op. cit.*

Estalla la gloriosa revolución: «Carta al señor Julian Harney, director del periódico *The Northern Star*, secretario de la asociación *Fraternal Democrats* de Londres», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 9, *op. cit.*

La revolución como alegría: «Carta los ciudadanos miembros del Gobierno provisional de la República Francesa», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 9, *op. cit.*

París, revolución, París: «Resolución del Comité Central de la Liga de los Comunistas», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 9, *op. cit.*

París no era una fiesta: «La Revolución de Junio, *Neue Rheinische Zeitung*», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 9, *op. cit.*

De cómo la burguesía jugó al escondite con el proletariado: «Un artículo de *La Réforme* de París acerca de la situación en Francia, *Neue Rheinische Zeitung*», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 10: *Neue Rheinische Zeitung*, *II (1847-junio 1848)*, Barcelona, Grijalbo-Crítica, 1979, trad. de León Mames.

Llamamiento: «Comunicado del Comité Comarcal de los demócratas de la provincia renana», en K. Marx y F. Engels, *Sobre la revolución de 1848-1849*, Moscú, Editorial Progreso, 1981.

Hipocresía de lo jurídico: «La burguesía y la contrarrevolución, primer artículo, *Neue Rheinische Zeitung*», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 10, *op. cit.*

No todas las revoluciones son iguales: Ibídem.

Ley mordaza: «El primer proceso de prensa contra la Neue Rheinische Zeitung, discurso de defensa de Karl Marx», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 10, *op. cit.*

Estado de corrupción: «La lucha de clases en Francia 1848-1850», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 10, *op. cit.*

Burguesía contra burguesía: Ibídem.

El proletariado toma protagonismo: Ibídem.

Las armas toman la palabra: Ibídem.

¡La revolución ha muerto! ¡Larga vida a la revolución!: Ibídem.

La revolución permanente: K. Marx, «Circular del Comité Central a la Liga de los Comunistas», en Marxist Internet Archive, disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/>.

Un pequeño problema teórico: «Carta a Engels (1851)», en K. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, La Habana, Ediciones Política, s/f.

Palabras celestiales: «Carta a J. Weydemeyer (1851)», en ibíd.

La dictadura del proletariado: «Carta a J. Weydemeyer (1852)», en ibíd.

Hacer la historia: «El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte», en Karl Marx, *Antología*, Horacio Tarcus, ed., Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, trad. de Pedro Scaron.

Mirando hacia atrás con ira: Ibídem.

La masa burguesa: Ibídem.

Las libertades civiles y la burguesía: Ibídem.

Papel del infraproletariado: Ibídem.

El poder del Estado no flota en el aire: Ibídem.

***Speculum V*:** «Informe de un agente de la Policía prusiana», en Eugene Kamenka, ed., *The Portable Karl Marx*, *op. cit.*, trad. de María Casas, cedida por la traductora.

El ser social y la conciencia: «Prefacio a *Contribución a la crítica de la economía política*», en Karl Marx, *Antología*, Horacio Tarcus, ed., *op. cit.*

Que el género humano es la Internacional: «Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, *op. cit.*

Ser trabajador libre es ser pobre: «El capítulo del capital. El proceso de circulación del capital», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 21: *Líneas fundamentales de la crítica de la*

economía política, *I (Grundisse)*, Barcelona, Grijalbo-Crítica, 1977, trad. de Javier Pérez Royo, cedida por el traductor.

Las futuras consecuencias del dominio británico sobre la India: «*New York Daily Tribune* (1853)», en Karl Marx, *Artículos periodísticos*, Barcelona, Alba Editorial, 2013, trad. de Amado Diéguez, cedida por Alba Editorial.

La cuestión obrera: Ibídem.

Contra la pena de muerte: K. Marx, en *New York Daily Tribune* (1853), en New York Tribune Archive, trad. de Inés Bértolo, cedida por la traductora.

Rusia y América: Ibídem.

La clase media inglesa: «*New York Daily Tribune* (1854)», en Karl Marx, *Artículos periodísticos*, *op. cit.*

Revoluciones en España I, II, III: *New York Daily Tribune* (1854-56), en ibíd.

La situación de los obreros en las fábricas: «*New York Daily Tribune* (1857)», en ibíd.

El viejo topo: «Discurso pronunciado por Karl Marx en la fiesta de aniversario del *People´s Paper*», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, *op. cit.*

El mágico influjo de la ausencia: «Carta a Jenny (1856)», *Marx & Engels Collected Works*, vol. 40: Letters 1856-1859, Londres, Lawrence & Wishart, 1983. [Trad. cast. disponible en: <http://haciendolascosasmal.blogspot.com.es>].

Darwin y la lucha de clases: «Carta a Ferdinand Lassalle (1861)», *Marx & Engels Collected Works*, vol. 40: Letters 1860-1861, Londres, Lawrence & Wishart, 1985. [Trad. cast. en Marxist Internet Archive].

Ganancia y plusvalía: «Carta a F. Engels (1862)», en Karl Marx y Friedrich Engels, *Correspondencia*, tomo III, seleccionada por el Instituto Marx-Engels-Lenin, Leningrado; 1ª ed. en alemán, 1934.

***Speculum VI*:** «Gustav Techow a un amigo», en Eugene Kamenka, ed., *The Portable Karl Marx*, *op. cit.*, trad. de María Casas, cedida por la traductora.

Apropiación de la naturaleza: «Líneas fundamentales de la crítica de la economía política» (1857-1858), en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 21, *op. cit.*

Producción y consumo o el huevo y la gallina: Ibídem.

El consumo como pulsión: Ibídem.

La distribución nos distribuye: Ibídem.

Dame un método y entenderé el mundo: Ibídem.

Categorías de la sociedad burguesa: Ibídem.

Con el arte hemos topado: Ibídem.

***Conspiration of silence*:** «Carta a Kugelmann (1862)», en K. Marx, *Cartas a Kugelmann*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, 1975, trad. de Giannina Bertarelli.

El gran deber del proletariado: «Estatutos generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, *op. cit.*

Lassalle y la *realpolitik*: «Carta a Kugelmann (1865)», en K. Marx, *Cartas a Kugelmann*, *op. cit.*

El punto de vista pequeñoburgués: «Carta a J. B. Schweitzer (1865)», en K. Marx, *Miseria de la filosofía*, *op. cit.*

Sindicatos: «Carta a Engels (1865)», en Karl Marx y Friedrich Engels, *Correspondencia*, tomo III, seleccionada por el Instituto Marx-Engels-Lenin, Leningrado; 1ª ed. en alemán, 1934.

El mérito de mis escritos: Ibídem.

El «maldito» libro: «Carta a Engels (1866)», en ibíd.

Nacionalismos: Ibídem.

Carroña positivista: Ibídem.

Sobre las cooperativas: «Instrucción sobre diversos problemas a los delegados del Consejo Central Provisional de la AIT (1866)», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, tomo II, Moscú, Editorial Progreso, 1973.

Sociedades obreras: Ibídem.

Impuestos: Ibídem.

Ejércitos: Ibídem.

Deudas y trabajos: «Carta a Kugelmann (1866)», en K. Marx, *Cartas a Kugelmann*, *op. cit.*

Entre bastidores: Ibídem.

Planes sobre *El capital:* Ibídem.

Salud, felicidad, familia: «Carta a Meyer (1867)», en *Die Neue Zeit*, *1906-1907*. [Trad. cast. del inglés en Marxist Internet Archive].

Dialéctica y naturaleza: «Carta a Engels (1867)», en Karl Marx y Friedrich Engels, *Correspondencia*, tomo III, seleccionada por el Instituto Marx-Engels-Lenin, Leningrado; 1ª ed. en alemán, 1934.

Lo mejor de mi libro: Ibídem.

IV. El capital y alrededores

Dedicatoria: K. Marx, *El capital. Crítica de la economía política* (3 vols.), Libro I, Barcelona, Grijalbo-Crítica, 1976-1980, trad. de Manuel Sacristán, cedida por Vera Sacristán.

Aprender algo nuevo: K. Marx, *El capital*, Libro I, prólogo a la primera edición, en ibíd.

Forma elemental de la riqueza: K. Marx, *El capital*, Libro I, capítulo 1, en ibíd.

El trabajo y la riqueza: Ibídem.

El secreto fetichismo de la mercancía: Ibídem.

El reloj de Robinson: Ibídem.

El oro, el oro, *toujours recommencée*: K. Marx, *El Capital*, Libro I, capítulo tercero, en ibíd

El dinero, poderoso caballero: Ibídem.

El punto de partida del capital: K. Marx, *El capital*, Libro I, capítulo 4, en ibíd.

El capitalista: Ibídem.

El capitalista como valor: K. Marx, *El Capital*, Libro I, capítulo quinto, en ibíd.

¡Obreros, creced y multiplicaos!: Ibídem.

Todo ser humano muere veinticuatro horas al día: K. Marx, *El capital*, Libro I, capítulo 6, en ibíd.

La sonrisa del capitalista se llama «plusvalía»: K. Marx, *El Capital*, Libro I, capítulo séptimo, en ibíd.

Capital constante, capital variable: «*El capital*, Libro I, capítulo 6», en K. Marx, *Oeuvres choisies* 2, París, Éditions Gallimard, 1966, traducción del francés de Inés Bértolo, cedida por la traductora.

Ecología antes de la ecología: K. Marx, *El capital. Crítica de la economía política* (3 vols.), Libro I, capítulo 13, Barcelona, Grijalbo-Crítica, 1976-1980, trad. de Manuel Sacristán, cedida por Vera Sacristán.

Ser trabajador es mala suerte: K. Marx, *El capital*, Libro I, capítulo 14, en ibíd.

Plusvalía absoluta, plusvalía relativa: Ibídem.

El trabajador como consumidor: *El capital*, Libro I, capítulo 21, en ibíd.

Vivir del aire y comida basura: *El capital*, Libro I, capítulo 22, en ibíd.

Todos queremos más. Ley general de la acumulación: *El capital*, Libro I, capítulo 23, en ibíd.

Los pobres son necesarios: *El capital*, Libro I, capítulo 24, en ibíd.

El capital no cayó del cielo: Ibídem.

Expropiación: poner puertas al campo: Ibídem.

La violencia como partera: Ibídem.

Disolución de la propiedad privada: *El capital*, Libro I, capítulo 24, en ibíd.

Capital fijo, capital circulante: «*El capital*, Libro II, capítulo 8», en K. Marx, *Oeuvres choisies* 2, *op. cit.*, traducción del francés de Inés Bértolo, cedida por la traductora.

Conviene que los trabajadores sean cultos: «*El capital*, Libro II, capítulo 21», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 42, Barcelona, Grijalbo-Crítica, 1980, trad. de Manuel Sacristán, cedida por Vera Sacristán.

Amasando beneficio: «*El capital*, Libro III, capítulo 13», en César Rendueles (antól.), Karl Marx, *El capital*, Madrid, Alianza, 2010, trad. de Manuel Sacristán, cedida por Vera Sacristán.

Atenuantes: «*El capital*, Libro III, capítulo 14», en ibíd.

La Santa Trinidad: «*El capital*, Libro III, capítulo 48», en K. Marx, *Oeuvres choisies* 2, *op. cit.*, traducción del francés de Inés Bértolo, cedida por la traductora.

Naturaleza y naturaleza de la libertad: Ibídem.

¿Qué produce un delincuente?: Karl Marx, *El capital*, Libro IV, apéndice 11, Barcelona, Grijalbo-Crítica, 1977, trad. de Wenceslao Roces.

Trabajo y poesía: *El capital*, Libro IV, apéndice 12, en ibíd.
La compra de servicios o cuando el sastre viene a casa: Ibídem.
¿Estudiar incrementa el capital?: Ibídem.
Los autónomos: Ibídem.
Producción inmaterial: Ibídem.
Obreros y esclavos: Karl Marx, *El capital*, Libro I, capítulo 6 («Inédito»), México D. F., Siglo XXI Editores, 1971, trad. de Pedro Scaron.
El capital como agujero negro: Ibídem.
Capitalista de sí mismo: Ibídem.
Los obreros trabajan gratis: Ibídem.
En pie de desigualdad: Ibídem.

V. Los viejos revolucionarios nunca mueren

Dialéctica: «Carta de Marx a Joseph Dietzgen (1868)», en K. Marx y F. Engels, *Cartas sobre las ciencias de la naturaleza y las matemáticas*, Barcelona, Anagrama, 1975, trad. de Joaquín Jordà.
¿Es *El capital* difícil de entender?: «Carta a Kugelmann (1868)», en K. Marx, *Cartas a Kugelmann*, *op. cit.*
Edición rusa de *El capital:* Ibídem.
¿Machismo?: Ibídem.
La responsabilidad de la clase obrera y las guerras: «Mensaje a la Unión Obrera Nacional de los Estados Unidos, Londres, 12 de mayo de 1869», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, *op. cit.*
Lazos federales libremente aceptados: «Carta a Kugelmann (1869)», en Karl Marx, *Cartas a Kugelmann*, *op. cit.*

Optimismo ruso: «Comunicado al Comité de la sección rusa en Ginebra, 24 de marzo de 1870», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, *op. cit.*

Tensiones en la Internacional: «Comunicación confidencial para algunos comités de la AIT, marzo de 1870», en ibíd.

Contra la guerra: «Primer Manifiesto de la Asociación Internacional de Trabajadores contra la guerra franco-prusiana, julio de 1870», en ibíd.

Contra la guerra, otra vez: «Segundo Manifiesto de la Asociación Internacional de Trabajadores contra la guerra franco-prusiana, septiembre de 1870», en ibíd.

La Comuna y el «buen corazón»: «Carta a Kugelmann (1871)», en Karl Marx, *Cartas a Kugelmann*, *op. cit.*

Sobre las casualidades y la historia: Ibídem.

Después de la Comuna: Ibídem.

La Comuna: espejos, errores y lecciones: «La guerra civil en Francia», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, *op. cit.*

***Speculum VII*:** «Entrevista con K. Marx, cabeza de la Internacional, por R. Landor, *New York World*, 18 de julio de 1871», en Philips S. Foner (comp.), *Karl Marx Remembered*, San Francisco, Synthesis Publications, 1983, trad. de Ana María Palos.

Movimientos económicos y movimientos políticos: «Carta a Friedrich Bolte (1871)», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, *op. cit.*

Sobre Bakunin: «Carta a Theodor Cuno (1872)», en ibíd.

***Speculum VIII*:** «Anselmo Lorenzo, Conferencia de la Internacional en Londres, 1871», en *El proletariado militante. Memorias de un internacionalista*, 2 vols., Toulouse, Ediciones MLE-CNT, 1923, cap. XXIV, [Texto disponible en: <www.antorcha.net>].

El «consentimiento» universal: Karl Marx, «La nacionalización de la tierra», *International Herald*, número 11, 15 de junio de 1872.

Las luchas internas en la Internacional: «Las pretendidas escisiones en la Internacional», circular reservada del Consejo general de la Asociación Internacional de los Trabajadores escrita por C. Marx y F. Engels entre mediados de enero y el 5 de marzo de 1872, disponible en Marxists Internet Archive, 2003.

Maniobras congresuales: «Carta a Kugelmann (1872)», en K. Marx, *Cartas a Kugelmann*, *op. cit.*

Los políticos profesionales: «Carta a Kugelmann (1874)», en ibíd.

***El capital* en Alemania:** K. Marx, *El capital. Crítica de la economía política* (3 vols.), Libro I, epílogo a la segunda edición en alemán, Barcelona, Grijalbo-Crítica, 1976-1980, trad. de Manuel Sacristán, cedida por Vera Sacristán.

Bakunin, la revolución y el campesinado: «Acotaciones al libro de Bakunin *Estatismo y anarquía* (1874-1875)», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, *op. cit.*

Un programa inadmisible: «Carta a W. Bracke, Londres, 5 de mayo de 1875», en K. Marx, *Crítica al programa de Gotha*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1979.

Programa, programa, programa (de Gotha): K. Marx, en ibíd.

La vía rusa al socialismo: «Carta al director del *Otiechéstvennie Zapiski* sobre la comuna rusa», en Karl Marx y Friedrich Engels, *Correspondencia*, tomo III, seleccionada por el Instituto Marx-Engels-Lenin, Leningrado; 1ª ed. en alemán, 1934.

***Speculum IX*:** «Sir Mountstuart Elphinstone Grant-Duff a la emperatriz Federica (1879)», en Eugene Kamenka, ed., *The Portable Karl Marx*, *op. cit.*, trad. de María Casas, cedida por la traductora.

Derramamiento de sangre: «Entrevista a Karl Marx publicada por el *Chicago Tribune*, diciembre de 1878», Nueva York, The American Institute for Marxist Studies (AIMS), 1972, trad. de Constantino Bértolo, cedida por el traductor.

Confluencias y alianzas: el partido de clase y las otras clases: «La carta circular a A. Bebel, W, Liebknecht, W. Bracke y otros, septiembre de 1879», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, *op. cit.*

Contra el fatalismo histórico: «Primer y segundo borradores de respuesta a la carta de Vera Ivanova Zasúlich», en Marx y Engels, *Escritos sobre Rusia. II El porvenir de la comuna rusa*, México D. F., Ediciones Pasado y Presente, 1980, trad. de Félix Blanco.

Carta a Vera Ivanova Zasúlich: «Carta a Vera Ivanova Zasúlich (1881)», en K. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, La Habana, Ediciones Política, s/f.

Familias: Karl Marx, «Nota de lectura de Lewis H. Morgan, *Ancient Society*, Londres, 1877», en *Los apuntes etnológicos de Karl Marx*, México D. F., Siglo XXI Editores, 1988, trad. de José María Ripalda, cedida por el traductor.

Recepción de *El capital* en Inglaterra: «Carta a Friedrich Adolph Sorge, 15 de diciembre de 1881», en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, *op. cit.*

Rusia como vanguardia revolucionaria: «Prólogo a la edición rusa del *Manifiesto comunista* (1882)», en Manuel Sacristán Luzón, ed., *Obras de Marx y Engels (OME)*, vol. 9, *op. cit.*

***Speculum* final:** Friedrich Engels, «Discurso ante la tumba de Marx, 17 de marzo de 1883», en Marxist Internet Archive, 1999.

Principal bibliografía utilizada

Adoratsky, V., dr., *Karl Marx, Obras escogidas*, tomo 1, Edición del Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, Barcelona, Ediciones Europa-América, 1938.

Althusser, Louis, *La revolución teórica de Marx*, México D. F., Siglo XXI Editores, 1967.

—, *Marx dentro de sus límites*, Madrid, Akal, 2003.

—, *Política e historia. De Maquiavelo a Marx*, Buenos Aires, Katz Editores, 2007.

Althusser, Louis, y Étienne Balibar, *Para leer «El capital»*, México D. F., Siglo XXI Editores, 1969.

Althusser, Louis, et al., *Polémica sobre marxismo y humanismo*, México D. F., Siglo XXI Editores, 1968.

Anderson, Perry, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1979.

Aricó, José, *Marx*, *Nicolái F. Danielsón*, *Engels. Correspondencia 1868-1895*, México D. F., Siglo XXI Editores, 1981.

Aron, Raymond, *El marxismo de Marx*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2010.

Austin, John L., *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1962.

Bagú, Sergio, *Marx-Engels. Diez conceptos fundamentales*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1972.

BALAKRISHNAN, Gopal, «Marx el abolicionista», en *New Left Review*, 90, febrero 2015.

—, «Marx en transición», en *New Left Review*, 91, abril 2015.

BEKERMAN, Gérard, *Vocabulario básico del marxismo*, Barcelona, Crítica, 1983.

BERLIN, Isaiah, *Karl Marx*, Madrid, Alianza, 2009.

BIANCHI, Marina, *La teoría del valor desde los clásicos a Marx*, Madrid, Alberto Corazón editor, 1975.

BLANCHOT, Maurice, *La risa de los dioses*, Madrid, Taurus, 1976.

BLUMENBERG, Werner, *Marx*, Barcelona, Salvat. 1987.

BOTTOMORE, Tom, ed., *Diccionario del pensamiento marxista*, Madrid, Tecnos, 1984.

CASANOVA, Carlos, *Estética y producción en Karl Marx*, Santiago de chile, Ediciones Metales Pesados, 2016.

CHEVARRÍA, Bolivar, *El discurso crítico de Marx*, México D. F., Ediciones Era, 1973.

CORNU, Auguste, *Carlos Marx. Federico Engels*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

DERRIDA, Jacques, *Espectros de Marx. El estado de la deuda*, *el trabajo del duelo y la nueva Internacional*, Madrid, Trotta, 1995.

DOBB, Maurice, et al., *Estudios sobre «El Capital»*, Madrid, Siglo XXI, 1973.

DOWN, Douglas, *Entender el capitalismo. Un análisis crítico de Karl Marx a Amartya Sen*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2003.

DUSSEL, Enrique, *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos (1861-1863)*, Iztapalapa, Siglo XXI, 1988.

EAGLETON, Terry, *Por qué Marx tenía razón*, Barcelona, Península, 2011.

ENGELS, Friedrich, *Anti-Dühring*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968.

ENZENSBERGER, H. M., *Conversaciones con Marx y Engels*, Barcelona, Anagrama, 1999.

ESTEBANELL Y SURINACH, Santiago, *El Comunismo*, Madrid, Imprenta Helénica, 1921.

FEDERICI, Silvia, *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010 (bajo licencia Creative Commons), disponible en: <https://www.traficantes.net>.

FERGUSON, Sara, y David MCNALLY, «Capital, fuerza de trabajo y relaciones de género», introducción en Lise Vogel, *op. cit.*

FERNÁNDEZ BUEY, Francisco, *Contribución a la crítica del marxismo cientifista*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1984.

FERNÁNDEZ LIRIA, Carlos, *¿Para qué servimos los filósofos?*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016.

FERNÁNDEZ LIRIA, Carlos, y Luis ALEGRE ZAHONERO, *El orden de* El capital. *Por qué seguir leyendo a Marx*, Madrid, Akal, 2010.

FISCHBACH, Franck, *Marx. Releer «El capital»*, Madrid, Akal, 2012.

FREVILLE, Jean, ed., *Marx y Engels*, *Sobre la literatura y el arte*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972.

FROMM, Erich, *Marx y su concepto del hombre*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1961.

FUKUYAMA, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1994.

GABRIEL, Mary, *Amor y capital. Karl y Jenny Marx y el nacimiento de una Revolución*, Barcelona, El Viejo Topo, 2014.

GARCÍA NOVAL, Constantino, ed., *Marx esencial*, Barcelona, Montesinos, 2013.

GONZÁLEZ VARELA, Nicolás, *Marx desconocido. Sobre «La ideología alemana»*, copyleft, 2012.

GRESPAN, Jorge, *O negativo do capital*, São Paulo, Expressão Popular, 2012.

GUTERMAN, Norbert, y Henri LEFEBVRE, eds., Marx, Karl, *Oeuvres choisies 1 y 2*, París, Gallimard, 1963.

HARVEY, David, *Guía de «El Capital» de Marx*, *libro primero*, Madrid, Akal, 2014.

—, *Guía de «El Capital» de Marx*, *libro segundo*, Madrid, Akal, 2016.

HEGEL, Friedrich, *Filosofía de la historia universal*, Madrid, Losada, 2010.

HEINRICH, Michael, *¿Cómo leer «El capital» de Marx?*, Madrid, Escolar y Mato, 2011.

HOOK, Sidney, *La génesis del pensamiento filosófico de Marx. De Hegel a Feuerbarch*, Barcelona, Barral, 1974.

IBÁÑEZ, Jesús, *El delirio del capitalismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014.

KOHAN, Néstor, *Ideario socialista. El socialismo desde una perspectiva histórica*, Buenos Aires, Longseller, 2003.

—, *Nuestro Marx*, Madrid, La Oveja Roja, 2013.

KORSCH, Karl, *Karl Marx*, Madrid, Ediciones Folio, 2004.

LEBOWITZ, Michael A., *Más allá de «El capital». La economía política de la clase obrera en Marx*, Madrid, Akal, 2005.

LORDON, Frédéric, *Capitalismo*, *deseo y servidumbre. Marx y Spinoza*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2015.

MANDEL, Ernst, «Althusser corrige a Marx», en *Quatrième Internationale*, n.º 41(antigua serie), enero de 1970.

MARTÍNEZ LLANEZA, Manuel, «Valor y precio en Marx. A propósito de *El orden de «El capital»*, de Fernández Liria y Alegre Zahonero», disponible en: <http://www.rebelion.org>.

MARTÍNEZ MARZOA, Felipe, *De la revolución*, Vigo, Alberto Corazón editor, 1976.

—, *La filosofía de «El capital»*, Madrid, Taurus, 1981.

MARX, Karl, *Teoría económica*, Barcelona, Península, 1967.

—, *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza, 1968.

—, *La guerra civil en Francia*, Madrid, Ricardo Aguilera editor, 1970.

—, *Señor Vogt*, Madrid, Zero, 1974.

—, *Cuadernos de París. Notas de lectura de 1844*, Adolfo Sánchez Vázquez, ed., México D. F., Ediciones Era, 1974.

—, *El capital. Crítica de la economía política*, (8 vols.), Madrid, Siglo XXI de España, 1975.

—, *Cartas a Kugelmann*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

—, *Contribución a la crítica de la economía política. Con la introducción de 1857*, Alberto Corazón editor, 1976.

—, *La diplomacia moderna*, Madrid, Edit. Taller de Sociología, 1979.

—, *Escritos de juventud*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1982.

—, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850 / El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Espasa-Calpe (col. Austral), 1985.

—, *Poemas*, Barcelona, El Viejo Topo, 2000.

—, *La ideología alemana (I) y otros escritos filosóficos*, Madrid, Losada, 2005.

—, *Cuaderno Spinoza*, Sevilla, Ediciones de Intervención Cultural Montesinos, Nicolás González Varela, ed., 2012.

—, *Páginas malditas*, Buenos Aires, Libros de Anarres, 2012.

—, *Sobre el suicidio*, Barcelona, El Viejo Topo, 2012.

—, *Textos de filosofía, política y economía. Manuscritos de París. Manifiesto del Partido Comunista (con Friedrich Engels). Crítica del programa de Gotha*, Madrid, Gredos, 2012. Con estudio introductorio de Jacobo Muñoz.

—, *Artículos periodísticos*, Barcelona, Alba Editorial, 2013.

—, *Escritos sobre la comunidad ancestral*, La Paz, Fondo Editorial y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional, 2015.

MARX, Karl, y Daniel BENSAÏD, *Contra el expolio de nuestras vidas. Una defensa del derecho a la soberanía energética, a la vivienda y a los bienes comunes*, Madrid, Errata Naturae, 2015.

MARX, Karl, y Friedrich ENGELS, *La Sagrada Familia*, México, D. F., Grijalbo, 1967.

—, *Cartas sobre las ciencias de la naturaleza*, Barcelona, Anagrama, 1975.

—, *Manifiesto comunista*, Barcelona, Crítica, 1998.

MARX, Karl, Friedrich ENGELS y Ernst DRONKE, *Los grandes hombres del exilio. Escrito entre mayo y junio de 1852*, Buenos Aires, Editorial Las Cuarenta, 2015.

MARX, Karl, Friedrich ENGELS y LENIN, *Acerca del anarquismo y el anarcosindicalismo*, Moscú, Editorial Progreso, s/f.

MATTICK, Paul, *Crisis económica y teorías de la crisis. Un ensayo sobre Marx y la «ciencia económica»*, Madrid, Maia Ediciones, 2014.

MCLELLAN, David, *De Hegel a Marx*, Barcelona, A. Redondo editor, 1972.

—, *Karl Marx. Su vida y sus ideas*, Barcelona, Crítica, 1983.

MEHRING, Franz, *Carlos Marx*, Barcelona, Grijalbo, 1967.

MORA PLAZA, Antonio, «Sobre el problema de las transformaciones de los valores a precios», *Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 25, 2010.

MUÑOZ, Jacobo, ed., *Marx*, Barcelona, Península, 1988.

NAPOLEONI, Claudio, *Fisiocracia*, *Smith*, *Ricardo*, *Marx*, Barcelona, Oikos-Tau, 1974.

NAREDO, José Manuel, *La economía en evolución*, Madrid, Siglo XXI, 2015.

PETROVIĆ, Gajo, *Marxismo contra stalinismo*, Barcelona, Seix Barral, 1970.

RENDUELES, César, ed., *Antología Karl Marx El capital*, Madrid, Alianza, 2010.

RIAZÁNOV, David, *Marx y Engels*, Buenos Aires, Claridad, 1962.

RICHARD, Nelly, «Debate con Jacques Derrida. Los fantasmas de Marx», 2014, disponible en <http://antroposmoderno.com>.

RODRÍGUEZ, Juan Carlos, *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo. (Teoría*, *literatura y realidad histórica)*, Madrid, Akal, 2013.

ROZEMBERG, D. I., El capital *de Carlos Marx*, *comentarios al primer tomo*, México D. F., Ediciones de Cultura Popular, 1978.

RUBEL, Maximilien, *Páginas escogidas de Marx para una ética socialista*, Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1974.

SACRISTÁN LUZÓN, Manuel, *M. A. R. X. Máximas*, *aforismos y reflexiones con algunas variables libres*, Salvador López Arnal, ed., Barcelona, El Viejo Topo, 2003.

—, *Escritos sobre «El capital» (y textos afines)*, Barcelona, El Viejo Topo, 2004

—, *Seis conferencias. Sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*, Salvador López Arnal, ed., Barcelona, El Viejo Topo, 2005.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *Ciencia y revolución. El marxismo de Althusser*, Madrid, Alianza, 1978.

SAÑA, Heleno, *Cultura proletaria y cultura burguesa*, Algorta, Zero, 1972.

SEMPERE, Joaquim, ed., *Marx, el arma de la crítica*, antología, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2013.

SARTELLI, Eduardo, *La cajita infeliz. Un viaje marxista a través del capitalismo*, Madrid, Akal, 2014.

SERRANO, Raúl, *Estética y marxismo*, Buenos Aires, Ediciones del CCC Floreal Gorini, 2009.

SILVA, Ludovico, *El estilo literario de Marx*, México D. F., Siglo XXI Editores, 1975.

SILVA SOLAR, Julio, *A través del marxismo*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1951.

SLOAN, Pat, *Marx y la economía ortodoxa*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1975.

SPERBER, Jonathan, *Karl Marx. Una vida decimonónica*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013.

SRAFFA, Piero, *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Barcelona, Oikos-Tau, 1983.

STEDMAN JONES, Gareth, ed., *El manifiesto comunista de Marx y Engels*, Madrid, Turner, 2005.

STRATHERN, Paul, *Marx en 90 minutos*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2015.

TARCUS, Horacio, ed., *Antología Karl Marx*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2015.

TROTSKY, León, *El pensamiento vivo de Marx*, Madrid, Losada, 2004.

TROTSKY et ál., *El debate soviético sobre la ley del valor*, Madrid, Alberto Corazón editor, 1974.

THERBORN, Göran, *¿Del marxismo al posmarxismo?*, Madrid, Akal, 2014.

THOMPSON, E. P., *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981.

TIERNO GALVÁN, Enrique, ed., *Antología de Marx*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972.

VOGEL, Lise, *Marxism and the oppression of women. Toward a unitary theory*, Chicago, Haymarket Books, 2013.

VV. AA., Francisco José Martínez, coord., *Romanticismo y marxismo*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1994.

WHEEN, Francis, *Karl Marx*, Barcelona, Debate, 2015.

ZINN, Howard, *Marx en el Soho*, Hondarribia, Hiru, 2002.

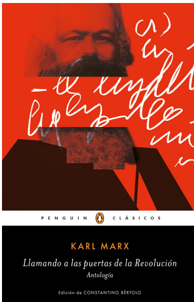
Índice onomástico

Vogt, Kar
Voltaire, François-Marie Arouet

Wade, Benjamin
Wagener, Hermann
Weitling, Wilhelm
Wenning-Ingenheim, Johann
Weston, John
Westphalen, Edgar von
Westphalen, Johanna Bertha Julie Jenny von
Westphalen, Ludwig von
Weydemeyer, Josep
Wigand, Otto
Willich, August
Wirth, Max
Wolf(f), Christian von
Wolff, Wilhelm
Wrangel, Carl Gustav

Zasúlich, Vera Ivanov
Zhukovski, Nikolái Ivanovich
Zola, Émile
Zöpfl, Henrique

«El sistema actual de subordinación del trabajo al capital, sistema despótico que lleva a la pobreza, puede ser sustituido con un sistema republicano y bienhechor de asociación de productores libres e iguales.»



Esta amplia antología de textos —en la que se incluye íntegramente el *Manifiesto comunista*— nos muestra la evolución del pensamiento del filósofo y revolucionario desde la ingenuidad y el idealismo conceptual de sus primeros escritos como poeta y narrador, hasta la elaboración de los conceptos —capital, lucha de clases, plusvalía, condiciones materiales, proletariado, revolución obrera— que han determinado y determinan, desde su puesta en práctica en la Revolución de 1917 en Rusia, nuestra historia.

Constantino Bértolo, a cargo de la edición, nos muestra al Marx activista y desconocido junto al tantas veces citado procurando, ante todo, que ambos se dirijan, de manera directa y sencilla, a las nuevas generaciones de lectores que se acercan por primera vez a su pensamiento. Para afirmar o disentir.

Karl Heinrich Marx Pressburg (Tréveris, Alemania, 5 de mayo de 1818 - Londres, Reino Unido, 14 de marzo de 1883) fue un intelectual y militante comunista alemán de origen judío. En su vasta e influyente obra, incursionó en los campos de la filosofía, la historia, la sociología y la economía. Junto a Friedrich Engels, es el padre del socialismo científico, del comunismo moderno y del marxismo. Sus escritos más conocidos son el *Manifiesto comunista* (en coautoría con Engels) y *El capital*.

Constantino Bértolo (Navia de Suarna, Lugo, 1946) es editor y crítico. Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid, entre 1975 y 1991 ejerció la crítica literaria en diversos medios de prensa. Cofundador, profesor y director de estudios entre 1990 y 1994 de la Escuela de Letras de Madrid. Ha participado en distintos congresos sobre literatura y lectura tanto en Europa como en América Latina. Es autor de diversos estudios sobre la edición, la crítica y la lectura —«La narrativa española entre 1975-1985» (*Revista de Occidente*, 1989), «Leer ¿para qué?» (*Revista Educación y Bibliotecas*, 1995), «Novela y público» (Centre d'etudes et de recherches hispaniques, Grenoble, 1996), «La edición sin editores o el capitalismo sin capitalistas» (Revista *Archipiélago*, 2003), «La crítica como ausencia y ausencia de la crítica» (Pamplona, UPNA, Cátedra Jorge Oteiza, 2010)— y de los libros *Cómo se lee un libro* (1987), *El ojo crítico* (1990), *La cena de los notables. Sobre lectura y crítica* (2008), *Libro de huelgas, revueltas y revoluciones* (2009) y *Lenin. El revolucionario que no sabía demasiado* (2012)

Edición en formato digital: septiembre de 2017

Revisión y coordinación editorial: Esther Aizpuru

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © TAU Diseño

ISBN: 978-84-91053-71-2

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] El título y el contenido de este apartado se hacen eco del libro *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo*, de Juan Carlos Rodríguez.

[2] La fijación de los textos de Marx y Engels, *MEGA* (*Marx-Engels-Gesamtausgabe*), reside actualmente en el Instituto Internacional de Historia Social de la Fundación Internacional Marx-Engels con sede en Berlín, que prosigue la labor iniciada por el Instituto Marx-Engels-Lenin en la URSS.

[3] Para poder interpretar la radicalidad de la propuesta teórica de Althusser y el alcance del escándalo, es necesario tener en consideración que su aparición suponía una fuerte crítica al comunismo soviético, que venía declarando el fin de la dictadura del proletariado para dar comienzo a una sociedad sin clases en la que, avisa Althusser, «los temas del humanismo de clase son reemplazados, en la ideología, por los temas de un humanismo socialista de la persona».

[4] De obligada cita serían *Ciencia y revolución. El marxismo de Althusser*, de Adolfo Sánchez Vázquez, y *Miseria de la teoría*, de E. P. Thompson.

[5] Su biografía de las dos figuras revolucionarias, *Carlos Marx*. *Federico Engels*, publicada por primera vez en 1954, sigue siendo de imprescindible consulta y seguimiento.

[6] Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), filósofo francés, representante dentro del socialismo utópico de un *socialismo aristocrático* por el papel que les concedía a los científicos y hombres *de industria*.

[7] Socialista utópico alemán, discípulo de Fourier y Saint-Simon. Autor en 1828 de *Contribución práctica que tiene como finalidad la dicha del pueblo*.

[8] En 1844 los tejedores de Silesia, en Prusia, se alzan en una insurrección considerada una de las primeras protagonizada por obreros en el continente europeo y que incrementaría notablemente la presencia de la naciente clase obrera en la escena política.

[9] Bruno Bauer evolucionará en dirección radicalmente opuesta a la de Marx y, casi al tiempo que aparecen los *Anuarios franco-alemanes*, edita una revista duramente crítica con el pueblo, concibiendo a la masa como algo opuesto al espíritu.

[10] Carta del Pueblo (*People's Charter*), documento enviado en 1837 al Parlamento británico recogiendo como principales reivindicaciones el sufragio universal masculino, el voto secreto, emolumentos para los diputados, la abolición de la propiedad como criterio de la elegibilidad, elecciones anuales de los obreros y circunscripciones electorales iguales.

[11] Friedrich Engels, *Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas*.

[12] Auguste Blanqui (1805-1881), revolucionario francés luchador radical por la república y el socialismo. Participó en la Revolución de 1830, que depuso al rey Borbón. Su teoría sobre la toma del poder, el blanquismo, defiende la revuelta armada y se basa en la organización de un grupo minoritario pero bien organizado de revolucionarios.

[13] Schapper a Marx, en *Der Bund der Kommunisten*, cita extraída de *El manifiesto comunista de Marx y Engels*, Gareth Stedman Jones, ed.

[14] En una carta a Engels de agosto de 1867, Marx le escribe que uno de los mejores puntos de su libro es «*el doble carácter del trabajo*, según que sea expresado en valor de uso o en valor de cambio (toda la comprensión de los hechos depende de esto, se subraya de inmediato en el primer capítulo)».

[15] Información periodística del discurso pronunciado el 8 de septiembre de 1872 en Ámsterdam.

[16] Entre los últimos trabajos al respecto, por su claridad y contundencia merece consultarse la aportación de Manuel Martínez Llaneza.

[17] Casi de manera inexcusable en estos tiempos, la situación «geográfica» parece predeterminar las miradas: mientras que los economistas de los países subdesarrollados confirman las tendencias señaladas por Marx, en los países más desarrollados abunda la opinión contraria.

[18] *El capital*, Libro I, capítulo XIII.

[19] Literalmente, 'lugar común'; aquí empleado como 'desarrollo argumental' (*topos*). *[N. del E.]*

[20] 'La verdad es un indicio contra sí misma y contra lo falso'. *[N. del E.]*

[21] 'Al mal tiempo, buena cara'. *[N. del E.]*

[22] *¡Oh, rara dicha de los tiempos en que se puede pensar lo que se dice / y decir lo que se piensa!* (Tácito). *[N. del E.]*

[23] *Yo solo vivo para componer canciones. / Si usted me echa, monseñor, / compondré canciones para vivir. [N. del E.]*

[24] '¡Mire esos sapos!'. *[N. del E.]*

[25] '¡Que no se cumpla el presagio!'. *[N. del E.]*

[26] 'Como forma de organización del Estado'. *[N. del E.]*

[27] 'Altura de miras'. *[N. del E.]*

[28] 'Por Dios y por la patria'. *[N. del E.]*

[29] 'Intelecto'. *[N. del E.]*

[30] 'Testimomio de la pobreza'. *[N. del E.]*

[31] La cursiva y el signo de admiración entre paréntesis son de Marx. *[N. del E.]*

[32] Este Comité, del cual Marx era dirigente, orientaba la actividad de las organizaciones democráticas en esa provincia alemana. *[N. del E.]*

[33] 'Un pequeño problema teórico […] de naturaleza político-económica'. *[N. del E.]*

[34] 'Pícaros'. Luego, con *lazzaroni* se refiere a los 'holgazanes'. Y la expresión francesa *sans phrases* significa 'sin rodeos'. *[N. del E.]*

[35] 'Dentro de cincuenta años Europa será republicana o cosaca'. *[N. del E.]*

[36] 'Déjese aquí cuanto sea recelo; / mátese aquí cuanto sea vileza' (Dante, *La divina comedia*). *[N. del E.]*

[37] 'Más refinados y hábiles que los italianos'. *[N. del E.]*

[38] Se refiere a Janos Kossuth, rebelde y revolucionario húngaro que, exiliado después de la derrota de las fuerzas independentistas rusas, solo encontraría cobijo en los Estados Unidos. *[N. del E.]*

[39] Términos referidos a enfermedades empleadas aquí con sentido metafórico: 'gastroenteritis' (por la diarrea asociada) y 'peste', respectivamente. *[N. del E.]*

[40] Pequeña plaza de Londres, sede de la redacción y la imprenta del mayor diario inglés, *The Times*. *[N. del E.]*

[41] 'A mal tiempo, buena cara'. *[N. del E.]*

[42] 'Estamos removiendo el asunto del sufragio universal'. *[N. del E.]*

[43] 'La propiedad es un robo'. *[N. del E.]*

[44] 'Espero su feroz crítica'. *[N. del E.]*

[45] 'Pequeñoburgés en estado puro'. *[N. del E.]*

[46] Guerra austríaco-prusiana de 1866, conocida como Guerra de las Siete Semanas. *[N. del E.]*

[47] ‘Gastos imprevistos de producción’. *[N. del E.]*

[48] ‘En el que tuve un importante papel’. *[N. del E.]*

[49] ‘Sigue tu camino y deja que la gente hable’. Marx se la atribuye a Dante, pero la cita no es exacta. *[N. del E.]*

[50] ‘Una masa tosca e indigesta’ (Ovidio, *Metamorfosis*). *[N. del E.]*

[51] Locuciones latinas para expresar el interés, como antónimo del altruismo. Literalmente, ‘Te doy para que me hagas, te hago para que me hagas, te hago para que me des, te doy para que me des’. *[N. del E.]*

[52] ‘Es suficiente’. *[N. del E.]*

[53] ‘Gula’. *[N. del E.]*

[54] ‘No es para los sastres ni para los zapateros’. *[N. del E.]*

[55] ‘¡No repetir lo mismo!’. *[N. del E.]*

[56] ‘Rascad al ruso y encontraréis al tártaro’. *[N. del E.]*

[57] Hebdomadario suizo, órgano de la Federación de la Internacional de la Suiza francesa. *[N. del E.]*

[58] Escrita por Marx al agravarse la lucha de los bakuninistas dentro de la Internacional. *[N. del E.]*

[59] ‘¡Que se atrevan! ¡Qué me importan esos canallas!’. *[N. del E.]*

[60] ‘Chivato, delator’. *[N. del E.]*

[61] Conferencia de Londres de 1871. *[N. del E.]*

[62] ‘Tarde o temprano’. *[N. del E.]*

[63] ‘Con esta obra, el señor Marx se sitúa entre las mentes analíticas más eminentes’. *[N. del E.]*

[64] Literalmente, ‘lucha cultural’. Se refiere al conflicto legislativo que enfrentó a Bismarck con la Iglesia católica entre 1871 y 1878. *[N. del E.]*

[65] ‘Dije y salvé mi alma’. *[N. del E.]*

[66] Enviada por K. Marx y F. Engels a Bebel, pero destinada a toda la dirección del Partido Socialdemócrata Alemán, tiene carácter de documento del partido al poner de relieve la conducta capituladora de Höchberg, Bernstein y Schramm. *[N. del E.]*

[67] Asociaciones cooperativistas de artesanos. *[N. del E.]*

[68] El primer esbozo de la respuesta de Marx está fechado el 16 de febrero de 1881. En su carta, Zasúlich informaba a Marx sobre el papel que había desempeñado *El capital* en las discusiones de los socialistas rusos acerca de los destinos del capitalismo en Rusia y le pedía en nombre de los camaradas, los «socialistas revolucionarios» rusos, que expusiese sus puntos de vista sobre ellos y, en particular, sobre la cuestión de la comunidad. *[N. del E.]*

[69] ‘Debo alabar su magnanimidad’. *[N. del E.]*

Índice

Libre te quiero, nos dice el capital

¿Cuánto cuesta un obrero?

Un negro es un negro y el capital es el capital

Liberación de todas las naciones oprimidas

El socialista poético o la propiedad privada como paraíso

Empieza la liga (de los comunistas)

Unión de los pueblos contra la opresión de clase

Estalla la gloriosa revolución

La revolución como alegría

París, revolución, París

París no era una fiesta

De cómo la burguesía jugó al escondite con el proletariado

Llamamiento

Hipocresía de lo jurídico

No todas las revoluciones son iguales

Ley mordaza

Estado de corrupción

Burguesía contra burguesía

El proletariado toma protagonismo

Las armas toman la palabra

El oro, el oro, *toujours recommencée*

El dinero, poderoso caballero

El punto de partida del capital

El capitalista

El capitalista como valor

¡Obreros, creced y multiplicaos!

Todo ser humano muere veinticuatro horas al día

La sonrisa del capitalista se llama «plusvalía»

Capital constante, capital variable

Ecología antes de la ecología

Ser trabajador es mala suerte

Plusvalía absoluta, plusvalía relativa

El trabajador como consumidor

Vivir del aire y comida basura

Todos queremos más. ley general de la acumulación

Los pobres son necesarios

El capital no cayó del cielo

Expropiación: poner puertas al campo

La violencia como partera

Disolución de la propiedad privada